

SERMONES

EL ABANDONO INTERIOR
Y EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL FONDO DEL ALMA



Fray Juan Taulero

MURCIA, 2022

FRAY JUAN TAULERO

SERMONES

EL ABANDONO INTERIOR
Y EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL FONDO DEL ALMA

MURCIA, 2022

Esta obra recoge los 84 sermones
que se conservan de fray Juan Taulero O.P.,
tomados de su traducción al latín de fray Lorenzo Surio O.Cart.,
traducidos al castellano por Salvador Sandoval O.P.
y revisados para su mejor comprensión por fray Julián de Cos O.P.

05-06-2022

ISBN: 978-84-09-39763-1

Este libro ha sido editado por Salvador Sandoval O.P. y fray Julián de Cos O.P. y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/sermones-de-juan-aulero/>

Foto de portada: Claustro alto del monasterio de Nuestra Señora de Valdeflores (Viveiro, España).

Foto de contraportada: Escudo dominicano del mismo monasterio.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	27
EDICIÓN DE FRAY LORENZO SURIO	30
EDICIONES CONSULTADAS.....	30
1. SERMÓN PARA LA FIESTA DE NAVIDAD	33
EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL FONDO DEL ALMA (V. 1, sobre Is 9,5)	33
El triple nacimiento del Hijo de Dios	33
El Padre engendra a su Hijo unigénito	34
El alma <i>recogida, silenciada y vaciada</i> pasa a ser «madre espiritual» del Hijo de Dios	36
La Virgen María, modelo de «madre espiritual» de Cristo ...	39
2. SERMÓN PARA LA VÍSPERA DE LA FIESTA DE LA EPIFANÍA.....	43
PURIFICACIÓN Y MADURACIÓN ESPIRITUAL (V. 2, sobre Mt 2,20)	43
La tentación del engreimiento.....	43
Los tres enemigos del alma.....	44
Cómo vencer a los enemigos del alma.....	45
El cuidado de nuestros sueños.....	47
La relación con nuestros superiores	47
El santo temor	48
La maduración espiritual.....	49
3. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA.....	51
PENITENCIA, ORACIÓN Y TRANSFORMACIÓN (V. 3, sobre Mt 2,11)	51
La renuncia a todo placer procedente del mundo	51
La aflicción que el propio Dios nos envía.....	52
La crisis espiritual	54
La oración devota.....	56
La transformación interior.....	56
4. FRAGMENTO DE UN SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA	59
DESCUBRIR EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL ALMA (V. 4, sobre Mt 2,2)	59
Conocer a Dios.....	59
Qué podemos ofrecer a Dios	60

5. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA.....	63
LA ELEVACIÓN ESPIRITUAL DEL SER HUMANO (V. 5, sobre Is	
60,1)	63
Los intelectuales	64
Los místicos	65
6. SERMÓN PARA EL DOMINGO ANTERIOR A LA SEPTUAGÉSIMA.....	69
EL CAMINO HACIA LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL (V. 6, sobre Mt	
11,30)	69
El hombre exterior y el hombre interior	69
La pureza del hombre interior	70
Las criaturas y sus imágenes mentales	72
Cómo se alcanza la perfección espiritual	73
7. SERMÓN PARA EL DOMINGO DE LA SEPTUAGÉSIMA	75
TRABAJAR EN LA VIÑA DEL SEÑOR (V. 7, SOBRE MT 20,1-16)	75
La «salida» del Señor	75
Los tres grados de madurez espiritual	76
El ascenso del hombre puro a la unión con Dios	79
8. SERMÓN PARA EL PRIMER VIERNES DE CUARESMA	85
LA SANACIÓN DEL ALMA (V. 8, sobre Jn 5,1-18)	85
El pecado	86
Las virtudes.....	87
La acción del Espíritu Santo	91
La sanación del alma	92
9. SERMÓN PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.....	95
EL CAMINO DE LA PERDICIÓN Y EL CAMINO DE LA SALVACIÓN	
(V. 9, sobre Mt 15,21-28)	95
La falsa sabiduría y la simulada religiosidad	95
El esfuerzo por unirse a Dios	98
La aflicción por nuestros pecados	99
La aflicción de la cananea	101
El ejemplo de una joven	103
La senda del abandono.....	105
10. SERMÓN PARA EL SÁBADO ANTERIOR A LA VIGILIA DEL	
DOMINGO DE RAMOS	107
ALCANZAR LA LUZ (V. 10, sobre Jn 8,12).....	107
El retorno del ser humano a la Luz de la que proviene	107
La mundanidad y la falsa piedad	108

El camino que nos lleva a la Luz.....	110
Ayudas que Dios nos ofrece para llegar a la Luz.....	113
Conclusión.....	114
11. SERMÓN PARA EL LUNES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS.....	115
A LA «CAZA» DE DIOS (V. 11, sobre Jn 7,37).....	115
La sed de Dios y las tentaciones.....	115
El alma ebria de Dios y su posterior aridez	119
La acción de Dios en las potencias superiores del alma. El éxtasis y la unión con Dios	121
12. SERMÓN PARA EL MARTES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS.....	127
DIOS HABITA NUESTRO INTERIOR (V. 12, sobre Jn 7,6)	127
La bienaventuranza	127
La búsqueda de Dios	128
La esencia de la vida religiosa.....	129
La vida penitente.....	132
Conclusión.....	133
13. SERMÓN PARA EL JUEVES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS.....	135
FUNDAMENTOS ESPIRITUALES DEL BUEN OBRAR (V. 13, sobre Jn 10,27)	135
La paz interior.....	135
La renovación interior	136
La crisis espiritual o «el invierno interior».....	137
Confesar nuestra fe en Dios.....	138
La inclinación hacia el buen obrar	139
La inocencia y la mansedumbre	139
Un cuerpo noble	140
Imitar a Cristo	141
El buen obrar.....	142
14. SERMÓN PARA EL VIERNES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS.....	145
LA ENTREGA TOTAL A DIOS (V. 14, sobre Jn 11,50).....	145
Cómo nos atrae Dios hacia sí.....	146
El abandono espiritual	147
El peligro de la soberbia y la vanagloria	147

Las debilidades de los auténticos amigos de Dios	149
15.1 SERMÓN PARA LA VÍSPERA DEL DOMINGO DE RAMOS	151
LA VERDADERA UNIÓN CON DIOS (V. 15, sobre Jn 17,5).....	151
La oración continua	151
La oración de intercesión desde la unión con Dios en el fondo del alma	152
La unión con Dios no se comprende, se experimenta	154
15.2. SERMÓN PARA EL PRIMER DOMINGO DE PASCUA.....	157
TRES MODOS DE CONSEGUIR UN CORAZÓN PURO (V. 15, sobre Jn 20,19).....	157
Primer modo: la renuncia a lo mundano.....	158
Segundo modo: la contemplación de Cristo	158
Tercer modo: el Espíritu Santo nos abre la puerta de la pureza	160
¿Qué es un corazón puro?.....	161
16. SERMÓN PARA EL DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA	163
EL ESPÍRITU SANTO ACTÚA DENTRO DE NOSOTROS (V. 16, sobre Jn 16,7)	163
La crisis espiritual	163
El mundo	164
El pecado	164
La justicia.....	165
El juicio.....	166
Varios consejos	168
La verdad.....	169
17. SERMÓN PARA EL LUNES ANTES DE LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN	171
LA ORACIÓN DE PETICIÓN (V. 60a, sobre Lc 11,5-7)	171
Pedir, buscar y llamar.....	171
El contenido y la forma de la oración	173
La oración no atendida.....	174
La dureza de corazón	175
La sagrada Comunión	178
Algunas recomendaciones.....	179

18. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.....	183
LA RELACIÓN ÍNTIMA CON DIOS (V. 60b, sobre Mc 16,14).....	183
La dureza de corazón	183
Efectos espirituales de la falta de relación íntima con Dios.....	185
Vivir ajenos al Cielo que está dentro de nosotros	188
La «violencia» del amor que se siente en el fondo del alma	190
19. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.....	195
CINCO CAUTIVIDADES ESPIRITUALES (V. 19, sobre Ef 4,8)	195
Primera cautividad: el amor desordenado a lo terreno, que se opone al verdadero amor a Dios	195
Segunda cautividad: el amor egoísta, que se opone a la verdadera santidad	196
Tercera cautividad: la vanagloria intelectual, que se opone al verdadero seguimiento del Evangelio	197
Cuarta cautividad: la dulzura interior de origen natural, que se opone a la verdadera consolación espiritual.....	199
Quinta cautividad: la voluntad propia, que se opone al verdadero abandono	199
20. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.....	203
LA ASCENSIÓN HACIA LA UNIÓN CON DIOS (V. 20, sobre Mc 16,19)	203
El seguimiento de Cristo	203
La atracción que Cristo ejerce en las personas.....	205
El rechazo a la atracción de Cristo.....	206
La subida espiritual al Monte de los Olivos.....	207
La subida por la ladera de Betania: el sufrimiento ascético	208
La subida por la ladera de Jerusalén: el gozo místico	209
Para alcanzar la cumbre es necesario morir espiritualmente en Jerusalén.....	209
También es necesario el aceite de la devoción.....	210

21. CUARTO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.....	213
EXPERIMENTAR LA UNIÓN CON DIOS TRAS SUPERAR LAS TENTACIONES (V. 21, sobre Hch 1,8).....	213
El seguimiento de Cristo	213
La tentación de buscar una falsa paz interior	214
La tentación de buscar seguridades exteriores.....	216
La experiencia de la unión con Dios	218
22. QUINTO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.....	221
SER ELEGIDO POR DIOS (V. 22, sobre Hch 1,15-26)	221
El regreso a la verdadera paz movidos por el amor.....	221
Tener como fin último descansar en Dios	222
La tentación de hacer nuestro el bien que Dios obra en nosotros	223
Dios solo elige a los humildes	223
23. SERMÓN PARA EL DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR	225
DEJAR AL ESPÍRITU SANTO QUE DESCIENDA SOBRE NUESTRO CORAZÓN (V. 23, sobre 1Pe 4,7)	225
El Espíritu Santo desciende sobre aquellos que son dignos de Él	225
La preparación para recibir al Espíritu Santo	226
Cómo alcanzar el verdadero desapego.....	226
Cuando la angustia amenaza con arruinar nuestra búsqueda de Dios	229
La corrupta naturaleza humana pone en peligro la acción sobrenatural de Dios en el alma	230
La virtud de la prudencia nos ayuda a vencer la corrupción de nuestra naturaleza	231
Conclusión.....	234
24. SERMÓN DE PREPARACIÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS.....	235
PREPARACIÓN, EXPERIENCIA Y FRUTO DE LA UNIÓN CON DIOS (V. 24, sobre 1 Pe 4,7).....	235
La preparación para recibir al Espíritu Santo	235
La llegada del Espíritu Santo al fondo del alma.....	236

El peligro de dejarse llevar por el consuelo interior	237
El buen uso del consuelo interior	239
Alcanzar el verdadero consuelo interior del Espíritu Santo.....	240
La oración mental.....	241
La unión con Dios en el fondo del alma	242
La oración de intercesión desde la unión con Dios en el fondo del alma	243
25. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS	245
EL VACIAMIENTO DEL ALMA (V. 60e, sobre Hch 2,4)	245
La obra del Espíritu Santo en el alma	246
La colaboración del hombre en la obra del Espíritu Santo. El vaciamiento	248
Los enemigos de los siervos de Dios.....	250
El discurso que agrada a Dios	252
La buena disposición de nuestra naturaleza para que podamos recibir los dones y los frutos del Espíritu Santo.....	253
26. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS	255
LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO (V. 26, sobre Hch 2,4)	255
La venida del Espíritu Santo en el alma humana.....	255
La correcta disposición interior para que el Espíritu Santo venga a nosotros.....	256
El temor de Dios	260
La piedad.....	261
La ciencia	261
La fortaleza.....	262
El consejo y el abandono total.....	263
La inteligencia y la sabiduría, y la unión con Dios	266
27. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS	269
EL HIJO, CON AYUDA DEL ESPÍRITU SANTO, NOS CONDUCE AL CORAZÓN DEL PADRE (V. 27, sobre Jn 10,1)	269
El seguimiento de Cristo con ayuda del Espíritu Santo.....	269
El peligro de seguir a intelectuales engreídos	272
El peligro de pronunciar juicios temerarios sobre otras personas.....	272
La entrada en el Corazón del Padre	274

28. SERMÓN PARA EL PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	277
HACIA UNA PROFUNDA RELACIÓN CON LA SANTÍSIMA TRINIDAD (V. 28, sobre Jn 3,11).....	277
La santísima Trinidad es inefable.....	277
La virtud de la ecuanimidad y el camino de la adversidad.....	278
Alcanzar la unión con Dios mediante el conocimiento de la semejanza con Él.....	281
29. SERMÓN PARA EL SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	285
LA MISTERIOSA PRESENCIA DE DIOS EN NOSOTROS (V. 60d, sobre Jn 3,11).....	285
La Trinidad es incomprensible, pero es experimentable	285
La Trinidad habita el fondo del alma.....	287
Cómo experimentar la presencia de la Trinidad.....	290
Algunos consejos.....	293
30. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO	295
RECOMENDACIONES PARA APROVECHAR LA EUCARISTÍA (V. 60c, sobre Jn 6,55-56).....	295
Los tres grados de alabanza al santísimo Sacramento	295
La humildad y el amor de Cristo en la Comunión	297
El santísimo Sacramento como Alimento material y espiritual.....	298
Dios nos purifica cuando lo comulgamos	299
El peligro de comulgar sin estar bien preparados	301
¿Por qué este Sacramento apenas actúa en los tibios?.....	303
Otras recomendaciones para aprovechar la Comunión.....	304
31. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO	305
LA DIGNA PARTICIPACIÓN EN LA EUCARISTÍA (V. 60f, sobre Jn 6,56)	305
La humildad del pan y el vino eucarísticos	305
La conveniente preparación para recibir la Comunión.....	306
Dios nos deja a merced de las tentaciones	308
El abandono en manos de Dios.....	309

La renuncia –o despojamiento–.....	312
La opresión interior –o crisis espiritual–	313
La unión con Dios	316
32. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO	
SACRAMENTO	319
LOS EFECTOS DE LA EUCARISTÍA (V. 32, sobre Jn 6,55)	319
La dignidad del santísimo Sacramento	321
Los efectos del santísimo Sacramento en el alma.....	322
La mejor preparación para recibir el santísimo Sacramento	327
33. CUARTO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO	
SACRAMENTO	331
CÓMO PREPARARNOS PARA RECIBIR DIGNAMENTE LA EUCARISTÍA (V. 33, sobre Jn 6,55)	331
La dignidad del santísimo Sacramento	331
La conversión.....	332
Los modos de recibir la Comunión	333
Los obstáculos para recibir dignamente la Comunión.....	333
Los pecados veniales habituales	334
Los pecados veniales ocasionales	336
Otros obstáculos	337
La actitud correcta para recibir la Comunión.....	338
34. QUINTO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO	
SACRAMENTO	343
DEGUSTAR LOS FRUTOS DE LA EUCARISTÍA (V. 60g, sobre Lc 14,16-24)	343
Degustar aquí, anticipadamente, la vida eterna.....	344
Degustar el banquete eucarístico	345
Cómo obtener el mayor fruto del banquete eucarístico.....	346
¿Por qué se ven tan pocos frutos de este Sacramento?.....	347
35. PRIMER SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	351
LA LUCHA CONTRA LAS TENTACIONES (V. 60h, sobre 1Pe 5,6)	351
La humildad, el amor y la prudencia.....	352
La humildad.....	354
La vigilancia contra las tentaciones.....	355
¿Cómo nos ataca el maligno con sus tentaciones?	356

¿Cómo podemos vencer las tentaciones?	357
La obediencia	360
Breve discernimiento vocacional	363
El camino de la cruz.....	364
Conclusión.....	365
36. SEGUNDO SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	367
LOS PECADORES QUE DIOS DEJA EN EL DESIERTO Y LOS PECADORES QUE CARGA EN SUS HOMBROS (V. 36, sobre Lc 15,1)	367
Los peores pecadores.....	367
Los pecadores que aparentan santidad	369
Los pecadores tibios y perezosos.....	370
Los pecadores arrepentidos que buscan a Dios	374
Dios nos purifica con diversos sufrimientos.....	374
Qué debemos hacer para ser buscados por Dios	376
La experiencia mística del hombre abandonado en Dios ...	377
37. TERCER SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	379
EL ABANDONO COMO CAMINO DE UNIÓN CON DIOS (V. 37, sobre Lc 15,8-10)	379
El abandono espiritual	379
Las cualidades del alma que Dios une consigo mismo	380
El recogimiento.....	382
El abandono pasivo.....	383
La unión con Dios	386
38. PRIMER SERMÓN PARA EL CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	389
MISERICORDIA, RECOGIMIENTO Y ABANDONO PARA ALCANZAR LA VERDAD VIVA (V. 38, sobre Lc 6,36).	389
Debemos ser misericordiosos.....	389
No debemos juzgar	390
El recogimiento.....	392
La abstinencia a todo lo opuesto al recogimiento	393
El abandono	394
La unión con Dios	397
Alcanzar la Verdad viva.....	398

39. SEGUNDO SERMÓN PARA EL CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	401
CUATRO GRADOS O «MEDIDAS» DE RELACIÓN CON DIOS (V. 62, sobre Lc 6,38).....	401
No debemos juzgar	401
Las cuatro «medidas»	403
1ª medida: hacer la voluntad de Dios	404
2ª medida: recogerse interiormente.....	404
3ª medida: tener un interior del que fluye un gran amor caritativo	406
4ª medida: la unión con Dios.....	410
40. PRIMER SERMÓN PARA EL QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	413
LA ACCIÓN Y LA CONTEMPLACIÓN (V. 39, sobre 1Pe 3,8)	413
Las condiciones de la oración.....	413
Cómo podemos mejorar la oración vocal uniéndola a la oración mental	415
Debemos aunar acción y contemplación	416
Nuestra íntima unión a Dios posibilita <i>la contemplación en la acción</i>	418
Nuestra unión espiritual al Cuerpo místico de la Iglesia	419
Los tres grados de la vida interior	420
Primer grado: la placentera contemplación	421
Segundo grado: la dura crisis espiritual	422
Tercer grado: la transformadora unión con Dios	424
41. SEGUNDO SERMÓN PARA EL QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	427
EL CAMINO HACIA LA UNIÓN CON DIOS (V. 41, sobre Lc 5,1-8)....	427
Los peligros que acechan en este mundo	427
Debemos afrontar la «tempestad» para llegar a Dios.....	428
Características de la verdadera Paz del espíritu	431
La transformación que experimenta la persona que desciende al fondo del alma y alcanza la unión con Dios.....	434

42. TERCER SERMÓN PARA EL QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	437
EL RECOGIMIENTO EN EL FONDO DEL ALMA (V. 63, sobre Lc 5,3- 8)	437
La llamada de Dios al recogimiento.....	438
El recogimiento requiere alejarse de lo mundano y confiar en Dios.....	440
El abandono absoluto en Dios.....	443
La aparente inutilidad de quien se ha abandonado en Dios.....	444
43. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DEL NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA	447
LA CONVERSIÓN ESENCIAL A DIOS (V. 40, sobre Lc 1,63).....	447
Dos clases de mal	447
El buen examen de conciencia.....	448
El oficio sacramental del sacerdocio y el ejercicio espiritual del recogimiento.....	450
Los falsos y los verdaderos contemplativos	453
El gozo que provoca el nacimiento de Dios en el alma.....	455
La conversión esencial a Dios.....	456
44. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA.....	459
EL ABISMAMIENTO EN EL FONDO DEL ALMA (V. 61, sobre Jn 1,7)..	459
Las dificultades para recibir la Luz	460
Dios ayuda con su gracia y su gloria	460
El testimonio de la Luz en las facultades del hombre	461
La experiencia del abismamiento	463
El abismamiento transforma a la persona que lo experimenta	464
Los filósofos paganos, abismándose en el fondo de su alma, conocieron a Dios.....	465
La unión con Dios. Los cuatro grados de amor a Dios	466
Enderezar las sendas que nos llevan al fondo del alma.....	469
La importancia del amor.....	470

45. PRIMER SERMÓN PARA EL OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	473
LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN EL FONDO DEL ALMA (V. 43, sobre Rom 8,14).....	473
La acción del Espíritu Santo en el fondo del alma	473
Los seis grados de relación con Dios.....	474
Los impedimentos para mejorar nuestra relación con Dios.....	476
El peligro de las prácticas autoimpuestas: la vanagloria	477
Cuatro condiciones para mantener la pureza de las obras..	480
Los hombres que por fuera son puros	482
Los hombres que por dentro son puros.....	483
46. SEGUNDO SERMÓN PARA EL OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	487
EL VACIAMIENTO INTERIOR PARA ACOGER LA PALABRA DE DIOS (V. 72, sobre Lc 19,41).....	487
La falsa paz de los corazones mundanos	487
El vaciamiento interior de toda imagen mundana	489
Cómo debemos escuchar la Palabra de Dios	493
47. SERMÓN PARA EL DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	495
LA IMPORTANCIA DE ACTUAR –Y TRABAJAR– SEGÚN LA VOLUNTAD DE DIOS (V. 42, sobre 1Cor 12,4-11)	495
Debemos aceptar humildemente los oficios que Dios nos encarga.....	496
Dios ha de ser la única meta de nuestras obras.....	497
La necesidad de cultivar la virtud por medio del trabajo....	499
El peligro de la soberbia intelectual de los sabelotodo	500
El don del discernimiento de espíritus	501
48. SERMÓN PARA EL UNDÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	503
LA COMUNIÓN FRECUENTE Y EL ABISMAMIENTO EN LA PROPIA NADA (V. 57, sobre Lc 18,10-14)	503
La sagrada Comunión y la verdadera oración	503
La conciencia del pecado y la sagrada Comunión.....	504
Abstenerse de juzgar a los demás y ser comprensivos con uno mismo.....	506

La importancia espiritual de la observancia regular de los religiosos.....	507
La necesidad de recibir asiduamente la sagrada Comunión.....	510
El sacramento de la Reconciliación	512
La práctica de la caridad	512
La verdadera humildad: abismarse en la propia nada.....	513
49. PRIMER SERMÓN PARA EL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	515
QUÉ NOS IMPIDE ACOGER EN NUESTRA ALMA AL ESPÍRITU SANTO Y LOS EFECTOS BENEFICIOSOS DE ACOGERLO (V. 44, sobre Mc 7,31-37)	515
El desconocimiento de nosotros mismos.....	515
Las tentaciones.....	516
La voluntad propia	517
Aferrarse a los actos de piedad	517
El verdadero amor a Dios	518
Las señales del verdadero amor.....	519
Los siete dones del Espíritu Santo	520
50. SEGUNDO SERMÓN PARA EL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	523
EL CAMINO ASCÉTICO Y EL ABANDONO EN DIOS (V. 73, sobre 2Cor 3,6)	523
Para vivir interiormente el Evangelio (Ley nueva) debemos afrontar antes el camino de la ascesis (Ley antigua), abandonándonos en Dios	523
El camino del abandono en Dios	527
51. PRIMER SERMÓN PARA EL DECIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	529
LA PROPIA NADA (V. 45, sobre Lc 10,21-24)	529
La ceguera espiritual del hombre	530
El reconocimiento de la propia nada: lo único necesario....	532
El hombre exterior y el conocimiento de la propia nada	533
La meditación de la pasión de Cristo.....	535
La meditación de nuestra debilidad y miseria	536
La nada atrae a la Nada.....	537

52. SEGUNDO SERMÓN PARA EL DECIMOTERCER DOMINGO	
DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	539
LOS TIPOS DE AMOR (V. 54, sobre Lc 10,27).....	539
El comportamiento farisaico.....	539
Las tres tipos de amor.....	541
El amor dulce y sensible.....	542
El amor racional y sabio	543
Los falsos maestros espirituales. Los «hermanos y hermanas del Libre Espíritu».....	545
El amor fuerte. La unión con Dios.....	546
La ayuda de las tentaciones.....	549
La humildad perfecta	549
53. TERCER SERMÓN PARA EL DECIMOTERCER DOMINGO	
DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	551
EL FONDO DEL ALMA (V. 64, sobre Lc 10,23)	551
Los tres testimonios necesarios para ser justos	551
Contemplar la chispa del alma	552
La humildad sincera y la felicidad auténtica	553
Los modos de amar a Dios.....	555
Qué es la chispa del alma.....	557
Abismarse en la chispa del alma: la eterna bienaventuranza.....	559
54. SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN.....	563
EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL (V. 46, sobre Eclo 24,7)	563
La perfección de la Virgen María.....	563
La imperfección humana	564
La confesión interna de nuestros pecados.....	564
El peligro de la religiosidad externa	565
Dios está infinitamente más allá de lo externo	566
Entrar en el sancta sanctorum: el misterio de Dios.....	567
La suma humildad	568
El camino espiritual de las «cinco llagas»	569

55. SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN	
MARÍA	573
CONSEJOS PARA EXPERIMENTAR EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL	
FONDO DEL ALMA (V. 49, sobre Eclo 24,19).....	573
El nacimiento de Dios.....	573
Impedimentos para experimentar el nacimiento de Dios....	574
La constante vigilancia de nuestros pensamientos.....	577
La práctica de la caridad	578
Recibir un buen acompañamiento espiritual.....	579
56. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA	
CRUZ	581
LA AVENTURA DE ALCANZAR LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL (V. 50,	
sobre Eclo 24,19).....	581
Dos modos imperfectos de orar	581
Las tentaciones también acechan a los <i>perfectos</i>	582
Experimentar la humanidad de Cristo y su Divinidad.....	584
El «terremoto» de la transformación.....	585
El «fuego» del amor	586
El «soplo» del Espíritu Santo.....	586
La «heredad» de los que reciben el «soplo»: La perfección	
espiritual.....	588
Abrazar la Cruz de Cristo	589
Conclusión.....	590
57. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE	
LA CRUZ.....	591
LA CONTEMPLACIÓN Y EL CONOCIMIENTO DE DIOS (V. 52, sobre	
Eclo 24,19).....	591
La conversión radical a Dios	591
El peligro del autoengaño.....	592
El conocimiento de uno mismo.....	593
La meditación e interiorización de la vida de Cristo.....	595
La contemplación de Dios.....	596
El conocimiento de Dios.....	597

58. TERCER SERMÓN POR LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA	
CRUZ.....	601
EL NACIMIENTO DE CRISTO CRUCIFICADO EN EL FONDO DEL	
ALMA (V. 51, sobre Jn 12,32)	601
Acoger al Cristo crucificado en el fondo del alma	601
El error de acoger a criaturas mundanas en el fondo del	
alma	602
La ayuda espiritual de la Comunión frecuente	603
El nacimiento del Cristo crucificado en el fondo del alma ..	606
59. CUARTO SERMÓN POR LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA	
CRUZ.....	609
NUESTRO CAMINO DE LA CRUZ NOS CONDUCE A LA UNIÓN CON	
DIOS (V. 65, sobre Jn 12,32)	609
Narración de la devolución de la Vera Cruz en Jerusalén, que	
ocurrió el año 630	609
Dios pone sobre nuestros hombros una cruz	610
La cruz del desapego	611
La cruz de nuestras debilidades	613
La cruz de la profunda radicalidad	615
La cruz de la renuncia a la voluntad propia	616
El ascenso a la unión con Dios	616
60. SOBRE LA SANTA CRUZ.....	619
LA CRUZ COMO EJERCICIO ESPIRITUAL (sobre Eclo 24,13 y Jn	
13,32)	619
Contemplar e interiorizar la santa Cruz nos reporta grandes	
beneficios espirituales	619
Jesús nos pide que carguemos con la cruz que Él nos ha	
dado.....	621
Propuesta de la cruz como ejercicio espiritual	621
El camino de la cruz: el sufrimiento que nos conduce a la	
unión con Dios.....	624
61. SERMÓN PARA EL DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUÉS DE	
LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	627
EL DURO CAMINO DE LA CRISIS ESPIRITUAL (V. 47, sobre Gal	
5,25)	627
Actuar según el Espíritu Santo.....	628
Seguir el ejemplo de Cristo	629

Vivir sin imágenes ni formas: la crisis espiritual	633
Los hombres buenos	635
La crisis espiritual por la que pasan algunos hombres buenos.....	635
El fin último de la crisis espiritual: la iluminación y la unión con Dios	636
62. SERMÓN PARA EL DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	639
LA VIVENCIA DEL REINO DE DIOS EN EL FONDO DEL ALMA (V. 66, sobre Mt 6,33).....	639
El pecado de la avaricia.....	640
La preocupación por las cosas terrenales	642
Buscar solo a Dios: la clave del Padrenuestro	643
El sufrimiento de los hombres buenos.....	645
La vivencia del Reino de Dios en el fondo del alma: la unión con Dios	646
La renuncia y el abandono.....	648
63. SERMÓN PARA EL DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	649
EL DOMINIO DEL HOMBRE INTERIOR SOBRE EL HOMBRE EXTERIOR (V. 67, sobre Ef 3,14-19)	649
La indiferencia de ánimo	649
Las tres dimensiones de la persona.....	651
El hombre espiritual disfruta de la dulzura del amor de Cristo.....	652
Experimentar la «anchura», la «longitud», la «profundidad» y la «altura» de Dios	653
La correcta preparación de nuestro fondo del alma	657
El dominio del hombre interior sobre el hombre exterior ...	658
El abandono de Cristo en la Cruz.....	660
64. SERMÓN PARA LA FIESTA DE SAN MATEO.....	663
EL SEGUIMIENTO DE CRISTO (V. 55, sobre Mt 9,9)	663
Seguir a Cristo desde el interior del fondo del alma	663
Seguir a Cristo con un total abandono.....	665
Seguir a Cristo por la senda estrecha de la perfección espiritual.....	666
Seguir a Cristo a través de la crisis espiritual	668

El Camino que conduce a la unión con Dios	670
65. PRIMER SERMÓN PARA EL DECIMOSÉPTIMO DOMINGO	
DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	673
LOS CAMINOS A LOS QUE DIOS LLAMA (V. 53, sobre Ef 4,1-6).....	673
Dios llama a vivir una vocación.....	673
Los tres grados –o caminos– de maduración espiritual.....	675
El camino de los diez mandamientos.....	675
El camino de los tres consejos evangélicos.....	676
El discernimiento vocacional.....	677
El camino de la imitación de Cristo.....	678
La imitación pasiva de Cristo: el camino contemplativo	680
Dios ayuda por medio de las tentaciones.....	681
66. SEGUNDO SERMÓN PARA EL DECIMOSÉPTIMO DOMINGO	
DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	683
EL CAMINO CONTEMPLATIVO (V. 70, sobre Ef 4,1-6)	683
Ejercitarse en la humildad, la dulzura y la paciencia	683
Un ejercicio espiritual para lograr la «unidad del	
Espíritu»	685
Dominar la naturaleza corporal.....	686
Los beneficios obtenidos con las prácticas devocionales	687
67. SERMÓN PARA FIESTA DE LOS SANTOS ÁNGELES.....	689
LAS TRES DIMENSIONES DE LA PERSONA Y LOS ESPÍRITUS QUE	
ACTÚAN EN ELLAS (V. 68, sobre Mt 18,10).....	689
Los ángeles colaboran con Dios	689
Cada hombre tiene asignados, para su bien, un ángel y un	
demonio	690
Los espíritus benignos y malignos que actúan en el hombre	
exterior	691
Los espíritus benignos y malignos que actúan en el hombre	
racional	693
Los espíritus benignos que actúan en el hombre interior y su	
beneficioso efecto	694
68. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN	697
LA ELEVACIÓN Y EL ABAJAMIENTO NECESARIOS PARA QUE DIOS	
MORE EN NUESTRO FONDO (V. 69, sobre Lc 19,5)	697
La necesaria renovación de la naturaleza humana del	
orante	697

La elevación: los tres tipos de personas que logran renovar su naturaleza humana	698
Las virtudes que ha de tener quien desea elevarse para ver a Dios. El ejemplo de santa Hildegarda de Bingen.....	700
El abajamiento: el abandono de las inclinaciones naturales	702
69. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN	705
EL FONDO DEL ALMA ES «CASA DE ORACIÓN» (V. 78, sobre Mt 21,23)	705
La limpieza de nuestro templo interior	705
La devoción.....	707
Las tres condiciones para entrar en el Reino de Dios, en el fondo del alma.....	708
La fe viva	708
El conocimiento espiritual	709
La oración de recogimiento	711
70. SERMÓN PARA EL DECIMONOVENO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD	713
LA RENOVACIÓN DEL ESPÍRITU HUMANO EN EL ESPÍRITU DE DIOS (V. 56, sobre Ef 4,23)	713
El conocimiento de nuestra verdadera motivación	714
El dominio de nuestra ira.....	715
El dominio de nuestra ambición.....	717
¿Qué es el alma humana?.....	718
El retorno del espíritu humano a su Origen	720
El recogimiento esencial, en el puro abandono.....	721
La caridad es más importante que la contemplación	722
Los verdaderamente humildes	723
71. SERMÓN PARA LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.....	725
LAS BIENAVENTURANZAS (sobre Mt 5,1-12)	725
Los diversos grupos de seguidores de Cristo que ha habido a lo largo de la historia	726
Los pobres de espíritu. Tipos de pobreza.....	728
Los mansos	730
Los que lloran	730
Los que tienen hambre y sed de justicia	732
Los misericordiosos	732

Los pacíficos.....	733
Los de corazón limpio	734
Los que padecen persecución a causa de la justicia.....	735
72. SERMÓN PARA EL DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE	
TODOS LOS SANTOS.....	739
EL DISCERNIMIENTO DEL INTERIOR DEL FONDO DEL ALMA (V. 77,	
sobre Jn 12,26)	739
Los falsos servidores de Dios	739
El discernimiento del interior del fondo del alma	741
Los verdaderos servidores de Dios	742
El valor espiritual de la tentación y la adversidad.....	743
La confianza en Dios.....	743
El recogimiento.....	744
El examen de conciencia	746
73. PRIMER SERMÓN DEL TRIDUO EN HONOR DE SANTA	
CÓRDULA	751
LA UNIÓN DEL ALMA CON EL ESPOSO (V. 81, sobre Mt 22,2)	751
La confianza en Dios.....	751
Es incognoscible la experiencia de la unión con Dios	752
La preparación del alma para su unión con Dios	753
La pasividad mística	754
El examen de conciencia	755
El discernimiento vocacional.....	755
Dejar que sea Dios quien nos guíe y transforme	756
74. SEGUNDO SERMÓN DEL TRIDUO EN HONOR DE SANTA	
CÓRDULA	759
«ACCIÓN», «CONTEMPLACIÓN» Y «QUIETUD» (V. 74, sobre Mt	
22,4)	759
Desnudar y vestir nuestra alma	759
Los vicios escondidos en el fondo del alma	760
Cómo arrancar esos vicios	761
Desechar las preocupaciones para escuchar la llamada de	
Dios.....	762
Ejercitar la caridad y la contemplación con desapego, para	
alcanzar la «quietud».....	764
La lucha contra las tentaciones que impiden la «quietud»..	766
El amor verdadero y la intención pura	768

75. TERCER SERMÓN DEL TRIDUO EN HONOR DE SANTA	
CÓRDULA (VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA	
SANTÍSIMA TRINIDAD).....	771
LA LUCHA CONTRA LAS TENTACIONES (V. 75, sobre Ef 6,10).....	771
El alma que es esposa de Dios ha de ponerse humildemente	
en sus manos.....	771
La utilidad de las tentaciones.....	772
Las tentaciones se vencen con humildad y mansedumbre .	773
La lucha contra las tentaciones, no contra el cuerpo	775
El recogimiento de los perfectos y su lucha contra las	
tentaciones.....	777
76. SERMÓN PARA EL VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS	
DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	781
LA MADURACIÓN AFECTIVA (V. 76, sobre Fil 1,9).....	781
Crecer en amor.....	781
El conocimiento ayuda al amor.....	783
Pecar «por hábito» y pecar «por accidente».....	784
El amor interior –a Dios– genera el amor exterior –al	
prójimo–.....	785
El examen de conciencia	785
El absoluto abandono a la voluntad de Dios	786
Soportar el sufrimiento que provocan las tentaciones	787
La caridad se opone a desear egoístamente las consolaciones	
divinas.....	787
Primer grado de la caridad. Evitar los ambientes y las	
personas mundanos.....	788
Segundo grado de la caridad. El «camino apofático» del	
abandono y la transformación interior	789
77. SERMÓN PARA LA FIESTA DE UN CONFESOR.....	793
ESPERAR AL SEÑOR CON OJOS VIGILANTES (V. 48, sobre Lc	
12,35-40 y Mt 24,42).....	793
La atenta vigilancia frente a las tentaciones.....	793
El dominio de los sentidos, las obras de caridad y la unión	
con Dios	795
Dios permite experimentar un anticipo de la bienaventuranza	
celestial.....	796
El hostigamiento de las tentaciones y el temor al juicio de	
Dios.....	798

Los falsos y los verdaderos hombres espirituales.....	799
78. SERMÓN EN LA FIESTA DE SANTA BÁRBARA, VIRGEN Y	
MÁRTIR	803
DOMINAR EL CUERPO PARA GOZAR DE PAZ JUNTO A DIOS (V. 80,	
sobre Cant 2,10)	803
Paciencia, oración y dominio.....	803
El dominio del cuerpo	804
Renuncia a todo lo mundano	806
El dominio de los sentidos.....	808
79. SERMÓN PARA EL BUEN USO DE LA JORNADA	809
CONSEJOS PARA LA ORACIÓN PRIVADA (V. 71, sobre Lc 16,2 y	
Sal 36,5)	809
La preparación para el Juicio final.....	809
Las prácticas ascéticas y devocionales	810
El examen de conciencia	811
Las tentaciones del maligno	812
La Confesión sacramental de los pecados.....	813
La confianza en Dios.....	814
El encuentro con Dios al comenzar la jornada	816
El silencio en la oración y en el trato con otras personas.....	817
El conocimiento de sí mismo.....	819
La sumisión a Dios.....	820
El ofrecimiento a Dios	822
80. EXHORTACIÓN PARA LA CONFESIÓN INTERIOR DE LOS	
PECADOS	825
LA IMPORTANCIA DEL EXAMEN DE CONCIENCIA (V. 58).....	825
81. BREVE FÓRMULA PARA LA CONFESIÓN DE LOS PECADOS.....	827
PAUTAS PARA REALIZAR UN EXAMEN DE CONCIENCIA (V. 59)	827
82. LECCIÓN SOBRE LA CONTEMPLACIÓN	829
PAUTAS PARA RECOGERSE EN EL FONDO DEL ALMA (V. 60, sobre	
Dt 6,4)	829
83. SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.....	833
EL VERDADERO ABANDONO (V. 79, sobre Jn 1,19-20)	833
Cinco tipos de personas que buscan saber.....	833
El camino del «no ser»: el abandono.....	834
Es preciso ejercitar el abandono.....	837

El falso abandono	838
El verdadero abandono	839

PRESENTACIÓN

Esta es la obra completa¹ de fray Juan Taulero –o Johannes Tauler– (ca. 1300-1361). Se trata de 84 sermones que fueron predicados por este fraile en torno a sus últimos quince años de vida, en monasterios de dominicas alemanas, con el fin de ayudar a desarrollar su vocación contemplativa tanto a ellas como a los seglares, las beguinas² y los religiosos que acudían a sus Eucaristías. Consideramos que es importante ofrecerlos en conjunto, de un modo cómodo y gratuito, pues son, probablemente, el mejor modo de conocer en profundidad, y de primera mano, la *mística renana*. Este movimiento espiritual tuvo como principales referentes a tres frailes dominicos alemanes: el Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327), iniciador de este movimiento espiritual, y dos discípulos suyos: fray Enrique Susón (ca. 1295-1365) y fray Juan Taulero³.

Estos 84 sermones que aquí ofrecemos no han sido traducidos directamente del alemán, pues hemos preferido tomar como referencia la traducción al latín que hizo el cartujo fray Lorenzo Surio (1523-1578). Al menos una parte de esta traducción de Surio fue leída por san Juan de la Cruz (1542-1591), influyendo –en cierta medida– en su camino místico. A los conocedores de la

¹ Hasta hace unos años se consideraba que la principal obra de Taulero era *Instituciones divinas –o Instituciones espirituales–*. Ahora se sabe que, en realidad, se trata de un conjunto de distintos textos procedentes de la *mística renana* y de la *devotio moderna*.

² Se trata de laicas consagradas que formaban unas comunidades semejantes a los beaterios. En ocasiones ocupaban barrios de ciudades. Se localizaban en la zona aledaña al río Rin y compartían una especial vivencia espiritual que es la base de la *mística renana* creada por el Maestro Eckhart cuando, tras el Concilio de Vienne (1312-1313) recibió el mandato de predicarlas –junto con otros dominicos– para reconducirlas espiritualmente.

³ A quien no conozca bien este importante movimiento espiritual, le recomendamos que consulte las páginas 79 a 98 de la obra *Predicadores. Historia de la espiritualidad dominicana* que se puede descargar gratuitamente en www.dominicos.org. También puede leer: Silvia BARA, Julián de COS (eds.), *Dios en ti. Eckhart, Tauler y Susón a través de sus textos*, San Esteban, Salamanca 2017, una obra en la que los místicos renanos nos muestran los principales elementos de su espiritualidad.

espiritualidad carmelitana les resultará muy interesante descubrir en los sermones de Taulero significativas similitudes con la mística sanjuanista. Como es lógico, ha habido otras muchas personas a las que esta traducción de Surio influyó en mayor o menor medida.

Y es que, en efecto, este sabio cartujo supo comprender y traducir muy bien el pensamiento de Taulero, el cual, a su vez, expuso de un modo sencillo el pensamiento místico del Maestro Eckhart. Nosotros, por nuestra parte, hemos tratado de realizar una buena traducción de la obra de Surio, procurando que todo se entienda bien, evitando en la medida de lo posible las expresiones confusas o ambiguas. Por ello, hemos añadido entre corchetes algunas palabras o explicaciones que ayudan al lector a comprender lo que Taulero quiere decir. Asimismo, hemos puesto en mayúscula algunos términos que hacen referencia a Dios, para distinguirlos de los que hacen referencia al ser humano o a las criaturas. Por ejemplo, distinguimos el *Abismo* divino y el *abismo* del fondo del alma, y el *Amor* de Dios y el *amor* a Dios⁴. También diferenciamos entre el *Sacramento* del Cuerpo de Cristo (la Eucaristía) y cualquier otro *sacramento*. Además, hemos dividido los párrafos buscando hacer más fácil y comprensible su lectura. Por otra parte, debemos advertir que, cuando Taulero emplea el término «hombre», hace siempre referencia al «ser humano», pues nosotros, para evitar confusiones, hemos puesto «varón» cuando se refiere a una persona de género masculino.

En la bibliografía que ofrecemos más adelante, además de las ediciones latinas de fray Lorenzo Surio, aparecen las traducciones que hemos tenido en cuenta para realizar la nuestra. Entre ellas

⁴ Como pasa en los textos clásicos de espiritualidad, Taulero suele emplear genéricamente el término «amor de Dios» –o «amor divino»–, para referirse indistintamente tanto al «Amor de Dios» como al «amor a Dios». Nosotros, basándonos en el contexto, hemos hecho un esfuerzo por distinguir ambos términos, pues consideramos que al lector le va a ser muy útil saber cuándo Taulero habla del *Amor* divino (o «Amor de Dios») y cuándo del *amor* humano dirigido a Dios (o «amor a Dios»).

destaca la edición francesa que Hugueny, Théry y Corin⁵ hicieron de los sermones en alemán. No sólo la hemos consultado asiduamente, además nos apoyamos en ella para numerar los sermones, que en su edición son 83, pues unen los sermones 15.1 y 15.2. Asimismo, hemos adaptado los títulos de los sermones a los que aparecen en dicha edición francesa, indicando a pie de página aquellos en los que el título difiere en la edición de Surio. A cada título hemos añadido un subtítulo en el que indicamos el tema principal del sermón. Igualmente, para ayudar a identificar cada sermón, en su subtítulo hemos indicado la numeración correspondiente a la edición de Vetter⁶ y el pasaje bíblico sobre el que versa dicho sermón.

Deseamos que esta edición en lengua castellana sirva a sus lectores para desarrollar su dimensión contemplativa.

⁵ Jean TAULER, *Sermons*. Édition integrale. Traduction de E. Hugueny-G. Théry-M.A.L. Corin. Éditée et présentée par Jean-Pierre Jossua. Avec une notice d'Edouard-Henri Weber sur Jean Tauler et Maître Eckhart. «Sagesses chrétiennes». Les Éditions du Cerf, Paris 1991.

⁶ *Die Predigten Taulers aus der Engelberger und der Freiburger Handschrift sowie aus Schmidts Abschriften der ehemaligen Straßburger Handschriften*, ed. de Ferdinand Vetter, Dublin 2¹968. Reimpr. de la 2^a ed. de 1968: (Deutsche Texte des Mittelalters 11) Augsburg 2000.

EDICIÓN DE FRAY LORENZO SURIO

Esta colección de 84 sermones forma parte de una amplia y variada compilación de textos de la *mística renana* y la *devotio moderna*, publicados en latín por fray Lorenzo Surio en 1548, en Colonia. Esta edición latina se basa en la sexta edición germánica de las obras de Taulero, realizada por el jesuita san Pedro Canisio (1521-1597) en 1543. La primera edición germánica de las obras de Taulero fue publicada en 1498 en Leipzig, en alto alemán.

La edición latina de Surio de 1548 agrupaba las siguientes obras: *Historia de la vida y conversión de fray Juan Taulero*, *Sermones del Tiempo y de Santos* (aquí se hallan los 84 sermones de Taulero junto con algunos del Maestro Eckhart y, probablemente, de fray Enrique Susón), *Instituciones espirituales* (atribuidas erróneamente a Taulero⁷), *Varias cartas*, *Profecías sobre las plagas de nuestro tiempo*, *Algunos cantos espirituales*, *Tratado de las nueve rocas* (atribuido también a Susón), *Espejo brillantísimo y ejemplar de nuestro Señor Jesucristo*, *Convite del Maestro Eckhart*, *Coloquio del teólogo y el mendigo*, *Exhortación u oración fiel preparatoria para la muerte*, *Cuatro preparaciones notables para una muerte feliz*, *Otra preparación notable para la muerte*, *Carta de fray Enrique Susón a un agonizante*, *Tratado de las diez cegueras* y *Ejercicios sobre la vida y pasión de Cristo*.

EDICIONES CONSULTADAS

Ediciones latinas de referencia:

D. Ioannis Thauleri clarissimi Theologi piissimae tam De Tempore quam de Sanctis Homiliae, ab ipso interprete Laurentio Surio recognita, Coloniae 1553.

D. Ioannis Thauleri, clarissimi ac illuminati Theologi, Sermones De tempore et de Sanctis totius anni, OPERA OMNIA, a R.F. Laurentio Surio Carthusiano in latinum Sermonem translata, Coloniae 1603.

⁷ Sobre *Instituciones espirituales*: ver nota 1.

D. Ioannis Thauleri, clarissimi ac illuminati Theologi, Sermones De Tempore et de Sanctis totius anni, OPERA OMNIA, a R.F. Laurentio Surio Carthusiano in latinum Sermonem translata, Parisiis 1623.

Ediciones en francés:

Sermons de Jean Tauler, le docteur illuminé, traduits de l'allemand par M. Charles Sainte Foi, 2 vols., Librairie Mme. V. Poussielgue-Rusand, Paris 1855.

Jean TAULER, *Sermons*. Édition integrale. Traduction de E. Hugueny-G. Théry-M.A.L. Corin. Éditée et présentée par Jean-Pierre Jossua. Avec une notice d'Edouard-Henri Wéber sur Jean Tauler et Maître Eckhart. «Sagesses chrétiennes». Les Éditions du Cerf, Paris 1991.

Ediciones en italiano:

Beato Giovanni TAULER, op. *Opere*. Introduzione, traduzione e note di Bernardino de Blasio, op. Edizione Paoline, Alba 1977.

Giovanni TAULERO, *I sermoni*. Introduzione e note di Marco Vannini. Traduzione di Franca Belski. Paoline, Milano 1977.

Ediciones en inglés:

Johannes TAULER, *Sermons*. Translation by Maria Shradly, introduction by Josef Schmidt, preface by Alois Haas. Paulist Press, New York–Mahwah 1985 (selección de 23 sermones).

Ediciones en español:

Juan TAULER, *Obras*. Edición de Teodoro H. Martín. Editores: Universidad Pontificia de Salamanca y Fundación Universitaria Española. Madrid 1984 (contiene las *Instituciones* y una selección de veinte sermones).

1. SERMÓN PARA LA FIESTA DE NAVIDAD⁸

EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL FONDO DEL ALMA

(V. 1, sobre Is 9,5)

«Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado» (Is 9,5).

1. La Iglesia católica celebra hoy un triple nacimiento, por cuyo motivo todo cristiano debería estar lleno de un gozo tan grande, que no pudiera caber en sí mismo de júbilo, amor, gratitud e íntima alegría. En verdad, quien no experimenta todo esto en sí mismo es digno de compasión.

[El triple nacimiento del Hijo de Dios]

El primer nacimiento, el más sublime, es aquel por el que el Padre eterno engendra a su Unigénito en su Esencia divina y en distinción personal. El segundo nacimiento tiene lugar de la Madre Virgen, la cual, después del parto, conservó intactas su pureza y castidad. El tercer nacimiento se produce en toda alma santa, cada día y cada hora, cuando Dios todopoderoso nace en ella verdadera y espiritualmente por la gracia y el amor. Estos tres nacimientos están simbolizados en las tres Misas que hoy se celebran.

La primera Misa, que se celebra durante la noche, cuyo introito es: «*El Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy*»⁹ –esto es, «en la eternidad»–, simboliza el nacimiento oculto que se realiza en el seno nebuloso e incógnito de la Divinidad.

⁸En la edición de Surio: *Primer sermón para la fiesta de la Navidad*.

⁹Sal 2,7.

La segunda Misa, que tiene por introito: «*Una Luz brillará hoy sobre nosotros*»¹⁰, designa el esplendor de la naturaleza humana deificada [de Cristo], y se celebra parte de día, parte de noche, pues este nacimiento fue en parte conocido, en parte desconocido.

Finalmente, la tercera Misa, que se celebra a la clara luz del día, y cuyo introito es: «*Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado*»¹¹, expresa aquel amoroso nacimiento que debería producirse – y de hecho se produce– todos los días, cada hora y a cada instante en toda alma santa que le presta una atención amorosa. Pues quien quiera experimentar en sí este nacimiento, ha de recoger todas sus potencias y dirigirlas a Dios. En este nacimiento, Dios se hace tan nuestro y se nos da en tal propiedad, que nada nos ha sido jamás tan propio, como indican las palabras [de la Escritura] poco antes citadas: «*Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado*». Dios es, sin duda, nuestro. Es nuestra propiedad más íntima, pues nace en nosotros sin interrupción, a cada instante.

[El Padre engendra a su Hijo unigénito]

Sobre este último –pero muy noble– nacimiento, simbolizado por la última Misa de Navidad, voy a decir, hijos míos, unas palabras, y explicaré también cómo podemos y debemos llegar a él.

2. Para que este nacimiento pueda realizarse noble y fructíferamente dentro de nosotros, hemos de reflexionar y meditar el carácter propio de aquel primer nacimiento por el que Dios Padre engendra a su Hijo unigénito en la eternidad. En efecto, por la abundancia de las riquezas sobreesenciales de su bondad, Dios no pudo quedarse encerrado en sí mismo: tenía que difundirse y comunicarse a todas las cosas, pues, según afirman [san] Agustín y Boecio, la naturaleza del Bien es difundirse. Así pues, Dios Padre se ha difundido engendrando a su Hijo, la segunda Persona en la Divinidad, y después se ha derramado en todas las criaturas. Por

¹⁰ Is 9,2.

¹¹ Is 9,5.

eso dice san Agustín: «Porque Dios es bueno, nosotros *somos*, y todo lo bueno que tiene una criatura procede de la sola bondad esencial del Creador»¹².

Uno podría preguntarse cuál es la propiedad sobre la que debemos reflexionar, meditar y aprender en la generación del Padre. Escuchad. El Padre, en la propiedad de su persona, se recoge en sí mismo con su divino intelecto. Allí se contempla y allí conoce con claridad meridiana el Abismo esencial de su Ser eterno, y por este conocimiento y comprensión de sí mismo se expresa totalmente. Pues bien, esta Palabra es el Hijo; y este conocimiento de sí es la generación del Hijo en la eternidad. El Padre permanece en sí mismo en virtud de su Unidad esencial y sale de sí en virtud de su distinción personal.

Así pues, Él entra en sí mismo y, contemplándose, se conoce perfectamente; después, sale de sí mismo y genera su propia Imagen, que ha conocido y comprendido en su interior en virtud de su distinción personal. Y refluendo de nuevo en sí, se conoce y se ama con perfecta complacencia de sí mismo; y esta complacencia fluye interiormente en un Amor inefable, que es el Espíritu Santo. De este modo, permanece dentro, sale fuera y de nuevo se repliega en su interior.

Con razón suele decirse que toda salida se hace para regresar. Por eso, así como el movimiento o curso del cielo es el más noble y perfecto de todos, puesto que, en el sentido más propio, retorna al origen y principio del que partió, así también el movimiento o curso del hombre es más noble y más perfecto cuando, salvado todo obstáculo, retorna a su Origen.

¹² AGUSTÍN DE HIPONA, *De doctrina christiana* I c.32, PL 34.

[El alma *recogida, silenciada y vaciada* pasa a ser «madre espiritual» del Hijo de Dios]

Por tanto, esta propiedad que posee el Padre celestial de salir y entrar en sí, debe tenerla también todo aquel que quiera ser «madre espiritual» de esta generación [del Hijo de Dios]: ha de entrar completamente en sí mismo y después salir. Me gustaría que escucharais cómo debe suceder esto.

3. El alma posee tres nobilísimas facultades, por las que es verdadera imagen de la santísima Trinidad: memoria, entendimiento y voluntad. Por ellas, el hombre es capaz de asir a Dios y recibir [en la medida de la capacidad humana] todo lo que Dios es, tiene y puede dar. Gracias a ellas, el hombre atisba la eternidad.

Ciertamente, el alma ha sido creada entre el tiempo y la eternidad. Por su parte superior, pertenece a la eternidad; por la inferior, es decir, por sus potencias sensibles y animales, al tiempo.

Pero ahora, con sus potencias superiores [o incorpóreas¹³] e inferiores [o corpóreas¹⁴], el alma vaga y se despliega en el tiempo y en lo temporal. Y puesto que las potencias inferiores y superiores están unidas entre sí por una cierta afinidad, el alma tiende con suma facilidad hacia las cosas sensibles, vanas y caducas; de este modo, se aparta de la eternidad. Aquí, si queremos que este

¹³ En el modelo de san Agustín, las potencias superiores son las del alma: el entendimiento, la voluntad y la memoria.

En el modelo de santo Tomás de Aquino, las potencias superiores o incorpóreas son el entendimiento (teórico y práctico) y la voluntad.

¹⁴ En el modelo de san Agustín, las potencias inferiores son las del cuerpo.

En el modelo de santo Tomás de Aquino, las potencias inferiores o corpóreas son:

- Las de la vida vegetativa: la generativa (sexualidad), la aumentativa (crecimiento) y la nutritiva (alimentación).
- Las de la vida sensitiva: los sentidos externos (cinco sentidos), los sentidos internos (sentido común, estimativa y memoria), el apetito sensible (deseos sensibles e instintos) y la facultad locomotriz.

nacimiento se produzca en el alma, urge un retorno a nuestra interioridad. Es necesario un esfuerzo firme de introversión y recogimiento interior de todas las potencias del alma, inferiores y superiores, y la unificación de todas ellas sin dispersión.

La potencia unida, como suele decirse, es más fuerte que la dispersa. Como un arquero que se dispone a arrojar su flecha a la diana cierra un ojo y abre el otro para apuntar mejor, así también el que quiere meditar más profundamente sobre alguna cosa, cierra antes todos sus sentidos y los dirige y eleva al centro o fondo del alma, de donde han brotado, como el ramaje de un árbol brota todo de su raíz. Y así, cuando todas las potencias sensitivas e inferiores, y todos los afectos, se unen a las potencias superiores en el fondo supremo del alma, se produce la entrada en sí mismo.

4. Ahora queda salir y elevarnos sobre nosotros mismos hacia Dios. Aquí hemos de renunciar a toda voluntad, deseo y obra propios. No debe quedar en nosotros más que una desnuda y pura atención y búsqueda de Dios, sin desear absolutamente nada que nos sea propio, sea esto lo que fuere, y sin la aspiración de ser, devenir o ganar algo. Sea nuestra única motivación ser solo para Dios, ofrecerle un lugar: el más elevado, noble e íntimo, donde pueda llevar a cabo su obra y su nacimiento en nosotros sin encontrar obstáculo alguno de nuestra parte.

En efecto, para que dos cosas se hagan una, es preciso que una se comporte como *agente* y la otra como *paciente*. Para que mi ojo vea la imagen que hay sobre una pared, o alguna otra cosa, es necesario que esté desnudo y libre de toda imagen. Pues, si tiene impresa en sí la forma de cualquier otra imagen, no puede ver. De igual manera, para que mi oído pueda percibir un sonido, tiene que estar vacío y libre. En definitiva, todo lo que debe actuar como receptor ha de estar vacío. Al respecto escribe [san] Agustín: «Vacíate para llenarte¹⁵; sal, para poder entrar». Y en otro sitio: «¡Oh alma noble! ¡Oh noble criatura!, ¿por qué buscas fuera de ti a Aquel que está, en la forma más verdadera y simple, todo dentro de ti? Has sido hecho

¹⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in Psalmos*, 30, sermón III, 11 [v.24], PL 36.

consorte de la naturaleza divina, ¿qué tienes que ver aún con las criaturas?».

Cuando se prepara así un lugar en el fondo del alma, es imposible que Dios no lo llene por completo, pues Dios y la naturaleza nada dejan vacío. Es más, antes que dejar algo vacío, el cielo se rompería y lo inundaría. Mucho menos soporta Dios el vacío, porque esto repugna especialmente a su naturaleza y a su justicia.

Por tanto, el hombre se encuentra ante una alternativa: si calla, la Palabra de este nacimiento podrá ser pronunciada y oída en él; si habla, Dios tendrá que guardar silencio. A esta Palabra de ninguna manera se le sirve mejor que callando, esperando, escuchando. Si el hombre sale totalmente de sí, Dios entrará totalmente en él. En la medida en que el hombre sale, Dios entra: ni más ni menos.

5. De esta salida tenemos una imagen en el libro del Génesis, cuando Dios, dirigiéndose a Abrahán, le dice: «*Sal de tu tierra y de tu parentela*»¹⁶. Y después dijo a Moisés: «*Yo te mostraré todo bien*»¹⁷, es decir, este divino nacimiento, que tiene en sí todo bien. La tierra de la que se manda salir a Abrahán es el cuerpo con todo su deseo pecaminoso y todo su desorden, cualesquiera que sean. La parentela simboliza la inclinación de las potencias sensitivas y las imágenes que estas arrastran tras de sí. Ellas hacen que el alma se agite entre movimientos de gozo y de dolor, pues le infunden alegría y tristeza, deseo y temor, inquietud y ligereza. Y puesto que estas cosas están tan estrechamente unidas a nosotros como si de nuestra propia parentela se tratara, debemos vigilarlas con gran atención y salir de ellas por completo, si no queremos ser privados de todo el bien que es, en verdad, según hemos dicho, este nacimiento.

6. Comúnmente se dice: «Niño criado en casa, fuera de ella se comporta como un novillo». Y este dicho es aquí muy cierto, pues cuantos aún no han salido de sí mismos y no se han elevado sobre su propia naturaleza –yendo más allá de lo puramente natural y de

¹⁶ Gn 12,1.

¹⁷ Ex 33,19.

todo aquello que los sentidos pueden aportar por la vista, el oído, el gusto o el tacto– son como bueyes o novillos para captar las cosas de Dios.

¿Por qué esto? Porque su fondo interior es como una montaña de hierro en la que jamás penetra un solo rayo de luz. En cuanto se quedan sin sensibilidad, sin formas y sin imágenes, nada más saben, nada sienten, nada experimentan. Ellos están aún en casa, y por eso no sienten en absoluto este nacimiento, como Cristo mismo dijo: «*Quien no renuncia a padre y madre y a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*»¹⁸; y también: «*Quien deje casa, hermanos, hermanas, padre, madre, esposa, hijos o campos por mi Nombre, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna*»¹⁹.

[La Virgen María, modelo de «madre espiritual» de Cristo]

7. Hasta aquí, hijos míos, hemos hablado del primer y del tercer nacimiento, y de cómo tenemos que aprender del primero lo que se exige para el último. Queda ahora decir unas palabras acerca del segundo nacimiento, por el que esta noche el Hijo unigénito de Dios ha nacido de su Madre y se ha hecho hermano de todos nosotros. Él, que ha sido engendrado en la eternidad sin madre y, en el tiempo, sin padre.

Afirma san Agustín que la Virgen gloriosa fue más feliz por haber concebido a Dios espiritualmente que por haberle dado su ser corporal. Por eso, quien desee que este nacimiento se cumpla espiritualmente en su alma como lo fue en el alma de María, debe reflexionar y meditar sobre las cualidades que adornaban a la bienaventurada y gloriosa Virgen, que era Madre corporal y espiritual del unigénito Hijo de Dios. Era una joven pura y casta, y estaba prometida; permanecía recluida y apartada de todo en el momento en que el ángel la saludó.

¹⁸ Lc 14,26.

¹⁹ Mt 19,29.

Así debe ser toda madre espiritual de Cristo: una virgen pura y casta. Pero si se aparta alguna vez del camino de la castidad, ha de regresar a él de inmediato y recuperar su pureza virginal. Pues el concepto «virgen» significa *esterilidad exterior, con una enorme fecundidad interior*. De este modo, esta virgen de la que aquí hablamos tiene que cerrar sus sentidos exteriores y usarlos únicamente en aquello que fuere estrictamente necesario, a ejemplo de la gloriosa Virgen, que no meditaba sino las cosas de Dios. Pero interiormente daba fecundo fruto, como dijo el profeta [David]: «*Toda la gloria de la hija del rey está en su interior*»²⁰. Además, [esta madre espiritual de Cristo] ha de llevar una vida retirada, y todas sus costumbres, sentidos, gestos y palabras habrán de ser interiores. Así producirá grandes y copiosos frutos; más aún, a Dios mismo, al Hijo de Dios, al Verbo de Dios, que es y contiene en sí todas las cosas.

María, como se ha dicho, estuvo también prometida. Igualmente, esta madre espiritual de Cristo estará prometida y unida solo a Dios, Creador de todas las cosas, y libre de todas las criaturas, de acuerdo con la enseñanza del Apóstol²¹. Y debe poner su mudable voluntad a los pies de la inmutable voluntad de Dios, para que Él venga en ayuda de su debilidad.

María, además, era una virgen recluida. Del mismo modo, esta esposa de Dios, si quiere experimentar en su interior verdadera y felizmente este nacimiento, habrá de vivir recluida. Y no solo se abstendrá de la agitación externa, que parece no poco perjudicial, sino también de la práctica superficial y sensible de las virtudes. Creará dentro de sí un espacio de quietud y silencio, se recogerá interiormente, y se ocultará y sustraerá de la naturaleza y de los sentidos. Hará dentro de sí misma silencio, paz interior, quietud y sosiego.

8. Acerca de todo lo cual se cantará el próximo domingo lo siguiente: «*Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche se*

²⁰ Sal 45,13.

²¹ Cf. 2Cor 11,2.

hallaba en mitad de su curso, tu Palabra omnipotente, Señor, se lanzó desde los Cielos, del trono real»²², es decir, la Palabra eterna del Corazón del Padre.

En este silencio apacible, cuando todas las cosas están en el más profundo silencio –en verdadero silencio y verdadera calma– se oye perfecta y verdaderamente esta Palabra. Pues si Dios ha de hablar, el hombre tiene que guardar silencio; si Dios ha de entrar, hay que salir y dejarle sitio. Al entrar el Señor en Egipto, todos los ídolos de aquel país cayeron a tierra²³. Estos ídolos son cualquier cosa, por buena y santa que parezca, que impide en nosotros el cumplimiento verdadero e inmediato de este nacimiento. A este respecto dice nuestro Salvador: «He venido a traer una espada a la tierra para cortar todo lazo de parentesco del hombre: padre, madre, hermano, hermana, etc. Pues nuestros enemigos serán nuestros parientes»²⁴, que introducen en nosotros una multiplicidad de imágenes, ahogando esta Palabra en nuestro interior, aunque no nos la arrebaten por completo.

Si bien es cierto que esta quietud no puede durar siempre, la madre espiritual de este nacimiento deberá convertir este apacible silencio en costumbre, para que por la costumbre nazca finalmente el hábito.

Esto que resulta muy sencillo para el hombre bien ejercitado, al no ejercitado le parecerá imposible. Pues la práctica hace el arte.

Que todos, con la ayuda de Dios todopoderoso, seamos capaces de crear dentro de nosotros un espacio de quietud para este nacimiento, a fin de que lleguemos a ser verdaderamente madres espirituales de Dios. [Amén.]

²² Sab 18,14-15.

²³ Cf. Mt 2,13-15

²⁴ Cf. Mt 10,34-36.

2. SERMÓN PARA LA VÍSPERA DE LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

PURIFICACIÓN Y MADURACIÓN ESPIRITUAL

(V. 2, sobre Mt 2,20)

«Toma al Niño y a su Madre, y ve a la tierra de Israel» (Mt 2,20).

1. Por más que el santo Evangelio sea releído, predicado o meditado, hasta mil veces, siempre se encuentra en él una nueva verdad que nadie había hallado antes. [Le dice el ángel a José:] «Toma al Niño y a su Madre, y ve a la tierra de Israel, pues han muerto los que querían matar al Niño»²⁵.

[La tentación del engreimiento]

2. Hay muchos que, cuando sienten en su interior el piadoso deseo de mejorar su vida espiritual o algún propósito bueno, caen inmediatamente en la osadía y en la presunción. Y, en la euforia de ese reciente parto del espíritu, se lanzan sobre este deseo con un inoportuno y vehemente esfuerzo de introversión, sin considerar previamente si su naturaleza podrá soportarlo o si su gracia será suficiente para llevar a término la obra empezada. Pues estas personas, antes de abordar un proyecto nuevo, deberían detenerse a pensar en el final²⁶, y, después, dejando ese entusiasmo como suspendido, deberían presentarlo ante Dios rogándole humildemente se dignase llevar a término todas sus obras por medio de ellos, o en ellos, según su santa voluntad.

Además, entre esas personas que he mencionado, hay algunos que, una vez concebido un piadoso deseo, se ponen manos a la obra

²⁵ Mt 2,20.

²⁶ Cf. Lc 14,28.

y emprenden nuevos y extraños modos de vida, ya este, ya el otro. Y en tal acto de presunción, al apoyarse en sus propias fuerzas, no es raro que se dañen en el cuerpo y el espíritu. Con frecuencia sucede que, si bien creían que era Dios lo que estaban buscando, [en realidad] no habían salido de los límites de su propia naturaleza.

[Los tres enemigos del alma]

3. Cuando José, protector del Salvador, marchó a Egipto con el Niño y su Madre huyendo de Herodes, allí le fue revelado por el ángel que el tirano había muerto. Y ya de vuelta a la tierra de Israel, al oír que ocupaba el reino su hijo Arquelao, temió por la vida del Niño²⁷. Ahora voy a explicar qué significa esto. El rey Herodes, que perseguía al Niño para matarlo, simboliza al mundo que, sin duda, intenta matar a este Niño en el hombre. Por eso, si queremos conservar a este Niño vivo dentro de nosotros, tenemos que abandonar el mundo.

Pero cuando alguien ya ha huido exteriormente del mundo y se retira a una ermita o al claustro, entonces se levanta Arquelao e intenta imponer su dominio sobre él. Es decir, el mundo entero está dentro de él y no podrá expulsarlo de su alma salvo por medio de un diligente esfuerzo y una gran perseverancia, especialmente con el auxilio de la gracia de Dios, tan necesaria para alcanzar la victoria. Pues el hombre tiene en su interior tres enemigos de enorme crueldad y fortaleza, que lo acosan al mismo tiempo con un empeño infatigable y un odio implacable.

El primero es el *mundo*, que golpea al alma con la soberbia espiritual cuando, por algunas buenas obras que hace, quiere ser vista y oída de todos, y ser tenida en consideración. También cuando busca complacer al mundo con la forma de vestir, con la conducta, con discursos grandilocuentes, con los gestos, con una sabiduría ostentosa, con una multitud de relaciones familiares, con

²⁷ Cf. Mt 2,23.

las riquezas y los honores. Todas estas cosas no son sino signos del diablo.

El segundo enemigo es la propia *carne*, que asedia al hombre con la fornicación espiritual y carnal, deseando inducirlo a entregársele de palabra y obra. A este pecado están sujetos todos aquellos que se dan a los deleites de la sensualidad, cualquiera que sea el modo en que esto se haga. Cada uno debe vigilar en sí mismo esta inclinación, especialmente allí donde los sentidos experimentan más viva la tentación de la impureza. Pero también están sometidos a este pecado quienes, enredados en el amor a las criaturas, las llevan en su corazón voluntariamente, día y noche, deleitándose en ellas. Todas estas cosas empujan al hombre a este pecado de fornicación. Y así como la incontinencia exterior despoja al cuerpo de su decencia e integridad, así la interior arrebatada al espíritu su pureza. Pero cuanto más digno y noble es el espíritu que el cuerpo, tanto más dañina es la fornicación espiritual que la impureza carnal.

El tercer adversario es el *diablo*, que ataca al hombre con pensamientos malvados y amargos, con sospechas siniestras, con juicios temerarios, con odio y deseo de venganza, mientras atiza su imaginación con palabras como éstas: «Aquel te ha hecho esto y lo otro, y te ha ofendido con tales palabras. No lo consentiré». Entonces muestra al otro un rostro más severo y un gesto amenazador, y le dirige palabras ásperas y llenas de ira, que provocan la ruptura de la paz que existe entre ellos, el trastorno de su amistad y otros muchos males, mientras [la otra persona] se dispone a defenderse de la ofensa. Todas estas cosas, sin duda alguna, no son sino semilla diabólica e inspiraciones y obras de Satanás.

[Cómo vencer a los enemigos del alma]

Si no queremos descuidar nuestra salvación, una sola cosa nos es necesaria: huir de todos estos peligros y ofrecernos humildemente a la estrechez de nuestros padecimientos y aflicciones, dispuestos a sufrir adversidades por amor a Dios, las merezcamos o no. Y en estas cosas, dejemos en manos de Dios y de la verdad nuestra defensa, sin excusarnos en nada. Así disfrutaremos verdaderamente

de la paz de Dios fuera y dentro, tanto en la adversidad como en la prosperidad. Y si descuidamos esas cosas, cuidémonos en verdad de que «Arquelao», es decir, los pecados mencionados, no degüelle y aniquile a nuestro «Niño», esto es, la gracia de Dios en nuestras almas.

4. Por eso, el humilde José indagó solícitamente si quedaba alguien que quisiese matar al Niño. Pues, después de que el hombre ha vencido todos los pecados mencionados, aún quedan mil lazos que debe romper, y nadie los conoce bien salvo aquel que vive en continua introspección. El nombre de José significa *incremento diligente de vida espiritual y continuo aprovechamiento en el fiel cumplimiento de la voluntad divina*. [Pues bien,] esto es lo más adecuado para proteger al Niño y a su Madre de los que buscan matarlos.

5. Además, fue el ángel quien exhortó y ordenó a José que regresara a su tierra. Esa tierra es Israel, que significa *tierra de la visión de Dios*. Aquí, lamentablemente, hay muchos que se pierden en su lucha por destruir los lazos diversos de las tentaciones, sin esperar a que la misericordia divina los libere con su gracia y el ángel los saque de allí y los exhorte. Por este motivo caen muy a menudo en graves errores: porque, sin esperar a la intervención de Dios, quieren liberarse por sus propios medios empleando la agudeza y sutilidad de su intelecto para así elaborar discursos sublimes acerca de temas difíciles y elevados, como la contemplación de la suma Trinidad.

¿Cuántos errores han surgido de este modo?, ¿y cuántos siguen surgiendo en la actualidad? Resulta lamentable pensar en ello, pues [muchas personas] rehúsan soportar hasta el fin los lazos de las tentaciones y las tinieblas interiores con que Dios tiene a bien envolverlos en «Egipto», que simboliza la oscuridad. En verdad, ninguna criatura creada por Dios podrá liberarlos de esta cárcel ni sacarlos de ella. Solo Dios eterno y misericordioso puede hacerlo, y nadie más fuera de Él. Vayan a donde vayan [estas personas], solo en Dios hallarán salida. Aunque viajen, busquen y recorran el mundo entero: solo en Dios encontrarán remedio y ayuda contra estas tentaciones. Y, si quiere, Dios puede servirse de algún

instrumento, como un ángel o un hombre, para liberarlos de ellas. Pero solo a Él incumbe hacer esto, y a ningún otro.

Así pues, dejando a un lado todo discurso e indagación externos, buscad auxilio en vuestro interior, en vuestro fondo, y soportad por amor a Dios todo el peso de la tentación. Abandonaos y perseverad en «Egipto», es decir, en las tinieblas interiores, hasta que un ángel verdaderamente os saque de ahí.

[El cuidado de nuestros sueños]

6. José fue también advertido en sueños. Suele decirse que *el que duerme no peca*, aunque durante el sueño sobrevenga algún mal pensamiento. Esto ocurre cuando en estado de vigilia no se ha sembrado la semilla de sueños pecaminosos. Así pues, el hombre debe estar exteriormente como dormido frente a todas las tentaciones y aflicciones que puedan sobrevenirle, se plegará humildemente a ellas, las soportará pasivamente como en un sueño y no se inquietará por nada. Sí, por amor a Dios las sufrirá hasta el fin con pleno abandono, y lo hará no solo de buena gana, sino también con alegría. Sin duda alguna, esta es la mejor forma, y la más fructífera, para ser liberado y permanecer sin pecado. Y, en este sueño de pasividad y abandono, el hombre será llamado e invitado a salir, como leemos que le ocurrió a san José, protector del Salvador.

[La relación con nuestros superiores]

Este custodio del Salvador simboliza a los prelados de la santa Iglesia: papa, obispos, sacerdotes, abades, priores y confesores. A todos estos se les ha encomendado velar sobre sus subordinados mientras estos son jóvenes, según las necesidades de cada uno. Pero muchos de estos prelados son, ellos mismos, ciegos, y si un ciego conduce a otro ciego es de temer que ambos, prelados y

subordinados, caigan de cabeza en el foso de la condenación eterna²⁸.

Ciertamente, tenemos muchos prelados y maestros. Yo, que soy fraile, estoy sometido a la autoridad de un subprior, un prior, un provincial, un obispo y un papa. Y si todos ellos se conjurasen contra mí y, convertidos en lobos, me lanzasen crueles dentelladas, yo debería doblegarme humildemente a ellos con verdadero abandono y sometimiento, y cualquier cosa que hicieren contra mí debería aceptarla pacientemente con una gran humildad y sin murmuración ni deseo de responder. Pero si quisieran concederme algún bien, lo correcto sería que yo lo rehusara humildemente. Si, por el contrario, quisieran atacarme, aunque fuesen cien veces más numerosos, yo debería soportarlo todo alegremente en la contemplación y el amor a Dios.

[El santo temor]

7. San José guardaba en todo momento un santo temor a pesar de que el ángel le había comunicado que todos los que buscaban matar al Niño habían muerto. Por eso indagaba atentamente quién reinaba en Judea. Este hecho pone de manifiesto el error en que están algunos que pretenden perder todo temor. Durante todo el tiempo que nos toque vivir sobre la tierra, nunca debemos abandonar el temor ni desear que desaparezca. Así dice el salmista: «*El temor santo del Señor permanecerá eternamente*»²⁹. Aunque los ángeles se dignaran comunicarnos algo de parte de Dios, debemos permanecer en el temor y estar vigilantes, no sea que «Arquelao» reine aún en nosotros.

²⁸ Cf. Mt 15,14.

²⁹ Sal 19,10.

[La maduración espiritual]

Después de esto, José se levantó y tomó al Niño y a su muy humilde y digna Madre. El Niño simboliza la pureza perfecta. A semejanza de Él, nosotros debemos ser puros y limpios, incontaminados de toda mancha mundana. Asimismo, hemos de ser pequeños practicando una profunda humildad y sometiéndonos obedientemente no solo a Dios, sino también a todos los hombres por amor a Él. La dignísima Madre simboliza el auténtico y sabroso amor a la Divinidad. Pues el amor a Dios es madre de la más pura humildad y del anonadamiento de sí mismo en el sometimiento a la voluntad divina en absoluto abandono.

8. En este grado [de maduración espiritual] el hombre es aún muy «joven». Por eso no ha de entrar por voluntad propia en la tierra de «Israel», es decir, en la región de la contemplación. Puede, si quiere, penetrar en ella para obtener el perdón; pero, mientras sea tan «joven» y no haya llegado a ser un *hombre perfecto*, ha de regresar a «Egipto» y tomar las armas de Nuestro Señor, el cual nos lo enseñó todo con su vida santa e inocente y nos mostró claramente el camino de la perfección.

Así pues, cuando no nos sea posible acceder a la Palabra de Dios, inspirémonos en el ejemplo de su santísima vida, donde hallaremos sobreabundantemente lo que necesitamos para la salvación. Fue a Jerusalén cuando tenía doce años, pero no se quedó allí, sino que volvió a su vida cotidiana con sus padres³⁰. Como aún no había alcanzado la edad perfecta propia de un hombre formado, regresó [y allí se quedó] hasta cumplir los treinta años y hacerse un hombre maduro. Entonces, con la edad adecuada, estaba cada día en Jerusalén instruyendo, dirigiendo, predicando y disputando con los judíos, y mostrándoles con gran autoridad el camino de la verdad. Iba de un sitio a otro según su voluntad. Como Señor poderoso, moraba libremente en Galilea, en Cafarnaún y en Nazaret, en toda la

³⁰ Cf. Lc 2,41-52.

tierra de Israel y de Judá; y en aquellos lugares obraba prodigios y signos.

Esto es lo que debe hacer todo devoto. No ha de entrar inmediatamente en «Israel», es decir, en la tierra de la contemplación, como si hubiera de quedarse allí. Puede, sí, permanecer en ella un tiempo; pero, en tanto no haya acabado de crecer [espiritualmente] y sea joven e imperfecto, debe regresar de nuevo y no quedarse allí para siempre. Sin embargo, una vez haya llegado a la cima de la perfección y se haya hecho un hombre fuerte, entonces habrá llegado la hora de entrar en la tierra de «Judá», que significa *alabanza a Dios*, y de «Jerusalén», *paz verdadera*. Aquí podrá enseñar y corregir con entera libertad, y emprender poderosamente el camino a «Galilea», que significa *pasaje*. Cuando ha llegado aquí, ya está por encima de todo, ha trascendido todas las cosas, y entra en la ciudad de «Nazaret», donde germinan, en hermosura sin igual, las flores de la vida eterna.

Aquí hay una paz inefable y un gozo, una quietud y un pregusto de la vida eterna. Este es el lugar al que llegan aquellos que se abandonan humildemente a la gratísima voluntad de Dios; aquellos que sufren con ecuanimidad toda prueba interior y exterior, sin resistirse a ella bruscamente, hasta que Dios mismo se digne liberarlos por medio de su gracia. Éstos, insisto, llegan a esta paz y a esta primavera «Nazaret», donde encuentran lo que ha de ser su gozo eterno en Dios.

Que la divina misericordia nos conceda esta gracia a todos nosotros. Amén.

3. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

PENITENCIA, ORACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

(V. 3, sobre Mt 2,11)

«[Los sabios de oriente] entraron en casa, vieron al Niño con su Madre y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra» (Mt 2,11).

[La renuncia a todo placer procedente del mundo]

1. Se lee que los reyes ofrecieron oro, incienso y mirra. Tomemos primero la mirra, amarga, que designa el amargor de la penitencia, tan necesaria para encontrar a Dios. Pues en cuanto el hombre renuncia al mundo para volverse a Dios, tiene que despedirse de todo disfrute, placer y deseo desordenado de la vida. Y debe renunciar necesariamente a todo aquello cuya posesión le produce deleite. En principio, resulta una empresa muy difícil y amarga. Así conviene y así lo exige una penitencia digna: cuanto deleite se ha experimentado en las cosas pasadas, tanto amargor ha de sentirse ahora. Ciertamente, aquí hay necesidad de vigilancia y de una gran diligencia. Pues cuanto mayor ha sido el placer, tanto más amarga será la mirra. Es más, [concienciémonos de que experimentaremos] un amarguísimo amargor.

2. Alguien podría decir: ¿Cómo puede vivir un hombre sin satisfacción alguna? Pues siente hambre, y come; tiene sed, y bebe; tiene sueño, y duerme; siente frío, y se calienta. Tales cosas, sin duda, no son amargas, sino agradables a la naturaleza. Y no hay forma de cambiar esto en tanto la naturaleza sea naturaleza. Esto es así. Y aquí hay deleite. Pero el hombre ha de procurar que no penetre ni encuentre acogida en su interior. El deleite debe pasar con los actos [que lo generaron] y no quedarse. El hombre no debe apegarse a él, ni ha de buscarlo, ni ha de querer poseerlo, ni puede

descansar en él con afecto y placer. Cualquier satisfacción procedente del mundo o las criaturas debe pasar de largo. Aquí la naturaleza debe ser dominada y vencida por la propia naturaleza.

Efectivamente, todo ese deleite y gozo que se siente en compañía de los amigos de Dios y de los hombres buenos, y todo aquello hacia lo que el hombre siente inclinación, ha de ser superado, vencido y eliminado hasta que el propio «Herodes» y toda su servidumbre, que buscan matar al Niño, estén verdadera y realmente muertos en él. Nadie se engañe a sí mismo, sino vigile atentamente el estado de su espíritu, no se dé a una excesiva libertad y no abandone el temor.

[La aflicción que el propio Dios nos envía]

3. Hay otra mirra mucho más amarga que la anterior. Es la que Dios mismo da. Esta mirra reviste diferentes formas, como la miseria o la aflicción interior o exterior. Y si uno la aceptara con el mismo amor y desde el mismo fondo desde el que Dios la da, nacería en él un gozo admirable y una vida maravillosa. Cuánta paz, cuánta alegría se sentiría y cuánta nobleza habría en ello, ¿quién podría explicarlo? Sí, la cruz que Dios envía al hombre, ya sea la más pequeña o la más grande, procede del fondo de su Amor inefable, de un Amor tan grande como el mejor de los dones que pudiera concederle jamás.

Cuando se acepta la cruz, ningún don, por grande que sea, aprovecha tanto al hombre como la aflicción. Toda cruz, el más leve sufrimiento, hasta el más pequeño cabello que cae de la cabeza sin que uno se entere –aunque todos están contados³¹–, Dios lo ha previsto, ordenado y deseado desde la eternidad, y ha querido que suceda exactamente así. Por ejemplo, te duele un dedo o la cabeza, tienes frío en los pies, padeces sed y hambre, te sientes afligido por palabras o acciones, o sufres cualquier otro contratiempo, todas estas cosas te preparan para aquella noble y gozosa vida [junto a

³¹ Cf. Mt 10,30.

Dios]. Todas han sido previstas y ordenadas para que sucedan con un peso, medida y número determinados, y no menos ni de otro modo. Dios ha previsto desde la eternidad que mi ojo esté colocado en mi cabeza. Y si se cae de la cara, o me quedo ciego o sordo, el Padre del Cielo ha previsto igualmente desde la eternidad que así sucediera. De acuerdo con sus designios eternos, fue su voluntad que esto ocurriera así.

¿No es justo, entonces, que abra mis ojos y mis oídos interiores y dé gracias a mi bondadoso Creador porque su designio eterno se ha cumplido en mí? ¿O me quejaré por ello? Nada de eso, pues debe ser para mí la cosa más grata. Igualmente, la muerte de seres queridos, la pérdida de los bienes y del honor, la privación de consuelo, o cualquier otra prueba que Dios tenga a bien enviar al hombre, todas estas cosas lo preparan y disponen en gran medida para alcanzar la verdadera paz. Basta con que aprenda a aceptarlas del modo ya explicado.

[Pero] hay muchos que, bajo el peso de la aflicción, suelen quejarse diciendo: «Maestro, me encuentro mal, estoy agobiado por múltiples aflicciones y una gran tristeza». Y yo les contesto que eso es lo mejor para ellos. Entonces me responden: «No, maestro: soy yo el culpable de lo que me ocurre por haber alimentado en mi interior una imagen nociva». A lo que yo contesto: «Sea o no tu culpa, cree que esa cruz te la ha enviado Dios; agradéceselo, sopórtala y abandónate».

Dios concede al hombre mirras de aflicción para conducirlo a una gran perfección y a un estado de elevación inusual. Es [precisamente] por el fruto de la aflicción y el sufrimiento por lo que Dios ha puesto todas las cosas en oposición al hombre y ha querido que fueran para él una carga. Ciertamente, Él podría producir pan con la misma facilidad que grano y trigo. Pero para que el hombre se ejercitara en todas las cosas, quiso que del trigo hiciera pan con su trabajo. Del mismo modo, ha previsto, ordenado y dispuesto cada cosa en su eterna Sabiduría. [Sin embargo,] ningún pintor ha esbozado en su imaginación con tanta precisión cómo trazará determinada línea en el cuadro, cuál ha de ser su longitud y anchura –lo cual ha de tener previsto si quiere que la pintura sea una obra de

arte– y cómo debe combinar los colores rojo y azul. [En efecto,] Dios es infinitamente más aplicado en llevar al hombre, a través de diversas aflicciones –que son como las líneas y los variados colores que usa el pintor–, a la forma que al propio Dios más le place, con tal de que el hombre acepte y valore rectamente este don y esta mirra.

4. Pero hay muchos que, no contentos con la mirra que han recibido de Dios, quieren imponerse aún más, rompiéndose la cabeza y engendrando fantasías de todo tipo. Y aunque han sufrido mucho durante largo tiempo, como actúan de forma poco sensata, apenas obtienen de ello una pizca de gracia [divina], pues se apoyan únicamente en sus propias ideas y en su orgullosa voluntad, ya sea en el esfuerzo de la penitencia, en el rigor de la abstinencia, en la asiduidad en la oración, en el fervor de la devoción o en otras prácticas por el estilo. Se apegan tanto a estas cosas, que Dios, entretanto, tiene que esperarlos hasta que se liberen de este apego. Pero todos estos hombres fallan. Pues Dios ha decidido recompensar solo sus propias obras [no las puramente humanas]. En la Patria Celestial, en la bienaventurada eternidad, Él premia con perpetua remuneración sus propias obras, no la voluntad del hombre. Entretanto, el hombre debe convertirse a Él y cooperar con su gracia para no recibirla en vano. Pero [no olvides que] lo que Dios no obra en ti, no lo tiene en cuenta.

[La crisis espiritual]

5. Existe, en fin, una tercera mirra, amarga en exceso, que también Dios concede: angustia y oscuridad interior. Cuantos quieren experimentar esta mirra y abandonarse a ella, consumen su carne, su sangre y hasta su propia naturaleza. Esta obra interior les cambia el color [del rostro] mucho más que las grandes prácticas exteriores. Pues Dios viene por medio de horribles tentaciones y de un modo tan extraordinario y singular que nadie lo conoce, salvo quien lo experimenta. Hay algunos que se encuentran oprimidos por aflicciones, angustias y mirras tan extraordinarias y singulares, que no son capaces de salir airosos de ellas. Pero Dios sabe por qué las permite.

La lengua, en cambio, es incapaz de explicar cuánto daño hace [al hombre] no aceptar esta mirra. Es verdaderamente lamentable cómo la inteligencia humana se siente incapaz de entender con qué incomprensible amor Dios la concede al hombre. Esta mirra había de ser para nosotros de enorme utilidad, pero, como dormidos, la dejamos pasar sin prestarle atención y no sacamos provecho alguno de ella. Entonces muchos se quejan diciendo: «Maestro, me estoy consumiendo interiormente en la aridez y la oscuridad». Y yo les respondo: «Hijo mío, persevera pacientemente en ese estado y te encontrarás mejor que si gustaras la dulzura de la devoción sensible».

6. Esta mirra llega por dos medios: los sentidos y el intelecto. Los sentidos experimentan la mirra exterior del modo siguiente. Algunos pretenden saber demasiado y según su sabiduría aseguran que esta mirra procede de alguna circunstancia externa, así que la atribuyen a la fortuna o a la casualidad, estando convencidos de que, si hiciesen esto o lo otro, evitarían la presente tribulación y no caerían en ella, ocurriendo todo según su parecer. Quieren saber más que Dios, darle lecciones y decirle lo que tiene que hacer. Como no saben recibir esta mirra de la mano de Dios, sufren mucho y les sabe demasiado amarga.

Otros rechazan la mirra interior con la sutileza de su inteligencia y se sacuden de encima esta angustia con argumentos intelectuales. Por eso, no es infrecuente que los simples e iletrados progresen mucho más rápidamente y mejor que quienes se ocupan en esas disquisiciones, pues los simples siguen a Dios simplemente y no saben otra cosa sino esperar confiadamente en su Dios. Pero si las personas dotadas de gran inteligencia no fuesen reacias a seguir a Dios en el perfecto abandono, llegarían mucho más noblemente y con mayor gozo a su más íntimo fondo, pues su intelecto les ayudaría de una manera más noble, excelente y libre. Ay, si se abandonaran a Él solo, cualquier gota de sangre [derramada por amor a Dios], incluso la más pequeña, les sería aquí de gran utilidad.

[La oración devota]

De esta mirra, entonces, brota un noble tallito y una tierna ramita de excelente incienso, otro don ofrecido por los magos. Ciertamente, el aroma del incienso es muy agradable. Pues el fuego, al prender el grano de incienso, libera el perfume cautivo en él, y éste, esparcido por el aire y elevado hacia lo alto, desprende un aroma suave y agradable. Este fuego ardiente simboliza el amor a Dios que toda oración auténtica contiene en sí.

[Por otra parte,] la oración está simbolizada por el incienso cuando exhala y desprende el auténtico y grato aroma de la santa devoción. Pues la oración, según la definen los teólogos, es *la elevación del alma a Dios*³² [o la elevación del *espíritu* a Dios]. Así como la paja crece por el grano, y, sacudido éste, ya no resulta de ninguna utilidad, a no ser para hacer una cama o [mezclarlo con] estiércol, del mismo modo la oración vocal contribuye a que el hombre despierte a otra devoción más noble y, así, empiece a desprenderse en él ese aroma tan grato. Cuando este se exhala, hay que dejar sin duda la oración vocal. Aunque quedan excluidos quienes están sujetos a este tipo de plegarias por el precepto de la Iglesia o cualquier otra obligación, y también quienes sus confesores se las han impuesto³³.

[La transformación interior]

Finalmente, el tercer don de los magos fue el oro. Quienes ofrecen este don son personas admirables, excepcionales y desbordantes de gozo por encima de los demás, de tal modo que sobre ellas nada puede decirse. Pues, desde la eternidad, Dios Padre las ha generado espiritualmente en su Hijo. Por fuera son como los

³² Así la define santo Tomás de Aquino citando a san Juan Damasceno (cf. *Suma de teología*, II-II, q. 83, a.1).

³³ En la edición de Vetter este sermón acaba aquí. La continuación se encuentra solo en algunos manuscritos y en la edición de Colonia preparada por Pedro Canisio en 1543. Ofrecemos el resto del sermón según el texto de Surio.

demás, y no es fácil distinguirlas de los otros; es más, como piensan que no son nada, ni siquiera ellas mismas se conocen. Son innominadas y desconocidas. Pero Dios las conoce, porque Él se muestra a sí mismo en ellas. En resumen, es imposible explicar cuán extraordinarias son estas personas y cuántas maravillas suceden a su alrededor.

Quizá alguien se pregunte si nos es lícito pedir ser transformados en personas como éstas. De ningún modo. A nadie le está permitido, salvo a quien Dios se lo concede interiormente. Pero a nadie más. Después de una madura deliberación, he llegado al convencimiento de que nadie debe, sabe o puede pedir tal don. ¿Por qué esto? Porque Dios, que es también quien lo concede, debe pedírselo a sí mismo. Ningún otro puede. Dios es ambas cosas, pedidor y dador, y nadie más.

Pero hay otro oro que sí podemos pedir: que Dios nos conceda una sincera renuncia a todo lo caduco y a nosotros mismos, y una auténtica e íntegra conversión a Él. Ésta es una conversión esencial, y sí nos está permitido pedir que se haga en nosotros; es más, debemos pedirla. Para ésta surge la «estrella», la señal de su nacimiento.

Por lo demás, el cielo se rompe y se abre por completo para aquellos primeros, y la voz del Padre se oye sobre cada uno de ellos diciendo: «*Éste es mi hijo amado, en quien me he complacido*»³⁴. Pero el Espíritu Santo, en forma de paloma, desciende sobre ellos verdaderamente; entonces se cumple en ellos el tercer signo, obrado hoy por el Salvador: la conversión del agua en vino. En este instante, estas personas, si se nos permite hablar así, son hechas Dios, es decir, completamente «divinas» y «deiformes». [Y esto es así porque] aquí ya no queda otra cosa sino el alma desnuda, y Dios puro y desnudo.

³⁴ Mt 3,17.

Dios todopoderoso nos conceda buscar este nacimiento junto con los tres magos, de tal forma que seamos dignos de encontrarlo verdaderamente. Amén.

4. FRAGMENTO DE UN SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA³⁵

DESCUBRIR EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL ALMA

(V. 4, sobre Mt 2,2)

«¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?» (Mt 2,2).

[Conocer a Dios]

1. El alma racional conoce por su propia luz natural [es decir, con su capacidad de raciocinio] que Dios existe. Pero qué [es Dios], cómo es o dónde está, son datos que escapan por completo a su conocimiento; sobre esto nada sabe. Pero en el alma que es santa y espiritual brota un deseo puro y amoroso que le incita a buscar e indagar diligentemente acerca de su Dios. Desea intensamente saber qué es o quién es Aquel tan oculto y desconocido para ella.

2. Cuando el alma persevera en esta diligente búsqueda, nace en ella una Estrella que no es sino el esplendor y el rayo de la gracia celestial, una Luz divina que le habla interiormente de este modo: «Ahora, en este momento, he nacido». Y, al mismo tiempo, dirige al alma al lugar de ese nacimiento, lugar que la luz natural es incapaz de mostrar.

De ahí que todos cuantos pretenden alcanzar con su luz natural ese nacimiento, fallan y se pierden, y no adelantan en la virtud. En esta búsqueda, la luz natural es un guía ciego. Solo la Luz que lo anunció es la que puede revelarlo y comunicar al hombre qué es [el nacimiento de Dios], y cuándo y dónde se realiza. Pero esos infelices no quieren ni pueden aguardar la irradiación de aquella

³⁵ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: *Fragmento de sermón para el tiempo de la Epifanía*. En la edición de Surio: *Segundo sermón para la fiesta de Epifanía*.

Luz en la que es posible descubrir este nacimiento, pues, lanzándose fuera [de sí mismos], se esfuerzan en hallarlo con su luz natural. Y esto no puede suceder. Deben esperar el tiempo oportuno que aún no ha llegado.

En algunos, este deseo crece tanto y obra en ellos de tal forma, que penetra [en ellos] y les consume la carne y la sangre, y hasta la médula de los huesos. Se ven obligados a emplear todas sus facultades naturales en esa tarea intentando dar satisfacción a su deseo y hallar en verdad ese nacimiento. Pero todas las luces naturales juntas no pueden mostrárselo, pues lo ignoran.

[Qué podemos ofrecer a Dios]

3. Aquí hay que considerar tres cosas. La primera es aquello que busca, es decir, el deseo; la segunda, el modo de buscar; la tercera, el descubrimiento del nacimiento.

[Estas tres cosas se corresponden con] otras tres que hay en todo hombre: la primera está unida a la naturaleza en la carne y la sangre, como son los *sentidos corporales* y, por así decir, la propia sensibilidad; la segunda es la *razón –o intelecto–*; la tercera, la pura y desnuda sustancia del *alma*. Siendo estas tres cosas muy diferentes, perciben [la realidad] de distinta manera, cada una según la condición de su esencia.

[Pongamos un símil:] la luz del sol, siendo simple en sí misma, no es recibida del mismo modo en el vidrio, según sea este negro, amarillo o blanco. Por el vidrio negro puede entenderse la sensibilidad; por el amarillo, la razón –o intelecto–; por el blanco, el espíritu puro y desnudo. Cuando la sensibilidad se unifica con el intelecto y este con el espíritu, lo negro se torna amarillo y lo amarillo, blanco. Así deviene una pura simplicidad, y es solo en ella donde brilla esta Luz y es recibida en la verdad, cuando ya todas las formas, imágenes y figuras desaparecen. A esta pura simplicidad le es mostrado este nacimiento en la verdad.

El cielo está ahora enteramente sumido en su oscuridad natural. Si [a esta hora³⁶] todo él se convirtiese en un sol puro y esplendente, nadie podría ver otra imagen, a causa de la intensidad de su brillo. Del mismo modo, al resplandecer en el alma esta Luz radiante, todas las imágenes y las formas se desvanecen, y donde ella ha de brillar, allí debe extinguirse y morir la luz natural. [Pues bien,] esta es la estrella que mostró a los tres magos el nacimiento del Salvador, pues no era una estrella natural como las otras, ni como las otras estaba en el cielo de un modo natural.

Recordemos el símil del vidrio negro que representa a los sentidos. Estos captan las imágenes de las cosas visibles, y en ellos las cosas son mucho más nobles que en sí mismas. [Después] viene el intelecto que, despojando a las imágenes sensibles de su sensibilidad, las hace intelectuales. Y así tenemos el amarillo. Si, además, el intelecto se desprende de sí mismo, renunciando a lo que es él mismo, y se transforma en espíritu puro y desnudo, [entonces] todo se vuelve blanco. Es solamente ahí donde brilla esta estrella [que vieron los magos]. Esta es la meta a la que ha de tender, pura y simplemente, la vida de todo hombre.

[Pues bien, pensemos en que] estas tres cosas [es decir, nuestros sentidos, nuestro intelecto y nuestro espíritu] son los tres dones que ofrecieron los magos [al Salvador. Amén].

³⁶ Según la edición de Hugueny-Théry-Corin.

5. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EPIFANÍA

LA ELEVACIÓN ESPIRITUAL DEL SER HUMANO

(V. 5, sobre Is 60,1)

«*Levántate y brilla, Jerusalén*» (Is 60,1).

1. Nada hay en este mundo de lo que Dios esté necesitado o por cuyo deseo esté poseído. Solo hay una cosa que desea con toda su alma: encontrar desnudo y preparado el nobilísimo fondo que ha puesto en el espíritu del hombre para poder cumplir en él su obra. Aunque Dios posee toda autoridad en el Cielo y en la tierra, y nadie puede oponerse a su voluntad, parece que le falta poder llevar a cabo en el alma la más gozosa de sus obras.

2. Pero aquí puede plantearse la siguiente cuestión: ¿Qué debería hacer el hombre para que Dios pueda brillar y obrar en este amabilísimo fondo? Como el propio tema del sermón exhorta [a hacer], ha de levantarse. «*Levántate y brilla, Jerusalén*», dice el texto, y con ello se declara sin ambages que el hombre debe colaborar [con Dios]. ¿Cómo? Elevándose sobre todo lo que no es Él, sobre sí mismo y sobre todas las criaturas. Por medio de esta elevación, el propio fondo es tocado por un súbito y ardiente deseo de ser liberado, desnudado y despojado de toda semejanza, es decir, de todo aquello que no es Dios. El hombre, cuanto más crece en él ese deseo, tanto más alto es elevado sobre sí mismo. Y a veces, por el contacto con ese fondo desnudo, este deseo penetra la carne, la sangre y hasta las médulas de los huesos.

3. Este toque en el fondo interior produce dos reacciones distintas en dos géneros de personas.

[Los intelectuales]

Las personas del primer género confían en la agudeza de su inteligencia, en las formas e imágenes intelectuales, en altas y sublimes especulaciones. En sus ansias por escuchar y comprender sutilezas, ciegan este fondo y extinguen en ellos este deseo. Así, confiadas en el conocimiento [que obtienen] de tales especulaciones, encuentran en ello un gran sosiego y, ocupadas en sus elucubraciones intelectuales, están persuadidas de ser una «Jerusalén» [es decir, una «ciudad de paz»] y de tener auténtica paz.

Algunos se esfuerzan en preparar su fondo por medio de ideas propias o prácticas de piedad autoimpuestas –sea en la oración o en la meditación, ya las hayan inventado ellos mismos o las hayan visto en otros– y aspiran a encontrar la paz en ellas. Una vez conseguida esta, ya se tienen por una verdadera «Jerusalén», y de tanta paz disfrutan en aquellas ideas y prácticas suyas, que no la encuentran en otro lugar. Pero esta paz no es verdadera, sino falsa y engañosa, como puede comprobarse claramente en el hecho de que ellos persisten voluntariamente en sus pecados y defectos, en la soberbia, en los placeres del cuerpo o de la carne, en el disfrute que proporcionan los sentidos y las criaturas, en la desconfianza, en juicios temerarios y en la inclinación de su alma a las pasiones, al insulto e incluso al odio si les roza la más leve ofensa. Podríamos añadir otros pecados y defectos por el estilo.

Todo esto demuestra que tales personas, al empeñarse en preparar este fondo por sí mismas y obrar en él, impiden al mismo tiempo la intervención de Dios. Por esta causa, su paz es completamente falsa, pues no se han elevado como debían. Se han asignado falsamente el nombre de «Jerusalén» y presumen de gozar de una paz auténtica. Pero si quieren alcanzarla, han de aprender a elevarse de este modo: luchando contra el pecado con esfuerzo y tesón indomables, siguiendo las huellas de Cristo, imitando su humildad y su caridad, negándose a sí mismas en todo y renunciando a sus propios intereses. Y todo ello han de proponérselo con voluntad inquebrantable.

[Los místicos]

4. Las del segundo género son aquellas personas nobles que se elevan como es debido y, por esta razón, son iluminadas por Dios. Ellas permiten a Dios preparar su fondo y a Él se abandonan y se ofrecen incondicionalmente. Despojándose de sí mismas y de todo interés propio en cualquier circunstancia, no se aferran a nada, ni en las palabras, ni en las prácticas de piedad, ni en lo que hacen, ni en lo que no hacen, ni en la prosperidad, ni en la adversidad, ni de este ni de otro modo. Buscan a Dios sin descanso y lo aceptan todo de sus manos con humildad y reverencia, y lo devuelven a Dios con espíritu de desnuda pobreza y voluntario abandono de sí mismas; se someten humildemente a su divino beneplácito y estiman como la cosa más amorosa el cumplimiento de su voluntad en cualquier circunstancia, en la paz y en la inquietud, en la tristeza y en la alegría. Pues una sola cosa les sabe bien: la buena y muy grata voluntad de Dios.

Sobre tales personas puede decirse lo que respondió Jesús a sus discípulos cuando le invitaban a subir a la fiesta: «*Mi hora aún no ha llegado, pero vuestra hora está siempre presta. Subid vosotros a la fiesta*»³⁷. La hora de estas personas siempre está presente. Pero ¿cuál es esa hora? Esta, sin duda: aceptar pacientemente la adversidad y abandonarse [a la voluntad de Dios]. Esta hora siempre está aquí. En cambio, la hora de Dios, en la que obra e ilumina según su beneplácito, no siempre está presta. Por esta razón, ellas la dejan al arbitrio de Dios con humilde y paciente constancia.

5. Por tanto, estas personas se diferencian de las anteriores en que ellas no preparan su propio fondo, sino que dejan a Dios que lo haga. Como todo el mundo, sienten la tentación del pecado. Pero en cuanto este llama a la puerta de su alma, ya sea la soberbia, el placer de la carne, el disfrute de los bienes temporales, la ira, el odio o cualquier otro pecado que les importune gravemente, inmediatamente después del primer ataque se echan humildemente a los pies de Dios, abandonándose a su beneplácito, soportan

³⁷ Jn 7,6.

pacientemente la tentación y ofrecen a Dios su sufrimiento. Su elevación es verdadera, pues se trascienden a sí mismos y a todas las cosas; se convierten en auténticos habitantes de «Jerusalén», tienen paz en medio de la tribulación y alegría en la adversidad. Por eso, sobre todas las cosas, su deleite es la gratísima voluntad de Dios. Esta paz de que gozan, ni el mundo entero puede arrebatársela. Es más, aunque todos los demonios y la raza humana entera se conjurasen contra ellas, de ningún modo podrían arrebatárles su paz. Pues solo el sabor de Dios les agrada y nada hay en las criaturas que satisfaga su paladar.

Tales personas son verdaderamente iluminadas, pues Dios derrama su Luz en ellas en toda circunstancia, pura y eficazmente, incluso en medio de la más densa oscuridad, donde [Dios] brilla mucho más real y verdaderamente que en la luz resplandeciente. No me canso de repetir cuán amorosas, dulces, sobrenaturales y divinas son, y es que en todas sus acciones nada hacen sin Dios. En cierto sentido, si se me permite hablar así, ellas son nada, pero Dios es su ser. Por tanto, son absolutamente amorosas, soportan sobre sus hombros el peso del mundo entero y son las nobles columnas de la santa Iglesia. Sin lugar a dudas, es una inmensa felicidad, un gozo incomparable, haber llegado a este grado.

6. Estos dos géneros de personas difieren en que las facultades³⁸ de las primeras, es decir, las que quieren preparar su fondo por sí mismas sin abandonarse a la acción de Dios, están tan enredadas en sus defectos que son incapaces de superarlos plenamente. Incluso permanecen en ese estado con cierto placer y se aferran a lo propio para deleite de su voluntad.

En cambio, los segundos, es decir, aquellas personas nobles que dejan a Dios prepararles su fondo, como han sido elevados por encima de sí mismos, tan pronto como sienten el aguijón del pecado se refugian en Dios y, estando ahí en una divina libertad, se liberan más rápidamente de todo defecto.

³⁸ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

7. Llegados a este punto, puede surgir la siguiente cuestión: ¿Deben estas personas, mientras Dios prepara su fondo, realizar alguna obra exterior? ¿Están obligadas a ser cooperadoras de Dios? El texto del sermón dice: «*Levántate*», lo cual es, sin duda, una obra. Por tanto, hay una obra que siempre les incumbe hacer y que nunca han de interrumpir mientras vivan en este cuerpo mortal, y es esta: no poner límites a su progreso y no creer haber alcanzado tal grado de perfección que ya no necesiten levantarse una y otra vez; elevar el espíritu a Dios y desnudarse, liberarse y vaciar su fondo interior; y, junto con los tres magos, buscar sin cesar al rey que ha nacido, diciendo: «¿Dónde está el que ha nacido?»³⁹. Y esto [deben hacerlo] con humilde y casto temor, atentas interiormente a lo que Dios quiere de ellas para poder así cumplirlo. Por ejemplo: si Dios quiere que sean pasivas, que sean pasivas; si es su voluntad que sean activas, que sean activas; si quiere que gocen o vaquen a la contemplación, que así sea. Este fondo testimonia en ellas que ha sido preparado y purificado por Dios, que quiere ocuparlo en exclusiva sin que criatura alguna, bajo ningún concepto, tenga acceso a él.

En el primer género de hombres, Dios obra en su fondo por mediaciones; en el segundo género, sin mediación⁴⁰. Es imposible expresar cómo obra Dios en el fondo de estos últimos sin mediación: es algo imposible de explicar. Solo el que tiene experiencia puede saberlo, pero, aun así, no puede comunicarlo a otro. En realidad, cuando Dios toma posesión de este fondo, desaparecen poco a poco las obras exteriores emprendidas por iniciativa propia; pero el conocimiento interior de Dios crece en ellos cada día. Y cuando, con gran esfuerzo y, principalmente, con ayuda de la gracia de Dios, han coronado la cima de la perfección –cosa que es posible–, se niegan a sí mismos y se tienen por nada, como dijo el Salvador: «*Cuando hayáis cumplido todo lo que se os ha mandado, diréis: “Siervos inútiles somos, porque hemos hecho lo que debíamos”*»⁴¹. Nunca presumen de su perfección ni se consideran a sí mismos tan perfectos que, aunque

³⁹ Cf. Mt 2,2.

⁴⁰ *per media* y *absque medio*. La edición de Hugueny-Théry-Corin dice «por intermediario y sin intermediario».

⁴¹ Lc 17,10.

hayan alcanzado la cúspide de la perfección, dejen de mantenerse siempre en un humilde temor. Por el contrario, repiten sinceramente una y otra vez: «*Hágase, Señor, tu voluntad*»⁴². Ellos deben vigilar muy estrechamente los movimientos de su corazón para descubrir posibles apegos a alguna cosa por inclinación de afecto, o si hay algo en el fondo de sí mismos que se oponga a Dios y pueda impedir que lleve a término su noble obra sin mediación.

Que la divina clemencia nos conceda a todos elevarnos de tal modo que Dios pueda obrar en nosotros. Amén.

⁴² Mt 6,10.

6. SERMÓN PARA EL DOMINGO ANTERIOR A LA SEPTUAGÉSIMA⁴³

EL CAMINO HACIA LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL

(V. 6, sobre Mt 11,30)

«*Mi yugo es suave y mi carga ligera*» (Mt 11,30).

1. La eterna Verdad, nuestro Señor Jesucristo, en el capítulo once del Evangelio según Mateo dijo entre otras cosas: «*Mi yugo es suave y mi carga ligera*». Todos cuantos contradicen estas palabras de Cristo, hombres sometidos a la sensualidad de su naturaleza, aseguran que el yugo del Señor es amargo y su carga pesada. Sin embargo, digan lo que digan ellos, lo que la misma Verdad afirma no puede dejar de ser cierto. Veamos qué significan los términos «yugo» y «carga».

[El hombre exterior y el hombre interior]

2. Se llama «yugo» a aquello que se arrastra tras de sí con dificultad; y se llama «carga» a aquello que con su peso oprime a quien lo lleva. El yugo simboliza al hombre interior; la carga, al exterior, al hombre viejo y terrenal. El hombre interior, noble, fluye del luminoso Fondo de la Divinidad, hecho a imagen de Dios, noble y puro, y a ese mismo Fondo es llamado e invitado para participar de todo bien y alcanzar por gracia lo que Dios posee por naturaleza.

Realmente, si uno pudiera encontrar, conocer y contemplar a Dios dentro de sí, y viviera escondido en el fondo del alma, ése, sin

⁴³ Celebración dominical que celebraba la Iglesia tres semanas antes del primer domingo de Cuaresma y setenta días (o diez semanas) antes del domingo de Pascua.

En la edición de Surio: *Sermón para el cuarto domingo después de las octavas de Epifanía*.

duda alguna, sería feliz y bienaventurado. Y por más que el hombre desviara la mirada interior de su alma a las cosas exteriores, vagando perdido entre las criaturas, seguiría sintiendo siempre una llamada y una atracción continua hacia ese Dios presente en el fondo de su alma, de tal modo que fuera de este fondo jamás podría hallar descanso ni saciar su deseo. Las cosas creadas no pueden satisfacerlo, pero lo empujan y lo llevan, aun sin saberlo él, a la intimidad de su fondo, donde Dios habita. Pues Dios es el Fin del hombre. Y así como todas las cosas hallan su reposo en el lugar que les es propio, como la piedra en la tierra y el fuego en el aire, así también el alma devota, encendida en amor a la Divinidad, descansa en Dios, su Salvador, como en su lugar y Fin último.

[La pureza del hombre interior]

3. ¿A quién le es dulce este yugo? ¿A quién deleita este arrastrar y llevar? Únicamente a aquel que aparta su espíritu de todas las criaturas y lo dirige al interior, a ese fondo puro. El alma está situada equidistante entre el tiempo y la eternidad. Si se vuelve hacia el tiempo, se olvida, sin duda, de la eternidad; y de este modo, lo eterno se hace extraño al espíritu y le parece de poco valor. Así ocurre también con los objetos: al ser vistos de lejos parecen muy pequeños, pero de cerca, grandes. Esto es así porque, al verlos de lejos, hay mucha distancia entre los objetos y el que los mira; en cambio, si se contemplan de cerca, la distancia es pequeña.

Tenemos un ejemplo en el sol: siendo sesenta veces más grande que la tierra, sin embargo, en verano, cuando alcanza su cenit, si viertes agua en una vasija y pones dentro un pequeño espejo, verás en él íntegra la imagen del sol, aunque apenas del tamaño de un haba. Pero si algo muy pequeño se interpone entre el inmenso sol y el diminuto espejo, inmediatamente quitará del espejo la imagen del sol. Del mismo modo, si uno interpone cualquier mediación, por pequeña que sea, que impida ver el fondo de la verdad, esta mediación se convertirá en un obstáculo muy certero para que aquel Bien inmenso e inefable que es Dios pueda mostrar su Imagen en el espejo del alma.

4. Por nobles y excelentes que sean las imágenes, todas interponen un obstáculo entre el alma y la Imagen supraesencial, que es Dios mismo. Por eso, ha de tenerse como cierto que, para que el Sol divino brille en el alma, es preciso que esta esté absolutamente desnuda y libre de todas las imágenes. Pues, si aparece una sola imagen en este espejo, el alma, por medio de ella, se ve privada de aquella otra Imagen verdadera y pura, que es Dios mismo.

Por consiguiente, son unos *principiantes* cuantos no se esfuerzan en alcanzar esta desnudez dentro de sí mismos ni se consagran a la pureza interior, impidiendo que ese fondo secreto pueda manifestarse en el interior de sus almas, reflejando la Imagen [supraesencial]. Dichos principiantes consideran amargo el yugo que [, por el contrario,] el Señor nos dice que es suave.

Y, en verdad, si uno nunca ha entrado en su propio fondo ni ha gustado de él de algún modo, como dice Orígenes, ello es indicio manifiesto de que no lo gustará jamás [mientras no se convierta]. Y yo me atrevería a decir que todo el que no entre en su fondo al menos una vez al día, según sus fuerzas, ese no vive una vida de auténtico cristiano.

Por el contrario, el yugo del Señor es de una suavidad inimaginable para quienes liberan su fondo de todas las cosas y descansan en él, limpiándolo de imágenes para que el Sol de justicia pueda difundir los rayos de su Luz en su fondo íntimo⁴⁴. A estos, todo lo que no es Dios les resulta insípido y amargo. Efectivamente, para quienes alguna vez han gustado tal dulzura, este mundo entero es como ajeno y más amargo que la hiel. Pues, cuando este noble fondo ha sido gustado una vez, ejerce sobre el hombre tal atracción que consume las médulas de los huesos y la sangre de las venas. Y donde resplandece la Imagen supraesencial antes mencionada, todas las otras imágenes se borran y desaparecen.

⁴⁴ Cf. Mal 3,20.

[Las criaturas y sus imágenes mentales]

5. ¿Por qué las cosas creadas son para nosotros un obstáculo? Ciertamente, porque, no siendo esenciales para nosotros, nos aferramos a ellas con espíritu de propiedad. Pues si estuviéramos verdaderamente libres y desprendidos de toda imagen, ambición y apego, entonces incluso la posesión de un extenso reino no sería para nosotros impedimento alguno.

Por tanto, hemos de procurar desprendernos del espíritu de propiedad y de las imágenes, y entonces tendremos todo lo que se necesita para la vida, pero con humildad y temor de Dios.

En las *Vidas de los Padres [del desierto]* se lee acerca de un santo anciano que se había desprendido hasta tal extremo de todas las imágenes de las criaturas, que ninguna podía grabarse en su espíritu. Sucedió que un hermano llamó a la puerta de su celda y, cuando el anciano le abrió, le pidió algo que necesitaba. El anciano entró para traer lo que se le había pedido, pero, en cuanto se alejó del hermano, la imagen de la cosa pedida le había desaparecido tan completamente de la mente, que se olvidó del hermano y de lo que le había sido solicitado. Llamó de nuevo aquel y el anciano abrió la puerta. Al serle reiterada la petición, entró [de nuevo] en su celda con la intención de satisfacer al solicitante; pero, otra vez, se olvidó por completo. Al llamar el hermano por tercera vez, salió el anciano y le rogó que entrase él mismo y tomara lo que necesitaba. «Yo –le dijo– soy incapaz de retener en la memoria la imagen de esa cosa; tan desnudo de toda imagen está mi espíritu».

6. En hombres tan puros y desprendidos de todas las formas e imágenes, el Sol divino difunde los rayos de su Luz y ellos son arrebatados fuera de sí mismos y de todo lo creado. [Tales hombres] han entregado a la voluntad divina la suya propia, y, más aún, se han entregado por entero a sí mismos, junto con todas las criaturas. Están tan estrechamente unidos a la voluntad divina, y llevan con tanto gozo el yugo de su Señor, que por esto se olvidan de todas las cosas. Por ello, todo lo temporal les parece pequeño y lejano, y lo eterno, grande y cercano. Pues lo eterno está presente en la

intimidad de sus corazones sin mediación alguna. Y desde ahí siguen al Señor, que los atrae suavemente.

Estas palabras bastan acerca del término «yugo».

[Cómo se alcanza la perfección espiritual]

7. Pasemos ahora a la segunda parte de ese dicho del Señor, que es: «*y mi carga ligera*». Por «carga», como ya dijimos, se entiende el hombre exterior, que está sujeto a todo tipo de aflicciones y pasiones.

¿Quiénes son, Dios dulcísimo, aquellos a quienes tu carga les resulta siempre ligera? Hoy apenas hay alguien dispuesto a sufrir por Ti, cuando padecer y abandonarse son cosas tan necesarias al hombre que sin ellas apenas hay esperanza de progreso.

Se vaya por donde se vaya: este, y no otro, es el camino por el que se ha de ir. Y si decides huir, te anticipo con toda certeza que, [como dice el refrán,] *queriendo evitar la escarcha, caerás en la nieve.*

Por eso, hay que padecer de buen grado, encomendándose a Dios en todas las cosas. Pues también Jesucristo, nuestro Señor, tuvo que padecer para entrar en su gloria⁴⁵. Pero podemos preguntarnos: ¿Y qué es lo que han de padecer los siervos de Dios? La respuesta es clara: deben acatar humildemente todos los juicios y decretos de Dios, en el modo en que les sobrevengan, merecida o inmerecidamente, de parte de Dios o de los hombres. Por ejemplo: la muerte de un amigo, la pérdida de bienes temporales o del honor, o la privación del consuelo –interno o externo–, de Dios o de las criaturas. Todas estas cargas y otras semejantes han de ser llevadas suavemente, e incluso los propios defectos que les afligen y que no pueden vencer y extirpar perfectamente.

Así pues, esta es una carga no pequeña, bajo la cual debéis someteros humildemente y ofreceros a sufrirla según la gratísima

⁴⁵ Cf. Lc 9,22.

voluntad de Dios, abandonándoos a su divino beneplácito, en el tiempo y en la eternidad.

8. Si un caballo atado a un carro lleva al campo con gran esfuerzo su propio estiércol, y este es esparcido sobre la tierra y alrededor de las viñas, entonces, dicho estiércol –aunque sea, de por sí, una cosa sucia–, produce al descomponerse un trigo excelente y un riquísimo vino. Esto es así gracias, precisamente, a que [a las viñas] no les ha faltado dicho estiércol. [Pues bien,] del mismo modo, los hombres, como el caballo, han de llevar con gran esfuerzo y diligencia al purísimo campo de la voluntad divina su propio estiércol –es decir, los defectos que no pueden extirpar totalmente–, seguros de que por este humilde abandono de sí mismos se multiplicarán y florecerán los frutos más gratos.

9. Así pues, todo el que se somete con humilde abandono, bajo esta carga y bajo todos los juicios y decretos de Dios, se entrega a la voluntad divina con esperanza perseverante, en la escasez y en la abundancia, y recibe todas las cosas de la mano del Todopoderoso, y a Él las vuelve a ofrecer, permaneciendo en un verdadero recogimiento interior, abismándose en la eterna voluntad de Dios con una perfecta renuncia a sí mismo y a todas las criaturas. Todo el que hace esto, decía, y persevera en ese estado, experimenta realmente cuán ligera es la carga del Señor. Es más, si se le impusieran todas las cargas de todos los hombres –si es que ello fuera posible–, le serían ligeras a tal extremo, que le proporcionarían un deleite y un gozo muy abundante y verdadero, y, en cierto modo, se le mostraría el Cielo. Pues Dios mismo llevaría estas cargas y el hombre marcharía liberado de ellas. Ya que, cuando el hombre ha salido perfectamente de sí mismo, Dios entra todo en él y, dentro de él, guía y perfecciona todo lo que él hace o deja de hacer.

La gloriosa Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos conceda hacernos dignos de que Dios obre en nosotros de tal forma que su yugo nos sea suave y su carga ligera. Amén.

7. SERMÓN PARA EL DOMINGO DE LA SEPTUAGÉSIMA

TRABAJAR EN LA VIÑA DEL SEÑOR

(V. 7, sobre Mt 20,1-16)

*«El Reino de los Cielos es semejante al dueño de una finca que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña...»
(Mt 20,1-16).*

1. En el Evangelio de hoy, el Señor propone una parábola en la que el dueño de una finca salió muy de mañana a contratar operarios para su viña. Salió a la hora de tercia, sexta y nona, y a cuantos encontró los envió a su viña. Pero saliendo alrededor de la hora undécima, encontró a otros que estaban desocupados y les dijo: *«¿Qué hacéis aquí ociosos todo el día? Id también vosotros a mi viña»⁴⁶.*

Este venerable dueño de la finca es nuestro Señor Jesucristo; su casa, el Reino de los Cielos; la tierra, el purgatorio y el infierno. Este dueño de la finca, al ver que su amorosa viña permanecía improductiva, sin cultivador que se ocupara de ella, y que la naturaleza humana, creada para trabajarla y poseerla, se había extraviado y la dejaba inculta, salió muy de mañana con el propósito de llevar de nuevo al hombre a la viña para la que había sido creado.

[La «salida» del Señor]

Este «salir» puede entenderse de dos modos. En el primero, nuestro Señor Jesucristo salió muy de mañana porque en la generación eterna sale del Corazón del Padre, y en Él permanece. Pero salió también muy temprano al encarnarse en un hombre para

⁴⁶ Mt 20,6-7.

llamarnos y conducirnos a su noble viña. Además, según dice el Evangelio, salió muy de mañana, pero también alrededor de la hora de tercia, sexta y nona.

Salió, asimismo, en torno a la hora undécima, y al encontrar a otros desocupados, les habló duramente: «*¿Qué hacéis aquí ociosos todo el día?*». Ellos le respondieron que nadie los había contratado.

2. Estos hombres ociosos, que nadie había contratado, simbolizan a aquellos que aún permanecen en su pureza e inocencia natural y, no sin razón, son llamados felices y bienaventurados. El Señor ve que estos aún no han sido «contratados» por el mundo y las criaturas. Además de estos, hay otros que hacía tiempo habían sido contratados, pero se les ha restituido su libertad y ahora permanecen desocupados. No obstante, todos ellos están ociosos, esto es, viven tibios y fríos, sin amor y sin gracia. Porque, si uno conserva su inocencia natural, manteniéndose en el nivel de la sola naturaleza, pero no está en gracia de Dios, aunque él solo realice todas las buenas obras que jamás hayan sido hechas, permanece, con todo, ocioso e improductivo.

Esta salida matutina puede entenderse también en otro sentido: el nacimiento de la gracia divina en el alma. Pues la mañana pone fin a la noche y a las tinieblas, desaparecidas las cuales, se levanta el día de la gracia en medio del alma.

3. Pero el Señor dijo a aquellos que había encontrado ociosos: «*¿Qué hacéis aquí ociosos todo el día? Id también vosotros a mi viña*». Así pues, unos y otros, de una manera u otra, van a esta viña.

[Los tres grados de madurez espiritual]

Un primer grupo lo forman los *principiantes*, que van a ella por trabajos exteriores y ejercicios sensibles, guiándose según su propio criterio. Les basta con hacer grandes obras de penitencia, ayunar mucho, hacer prolongadas vigilias y oraciones, sin prestar atención alguna al fondo de su corazón; no aspiran a la pureza interior, sino que se buscan a sí mismos en la satisfacción de sus deseos, en la prosperidad y la adversidad. De aquí se originan en ellos muchos

juicios temerarios y pecados no leves, como son: soberbia, amargura, impetuosidad, irritabilidad, voluntad propia, tendencia a las discusiones y conflictos, y cosas semejantes a estas, que obstaculizan extraordinariamente la infusión de la gracia de Dios en ellos. Como todas estas cosas proceden de un fondo falso, estos han de vigilarlo con suma atención, procurando arrancarlo de raíz y subvertirlo antes de que ellos mismos o los prójimos sufran un daño a causa de él.

Un segundo grupo de los que van a la viña son los *avanzados*. Estos, como ya han despreciado los placeres sensuales y han vencido, con la ayuda de Dios, grandes defectos, han ascendido a un grado más alto. Sin embargo, les gusta darse a la meditación discursiva [es decir, a la meditación intelectual o racional], y en ella se encuentran tan a gusto que no se preocupan de progresar más ni de llegar a la suprema Verdad. Pues se apegan al placer que sienten [realizando este tipo de meditación] y no anhelan a Dios, que es la misma dulzura y está más allá de toda delectación. En Dios solo deberían hallar su deleite, no en sus dones [que Él da gratuitamente].

El último grupo lo forman los *perfectos*, hombres excelentes y nobles, que, elevándose por encima de todas las cosas, van a la viña del Señor digna y convenientemente. Nada buscan por interés personal, sino puramente a Dios solo en sí mismo. No les interesan ni el placer ni las ventajas ni ninguna otra cosa que puedan obtener de Dios, sino que, abismándose simplemente en la intimidad de Dios, no quieren sino alabarlo y honrarlo, guiados por este único deseo: que su amorosa voluntad se cumpla en ellos y, a través de ellos, en todas las criaturas. Por la voluntad de Dios lo aceptan todo y se desprenden de todo; todo lo reciben de la mano del Señor; cualquier don procedente de Él, a Él lo atribuyen siempre con simplicidad, sin apropiarse jamás de ninguno. Como los ríos salen del mar y a él vuelven como a su origen⁴⁷, así estos hombres nobles refieren todos los carismas y dones al Origen del que han fluido, y junto con ellos refluyen a Dios. Todos los bienes recibidos de lo alto

⁴⁷ Cf. Ecle 1,7.

los refieren a su Origen divino y no se aferran a ellos ni por placer, ni por conveniencia, ni por esto, ni por lo otro: no les mueve otro interés que una búsqueda pura de Dios. Solo Él es su alimento y sostén interior.

4. Pero, por mucho que esta disposición les haga salir de sí mismos y los oriente hacia Dios en pureza y simplicidad, la naturaleza se busca a sí misma por caminos ocultos, y como tales hombres no pueden extirparla de raíz, están obligados, quieran o no, a cargar con ella. A ellos les gustaría poseer siempre a Dios y desean también ser felices por naturaleza. Pero este deseo debería ser en ellos muy débil y ocupar una mínima parte de sus aspiraciones. Pues todo devoto ha de imitar al operario de la viña que trabaja en ella todo el día. Este necesita tomar alimento de vez en cuando si quiere perseverar en su trabajo. Y por prolongada que sea la faena, el tiempo de la refección es apenas de una hora. Sin embargo, come, como ya he dicho, para poder soportar la fatiga del trabajo. El alimento que toma penetra la carne y la sangre, los huesos y las médulas de los huesos, y, difundido por todos los miembros, se gasta de nuevo en el trabajo; consumido este alimento, el viñador va a tomar de nuevo comida que, del mismo modo, consumirá en el cultivo de la viña.

Así debe hacer también el *hombre perfecto*. Cuando sienta dentro de sí una inclinación a poseer a Dios, sus dones o algo semejante, debe considerar este sentimiento únicamente como un tiempo para la colación, no con la intención de apegarse a él, sino para gastarlo en el servicio de Dios y el trabajo espiritual. Y cuando lo haya consumido del modo más elevado, con acción de gracias y con refluir de amor hacia Dios, de quien lo ha recibido, entonces podrá de nuevo reconfortarse un poco en las divinas efusiones, para volver a gastar las fuerzas recibidas en el servicio de Dios y en otros actos de piedad.

5. Aquellos que ofrecen así a Dios todos sus dones, corporales y espirituales, con un profundo y humilde abandono de sí mismos en todas las cosas, son los únicos que se hacen más dignos y capaces de Dios, y de sus dones y carismas. Dondequiera que estén, serían

dignos de tomar como alimento, si la naturaleza se lo ofreciera, perlas, plata, oro y cuanto de más valor tiene el mundo.

[El ascenso del hombre puro a la unión con Dios]

Pero hay muchos hombres de Dios que padecen una gran pobreza externa y no poseen nada de lo que se ha dicho antes. Ellos deben refugiarse, con gran humildad, en brazos de la omnipotencia de Dios, confiando plenamente en Él, y Él mismo, como dice el salmista, vendrá en su ayuda⁴⁸; sin duda alguna, Dios cuidará de ellos, aunque se hayan escondido en una roca.

Estos hombres nobles, ricos en virtud, pero pobres en cosas, se parecen al tronco de la vid. Pues el tronco de la vid es negro, duro, seco y de poco valor por fuera, de manera que si nadie lo conociese se le creería un árbol que no serviría sino para ser quemado. Sin embargo, en su interior se ocultan venas llenas de vida por las que fluye un líquido más valioso que el de todos los demás árboles juntos. Del mismo modo, estos hombres amables y abismados en Dios parecen exteriormente inútiles, sin gracia y secos, pues son humildes y su aspecto es muy poco llamativo; tampoco hay nada singular o llamativo en sus palabras ni en sus obras y prácticas externas, sino que son meros discípulos de la humildad y los más pequeños a sus propios ojos. Pero en su interior se ocultan venas llenas de vida. [Es ahí,] en el verdadero fondo⁴⁹, donde ellos, habiendo renunciado a su parte [es decir, a su propia naturaleza], tienen a Dios como su porción y sustento. Conocer estas cosas sería una delicia.

6. Pero, así como el viñador poda las vides a su debido tiempo cortando los brotes silvestres, sabiendo que, de no hacerlo, darían un vino ácido, así también estos hombres excelentes han de podar todo desorden en sí mismos y arrancarlo del mismo fondo, en todas

⁴⁸ Cf. Sal 38,5.

⁴⁹ En la edición de Surio, en lugar de «el verdadero fondo» dice «el fondo de la verdad». En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «ese fondo».

las formas posibles, en toda alegría y tristeza; es decir, han de extirpar del corazón todos los vicios, todas las pasiones y todo lo que en ellos es defectuoso. Esto puede hacerse sin destruir la cabeza ni los demás miembros. Pero, antes de podar, es preciso que ellos observen con gran atención qué es lo que se ha de cortar. Pues si uno no fuera un viñador experimentado, cortaría los mejores brotes, que habrían de producir las uvas, con la misma ligereza que los más inútiles, y de este modo destruiría la viña. Esto es lo que hacen algunos que carecen de verdadero discernimiento: dejan en su fondo los vicios y las malas inclinaciones mientras oprimen y amputan su pobre naturaleza.

[Pensemos:] la naturaleza, qué duda cabe, es en sí misma buena y noble. Entonces, ¿de qué la culpan [los «viñadores» no experimentados]?

[Así que,] luego, cuando llega el tiempo de los frutos, es decir, el tiempo de la vida espiritual, la naturaleza [de dichos «viñadores»] está destruida y no soporta la acción de Dios. Sin embargo, una discreta dominación ascética del cuerpo, especialmente para los principiantes y los que no tienen autodomínio, es muy útil y necesaria.

7. Después de esto, siguiendo con la comparación anterior, atan los brotes, los doblan de arriba abajo y los sujetan con varas. Asimismo, el santísimo Modelo y la vida admirable de nuestro Señor Jesucristo serán sostén y apoyo de tales hombres. Así, a imitación de su Modelo, deben humillarse e inclinarse, esto es, doblar la porción superior de su razón en profunda humildad y sumisión, y llevarla al mismísimo fondo [del alma], a [ese abismo interior donde habita] Cristo Jesús, [y deben hacerlo] en la verdad, no con vana palabrería. [Ahí,] todas sus potencias⁵⁰, tanto las interiores –irascible, concupiscible y racional– como las exteriores y sensitivas deben estar siempre sujetas, cada una en su lugar, de manera que ni los sentidos, ni la voluntad ni cualquier otra potencia se insolente más de lo justo, sino que siempre estén sometidas, en el

⁵⁰ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

orden debido, a la voluntad de Dios, como Él ha querido eternamente.

8. Después, se remueve la tierra para que la cizaña pueda ser arrancada. Del mismo modo, estos han de removerse y escudriñarse a sí mismos, observando su fondo con diligencia y atención por si en él se ocultara algo que deba ser arrancado. Y si encontraran algo, se cuidarán de extirparlo sin demora, por pequeño que sea, para que el Sol divino pueda tanto más inmediatamente penetrar en el fondo y brillar en él perfectamente, y estimular la actividad de las potencias superiores. Entonces, en verdad, este Sol absorbe la humedad que hay en aquella vena vital –o potencia que está escondida en la madera–, es decir, en el fondo del hombre, y así, poco a poco, brotan los racimos.

¡Oh, si el hombre supiera trabajar su viña de modo que el Sol divino pudiera obrar y derramar sus rayos en ella! Cosecharía, con toda seguridad, nobles y excelentes frutos. Pues, así como el sol físico, derramando sus rayos sobre los racimos con toda su fuerza, los hace florecer graciosamente con la potencia de su calor, y estas flores exhalan un noble aroma que repele todo veneno, un aroma que ni el sapo ni la serpiente pueden soportar; así también, este Sol divino, tocando directamente el fondo del hombre, obtiene de él un fruto interior y exterior que tiende a Dios en tal pureza y florece tan graciosa y noblemente por medio de la atención pura a la Divinidad, que de él brota un aroma tan maravilloso y suave, que, quiera o no, repele todo veneno de la serpiente maligna. Y si se conjurasen todos los demonios y todos los habitantes de la tierra, nada podrían hacer contra este hombre puro que ama intensamente a Dios. Por el contrario, cuanto más daño intentaran hacerle, tanto más alto lo elevarían a Dios. Y si, exhalando este delicioso aroma, fuese arrastrado hasta el mismo infierno, tal hombre no encontraría allí sino el Reino de Dios, la beatitud eterna y a Dios mismo, y hasta el infierno se le tornaría el mismo Paraíso.

Quien alcanza tal florecimiento del espíritu, no ha de tener miedo de lo que acontezca ni de cumplir con su deber. Pues, cuando se busca a Dios puramente y se le tiene como único Fin, nada puede obstaculizarlo.

9. Después, cuando la viña florece, el sol, dirigiendo sus rayos purísimos hacia los racimos, los va templando hasta que estos conciben poco a poco una dulzura mayor. Así ocurre en el plano espiritual. Aquí, cuando el Sol divino derrama su Luz sobre tal hombre, todos los obstáculos desaparecen y él encuentra en su interior a este Sol divino brillando casi de continuo con un resplandor mucho más intenso que el del sol físico luciendo en todo su esplendor. Y cada vez que regresa a su fondo, encuentra la Luz derramada de lo Alto iluminando el alma. Entonces, todo su ser se deifica a tal punto que nada siente, nada gusta y nada conoce verdaderamente sino a Dios; y esto, esencialmente, aunque muy por encima de todo modo y conocimiento racional.

A continuación, el viñador poda las vides para que el sol pueda derramar sin obstáculos sus rayos sobre las uvas. [Por tanto,] así mismo, a este hombre [que trata de ascender hacia Dios] se le caen todos los obstáculos, es decir, todas las imágenes, ejercicios, oraciones y demás prácticas de devoción. Sin embargo, no debe abandonarlas irresponsablemente hasta que, por intervención de la gracia divina, caigan por sí mismas. ¿Cómo sucede esto? Cuando es elevado por encima de toda su capacidad de entendimiento, donde el fruto divino y noble es en él tan suave y agradable que ni los sentidos ni la inteligencia pueden captarlo. En ese raptó, el espíritu se abisma tan profundamente en Dios que pierde todo lo que lo distinguía y se une por completo con la dulzura divina. La Esencia divina penetra de tal modo la esencia del hombre, que esta se pierde totalmente en aquella, como una gotita de agua echada en un vaso lleno del mejor vino.

De este modo, el espíritu es absorbido y abismado en Dios y en la Unidad divina, de manera que en ella se pierde, como ya se ha dicho, toda distinción. Todo lo que le ha conducido a ese estado, como la humildad, la intención y cosas semejantes, pierden allí su nombre. Pues allí hay una pura, secreta y tranquila Unidad sin distinción; y la intención y la humildad se hacen pura simplicidad y un misterio esencial y silencioso, de forma que apenas pueden ser notadas. Permanecer en ese fondo una sola hora o, al menos, un rato sería cien veces más provechoso al hombre y más grato a Dios

todopoderoso que estar cuarenta años apegado, con vana autocomplacencia, a las propias ideas, propósitos y opiniones.

Que Dios nuestro Señor nos conceda poder ofrecerle un lugar en nuestro interior y morir a todo lo que nos conviene morir, y que vivamos puramente, como tenemos que vivir, para que Dios complete en nosotros y a través de nosotros su sublime obra. Amén.

8. SERMÓN PARA EL PRIMER VIERNES DE CUARESMA

LA SANACIÓN DEL ALMA

(V. 8, sobre Jn 5,1-18)

«Era día de fiesta entre los judíos...» (Jn 5,1-18).

1. Leemos en el Evangelio de este domingo que el Señor, con su Palabra, curó a un leproso de su grave enfermedad. Y lo que hizo entonces en el cuerpo, eso mismo lo hace cada día en nuestras almas por medio de su preciosa Sangre. Como a este tema se ajusta perfectamente el texto del Evangelio que trata sobre la piscina cuya agua solía ser removida cada cierto tiempo por un ángel bajado del Cielo, nos ha parecido bien tratarlo aquí.

En el capítulo cinco del Evangelio de san Juan se lee que nuestro Señor subió a Jerusalén cierto día de fiesta de los judíos. Hay en Jerusalén –dice a continuación el Evangelista–, junto a la puerta Probática, una piscina llamada en hebreo «Betesda», que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos que aguardaban a que el agua fuese removida. Un ángel del Señor descendía a la piscina y agitaba el agua, y el primero que se introdujese en ella era curado de cualquier enfermedad.

Había allí un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Jesús, al verlo postrado y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo en ese estado, le dice: «¿Quieres curarte?»⁵¹. El enfermo le responde: «Señor, no tengo a nadie que me baje a la piscina cuando el agua es agitada. Siempre hay otro que llega antes que yo»⁵². Jesús le dice:

⁵¹ Jn 5,6.

⁵² Jn 5,7.

«*Levántate, coge tu camilla y anda*»⁵³. Y al instante aquel hombre quedó curado, tomó su camilla y echó a andar. Un poco más adelante, sigue diciendo el Evangelista: «*El que había sido curado no sabía quién era [Jesús]*»⁵⁴. Y unas pocas palabras después: «*Enseguida, Jesús se lo encontró en el templo y le dijo: “Mira, has sido curado; no peques más, no sea que te suceda algo peor”*»⁵⁵. Hasta aquí el relato del Evangelista.

[El pecado]

2. Pues bien, esta piscina es la muy noble y amorosa Persona de Nuestro Señor. Y el agua removida por el ángel es la preciosísima Sangre de nuestro Redentor, verdadero Dios y hombre, en la cual nos ha lavado a todos de la suciedad del pecado. Por el amor que nos tiene, siempre, cada día, está dispuesto a lavar a todos cuantos se acerquen a Él con intención sincera de enmendarse. Esa muchedumbre de enfermos y oprimidos por diversas enfermedades, que esperaban alrededor de la piscina a que el agua se moviese, representan a un mismo tiempo a todo el género humano y a cuantos abandonaron este mundo antes de la muerte del Salvador. Todos estos, antes de la Ley y bajo la Ley, permanecían cautivos durante toda su vida, y una vez muertos tuvieron que aguardar en el limbo al movimiento del agua, es decir, a la efusión de la preciosísima Sangre de Cristo emanante de la amorosa piscina de su Cuerpo, por la cual habían de ser curados y liberados de toda cautividad.

Pues también en estos últimos días, en el tiempo de la gracia, nadie puede ser plenamente curado de las heridas y enfermedades de su alma a no ser por el poder del agua de esta piscina, es decir, por la Sangre preciosísima de nuestro Señor Jesucristo.

⁵³ Jn 5,8.

⁵⁴ Jn 5,13.

⁵⁵ Jn 5,14.

3. Cuantos enfermos no son rociados por esta agua, cuantos no son echados en esta piscina, caen sin duda alguna no solo en la muerte temporal, sino, a un mismo tiempo, en la muerte eterna del cuerpo y del alma.

En otro sentido, los enfermos alrededor de la piscina simbolizan a aquellos que, después del movimiento del agua, continúan padeciendo las diversas dolencias acarreadas por el pecado. A estos, Dios los llama exteriormente por caminos distintos: el miedo al infierno, una grave aflicción y tristeza, u otras circunstancias, felices o adversas; incluso podría valerse de la Palabra de Dios salida de la boca de un predicador. Tocados en lo más profundo por estas cosas, se vuelven a Dios y vienen en busca de esta agua. Pero, aunque en ella obtengan la curación, lo hacen de una manera tibia, ciega y fría. Por eso, permanecen en sí mismos tan lejos de la perfección y de la verdad, y se alejan de esta Luz tan poco purificados, que, arrojados al purgatorio, han de soportar allí penosos castigos, el fuego purificador y el escarnio de los demonios, hasta que, purgados profundamente de todo pecado, sean admitidos en la asamblea de los santos.

4. Después, el Evangelio afirma que aquella piscina tenía cinco pórticos y que en ellos yacía una gran muchedumbre de enfermos que aguardaban a que el agua fuese agitada. Y que el primero que descendiese a la piscina después del movimiento del agua solía quedar curado de cualquier enfermedad. Los enfermos pueden simbolizar a los soberbios, iracundos, rencorosos, avaros, lujuriosos y otros pecadores semejantes, todos ellos hombres viciosos que, si no se niegan a entrar en esta verdadera piscina y se lavan con un corazón arrepentido en la preciosa Sangre del Redentor, pueden curarse de estas enfermedades letales.

[Las virtudes]

Los cinco pórticos, en cierto sentido, pueden ser tomados como símbolo de las cinco llagas del Redentor, de las que brota la Sangre salutífera que ha lavado nuestras almas y les ha devuelto la salud. Sin embargo, en otro sentido, esos cinco pórticos significan

las prácticas de cinco virtudes especiales. Y aunque todas las virtudes son muy útiles y necesarias a todos, no obstante, como uno es más débil que otro y más propenso a un pecado que a otro, tiene que ejercitarse más aplicadamente en una virtud que en otra.

El primer pórtico –o virtud– es una *profunda humildad*. Por ella, el hombre se considera nada y soporta pacientemente toda aflicción, sometiéndose a Dios y a las criaturas. Todo lo que le ocurre lo acepta humildemente como enviado por la mano de Dios, y con humilde y casto temor, con verdadero desprecio de sí mismo [considerándose una nada absoluta], a Él se abandona en todas las circunstancias, sean felices o adversas, en la pobreza y la abundancia, sin oposición alguna.

5. El segundo pórtico –o virtud– es una *inhabitación atenta y perseverante [dentro⁵⁶] del verdadero fondo*. Esta virtud sería especialmente necesaria para hombres que en su ingenuidad abandonan su fondo demasiado imprudentemente y ocupan su tiempo fuera de él en prácticas piadosas y lícitas, ya sea que enseñen, hablen o actúen. Así, inconscientemente, viven en la inclinación al mundo exterior de los sentidos y al deleite. Entonces les sucede a menudo lo que dice san Agustín: se derraman de tal manera en las criaturas que ya no saben regresar a su interior. Pero estos, en sus ocupaciones exteriores, deben tener un especial cuidado de su fondo, tomando conciencia de él y examinándolo con gran atención cada vez que quieran obrar fuera de él. Si así hicieran, conservarían una paz verdadera e inalterable en toda su actividad externa e interna. Pero la mayoría de las veces, en sus obras exteriores, no tienen esa paz en absoluto o la tienen muy poco, porque se mueven irracionalmente a impulsos de la sensualidad o de acontecimientos externos, no por inspiración o consejo del Espíritu Santo.

6. El tercer pórtico –o virtud– es un *arrepentimiento sincero y esencial de los pecados*. Este no es sino una verdadera renuncia de todo lo que no es puramente Dios o no tiene a Dios por verdadera

⁵⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

causa. Es una perfecta e íntegra conversión a Dios con todo lo que el hombre es y tiene, lo cual es el núcleo y la médula del verdadero arrepentimiento. Es abismarse con una confianza total en ese Bien purísimo que es Dios, con un amor y un afecto tales, que el hombre desea con todas sus fuerzas permanecer siempre en Él y con Él, y unirse a Él con amor perfecto, intención pura y voluntad pronta para cumplir su beneplácito según sus fuerzas. Éste es un arrepentimiento esencial. A todo aquel que experimenta este arrepentimiento se le perdonan los pecados sin duda alguna. Y cuanto más hay en él de tal arrepentimiento, más puro y mayor es el perdón de sus pecados.

7. El cuarto pórtico –o virtud– es una *pobreza voluntaria*. Aquí ha de tenerse en cuenta que hay dos clases de pobreza. Una es la pobreza exterior, es decir, la privación de bienes temporales. Pero hay otra interior que es la esencia de la verdadera pobreza. Como no todos estamos llamados a la pobreza exterior, tampoco todos estamos obligados a tenerla. Sin embargo, a esa pobreza esencial hemos sido llamados todos cuantos deseamos ser amigos de Dios. Dicha pobreza consiste en que solo Dios sea el dueño de nuestro fondo y que nada fuera de Él nos posea; en que tengamos y poseamos todas las cosas según la voluntad de Dios, es decir, en verdadera pobreza espiritual, como dice el Apóstol: «*Como quienes nada tienen y todo lo poseen*»⁵⁷. Esto significa que por nada debemos sentir tanto apego en esta vida –ya sea amigos, honor, cuerpo, alma, placer o provecho– que, si Dios nos lo reclama, no lo dejemos ir de buena gana por amor a Él, para alabanza y gloria de su divina y paternal voluntad, de la manera en que Él disponga que lo hagamos.

Y aunque nuestra débil naturaleza se rebele, cosa que suele hacer, esto no será impedimento, siempre que nuestra voluntad se muestre firme y bien dispuesta. Ésta es la pobreza verdadera y esencial en la que militan todos los buenos, y la que Dios exige de ellos. Estos, si tienen un espíritu libre, elevado a Dios, desprendido de todo apego y dispuesto a abandonarlo todo si Dios se lo pide, aunque posean el reino más poderoso, ante Dios son pobres

⁵⁷ 2Cor 6,10.

verdadera y esencialmente. Dios no les negará su gracia en tanto no se acomoden a las realidades caducas y transitorias, ni tengan paz o reposo en ellas, sino que mantengan continuamente extendidas las manos de su deseo a las generosísimas limosnas del sumo Bien, que es Dios, pues solo Él basta a su fondo y a su voluntad. Aunque sus potencias inferiores [o corpóreas⁵⁸] y su animalidad sientan deleite en la prosperidad y desagrado en la adversidad, ello no va en detrimento de su perfección: con perseverante paciencia y espíritu de abandono deben ponerlo todo en manos de Dios.

8. El quinto pórtico –o virtud– significa que el hombre debe *referir constantemente y remitir a Dios, Fondo y Origen del que ha emanado, todo lo que ha recibido de Él por la generosidad de su gracia*. ¡Oh, qué felicidad sentiría quien hubiese llegado bien a este pórtico! Pero hoy, desgraciadamente, hay muchos que creen encontrarse en el camino correcto y se sienten muy seguros. Pero cuando reciben de Dios carismas extraordinarios y admirables, por medio de los cuales deberían renacer a la nueva vida de la gracia, se apoderan de esos dones buscando su propia satisfacción. Juegan con ellos, pero no refluyen con ellos inmediatamente hacia el Origen del que han emanado. Sienten tal apego por esos dones que se creen sus propietarios, como si tuviesen algún derecho sobre ellos. Es inexpresable el daño que se hacen a sí mismos con esa actitud.

Ciertamente, [el hombre] debería buscar a Dios con tanto fervor que ni siquiera prestara atención a todas las efusiones de la gracia [divina] ni a cualquier cosa que pasara a su lado, o que tomara cierta distancia de ellas. Es como quien desea ver algún objeto a través de [la mediación de] una celosía o una hendidura muy estrecha: fija su mirada con toda su atención y con todas sus fuerzas en aquello que desea ver sin prestar atención a la mediación –es decir, a la celosía o a la hendidura– que le permite la visión. Pero si dirige su atención hacia dicha mediación, por pequeña que esta sea, no podrá contemplar aquel otro objeto que quería ver a través de la celosía o la hendidura. Así mismo, por poco que uno repose en los dones de Dios o se recree en las efusiones de la gracia, por puras

⁵⁸ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

y nobles que sean, con moderada satisfacción, [entonces] levanta una barrera entre él y Dios todopoderoso, a quien debía recibir puramente en sus dones, y no remite inmediatamente esas gracias a Él ni se abisma y refluye con ellas hacia la fuente de la que han brotado. Con esta manera de actuar impide a Dios obrar en él.

[La acción del Espíritu Santo]

9. Como antes hemos dicho, bajo aquellos pórticos yacía una gran muchedumbre de enfermos y el primero de ellos que hubiese bajado a la piscina después de la agitación del agua obtenía el beneficio de la curación. ¿Y qué significa esta agitación o movimiento del agua? No significa otra cosa sino el hecho de que el Espíritu Santo, descendiendo del Cielo sobre el hombre, sacude fuertemente sus entrañas y provoca en él tan gran conmoción, que su interior se ve completamente subvertido y transformado. De este modo, las cosas que antes le sabían bien y le eran placenteras y agradables, ahora le resultan insípidas, molestas y penosas; en cambio, lo que antes le producía aversión y le horrorizaba, ahora lo desea ardientemente, como, por ejemplo, el desprecio, la miseria, la soledad, el ocio espiritual, el deseo de vida interior, la humildad, el abajamiento y la separación de todas las criaturas. Estas cosas y otras semejantes le producen enorme placer y alegría.

Cuando esa agitación del Espíritu Santo se ha producido, entonces el enfermo, esto es, el hombre exterior con todas sus facultades externas y sus sentidos, sumergiéndose todo él en la verdadera piscina, que es nuestro Señor Jesucristo, se lava perfectamente en su preciosísima Sangre. Desde el fondo de esta agitación, el hombre sana, sin duda alguna, de todas las enfermedades del alma, como está escrito: «*Cuantos lo tocaban quedaban sanos*»⁵⁹.

10. A menudo, el Señor permite que algunos, a pesar de haber sido completamente sanados, yazcan como si estuvieran enfermos.

⁵⁹ Mc 6,56.

Ellos ignoran que han sido curados y se pasan la vida creyendo estar enfermos. Están convencidos de su debilidad y abatimiento. El Creador, en su bondad y sabiduría, permite esto por el bien de su alma, pues sabe que su auténtica enfermedad es esta: si descubriesen que están plenamente curados, se contemplarían a sí mismos con vana autocomplacencia. Por eso, movido por la gran fidelidad y el amor que siempre les tiene, Dios permite que, mientras viven, permanezcan en tal ignorancia, temor, angustias y humildad, porque ellos, en ese estado, han ascendido a tal grado de virtud que ni por el mundo entero querrían ofender a Dios y preferirían la muerte antes que pecar conscientemente contra Él.

¿Qué obtienen, entonces, a cambio de este humilde abandono de sí mismos en tal [estado de] ignorancia? Cuando llega aquel día tan deseado en que el Señor tiene establecido sacarlos de esta miseria y llevarlos consigo a su Reino, en esa hora en que han de abandonar este mundo, los libera de toda esta ignorancia y prolongada oscuridad, los trata como un padre y los consuela dulcemente; incluso a veces, antes de su muerte, les hace pregonar y experimentar los gozos que les tiene preparados para la eternidad. Y así ponen su alma a salvo. Y a cuantos le han permanecido fieles en aquellas vastas tinieblas y en la pobreza interior, los introduce inmediatamente en su Luz inefable y eterna, donde son sepultados en la Divinidad y donde están aquellos muertos de los que se lee en el Apocalipsis: «*Bienaventurados los que mueren en el Señor*»⁶⁰.

[La sanación del alma]

11. Sigue diciendo el Evangelio que el Señor encontró junto a la piscina a un hombre que estaba enfermo desde hacía treinta y ocho años. Ha de advertirse, en primer lugar, que yació tanto tiempo en aquella enfermedad que de él puede decirse lo que dijo el Señor sobre Lázaro: que aquella enfermedad no era de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuese glorificado por

⁶⁰ Ap 14,13.

ella⁶¹. ¡Ojalá imitáramos todos nosotros la admirable paciencia de este enfermo! Él esperó pacientemente treinta y ocho años hasta hacerse digno de ser curado por el Señor y oír aquellas palabras: «*Levántate, toma tu camilla y márchate sano y salvo a casa*»⁶².

La actitud de este enfermo se opone diametralmente a la de quienes, apenas han dado sus primeros pasos por el camino de la vida espiritual, si no obtienen de Dios inmediatamente grandes atenciones, creen haber perdido el tiempo y el trabajo, y ya no pueden habitar consigo mismos o permanecer en casa, sino que se quejan como si hubiesen recibido alguna ofensa de parte de Dios. Desgraciadamente, pocos poseen hoy día esta noble virtud, es decir, la de saber abandonarse, renunciar a sí mismos y sobrellevar la adversidad; la de querer ser considerados como verdaderamente son y desear sufrir pacientemente sus enfermedades, su cautividad y sus tentaciones hasta que el Señor tenga a bien curarlos. Por eso no oyen las palabras del Señor que les manda levantarse, tomar su camilla y caminar, y así ser sanados de su enfermedad.

Pero si uno aceptara ecuánimemente su cautividad sin hacer esfuerzos por salir de ella antes de que el Señor lo liberara, eso significaría para él un gozo inefable y una nobleza sin igual. ¡Qué poder, qué dominio se le daría! Oiría, sin discusión, estas palabras del Señor: «*Levántate, jamás volverás a estar enfermo. Has sido completamente liberado de toda cautividad. A partir de hoy, eres libre, caminarás confiadamente llevando tu camilla: lo que en otro tiempo te llevó a ti, ahora lo llevarás tú con poder y fuerza*».

Aquel a quien Dios mismo ha liberado así, bien liberado está, camina lleno de gozo y, después de esta breve espera, llega a una gran libertad, de la que se ven privados quienes se esfuerzan por liberarse a sí mismos antes de tiempo y más rápidamente de lo que conviene.

12. Finalmente, sucede a menudo que, cuando estos hombres, puestos en tal libertad, se sienten plenamente restablecidos y

⁶¹ Cf. Jn 11,4.

⁶² Mc 2,11.

liberados de su cautividad, abandonando imprudentemente esta paz, se derraman en la multiplicidad de lo exterior o vuelven a antiguas costumbres, prácticas y ejercicios. Y entonces les ocurre lo que al paralítico: caen en la ignorancia de Dios. Pues los judíos preguntaban a aquel enfermo quién era el que lo había curado, pero él no lo sabía. Pero después regresó al templo, donde encontró al Señor, y habiendo oído de sus propios labios quién era, se marchó e informó a los judíos y a todo el pueblo de que era Jesús quien lo había curado. Así es como han de actuar estos hombres amables: tan pronto como sientan en su interior la ignorancia de Dios, dejadas todas las cosas, vayan de inmediato al templo, es decir, recojan todas sus facultades en su templo interior y abísmense en su más profundo fondo. Si entran como deben entrar, allí encontrarán a Dios y, una vez encontrado, reconocerán a Jesús.

13. Al mismo tiempo oirán al Señor diciéndoles interiormente: «Has sido curado. No peques más y en adelante sé más cauto»⁶³. Después de esto, todas sus obras, su vida y su ser proclamarán verdaderamente a Dios. Pues cuando el hombre, por medio de una experiencia auténtica, con un conocimiento claro, ha encontrado a Dios en el templo interior, es decir, en el fondo de su alma; cuando ha aprendido de su propio error y ha sido, además, suficientemente amonestado por Dios, entonces su predicación es un puro anuncio de Dios procedente de la verdad experimentada. Por eso, esta predicación aprovecha tanto a todos los hombres.

Dios todopoderoso nos conceda esperar pacientemente la irradiación y el consuelo del Espíritu Santo, con esperanza y fortaleza constante, en una oscura ignorancia. Amén.

⁶³ Cf. Jn 5,14.

9. SERMÓN PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

EL CAMINO DE LA PERDICIÓN Y EL CAMINO DE LA SALVACIÓN

(V. 9, sobre Mt 15,21-28)

*«Jesús salió de allí y se retiró a la región de Tiro y Sidón. Y he aquí que una mujer cananea venida de ese territorio gritó diciéndole: “Ten piedad de mí, Señor, hijo de David. Mi hija está atormentada por un demonio”. Él no respondió nada. Entonces, los discípulos, acercándose, le rogaban diciendo: “Atiéndela, que grita detrás de nosotros”. Mas Él respondió: “No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.” Ella se acercó y lo adoró diciendo: “Señor, ayúdame”. Él respondió: “No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos”. Y ella dijo: “Sí Señor, pero los perritos comen también de las migajas que caen de la mesa de sus amos”. Entonces Jesús respondiendo le dijo: “Mujer, grande es tu fe; hágase como quieres”. Y su hija quedó sana desde aquel momento»
(Mt 15,21-28).*

1. Este Evangelio nos enseña la más noble, útil, segura y esencial conversión que el hombre puede experimentar en este mundo. En verdad, quien no se convierte de este modo, poco o nada le aprovecha todo lo que hace.

[La falsa sabiduría y la simulada religiosidad]

2. Tomemos ahora las primeras palabras de este Evangelio: *«Jesús salió»*. ¿De dónde o de entre quiénes salió? Sin duda, de entre los fariseos y escribas. Consideremos aquí cómo son aquellos de quienes el Señor se aparta. Los escribas eran los sabios en el pueblo judío, los cuales se ensoberbecían y gloriaban de su conocimiento. Los fariseos eran quienes se jactaban de su religiosidad, firmemente apegados a sus ideas y observancias. Ellos representan dos fondos [del alma] especialmente perniciosos y dañinos, que pueden darse

entre personas espirituales. En ambos [fondos] se hunden y se destruyen todos cuantos se pierden. No puede decirse sin dolor que son muy pocos actualmente los que no están infectados por uno de ellos o por ambos a la vez, aunque de forma muy diferente: unos se corrompen más, otros menos.

Los escribas representan a aquellos que andan ocupados en sutilezas intelectuales. Todo lo pasan por [el tamiz de] la razón. Se forman imágenes por medio de los sentidos y luego las someten a su intelecto. Por ellas llegan a entender conceptos elevados y arcanos, de los que se vanaglorian. Y cuando se les presenta la ocasión, les luce hablar sutilmente de ellos ante los hombres. Pero en su fondo interior, del que debería brotar la verdad desnuda, permanecen vacíos, desolados y estériles.

Los fariseos representan a quienes se consideran buenos, o, como dice el Evangelio, «*están persuadidos de su propia justicia*»⁶⁴. Son aquellos que tienen una opinión elevada de sí mismos, están apegados a sus ritos, prácticas e ideas, anteponen sus costumbres a cualquier otra cosa y por ellas buscan el reconocimiento y la alabanza de los demás. En su fondo, juzgan temerariamente a quienes no viven como ellos o estiman en poco sus costumbres. De éstos se ha apartado el Señor Jesús.

Tales hombres, en su temeridad, le preguntaron [al Señor] en cierta ocasión por qué sus discípulos transgredían los preceptos de los ancianos al comer el pan sin lavarse las manos. Él les respondió afablemente preguntándoles a su vez por qué ellos mismos violaban los mandamientos de Dios⁶⁵. Esto mismo hacen estos fariseos de nuestros días cuando observan y prefieren sus propias costumbres, ideas y proyectos antes que los consejos y la voluntad de Dios. Y juzgan y desprecian a los verdaderos amigos de Dios, los cuales, en lugar de aferrarse a una práctica o costumbre determinada, siguen a Dios por sendas secretas y misteriosas.

⁶⁴ Lc 18,9.

⁶⁵ Cf. Mt 15,1-3.

[Cuando decimos que no hemos de ser como los fariseos,] no queremos que nadie piense que no es lícito expresar rechazo hacia personas que viven en Congregaciones religiosas de forma poco ejemplar. Si tal cosa no fuera posible, toda honestidad y toda elevación moral se arruinarían.

[En todo caso,] que cada uno, con toda la fidelidad de que sea capaz, huya del estilo de vida farisaico y explore su propio fondo con toda diligencia, no sea que en él se oculte una falsa santidad que tenga un principio o un fin distinto del que procede de Dios. Jesús no mora en los que son como los fariseos, pues no son dignos de la presencia del Salvador. Se aparta de ellos.

Hoy es fácil encontrar a muchos que se contentan con observar un modo de vida puramente exterior. Cumplen sus devociones con un corazón frío como el hielo y creen que con eso es suficiente. Pero, para su desgracia, las criaturas ocupan su fondo. Un amor terrenal se adueña completamente de él y lo tiene cautivo. Oscurecidos interiormente por el amor a las criaturas, recitan innumerables oraciones y cantan muchos salmos, asemejándose así a los judíos, que leen continuamente el salterio y otros libros sagrados, pero que están muy lejos del conocimiento del Dios verdadero. Éstos observan una vida muy disciplinada, imponiéndose ayunos, oraciones y largas vigilias. Y no hay duda de que estas cosas son buenas. Incluso serían recomendables si el fondo estuviese interiormente orientado hacia Dios.

Pero en tales personas, ese tipo de prácticas no buscan puramente a Dios, sino que, descuidado el Creador, ponen todo su amor, atención y deseo en las criaturas. Y como el Señor no soporta este modo de vida farisaico, se aparta de ellos. Al no ser una planta que ha plantado el Padre celestial, serán arrancados de raíz⁶⁶, como dijo el Señor: «*Quien no está conmigo, está contra Mí; y quien no recoge conmigo, desparrama*»⁶⁷. Cuando haya llegado el tiempo de la siega, en que el Señor recogerá el trigo –es decir, a todos sus elegidos–, Él

⁶⁶ Cf. Mt 15,13.

⁶⁷ Mt 12,30.

rechazará a cuantos hayan recogido con otro señor, y no con Él. Todos aquellos en cuyo fondo Dios no haya encontrado su planta pura serán arrancados de raíz.

Por tanto, conviene que estemos precavidos frente a estos dos corrompidos y falsos fondos, si es que queremos ser salvados. Aunque [, hemos de reconocerlo,] son muy pocos en la actualidad los que no están infectados por uno de ellos o por ambos a la vez. Estos dos fondos son, como ya he dicho, una habilidad natural al modo de los escribas y, según el uso farisaico, una santidad exterior que se conforma con ciertas fórmulas, costumbres y ejercicios externos, y que nada hace en bien de la pureza interior. Ciertamente, no hay que despreciar aquellas prácticas, si son buenas; pero hemos de cultivar mucho más la pureza interior.

Hoy podemos encontrar a muchos escribas o seguidores de los escribas, tan sagaces y sutiles que hasta cuando exponen sus pecados a un confesor prudente, lo hacen con múltiples argucias y sutilezas, en las que perseveran obstinadamente. Pero ahora Jesús, como ya hiciera en aquel tiempo, se aparta de los discípulos de los escribas.

[El esfuerzo por unirse a Dios]

3. ¿Adónde se marchó entonces [el Señor], cuando se apartó de escribas y fariseos? A la región de Tiro y Sidón. «Tiro» significa *angustia* y «Sidón», *caza*. Muy pocos prestan atención dentro de sí a esta angustia y esta caza. Pasan desapercibidas, aunque experimentar las dos al mismo tiempo, sufrirlas a la vez, es de una utilidad imponderable. Quien sepa hacer buen uso de ellas, cosechará frutos incomparables.

Vamos a hablar primero acerca de la caza. En primer lugar, ¿qué es esta caza? No es otra cosa sino el empeño del hombre interior –el cual aspira a [unirse a] Dios como a su propio centro– por orientar al hombre exterior hacia Dios. Pero el hombre exterior, como quiere seguir otro camino, tiende a las realidades externas e

inferiores, puesto que su lugar es la tierra. Así surge una fuerte división en el hombre.

Como ya he dicho, el lugar propio del hombre interior es Dios mismo. Este es el objeto de sus anhelos y a Él tienden su intención, su voluntad y su deseo. Incluso la propia naturaleza le urge a ello. Pero esta tendencia choca con la naturaleza corrompida del hombre exterior, que ofrece resistencia y se rebela, como dice el Apóstol: «*Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón*»⁶⁸. «*Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso es lo que hago*»⁶⁹. Esta lucha entre el espíritu y la carne no tiene fin, y en ella se fatigan mutuamente el uno y la otra. Viene Dios y golpea y sacude a ambos a la vez, al hombre interior y al exterior, y los fatiga por medio de su gracia. Esto es de gran provecho para el hombre sensato y es indicio claro de que su alma goza de buena salud, «*pues –como dice el Apóstol– todos los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios*»⁷⁰.

[La aflicción por nuestros pecados]

De esta agitación o caza suele nacer en el hombre una gran angustia y una fuerte aflicción⁷¹. Cuando el hombre se ve inmerso, sin consuelo alguno, en tal angustia, y experimenta esa aflicción dentro de sí, entonces, sin duda, Cristo entra en él. Pero si uno no sigue esta moción e impulso del Espíritu Santo ni siente esta aflicción en su interior, es seguro que Cristo no entrará de ningún modo en la morada de su espíritu. Pues cuantos no experimentan esta agitación y esta gran aflicción, ni se esfuerzan por vivirlas por medio de la propia dominación, jamás llegan a ser hombres probados y nada aprovechan en la virtud mientras permanecen tal como son. Además, como apenas llegan a profundizar en su interior,

⁶⁸ Rom 7,23.

⁶⁹ Rom 7,19.

⁷⁰ Rom 8,14.

⁷¹ *Pressura*. «Caza» dicen las ediciones de B. de Blasio y de Hugueny-Théry-Corin.

no alcanzan un conocimiento pleno de sí mismos y no tienen ni idea de lo que yace oculto en su alma.

En el hombre se originan muchas tentaciones, tanto en el espíritu como en la naturaleza. Pero contra ellas no hay remedio más eficaz que hacerles cara y, al mismo tiempo, aceptarlas con agradecimiento y de rodillas, pues es seguro que Dios ha entrado junto con ellas en el alma, como dice el salmo: «*Estoy con él en la tribulación*»⁷². El mundo invade al hombre con la fuerza de sus tentaciones y el diablo lo ataca con su astucia; asimismo, la carne, los sentidos y las potencias inferiores [o corpóreas⁷³], con su gran debilidad, abaten al hombre y lo inclinan a las realidades exteriores.

Por el contrario, en el hombre interior, Dios mismo y la propia inclinación natural lo empujan hacia Él. Así se comprende fácilmente cuánta perturbación y cuán amargo dolor invaden a quien tales cosas suceden.

4. Y si alguien pregunta qué debe hacer un hombre desolado y afligido al hallarse en semejante tribulación y sin posibilidad de huir de ella, le respondo que debe hacer lo que, según el Evangelio, hizo la mujer cananea. ¿Qué es lo que hizo? Se acercó al Señor y gritaba detrás de él diciendo: «*Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David*»⁷⁴. Del mismo modo, ese hombre afligido, echado a los pies del Salvador, gritará con gran voz —esto es, con gran deseo—: «*Ten piedad de mí, Hijo de David*».

Así pues, cuando uno está agitado por la tentación, abrumado por la tribulación y cansado de tanta lucha, un grito inmenso surge en el espíritu: es el grito del espíritu que penetra los Cielos con gemidos sedientos e inefables que trascienden todo modo y naturaleza, pues son emitidos en el hombre por el Espíritu Santo, como dice el Apóstol: «*El Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos inefables*»⁷⁵.

⁷² Sal 91,15.

⁷³ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

⁷⁴ Mt 15,22.

⁷⁵ Rom 8,26.

5. Aquí, el fondo del alma se prepara de forma mucho más excelente que cualquier otra preparación que el hombre hubiera podido realizar por sus solas fuerzas. Si uno se encontrara en tan indecibles tribulaciones, agitado interior y exteriormente, ha de invocar al Señor con gemidos inefables y con un deseo tan grande que su clamor penetre hasta los mismos Cielos. Y si el Señor se hace el sordo o se niega a oír este grito, entonces la persona necesita abandonarse, aún más, a la voluntad del Señor para que su deseo de Dios se acreciente y, de este modo, cada vez más, pueda ofrecerle su fondo y permitir que sea Él quien lo prepare. [Pues bien,] si [la persona] hiciera eso, ¿sería posible que la fuente de la perfecta misericordia se secase y que Dios aplazara su consuelo?

[La aflicción de la cananea]

[Efectivamente,] mientras la cananea gritaba tras el Señor, cuando esa misma fuente de la perfecta misericordia estaba cerrada, brotaron riachuelos [de aflicción en el corazón de la cananea]. ¿Quién no se sorprende de que Dios calle y los discípulos hablen? Pues ellos rogaban al Señor por aquella mujer. Pero Él respondió con gran dureza diciendo que solo había sido enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Se mostraba muy duro con la mujer afligida, no solo desatendiendo su petición, sino diciéndole abiertamente, con palabras ásperas, que ella era indigna de su gracia y misericordia. Y no solo le negó el pan, algo tan común y necesario, sino que le negó el nombre de «hija» y su naturaleza humana al llamarle «perro» cuando dijo: «*No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros*». ¿Quién, insisto, hubiera podido tratarla con más dureza, abatirla más o rebajarla tanto?

Veamos ahora cómo responde esa mujer en tal aflicción y angustia. Todo lo soportaba con absoluta mansedumbre, y no solo permitía que el Señor la tratara como Él quisiera, según su beneplácito, sino que también se humillaba ella misma mucho más de lo que Él la había humillado. Al mismo tiempo, entrando en su fondo, penetraba más profundamente en el abismo de su propia nada, diciendo humildemente: «*Señor, también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos*», como si dijera: «Ni

siquiera me reconozco perro, yo, que casi no merezco ser llamada “perrillo”». Al tiempo que se humillaba y aniquilaba de ese modo, mantenía una fe inquebrantable en el Señor, diciendo: «*Señor, también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos*».

Felices y bienaventurados los que llegan hasta el mismísimo fondo de la verdad, no valiéndose de ingeniosas explicaciones o sutilezas, ni por medio de los sentidos, sino [profundizando] hasta el fondo verdadero, donde ni Dios ni todas las criaturas pueden despreciarlos y humillarlos más de lo que ellos mismos se humillan y desprecian en su interior sin fingimiento alguno. Y por más que Dios o las criaturas los nieguen y repudien, ellos permanecen siempre firmes y se esfuerzan por acercarse a Dios con una confianza cada vez más plena; y su deseo e insistencia no solo no cesa, sino que incluso se intensifica y aumenta. Como aquella mujer [cananea], la cual, a pesar de que el Señor le negó su misericordia con palabras duras, siguió insistiendo y no perdió su confianza en la gracia divina. Así logró, al fin, lo que quería. Todo lo que había pedido al Señor lo consiguió plenamente.

Estos son, amados hijos, los caminos hacia la Verdad eterna, los únicos que conducen a Dios sin mediación y sin error: un verdadero y profundo desprecio de sí mismo [considerándose una nada absoluta], morar constantemente en el propio fondo y una confianza perseverante en Dios. Y así como la cananea, por mantener una confianza firme en el Redentor, mereció oír aquellas palabras: «*Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres*», todo el que sea hallado con esta disposición y en este camino oirá también del Señor estas palabras: «*Amigo, tendrás todo lo que quieres. Como te has negado a ti mismo y has renunciado a todo lo tuyo, entra en Mí todo tú y con todo lo tuyo. Solo en Mí podrás alcanzar lo que quieres, no en criatura alguna. Se te hará como tú deseas*».

Esa entrada en el sumo Bien, en Dios todopoderoso, solo puede hacerse por medio de la renuncia a sí mismo y a todo afán de posesión. En la medida en que uno sale de sí mismo, Dios entra en él con su gracia. En una palabra, cuando uno haya renunciado a todo, encontrará Todo.

[El ejemplo de una joven]

6. Voy a proponer un ejemplo. Conozco a cierta mujer que puede ser comparada a esta cananea. Hace poco menos de cuatro años que le sucedió lo que voy a contar. Ella vive todavía. En cierta ocasión, privada de sus sentidos y puesta en *éxtasis*, fue elevada tan alto que vio a Dios, a la gloriosa Virgen y a todos los santos. Al examinarse a sí misma, descubrió que se hallaba muy lejos de Dios, de la bienaventurada Virgen y de todos los santos⁷⁶. Por ello, la invadió un dolor tal, una aflicción tan grande, que le parecía sentir los tormentos del infierno. Ya que es muy cierto que la pena máxima reservada en el infierno a los condenados es verse rechazados y separados de Dios y de todos los santos. [Pues bien,] al verse ella tan alejada de Dios, se volvió con gran humildad a la Virgen María y a todos los santos y les rogó encarecidamente que le devolvieran la gracia de Dios. Pero vio que todos los santos estaban tan absortos en Dios y tan unidos a la justicia divina que ni por un breve instante se dignaron atender sus ruegos. Y es que el Señor quería probarla para bien de su alma, como había hecho con la cananea.

¿Qué podía hacer aquella mujer en tal desamparo? ¿Desesperar? Pero esto lo aborrece el Señor. ¿Refugiarse en Dios o en los santos? Esto fue lo que hizo, y experimentó el rechazo. Así que se volvió hacia la santa pasión de la humanidad de Cristo, hacia su muerte y sus llagas, a cuyo amparo rogó a Dios le fuese propicio. Pero en respuesta oyó que se le preguntaba cómo se atrevía a pedir que se le favoreciera amparándose en aquello que ella jamás había honrado ni venerado dignamente. Al oír esto, aquella joven,

⁷⁶ Generalmente, se entiende *éxtasis* como «el estado del alma caracterizado por cierta unión mística con Dios mediante la contemplación y el amor, y por la suspensión de los sentidos» (*Diccionario de la Lengua Española*). Pero vemos que, cuando Taulero emplea aquí este término, si bien hay una privación de los sentidos y una elevación del espíritu por encima de la dimensión espaciotemporal, no hay una «cierta unión mística con Dios». Obviamente, en otros casos sí la hay, como el propio Taulero indica un poco más abajo, donde nos dice que esta joven, posteriormente, tuvo otro éxtasis en el que «fue engullida en el Abismo de la Divinidad».

totalmente desconcertada, al ver que no obtenía auxilio de la Virgen, Madre de la misericordia, ni de los santos ni de la pasión del Señor, dirigiéndose a Dios con todo su ser, le dijo así:

«Dulce Señor, Dios mío, puesto que nadie quiere ayudarme, considera Tú mismo que yo no soy más que una pobre criatura tuya y que Tú eres Dios eterno, Señor y Creador mío. De acuerdo con tu voluntad, me someto humildemente a tu justísimo juicio. Me abandono de todo corazón a tu santa voluntad, en el tiempo y en la eternidad, dispuesta a sufrir perpetuamente, si así te place, este suplicio infernal. Cualquier cosa que quieras hacer conmigo, Padre del Cielo, en la medida de mis fuerzas, la acepto humildemente ahora y siempre».

Terminado este acto de abandono confiado en Dios, la joven fue raptada en *éxtasis* y engullida en el Abismo de la Divinidad. ¡Oh, qué feliz abismamiento es ese! Desde ese instante, al menos una vez al día, es raptada por Dios e introducida en el Abismo de la Divinidad, o, ciertamente, en ese mismo camino.

Sobre esta mujer, que aún sigue siendo joven, puedo afirmar, sinceramente, que jamás cometió ningún pecado grave por el que mereciera perder la gracia de Dios. Sin embargo, ella se veía muy lejos de Dios y de sus santos. En consecuencia, ¿cuánto más alejados de Dios estaremos nosotros, que tantas veces le hemos ofendido con múltiples delitos y pecados inconfesables, que hemos transgredido sus mandamientos con demasiada frecuencia y que, hasta el día de hoy, vivimos entregados a las realidades efímeras y a las criaturas mortales, [movidos] por la pasión y el placer, sin hacer penitencia digna de frutos?

7. Esa joven, como ya he dicho, cercada por la angustia, se abandonaba humildemente a la voluntad de Dios, ofreciéndose a soportar los eternos tormentos del infierno, si así se lo exigiese la justicia divina. Pero no son muchos hoy los que siguen esta conducta. [Algunos] se han esforzado en vivir con gran rectitud durante cuatro o cinco años, evitando cometer faltas graves, y ya esperan grandes cosas de sí mismos. Creen haber hecho méritos ante el Señor y dicen a otros: «Ruega por mí al Señor, para que merezca

ser hecho uno de sus amigos preferidos ahora y siempre». Pero si se conocieran bien, se juzgarían indignos de ser contados incluso entre los últimos amigos de Dios.

[La senda del abandono]

Todo el que desea ser grande ante el Señor, como Cristo enseña en el Evangelio, debe ponerse en el último lugar y entonces merecerá oír estas palabras: «*Amigo, sube más arriba*»⁷⁷. Quienes se elevan a sí mismos, serán humillados por Dios, esto es seguro⁷⁸. Nada hay mejor que pedir al Señor, con espíritu de abandono, el lugar que Él nos tiene destinado eternamente. Pues no hay duda: cuando por amor a Dios nos negamos profundamente a nosotros mismos en cualquier circunstancia, tanto en la pobreza como en la abundancia, entonces entramos en Dios. Todo el que consiga en esta vida aunque sea una sola chispa de ese abandono, podrá prepararse por medio de ella más perfecta y verdaderamente para la acción de Dios e introducirse más profundamente en el fondo [del alma] que Dios inhabita, que si por amor a Dios se quitara las ropas y las diera a los pobres, o incluso comiera piedras y espinas, si la naturaleza pudiera soportarlo. Haber vivido en este abandono un breve lapso de tiempo aprovecha más que pasar cuarenta años autocomplaciéndose en las propias ideas y prácticas.

Finalmente, este camino es el más noble, breve, fácil y útil que pueda ser concebido por la inteligencia del hombre. Por desgracia, muchos infelices, que merecen ser llorados con ríos de lágrimas, incluso religiosos, lo desprecian y prefieren seguir una vida superficial y vana, perdiendo el tiempo precioso de la gracia y despreciando el Bien excelente que podría –y debería– nacer en ellos sin cesar a cada instante. Así pasan muchos años, casi privados de toda gracia, como en un sueño, sin obtener provecho alguno en la virtud. Y después de muchos años, casi al final de la vida, tienen tanto de verdadera perfección como tenían cuando empezaron. Esto,

⁷⁷ Lc 14,10.

⁷⁸ Cf. Lc 14,11.

que merece ser llorado más de lo que puede expresarse, horroriza oírlo y verlo en todos los hombres que viven así. Si conocieran el daño irreparable que se hacen a sí mismos por aferrarse a su voluntad propia, se consumirían y arderían hasta las médulas de sus huesos.

Que la santa Trinidad, digna de ser alabada con todo amor y deferencia, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos conceda a todos que, como la cananea, podamos sumergirnos en el Abismo divino y seamos encontrados siempre en él. Amén.

**10. SERMÓN PARA EL SÁBADO ANTERIOR A LA VIGILIA DEL DOMINGO
DE RAMOS⁷⁹**

ALCANZAR LA LUZ

(V. 10, sobre Jn 8,12)

«Yo soy la Luz del mundo» (Jn 8,12)

1. Habiendo dirigido Jesús estas y otras muchas palabras a los judíos, tuvo que soportar que estos se le opusieran afirmando que era un samaritano y que tenía un demonio⁸⁰.

Vamos a decir aquí unas pocas palabras sobre aquella Luz que el Señor afirmó ser Él⁸¹.

[El retorno del ser humano a la Luz de la que proviene]

Esta Luz ilumina todas las luces creadas: el sol, la luna, las estrellas, los sentidos corporales del hombre y la luz espiritual de las criaturas racionales, que es la razón o intelecto, por medio de la cual todas las criaturas retornan y refluyen a su Origen. Pues, si no retornan [a esa Luz original], comparadas, en sí mismas, con esta Luz verdadera y esencial, [las criaturas] son solo densas tinieblas. Por eso, Cristo dice a todo creyente:

⁷⁹ En la edición de Surio: *Sermón para el cuarto domingo de Cuaresma*.

⁸⁰ Cf. Jn 8,12-59.

A continuación, sigue este párrafo que no parece encajar bien con el contenido del sermón:

«En el Evangelio de hoy, como Jesús los había alimentado con cinco panes y dos peces, asombrados por un signo tan grande y manifiesto, decían ellos: “Este es en verdad el profeta que ha de venir al mundo” [Jn 6,14]».

⁸¹ Cf. Jn 8,12.

«Renuncia por Mí a tu luz, que es verdadera tiniebla comparada con la mía, y contraria a ella. Yo, que soy la Luz verdadera, cambiaré tus tinieblas en mi Luz, mi gozo, mi felicidad, mi esencia y mi vida, y haré lo tuyo como es lo mío».

Así, puesto en tierra, oró a su Padre, diciendo: «*Padre santo, guarda a los que me has dado, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en Mí*»⁸². No dijo «para que estén unidos», sino «para que sean uno en nosotros, como nosotros somos uno», no por naturaleza [humana], sino por gracia [divina]. Y esto de un modo totalmente incomprensible.

Todos los elementos, como la piedra o el fuego, tienden al lugar que les es propio, a su origen. ¿Cómo es que solo el hombre, la más excelente de todas las criaturas, maravilla de todas las maravillas, por quien Dios todopoderoso hizo el Cielo, la tierra y cuanto ellos contienen, no para estimular sus apetitos, sino para cubrir su necesidad y así servir más libremente a su Creador; cómo es que, insisto, el hombre, despreciando a su Creador, corre tras realidades vanas e inconsistentes, prestas a desaparecer, y no se apresura hacia su Origen eterno, ni tiende a su Fin, ni busca la verdadera Luz de Dios?

2. Para ilustrar esto, consideremos aquí dos cosas. Lo primero: ¿qué nos impide alcanzar nuestro noble Fin y llegar a nuestro Origen: Dios? Lo segundo: ¿cómo debe ser ese regreso al Origen, por qué camino, de qué modo?

[La mundanidad y la falsa piedad]

Respecto de lo primero, debe ser algo muy valioso como para apartar al hombre de un bien tan grande. Pero hay dos clases de personas, con sus respectivos impedimentos.

La primera clase la constituyen hombres mundanos, que gustan de satisfacer sus apetitos en las criaturas y en los sentidos

⁸² Jn 17,21.

externos. Éstos malgastan no solo un tiempo precioso e irreparable, sino también todos sus sentidos y fuerzas. Se hallan inmersos en una densa oscuridad y se resisten a la Luz divina.

A la segunda clase pertenecen hombres piadosos, gente de gran renombre y santidad aparente. Según ellos creen, se han elevado por encima de estas tinieblas exteriores, pero, en su fondo interior oculto, son hombres poco sinceros, llenos de amor egoísta y voluntad propia, que se tienen a sí mismos como objeto y meta en todo. Por fuera es muy difícil distinguirlos de los verdaderos amigos de Dios, pues sus prácticas externas, como la oración, el ayuno, la vigilia o el dominio de las pasiones, son a menudo más abundantes que las de los auténticos amigos de Dios, siendo imposible distinguirlos por ellas.

Pero quienes tienen el verdadero espíritu de Dios, reconocen fácilmente a estos «fariseos», pues tienen algo por fuera que los identifica claramente: su tendencia a juzgar a los demás, incluso a los verdaderos amigos de Dios, pero nunca a sí mismos. Por el contrario, los amigos de Dios se abstienen de todo juicio ajeno, de forma que a nadie juzgan salvo a sí mismos. Aquella mentalidad farisaica por la que no buscan más que su propio interés en sus relaciones con Dios, con las criaturas y con todas las cosas, se ha hecho tan fuerte en aquellos hombres corruptos y ha echado unas raíces tan profundas en su naturaleza taimada, que no queda en ellos rincón alguno sin infectar por esta enfermedad. Resultaría más fácil horadar una montaña de hierro que vencer semejante egolatría con el único auxilio de la naturaleza [es decir, empleando las cualidades y fuerzas humanas].

Sin embargo, por difícil que sea [con los únicos recursos de] la naturaleza, hay un modo de que pueda suceder: que Dios se haga fuerte en ellos y Él solo, por sí mismo, ocupe por completo su interior. Pero esto sucede a muy pocos, no por culpa de Dios, sino de los hombres, que acogen en su interior al pecado y por medio de él se privan de la presencia y de la gracia de Dios.

Además, para el hombre racional las criaturas no deben ser un fin en sí mismas, sino un medio para llegar hasta Dios. Pero, por

desgracia, el mundo entero abunda hoy en este falso fondo [del alma] y, despreciando a Dios, se entrega a las criaturas. De hecho, hay hombres –unos más, otros menos– que se infligen un daño tan inexpresable por esta causa, que los corazones de los amigos de Dios podrían consumirse de dolor al ver la gravísima ofensa que se hace a su amado Dios por buena parte de sus semejantes y el perjuicio gravísimo que ello les ocasiona.

Mientras vivimos en este cuerpo mortal, esto es lo que debemos hacer: observar con la máxima atención este falso fondo, sofocarlo y eliminarlo. Con todo, por mucho que se haya extirpado, nunca deben bajarse los brazos, pues, mientras el espíritu habita este cuerpo, ese fondo nunca es vencido del todo, nunca es dominado tan plenamente que no quede nada que dominar en él.

Siendo esto así, a nadie se le escapa cuánto nos retiene y estorba este malvado fondo. Sus víctimas caen en su luz natural y a ella se pegan. Y no es extraño que encuentren tanto deleite en la luz natural de su intelecto, que cualquier otro placer de la vida presente les parezca insignificante en comparación con aquel. Los filósofos paganos conocían y amaban esta luz. Pero como preferían quedarse en ella en lugar de ir más allá y aspirar a la Luz increada, que es Dios, su ignorante corazón se obnubiló⁸³, como dice el Apóstol, y se vieron envueltos en tinieblas perpetuas.

Basta con lo dicho hasta aquí sobre lo que nos mantiene alejados de la Luz increada y de nuestro Origen, que es Dios.

[El camino que nos lleva a la Luz]

3. Mostremos ahora el camino más breve, auténtico y fácil para llegar a esa Luz, que es nuestro Origen.

Este es ese camino auténtico: negarse sinceramente a sí mismo; amar a Dios intensamente con un corazón puro, desnudo y sencillo, renunciando por completo a buscar el propio interés en cualquier

⁸³ Cf. Rom 1,21.

cosa, sino siempre el honor y la gloria de Dios; aceptar como directamente venidas de las manos de Dios todas las cosas, las buenas y las malas, las dulces y las amargas, y tan pronto como sucedan, sin ambages, referirlas y ofrecerlas directamente al Creador, de manera que allí se produzca un flujo y reflujo inmediatos en Dios. Éste es el camino verdadero y recto por el que se distinguen los auténticos amigos de Dios de los falsos.

[En cambio,] estos últimos se apropian de todos los carismas y dones de Dios [como si fueran suyos], en lugar de remitirlos a Él con amor y agradecimiento, como deberían, renunciando libremente a sí mismos y elevándose a Dios completa y puramente. Cuanto más perfectamente se cumpla esto, más auténtico amigo de Dios se es. Pero hay personas que ni lo han cumplido ni desean cumplirlo. Son cautivos de su amor egoísta en el que persisten hasta el fin [de su vida]. Por ello, jamás podrán contemplar la Luz resplandeciente de la eterna Divinidad.

Ha de advertirse también que ese falso fondo, muy a menudo, se mezcla tan disimuladamente con la Luz divina, que apenas es posible distinguirlo. Por eso, no es de extrañar que, a veces, cuando uno creía que estaba buscando a Dios, [se encuentra con que] lo que buscaba realmente y lo que tenía como meta era su propia naturaleza.

Esto se entiende fácilmente en la siguiente situación: cuando sobreviene la adversidad, los verdaderos amigos de Dios se refugian en Él, ya sea aceptándola como venida de sus manos, no de otras, y sobrellevándola serenamente con Él, en Él y por Él; o ya sea abandonando inmediatamente en Él todos esos sufrimientos. Actuando así, Dios les llena de tal forma que la adversidad no es adversa para ellos, sino que, conforme a la exhortación del apóstol Santiago, consideran un gozo completo el soportar duras pruebas por amor a Dios⁸⁴.

⁸⁴ Cf. Sant 1,2.

En cambio, los falsos amigos de Dios, ensoberbecidos en su voluntad propia, buscándose y amándose a sí mismos en todo, cuando les sobreviene la prueba, no saben qué hacer ni adónde acudir. Van de un sitio a otro en busca de remedio, consejo y alivio, y cuando no los encuentran casi se mueren de desesperación. Lamentablemente, cuando llegan al final de su vida, se hallan en grave peligro. Como jamás han buscado ni amado a Dios puramente, al llegar la hora de la muerte, tan temida por todos los hombres, no lo encuentran en su fondo en toda su pureza. ¿Qué hay de extraño, pues, si caen en las profundidades del infierno, puesto que no han fundado ni construido su vida sobre la sólida roca de Cristo?

Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que estas personas se encuentran en un peligro cien veces mayor que los hombres corrientes, pues estos, [al menos,] se reconocen pecadores y temen humildemente a Dios. Así ocurría en otro tiempo, cuando el pueblo judío seguía de buen grado al Señor, en tanto que los sacerdotes [del templo de Jerusalén], los fariseos y los escribas, cuya vida exterior aparentaba gran santidad, se le oponían con gran resistencia y, al fin, lo condenaron a una muerte afrentosa.

[Pues bien,] a estos no se les puede decir nada. Si se les reprende por sus defectos o se les exhorta a corregirlos, se te enfrentan encolerizados o huyen como los fariseos y los escribas, que en aquel tiempo, mientras el Señor escribía sus pecados en el suelo con un dedo, llenos de soberbia, huyeron, empezando por los más viejos, hasta que todos se alejaron del templo⁸⁵.

Por esta causa, a los más sencillos se les puede aconsejar y ayudar mucho mejor que a estos, porque reconocen sus pecados. De este modo, siempre hay un remedio fácil para aquellos que confiesan sus pecados, caminan en el temor y la humildad y, amonestados a dejar sus vicios, se apartan de ellos de buen grado y se inclinan al deseo de la virtud y de las buenas obras.

⁸⁵ Cf, Jn 8,8-9.

[Ayudas que Dios nos ofrece para llegar a la Luz]

4. Contra aquellos obstáculos de los que ya hablamos, nuestro bondadoso Creador nos ofrece abundantes remedios y consuelos, enviándonos, por puro amor, a su Hijo unigénito, el Verbo de su Corazón, nuestro Señor Jesucristo, para que su ejemplo de santidad, su perfección en las virtudes, su purísima doctrina y sus múltiples y diversos sufrimientos –que su eterna caridad echó sobre sí por nuestra salvación– nos sacaran de nosotros mismos y nos movieran a permitir que nuestra oscura luz natural se extinguiera en su Luz esencial.

Además, nos ha dejado los santos sacramentos. En primer lugar, [para cimentar] la fe, [tenemos] el santo Bautismo y la Confirmación. Luego, si perdemos su gracia, para que podamos reconciliarnos con Él, [nos ofrece] el sacramento de la Penitencia [o sacramento de la Reconciliación], cuyas tres partes son arrepentimiento, confesión y satisfacción. Y también [nos ha dado] la Eucaristía y la Extremaunción⁸⁶. Estos sacramentos nos son de gran ayuda para volver a nuestro Origen y primer Principio: Dios.

Así lo dice san Agustín: «El gran Sol ha engendrado un Sol más pequeño que envuelve con sus nubes al Sol mayor, no para taparlo, sino para atemperarlo y que así nos sea posible contemplar el Sol mayor». Por tanto, este Sol mayor es Dios Padre, que ha engendrado un Sol más pequeño, es decir, el Verbo, su Hijo, según su humanidad, no para ocultarse a nosotros, sino para atemperar su Luz y permitir que podamos contemplarlo. Pues «Él es la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»⁸⁷. «Él brilla en las tinieblas y las tinieblas no lo acogieron»⁸⁸.

Nadie puede acoger esta Luz divina salvo los pobres de espíritu y quienes se hayan despojado y liberado de todo amor

⁸⁶ Ahora es el sacramento de la Unción de enfermos.

⁸⁷ Jn 1,9.

⁸⁸ Jn 1,5. Taulero hace una interpretación diferente de este pasaje en el sermón 79, n. 6.

egoísta y de la voluntad propia. Hay muchos que han vivido hasta cuarenta años en la pobreza material y, sin embargo, ni siquiera han tocado o sentido levemente este noble fondo. Ellos lo han entendido bien en su intelecto, pero no lo han gustado en el mismo fondo, por lo cual les es desconocido y extraño.

[Conclusión]

Ahora, pues, esta es la tarea principal: concentrar y emplear todas las fuerzas, todo el empeño y todos los recursos de la naturaleza y el espíritu para poder experimentar y gustar la Luz verdadera. Así podrá llegarse al Origen, donde ella brilla constantemente.

Hijos míos, buscad esta gracia por medio de la naturaleza y por encima de ella, deseándola todos ardientemente. Emplead en ello todas las fuerzas de que dispongáis. Rogad a los verdaderos amigos de Dios que os ayuden. Uníos a ellos para que os lleven consigo hasta Dios todopoderoso.

Que nuestro bondadoso Creador nos lo conceda a todos.
Amén.

11. SERMÓN PARA EL LUNES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS⁸⁹

A LA «CAZA» DE DIOS

(V. 11, sobre Jn 7,37)

«Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba» (Jn 7,37).

1. El Señor Jesucristo, nuestro Salvador, que en el día de hoy transforma el agua en vino, no cesa aún de gritar en nuestros corazones que queramos tener sed de Él, pues está dispuesto no solo a reconfortar, sino incluso a embriagar nuestras sedientas almas con el excelente vino de Chipre [que brota] de su divina gracia y de su amor. Por eso, el último día, el principal de la fiesta, Jesús se puso en pie y gritó diciendo: «Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba», a saber, del agua de la vida.

[La sed de Dios y las tentaciones]

2. Pero ¿qué sed es esta de la que habla el Señor? No es otra cosa que un ardiente deseo de Dios. Pues, cuando el Espíritu Santo descende sobre el alma, esta concibe un fuego de amor, como un carbón incandescente, que provoca en ella un incendio de amor que despide chispas ígneas de cariño. Estas, a su vez, despiertan en el alma una sed y un deseo íntimos de Dios. Con frecuencia, el hombre en que suceden tales cosas ni siquiera sabe qué significan o qué es lo que le sucede; él solo siente un ardiente anhelo de Dios y, a la vez, hartazgo y cansancio de todas las criaturas.

⁸⁹ En la edición de Surio: *Sermón para el primer domingo después de las octavas de Epifanía.*

Este deseo es triple y se da en tres clases de personas, aunque de forma muy diferente: en los *principiantes*, los *avanzados* y los *perfectos*. En estos últimos [se da el deseo más elevado, pero] solo cuanto es [humanamente] posible en esta vida.

3. El profeta David, tocado de un ferviente deseo, dice así en un salmo: «*Como el ciervo anhela las fuentes de las aguas, así mi alma te anhela, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, fuente viva*»⁹⁰. Todos sabemos que, cuando los perros persiguen implacablemente al ciervo y este, acosado por montes, colinas y bosques, vuela a una velocidad admirable, del ímpetu de su carrera se despierta en él una sed ardiente y un deseo de agua mucho mayor que en otros animales.

Pues, del mismo modo que los perros persiguen al ciervo, las tentaciones durísimas acosan, persiguen y fatigan al principiante, que apenas ha empezado a renunciar al mundo y al pecado. En efecto, en el momento en que, tocado por la gracia del Espíritu Santo, da la espalda al mundo y lucha por evitar faltas graves, caen sobre él siete pecados mortíferos⁹¹, con horribles y violentas tentaciones, asediándolo quizás con más fuerza aún que cuando vivía en el mundo. Pues entonces no solía estar en guardia contra las tentaciones, por lo que consentía fácilmente al pecado. Ahora, en cambio, ceñido como está para la lucha, comprueba desde el primer momento la violencia de su ataque. El sabio [Jesús ben Sirá], queriendo apercibir de ello al hombre, dice: «*Hijo, si te acercas a servir al Señor, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación*»⁹². Y esta es la preparación más sensata: cuanto más fuerte sea el ímpetu de la tentación, tanto más ardientes han de ser tu sed y deseo de Dios.

Sucede con frecuencia que los perros pueden alcanzar al ciervo en su carrera y, si lo tienen a su merced, le clavan los dientes en el vientre. Cuando el ciervo, hallándose en esta situación extrema,

⁹⁰ Sal 42,1-2. Surio cita el versículo 2 como sigue: «*Sitivit anima mea ad Deum fontem vivum*».

⁹¹ Los siete pecados capitales.

⁹² Eclo 2,1.

advierde que no puede escapar de los perros, los arrastra tras de sí, cuanto puede, hasta un árbol; entonces, estrellándolos fuertemente contra el árbol, les rompe la cabeza y los mata a todos. Y así escapa de ellos.

Esto mismo es lo que debe hacer el hombre. Cuando no puede vencer a los perros de sus tentaciones ni librarse de ellos, acudirá de inmediato al árbol de la santa Cruz y de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, donde con toda seguridad se han de estrellar las cabezas de los perros, es decir, de las tentaciones. Esto significa que, una vez vencidas y aplastadas todas las tentaciones, la paz y el sosiego vuelven al tentado.

4. Mas, cuando el ciervo ha agotado las fuerzas de los perros más grandes, y ha golpeado su cabeza, entonces llegan los perros más pequeños, lo rodean y le mordisquean el vientre, produciéndole pequeñas heridas. Pero como el ciervo resta importancia a esas lesiones, por las heridas recibidas viene una grave infección que le quita la vida.

Lo mismo suele ocurrir al hombre recién convertido. Una vez que ha vencido a los perros más grandes –esto es, los pecados más graves–, luchando contra ellos con todas sus fuerzas, vienen los perrillos ante los que baja la guardia, es decir: la compañía de los hombres, un vestido más elegante y caro, pasatiempos humanos, o la indulgencia y adulación de los hombres. Estas cosas y otras muchas, cuando no se vigilan con la atención necesaria, hieren al incauto y desgarran su espíritu, su corazón y todo su interior, de manera que la vida espiritual, el santo fervor y el celo por las cosas de Dios se pudren, se enfrían y se extinguen irremediabilmente. Al final, sin darse cuenta, pierde la gracia sensible de Dios y toda devoción.

La mayoría de las veces, las tentaciones más leves hacen más daño al hombre que las más graves, pues estas últimas inducen a un pecado tan manifiesto, que no puede dudarse de que ha de ser evitado. Pero esos males a los que las tentaciones menos graves incitan al espíritu, son pecados leves, y tan insignificantes le parecen, que ni merecen su consideración. Por eso no se apresta a

hacerles frente. Así como los males que no se conocen dañan más gravemente que aquellos que son conocidos y manifiestos, así también esas cosas de las que hemos hablado –esto es, la compañía de los hombres, los entretenimientos humanos o el disfrute de las criaturas–, cuanta menos importancia se les da, más irremediablemente hieren.

Pero así como el ciervo, a causa del acoso a que es sometido, entra más en calor y poco a poco se incrementa la intensidad de su sed, así también el hombre acosado por las tentaciones debe encenderse en un fuego mayor y en una sed más ardiente del Amor de Dios, de manera que la tentación, cada vez más, le empuje a los brazos de Dios como refugio más seguro. Aquí solo encontrará verdad, paz, justicia y consuelo, como si la propia tentación se convirtiera para él en materia de virtud y provecho espiritual.

5. Además, cuando el ciervo se encuentra extenuado por una carrera agotadora y una sed sofocante, suele el cazador retirar a los perros de la persecución –sobre todo si da por segura la pieza y la tiene dentro de su coto–, para dar al ciervo la ocasión de recuperar fuerzas y, con el aliento recobrado, pueda soportar mejor la dureza de una nueva batida. Así actúa Dios con el hombre. En efecto, cuando ve que la violencia de las tentaciones rebasa la justa medida, mitiga [en ese momento] su empuje o, incluso, las detiene durante un tiempo. Entonces, con su habitual bondad, derrama en el paladar del corazón una gotita de agua, es decir, el dulce sabor de las cosas divinas y espirituales, de las que recibe tanta fuerza que todo lo que no es Dios le resulta insípido y amargo. En este punto, el hombre, inexperto aún en la vida espiritual, cree haber sorteado todos los peligros y vencido todas las tentaciones, sin darse cuenta de que eso no es más que un descanso antes de un nuevo asalto, es decir, de una nueva tentación. Así que, cuando menos lo sospecha, los perros de las tentaciones se echan de nuevo a su garganta y lo atacan con mayor fiereza que antes. Sin embargo, fortificado por aquellas gotas de la dulzura divina, resiste mejor sus ataques.

Dios, llevado de su gran fidelidad y del amor inestimable que tiene a los hombres, permite que las tentaciones les hostiguen. Pues, por medio de las tentaciones, nacen en el hombre, quiera él o no,

una sed ardiente y un corazón anhelante que le empujan en brazos de Dios, en quien, sin duda alguna, se encuentran verdaderamente el gozo, la paz y el consuelo. La bebida que sacia esa sed le sabrá [al hombre] mucho más dulce y agradable, no solo en este mundo, sino también en la vida eterna, donde, más que gustar de esa verdadera e inefable dulzura, beberá a plena voluntad en su misma fuente, [que es] el Corazón del Padre, hasta la ebriedad. Al saborear esa dulzura, el hombre recibe tanto consuelo y tanta fuerza, que, por amor a su Creador, es capaz de soportar cualquier contrariedad, por dura que sea, con alegría.

[El alma ebria de Dios y su posterior aridez]

6. Al fin, cuando el ciervo ha vencido a todos los perros, busca un arroyo o una fuente donde hunde su hocico hasta el fondo y bebe cuanto desea a plena voluntad. Así actúa también nuestro hombre interior. Apoyado en la gracia de Dios, vence a los perros grandes y pequeños, es decir, los pecados leves y graves, y, sediento, acude a Dios con plena confianza. Entonces bebe con avidez hasta la ebriedad, y se llena tanto de Dios que, en un estado de gozo extraordinario y exaltación del espíritu, llega a olvidarse de sí mismo. En esos momentos se ve capaz de soportar cualquier dificultad, incluso de pasar a través del agua, del fuego y hasta de mil espadas, no ya de buen grado, sino con alegría. No teme la vida ni la muerte, la prosperidad ni la adversidad. ¿De dónde le viene esto sino de haber sido embriagado por el Amor de Dios?

Este gozo que tales personas sienten en su interior se llama justamente «júbilo». A impulsos de semejante gozo, unas veces lloran, otras rompen a reír, otras incluso cantan. Los sabios de este mundo, inflados por el saber que hincha y movidos de la mera curiosidad, aunque están dotados de una inteligencia admirable, como no han tenido esta experiencia, no pueden comprender las maravillas que Dios hace en sus santos y elegidos, recipientes de su misericordia. No tienen otro modo de conocimiento que el que les otorga la naturaleza. Por eso, en cuanto observan algo raro o desacostumbrado en los amigos de Dios, dicen como estupefactos: «¿A qué viene ese proceder tan raro e inusual?». Pues bien, esto es

obra, sin duda, de esa ebriedad espiritual que desconocen los curiosos y eruditos.

Después, embriagados de amor e inundados de un gozo inefable, [esos amigos de Dios] afrontan cualquier situación con una alegría desbordante, de manera que todo lo que les sucede, sea el éxito o el fracaso, lo reciben siempre con paz y alegría. El carbón incandescente del Amor de Dios, encendido en sus corazones, bulle en ellos como agua hirviente, les proporciona consuelo y les hace abrasarse de gozo y alegría.

7. Algunos mueren con el corazón reventado porque no han podido soportar la grandeza y la fuerza de las obras que Dios lleva a cabo en su interior. En efecto, es cierto que muchos han muerto así por entregarse a esas actividades extraordinarias de Dios en el alma, por encima de lo que puede soportar la débil naturaleza humana. Pero Dios, sapientísimo moderador de todas las cosas, al ver que tales hombres rebasan los límites de la debida moderación y se embriagan más de lo suficiente, actúa como un padre sabio y prudente que a la hora de comer pone sobre la mesa gran cantidad del mejor de los vinos. Una vez acabada la comida, se levanta – dejando el vino en la mesa– y se dispone a descansar un rato. En esto llegan los hijos y beben ávidamente de ese vino hasta embriagarse. Cuando el padre se levanta y descubre lo sucedido, los castiga severamente con una vara. Entonces, los hijos experimentan tanto dolor entre los golpes como antes habían sentido placer entre las copas. No contento con esto, el padre les da a beber agua hasta que vuelven a ser completamente dueños de sí mismos, ya digerido el vino con el que se habían embriagado.

Esto mismo hace Dios con sus predilectos. Simulando estar dormido, permite a sus elegidos beber cuanto les plazca de su «dulcísimo vino». Pero al ver que ellos se exceden hasta un límite peligroso, les quita por un tiempo su dulzura, su consuelo y ese vino excelente. Y los hiere interiormente con tal amargura y tristeza que, al verlos, uno podría pensar que desconocen lo que es la alegría; pero, al mismo tiempo, los hace tan sobrios que dan la impresión de no haber estado ebrios jamás.

8. Quizá alguien plantee la siguiente objeción: ¿Qué culpa tienen ellos de embriagarse si tenían una sed tan intensa y, además, se les permitía beber a placer? Pues bien, Dios lo ha permitido porque, por medio de esta sed, puede unirlos más a Él y rescatarlos de la deplorable esclavitud de sí mismos y de todas las criaturas. Pero, cuando no saben utilizarla sobriamente, opta por quitarles la embriaguez y hacerlos sobrios. ¿Cómo? Abandonándolos a sí mismos y a sus propias fuerzas. Entonces empiezan a ver la realidad tal como es y a reconocer fácilmente lo que ellos son y lo que sus propias fuerzas dan de sí.

Poco tiempo antes estaban dispuestos a sufrir y a hacer por Dios muchas más cosas de las que hubiera podido proponérseles, y más grandes; ahora, en cambio, apenas pueden llevar a cabo una pequeña obra sin gran dificultad, ni soportar por amor a Dios una sola palabra pronunciada contra ellos con dureza. Aquí, privados de la dulzura divina, ellos comprueban que apenas son capaces de hacer el bien por sus propios medios y fuerzas. Cuando Dios les retira los rayos de su gracia y sus dones, se hacen humildes, confiados, piensan bien de todos, son tranquilos y modestos, bien corregidos por el Señor e instruidos de forma excelente bajo su vara.

9. Sin embargo, todo esto –es decir, la fuerza y la agitación de las tentaciones, y los consuelos y las actividades divinas–, ha tenido lugar hasta ahora en las potencias inferiores [o corpóreas⁹³], donde el Señor no se digna morar en modo alguno. Su lugar más noble no está en ellas, pues las potencias inferiores son demasiado estrechas como para acoger la majestad de Dios y para que Este pueda desarrollar su obra perfectamente en ellas.

[La acción de Dios en las potencias superiores del alma. El éxtasis y la unión con Dios]

Dios quiere habitar en las potencias superiores del alma –en la memoria, el entendimiento y la voluntad–, y operar en ellas al modo

⁹³ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

divino que le es propio. Solamente aquí está el lugar de Dios; aquí encuentra su propia imagen y semejanza, aquí habita y opera. Quien quiera encontrarlo, que busque aquí, no en otro lugar. Quien ha logrado llegar hasta aquí, encuentra verdaderamente, y como por un atajo, lo que tanto tiempo anduvo buscando por medio de rodeos. Aquí [en un *éxtasis*] el espíritu es raptado por encima de todas las potencias en una vasta Soledad de la que nadie puede hablar dignamente, en la oscuridad secreta del Bien sin modo; aquí es absorbido e introducido en la Unidad divina, simple y sin modo, donde, si se me permite expresarlo así, pierde la sensación de ser distinto, no esencialmente, sino objetivamente. Pues en la Unidad se pierde toda multiplicidad, y la Unidad unifica toda multiplicidad.

10. El hombre que ha experimentado esto, una vez vuelto a su estado anterior, posee un discernimiento más perfecto y más lúcido que el que pueda tener cualquier otra persona. ¿Y de dónde procede esto sino de aquella simplicísima Unidad en la que ha sido sobrenaturalmente introducido? Ahora es capaz de comprender y discernir con claridad meridiana todos los artículos de la fe y toda verdad, como, por ejemplo, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios verdadero. Nadie comprende mejor este discernimiento de la Divinidad que quienes han llegado a aquella Unidad. Esta se llama, y verdaderamente lo es, «Tiniebla inefable»; también es llamada, y lo es, «inabarcable y vasta Soledad», en la que no hay senda ni puente alguno; aquí hay ausencia total de modos, pues todos han sido trascendidos.

Para explicarlo mejor, añadiré unas pocas palabras. Esta Tiniebla es una Luz a la que ninguna inteligencia creada puede llegar ni comprender por naturaleza. Se llama «Desierto», porque carece de vías de acceso. En dicha Tiniebla, el espíritu es raptado por encima de sí mismo y de toda capacidad de percepción y conocimiento; y aquí bebe de la fuente de la dulzura divina, que mana de su mismo Origen, del manantial verdadero y esencial de Dios. Esa fuente de divina suavidad es extraordinariamente dulce, fresca y viva, como todas las fuentes son en su origen más dulces, más puras y más frescas; pero a medida que se alejan [de la fuente] en su discurrir, el ardor del sol las priva de su frescor.

Es imposible explicar qué agua tan pura del verdadero manantial de Dios se dará a beber al alma. En esta fuente se sumerge el espíritu entero con todo su ser y su poder; y querría beber en ella a placer, pero mientras viva en su envoltura de carne mortal, no le será concedido. Entretanto, va abismándose en el verdadero Fondo de la Divinidad, como el agua que se filtra desde la superficie de la tierra.

11. Si el hombre que ha llegado hasta aquí pretendiera dejar inactivas sus potencias inferiores y entregarlas a un sueño ocioso, no adelantaría nada en la virtud. Pues las potencias inferiores deben ser ejercitadas, guardadas y ocupadas en el modo que les es propio. Si no fuera así, el Espíritu Santo se apartaría rápidamente de aquí y, entonces, en un instante, nacerían y se sucederían en el alma la soberbia espiritual, la libertad desordenada y la vana complacencia en la propia razón y en las cualidades naturales.

Para evitar esto, el hombre debe someterse con profundísima humildad a la voluntad de Dios, quien le exige un desapego mayor que nunca antes, pero de un modo también mucho más noble; [le exige también] mayor pureza, desnudez, sana libertad, soledad, anonadamiento de sí, silencio exterior y, sobre todo, interior, profunda humildad y, finalmente, todas las virtudes [que se ejercitan] en las potencias inferiores. Así se hace un hombre íntimo de Dios, es más, [se hace] totalmente «divino» [en el sentido de que está totalmente lleno de Dios].

12. Merece la pena reflexionar y meditar por qué admirables caminos conduce el Señor a sus elegidos y cómo realiza con ellos una suerte de juego. Pues, apenas estos habían bebido con sus potencias inferiores algún sorbo del delicioso vino de su dulzura, incapaces de retenerlo, se volvían desordenados y ebrios. Pero, después, [en un *éxtasis*] Dios los eleva por encima de sí mismos y de todas sus potencias y los introduce en Él. Aquí el Señor se comunica todo a ellos de un modo distinto y mucho más noble que antes. Ahora reina un orden perfecto. Esto es justamente lo que el Cantar de los Cantares afirma que experimenta el alma ebria de Amor [de

Dios], cuando dice: «*El rey me ha introducido en su bodega y ha ordenado en mí el amor*»⁹⁴.

Verdaderamente, Dios los ha ordenado aquí de la mejor manera posible y, conduciéndolos a través de caminos sorprendentes e inexplorados, los ha introducido en el Abismo insondable de su Divinidad, es decir, en sí mismo. Lo que allí les sucede no puede captarse sensiblemente, pues tal experiencia trasciende todos los sentidos y la inteligencia humana. Es, sin duda, cierto pregusto de la vida eterna.

He aquí, hijos míos, cómo la muy amorosa bondad del Creador juega con sus elegidos. ¿Y por qué lo hace sino para atraernos hacia Él y darnos una vida santa y bienaventurada; para que deseemos con todas nuestras fuerzas la felicidad y el gozo de la vida eterna; y, finalmente, para conducirnos hasta aquí y encender en nosotros la sed de su Amor?

Dios tiene también una sed ardiente, por eso grita con voz potente: «*Si alguien tiene sed, venga a Mí y beba*»⁹⁵. Pero ¿sed de qué? De «agua viva»⁹⁶, sin duda. Tamaña Majestad desea encontrar en nosotros una sed verdadera, una sed ardiente y viva. Si nosotros tuviésemos esa sed, Él nos daría a beber con tal abundancia, que de nuestro seno manarían ríos de un «agua viva» que brotaría para la vida eterna⁹⁷. Pues, así como el cuerpo envía el alimento al estómago, donde es digerido por la propiedad del calor procedente del hígado, y de aquí pasa a todos los miembros, alimentando y fortaleciendo todo el cuerpo, del mismo modo, el espíritu toma en esta bebida el noble alimento de la divina Majestad, y el Amor ardiente de la Divinidad lo distribuye después a todos los miembros, a la sustancia y a la vida entera del hombre, gracias a lo cual todas sus actividades se ordenan del mejor modo posible y sirven de ejemplo a todos los hombres.

⁹⁴ Cant 2,4 (Vulgata).

⁹⁵ Jn 7,37.

⁹⁶ Cf. Jn 4,10-14 ; 7,38; Jer 2,12-13. Ver sermón 18, n. 2.

⁹⁷ Cf. Jn 7,37 y 4,14.

Por esta disposición del hombre interior, el hombre exterior encuentra también la armonía, florece, se hace fuerte, robusto y grande, satisface a Dios en todo lo que le pide y brota él también hacia la vida eterna.

Dios todopoderoso y misericordioso nos lo conceda a nosotros. Amén.

12. SERMÓN PARA EL MARTES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS⁹⁸

DIOS HABITA NUESTRO INTERIOR

(V. 12, sobre Jn 7,6)

«*Mi tiempo aún no ha llegado*» (Jn 7,6)

1. En el mismo capítulo del que he tomado el tema para este sermón, se lee que el Señor dijo a sus discípulos: «*Vosotros subid a la fiesta; Yo no subo a esta fiesta*»⁹⁹; y poco antes de estas palabras había dicho: «*Mi tiempo aún no ha llegado; vuestro tiempo siempre está a punto*»¹⁰⁰.

[La bienaventuranza]

Veamos ahora qué significa aquella fiesta a la que el Señor ordenó subir a sus discípulos, cuyo tiempo siempre está a punto. Es la fiesta de la vida eterna, que con toda razón es llamada «vida bienaventurada». Ésta es la verdadera, suprema y última fiesta, en la que Dios ya no es contemplado en enigma, sino abiertamente, cara a cara¹⁰¹. Pero esta fiesta no pertenece al tiempo presente, mientras vivimos en este cuerpo mortal.

Es otra la fiesta a la que hemos de acudir en este mundo: es un pregusto y experiencia de aquella fiesta eterna en la fruición interior y el sentimiento de la presencia divina en el espíritu. Este es el tiempo que siempre es nuestro, el de buscar a Dios y estar atentos a

⁹⁸ En la edición de Surio: *Segundo sermón para el primer domingo después de las octavas de Epifanía*.

⁹⁹ Jn 7,8.

¹⁰⁰ Jn 7,6.

¹⁰¹ Cf. 1Cor 13,12.

su presencia en todo lo que hacemos, vivimos, amamos y deseamos; el tiempo de trascendernos a nosotros mismos y todo lo que no es Dios para amarlo en pureza a Él solo, y a ninguna otra cosa, con todas nuestras fuerzas. Este tiempo siempre está a punto.

Ciertamente, todos desean por naturaleza la bienaventuranza de la vida eterna; nadie hay a quien su propia naturaleza no le exija ser feliz. Pero desearlo no basta para alcanzar la bienaventuranza. Hay que buscar y desear a Dios únicamente por Él mismo. Muchos ansían experimentar también este pregusto de la vida eterna, pero se quejan de que se les niega. Cuando están en oración o en otros ejercicios de piedad y no experimentan en su fondo fiesta alguna ni la presencia de Dios, lo llevan a mal y, afectados de tedio, se vuelven tibios argumentando que no sienten a Dios y que, por ello, todas sus devociones y el deseo de orar se les hacen cuesta arriba. Pero esto es en lo que nunca se ha de caer. No debemos dejar de ejercitarnos en nuestras devociones y en buenas obras. Pues, aunque no sintamos a Dios, Él está siempre muy presente.

En aquel entonces, el Señor subió a la fiesta después de sus discípulos, no públicamente, sino en secreto. Pues, en verdad, donde está Dios, allí hay fiesta. Él no puede negarse ni mantenerse alejado de quien tiene una fe y un deseo sinceros, ya sea que se muestre abiertamente o se mantenga oculto. Sea como fuere, Dios está presente.

[La búsqueda de Dios]

Buscar a Dios y desearlo con corazón puro en todas nuestras obras, habitar nuestra morada interior y elevarnos sobre nosotros mismos, este es el tiempo del que dijo el Señor: «*Vuestro tiempo siempre está a punto*». Pues siempre nos está permitido subir [a esa fiesta]. Pero el tiempo de que Él se nos muestre claramente y nos infunda su consuelo no siempre está a punto. Éste es suyo y a su arbitrio hay que dejarlo. Mas si lo buscamos puramente, si Dios es el punto que centra toda nuestra atención, sin duda alguna está presente, aunque de un modo oculto. Por esta razón debemos persistir en nuestras buenas obras y prácticas. Si perseveramos, no

hay duda de que alguna vez lo encontraremos. Dios está presente, pues, pero la manifestación de su presencia no resulta clara.

2. Esta es la meta y el sentido de todos los ritos, obras y prácticas de nuestra Orden y de todas las demás Órdenes, sean cuales sean, y para esto se hacen y se proponen: que busquemos en pureza a Dios solo para que Él celebre dentro de nosotros su fiesta, y que nosotros tengamos el fondo [del alma] libre de cualquier obstáculo que entorpezca su actividad y nada lo ocupe sino Dios solo. Y cuanto más sirven a este fin todas nuestras prácticas y ritos, tanto más laudables, santos y útiles son. Pero si en lugar de referirlas a Dios, convertimos esas prácticas en un fin en sí mismas, no somos sino una sinagoga de judíos.

El Antiguo Testamento contenía gran cantidad de leyes, ritos, ceremonias y grandes obras; por este motivo, tenía también diversas prácticas muy penosas. Pero, por medio de ellas, cuantos estaban sujetos a la Ley no podían alcanzar todos los gozos de la Patria Celestial, puesto que todas estas cosas no eran sino una *parasceve* o preparación al Nuevo Testamento, al que se le ha abierto la puerta del Reino de los Cielos, tantos miles de años cerrada. Y esto es lo que debemos pensar sobre las prácticas exteriores, que son únicamente una preparación a la fiesta interior del espíritu. Dicha fiesta no se encuentra en las devociones externas, a no ser que lo viejo se adapte y tenga su cumplimiento en lo nuevo, es decir, que los ejercicios externos de piedad sean referidos al fondo interior y a la verdadera pureza de corazón. De otro modo, poco o nada aprovecharán.

[La esencia de la vida religiosa]

Hijos míos, todos nosotros, el día en que renunciamos al mundo en nuestra profesión religiosa, hicimos promesa a Dios todopoderoso de *buscarlo, amarlo y servirle fielmente hasta la muerte*. De esta promesa no podrían liberarnos ni Pontífices ni sacerdotes. Y si ha de creerse a los santos doctores, esta promesa obliga más que cualquier juramento prestado ante un tribunal. En consecuencia, cuando voluntaria y deliberadamente entregamos a una criatura

todo el corazón y el amor que hemos consagrado a Dios, incurrimos en un delito de perjurio mucho más que si violásemos un juramento. Por esto ha sido instituida nuestra Orden y este es el fin de todas las constituciones religiosas.

Por este motivo, algunos hermanos pedían a nuestro padre santo Domingo, próximo ya a la muerte, que les mostrara el verdadero sentido y meta fundamentales, la esencia y el fundamento de la santa Orden por él creada, y les explicara con qué fin había compuesto todos sus estatutos. Ellos conocían lo accidental [o no sustancial], pero querían saber lo sustancial.

Lo mismo nos pasa a nosotros: conocemos bien todas las leyes y estatutos. Él, entonces, les dijo que el fundamento y la esencia eran un amor verdadero a Dios, humildad profunda y pobreza espiritual y material. Éste es el fundamento de la santidad: amar a Dios con todo el corazón y despreciar todo lo que estorba este amor; conforme a la caridad fraterna, amar a todos nuestros hermanos como a nosotros mismos, con espíritu humilde y sujeto a Dios, mostrándonos afectuosos los unos con los otros; finalmente, renunciar a toda propiedad tanto sobre nosotros mismos como sobre los bienes creados, y hasta sobre nuestra voluntad misma, y ser desnudos y libres de todo aquello, fuese lo que fuese, que pueda apartar a Dios de nosotros. Así, Dios podrá poseer libremente y con pleno poder nuestro muy noble fondo, en el que ha impreso su Imagen. Estas cosas son sus delicias y su gozo, como Él mismo dice: *«Mis delicias son estar con los hijos de los hombres»*¹⁰².

Hijos míos, esta es sin duda la meta de nuestra Orden, esta es su finalidad, esta es su intención. Para este fin se han creado, aprobado y recibido todas las Órdenes y Congregaciones religiosas, todos los conventos, eremitorios, reglas, ritos, observancias y cualquier género de vida religiosa, llámese como se llame. A este punto miran todas las constituciones de nuestra Orden, y cuanto más sirvan a esta meta, tanto más útiles son y con más amor e interés han de ser observadas y honradas.

¹⁰² Prov 8,31.

Con este fin e intención nos hemos consagrado totalmente a Dios y más comprometidos con Él estamos. Y si no honramos y observamos esta Orden, somos perjuros y violamos la fidelidad prometida a Dios; mas si conservamos ese fin y esa intención, poseemos la misma sustancia y fundamento de nuestra Orden que tuvieron nuestro padre santo Domingo y otros muchos santos y venerables fundadores de Órdenes religiosas, como san Benito, san Agustín, san Bernardo y san Francisco. Todos ellos tenían a la vista y honraban esta esencia de la vida religiosa, a ella sirven todos los ritos, constituciones y observancias, y por ella han sido instituidas.

3. Hijos míos, os ruego que sigáis esta esencia de nuestra Orden: amad a Dios desde el fondo del corazón, buscadlo con amor y atención, y que todo lo demás, sea del género que sea, no sirva sino de apoyo y ayuda para este propósito. Si hacéis esto, os aseguro que Dios celebrará en vuestras almas una fiesta grande y perfecta.

Como bien sabéis, son muchas las disposiciones a que nos obliga la regla. Queramos o no, hemos de ir al coro [de la iglesia conventual] para leer y salmodiar. ¿No es preferible, por tanto, hacerlo con la alegría del que va a una fiesta que con una mente árida, seca, plúmbea, para no ser excluidos de la fiesta eterna?

Ciertamente, quien tiene la conciencia limpia de pecado mortal y una voluntad firme de no ofender a Dios en modo alguno, ese alcanza la bienaventuranza y la salvación en la santa fe católica. Pero todo el que desee experimentar dentro de sí aquella gozosa fiesta en la que se siente y gusta la feliz presencia de Dios, ha de ofrecer a Este un fondo puro, libre y desnudo. Así podrá sentir a Dios gozando de Él, pues esta es la única y auténtica devoción: no encontrar gusto ni placer en nada salvo en Dios. Esta es precisamente la finalidad de la vocación por la que Dios, en su inestimable piedad, nos ha llamado y atraído a esta santa Orden: buscarlo a Él solo por medio del amor y la atención. Respondamos a esta vocación.

[La vida penitente]

A quienes somos por naturaleza hijos de la ira y reos de condenación eterna por nuestras maldades y pecados, apartándonos de este mundo falso y corrupto, nos ha conducido a esta santa vida de verdadera penitencia. Así lo afirma san Agustín: «El hombre nace de materia vil, sórdida y corrupta, tierra pútrida cuyo fin es la muerte eterna». Pero evitamos este destino por medio de una vida de penitencia, a la que Dios nuestro Señor nos ha llamado no por nuestros méritos, sino por su bondad gratuita y amor purísimo.

Quizá alguien se pregunte cuál es la esencia y la verdad de una vida penitente. Yo le respondo: no es sino una verdadera renuncia a todo lo que no es Dios y una conversión íntegra y perfecta al Bien puro y cierto que es Dios mismo. Quien pone en esto más empeño y generosidad, más penitencia hace. Por eso, cuantos hemos abrazado la vida religiosa debemos ofrecer, desde las mismas entrañas del alma, sinceras acciones de gracias a nuestro Creador porque se ha dignado llamarnos e invitarnos a este género de vida. Esto ha de proporcionarnos una confianza grande y una esperanza cierta en que aquellos a quienes ha apartado de este mundo falso y turbulento, y ha reunido en un mismo lugar, reinaremos con Él. Con un amor especial, Dios ha elegido nuestras almas como esposas y amigas y las ha invitado a una particular intimidad con Él.

¿Qué signo más evidente puede haber de la presencia de Dios en esta elección que el hecho de que muchos de entre nosotros, en plena juventud, edad especialmente rebelde, incapaz de soportar cualquier disciplina y entregada a los placeres del mundo, se sometan a la voluntad de otro, obren de acuerdo con unos preceptos y consejos, soporten ser dirigidos y digan adiós al mundo para entregarse a su Dios y Señor? Y aunque no tengan una gran experiencia de Dios, son pacientes y esperan al Señor. Esto sería imposible si Dios no estuviese presente ahí, aunque ocultamente.

[Conclusión]

Ahora, pues, es tarea de todos nosotros emplear toda la energía y el esfuerzo en experimentar dentro de nosotros esta gozosa fiesta en la que Dios se nos revela verdaderamente, de modo que podamos sentir en lo más profundo esa fiesta perfecta y el gozo auténtico de la presencia de Dios. Para eso, debemos entrar en nosotros mismos, [y ser asiduos] en la oración y en las demás devociones y obras que tenemos la obligación de cumplir.

Solo quienes pertenecen a Dios y nadie más, gozan de esta fiesta. Y Dios mismo les pertenece como ellos le pertenecen a Él, y jamás los abandona ni les retira su presencia. ¿Qué vida hay más feliz, más gozosa y, por así decir, más festiva que aquella en la que nosotros estamos en Dios y Dios está en nosotros, ahora en el tiempo, después en la eternidad y en una inefable bienaventuranza?

Que la misericordia de Dios nuestro Salvador nos conceda esta bienaventuranza. Amén.

13. SERMÓN PARA EL JUEVES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS¹⁰³

FUNDAMENTOS ESPIRITUALES DEL BUEN OBRAR

(V. 13, sobre Jn 10,27)

«Mis ovejas oyen mi voz» (Jn 10,27)

[La paz interior]

1. [Hemos escuchado en la lectura del Evangelio:] «En cierta ocasión, se celebraba la fiesta de la Dedicación en Jerusalén. Era invierno, y Jesús caminaba en el templo por el pórtico de Salomón. Le rodearon, pues, los judíos y le dijeron: “¿Hasta cuándo tendrás en suspenso nuestro espíritu? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente”»¹⁰⁴. Entre otras cosas, el Señor les dijo: «Mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y me siguen; Yo les doy la vida eterna y no morirán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano»¹⁰⁵. Suyas son también estas palabras: «Yo soy el buen pastor y conozco a mis ovejas»¹⁰⁶.

Esto sucedió en el pórtico de Salomón. David había dicho [de Dios]: «Él ha construido su morada en la paz»¹⁰⁷. Es por eso que «Salomón» significa *pacífico*. Y es en verdad pacífico este Salomón eterno, cuyo lugar está únicamente en la paz, en la paz interior.

¹⁰³ En la edición de Surio: *Tercer sermón para el primer domingo después de las octavas de Epifanía*.

¹⁰⁴ Jn 10,22-24.

¹⁰⁵ Jn 10,27-28.

¹⁰⁶ Jn 10,14. Esta frase la colocó Surio al final del siguiente párrafo, después de lo que Taulero afirma a cerca de Salomón. En la edición de Hugueny-Théry-Corin esta frase no aparece.

¹⁰⁷ Sal 76,3.

[La renovación interior]

Pero volvamos a lo anterior. Como acabáis de oír, Jesús paseaba por el templo durante la fiesta de la Dedicación. Este templo por el que el dulce Jesús camina –o en el que entra– es el alma noble y racional, interiormente pura, a la que Dios ha dedicado más trabajo y cuidado que a todas las demás criaturas. En este templo se celebraba la Dedicación, es decir, la renovación.

¿Cómo se hace esta renovación en ese templo que el Señor Jesús se complace habitar? Yo te respondo: mucho mejor que en todos los templos materiales que han sido construidos o consagrados desde el principio de los tiempos. Se llama «nuevo» a aquello que está próximo a su principio u origen. Cuando el hombre se recoge con todas sus fuerzas y con toda su alma, penetra en este templo donde, en verdad, encuentra a Dios no solo habitando, sino también obrando en él. Lo encuentra aquí no por medio de los sentidos o el intelecto, como es el caso de lo que se lee, se oye o entra por los sentidos; sino por medio de cierta experiencia interior, gustando de Él en el mismo fondo y como una realidad que brota de la fuente original, no como algo que ha entrado en nosotros. (Pues es mejor la fuente que la cisterna. El agua de ésta se corrompe y se evapora, pero la de aquella brota fresca, mana y crece, y ofrece un sabor puro y dulce).

Cuando esto sucede, entonces, en verdad, se celebra la fiesta de la Dedicación en este templo. Y cuantas veces se haga este recogimiento, incluso mil veces al día si fuera posible, tantas se experimenta una renovación. [Pues] con este recogimiento siempre se genera en el alma una nueva pureza, una nueva luz, una nueva gracia y una nueva virtud. Este recogimiento es una cosa maravillosa y llena de gozo. Toda obra y todo ejercicio exterior están subordinados a él, y de él reciben su perfección. Sin él, apenas tienen eficacia. Por eso, aunque nosotros debemos ejercitarnos siempre en todo tipo de obras y prácticas buenas y laudables, sin embargo, ha de guardarse ante todo este recogimiento: así se celebra dentro de nosotros la verdadera y perfecta Dedicación.

[La crisis espiritual o «el invierno interior»]

2. El Evangelio especifica que era invierno cuando se celebró esta fiesta. ¿Cuándo es este invierno? Cuando el frío, la aridez y la dureza se apoderan del corazón, de tal manera que ni la gracia ni Dios ni las cosas divinas tienen sitio en él, pues está completamente ocupado por la nieve y la escarcha, es decir, por las criaturas caducas, estériles y corrompidas que toman posesión del corazón por medio del amor y el deleite. Ellas extinguen por completo el fuego de Amor del Espíritu Santo, sofocando toda gracia y produciendo un frío extraño, falto del amoroso consuelo del trato íntimo con Dios.

Hay aún otro invierno. Se produce cuando un hombre auténticamente espiritual y piadoso, que busca a Dios con amor y diligencia, y resiste al pecado con todas sus fuerzas, es abandonado por Dios en cuanto a su devoción sensible y queda a merced de una gran aridez, oscuridad y frío, de manera que ya nada siente de la dulzura y el consuelo divino. Este fue el invierno que el Señor experimentó cuando en su amarga pasión fue abandonado por el Padre celestial y por su propia Divinidad, a la que estaba unido por naturaleza. Por eso, en todas sus angustias, dolores e inefables tormentos, no se le ofreció ni la más mínima gota de consuelo divino para aliviar su humanidad débil y severamente castigada¹⁰⁸. Fue, sin lugar a dudas, el más afligido y el más desolado de todos los hombres, privado de cualquier tipo de ayuda.

[Pues bien,] por consideración de estas cosas, todos sus amigos predilectos deberán exultar, para gozo pleno de su voluntad, cuando sientan que pueden acompañar a su Pastor, cuyas ovejas desean ser, en tal estado de abandono interior y exterior. Y, en verdad, felices y más que felices serán si pudieren seguir a su Pastor, su Señor y su Dios, sufriendo el invierno de tal abandono, privados del consuelo de las criaturas y del mismo Dios. Y no hay duda de que, en este invierno, la presencia de Dios en ellos será mucho más

¹⁰⁸ Cf. Mt 27,46.

verdadera y útil que en todos los veranos de gozosa satisfacción. La inteligencia humana no puede entender cuántos bienes encierra este duro y verdadero abandono. Por ejemplo, cuando un hombre, envuelto en las tinieblas y atrapado por la dureza del frío invernal, conserva la paciencia y la ecuanimidad.

[Confesar nuestra fe en Dios]

3. Sigue diciendo el Evangelio: «*Le rodearon, pues, los judíos*». En aquel tiempo había dos clases de judíos, buenos y malos. Así sigue siendo hasta hoy entre nosotros. La palabra «judío» significa *el que confiesa a Dios*. Cuando las potencias de las que hemos hablado se recogen verdaderamente, de una manera natural o sobrenatural, [entrando] hasta la misma raíz del fondo interior, allí entonces confiesan a Dios «*experiencialmente*», por así decir. Y si encuentran a Dios así, lo confiesan en la verdad llenos de gozo. Todo esto sucede con una fe auténtica y viva. En todo lo que nace de esta fe, interiormente en el intelecto y la voluntad, y externamente en las potencias exteriores [o corpóreas¹⁰⁹], tanto en el hacer como en el padecer, en palabras, obras, gestos y conducta, en todo esto, digo, únicamente se encuentra una sincera confesión de Dios, ya sea en la acción como en la contemplación.

Quizá fue esto lo que Cristo quiso decir al afirmar: «*A aquel que me confiese delante de los hombres, Yo también le confesaré ante mi Padre*»¹¹⁰. Pues esto es seguro: si en todo lo que hacemos nos fijamos un fin distinto de Dios mismo, no le confesamos. Dios, por su misma naturaleza, debe ser el fin y la meta de todas las cosas y de todas las intenciones. Y cuando alguien se propone otro fin, al atribuir a una criatura lo que solo a Dios había de ser atribuido, [esta persona] actúa [entonces] como si negara a Dios mismo.

Estas cosas [las he dicho] acerca de los buenos judíos –o confesores–.

¹⁰⁹ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

¹¹⁰ Mt 10,32.

[La inclinación hacia el buen obrar]

Pero había también malos judíos. Entre estos estuvieron, sin duda, los que rodearon al Señor, los cuales, llenos de rencor y amargura, apenas podían mirarlo o soportarlo, como si tuvieran el corazón de piedra. Y realmente lo tenían.

Ay, cuántos cristianos hay, aún hoy, que, en cuanto ven a los amigos de Dios haciendo buenas obras y santos ejercicios y prácticas, conciben contra ellos cierta displicencia, aversión y amargura. Critican cualquier cosa que hacen, su vida entera y todos sus actos, sus prácticas y ejercicios, e inventan tantas mentiras contra ellos que nadie puede dudar de que esos pertenecen al grupo de los «malos judíos».

Con toda seguridad, entre todas las señales, esta es la más peligrosa y más cierta: quienes no encuentren en sí mismos afinidad, amor o al menos inclinación a todo lo bueno y divino, nunca gozarán de Dios y de sus santos en la vida eterna. Pues es Cristo mismo el que dice: «*Quien no está conmigo, está contra Mí*»¹¹¹. Por el contrario, el que los «buenos judíos» muestren una pronta voluntad, afinidad e inclinación hacia todo lo bueno, es señal segurísima de que Dios habita su fondo y lo posee, y de que ellos gozarán eternamente del Bien esencial, que es Dios. A los «malos judíos», que tan alejados están de los «buenos», Cristo les dirige estas terribles palabras: «*Vosotros no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz*»¹¹², esta misma voz.

[La inocencia y la mansedumbre]

4. No sin razón, podemos preguntarnos por qué el Señor llama tantas veces «ovejas» a sus amigos. A mi entender, las ovejas poseen dos cualidades que al Señor le complacen extraordinariamente en sus amigos: la inocencia y la mansedumbre. La pureza, la inocencia

¹¹¹ Mt 12,30.

¹¹² Jn 10,26-27.

y la virginidad siguen al Cordero adondequiera que vaya¹¹³. La mansedumbre está muy cerca de Dios. Los mansos oyen su voz, mientras que los hombres iracundos y esclavos de sus pasiones jamás merecerán oírla.

Pues, así como es muy difícil poder oír algo cuando un viento huracanado sacude las ventanas y puertas de una casa, igualmente, si uno quiere oír dentro de sí la palabra misteriosa de Dios, que es proferida en el fondo del alma como un susurro oculto¹¹⁴, ha de apaciguar en su interior el griterío de las pasiones y toda tormenta de ira. [Por tanto,] que la «oveja» sea mansa, modesta y sumisa, y que refrene sus impulsos, y así, al fin, con una tranquila mansedumbre podrá escuchar la voz de su Creador. Estas cosas permanecen ocultas a todos aquellos que no pertenecen a las ovejas de Cristo.

5. Pero a cuantos son de su redil, el Señor les dice por boca del profeta [Jeremías], como hemos leído en el Oficio de Lecturas de esta noche: «[Yo había dicho:] “Te daré una tierra deseable, una noble heredad y el buen obrar¹¹⁵ de los gentiles”. Y [también] dije: “Me llamarás Padre y me seguirás continuamente”»¹¹⁶.

[Un cuerpo noble]

¿Cuál es esa «tierra deseable» que Dios promete a sus queridos amigos y a sus amadas ovejas? La tierra de su cuerpo, el cual, aunque rebelde e indómito por naturaleza, si se somete por completo a su voluntad, se les hace deseoso, obediente, sumiso y dispuesto a todo lo que ellos le piden, experimentando con ello no poco gozo y deleite. Ese cuerpo que antes había sido árido y rebelde, se hace ahora tierra cultivada y labrada con esmero, tierra blanda

¹¹³ Cf. Ap 14,4.

¹¹⁴ Cf. 1Re 19,12.

¹¹⁵ El texto dice *exercitium* (es decir, ejercicio o práctica), aunque la lectura más común en la Vulgata es *exercituum* (es decir, ejércitos o multitudes).

¹¹⁶ Jer 3,19.

apta para acoger las fructíferas semillas¹¹⁷. [En efecto,] un admirable deseo empuja a este cuerpo hacia todos los bienes.

[Imitar a Cristo]

¿Cuál es la «noble heredad»? No es otra sino nuestro Señor Jesucristo, heredad de su Padre, cuyos coherederos somos nosotros, como está escrito¹¹⁸, porque el Hijo ha recibido del Padre todo lo que Él es, todo lo que tiene y todo lo que puede, y «*el Padre lo ha puesto todo en sus manos*»¹¹⁹. Pero el Hijo devuelve todas estas cosas al Padre con tal integridad, que ni siquiera se reservó ni se apropió de un solo cabello, pues únicamente buscaba, en total fidelidad, la gloria del Padre.

Ciertamente, si Cristo ha de ser la noble heredad de sus amigos, estos deben imitarlo refiriendo a Dios todo lo que son, todo lo que tienen y todo lo que pueden. De todos los dones que han recibido de Él, no han de quedarse ni siquiera un cabello, ni en lo interior ni en lo exterior. Pues, ya sea que reciban los dones de Dios indirecta o directamente, han de procurar devolverlos a su verdadero Dueño, sin reservarse nada para sí, y buscar con amorosa fidelidad, no los dones, sino al Dador de ellos.

Pero ¿qué hacemos, cuando nuestros sentidos y nuestra naturaleza están tan apegados a sí mismos que solo buscan su propio interés en todo, lo cual oscurece no poco esta noble heredad? Pues bien, cuando nos apropiamos de algún don divino, eso que es divino lo hacemos, por así decir, «creatural» y, por tanto, lo oscurecemos.

¹¹⁷ Cf. Mc 4,1-20.

¹¹⁸ Cf. Rom 8,17.

¹¹⁹ Jn 13,3.

[El buen obrar]

6. En cuanto a lo que sigue, «*el buen obrar de los gentiles*», está claro que estos no tuvieron norma alguna, ni prescripciones de santidad, ni Ley, como sí las tuvo antes el pueblo judío, sino que recibieron gracia sobre gracia sin mérito alguno de su parte. Los judíos se apoyaban en sus propias obras más de lo razonable, y establecieron diferentes ceremonias, ritos, preceptos y formalidades legales. En cambio, los gentiles no tenían nada en que apoyarse salvo la gracia y la misericordia de Dios. Así serán las buenas obras de los amigos de Dios: apoyarse únicamente en la gracia y en la inmensa misericordia de Dios, desear y recibir la gracia de la sola bondad divina y no magnificar su [propia] preparación, sus [propias] disposiciones o sus [propios] méritos.

Por esto, es muy de lamentar que muchos, como los judíos, se apoyen excesivamente en sus propias normas y obras, con vana autocomplacencia, de manera que dan por perdido todo lo que no hayan hecho ellos mismos. No confían en Dios ni en hombre alguno, ni se atreven a acercarse a Dios. Y así, ocultamente, edifican sobre la voluntad propia todas sus obras y prácticas personales.

Desde luego, no quiero decir que las buenas obras hayan de ser menospreciadas; es más, debemos ejercitarnos siempre en ellas. Solo digo que no se ha de confiar excesivamente en nuestras obras, ni tampoco presumir de ellas como hacen muchos, que se creen completamente seguros después de castigar la carne muchos años con cilicios y cadenas, entregarse a ayunos, vigiliias y oraciones, y vivir cuarenta años en la pobreza y la privación. Estos se forman un alto concepto de sí mismos y creen que por estas prácticas tienen libre acceso a Dios.

Y no pongo en duda que todas estas cosas son buenas y que deben ser practicadas y deseadas por los cristianos. Sin embargo, aunque uno solo hubiese hecho todas las obras de todos los hombres, en su fondo deberá estar tan desnudo de todas ellas –en lo que atañe a su propia reputación y a la excesiva estima recibida de los demás– como si nada bueno hubiese hecho. [Así] recibirá gracia sobre gracia de la inmensa misericordia de Dios, sin atribuir mérito

alguno a la preparación [propia] personal. Este es «*el buen obrar de los gentiles*».

Lo que sigue, «*me llamarás Padre y me seguirás continuamente*», eso nos lo concede la bondad de Dios, que es bendito por los siglos. [Amén.]

14. SERMÓN PARA EL VIERNES ANTERIOR AL DOMINGO DE RAMOS¹²⁰

LA ENTREGA TOTAL A DIOS

(V. 14, sobre Jn 11,50)¹²¹

«Os conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que todo el pueblo perezca» (Jn 11,50)

1. Estas palabras proceden del capítulo once del Evangelio de Juan, donde se dice que el Señor rescató a Lázaro de la muerte. Cuando los fariseos se enteraron de ello, desprovistos como estaban de casi todo buen juicio, *«uno de ellos llamado Caifás, sumo sacerdote aquel año, les dijo: “Vosotros no entendéis nada; no comprendéis que os conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que todo el pueblo perezca”»*¹²². Esto no lo dijo por sí mismo, sino por el Espíritu Santo, que hablaba por su boca¹²³. Esta fue la última profecía antes de la pasión del Señor.

Así pues, los judíos, indecisos sobre cómo actuar, se decían: *«¿Qué haremos? Porque este hombre ha hecho muchas señales. Si lo dejamos marchar así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y destruirán nuestra ciudad y nuestra nación»*¹²⁴.

Este tiempo, amadísimos, nos exhorta a rumiar en nuestros corazones, con atención diligente, la incomprensible e insondable caridad que nuestro Redentor manifestó en la supereminente

¹²⁰ En la edición de Surio: *Primer sermón para el Domingo de Ramos*.

¹²¹ En la edición de Surio aparece el siguiente comentario, que no encaja con el contenido del sermón:

«En el Evangelio de hoy se lee que Jesús entró solemnemente en Jerusalén [Mt 21,10]».

¹²² Jn 11,49-50.

¹²³ Cf. Jn 11,51.

¹²⁴ Jn 11,47-48.

prueba de amor que fue su pasión, no solo en sus sentidos externos e internos, sino también en todas sus potencias, superiores e inferiores¹²⁵, [en un modo muy superior a] lo que la lengua pueda expresar o el entendimiento comprender, soportando terribles torturas y sufrimientos. Pero, como hay muchos que desean conocer el camino que conduce a la Verdad suprema, vamos a decir algo al respecto.

[Cómo nos atrae Dios hacia sí]

Dios atrae a los hombres de tres modos. A unos, por medio de una humillación pública, con la intención de conservar para sí su fondo y despertarlo en ellos cuando estime oportuno. Quien considere esto con humildad, se deleitará sobremanera al descubrir la admirable pedagogía de Dios, y le estará agradecido por ello. En cambio, quienes contemplan esto solo con los sentidos externos y no están interiormente atentos a la Providencia divina, censuran a tales hombres con juicios temerarios e inicuos. Y no saben cuánto daño se hacen a sí mismos.

A otros los atrae Dios por medio de la penitencia. Pero ¿qué es la verdadera penitencia? Un aspecto importante de esta consiste en refrenar la lengua cuando el deseo de hablar es incontenible; en imponer silencio a tu boca por amor a Dios, si es que con ello no se comete pecado; en cerrar o apartar los ojos cuando se desea mirar algo con placer, dominado ese deseo; y, por decirlo en pocas palabras, en apartarte de todo aquello que tus sentidos más apetecen y hacia lo que se inclinan con deleite, y en prohibírtelo de buen grado, recluyéndote por amor a tu Dios en lo más profundo de tu alma.

A otros, finalmente, los atrae Dios por sí mismo.

¹²⁵ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

[El abandono espiritual]

Pero es preciso «*que un solo hombre muera por el pueblo*», si queremos llegar a la cúspide de la perfección. ¿Cómo llamaremos a ese hombre [que debe morir]? Con este nombre, sin duda: «posesión de sí mismo». O [también:] «voluntad propia». ¿Y a qué debe morir ese hombre? Respondo claramente: debe abandonarse y negarse cada vez que sea consciente de que busca su propio interés en alguna cosa. Y cuantas veces lo haga, no ha de atribuirse mérito alguno en ello. Pues, aunque él solo hubiese soportado todos los tormentos de todos los mártires y hubiese llevado a cabo todas las obras buenas que la cristiandad entera ha realizado alguna vez, o realice en el futuro, sin embargo, esas cosas serán nada dentro de sí mismo, no porque no sean nada en sí mismas, sino porque él debe procurar morir a sí mismo siempre que descubra en su interior algún apego placentero a cualquier cosa, despojándose y apartándose de ella.

Pero ¿qué es lo que ha de hacerse para morir totalmente a sí mismo? Has de saber que, aunque sufras mil muertes y seas de nuevo restituido a la vida; aunque soportes cada día la tortura de la rueda y te alimentes de piedras y espinas, sin embargo, no conseguirás una perfecta dominación [de las pasiones] por tus solas fuerzas. Pero si la deseas, si la deseas de buen grado, sumérgete en el profundo Abismo de la misericordia divina, con una voluntad humilde y abandonada a Dios y a las criaturas, creyendo que solo Dios puede concedértela por su inmensa bondad, piedad y amor generoso.

[El peligro de la soberbia y la vanagloria]

Por eso, Él mismo dijo: «*Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: "Siervos inútiles somos; hemos hecho lo que debíamos hacer"*»¹²⁶.

¹²⁶ Lc 17,10.

2. Si uno no muere a sí mismo del modo antes descrito y extingue en él toda autocomplacencia, vienen [entonces] los «romanos» y destruyen su «nación». Es decir, la soberbia le dominará interiormente. Pues así como Roma es cabeza de todo el orbe, así la soberbia espiritual posee el primado entre todos los vicios. Esta, en un hombre que no domina sus pasiones y se complace consigo mismo, ocupa el lugar que solo Dios debía ocupar por medio de su gracia, y mata cruelmente a la «servidumbre» y al «pueblo» del alma, que son las potencias superiores e inferiores.

Os lo suplico, amadísimos: velad atentamente sobre vosotros mismos. Pues hay algo que no puede decirse sin dolor: hay muchos sobre la tierra que, por querer hacer ostentación de una santidad excepcional con unas maneras graves y llamativas, se alejan mucho de esta pura y noble vía, y jamás llegan ni siquiera a dominar un mínimo de sus pasiones.

Ciertamente, mientras no muera en nosotros ese hombre que no domina sus pasiones, seguirá extendiendo sus raíces por todas nuestras potencias, interiores y exteriores, hasta que infecte, corrompa y destruya todo aquello en lo que la eterna Sabiduría, Cristo el Señor, hubiera debido depositar su semilla.

Es difícil calcular cuántas personas a las que Dios les concedió, al principio de su conversión, gracias poco comunes, acabaron hundiéndose y perdiéndose por haber exhibido [públicamente] una [supuesta] gran santidad. La razón es esta: no han buscado puramente la verdad ni se han consagrado a una vida íntegra, sino que se han poseído a sí mismos tanto en el espíritu como en la naturaleza, [es decir,] interior y exteriormente.

Podemos ver esto en aquel rey sapientísimo, Salomón, y en el fortísimo Sansón: al primero Dios lo consideró digno de conversar con Él y le llamó hijo suyo¹²⁷ y, a los padres del segundo, un ángel les anunció su nacimiento¹²⁸. Sin embargo, ambos cayeron

¹²⁷ Cf. 1Re 9,1-9.

¹²⁸ Cf. Jue 13,1-18.

gravemente¹²⁹. La causa es clara: ese hombre [interior que no domina sus pasiones] no estaba muerto en ellos. Como sentían apego por los dones que Dios les había concedido, se los apropiaron como si fueran suyos y no dieron gracias a Dios todopoderoso, dador de todos los carismas y dones. Por eso, fallaron hasta tal punto al ser juzgados por Dios, que en la actualidad la santa Iglesia no tiene certeza de si se han salvado o condenado.

3. Pero ¿qué decir de aquellos que, dotados de agudeza intelectual, han llegado por medio de la razón natural a tal nivel, que ya creen estar por encima de todas las cosas? Que nadie se deje impresionar por ellos, pues están en un completo error. Pues, así como todo lo que la naturaleza da, a ella vuelve, a Cristo vuelve todo lo que Cristo ha dado. Pero ocurre a menudo que estos hombres dotados de gran inteligencia y con un alto concepto de sí mismos, soportan exteriormente la adversidad y controlan sus reacciones primarias con mucha más entereza que los hombres verdaderamente espirituales y abandonados [en Dios]. Por eso, en ocasiones, [aquellos] se acercan a estos haciendo ostentación de gran santidad y, con palabras astutas y preparadas, les hablan así: «¡Ay, qué falta de abandono te veo!». [Efectivamente,] esto les dicen a los amigos perfectos de Dios, [así hablan] a los que están auténticamente abandonados en su fondo.

[Las debilidades de los auténticos amigos de Dios]

El hecho es que esos verdaderos y perfectos amigos de Dios, en su hombre interior, aceptan y soportan toda adversidad de muy buen grado. Sin embargo, en su hombre exterior, sienten cierta agitación.

No temáis, amadísimos, os lo ruego; no tengáis miedo. Pues ejemplo manifiesto de ello lo tenemos en la persona del mismo Salvador, cuya delicada naturaleza, ante la angustia y el miedo del sufrimiento inminente, sudaba sangre y agua durante la oración en

¹²⁹ Cf. 1Re 11,1-13; Jue 16,4-21.

el huerto¹³⁰. Por eso, aprended a sufrir así, aprended a estar echados no solo a los pies de Dios, sino también a los de todas las criaturas. No tengáis miedo, en modo alguno. A la muerte le sigue la vida que nunca tendrá fin.

Que la misericordia de Dios nos la conceda. Amén.

¹³⁰ Cf. Lc 22,44.

15.1 SERMÓN PARA LA VÍSPERA DEL DOMINGO DE RAMOS¹³¹

LA VERDADERA UNIÓN CON DIOS

(V. 15¹³², sobre Jn 17,5)

«Glorifícame, Padre» (Jn 17,5)

1. En este capítulo, del que hemos extraído el tema objeto de nuestro sermón, nuestro Señor Jesucristo, elevados los ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo»¹³³, y muchas otras cosas que no son sino una oración devotísima a su Padre celestial.

[La oración continua]

También nosotros, amadísimos, si queremos gozar de la auténtica paz del corazón que nuestro Señor concedió a sus discípulos después de su gloriosa resurrección de entre los muertos, hemos de aprender a ejercitarnos en la oración continua, elevando a lo alto nuestra mente, nuestro corazón, todos los sentidos, nuestras manos y nuestras fuerzas, y, así, orar en Cristo, con Cristo y por Cristo. Esta fue la obra extraordinaria que Cristo hizo sobre la tierra: adorar a su Padre celestial. Esta oración sobrepasa por completo el entendimiento humano, y nadie puede llegar a entenderla salvo por iluminación del Espíritu Santo. San Agustín la define como *una elevación del alma a Dios*¹³⁴ [o la elevación del *espíritu* a Dios].

¹³¹ En la edición de Surio: *Segundo sermón para el primer Domingo de Pascua (primera parte)*.

¹³² En la edición de Surio, el sermón 15 de la edición de Vetter son dos sermones independientes: el 15.1 y el 15.2.

¹³³ Jn 17,1.

¹³⁴ Esta definición de la oración pertenece, en realidad, a Juan Damasceno: «La oración es la elevación de la mente a Dios, o la petición a Dios de los bienes convenientes», *De fide orthodoxa*, Lib. III, cap. 24.

[La oración de intercesión desde la unión con Dios en el fondo del alma]

Pero, ahora, muchos ricos vienen a vosotros, ablandados y debilitados como estáis por ayunos y otros ejercicios de penitencia, y os ofrecen apenas cuatro o cinco monedas a cambio de no sé qué cantidad de oraciones y venias. Así, por apenas seis monedas no se recatan en pedir a veces hasta cien Padrenuestros. Todo ese comercio, esos pactos y otras prácticas por el estilo, Dios los valora en su eternidad como Él quiere.

Pero os ruego que escuchéis mi consejo: desprendeos en verdad de vosotros mismos y de todas las criaturas, y elevad vuestras mentes, por encima de todo lo creado, a Dios, y sumergid vuestro espíritu entero en el Abismo insondable de la Divinidad, en el Espíritu de Dios, en el total abandono de las potencias inferiores y superiores¹³⁵, por encima de todo sentir y todo entender, en una verdadera unión con Dios en el fondo interior del alma. Así se superan todas las palabras, todas las prácticas y todos los modos. Entonces, llegados a esa [verdadera] unión, derramad ante Dios las oraciones por todos cuantos estáis obligados a pedir, por todas sus necesidades, sean cuales fueren las que os hayan encomendado, y por las cosas que el mismo Dios quiere que se ore.

Tened por muy cierto que lo que vale una moneda en comparación con cien mil talentos de oro, eso mismo es lo que vale toda oración exterior en comparación con esta oración interior. Esta es y se llama «verdadera unión con Dios»: una inmersión y fusión del espíritu creado en el Espíritu increado de Dios.

Y si las oraciones vocales no suponen un impedimento a esta unión, añadidlas con total tranquilidad. Pues dos cosas son mejores que una. Por eso, conviene hacer exteriormente lo que se os ha pedido, del modo en que lo habéis prometido, y, al mismo tiempo,

¹³⁵ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

[debéis] elevar vuestro espíritu hacia lo alto y conducir vuestro rebaño con Moisés a la soledad interior¹³⁶.

Entretanto, si alguna práctica, oración u obra exterior se convierten en un impedimento, dejadlas sin temor –confiad en mí–, a excepción de aquellas a las que estáis obligados en tiempos fijos y determinados. [Pues] toda oración vocal, en comparación con esta oración interior, no es sino paja frente al trigo precioso. De esta oración dijo Cristo: «*Los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu y en verdad*»¹³⁷. Así, todas las prácticas, palabras, modos y obras que han venido realizándose desde tiempos de Adán hasta el día de hoy, y [que se realizarán] desde aquí hasta el último día del Juicio [final], los cumplen los verdaderos adoradores de Dios en un solo instante por medio de este verdadero y esencial recogimiento.

2. Para esta oración y unión interior ha sido hecho y construido este mismo templo en el que nos encontramos y todo lo relacionado con su construcción: cimientos, paredes, piedras necesarias y adecuadas, y hasta los animales que las acarrean. Y, al mismo tiempo, todas esas cosas, en esta oración, son llevadas esencialmente al mismo Dios, por cuya causa han sido construidas, dando así su verdadero fruto. Y todas, en un instante, son conducidas al amoroso Fondo [divino] del que han fluido, es decir, a aquella eternidad donde han sido eternamente presentes, y aún lo son, y donde todo lo que se haga en el futuro ya ha sido hecho.

En este sentido decía el Señor aquellas palabras: «*He llevado a cabo la obra que me encomendaste*»¹³⁸. Estas palabras, si las hubiese dicho desde una perspectiva temporal, no podrían ser del todo verdaderas, pues todavía le quedaban muchas cosas por hacer. Aún tenía que padecer y resucitar. Pero miraba a la eternidad, en la que todo es un ahora presente, como lo ha sido y será eternamente. Por eso, aquellos que llegan aquí adecuadamente, llevan a cabo todas sus obras fuera del tiempo y por encima del tiempo, en la eternidad.

¹³⁶ Cf. Ex 3,1.

¹³⁷ Jn 4,23.

¹³⁸ Jn 17,4.

[Efectivamente,] oran en el Espíritu de Dios y, muertos a sí mismos, en Dios viven y obran, pues una cosa no puede asumir la naturaleza de otra distinta a no ser que antes muera a sí misma y deje de ser lo que es. Estos oran y obran en el Espíritu, allí donde el Padre engendra a su Hijo y donde ellos mismos renacen. En su mismo fondo, su espíritu es reconducido e impulsado hacia Dios. Y ellos, transformados [y elevados] sobre toda forma e imagen, y despojados de la forma e imagen de sí mismos, excediendo todos los modos, alcanzan cierto estado sin modo.

Tales hombres obtienen todas las cosas en ese estado de oración, y ruegan al Padre por el Hijo, como el Hijo oró primero por ellos. Pero, [os preguntarán:] según esto que nos dices, ¿cómo ruegan al Padre por el Hijo? [Y os respondo:] Él mismo nos enseñó a orar para que digamos: «*Que tu Nombre sea santificado*»¹³⁹.

[En efecto,] ellos ruegan para que el Nombre del Hijo sea santificado, honrado, confesado y amado; y para que sea considerado tal y como Él mismo eternamente ordenó, dispuso y quiso en su eternidad; y para que su amarga pasión y preciosos méritos sean recompensados –en la medida en que ello sea posible– y den copioso fruto. Ruegan también por la Iglesia universal de Dios, y sus oraciones son escuchadas siempre. Todo lo reciben ecuánimemente de la mano de Dios: lo próspero y lo adverso, la penuria y la abundancia, procurando tener siempre la misma buena disposición, aunque la dulzura divina no siempre les sepa igual. Y esto es un gran mérito.

[La unión con Dios no se comprende, se experimenta]

3. Fijémonos ahora en lo que dijo el Señor: «*Ruego, Padre, que sean uno, como nosotros somos uno*»¹⁴⁰. Esta unión puede hacerse de dos modos: interior y exteriormente, [es decir,] mediata e inmediatamente, en el espíritu y en la naturaleza. Pero a menudo

¹³⁹ Mt 6,9.

¹⁴⁰ Jn 17,21.

esto se entiende mal, pues la naturaleza divina no admite ninguna circunstancia particular, ni el intelecto humano es capaz de entender esta unión.

[Pero] no hay que asombrarse. Si el hombre no alcanza a comprender cómo el alma está unida al cuerpo, y cómo obra y se mueve en las manos, en los pies y en los demás miembros, ¿cómo va a comprender esta unión? Sin embargo, cuantos llegan a ella obran en una eternidad atemporal, fuera de lo que ha sido hecho. [Habitan interiormente] en lo que no ha sido hecho, en una simplicidad exenta de multiplicidad. Por eso, en la tribulación gozan de una paz íntegra y, abismándose en su fondo con amoroso deseo, refieren y devuelven a Dios todas las cosas como han estado en Él eternamente y como Él las ha amado, y pensado en su eternidad. Esto está mucho más cerca de Dios que la misma oración. Pero a esta unión bienaventurada no pueden llegar quienes han crecido en su intelecto natural nutriéndose [únicamente] de su propia razón y han vivido [únicamente] en sus sentidos.

En otro tiempo, un egregio y venerable doctor [el Maestro Eckhart] os hablaba de estas cosas, pero apenas lo entendisteis. Él hablaba desde la perspectiva de la eternidad, y vosotros interpretasteis sus palabras en sentido temporal. Si he hablado demasiado, amadísimos, aunque para Dios no lo es, os ruego me perdonéis. Yo me corregiré gustoso.

Dios todopoderoso nos conceda que todos merezcamos ser tales algún día. Amén.

15.2. SERMÓN PARA EL PRIMER DOMINGO DE PASCUA¹⁴¹

TRES MODOS DE CONSEGUIR UN CORAZÓN PURO

(V. 15, sobre Jn 20,19)

«Paz a vosotros» (Jn 20,19).

[3¹⁴²] En el Evangelio de hoy se lee que el Señor, estando las puertas cerradas, se presentó ante sus discípulos, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Con estas palabras el Señor saludó a sus amados discípulos después de su resurrección de entre los muertos, como puede leerse en el capítulo veinte de Juan. Todos los hombres desean por naturaleza esta Paz profunda, y para conseguirla se afanan en mil ocupaciones, trabajos y prácticas diversas.

1 [4]. Sin embargo, nunca pueden llegar a esa Paz a no ser que la busquen allí donde únicamente puede ser hallada: en Dios. ¿Cuál es, entonces, el verdadero camino y los medios adecuados para llegar a esa Paz y a la Verdad suprema, pura y perfecta?

Para que esto se entienda más fácilmente, me serviré de cierta analogía acerca de san Juan Evangelista, según la cual el Señor lo llamó de tres modos, los mismos por los que aún llama a cuantos han de llegar a la más alta Verdad. Primero, el Señor llamó a Juan cuando lo apartó del mundo y lo eligió como su apóstol. Segundo, cuando lo hizo reposar sobre su pecho. Tercero, el modo más perfecto, cuando el día de Pentecostés infundió sobre él el Espíritu Santo, abriéndole la puerta por la que fue introducido.

¹⁴¹ En la edición de Surio: *Segundo sermón para el primer Domingo de Pascua (segunda parte)*.

¹⁴² Añadimos entre corchetes la numeración del sermón 15 de la edición Hugueny-Théry-Corin.

[Primer modo: la renuncia a lo mundano]

2 [5]. En primer lugar, cuando el hombre, llamado o atraído por Dios, renuncia a este mundo, ha de moderar y gobernar todas sus potencias inferiores [o corpóreas¹⁴³] según el juicio de la razón superior, y aprender a conocerse a sí mismo y a guardar recogimiento.

Asimismo, en actitud de constante alerta, debe esforzarse en observar, en primer lugar, sus palabras, para no decir a nadie lo que no querría que se le dijera a él. En segundo lugar, sus movimientos y afectos, [para averiguar] si vienen de Dios y tienden a Él. En tercer lugar, sus pensamientos, para no demorarse, consciente y voluntariamente, en pensamientos vanos y nocivos. Y si le sobreviene algún mal contra su voluntad, se trata entonces de una preparación y purificación para llegar a cosas más dignas. En cuarto lugar, [ha de observar] sus obras, para que solo busque en ellas la gloria de Dios y la salvación de todos los hombres. Así es como Dios lo aparta de este mundo y lo hace su apóstol, y así enseña al hombre exterior a convertirse, poco a poco, en interior y espiritual.

Estas cosas atañen a los *principiantes*.

[Segundo modo: la contemplación de Cristo]

3 [6]. En segundo lugar, si ese hombre quiere reposar junto a san Juan en el pecho de Cristo¹⁴⁴, atraído hacia el ejemplo perfecto del Salvador, debe contemplar su santa humildad y mansedumbre, su ardiente amor a amigos y enemigos, su obediente abandono y su abandonada obediencia en todos los caminos, modos y lugares a los que el Padre lo llamó.

Asimismo, [debe contemplar] la inmensa piedad que tan copiosamente manifestó hacia todos los hombres, y su profunda y

¹⁴³ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

¹⁴⁴ Cf. Jn 13,25.

santa pobreza. Pues, aunque el cielo y la tierra eran suyos, no los poseía como algo propio. Todas sus palabras y actos tenían como único fin la gloria de Dios Padre y la salvación de las almas. Pero todas estas cosas y otras semejantes, [el creyente] las contemplará más de cerca y más profundamente en Cristo que en lo que yo le pueda explicar. Y las deseará con todas sus fuerzas y se las pedirá a Dios.

Al mismo tiempo, al contemplarse a sí mismo, comprenderá qué diferente es de la Imagen del Salvador, qué alejado está de su perfección, qué insignificante y nada es en sí mismo. Entonces Dios le permitirá fácilmente descansar sobre su pecho. Pero, en esta vida, nada hay tan eficaz para conducirnos hasta ello como el venerable Sacramento del Cuerpo del Señor y el dejarnos guiar por el consejo o juicio de otro hombre más iluminado.

[Así pues,] en la diligente contemplación e imitación del amoroso ejemplo [de Cristo], el hombre se ve colmado de tantas gracias y carismas, y es tan grande la dulzura y el consuelo que encuentra en ello, que renuncia sin gran esfuerzo a toda dulzura y consuelo mundanos.

Estos dos modos por los que Dios llama al alma [es decir, la renuncia a lo mundano y la contemplación de Cristo] se dan en muchos que se tienen por muy avanzados y se sienten muy seguros de sí mismos. Pero como se han apropiado de esos dones espirituales con un ánimo impetuoso, en realidad se encuentran muy lejos de la senda que conduce a la Verdad. Pues, aunque Juan había reposado sobre el pecho de Cristo, cuando apresaron al Maestro, tiró el manto y echó a correr¹⁴⁵. Por eso, por muy avanzado que se esté en esos dos modos, cuando la adversidad haga acto de presencia, debe evitarse que esa apropiación e impetuosidad nos hagan arrojar el manto.

4 [7]. Ciertamente, ejercitarse en ambos modos es algo bueno y santo, y hemos de tener gran cuidado de que ninguna criatura nos

¹⁴⁵ Cf. Mc 14,51-52.

arrebate tales ejercicios, a no ser que Dios mismo nos llame a grados más elevados. Pues, cuando Cristo nos llama, hemos de seguirlo sin forma ni imagen, y hemos de abandonarnos a Él de manera que pueda servirse de nosotros como de su instrumento. [Por eso,] para Dios es mucho más meritorio, y para nosotros más útil, abandonarnos a Él, incluso por un solo momento, que ejercitarnos cien años en los dos modos antedichos.

Pero aquí algunos llegan y preguntan: «¿Aún no te has elevado por encima de esas cosas?». Y a estos les respondo: «En absoluto. Nadie puede elevarse por encima del ejemplo y de la Imagen de Cristo». Lo que estos deberían preguntarme es si no me he elevado por encima de aquellos dos modos y obras de los que suelo apropiarme como si fueran míos. [Por eso,] yo aconsejo que cada uno observe atentamente las disposiciones divinas y que siga discreta y ordenadamente un modo después de otro.

[Tercer modo: el Espíritu Santo nos abre la puerta de la pureza]

En tercer lugar, Juan fue llamado cuando le fue dado el Espíritu Santo y se le abrió la puerta. Esto lo experimentan algunos en un raptó [en el cual sienten que salen de este mundo y se unen a Dios], otros en el abandono [de todo lo mundano para quedar solo en manos de Dios]. Aquí se cumplen las palabras del Apóstol: «*Jamás el ojo vio ni el oído oyó, ni entró en el corazón del hombre*»¹⁴⁶ lo que aquí es revelado por Dios. Pero que nadie crea que puede llegarse a la perfección –en lo que en esta vida es posible– a no ser que el hombre exterior se transforme en interior. Ahí es donde el hombre es introducido en su fondo íntimo. Ahí es donde se revelan las maravillas y las riquezas de las que hablábamos. [Pues bien,] si uno quisiera contemplar esas maravillas sin medida, dado que la naturaleza [de su cuerpo] es demasiado débil para poder soportar esa visión, [enfermaría y] tendría que guardar cama frecuentemente.

¹⁴⁶ 1Cor 2,9.

Pero yo querría que supierais que, antes de poder experimentar esas realidades de las que acabamos de hablar, la naturaleza ha de soportar múltiples y duras muertes. Pero a esas muertes les corresponde la vida eterna. Y que nadie piense que ese estado [de perfección] se alcanza en un solo día o en un año. No os inquietéis. Se necesita tiempo y, muy especialmente, tres virtudes: simplicidad, pureza y abandono. Este es el camino más perfecto.

[En definitiva,] por esos tres modos ya mencionados se obtiene la verdadera pureza de corazón y cuerpo, que san Juan posee de un modo singular y eminente. De ella dijo el Señor: «*Bienaventurados los de corazón puro porque ellos verán a Dios*»¹⁴⁷.

[¿Qué es un corazón puro?]

Ciertamente, un corazón puro es más querido por Dios y más precioso ante Él que todo lo que hay sobre la tierra.

Un corazón puro y noble es habitáculo digno y perpetuo del Espíritu Santo, templo áureo de la Divinidad, santuario del Hijo unigénito de Dios, en el que Este adora a su Padre; es altar del sumo y divino sacrificio, en el que el Hijo se ofrece cada día al Padre; y es trono del juicio eterno, reposo y lecho de la suma Trinidad, lámpara de Luz eterna, misterio de meditación, cámara de todos los tesoros de Dios, mercancía de suavidad divina, esparcimiento de la eterna Sabiduría, depósito de los secretos de Dios, recompensa de toda la vida y pasión de Cristo, tienda del Padre eterno, esposa de Cristo, amigo del Espíritu Santo, pascua gozosa de los ojos, hermana de todos los santos ángeles, espera deseada del ejército celestial, hermano de todos los hombres buenos, terror de los demonios, victoria sobre todas las tentaciones, escudo contra todos los dardos, suma de todos los bienes divinos, tesoro de todas las virtudes, ejemplo de todos los hombres, restauración y enmienda de todo lo que alguna vez se perdió.

¹⁴⁷ Mt 5,8.

¿Qué es, entonces, un corazón puro? Aquel para el que solo Dios basta; aquel que nada sabe, porque nada le deleita sino Dios, porque sus pensamientos y su espíritu están continuamente fijos en Dios; aquel para quien es ajeno y peregrino todo lo que no es Dios o cuya causa no es Él, porque se guarda y conserva libre –en la medida de sus posibilidades– de toda imagen extraña, ya se trate de cosas agradables como adversas, y de toda ocupación, cuidado y solicitud exterior, y todo lo toma sinceramente en el mejor sentido.

[Pues, hermanos,] para los puros todas las cosas son puras y para los mansos y pacíficos nada hay áspero y amargo. Amén.

16. SERMÓN PARA EL DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

EL ESPÍRITU SANTO ACTÚA DENTRO DE NOSOTROS

(V. 16, sobre Jn 16,7)

«Os conviene que me vaya» (Jn 16,7).

1. En el Evangelio de hoy, queriendo el Señor consolar a sus discípulos, que estaban tristes por su partida, les dijo lo siguiente: «Os conviene que me vaya; pues, si no me marchó, el Paráclito no vendrá a vosotros. Cuando venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio»¹⁴⁸.

[La crisis espiritual]

Hijos míos, lo primero que hemos de reflexionar y meditar muy atentamente en estas palabras es el hecho de que el Espíritu Santo no pudo ser enviado a los discípulos y amigos de nuestro Señor Jesucristo antes de ser despojados de la presencia física del Salvador y de que este se apartara de ellos. ¿Qué significa que Él se aparte de nosotros? Significa privación de todo consuelo y toda devoción, pobreza espiritual, desolación y oscuridad interior. En ese estado, nos volvemos de repente torpes y duros para el bien, e interiormente fríos y oscuros. Quienes experimentan esta desolación interior, si saben descubrir su utilidad y sacar fruto de ella, es increíble cuánto aprovechan en la virtud y en su propia salvación. A aquel que sabe sobrellevar esta prueba con ánimo confiado, toda multiplicidad se le vuelve unidad, de modo que experimenta paz en la adversidad, honor en el desprecio, quietud en la perturbación y verdadera dulzura en toda amargura.

¹⁴⁸ Jn 16,7-8.

[El mundo]

2. Dijo luego el Salvador: «*Cuando venga el Paráclito convencerá al mundo*», es decir, mostrará claramente al hombre si el mundo late aún escondido en su fondo interior. Si le encuentra un corazón según el mundo, le discutirá e increpará, y pondrá en evidencia sus defectos para que los vea con toda claridad. ¿Qué es el mundo dentro de nosotros? Las obras, el estilo y las impresiones del mundo, es decir, el consuelo, el gozo, la prosperidad, la adversidad, el amor, el temor, la tristeza y la preocupación según el mundo. [San] Bernardo dijo: «Con aquello con que te alegras y entristeces, con ello serás también juzgado».

En verdad, el Espíritu Santo, en su venida a nuestras almas, manifestará todo esto más claramente que la luz. De este modo, jamás tendremos paz en el alma en tanto toleremos alguna de estas cosas en nosotros y permitamos voluntaria y conscientemente que las criaturas se adueñen de nuestros corazones.

Por lo demás, si un hombre está atrapado en tales defectos y ama a las criaturas por sí mismas en lugar de amarlas en Dios –eso es el mundo–, y, con todo, no se siente interiormente reprendido, creedme, eso es signo cierto y evidente de que el Espíritu Santo aún no ha llegado a su fondo. Por eso dijo Cristo: «*Cuando venga convencerá al mundo*».

[El pecado]

3. A continuación, añade: «*de pecado*». Veamos qué significa esto. Dios es sapientísimo Creador de todas las cosas, y a cada una le ha fijado su propio fin. Puso en el fuego la tendencia a elevarse, y en la piedra, a caer. Hizo los ojos para ver, los oídos para oír, las manos para trabajar, los pies para caminar, y cada miembro obedece a la voluntad natural sin oposición, ya sea fácil o difícil, dulce o amargo lo que se le mande. Si la voluntad quiere perfectamente, los miembros obedecen con prontitud, tanto para la muerte como para la vida. Esto se ve muy claramente en los desdichados amantes de este mundo, cuyos corazones quiera el Espíritu Santo iluminar con

su gracia. Estos, por satisfacer el vano amor que les tiene ocupados, o para adueñarse a su gusto de la cosa amada, renuncian a toda paz no solo voluntariamente, sino incluso audaz y hasta temerariamente, y ponen en peligro todos sus bienes, fama y honor.

Veamos ahora cuáles son nuestros pecados. ¿Quién, en la actualidad, obedece a Dios y acata todos sus mandamientos, renuncia a sí mismo y a todas las criaturas, como debiera, en la adversidad y la prosperidad, por amor a Dios, desde el fondo íntimo de su alma, en el que solo Dios debe estar presente? Estos pecados los denuncia el Espíritu Santo en su venida, revelando al hombre que su empecinada resistencia a la voluntad divina y a sus inspiraciones es la causa de sus numerosos pecados contra Dios. Este y muchos otros defectos ocultos reprende el Paráclito con su venida. Esta repreensión despierta en el hombre una fuerte y áspera conciencia de juicio y de pena infernal insoportable. Sobre estas realidades, los hombres de vida mundana, que viven según los deseos de su naturaleza, poco o nada saben.

Pero quienes sienten esa repreensión en su interior, poseen la prueba segura de la presencia del Espíritu Santo en sus corazones. Donde ese juicio tiene lugar, ahí hay una gran seguridad. Pues mil pecados que reconoces sinceramente y de los cuales te confiesas culpable no dañan tanto ni tienen tanto peligro como un solo pecado que tú rehúsas reconocer y te es puesto en evidencia por otro; un pecado por el cual no sientes dolor ni remordimientos, sino que, como te consideras en posesión de la verdad, lo justificas. Por eso, aquellos que se sienten plenamente satisfechos con su forma de proceder y la consideran justa, pero les desagrada la de los demás y la juzgan como mala, esos están enredados en graves peligros. Fatigados por la lepra de su voluntad propia, nunca llegan a grado alguno de santidad.

[La justicia]

4. Pero el Espíritu Santo también «*convencerá al mundo*» de [nuestra] justicia.

¡Oh Dios bondadoso, qué cosa tan miserable y vil es nuestra justicia ante tus ojos!

De ahí viene lo que dijo san Agustín: «¡Ay de nuestra justicia, si Dios no la juzga según su misericordia». Dios, por medio de su profeta Isaías, dice: «*Como paño de menstruada son todas vuestras justicias*»¹⁴⁹. Y en Lucas, la Verdad afirma por su propia boca: «*Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: "Siervos inútiles somos, pues hemos hecho lo que debíamos hacer"*»¹⁵⁰. Y el Apóstol dice: «*Todo el que cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña*»¹⁵¹.

Siendo esto así, ¿qué se ha de pensar acerca de aquellos –y son hoy legión– que se complacen tanto en sus enseñanzas y en su forma de actuar, que no quieren confiar en Dios ni en los hombres, y cuidan de sí mismos como de la niña de sus ojos, de manera que no se abandonan a Dios en absoluto? Cuando Dios, por sí mismo o por medio de otros, los exhorta a renunciar a sí mismos y a abandonarse a Él, ellos anteponen sus propios criterios a tales amonestaciones y no se dignan a obedecer lo más mínimo. No hay duda de que esas personas son muy poco abandonadas y apenas poseen dominio sobre sus pasiones. Si el Espíritu Santo estuviera presente en sus corazones, los reprendería, con toda seguridad, por no esforzarse en dominarlas. Pues cuando está verdaderamente presente, muestra claramente al hombre sus defectos, le enseña el verdadero abandono, la humildad y todas las demás cosas necesarias para su salvación.

[El juicio]

5. Después, el Evangelio sigue diciendo que el «*Paráclito convencerá al mundo de juicio*». ¿Cuál es ese juicio? Hay muchos que se atribuyen el papel de jueces de los demás y, negándose a ver sus propios defectos y pecados, olvidan juzgarse a sí mismos. Sin

¹⁴⁹ Is 64,5.

¹⁵⁰ Lc 17,10.

¹⁵¹ Gal 6,3.

embargo, la Verdad infalible dice: «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados... Con la medida con que midáis, se os medirá»¹⁵². Un santo dice: «Cuantos hayas condenado con tu juicio, por tantos serás tú despreciado». Todos, no solo seculares, sino también religiosos y eclesiásticos, quieren ser obispos, prelados y jueces de sus prójimos, cuando ni siquiera se conocen a sí mismos. Con este proceder, levantan e interponen gruesas murallas entre Dios y sus almas.

Por eso, hijos míos, si amáis a Dios y os importa vuestra salvación y felicidad eternas, os exhorto con todas mis fuerzas y os pido que no juzguéis a los demás, sino a vosotros mismos. Esto es de suma importancia para vosotros, si deseáis ser salvados y no ser juzgados por Dios y todos los santos. Que nadie se atreva a juzgar nada, salvo que sea un manifiesto pecado mortal. Es mucho mejor morderme la lengua que juzgar a otro a la ligera. ¿Quién no ve que este juicio sobre los otros, nacido de la propia soberbia y autocomplacencia, es semilla oculta del diablo? El Espíritu Santo no puede inhabitar en aquellos en cuyos corazones germina y crece esta [mala] semilla.

Por lo demás, cuando el Espíritu Santo juzga por medio de los hombres allí donde es necesario, espera el momento y lugar oportunos para hacerlo. Pues nadie debe ser reprendido con tal vehemencia y ardor que, en lugar de curar una herida, inflija otras tres o cuatro. Tampoco se ha de hacer uso de palabras duras, ni ponerle mala cara ni mostrarle animadversión, no sea que acabe siendo despreciable en los corazones de los otros. Por el contrario, toda reprensión debe hacerse con amor y mansedumbre. De este modo, el que reprende guarda en sí mismo la humildad y la pobreza de espíritu, y tomándolas como guía en todo lugar y en toda obra, tanto en presencia de otros como en la soledad, dejado a un lado todo lo que no le ha sido confiado ni le atañe, se guarda a sí mismo en [espíritu de] verdadera simplicidad.

¹⁵² Lc 6,37-38.

[Varios consejos]

6. Y vosotros, hijos míos, no aspiréis al conocimiento de ciencias y artes sutiles y elevadas; antes bien, entrad en vuestro fondo interior y aprended allí a conoceros a vosotros mismos. No os preocupe en absoluto conocer el misterio de Dios, o [cómo es] el flujo y reflujo de Aquel que es Ser y es [también] No Ser, o qué es la *chispa del alma* en el ser del alma. No se os ha confiado a vosotros conocer tales misterios.

Nada hay más útil que una fe simple, íntegra y verdadera en un solo Dios en Trinidad de Personas, no múltiple, sino simple y puro. Pues ignoramos por completo dónde están Arrio y Sabelio, que comprendían maravillas sobre la Trinidad, y lo mismo el sabio Salomón y Orígenes, que legaron a la santa Iglesia obras admirables y óptimas enseñanzas. Por eso, miraos a vosotros mismos y que cada uno se preocupe de lo suyo, seguros de que nadie responderá por vosotros, sino que cada uno llevará su propia carga.

Buscad a Dios y guardad su voluntad. Atended a vuestra vocación, cuidando de ella día y noche, de forma que agradéis a Dios y le sigáis pronta y alegremente adondequiera que os llame. Y si aún no conocéis su beneplácito, acudid a guías experimentados e iluminados por la gracia del Espíritu Santo, y seguid sus consejos. Pero, si ni siquiera tenéis tal posibilidad, refugiaos simplemente en Dios. Él os dará cuanto os sea necesario, con tal de que perseveréis en la oración. Y si con eso no os basta, haced lo siguiente: inclinaos a hacer aquello que más fastidie a vuestra naturaleza, aquello por lo que sienta menos apego. No os quepa la menor duda: cada vez que la naturaleza es dominada, Dios todopoderoso empieza a vivir y a ser más verdaderamente en nosotros.

El Evangelio, al afirmar que el Espíritu Santo no pudo ser enviado a sus discípulos en tanto no les hubiese sido sustraída la presencia corporal de Cristo, nos está invitando a preguntarnos seriamente cuáles son nuestras preferencias, qué cosas nos atraen y por cuáles sentimos más apego. Yo mismo os exhorto, hijos míos, a que renunciéis a todo por amor a Dios, pues renunciando a todo lo

recibiréis todo. Creedme: si lo hacéis, Dios os otorgará una dulce recompensa en esta vida.

[La verdad]

Por último, el Evangelio dice: «*Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él os enseñará toda verdad... y os anunciará lo que ha de venir*»¹⁵³. No nos lo enseñará todo, es decir, si la tierra producirá abundantes cosechas, si los frutos se comprarán a bajo precio, si cesará el estruendo de las guerras. No, cosas así no nos las enseñará el Espíritu Santo, sino que nos sugerirá todo lo necesario para alcanzar una vida perfecta y el conocimiento oculto de la verdad, de la maldad de la naturaleza, de la falsedad del mundo y de la astucia de los demonios.

Hijos míos, de nuevo os digo: seguid el camino recto del Señor con diligencia, seriedad y sabiduría. No como algunos, que cuando Dios los llama adentro, se van afuera, y cuando Dios los llama afuera, se van adentro. Lamentable y perversa es la condición de estos.

Y «*os enseñará –dice el Señor– toda verdad*». Pues cuando el Espíritu Santo entra en nuestro corazón como huésped, nos enseña toda la verdad, es decir, todo lo que necesitamos para la vida interior y exterior; nos muestra también, de una forma íntima y pura, clara y profunda, nuestros defectos y nos reprende severamente; y nos hace ver nuestra nada por no ser fieles a la Verdad y seguir culpablemente lo que no tiene valor. Nos enseña, asimismo, que debemos sumirnos en una profundísima humildad y someternos totalmente a Dios y a todas las criaturas. Esta humildad esencial es un arte y una ciencia en la que están contenidas todas las artes y toda la sabiduría necesarias para la santidad. Esta humildad ha de residir no en las solas palabras, sino en el interior, en el fondo del alma.

¹⁵³ Jn 16,13.

El Señor, Dios nuestro, nos conceda prepararnos de tal manera, que el Espíritu Santo nos posea por medio de su gracia y nos enseñe toda la verdad. Amén.

17. SERMÓN PARA EL LUNES ANTES DE LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN

LA ORACIÓN DE PETICIÓN

(V. 60a, sobre Lc 11,5-7)

«¿Quién de vosotros que tenga un amigo...?» (Lc 11,5-7).

1. Nuestro Señor Jesucristo, para encender en sus discípulos el deseo de la oración, en cierta ocasión, mientras les enseñaba a orar, les dijo:

«¿Quién de vosotros que tenga un amigo, irá a su casa a medianoche y le dirá: “Amigo, préstame tres panes porque un amigo mío ha venido de viaje a mi casa y no tengo qué ponerle a la mesa”, y le responderá desde dentro: “No me molestes. La puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo en la cama. No puedo levantarme y dártelos”?»¹⁵⁴.

Este texto del Evangelio es más extenso, pero omitimos el resto por brevedad.

[Pedir, buscar y llamar]

El Señor nos enseña que debemos orar, y dice: *«Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; al que llama, se le abrirá»¹⁵⁵.* Veamos en primer lugar qué diferencia hay entre estas tres cosas que el Señor enseña, es decir, entre pedir, buscar y llamar.

En mi opinión, «pedir» es suplicar algo con el espíritu elevado a Dios y con íntimo deseo de Él. «Buscar» es elegir una cosa entre muchas y rogar por ella, pues quien busca algo dirige

¹⁵⁴ Lc 11,5-7.

¹⁵⁵ Lc, 11,9-10.

exclusivamente a lo buscado toda su atención y todo su deseo. «Llamar», finalmente, es perseverar en la oración y no dejar de orar hasta alcanzar aquello que se pide. Con esto, creo que han quedado suficientemente diferenciadas estas tres cosas: pedir, buscar y llamar.

Pero, para que se entienda mejor el texto evangélico, cito a [san] Beda el Venerable, quien dice así en una homilía:

«El amigo al que se visita a medianoche es el mismo Dios, a quien debemos acudir en medio de la tribulación y pedirle tres panes, es decir, conocimiento de la Trinidad, que nos consuela de las fatigas de la vida presente. El amigo que ha llegado de viaje es nuestro espíritu, que se aparta de nosotros tantas veces cuantas vaga exteriormente en pos de las realidades terrenas y temporales. Vuelve, pues, y desea reponerse con alimento celestial. Recuperada la consciencia, empieza a meditar las realidades espirituales.

Quien había pedido los tres panes, añade que no tiene qué servir [al amigo], puesto que el alma que anhela a Dios tras conocer las tinieblas del mundo en nada quiere pensar sino en Él y nada desea contemplar sino a Él solo. Ha experimentado los gozos de la suma Trinidad y no aspira sino a contemplarlos más plenamente. Pero el que está dentro responde: *“No me molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos en la cama. No puedo levantarme y dártelos”*. La “puerta” del amigo es la inteligencia de la Palabra de Dios. Es la puerta que pide el Apóstol se le abra para anunciar el misterio de Cristo y que está cerrada en tiempo de hambre, cuando no se concede la comprensión de la Palabra. Y aquellos que, con su predicación, han distribuido el pan de la Sabiduría evangélica por toda la tierra, esos son los hijos del padre que reposan con el Señor en íntima quietud. Sin embargo, por medio de la oración es posible, para el que lo desea, recibir Luz directamente de Dios, aunque no haya quien predique la Sabiduría.

“Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá”. Hijos míos, debemos examinar estas palabras de nuestro Señor con todo el corazón. El Reino de los Cielos no se ha de dar, ni lo han de encontrar ni se ha de abrir a los ociosos y

desocupados, sino a los que piden, a los que buscan y a los que llaman»¹⁵⁶. Hasta aquí Beda.

Consideremos atentamente la grande e inefable liberalidad de nuestro Dios expresada en las palabras que acabamos de citar. En efecto, el Señor está dispuesto a dar con generosidad desbordante a quienes no tienen pereza en pedir, pues no hay duda de que Aquel que con tanta insistencia nos invita a pedir escuchará de buen grado a los que piden.

[El contenido y la forma de la oración]

2. Veamos ahora qué debemos orar y cómo hacerlo. Cuando nos disponemos a orar, ante todo debemos recoger la mente de su dispersión y apartar el espíritu de toda divagación, de todas las criaturas y de toda preocupación. Después, echándonos a los pies del Señor con verdadera y profunda humildad, debemos pedir sus generosas limosnas, golpear su Corazón dulce y paternal, y pedirle «pan», es decir, verdadera caridad. En efecto, la [verdadera] caridad se recibe por medio del «pan» [que proviene del Corazón del Señor]. [Y así como] los alimentos del mundo, por caros que sean, no son útiles, ni agradables ni comestibles [si se comen] sin pan¹⁵⁷, del mismo modo, ninguna acción agrada a Dios si se hace sin caridad.

Además, pidamos a Dios que nos enseñe a orar y nos haga comprender interiormente qué es lo que más le agrada en nuestra oración y ejercicios interiores, y qué es lo que más nos conviene. Entonces, las inspiraciones que se nos presenten al espíritu, ya sea sobre la muy gloriosa Trinidad, sobre la Esencia divina o sobre la pasión y las llagas del Salvador, esas son las que debemos meditar.

Respecto del modo de orar, por ofrecer alguna enseñanza, ha de saberse en primer lugar que no todos tienen la gracia de poder

¹⁵⁶ VEDA EL VENERABLE, *In Lucae Evangelium expositio*, Patrologia Latina, ed. J.-P. Migne (PL), 92, lib. III, 473 (BCD).

¹⁵⁷ El pan era un elemento básico en la alimentación europea, y aún lo sigue siendo.

orar en espíritu, sino que muchos han de valerse de la oración vocal. Estos usan palabras llenas de amor y devoción con el fin de encender el corazón, en la medida de lo posible, en amor a Dios. Han de pedir a Dios, por medio de su Hijo unigénito, se digne dárselos como objeto [de la oración] del modo que le sea más grato. Estas personas deben elegir y seguir el modo que más estimule su devoción, o el que estimen más provechoso u oportuno, sea la meditación de los propios pecados y defectos o cualquier otro. Esto es buscar como el Señor nos manda: escudriñar la gratísima voluntad de Dios y examinar qué es lo más conveniente a nuestra salvación, perseverando en ese empeño hasta el fin. Pues «no será coronado –dice el Apóstol– sino el que ha luchado conforme a la Ley»¹⁵⁸.

[La oración no atendida]

3. Poco después, dice el Señor en el Evangelio: «¿Quién de vosotros que sea padre, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará en su lugar una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?»¹⁵⁹. Según una interpretación común, el «pan» simboliza el amor; el «pez» significa la fe sincera; y por medio del «huevo» se representa la certeza de nuestra esperanza. Después de estas palabras, el Señor concluye: «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan»¹⁶⁰. Esto es lo que había dicho poco antes: «Todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; al que llama, se le abrirá». Y las palabras que ha pronunciado la misma Verdad con su boca siempre son ciertas.

Entonces, ¿cómo es que hay tantos que recitan cada día largas oraciones y, sin embargo, no merecen recibir ese pan de vida, siendo Dios omnipotente tan inefablemente pródigo y generoso que da y perdona tan de buen grado, y estando Él incomparablemente más dispuesto a dar que el hombre a recibir? ¿Por qué tantas y tan santas

¹⁵⁸ 2 Tim 2,5; cf. Mt 10,22.

¹⁵⁹ Lc 11,11-12.

¹⁶⁰ Lc 11,13.

oraciones, el mismo Padrenuestro, la recitación de innumerables salmos, santas colectas¹⁶¹ y otras muchas plegarias, todas ellas enseñadas y escritas por inspiración del Espíritu Santo, no son escuchadas? Esto es sorprendente, pero tiene su explicación.

Te la voy a decir: un amor extraño ocupa sus corazones y el fondo de sus almas; su voluntad y atención no están orientadas al Creador, sino al vano atractivo de este mundo. Este amor ilícito y desordenado, con el que se aman sin medida a sí mismos o a cualesquiera otras criaturas insustanciales y efímeras, los tiene tan atrapados y ha contagiado de tal modo el fondo de su alma y sus corazones, que el Amor de Dios, verdadero pan del Cielo, no encuentra por dónde entrar en ellos, por muchas oraciones que reciten. Pues es cierta la sentencia de Hugo [de San Víctor] según la cual es tan imposible para el hombre vivir sin amor como para el cuerpo subsistir sin el alma. Por tanto, que cada uno, mirando en su propio interior, examine qué es lo que ama de manera especial y en qué cosas gusta ocuparse. Pues para que el Amor de Dios pueda entrar, es necesario que antes salga el ilícito amor a sí mismo, como san Agustín dijo: «Vacíate para que seas llenado»¹⁶².

[La dureza de corazón]

Así que vienen estos hombres de corazón mundano y fondo poseído [por las criaturas] y ruegan a la temible majestad de Dios, pero no reciben el «pan». ¿Quién culpará de esto a Dios? En lugar de «pan», lo que obtienen es una «piedra», es decir, un corazón duro como una roca, frío, árido, sin devoción ni gracia. Estos se pasan el día entre libros y leen mucho; pero a nada les saben todas sus lecturas, pues ni estas les estimulan interiormente ni ellos sienten lo que leen. Hacen esto solo por una costumbre ciega y estéril: se retiran a dormir cuando acaba el día y, al salir de nuevo el sol, vuelven rutinariamente a su tarea acostumbrada. Y creen haber

¹⁶¹ Oraciones que recita el sacerdote en la Misa antes de la epístola.

¹⁶² AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarrationes in Psalmos*, in eundem Psalmum 30 enarratio II, sermo III, 11 [v.24].

cumplido suficientemente bien, aunque hagan sus oraciones de cualquier manera, con un corazón frío y por pura rutina. De ahí que sus corazones, por justo designio de Dios, se endurezcan como una muela de molino: no hay forma de inducirlos a la devoción y a la conversión de vida. Si se les lleva la contraria o se les molesta, ya sea haciendo algo o dejándolo de hacer, manifiestan su fondo interior con signos externos tales, que evidencian ante cualquiera que sus corazones son más duros que el diamante.

4. Hijos míos, huid de estos hombres [con corazón] de piedra y no habléis mucho con ellos; si tenéis que instruirlos, hacedlo en pocas palabras, como aconsejaba el Salvador: «*Sí, sí y no, no*»¹⁶³, y apartaos de ellos de inmediato, diciendo con las vírgenes prudentes: «*No sea que no haya suficiente para nosotras y vosotras*»¹⁶⁴. Así evitaréis que os enreden en sus vicios y pecados. Procurad que esas «piedras» no golpeen vuestras frentes. Cuando arrojen contra vosotros sus palabras como proyectiles, volved la cabeza y no se los devolváis, ni grandes ni pequeños, sino, cerrada firmemente la boca, elevad vuestros corazones a Dios.

Así pues, hijos míos, por amor a Dios, sed mansos como corderos y humildes con aquellos que os son contrarios y os injurian. Con el santo David, poned una custodia a vuestra boca¹⁶⁵ y, soportándolo todo con ánimo paciente, atended y vigilad cuidadosamente vuestro fondo. En muchos, ciertamente, esas piedras, o corazones de piedra, mientras están ocultas, apenas se dejan notar, hasta que les toca alguna contrariedad, por pequeña que sea. Si yo me encontrara a personas como esas, que llevan ocultos en su interior el odio y la envidia, y no permiten ser corregidas ni hacen caso de sanos consejos, en cuanto de mí dependiera, no los admitiría en modo alguno al santo Sacramento del altar.

¹⁶³ Mt 5,37.

¹⁶⁴ Mt 25,9.

¹⁶⁵ Cf. Sal 39,2.

Hay muchos que, durante veinte, treinta o más años, se han confesado [sacramentalmente] a menudo, pero nunca han hecho una buena Confesión ni han sido convenientemente absueltos de sus pecados; sin embargo, se acercan sin temor alguno a recibir el Cuerpo de Cristo. Apenas soy capaz de expresar cuán peligroso, inquietante y horrible es esto. Ni siquiera el Sumo Pontífice, que ostenta la suprema potestad, podría absolverlos.

En realidad, estos, cuanto más a menudo comulgan, cuanto más oran y más buenas obras hacen, más se endurecen y más ciegos e ignorantes se hacen para discernir sus pecados. ¿Por qué esto es así? Porque se complacen más a sí mismos y presumen demasiado de sus obras. Mejor sería que no tomaran el Cuerpo vivificante de Cristo mientras no hagan nada por evitar las ocasiones de pecado y corregir sus vicios y defectos. Ha de tenerse por cierto que Dios no deja esto sin castigo, y no solo en el alma, sino que también castiga en el cuerpo a aquellos que comulgan irreverentemente. Tales personas reciben una «serpiente» en lugar de un «pez». Pues como una serpiente se arrastra buscando dónde inocular su veneno, así, en estos hombres, todo lo que oyen o ven se convierte en veneno que, a su vez, inoculan donde pueden, desacreditando, denigrando y echando por tierra el buen nombre y la vida del prójimo. A estos los poseen por entero serpientes viejas y muy largas. Por eso no pueden conocerse a sí mismos; pero siempre hay algo que quieren corregir en los otros o consideran que debe hacerse de otra manera.

Hay otras serpientes pequeñas como las «angulas», [esto es,] la envidia disimulada, el odio latente y la difamación oculta del buen nombre del prójimo. Todas estas cosas proceden de un fondo perverso y lleno de amargura. Os aconsejo, hijos míos, que os guardéis de estas cosas y, dejados a un lado los demás, os juzguéis a vosotros mismos.

Finalmente, esos reciben un «escorpión», esto es, una falsa opinión de sí mismos, una esperanza temeraria y presunción ciega. Dicen, por ejemplo: «¿Por qué no estoy tan bien como este y aquel, yo que rezo, leo, canto y hago tantas cosas como ellos?». Así como el escorpión sonríe con la boca y pica letalmente con la cola, así, esa esperanza temeraria y vana presunción, hace grandes promesas,

pero cuando se acerca el final de la vida y queda al descubierto el fondo del alma poseído [por lo mundano], conduce al hombre a la duda y a la desesperación, y lo envuelven las miserias de la perdición eterna. Y la muerte eterna clava su aguijón al hombre en tal estado de infelicidad. La causa de ello es no observar atentamente el propio fondo y sus defectos. Esto es muy peligroso.

Hay pecados cuya absolución se ha reservado para sí el Papa; algunos son perdonados por penitenciaros; de otros solo pueden absolver los obispos, y de otros absuelven los sacerdotes. Esto es así no por imponer un duro castigo, sino para que se reconozcan los pecados por la dificultad de conseguir su absolución, se ponderen adecuadamente y se juzguen en su gravedad. Así, el arrepentimiento será tanto más intenso y vehemente, y la preocupación por evitar el pecado, mucho mayor.

[La sagrada Comunión]

5. Hijos míos, si hubierais comprendido a qué peligro se exponen esos hombres de fondo corrompido y descuidado al tomar el preciosísimo Cuerpo y la Sangre que Cristo derramó por nosotros, desfalleceríais de espanto. De ahí que en algunos conventos se ha establecido como norma que solo cada tres semanas pueda tomarse la sagrada Comunión¹⁶⁶. Se deja todo ese tiempo para que la preparación a ese excelso banquete sea digna, y así este venerable Sacramento pueda hacer efecto en el hombre.

Pero, ojalá tuvieseis una sed tan grande de este Sacramento, ojalá vuestro deseo de él fuese tan intenso y vuestra vida tan auténtica, que fueseis dignos de recibirlo con más frecuencia. Pedid al Señor que Él mismo os prepare y os haga aptos para ello. Entretanto, vosotros, en la medida de lo posible, procurad en todo momento tener buena voluntad y vivir interiormente. Sed siempre apacibles, humildes y despegados. Y si por esta causa os

¹⁶⁶ La Comunión diaria se popularizó tras el Concilio Vaticano II (1962-1965).

sobrevienen adversidades y otros se levantan contra vosotros, callad y no les respondáis.

Cierto doctor en teología, al preguntársele qué le parecía el hecho de que algunos quisieran tomar la sagrada Comunión con más frecuencia de lo habitual, respondió: «Señor, todos nosotros deberíamos alegrarnos de que queden algunos poseídos por tal amor y deseo de Dios. Y si estos viven en conventos, los demás deberían ayudarles a cumplir su deseo».

Pero los que comulgan frecuentemente en modo alguno deben juzgar peores a aquellos que comulgan de modo más espaciado. Por el contrario, han de pensar que lo hacen por la humildad y reverencia que les inspira la contemplación de la dignidad y nobleza de este Sacramento.

[Algunas recomendaciones]

6. Si alguien arroja contra vosotros las piedras de un juicio temerario e injusto u os fustiga con el flagelo de las palabras, pensad que lo recibís no de parte de un hombre, sino directamente de Dios.

Hay aún otras piedras. Son las que experimenta aquel que, deseando a Dios con toda su alma, es abandonado por Él en cierta desolación interior, que le hace sentirse duro, indolente y frío. Mientras esa dureza y desamparo no le dejen, con tanto más empeño ha de volverse hacia su interior y permanecer allí, atento a su fondo. Asimismo, ha de evitar toda búsqueda de consuelo, sea interior o exterior, porque obstaculiza la inhabitación del hombre interior. Debe permanecer dentro de sí, en perseverante recogimiento. Y si sus defectos se presentan inoportunamente a su conciencia y es severamente juzgado y reprendido por causa de ellos, ha de llevarlo con paciencia, sin huir, sino juzgándose y acusándose más duramente a sí mismo. Y si ese juicio persiste una semana entera, no dude de que eso es lo más provechoso para sí y de que tanto más rigurosamente debe acusarse, humillarse y lapidarse interiormente ante Dios. Esto ha de hacerse cada vez que uno se desvíe del camino recto o incurra en algún desorden o

defecto. En cuanto advierta esto, debe confesarlo interiormente ante el Señor su Dios. Después, cuando vaya a confesarlo ante un sacerdote, si no lo recuerda, confíe en que Dios se lo ha perdonado.

Por lo demás, hijos míos, os pido que no habléis demasiado en vuestras confesiones. Pues la Confesión [sacramental] ha sido instituida por la Iglesia para los pecados mortales y aquellos de los que se duda si lo son o no; pero no para los veniales, que basta exponerlos sencilla y brevemente.

Nadie piense, sin embargo, que los actos externos, como ir al coro [de la iglesia conventual, para orar con la comunidad] o cualquier otra obra de obediencia, son un obstáculo para la vida interior. No son ellos el obstáculo, sino la dispersión, que impide buscar a Dios puramente y proponerlo como meta en nuestro espíritu, intención y voluntad. El hombre está tan distraído y ocupado de un sinfín de imágenes, que no posee perfectamente a Dios en su interior. Estos son los verdaderos obstáculos, no las obras externas de obediencia. Él hombre mismo es quien se estorba.

7. Añadamos aquí algunas palabras acerca de lo que dice el Señor en el Evangelio de hoy: que hemos de llamar para que se nos abra. En el capítulo décimo de san Juan, Jesús afirma que Él es la «puerta»¹⁶⁷. A esta amorosa puerta debe llamar el orante en tres lugares, para que en verdad se le abra. En primer lugar, llamará con ardiente devoción al corazón sufriente y al costado de nuestro Señor, atravesado por la lanza, en el que debe refugiarse muy devotamente, con el conocimiento verdadero de su infinita pobreza y de su nada, y, como Lázaro mendicante a las puertas del rico Epulón, pedir que se le den las migajas de la gracia celestial¹⁶⁸. Esta gracia dará al hombre un ser sobrenatural y divino. En segundo lugar, llamará a la puerta de las sagradas llagas de sus manos, abiertas por los clavos, y allí pedirá que se le conceda el verdadero conocimiento de Dios, para que, iluminado por su Luz interior, pueda elevarse hasta Él. En tercer lugar, llamará a la puerta de las

¹⁶⁷ Cf. Jn 10,7.

¹⁶⁸ Cf. Lc 16,19-31.

santas llagas de sus pies, donde pedirá que se le infunda un amor ferviente, por cuyo medio pueda unirse a Dios y ser absorbido, sumergido y encerrado en Él.

Que la inmensa misericordia de nuestro Dios nos conceda la gracia de pedir dignamente, buscar diligentemente y llamar ininterrumpidamente, para que el Señor nos permita entrar. Amén.

18. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

LA RELACIÓN ÍNTIMA CON DIOS

(V. 60b, sobre Mc 16,14)

«Estando los once sentados a la mesa, se les apareció Jesús y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón» (Mc 16,14).

[La dureza de corazón]

1. Nuestro Señor Jesucristo, cuando estaba a punto de ascender a los Cielos, increpó duramente a sus discípulos por su incredulidad y dureza de corazón, con el fin de que sus palabras se quedaran bien grabadas en sus corazones. Tampoco hoy deja de reprochar, cada día y cada hora, la incredulidad y dureza de corazón de todos los hombres, sea cual fuere su género, condición y estado.

Pero reprende de manera especial a los religiosos, ya sean miembros de una Orden aprobada o simplemente vivan religiosamente en común, como beguinas, hermanas, hermanos¹⁶⁹ y otros grupos semejantes. A estos el Señor los reprende exteriormente por medio de los doctores de la Iglesia, e interiormente por sí mismo, a poco que quieran prestar atención a sus correcciones. Su reprensión es merecida, porque, aunque viven religiosamente, tienen un corazón muy incrédulo y muy duro. La vocación religiosa es un don especial de Dios, y nosotros, en

¹⁶⁹ Taulero habla aquí de los *beaterios*: comunidades formadas por laicas que hacían privadamente voto de castidad. Hubo también algunos beaterios de laicos. A los miembros de los beaterios se les llamaba «hermanas» o «hermanos». Los beaterios más famosos fueron los formados por beguinas, llamados «beguinatos»: ver nota 2.

correspondencia, estamos obligados a amarlo sobre todas las cosas y a tributarle devotas acciones de gracias.

Así pues, a los religiosos, como ya he dicho, los reprende el Señor por su incredulidad y dureza de corazón. Pero si ellos quisieran humillarse y reconocer su culpa, es decir, su falta de fe y la dureza de su corazón, y aceptaran ser reprendidos, no sería difícil ayudarles. Dice el apóstol Santiago: «*La fe sin obras está muerta*»¹⁷⁰. Sin embargo, ellos alegan estas palabras de Cristo: «*Quien creyere y fuere bautizado, se salvará*»¹⁷¹. Pues bien, que presten atención a estas palabras de san Agustín: «No es verdadera una fe que va a Dios sin amor y sin obras, sino que solo se tiene en la boca». Esa falta de fe suya se les nota de manera especial en su afición y apego a cosas que no son Dios, de manera que no pueden decir con el salmista: «*He dicho al Señor: mi Dios eres Tú*»¹⁷², «porque solo me va bien junto a Ti».

Así pues, se han apartado de la fe viva y verdadera, cosa en extremo peligrosa y terrible, sobre todo en aquellos que tienen fama de espirituales y que incluso han sido visitados por Dios en el sueño o la vigilia, aunque se han alejado de su fondo y lo han echado a perder.

[A estos] el Señor les reprocha también su dureza de corazón. Pues es terrible, amados míos, que religiosos a los que el Señor ha elegido especialmente para sí, dándoles la vocación, se endurezcan tanto que lleguen a perder el gusto por las cosas de Dios, como son la oración u otros santos ejercicios. Todo lo demás se les hace agradable y liviano, pero, con respecto a Dios, sus corazones se vuelven duros como piedras. De ellos dijo el Señor por medio de su profeta [Ezequiel]: «*Arrancaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne*»¹⁷³.

¹⁷⁰ Sant 2,17.

¹⁷¹ Mc 16,16.

¹⁷² Sal 140,7.

¹⁷³ Ez 36,26.

[Efectos espirituales de la falta de relación íntima con Dios]

Si alguien pregunta cuál es la causa de que dichos religiosos se endurezcan tanto y se vuelvan tan fríos y secos, que lo que tienen que hacer por obediencia lo hacen sin afecto, sin gusto y solo por una tibia costumbre, yo respondo: porque algo que no es Dios, ya sean ellos mismos o cualquier otra cosa, se ha adueñado de su corazón. Por eso no quieren que se les reprenda.

2. Sobre ellos dijo el Señor por medio de su profeta Jeremías: «Espantaos ante esto, cielos, y horrorizaos, estupefactos, sobremanera –dice el Señor–. Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a Mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua»¹⁷⁴. [Como vemos, el profeta nos habla de] cisternas que no tienen «agua viva», sino que recogen agua de lluvia o de cualquier otra procedencia, que con el paso del tiempo se corrompe y esparce un olor repulsivo.

Así pues, Dios se queja al cielo y a la tierra, a sus amigos y a todas las criaturas, de este mal intolerable de su pueblo: «cavaron para sí cisternas que no retienen el agua». ¿Quién es ese pueblo del que el Señor se queja tan gravemente? Son los religiosos que han abandonado la fuente de agua viva y, por eso, poco o nada de luz ni de vida tienen en su fondo. Pues llevan una vida puramente exterior y están apegados a modos, preferencias y costumbres que han entrado en su interior a través de los sentidos en formas e imágenes que pueden desaparecer tan fácilmente como entraron. En su fondo, de donde deberían brotar aguas vivas, están absolutamente vacíos y no pueden retener las aguas de la gracia divina. Todo lo que tienen no son sino costumbres y ejercicios que ellos mismos han adoptado según su propio gusto y voluntad. No se recogen en su fondo ni están sedientos de Dios. Tampoco tienen interés en progresar o en lanzarse hacia lo que tienen delante. Al contrario, se sienten satisfechos con sus viejos modos y ejercicios, los cuales han entrado en ellos por los sentidos.

¹⁷⁴ Jer 2,12-13.

De este modo, apegados a las cisternas que ellos mismos se han excavado, no beberán de las aguas vivas. Es más, ni siquiera Dios les sabe a algo. Al anochecer se van a la cama y por la mañana vuelven a sus prácticas acostumbradas. Con eso les basta. Y no advierten los desdichados que, despreciada la fuente de agua viva, una [mala] costumbre ciega, fría, dura y árida les retiene en sus cisternas agrietadas. Sobre estos, dice el Señor en otro lugar por boca del profeta Jeremías: *«Has fornicado con muchos amantes [...] y has manchado la tierra con tus fornicaciones y maldades»*¹⁷⁵, abandonándome *«a Mí, fuente de agua viva y excavando cisternas agrietadas»*¹⁷⁶.

Como ya he dicho, las aguas que caen y se estancan en las cisternas poco a poco se secan, se corrompen y apestan. Igualmente, quienes se contentan solo con sus modos y costumbres exteriores, sin esforzarse por adquirir las verdaderas virtudes, permanecen soberbios en su fondo interior. Son hombres egoístas, duros y ásperos en sus palabras, en juzgar y reprender a otros, no con amor fraterno y dulzura, sino imprudentemente, sin esperar el momento ni el lugar oportunos. Por esta causa, cuando quieren apagar el incendio en casa ajena, prenden fuego a la propia, e incluso a otras muchas. Así de fieros e imprudentes son en palabras, gestos y [en la expresión de su] rostro. Si una persona sencilla y agobiada por las tentaciones, débil y afligida, se acerca a ellos en busca de consejo, la llaman [despectivamente] «simple»; y si va a casa de otro, «beguina».

[Pues bien, recomendamos a] esos que vayan ahora a la verdadera cisterna. Pues si en su fondo interior manara la fuente de vida, no harían tanta diferenciación de personas y arderían en amor a todos, en un amor que brota de su mismo fondo. Y a nadie rebajarían de esa manera, a nadie juzgarían, a nadie despreciarían ni vilipendiarían. Pero esa suciedad e inmundicia abunda en ellos como en las cisternas, y aumenta cada día.

¹⁷⁵ Jer 3,1.2.

¹⁷⁶ Jer 2,13.

También podemos llamar «cisternas» a aquellos que están dotados de gran talento y agudeza intelectual, hombres capaces de comprender conceptos muy elevados y disertar acerca de ellos. Entre estos, a unos les parece suficiente el hacer buenas obras aun con el corazón duro; y a otros les basta con saber hablar sobre ideas de difícil intelección. Pero ¿qué será de ellos cuando tormentas y vientos tempestuosos, irrumpiendo súbitamente, lo echen todo abajo y ellos se vean a merced de todo tipo de terribles calamidades? Es difícil de creer la enorme angustia que se apoderará de aquellos que aparentan una gran santidad en palabras y obras, hombres de gran fama y talento, pero vacíos en su fondo y absolutamente pobres de vida interior. Todo lo que parecen tener les ha entrado de fuera, como dijimos que sucede en las cisternas. Pero cuando les llegue la hora de la muerte, vendrá el diablo con un hacha y golpeará y sacudirá esas cisternas. Entonces, de repente, toda el agua que parecían contener se evaporará, se filtrará por aquí y por allí, y desaparecerá, de manera que no retendrán ni una sola gota en su interior. Ellos quieren parecer algo, ser algo, y tienen un alto concepto de sí mismos. Pero entonces todos podrán comprobar que en su fondo no hay sino agua corrompida. Llegará, llegará el tiempo en que todas estas cosas serán manifiestas¹⁷⁷. Cuando paséis al otro mundo, acordaos de lo que os acabo de decir.

Me temo, amados míos, que buena parte de los religiosos¹⁷⁸ pertenecen a esta clase de hombres, tan satisfechos de su modo de

¹⁷⁷ Cf. Mt 24,44.

¹⁷⁸ Muy probablemente, Taulero hace referencia a los efectos negativos de la peste negra, que produjo la muerte de un tercio de la población de Europa en los años 1347 a 1351 (unos años antes de que predicase estos 84 sermones). Tras ello, debido a la alta mortandad provocada por aquella pandemia, las comunidades religiosas bajaron el nivel de exigencia para el ingreso de postulantes en los conventos, para evitar que estos colapsaran por falta de religiosos. Esto provocó una grave decadencia en la vida religiosa. Por ello, antes de que acabara aquel siglo, en la vida religiosa surgió el *movimiento de observancia*, el cual buscaba retornar a la antigua y genuina observancia regular. Los primeros en comenzar la reforma fueron, precisamente, un grupo de dominicos alemanes, reformando en 1389 el convento de Colmar, en Alsacia, por mandato del Maestro de la Orden, el beato Raimundo de Capua (ca. 1330-

vida y costumbres que no les preocupa nada el control de los vicios, el dominio de las pasiones, la reforma de todo el hombre interior y la adquisición de las virtudes. Al actuar así, permanecen en sus pecados y a merced de sus pasiones. Estoy convencido de que hay hombres casados y viudas que les aventajan [en la virtud]. Y suponiendo que la divina misericordia les ilumine y se salven, tendrán que sufrir penas durísimas en el purgatorio tanto tiempo como el Juez supremo haya dispuesto y, una vez cumplido el castigo, ocuparán los lugares más alejados de Dios.

[Vivir ajenos al Cielo que está dentro de nosotros]

3. Amados míos, os ruego con toda mi alma y os pido por Dios que estéis atentos a vuestro fondo. Vigiladlo, examinaos a vosotros mismos en cada acto, pensamiento y palabra. Sed humildes y pacíficos, sometiéndoo a Dios y a todas las criaturas. Pues, como ya habéis oído, Dios se queja de vosotros al Cielo, a la tierra y a todas sus criaturas. Por «Cielo» se entiende todos aquellos que tienen un corazón no terrenal, sino celestial, aquellos cuya ciudadanía está en el Cielo. Todo hombre bueno es Cielo de Dios omnipotente. Hasta los malos llevan el Cielo dentro de sí, pero no entran en él. Esta es la mayor pena de los condenados: saber que Dios está dentro de ellos sin poder entrar en Él.

Volvamos ahora a las palabras del profeta Jeremías, o mejor, a las del Señor, y oigamos qué añaden: «*Tú has fornicado con muchos amantes, pero vuelve a Mí, dice el Señor*»¹⁷⁹. ¿A quién dice esto? Al alma pecadora. «Vuelve –le dice– y te daré verdadero arrepentimiento de tus pecados, y luego, si vuelves a Mí de todo corazón, verteré en ti agua viva».

Considerad ahora cuán inmensas, infinitas e inestimables son la misericordia y la bondad de Dios. Cuán amorosamente está

1399). Así comenzaba la reforma de la Orden de Predicadores, que fue la primera en acometer el retorno a la observancia.

¹⁷⁹ Jer 3,1.

dispuesto a ayudarnos solo con que nosotros nos dejemos ayudar. Él desea hablar con nosotros como se habla con un amigo, a condición de que, al menos, nos dignemos volver a Él. No despreciemos una bondad tan grande, no sea que nos diga lo que está escrito en [el libro de] Jeremías: «*He aquí que Yo entraré en juicio contigo*»¹⁸⁰. ¿Quién en sus cabales no ve lo terrible que sería esto para todos los hombres? Si Dios entrara en juicio con nosotros, es evidente que tendríamos todas las de perder. Vivamos, hermanos míos, de tal manera que no merezcamos oír en aquel juicio temible estas palabras del Señor: «*No sois de mis ovejas*»¹⁸¹. Sus ovejas oyen su voz y no siguen a un extraño, «*pues no reconocen la voz de los extraños*»¹⁸².

¿Qué significa aquella fornicación que echa en cara al alma pecadora cuando le dice: «*Tú has fornicado con muchos amantes*»¹⁸³? En sentido espiritual –si es que no hay que interpretarlo en un sentido peor [es decir, en su sentido literal]– significa que se ha detenido en las imágenes de las criaturas. Los amantes con los que fornicaba son todas las imágenes ajenas y los objetos que [el creyente] debería haber empleado para acercarse [espiritualmente] a Dios, aunque, por el contrario, prefirió fornicar con ellos [es decir, prefirió emplearlos para buscar su propio placer terrenal]. Grande es este pecado.

Pero para que el alma no desespere, añade el Señor: «*Pero vuelve a Mí: Yo te acogeré y te daré agua viva*»¹⁸⁴. De esta agua habla el Señor al menos en dos lugares del Nuevo Testamento. Primero, en el capítulo séptimo de Juan, donde dice: «*Si uno tiene sed, venga a Mí y beba. Quien cree en Mí –como dice la Escritura– de su interior manarán ríos de agua viva y brotarán para la vida eterna*»¹⁸⁵. Segundo, en el capítulo cuarto de Juan, donde dijo a la Samaritana: «*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú*

¹⁸⁰ Jer 2,35.

¹⁸¹ Jn 10,26.

¹⁸² Jn 10,5.

¹⁸³ Jer 3,1.

¹⁸⁴ Cf. Jn 4,10.

¹⁸⁵ Jn 7,37-38.

*le hubieras pedido a Él y Él te hubiese dado agua viva»*¹⁸⁶. Poco después dice la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed ni venga aquí a sacarla. Jesús le responde: “Ve, llama a tu marido”»¹⁸⁷, es decir: «Conócete antes a ti misma y confiesa desde lo más profundo de tu ser que has sido mucho tiempo “cisterna” y no has bebido de esta agua viva. Y, cuando lo hayas hecho, satisfaré tu deseo». Luego, añade el Señor: «Cinco maridos has tenido»¹⁸⁸, es decir: «Te has entregado a tus cinco sentidos y has usado de ellos para tu placer. Por medio del vagabundeo de los sentidos y la actividad exterior, en la que has permanecido desordenadamente demasiado tiempo, te has hecho indigna del manantial de agua viva. Así pues, regresa, vuelve a Mí y Yo te acogeré».

[La «violencia» del amor que se siente en el fondo del alma]

Finalmente, el Señor se queja por boca del profeta Isaías, diciendo: «Mi amado tenía una viña en una ladera fértil»¹⁸⁹. A continuación, refiere todo el trabajo y esfuerzo empleado en esta viña:

*«La había cercado, despedregado y plantado de vides escogidas. Había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar. Y esperaba que diese uvas, pero dio agraces. Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad ahora entre Mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña que Yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando Yo que diese uvas, ha dado agraces?»*¹⁹⁰

Estas palabras, aunque fueron dichas literalmente al pueblo judío, el Señor las ha dirigido a todos los hombres del pasado, presente y futuro, hasta el fin del mundo. También estas del profeta

¹⁸⁶ Jn 4,10.

¹⁸⁷ Jn 4,15.

¹⁸⁸ Jn 4,18.

¹⁸⁹ Is 5,1.

¹⁹⁰ Is 5,2-4.

Jeremías: «*Vuelve a Mí y Yo te acogeré, y te daré agua viva y verdadero Amor*»¹⁹¹.

4. [Pues bien,] refiriéndose a esta agua viva –o amor– el gran teólogo Ricardo de San Víctor la califica como «violenta» y dice que tiene cuatro grados¹⁹²:

«El amor hiere, el amor ata, el amor hace languidecer, el amor causa desmayo. ¿Cuál de estas cosas no es sorprendente? ¿Cuál de ellas no es violenta? Estos son los grados del amor ardiente. Grabadlo en el corazón, hermanos, buscad a Aquel que tanto deseáis; oíd hablar de Él; suspirad por Aquel que tanto amáis. ¿Queréis que os hable del amor que hiere? “*Has herido mi corazón, hermana, esposa mía, con uno de tus ojos y con un solo cabello de tu cuello*”¹⁹³. ¿Queréis oír acerca del amor que ata¹⁹⁴? “*Con cuerdas de Adam los atraje, con cuerdas de amor*”¹⁹⁵. ¿Queréis oír acerca del amor que hace languidecer? “*Hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, decidle que languidezco de amor*”¹⁹⁶. ¿Queréis oír sobre el amor que causa desmayo? “*Mi alma ha desfallecido por tu salvación y ha esperado en tu palabra*”¹⁹⁷. Por tanto, el amor es causa de desfallecimiento y enfermedad. El amor tiene cadenas y produce heridas». Hasta aquí Ricardo.

El alma es herida de Amor cuando Dios, traspasándola con el dardo de su Amor, derrama en ella el agua viva de su ardiente Amor. Y ella, así herida, «hiere» a su vez a Dios con el amor con que lo ama, como Él mismo dice en el Cantar de los Cantares: «*Has herido mi corazón, hermana, esposa mía, con uno de tus ojos y con uno de los cabellos de tu cuello*»¹⁹⁸. Pues bien, aquel «ojo» es la mirada continua y pura del conocimiento y del espíritu que busca a Dios. Y ese

¹⁹¹ Cf. Jr 33,3.

¹⁹² RICARDO DE SAN VÍCTOR, *De quattuor gradibus violentae charitatis*, 4.

¹⁹³ Cant 4,9.

¹⁹⁴ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «amor prisionero».

¹⁹⁵ Os 11,4 (Vulgata).

¹⁹⁶ Cant 5,8.

¹⁹⁷ Sal 119,20.

¹⁹⁸ Cant 4,9.

«cabello» es el amor puro y sin mezcla. Por medio de ellos el alma «hiere» a Dios.

[Así pues,] hablaré ahora brevemente acerca de los [dos primeros] «amores violentos»¹⁹⁹ [es decir, del *amor que hiere* y del *amor prisionero*], comparándolos con un mercader que va a hacerse a la mar. Quien está herido de Amor [de Dios] hace como el mercader que recorre el mar con su nave [es decir, con su espíritu] en busca de ganancias [es decir, de más Amor], el cual [mercader], herido en su corazón, arde por un deseo incontenible de acumular [antes de zarpar] mercancías, numerosas y de todo tipo, recogiénolas de aquí y allá, para tener con qué cargar y llenar su nave [y después poder negociar con ellas]. Del mismo modo, el que está herido de Amor recoge para sí todas las imágenes, pensamientos, ejercicios y cualquier cosa que crea ser del agrado de su Amado. Y luego, cuando la nave está bien cargada, abandona la orilla y la dirige con éxito frente a la furia del mar.

Entonces, el *amor que hiere* [del mercader] dirige su nave [es decir, su espíritu] a la corriente de la Divinidad y, navegando con maestría, se mueve por ella según su deseo y voluntad, al tiempo que maneja con arrojo el timón en el Abismo de la Divinidad. Y cuantos más derramamientos afectuosos recibe [la nave] dentro de sí, tanto más se dilata. [Y, así,] Dios llena copiosamente toda su capacidad [de amar], y esa plenitud engendra una nueva capacidad, una nueva amplitud y nuevas heridas de Amor [de Dios]. Luego, el Señor corta las amarras y entrega la nave al oleaje [de su Amor], de manera que, ahora, ni los remos ni el timón pueden retenerla. El hombre ya no es dueño de sí mismo. Este es el *amor* [que ha quedado] *prisionero*²⁰⁰ [por el *Amor –de Dios– que ata*].

Al hombre le sucede entonces como a un valiente soldado gravemente herido en combate que, si bien tiene fuerzas para

¹⁹⁹ En la edición de Surio este término aparece en singular («amor violento»), pero en la edición de Hugueny-Théry-Corin se habla de «los dos primeros grados del amor».

²⁰⁰ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio dice «amor que ata».

escapar, si es capturado ya no es dueño de sí. Del mismo modo, el que es atado por el Amor [de Dios] no es dueño de sus obras ni de sus pensamientos, sino que debe abandonarse por entero a su Amado y al amor [que a Él le tiene]. Sobre este amor podrían decirse muchas cosas, pero las dejaremos para otro momento²⁰¹.

Que se nos conceda rechazar todas las «cisternas» [del amor mundano y egoísta] para que así seamos dignos de que se nos infunda el agua del verdadero Amor. Amén.

²⁰¹ De ello trata en el sermón 44, n. 6.

19. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

CINCO CAUTIVIDADES ESPIRITUALES

(V. 19, sobre Ef 4,8)

«Cristo, subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad» (Ef 4,8).

1. Amados míos, en esta vida mortal existen cinco cautividades que encadenan miserablemente a los hombres. Sin embargo, Cristo nos libera de todas ellas cuando asciende espiritualmente en nosotros.

[Primera cautividad: el amor desordenado a lo terreno, que se opone al verdadero amor a Dios]

La primera cautividad consiste en que el hombre es hecho prisionero por el amor desordenado a las criaturas, a las que no ama en Dios, y especialmente por el amor a los hombres, que es amor según la naturaleza, sobre la base de la semejanza que los hombres guardan entre sí. La lengua es incapaz de expresar cuánto daño causa este amor. Esto se manifiesta de dos maneras.

Por una parte, están quienes reconocen su error y temen ese amor. A estos les duele verse atrapados por él y sufren, agujoneados por remordimientos en su conciencia. Esta es una buena señal de que Dios aún no los ha abandonado [a su suerte]. Dios llama al hombre sin cesar día y noche, ya coma, beba o haga cualquier otra cosa, invitándolo a apartarse de todo y a entrar en su interior. Quienes tienen sus oídos abiertos [a Dios] y oyen su voz y la siguen, esos serán salvados.

Pero, por otra parte, hay otros que se consideran absolutamente liberados, siendo ciegos y sordos en esta miserable cautividad. Como tienen la conciencia tranquila, creen ser justos y

desean que los demás los tengan por tales. Con el corazón absolutamente disperso [en lo mundano, sin embargo,] hacen muchas obras buenas, cantan, leen, guardan silencio, obedecen y oran, todo ello con el único propósito de que se les permita vivir a su manera y, así, puedan satisfacer tanto mejor a Dios y al mundo. Tal es su justicia y devoción. Derraman lágrimas, pero ante los hombres, no ante Dios.

Creedme, estos viven entre grandes peligros. Esa paz de la que gozan viene del diablo, el cual se sirve de ella para retenerlos en esta cautividad. Son engañados por su naturaleza y están expuestos a grandes peligros y tentaciones. Mientras permanezcan en esa perversidad y falsa libertad, más les valdría no rezar, pues lo hacen contra sí mismos. Mucho más útil les sería verse en la angustia, el dolor y la aridez, pues entonces, sin duda, se sacudirían mucho más fácilmente el yugo de esa cautividad diabólica y demasiado peligrosa. Porque, si el día de su muerte fueren sorprendidos en ese estado de falsa libertad, mucho me temo que permanecerían para toda la eternidad bajo la cautividad del diablo.

[Segunda cautividad: el amor egoísta, que se opone a la verdadera santidad]

2. La segunda cautividad consiste en que, después de haber sido liberados de la primera, es decir, del desordenado amor a las criaturas y a las cosas exteriores, caen en los lazos del amor a sí mismos. Asombra constatar cuán justo y razonable les parece a algunos este amor. No hay quien se atreva a reprenderles por él. Ni ellos mismos sienten remordimientos de conciencia. Es más, justifican sus defectos con las más variadas excusas. Por fuera parecen tan irreprehensibles que nadie se atreve a llevarles la contraria. Este funesto amor egoísta les lleva al extremo de buscar en todo únicamente su conveniencia, su placer, su consuelo, su tranquilidad y su gloria. Y son tan egoístas que solo miran por su propio interés, incluso en Dios.

Dios mío: cuando quede al descubierto el fondo de aquellos que se hacen pasar por santos, pero que en realidad están completamente vacíos de

cualquier rasgo de auténtica santidad, ¡cuánto amor egoísta se encontrará [en su interior]!

Resulta muy complicado ayudarles, [pues] difícilmente pueden liberarse de esta cautividad los que se acercan a la vida espiritual con una naturaleza caprichosa y [dotados de] sagacidad intelectual. ¿Quién sino solo Dios puede llevar remedio a aquellos que están de tal modo dominados por su naturaleza?

Estas personas, aparentando ser débiles y delicados, ocultan, sin embargo, sus múltiples necesidades y su inmensa exigencia. Por eso, a menudo, cuando se les arrebatan lo que aman o cuando la más leve adversidad altera su comodidad, sus amistades, su honra o cualquier otra cosa que les proporcione consuelo, abandonan a Dios profiriendo palabras airadas, o vengándose, o mintiendo, o revelando secretos. Entonces no se comportan como hombres, sino como perros rabiosos o lobos rapaces.

[En definitiva,] ser esclavo del amor [egoísta] a sí mismo es una cautividad muy perniciosa.

[Tercera cautividad: la vanagloria intelectual, que se opone al verdadero seguimiento del Evangelio]

3. La tercera es la cautividad del intelecto, en la que muchos caen gravemente, pues la vanagloria de la razón destruye y corrompe todo lo que debía nacer en el espíritu.

Les gusta disertar sutilmente acerca de cualquier concepto que su intelecto ha penetrado, cualquiera que sea la doctrina o la verdad, con el fin de aparecer como gente importante a los ojos de los hombres y ser alabados por todos. Pero no se cuidan de aplicar a la vida todos esos conocimientos y ponerlos por obra. Interpretan racionalmente los amorosos ejemplos e imágenes de nuestro Salvador Jesucristo. Pero si pusieran la luz natural de su razón [junto] a la Luz sobrenatural de la Divinidad y compararan la una con la otra, conocerían claramente que nada son, nada comprenden y nada saben. Sería como comparar un hilo de luz con el esplendor

de la luz del sol. Eso es la luz natural en comparación con la Luz divina

Pero hay determinadas señales que nos permiten diferenciar la luz natural de la Luz divina. La luz natural se ensoberbece en su vana autocomplacencia, busca las alabanzas de los hombres, señala a los demás con dedo acusador, empuja siempre al hombre a lo exterior, a la dispersión y vagabundeo de los sentidos y de la mente. Por el contrario, la Luz divina, cuando realmente lo es, invita al hombre a entrar en su fondo, no a elevarse a las alturas; y le hace considerarse pequeño, de poco valor, débil y más ciego que los demás.

En verdad, esto lo puede comprobar cada uno en sí mismo. Pues el bien que hay en el hombre no le pertenece a él, sino a Dios, de quien todo bien procede²⁰². La Luz divina siempre empuja hacia dentro, no hacia fuera; y busca constantemente el fondo interior del que brota y a él se apresura con todas sus fuerzas.

Finalmente, la vida de quienes han sido iluminados por esta Luz tiende hacia su raíz interior y lucha por regresar al Origen del que procede. Por eso, existe una gran diferencia entre quienes se esfuerzan por vivir según las Escrituras y aquellos que se contentan solo con leerlas y conocerlas teóricamente. Pues quienes solo las leen, buscan el reconocimiento de todos. Y estos, a los que viven conforme a las Escrituras, los desprecian, maldicen y rechazan como a hombres vanidosos, trastornados y perversos.

En cambio, quienes se preocupan más de hacer que de saber, como se confiesan pecadores y sienten sinceramente que lo son, se compadecen de los demás. Y tan diferente es la vida de estos como distinta es su muerte: mientras unos encuentran la vida eterna, los otros la muerte eterna. Así lo expresó el Apóstol: «*La letra mata, mas el espíritu vivifica*»²⁰³.

²⁰² Cf. Sant 1,17.

²⁰³ 2Cor 3,6.

[Cuarta cautividad: la dulzura interior de origen natural, que se opone a la verdadera consolación espiritual]

4. La cuarta cautividad es la dulzura del espíritu. Muchos se dejan seducir por ella cuando la siguen demasiado de cerca, cuando confían excesivamente en ella, cuando la desean y la buscan sin moderación y desordenadamente. Aunque esta dulzura parece ser un gran bien, no es saludable apegarse demasiado a ella y poseerla con delectación. Pues, dado que la naturaleza conserva lo que le es propio, cuando el hombre cree estar experimentando a Dios, lo que realmente experimenta es placer meramente natural. Por eso, es conveniente saber si es Dios o la naturaleza lo que se ha buscado.

Si, perdida esta dulzura, el hombre se vuelve inquieto, trastornado y ansioso, y ya no puede servir a Dios tan fiel y sinceramente como antes –cuando conservaba ese sentimiento–, ello es signo evidente de que tal dulzura tiene poco que ver con Dios. Una persona tal, aunque disfrutara de una dulzura como esa durante cuarenta años, si se viera privado de ella, podría caer en pecados muy graves. Es más, si llegara al grado supremo de esta dulzura y muriera en ese estado, Dios, por así decir, se pensaría seriamente si salvarla o condenarla, y podría perderse.

[Quinta cautividad: la voluntad propia, que se opone al verdadero abandono]

5. La quinta cautividad es la voluntad propia. Los hombres siempre quieren conservarla, incluso en todas las cosas de Dios y en Dios mismo [y, por tanto, la voluntad propia es egoísta y se opone a la voluntad divina]. Si alguien pudiese elegir verse liberado de todos sus pecados y defectos y adquirir todas las virtudes y toda perfección, parecería estar completamente loco si lo rechazara. Yo he pensado mucho acerca de esto y, si tuviera que elegir, hablaría así a mi Dios:

«Señor, no te pido un don para mí, ni una gracia para mí, ni que se haga mi voluntad. Lo que Tú quieres, eso lo acepto de

buen grado. Y si tu voluntad es que carezca de todo ello, que así sea».

Ciertamente, cuando elegimos la privación y la pobreza en verdadero abandono, recibimos y tenemos más que si poseyéramos [de algún modo] a Dios o a cualquier criatura por voluntad propia. Pues para nosotros es mucho más útil elegir voluntaria y humildemente la privación de todos los dones de Dios, en verdadero abandono y con sacrificio de la voluntad propia. En mi opinión, un hombre verdaderamente abandonado, aunque exteriormente obre menos y aparente una santidad menor, es mucho mejor que cualquier otro que obre maravillas y aparente una gran santidad, [pero] que esté ocupado en multitud de imágenes y sea inexperto en el arte del verdadero abandono.

6. Cuando el Salvador del género humano vivía en la tierra en compañía de sus discípulos, estos sentían tal apego a la humanidad del Señor, que por amor a ella no podían unirse a su Divinidad. Por eso les dijo: «*Os conviene que me vaya; pues si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros*»²⁰⁴. Una vez muerto el Señor, aún tuvieron que esperar cuarenta días hasta su Ascensión al Cielo, adonde llevó consigo las almas de sus discípulos para hacerlas completamente «celestiales». Después, todavía hubieron de aguardar diez días a la llegada del Espíritu Santo, verdadero Paráclito. Y lo que para sus discípulos fueron días, para nosotros son años, [pues] a quienes debían ser el fundamento de la Iglesia, un año se les contó como un día.

Ciertamente, el hombre, haga lo que haga, no alcanzará la verdadera paz ni se hará esencialmente «celestial» hasta que no cumpla los cuarenta años. Antes de esa edad, el hombre es inestable y cambiante, [pues] la naturaleza le empuja de un lado a otro. Hay muchas ocasiones en las que, cuando cree estar buscando a Dios, es la naturaleza la que lo domina. Por esta causa, hasta dicha edad no puede el hombre llegar a la verdadera paz deífica ni hacerse «celestial», a no ser que la gracia divina se lo conceda, cosa que ha

²⁰⁴ Jn 16,7.

sucedido a muchos. Después, cuando el hombre ya ha cumplido los cuarenta años, aún deberá aguardar otros diez antes de que el Espíritu Santo, Espíritu que enseña toda verdad²⁰⁵, le sea infundido de lo alto.

Así ocurrió con los discípulos, quienes, tras la Ascensión del Señor, hubieron de esperar aún diez días, después de haberse preparado durante varios años viviendo con Cristo, sufriendo y dejándolo todo por Él. [Así] se habían preparado del modo más excelente: abandonando [o renunciando] a Aquel a quien amaban por encima de todas las cosas y por cuyo amor habían renunciado a todo. Además, el Señor se había llevado consigo al Cielo todo el espíritu, toda el alma, todo el corazón y todo el amor de sus discípulos, para que así todo su pensamiento, todo su amor, todo su corazón y toda su alma estuviesen allí en Él y con Él.

[Pues bien,] tras esta excelente preparación, todavía tuvieron que esperar diez días antes de recibir el Espíritu Santo que Cristo les había prometido. Según la Escritura, se encontraban encerrados, reunidos, unánimes y en actitud de espera²⁰⁶. Esto es lo que debe hacer todo hombre: una vez llegado a los cuarenta años, cuando ha empezado a ser más firme y ya se ha hecho «celestial» y «divino», con una naturaleza en cierto modo ya dominada y estable, aún le faltan diez años antes de que pueda recibir del modo más excelente el Espíritu Santo, Espíritu que enseña toda verdad.

En esos diez años en que la naturaleza ya está sometida, el hombre comienza a ser «divino» y «espiritual», y ha de recogerse interiormente, sumergirse y fundirse en el puro y sumo Bien, Dios todopoderoso, por medio de la *chispa interior de su alma* [es decir, el centro del ser, donde la persona es imagen de Dios], la cual restituye todas las cosas a su punto de partida, y ella misma, a su vez, refluye a su Principio y Origen, Dios, de donde ha emanado.

[Tened por seguro que,] donde este reflujo se hace de un modo perfecto, todas las deudas quedan enteramente saldadas, aunque

²⁰⁵ Cf. Jn 16,13.

²⁰⁶ Cf. Hch 2,1.

fueran todas las que existen desde el principio del mundo. Allí se infunde toda gracia y toda felicidad, y el mismo hombre al fin es «divinizado».

Tales hombres son columnas del mundo entero y de la santa Iglesia.

Que Dios todopoderoso nos conceda llegar a ser como ellos.
Amén.

20. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

LA ASCENSIÓN HACIA LA UNIÓN CON DIOS

(V. 20, sobre Mc 16,19)

*«El Señor Jesús, después de haberles hablado, fue llevado al Cielo»
(Mc 16,19).*

[El seguimiento de Cristo]

1. Hijos míos, nuestro Señor Jesucristo, después de haber increpado duramente a sus amados discípulos en el Monte de los Olivos –reprochándoles que, habiendo convivido con Él tanto tiempo, aún eran duros y tardos de corazón para creer–, en presencia de ellos *«fue elevado al Cielo y una nube lo ocultó a sus ojos»*²⁰⁷. ¿Qué sentirían entonces en sus corazones al ver que se alejaba de ellos el Señor, su Dios, toda su esperanza y su gozo, a quien habían seguido con un amor incomparable? Amaban al Señor con tanta fuerza que era natural que sus corazones se fueran tras Él al Cielo, *«pues donde está tu tesoro –dice la Escritura– allí estará también tu corazón»*²⁰⁸.

Por medio de su amorosa Ascensión, nuestro Señor Jesucristo muestra su deseo y voluntad de llevarse al Cielo consigo el corazón, los sentidos y las potencias –tanto exteriores como interiores²⁰⁹– de sus amigos íntimos, para que no se quedasen en este mundo con satisfacción y placer, sino que toda su vida, todo su amor, todo su cuidado, todo su consuelo y todo su deleite estuvieran en los Cielos.

²⁰⁷ Hch 1,9.

²⁰⁸ Mt 6,21.

²⁰⁹ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

Ciertamente, conviene y es conforme a la naturaleza que los miembros sigan a su cabeza. Puesto que nuestra Cabeza, el Señor Jesucristo, ha subido a los Cielos para prepararnos un lugar y, precediéndonos humildemente, nos ha abierto y mostrado el camino por el que debemos seguirlo, nosotros hemos de pedir, junto con la esposa [del Cantar de los Cantares], que nos lleve con Él²¹⁰. ¿Quién podrá impedirnos seguir a nuestra amorosa Cabeza, sobre todo cuando Él mismo dijo: «*Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*»²¹¹. Su Fondo, su Fin, su felicidad y la nuestra no son en Él sino una sola felicidad, pues hemos salido del mismo Fondo con todo lo que somos. Por ello, con todo derecho debemos tender al mismo Fin y al mismo Fondo.

2. Debemos tener en cuenta, pues, que nuestro Señor Jesucristo nos ha precedido a la gloria y felicidad de Dios Padre. Así que, si nosotros queremos seguirlo adecuadamente, no solo hemos de conocer el camino, sino también recorrerlo como Él lo hizo durante treinta y tres años o más. Además, nuestro Señor pasó todo ese tiempo en una miseria, una pobreza, un desprecio y una amargura sin medida, hasta la muerte de Cruz. Este es el camino que nosotros hemos de seguir. En él tenemos que permanecer con ánimo fuerte e inquebrantable si queremos participar del triunfo del Señor en el Cielo.

Aunque todos los doctores hubiesen muerto y todos los libros y códices hubiesen sido devorados por el fuego, la vida y pasión de nuestro Salvador bastarían para instruirnos sobradamente. Él mismo es el Camino²¹², y sin Él no podremos llegar al deseado Fin por un camino distinto al que Él nos mostró con el ejemplo de su vida terrena.

²¹⁰ Cf. Cant 1,4.

²¹¹ Jn 20,17.

²¹² Cf. Jn 14,6.

[La atracción que Cristo ejerce en las personas]

Como el imán atrae al hierro en virtud de una potencia oculta de su naturaleza, así también Cristo Jesús atrae hacia sí todos los corazones que ha tocado. Y así como el hierro, tocado por la fuerza oculta del imán, tiende, contra su naturaleza, hacia el monte donde nace esta piedra²¹³ y no descansa hasta elevarse por encima de sí, así también todos los fondos que son movidos por esta piedra angular, el Señor Jesucristo, Hijo de Dios eterno, olvidándose de su naturaleza, siguen la atracción o el movimiento de Dios, y no les retienen lo próspero ni lo adverso, sino que tienden continuamente a Dios por encima de sí. Y ello [sucede] tanto más pura, libre y fácilmente cuanto más excelente y noblemente son movidos por Dios por encima de todo lo demás.

3. Hay determinados signos por los que se puede saber si se es movido por Dios o no. Ha de saberse que no son verdaderamente movidos por Dios aquellos que tienen un buen comienzo y que, aunque hacen obras dignas de alabanza con las que parecen obtener un gran provecho, pronto abandonan tan buenos comienzos y no dan fruto alguno. Estos ceden con demasiada facilidad a las tentaciones y dificultades, y son abatidos con suma rapidez. De este modo, vueltos a sus viejas costumbres, se apegan a los placeres de la naturaleza y las criaturas.

Son como perros inútiles que, cuando salen a cazar, como son incapaces de rastrear por sí mismos la noble presa, siguen a otros perros con experiencia en este arte. Pero no aguantan mucho tiempo tras ellos y, por eso, no alcanzan a su presa. Si hubiesen sido perseverantes en su carrera, la habrían perseguido donde fuera junto con los otros. Se distraen en el camino olfateando cualquier cosa y, de este modo, permiten que los perros más nobles les aventajen.

²¹³ Se refiere a la leyenda de la montaña de «piedra magnética» o «piedra imán», que atraía hacia sí todo el hierro de alrededor.

Es lo mismo que les ocurre a estas personas por su afición a los placeres terrenales. Basta apenas una hora para que, por el apego desordenado a los deleites carnales, dejen pasar de largo a la presa más noble de todas: Dios todopoderoso, y nunca más puedan darle alcance ni cazarla.

Los verdaderos perros de caza, cuando rastrean a la presa, la persiguen con entusiasmo a través del fuego y el agua, por entre picas y flechas, soportando todo tipo de dificultades, hasta darle alcance y capturarla. Asimismo, las personas perfectas y más nobles, en cuanto perciben la presencia de este Bien supereminente, lo persiguen hasta darle caza, sin que la prosperidad ni la adversidad puedan impedirselo. Pero los otros se detienen y no se esfuerzan por avanzar en el camino de la virtud. [Pues bien,] mientras Dios sea Dios, quien descuide aquí su progreso espiritual, pagará eternamente el precio de su negligencia.

[El rechazo a la atracción de Cristo]

Por lo demás, nadie puede culpar a Dios de no ser movido por Él. Pero muchos, en su ceguera, lo hacen hoy cuando dicen: «Dios no me toca ni me mueve como a este o aquel». Al decir esto, se equivocan y mienten contra Dios, que mueve, estimula y exhorta misericordiosamente a todos los hombres, porque, como afirma la Escritura, *«quiere que todos los hombres se salven»*²¹⁴, en cuanto depende de Él. Pero sus movimientos, exhortaciones y dones no son recibidos de la misma forma por todos.

Hay muchos que, cuando Dios se presenta con sus dones y carismas, tienen llena de huéspedes extraños la morada que solo Él debería ocupar [que es el fondo del alma]. Entonces, se ve obligado a retirarse. Dios no puede ocupar el alma mientras amemos otras cosas con preferencia a Él. Mientras esto sea así, tiene que retirar esos dones que está dispuesto a dar continuamente y a todos ofrece. Esta es la causa de nuestra perdición eterna. [Por tanto,] es culpa

²¹⁴ 1Tim 2,4.

nuestra, y no de Dios, que no seamos movidos por Él. Estamos siempre tan ocupados en vanidades y superficialidades que no percibimos la presencia de Dios ni somos conscientes de nosotros mismos.

Y es imposible expresar el daño eterno que ello nos produce. Este es un daño que solo podemos reparar [mediante estos ejercicios espirituales:] corrigiéndonos con un esfuerzo serio y continuo, invocando a Dios más frecuentemente con un corazón sincero y confiado, concibiendo una esperanza firme y amorosa en la divina misericordia –que nunca se agota y de la cual depende enteramente nuestra salvación– y uniéndonos sin ningún medio a nuestro muy dulce Creador, con toda la aplicación y fidelidad de que seamos capaces. Por estos medios reparamos más rápidamente nuestras negligencias y nos acercamos a Dios, a quien voluntariamente hemos postergado.

[La subida espiritual al Monte de los Olivos]

4. En este día de la Ascensión del Señor, deseo que conozcáis el lugar desde donde nuestro Señor subió a los Cielos: el Monte de los Olivos. Este monte estaba iluminado por una triple luz. En primer lugar, por la luz del sol naciente, pues es un monte alto y situado frente al Oriente. En segundo lugar –una vez que el sol se eleva– por la luz del templo. En tercer lugar, por la luz del aceite, cuya materia crecía en ese monte. Del mismo modo, el alma en la que Dios debe ascender entre aclamaciones²¹⁵ ha de ser un monte alto y elevado sobre todo lo caduco y terreno, de manera que pueda ser capaz de [recibir] una Luz triple, es decir, que pueda acoger en su interior a la santísima Trinidad para que brille en ella, realice en ella su amorosa obra como le plazca y, finalmente, para que el resplandor divino pueda difundirse en ella.

5. Este Monte de los Olivos, desde donde el Señor ascendió a los Cielos, estaba situado entre Jerusalén y Betania. Hijos míos,

²¹⁵ Cf. Sal 47,5.

quien quiera seguir a nuestro Señor Jesucristo tiene que escalar este monte, por difícil y penoso que ello sea. No hay sobre la tierra monte tan bello y agradable que no se deba escalar con esfuerzo y fatiga. Por eso, quien aspira a ser verdadero imitador y discípulo de Cristo Jesús, debe renunciar, sin duda alguna, a su propia naturaleza.

[La subida por la ladera de Betania: el sufrimiento ascético]

Es verdad que hay muchos que siguen voluntariamente al Señor, pero [bastantes] lo hacen rehuyendo todo esfuerzo y sufrimiento, sin querer soportar la más pequeña adversidad. Pretenden subir este monte solo por la parte que da a Jerusalén, es decir, aquella que les resulta agradable y carece de dificultades. Ellos buscan en sí mismos el descanso, la paz y el gozo. Pues bien, estos no madurarán en la virtud a no ser que suban también por la ladera que da a Betania, es decir, la del esfuerzo, la obediencia y la aflicción. De ahí que afirme el profeta real [David]: *«Bienaventurado el hombre cuyo auxilio viene de Ti. En su corazón ha dispuesto las subidas, en el valle de las lágrimas, en el lugar donde él está situado»*²¹⁶. En verdad, quien no ha puesto su lugar en este valle de lágrimas, permanece estéril y no crece en la virtud, aunque parezca gozar de una hermosa paz.

Por esta causa, todo hombre buscará, entre hondos suspiros, al amado Esposo de su alma, al Señor Jesucristo, que tanto se ha alejado de él y tan desconocido y oculto se le ha hecho. Además, cuanto más verdadera y perfectamente mueve Dios el fondo, tanto más manifiesto se hace en él, en una de las laderas del monte, en ese valle de lágrimas. Este [valle], aunque no tuviera ninguna otra utilidad, es muy necesario a causa de aquellos defectos, suciedad y pecados que yacen ocultos en nuestra naturaleza, que impiden al hombre recogerse asidua y noblemente en Dios. Ese recogimiento, por medio de la gracia de Dios, debería ser continuo en nosotros. [El hombre] se ve también impedido a ejercitar un múltiple y amoroso

²¹⁶ Sal 84,6-7 (Vulgata).

restablecimiento de todas las cosas en Dios, por medio del cual el hombre debería volver a situarlas, pura e ininterrumpidamente, en Dios. Pero con demasiada frecuencia el pesado fardo de su naturaleza se lo impide cuando ella, ocultamente, domina allí donde solo Dios debía gobernar.

[Pues bien,] aquí está una falda del monte, la que da a Betania.

[La subida por la ladera de Jerusalén: el gozo místico]

6. Ciertamente, si el hombre fuese plenamente consciente de esto, no se dejaría llevar completamente [por la ladera que mira] hacia Jerusalén, es decir, hacia la paz, para poseerla a ella sola. Sin embargo, esa paz, ese consuelo, ese gusto de Dios y esa devoción sensible le serán útiles porque le fortalecerán para poder soportar con ánimo todo el dolor y la miseria de ese valle de lágrimas. Gracias a Jerusalén, no desfallecerá bajo el peso de la pasión o de este penoso exilio, cuando el consuelo y la dulzura divinos lo abandonen y lo dejen en un estado de gran desolación y amargura, como aconseja el sabio [Jesús ben Sirá] al decir: «*En los días malos, no te olvides de los buenos*»²¹⁷. [Por eso,] es necesario que ambas faldas del monte, la que mira a Jerusalén y la que da a Betania, estén en todo hombre.

[Para alcanzar la cumbre es necesario morir espiritualmente en Jerusalén]

7. «Jerusalén» significa *visión de paz*. En esa ciudad de la paz, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios eterno, después de sufrir todo tipo de suplicios, castigos y ultrajes, fue condenado a muerte. Y de ese mismo modo, en esa paz, todo siervo de Dios debe morir a todo egoísmo y debe ofrecer a Dios esa misma paz junto con la renuncia perfecta a todo lo propio. Es necesario, asimismo, que viva entre judíos malvados e impíos y, lo quiera o no, que sea entregado a sus

²¹⁷ Eclo 11,27 (Vulgata).

manos para que lo golpeen, azoten y torturen, y que lo aparten de su compañía y lo echen de su lado como a un sacrílego impostor. [Y también] lo juzgarán y condenarán para, finalmente, hacerlo desaparecer de todos los corazones.

[Efectivamente, el hombre] tiene que morir [interiormente] si quiere que Dios sea, sin medio alguno, su vida y su ser.

Además, así como los judíos creían prestar un servicio a Dios al crucificar al Señor, habrá muchos que, al maltratarle y condenarle, les parecerá, sin embargo, que actúan bien y que están prestando a Dios un gran servicio. [Pero,] si rodeado de tentaciones, dificultades y angustias, [el hombre] sabe permanecer en Jerusalén y conservar una paz plena e íntegra en medio de la tribulación, [entonces] será feliz sin duda alguna, y la verdadera «*Paz de Dios, que supera todo entendimiento*»²¹⁸, nacerá esencialmente en él.

[También es necesario el aceite de la devoción]

Finalmente, en este monte crece el olivo, que da el aceite. Este simboliza la devoción verdadera, que consiste en estar unido espiritualmente a Dios, con la firme voluntad de amar intensamente todo lo que pertenece a Dios y a su culto; es estar constantemente ligado a Él en el fondo, y quererlo y buscarlo en todas las cosas. Esta devoción es un aceite que supera todo gusto, devoción y dulzura sensibles, nadando por encima de ellas. Cuanto más tiene uno de este aceite, tanto más auténticamente devoto es en su fondo.

En esta devoción, el verdadero ejercicio [espiritual] consiste en renovar [o purificar] a menudo nuestro fondo con el fuego del amor a Dios, y en observar cuál es nuestra intención en todas nuestras obras y en el modo de hacerlas, para evitar que se oculte en él la falsedad, no sea que la naturaleza desplace a Dios y esta opere donde creemos que opera Él.

²¹⁸ Fil 4,7.

[En efecto,] es verdaderamente lamentable el gran número de laicos y religiosos que no buscan a Dios sinceramente en todas las cosas, sino a sí mismos o a su propio interés. También resulta deplorable que hoy existan tan pocos que sirvan a Dios por sí mismo, es decir, que no busquen en ello ningún gozo, consuelo, felicidad ni cualquier otra cosa, ni en este tiempo ni en la eternidad, sino solo a Dios.

Que Él nos conceda ascender con su Hijo unigénito desde este exilio, lejos de toda criatura mortal, para que merezcamos poseer con Él la vida eterna. Amén.

21. CUARTO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

EXPERIMENTAR LA UNIÓN CON DIOS TRAS SUPERAR LAS TENTACIONES

(V. 21, sobre Hch 1,8)

«Seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaria»
(Hch 1,8).

[El seguimiento de Cristo]

1. Amados míos, hoy celebramos la fiesta en que nuestro Señor Jesucristo, que es Cabeza de todos los elegidos, subió con poder al Cielo. Desde entonces, no solo es posible, sino también digno y justo que los miembros [de su Cuerpo místico: la Iglesia²¹⁹], es decir, todos los elegidos, sigan a la Cabeza y, subiendo al Cielo en pos de Él, no busquen ningún consuelo, ningún deleite ni apoyo en este mundo inestable para [, así,] seguirlo solo a Él en todo tiempo, en todas las cosas, con amor y aplicación.

Los elegidos deben perseverar hasta el fin por el camino que Cristo ha seguido por su amor ardiente a la salvación de nuestras almas, precediéndonos voluntaria y alegremente a través de intensos sufrimientos y aflicciones. Pues si «*era conveniente que Cristo sufriera y así entrara en su gloria*»²²⁰, considero muy digno que nosotros sigamos valientemente a nuestro amoroso Guía, que, para darnos ejemplo, levantó el primero la bandera de su amarga pasión.

Todos cuantos desean ser verdaderos imitadores de nuestro Redentor, Dios y Señor, deben recibir humildemente sobre sus hombros la cruz de sus pasiones y aflicciones, interiores y exteriores,

²¹⁹ Cf. Col 1,18; 1 Co 12,27.

²²⁰ Lc 24,26.

de dondequiera que vengan, merecidas o no, y llevarlas alegremente detrás de su Señor. Así llegarán a donde él les precedió.

Amadísimos, podemos comprobar cómo muchos amantes de este mundo, en su infelicidad, le pagan una dura servidumbre a cambio de la vil recompensa de una honra y una fama efímeras. Y para conseguir el premio deseado –ya sea honor, riquezas o fama–, renuncian con gusto y hasta con alegría a todo consuelo y tranquilidad, ponen en peligro su cuerpo y todos sus bienes y arden en deseos de experimentar, en tierras lejanas y a riesgo de su propia vida, diferentes e inciertas situaciones de guerra, miserias y calamidades.

[Pues bien,] cuánto más nosotros, a quienes nos esperan premios eternos, hemos de renunciar con entereza, por el sumo Bien que es Dios todopoderoso, a todo consuelo, amor, gozo, tranquilidad y honor, y seguir a nuestra dulcísima y amorosa Cabeza, Jesucristo, a fin de que seamos vivificados por su Espíritu como miembros suyos. No hay ningún miembro del cuerpo que no se pudra rápidamente y tenga que ser cortado si no está unido a la cabeza y recibe de ella su continuo influjo.

[La tentación de buscar una falsa paz interior]

2. Pasemos ahora a considerar las palabras de la lectura de hoy en las que leemos que Cristo dijo a sus discípulos cuando se disponía a subir al Cielo: «*Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaria, y hasta el confín de la tierra*»²²¹.

En primer lugar, ha de saberse que Jerusalén ha sido un lugar de paz y de tribulación. En esta ciudad, nuestro Señor Jesucristo soportó castigos inhumanos difíciles de expresar y crueles tormentos y, al fin, por la salvación de todos, recibió la sentencia de una muerte de lo más ignominiosa. Y en esta misma «ciudad» debemos ser testigos de nuestro Señor, no con palabras, sino con

²²¹ Hch 1,8.

obras y con la vida, siguiendo sus huellas en la medida de nuestras fuerzas.

Ciertamente, es fácil encontrar a muchos que desean ser testigos del Señor en la paz, cuando todo sucede como ellos quieren. Les encantaría ser santos, pero sin esfuerzo, sin molestia, sin dificultad, sin ejercitarse. [Pero] cuando llega la prueba, y se ven sacudidos por la amargura, la desolación, las tinieblas y fuertes tentaciones, y ya no sienten el gusto de Dios sino un absoluto abandono exterior e interior, [entonces] desisten rápidamente de su propósito y dejan de ser verdaderos e idóneos testigos del Salvador.

Esto es común a todos [los elegidos], pues en todo lugar y en todas sus obras buscan la paz, desean gozar de [una] paz [caprichosa y egoísta]. Pero es conveniente rechazar por completo y dominar esa búsqueda de paz y dedicarnos con un serio esfuerzo a tener en todo tiempo paz en la tribulación, pues de ahí nace una paz verdadera, segura y perseverante.

[Efectivamente,] mientras buscamos o amamos cualquier otra cosa, nos engañamos a nosotros mismos. Pero si todo nuestro empeño va encaminado a conservar en todo tiempo la alegría en la tristeza, la paz en la tribulación, la simplicidad en la multiplicidad y el consuelo en la amargura, entonces seremos verdaderos testigos de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, como lo eran los discípulos elegidos, a quienes el Señor les deseó siempre la paz, antes de su muerte²²² y después de su resurrección²²³. En esta vida nunca tuvieron paz exterior, pero siempre conseguían [experimentar] paz esencial y auténtica en medio de la tribulación, prosperidad en el dolor, amor en el sufrimiento y vida en la muerte, alegrándose cuando les odiaban, les juzgaban y los condenaban a muerte. Estos [sí] se mostraron como verdaderos testigos de Dios.

Por el contrario, no es difícil encontrar a algunos –yo los he conocido– a los que la dulzura divina les inundó el cuerpo y el alma de tal manera que penetró hasta la médula de los huesos y las venas.

²²² Cf. Jn 14,27.

²²³ Cf. Jn 20,19.

Pero cuando a estos les llegan la oscuridad y la aflicción, se sienten abandonados –dentro, por Dios; fuera, por las criaturas– y no saben adónde ir ni en quién refugiarse. Estos raramente obtienen verdadero provecho [de la paz interior].

Sin embargo, quienes son de tal condición que, cuando irrumpen con fuerza la violenta tempestad de las tribulaciones, la desapropiación interior y la adversidad exterior, las duras tentaciones del mundo, el demonio y la carne, todo lo vencen y lo superan con verdadera paciencia. [Pues bien,] estos [sí] encuentran la paz verdadera y esencial, que ninguna criatura en este tiempo podrá quitarles. [Pero] quienes no siguen este camino, nada aprovecharán y nunca sentirán la verdadera paz.

[La tentación de buscar seguridades exteriores]

3. Luego dijo el Señor: «*Seréis mis testigos en toda Judea*». «Judea» significa *confesión de Dios* o *alabanza a Dios*. Por tanto, somos verdaderos testigos suyos si lo confesamos en todas nuestras obras, costumbres e intenciones, y no solo en la prosperidad, mientras abundamos en un consuelo y una devoción sensibles, sino también en la adversidad, cuando nos vemos privados de ellos y nos atacan por todas partes.

Muchos, mientras todo les va como esperan, están convencidos de que confiesan, conocen y aman a Dios como hay que hacerlo. Pero, cuando se presentan de repente pruebas muy duras, su ánimo decae de tal manera que ya no saben en qué les ha aprovechado todo lo anterior ni en qué situación se hallan ahora.

Esto es indicio manifiesto de que su confesión no procedía de un amor puro a Dios, sino de una devoción únicamente sensible, que es un fundamento tan débil e inestable como la arena, en el que prefirieron depositar su confianza antes que en Dios, en quien debían apoyarse tanto en la prosperidad como en la adversidad.

[En efecto,] esto es lo que hacen los auténticos testigos de Dios, que perseveran siempre firmes y estables, apoyándose en Dios tanto si les sonrío la fortuna como si no, abandonados confiadamente a su

voluntad. Así, conservan una paz inalterable en Él y con Él en todas las circunstancias de la vida, y no confían demasiado en sus propios criterios y prácticas.

Hay, sin embargo, otros muchos que, mientras sus prácticas funcionan y les parece haber hecho grandes cosas, ponen en ellas toda su confianza y, como si fueran algo, se apoyan en ellas más de lo conveniente. Pero Dios, en su singular e inmensa bondad, les quita frecuentemente esta confianza, impidiendo que puedan actuar de acuerdo con su voluntad propia. [Y, así,] si desean estar despiertos, les entran ganas de dormir en contra de su voluntad; si quieren ayunar, se ven forzados a comer; si buscan descansar en el silencio y la quietud, se les ordena ir en sentido contrario.

Todo esto, por disposición de Dios, ocurre así para que se derrumben todas aquellas cosas en las que [algunos] se apoyan o confían excesivamente, y, [de este modo,] siendo llevados al conocimiento de su propia nada, se apoyen totalmente en Dios todopoderoso, lo confiesen con la fe simple y pura que actúa por medio del amor y no den ninguna importancia a todo lo demás.

Es cierto que, así como los hombres pecadores y mundanos se alejan de su salvación por el deleite de los sentidos, el honor, las riquezas o los nocivos placeres de su cuerpo, así también, estas personas, a causa de sus [falsos] deleites internos, cuando gozan o gustan de la dulzura de las efusiones y dones divinos, quedan privadas de la simple e íntima confianza que debían tener únicamente en Dios y de la verdadera pobreza de espíritu por la que convenía que se abandonaran a su divina voluntad.

Como ya se ha dicho, «Judea» significa también *alabanza a Dios*. En verdad, si uno pudiera encontrar el camino de la alabanza a Dios en todas las cosas, vengan de donde vengan, de dentro o de fuera, favorables o desfavorables, sin duda habría acertado plenamente. Y si supiera ofrecerlo todo a Dios con acción de gracias, entonces sería, sin duda, un verdadero testigo de Dios.

Por ello, amadísimos, os amonesto a que aprendáis a referirlo todo a aquel Origen y Fondo divino, del que todo ha fluido, y no os apeguéis a nada, sino que cuidéis de refluir con todas las cosas a

Dios, de quien habéis emanado. De aquí nace una alabanza pura a Dios, que producirá frutos nobilísimos en el fondo [del alma]. Allí, las flores y los frutos son una sola cosa. Allí, Dios está en Dios y la Luz en la Luz.

En este fondo [del alma], todo lo que os suceda, sea dentro o fuera, de dondequiera que ello venga, ofrecedlo puramente a Dios. Y, junto con ello, ofreceos también a vosotros mismos.

[La experiencia de la unión con Dios]

4. Luego, Cristo añadió: «*Seréis mis testigos en Samaria*», es decir, en la *unión divina*. En este mundo, no puede darse ningún testimonio más verdadero que el de quien está verdaderamente unido a Dios. En esta unión, [el hombre] no solo se eleva sobre todas las criaturas, sino también sobre sí mismo. Pues en la Unidad de Dios se pierde toda multiplicidad y el espíritu se eleva sobre toda multiplicidad. En esta experiencia, las potencias superiores [o incorpóreas²²⁴] son arrebatadas al Cielo, donde todos los santos están unidos en Dios con una unión divina, y allí gustan su felicidad y bienaventuranza, y gozan de Dios en la verdad. Al mismo tiempo, arrastran tras de sí sus potencias inferiores [o corpóreas²²⁵], en cuanto es posible en esta vida.

Cuantos han alcanzado este grado, ya pueden confesar con toda seguridad los dones especiales que Dios les ha concedido y todo lo que Dios todopoderoso se dignó hacer en ellos y alrededor de ellos por una gracia singular. Todos esos dones confiesan a Dios y, por eso, estos [hombres] no se atribuyen ninguno. Luego, son arrebatados a otro Cielo hasta la misma Esencia divina, donde el espíritu se pierde por completo, se abisma en Dios y es absorbido totalmente en Él.

¿Qué es lo que le sucede aquí al espíritu? ¿Y qué dulzura siente y experimenta aquí? Esto nadie puede expresarlo en palabras,

²²⁴ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 13.

²²⁵ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

ni imaginarlo, ni entenderlo. ¿Quién puede comprender aquello que ni el propio espíritu comprende²²⁶? En efecto, este se ha abismado y fundido de tal modo en el Abismo divino, que nada sabe, nada siente, nada gusta sino solamente a Dios en su pureza, desnudez y simplicidad.

Desde allí, volviendo su mirada al más insignificante y pequeño de sus ejercicios [espirituales], considera atentamente si algo imperfecto queda en él para perfeccionarlo, regenerarlo y vivificarlo. De este modo, un hombre como este está suspendido entre el Cielo y la tierra. Según sus potencias superiores, ha sido elevado por encima de sí mismo y de todas las cosas, y vive en Dios, lleno de felicidad. Según sus potencias inferiores, ha sido colocado por debajo de todas las cosas y sumergido en el fondo de una profundísima humildad, y es como un *principiante*. Sabe mantenerse en el ejercicio [espiritual] más bajo por el que había comenzado. Y no hay nada, por insignificante que sea, que desdeñe realizar a causa de su pequeñez.

En todo tiene paz. Así es testigo esencial de Dios, confesando que Él es el que ha bajado del Cielo y de nuevo ha subido al Cielo, el cual está por encima de todos los cielos.

[Pues bien,] cuantos desean llegar allí han de hacerse uno con Dios y no pueden alcanzar esa meta sino en Él, con Él y por Él.

[En definitiva,] quien vaya por este camino, avanzando por una senda recta y segura, nunca se perderá, no tendrá una falsa conciencia, no debilitará su cabeza ni dañará su cerebro. [Sin embargo,] quien deambule siempre de aquí para allá, siguiendo los consejos erróneos de sus sentidos o preguntando acerca de sus dudas [que son fruto de una mente divagante²²⁷], hará perder el tiempo a sí mismo y a otros.

Que la clemencia del Señor, nuestro Salvador, nos ayude a todos. Amén.

²²⁶ Cf. 2Cor 12,2-4.

²²⁷ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

22. QUINTO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

SER ELEGIDO POR DIOS

(V. 22, sobre Hch 1,15-26)

«En aquellos días, Pedro se levantó en medio de sus hermanos y dijo...» (Hch 1,15-26).

1. En el capítulo primero de los Hechos de los Apóstoles se lee que estos, después de que nuestro Señor Jesucristo había ascendido al Cielo, «regresaron a Jerusalén desde el monte que llaman de los Olivos, que está cerca de Jerusalén, realizando un “trayecto de sábado” [es decir, lo que se permitía caminar en sábado]. Y una vez que entraron en la ciudad, subieron al cenáculo [...] y allí perseveraron unánimes en la oración [...] Y en aquellos días, Pedro se levantó en medio de sus hermanos»²²⁸ y les habló sobre la apostasía de Judas y sobre la necesidad de poner a otro en su lugar²²⁹. Entonces, «propusieron a dos: José, llamado Barsabá, apodado “Justo”, y Matías»²³⁰. Después de orar, «echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue asociado a los once apóstoles»²³¹.

[El regreso a la verdadera paz movidos por el amor]

Lo primero que hay que destacar es que los apóstoles regresaron a Jerusalén, que –según recuerdo haber dicho en el sermón precedente– era una ciudad de verdadera paz y una ciudad de tribulación. Pero es imposible que uno tenga verdadera paz a no ser que se cumplan estas dos condiciones: primero, que sienta paz

²²⁸ Hch 1,12-13.14.15.

²²⁹ Cf. Hch 1,16-22.

²³⁰ Hch 1,23.

²³¹ Hch 1,26.

en la tribulación y alegría en la adversidad, y, segundo, que aprenda a encontrar la abundancia en la escasez.

[Pues bien,] hemos leído que ellos regresaron del monte de los Olivos al monte Sion [donde está situada la ciudad de Jerusalén]. Así también nosotros, una vez que hayamos trascendido y dejado todas las cosas de aquí abajo, debemos elevarnos con todas nuestras facultades y toda el alma hasta las cimas de la eternidad. Eso hizo el santo patriarca Abrahán, que, cuando se disponía a ofrecer a Dios en sacrificio a su propio hijo, dejados los criados y el asno, subió con su hijo al monte²³².

La guía en esta ascensión es la propia voluntad [es decir, el deseo o el amor], que puede mandar con plena autoridad sobre todas las facultades exactamente igual que un príncipe en su territorio o que un padre de familia en su casa. Por tanto, la voluntad debe impulsar hacia arriba al hombre por encima de todo lo visible.

[Tener como fin último descansar en Dios]

Asimismo, se dice que los discípulos, tras regresar del monte, entraron en el cenáculo. Un cenáculo es un lugar apropiado para la cena, y la cena es una comida vespertina. Después de la cena, ya no queda ninguna comida ni ninguna labor que hacer, sino solo el descanso.

Prestemos aquí atención al significado de la siguiente afirmación: «*los discípulos subieron al cenáculo*». Así como los discípulos permanecieron en el cenáculo, así también nuestra mente y nuestras facultades deben descansar y establecer su fin –tanto en modo esencial como en modo activo– en aquello en lo que todas las cosas tienen su Fin –después de lo cual no queda ninguna comida ni labor por hacer–, es decir: en Dios, pues en Él hay un descanso eterno.

²³² Cf. Gn 22,5-6.

[Así pues,] todo el que, en su fondo interior, dirige su atención hacia otra parte, no la dirige hacia ese Bien purísimo que es Dios, y [, por tanto,] no espera adecuadamente ni se prepara verdaderamente para recibir al Espíritu Santo.

[La tentación de hacer nuestro el bien que Dios obra en nosotros]

Después de esto, reunidos los discípulos en el cenáculo, Pedro –que por haber confesado al Señor puede ser llamado «confesor» o «testigo»–, levantándose en medio de los hermanos, pronunció unas palabras sobre la conveniencia de poner un verdadero *testigo* en lugar de Judas. No se le ocultaba a Pedro –que, como ya hemos dicho, puede ser llamado «testigo»–, que Judas había sido un ladrón y un traidor. Por ello, quiso poner a otro en lugar de aquel que se había separado del grupo deslealmente.

¿Qué decir aquí, amadísimos? Que también en nosotros está ese «Judas» que simboliza la apropiación o usurpación temeraria y furtiva del bien que Dios obra en nosotros por su generosa bondad, en el sentido de que nos lo apropiamos como si fuera nuestro y lo hubiéramos hecho nosotros, o como si el Señor lo hubiera hecho en nosotros por nuestros méritos, y [por ello] no tememos exigir [para nosotros] la alabanza de los hombres por dicho bien.

[Pues bien,] cuando el verdadero conocimiento [divino] se da cuenta de esto, no puede admitirlo y pone a otro en lugar de ese ladrón [que somos nosotros].

[Dios solo elige a los humildes]

2. Luego, propusieron a dos: a José, llamado Barsabá, que no solo fue apodado «Justo», sino que lo era verdaderamente, y a Matías. De estos, el primero, «Barsabá», significa *consuelo divino*, y «José», *obediente*. Junto con este fue propuesto «Matías», que puede significar *pequeño de Dios*. Echada la suerte, esta no cayó sobre José, el obediente y justo. [Paradójicamente,] este no mereció ser elevado al grado de apóstol, aunque hubiese nacido justo y [fuese hijo] del

consuelo divino, lo que a nosotros nos parece algo grande. Por el contrario, la suerte cayó sobre Matías, es decir, el que es pequeño ante Dios.

Amadísimos, esa pequeñez, esa humildad supera toda obediencia, justicia y consuelo divino, aunque las tres son virtudes muy nobles. Solo es elegido el que es pequeño y humilde, y es preferido a todos, aunque esto parezca sorprendente a los ojos de los hombres.

En consecuencia, quien desea llegar al grado más excelente de honor y de vida para ser apóstol y testigo de Dios en el modo más elevado, deberá declararse y considerarse sinceramente ante Dios como el más pequeño y el último de todos. De este modo, la suerte [es decir, la elección] caerá sobre él sin duda alguna, cosa que, de otra manera, jamás ocurriría. Todo su afán y todo su interés han de estar encaminados a ser tenido como vil y despreciable, a ser minusvalorado por todos, y entonces, con absoluta certeza, Dios lo elevará al grado de honor más digno y más alto, como los apóstoles, que fueron para Él más queridos que todos los hombres. Para llegar a este grado no hay otro medio que una profunda humildad.

En verdad, quien pueda llegar al fondo [del alma] y conocer ahí perfectamente su propia nada, y reconocer y confesar ante Dios su pequeñez y su nada, y hacerlo sinceramente y en verdad, no solo con el pensamiento o la apariencia –pues esta es la «humildad fingida» o la «humildad compuesta», hermana y compañera de la soberbia, y pariente de la arrogancia, muy alejada de la verdadera humildad, por la que nos sujetamos no solo a Dios, sino también a todas las criaturas–; [pues bien,] quien pueda llegar ahí, como decía, ese estará verdaderamente preparado para recibir al Espíritu Santo y alcanzar una gracia copiosa en esta vida.

Que Dios todopoderoso se digne conceder esto a todos nosotros, por los siglos de los siglos. Amén.

**23. SERMÓN PARA EL DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA
ASCENSIÓN DEL SEÑOR²³³**

DEJAR AL ESPÍRITU SANTO QUE DESCienda SOBRE NUESTRO CORAZÓN

(V. 23, sobre 1Pe 4,7)²³⁴

«*Sed prudentes y vigilad en oración*» (1Pe 4,7).

[El Espíritu Santo desciende sobre aquellos que son dignos de Él]

1. La santa Iglesia celebra hoy, de forma universal, el solemne envío del Espíritu Santo, que Dios infundió de modo especial y visible sobre los apóstoles y discípulos. Era necesario que estos recibieran una luz más copiosa que todos los demás hombres y que fueran encendidos en un amor ardiente a la Divinidad para que [, así,] fuesen modelo de toda perfección y dejaran a la posteridad ejemplo de una vida perfecta.

También eran merecedores de recibir una gracia más abundante del Espíritu Santo, porque habían sido privados de todo consuelo y estaban abandonados y desamparados interior y exteriormente. Después, mientras vivieron en este mundo, se hicieron cada día más capaces del Espíritu Santo y cada vez más idóneos para recibirlo.

Del mismo modo, todo amigo de Dios debe celebrar en su alma, cada día y a todas horas, esta amorosa festividad del Espíritu Santo, de manera que también él, a cada hora, pueda hacerse apto para recibirlo. Cuanto más se prepare, se consagre a ello y se recoja

²³³ En la edición de Surio: *Primer sermón para la fiesta de Pentecostés*.

²³⁴ En la edición de Surio, la cabecera del sermón tiene este texto bíblico, que parece no encajar:

«*Si uno me ama, guardará mi palabra*» (Jn 14,23).

interiormente –[es decir,] cuanto más capaz de recibirlo se haga–, más abundantemente le será enviado el Espíritu Santo.

Por tanto, no hay duda de que, tal como fue enviado el Espíritu Santo a los apóstoles el día de Pentecostés, así descenderá espiritualmente cada día, con dones y carismas nuevos y especiales, sobre todos aquellos que se apliquen y preparen de buen grado para recibirlo.

[La preparación para recibir al Espíritu Santo]

2. Pero ¿cómo debemos prepararnos para recibir al Espíritu Santo? El apóstol Pedro, el príncipe de los apóstoles, nos lo explica claramente, diciendo: «*Sed prudentes*». Aquí, por «prudencia», se entiende no solo el conocimiento o la sabiduría, sino también la experiencia, en el sentido de que cuando experimentamos algo frecuentemente, lo conocemos mucho mejor.

Así pues, el príncipe de los apóstoles nos exhorta a ser prudentes, es decir, a ser experimentados, cautos, atentos a todo lo que hacemos u omitimos, examinando cuidadosamente –auxiliados por la luz de la razón–, a qué nos dedicamos, qué buscamos y qué perseguimos con apego y solicitud: si es puramente Dios o es otra cosa.

En verdad, la preparación inmediata y más auténtica para la eminente recepción del Espíritu Santo descansa en cuatro puntos, los cuales nos disponen a ella de un modo excelente. Estos son: verdadero desapego, desnudez interior, inhabitación de la vida interior y unificación. Por medio de ellas nos preparamos de la mejor forma posible para la recepción del Espíritu Santo. Quien las posee abundantemente, y progresa y crece en ellas, ese es el más capaz de recibir al Paráclito.

[Cómo alcanzar el verdadero desapego]

3. ¿En qué consiste, preguntará alguien, el verdadero y puro desapego? En prescindir de todo lo que no es puramente Dios. [Para

ello, el hombre ha de aplicarse] a examinar cuidadosamente, con la luz de la razón, cada una de sus palabras, acciones y pensamientos, vigilando atentamente si en su fondo interior se oculta algo que no es puramente Dios, o si no busca a Dios en todo lo que hace u omite. Y si encontrara alguna cosa a la que se siente inclinado fuera de Dios, ha de dejarla inmediatamente.

Pero esto atañe no solo a personas recogidas, que cultivan la vida interior, sino también a cualquier hombre bueno. [Pues] hay muchos hombres buenos, ocupados en grandes y laudables prácticas de piedad, que permanecen completamente ignorantes de la vida interior. Ellos están obligados también a observar qué cosas son las que les separan del Amor de Dios y del verdadero provecho espiritual. Y en cuanto lo averigüen, deben dejarlas sin demora y renunciar a ellas por Dios, pues están obligados a alejarse totalmente de ellas como de obstáculos reales.

Este desapego es absolutamente necesario para todos cuantos desean recibir el Espíritu Santo Paráclito y sus abundantes carismas: tienen que buscar puramente a Dios y dejar todo lo que está fuera de Dios o no es Dios.

[Pero] este desapego y la espera del Espíritu Santo no son iguales en todos, sino que dependen de la diversidad de los hombres. Algunos reciben el Paráclito en los sentidos, por medio de formas e imágenes sensibles. Otros lo reciben intelectualmente en las potencias superiores [o incorpóreas²³⁵], lo cual es un modo mucho más excelente que el anterior. Otros, finalmente, lo reciben no solo en los dos modos mencionados, sino también en el abismo secreto, en el reino escondido, en el fondo gozosísimo [del alma], en el que se encuentra la Imagen de la santísima Trinidad y la parte más noble del alma. Este es el lugar propio del Espíritu Santo y en él se reciben sus dones de un modo divino.

Cada vez que el hombre mira con la luz de su razón en este fondo y se vuelve de nuevo a Dios, se produce entonces una

²³⁵ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 13.

renovación y una nueva inspiración del Espíritu Santo y [, así,] le son infundidos –incluso a cada momento– nuevos dones y carismas. Insisto: [esto ocurre] cada vez que uno se vuelve hacia ese fondo con la prudencia y el desapego mencionados, [es decir,] cada vez que observa y escruta atentamente todo lo que hace u omite, todos sus caminos, modos y palabras, examinando si se oculta en ellos algo que no es Dios y si toda su intención se dirige solo a Dios. Y si descubre en todo ello algo que no es puramente Dios, lo juzga por medio de la razón, lo orienta y lo corrige.

Así pues, la razón, con su luz, debe ordenar, dirigir y moderar, en primer lugar, las *virtudes naturales* o morales: la humildad, la mansedumbre, la piedad, la calma, la misericordia, etc. Y ha de examinar cuidadosamente dichas virtudes [para comprobar] si provienen de Dios o no. Luego examinará las *virtudes cardinales*: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

La luz de la razón examinará a fondo todas estas virtudes y todo lo que hay en el hombre. [Y así] lo iluminará, lo ordenará y lo embellecerá. También armonizará todas las cosas según su orden verdadero y divino, de manera que todas ellas se hagan, con intención pura, en Dios y por Dios.

Así, cuando el Espíritu Santo, cuya naturaleza es la bondad, advierte que el hombre ha hecho lo que estaba en su mano, viene con su Luz y la irradia sobre el hombre, infundiendo en él las *virtudes sobrenaturales* o teológicas del alma: la fe, la esperanza, la caridad y la gracia. Y en este desapego, el hombre prudente se hace virtuoso y deiforme.

Pero todo esto debe ser examinado con mucha atención a la luz de la verdad, pues se mezclan muchas cosas. [De hecho,] puede ocurrir que el hombre, estando convencido de que buscaba puramente a Dios, se dé cuenta de que no era así, al llegar al fondo [de la verdad²³⁶].

²³⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin, en vez de «fondo de la verdad» dice «fondo de las cosas».

[Cuando la angustia amenaza con arruinar nuestra búsqueda de Dios]

4. Pero conviene saber y no perder de vista lo siguiente: en el hombre que busca puramente a Dios nace a menudo una opresión y una angustia grandes por creer que, en realidad, su búsqueda de Dios no ha sido tan pura, [llegando al convencimiento de] que todos sus esfuerzos han sido vanos y que ha perdido todo el trabajo. En consecuencia, pierde la paz del corazón y cae en una profunda tristeza. Esta opresión procede a veces de un carácter naturalmente melancólico, a veces de la influencia del cielo o de la inestabilidad atmosférica, y a veces incluso del enemigo [es decir, del diablo], que intenta perturbar al hombre bueno con tales sugerencias. Pero este ha de rechazarlas apaciblemente, con benigna y paciente dulzura. Así se vencen más fácilmente.

Algunos se equivocan al querer quitarse de encima tal angustia de forma impetuosa y violenta. Con esa actitud, lo único que consiguen es dañar y debilitar su cabeza. Acuden en busca de ayuda y consejo a doctores y amigos de Dios, creyendo que así resolverán el problema. Pero se enredan cada vez más porque nadie puede sacarlos de allí fácilmente.

Por esta razón, cuando surgen en el hombre una angustia y una «tempestad» semejantes, debe actuarse como cuando estalla una tempestad de lluvia y granizo: todos se ponen a cubierto hasta que la tempestad se calma y la lluvia cesa. Del mismo modo, cuando el hombre siente en su interior que no quiere ni desea otra cosa sino a Dios, al ser atacado por esa angustia, ha de huir tranquilamente hasta recobrar completamente la calma y, manteniéndose humildemente en un verdadero abandono y en un paciente desapego, esperar a Dios con ánimo sereno.

¿Quién sabe de qué modo quiere Dios –en su inmensa bondad– visitarlo e infundirle sus dones y carismas? [Nadie. Por eso el hombre] ha de mantenerse pacientemente bajo el techo de la voluntad y el beneplácito divinos, en la certeza de que esto es cien veces más grato a Dios y le complace más que la abundancia de la

devoción sensible, el ofrecimiento cotidiano a Él de muchas virtudes y el florecimiento interior en la irradiación de la Luz divina.

[La corrupta naturaleza humana pone en peligro la acción sobrenatural de Dios en el alma]

En este estado de angustia, el hombre no se apropia tan fácilmente de sí mismo y de sus bienes como [cuando goza] en la abundancia del consuelo, la dulzura y la devoción sensibles. [Pues,] en esta abundancia, la naturaleza [es decir, lo puramente humano y material] suele mezclarse [con el gozo sobrenatural que proviene de Dios], y [, por ello,] al experimentar el alma un deleite excesivo, acaba recibiendo una mancha, porque los dones de Dios no son Dios mismo, [siendo Él] el único en quien debemos deleitarnos, no en sus dones o en cualesquiera efusiones divinas.

5. [En efecto,] la naturaleza [humana], estando profundamente corrompida, es tan «pegajosa» y, a causa del amor egoísta, está tan inclinada a sí misma, que siempre intenta mezclarse con esos dones [sobrenaturales provenientes de Dios], adueñándose así de lo que no es suyo. De este modo, corrompe y contamina los dones purísimos de Dios e impide su noble obra en el alma. A causa de esta infección, la cual contrajo por el pecado original, la naturaleza siente una fuerte inclinación hacia sí misma en todas las cosas. Hablando de esta infección, [santo] Tomás de Aquino afirma que el hombre, a causa de ella, se ama más a sí mismo que a Dios, a sus ángeles o a cualquier cosa creada por Él²³⁷. Dios no creó así la naturaleza, sino que ella misma se hizo tal por alejarse de Él y consentir al pecado.

Esta infección –o corrupción– está tan adherida a la naturaleza [humana] y tan profundamente arraigada en su fondo, que los teólogos, por sabios y entendidos que sean, se ven incapaces de rastrearla o comprenderla. Aun con todo su esfuerzo y dedicación, apenas pueden extirpar esa corrupción –y falso fondo– del espíritu y la naturaleza [del hombre].

²³⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I II, q.109 a.3; q.81 a.1 c.

Por eso, sucede a menudo –hecho que produce un enorme dolor– que, mientras cree que está buscando puramente a Dios, el hombre, a causa de esta funesta infección, se inclina hacia sí mismo, buscando y persiguiendo su propio interés en todas las cosas. Esto ya lo predijo el Apóstol en su [segunda] Carta a Timoteo: «*En los últimos días, vendrán tiempos difíciles y los hombres serán amantes de sí mismos*»²³⁸. [Pues bien,] esto ya se ha manifestado y [, de hecho,] aparece de manera evidente en todo estado, sexo y grado, en eclesiásticos y religiosos tanto como en seculares. Es lamentable comprobar cuán peligrosamente uno roba y saquea los bienes de otro con los más variados e inicuos métodos, y para no ser reprendido por sus delitos, [el hombre] busca confesores de su misma pasta y de sus mismas inclinaciones, que se sirven de textos de autores paganos y de la Sagrada Escritura para explicar y encubrir sus fechorías.

Esto lo he dicho, por comparación, acerca de las cosas exteriores. Pero en el espíritu, donde habita el Bien verdadero y purísimo²³⁹, se hace cien veces más. Y, en verdad, poca cosa es dejar tierras y castillos, plata y oro por amor a Dios. Es mucho más importante dejarse a sí mismo interiormente, renunciar a toda propiedad tanto del espíritu como de la naturaleza, rechazar la usurpación de los dones de Dios y morir completamente a todo deleite interior. Pues, como ya he dicho, la naturaleza se mezcla con todo y, antes de que pueda advertirse, se busca a sí misma en todas las cosas, no solo en el ejercicio de las virtudes, sino también en el mismo Dios [que habita en nosotros]. Todo esto es obra del amor desordenado de la naturaleza [humana].

[La virtud de la prudencia nos ayuda a vencer la corrupción de nuestra naturaleza]

6. Pero contra este mal Dios nos dio un remedio ordenadísimo y una enseñanza por medio de su apóstol Pedro, cuando dijo: «*Sed*

²³⁸ 2Tim 3,1-2.

²³⁹ Cf. 1Cor 3,16.

prudentes». Y para que nadie desconozca de qué modo debemos ser prudentes, el Señor se dignó descubrirnoslo por sí mismo, al decir: «*Sed prudentes como serpientes*»²⁴⁰.

Esta comparación, bastante tosca y simple, nos muestra claramente la humildad de Dios nuestro Señor, humildad que siempre tuvo y que en este caso mostró de forma evidente, puesto que, con esta simple y tosca comparación, Él, que es la eterna Sabiduría del Padre, ocultó el esplendor inefable de su Sabiduría, como hizo a menudo de otras maneras. Él era profundamente humilde, y por eso su doctrina era también humilísima y simplicísima.

Pero veamos ahora qué significa la *prudencia de la serpiente* que el Señor nos manda imitar. La serpiente, cuando se da cuenta de que su piel envejece, se arruga y se pudre, busca en alguna parte dos piedras afiladas, apenas separadas entre sí. Una vez las ha encontrado, pasa rozándose entre ellas y de esta manera se despoja de la piel y se renueva, quedando al descubierto la nueva piel que había crecido debajo.

Así es como el hombre ha de quitarse y renovar su vieja piel, es decir, todo lo que tiene de su naturaleza, por grande y bueno que le parezca: pasando por entre dos piedras, una de las cuales es la eterna Divinidad, que es la Verdad misma; y la otra es la humanidad de nuestro Señor Jesucristo, que ha sido y es el Camino mismo²⁴¹. De no ser así, cae, con toda certeza, en un estado de decrepitud y en toda clase de vicios.

Lo diré más claramente: el hombre debe arrastrar y pasar por entre esas dos piedras toda su vida, todas sus ideas, todas sus obras y todas sus virtudes, tanto naturales como morales. Y si no se hace eso, estas envejecen y adquieren alguna imperfección, como se canta en la siguiente secuencia: «Sin tu Divinidad, nada está en la luz, nada es inocente».

²⁴⁰ Mt 10,16.

²⁴¹ Cf. Jn 14,6.

Las virtudes naturales, por sutiles y excelentes que sean, generan algunas pústulas, y estas son tanto más sutiles cuanto lo son las propias virtudes. Asimismo, las virtudes morales producen manchas espirituales y decrepitud. Para evitar esto, las virtudes naturales y las morales han de ser pasadas por entre la piedra que es Cristo, renovarse en ella por medio de íntimos deseos, ser llevadas a Él con una oración fervorosa y, finalmente, renacer en Él. Sin estas condiciones no podrán agradar a Dios. Pues Cristo es la piedra, como dice el Apóstol, *«sobre la que se sostiene todo el edificio y se levanta hasta formar un templo santo en el Señor»*²⁴². Es la piedra angular de la que el propio Cristo dijo: *«La piedra que desecharon los arquitectos se ha convertido ahora en piedra angular»*²⁴³.

En verdad, quien no pasa por esta piedra con profunda humildad, aunque sea más sabio que Salomón o más fuerte que Sansón, de nada le sirve. Por tanto, el hombre ha de desear sumergirse humildemente en la pobreza, castidad, obediencia y caridad de Cristo, y pasar por entre ellas todos los defectos de sus virtudes. Al que actúa así y permanece en Cristo, le son concedidos los siete dones del Espíritu Santo y las tres virtudes teologales –fe, esperanza y caridad–, y además toda perfección, verdad, paz interior y gozo en el Espíritu Santo.

También aquí se adquiere –o aquí nace– el verdadero abandono y una dulce paciencia, de manera que el hombre puede recibir con agradecimiento, como enviado por la mano de Dios, todo lo bueno y todo lo malo.

7. En consecuencia, cualquier cosa que le ocurra por designio de Dios, sea exterior o interior, le proporciona una enorme ganancia, y todas las cosas le aprovechan y cooperan para su bien y su eterna salvación²⁴⁴. Pues sabe que todo lo que suceda al hombre, sin importar el modo en que suceda, está ordenado de antemano y

²⁴² Ef 2,21.

²⁴³ Mt 21,42.

²⁴⁴ Cf. Rom 8,28.

previsto por Dios desde la eternidad, así que acontece de este modo y no de otro.

Quien considere esto adecuadamente y acepte todo lo que le ocurre como enviado a él por Dios, gozará de auténtica paz en todas las cosas y permanecerá inalterable.

[Conclusión]

[Pues bien,] esa paz y todo lo que se ha dicho se aprenden únicamente en el desapego y en el recogimiento interior, y no de otra forma. Insisto: esta paz ha de buscarse por el recogimiento interior en el verdadero fondo²⁴⁵, donde esa paz arraigará y se hará esencial.

Todo lo dicho hasta ahora en este sermón, el *hombre perfecto* y más excelente lo tendrá siempre presente en cualquier circunstancia, sea en sus palabras, en sus obras o en su comportamiento. Y no es algo imposible. Es más, le será fácil si en todo busca puramente a Dios, si echa sus raíces en ellas, si afianza su mente en Dios y llega al conocimiento y la irradiación de todas las virtudes, y si pasa por entre la verdadera piedra, que es Cristo, todo lo que haya nacido en él. Cuanto más crezca el hombre en esa dirección, de un modo tanto más excelente y elevado le será dado el Espíritu Santo, y tanto más habitualmente lo recibirá.

De los puntos que quedan por tratar, se dirán más cosas en el sermón siguiente, que comparte tema con este. Entretanto, como ya os he aconsejado en otras ocasiones, esforzaos en buscar pura e íntimamente a Dios en el verdadero desapego.

Y que nuestro Señor Jesucristo, que posee la misma gloria e igual poder con el Padre y el Espíritu Santo, [os guarde] por los siglos de los siglos. Amén.

²⁴⁵ En la edición de Surio, en lugar de «verdadero fondo», dice «fondo de la verdad». En la edición de Hugueny-Théry-Corin no aparece este término.

24. SERMÓN DE PREPARACIÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS²⁴⁶

PREPARACIÓN, EXPERIENCIA Y FRUTO DE LA UNIÓN CON DIOS

(V. 24, sobre 1 Pe 4,7)

«*Sed prudentes y velad en oración*» (1 Pe 4,7).

[La preparación para recibir al Espíritu Santo]

1. Queridos hermanos, como sabéis, se acerca la dulce y amorosa fiesta del Espíritu Santo. Todos [los cristianos] debemos prepararnos con gran esmero para poder recibir dignamente a tal huésped, que es Dios nuestro Señor, procurando tener un deseo puro de la Divinidad en todas las cosas. Por esta causa, debemos examinar –o discernir– a la luz de la razón todo lo que hacemos o dejamos de hacer, y toda nuestra vida, considerando si en ella hay algo que no es puramente Dios.

Recuerdo haberos dicho en otras ocasiones [concretamente, en el sermón anterior], que esta preparación consiste en cuatro puntos: desapego, desnudez interior, recogimiento y unificación. Además de estas cuatro cosas, el hombre exterior debe estar adornado con las virtudes naturales²⁴⁷, e, [igualmente,] las facultades inferiores [o corpóreas²⁴⁸] [deben estar adornadas] con las virtudes morales²⁴⁹ y las facultades superiores [o incorpóreas²⁵⁰] con las virtudes

²⁴⁶ En la edición de Surio: *Sermón para el domingo después de la Ascensión*.

²⁴⁷ Virtudes naturales: humildad, mansedumbre, piedad, calma, misericordia, etc. Así lo expone Tauler en el sermón 23.

²⁴⁸ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

²⁴⁹ Se refiere a las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

²⁵⁰ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 13.

teologales²⁵¹, que son un don del Espíritu Santo. Y es preciso, asimismo, que el verdadero discernimiento gobierne todo esto, atento a lo que hace y a lo que deja de hacer cada una, examinando si están como tienen que estar y si todas buscan a Dios y están orientadas a Él. Y si el hombre encuentra algo en lo que no busca puramente a Dios, debe evaluarlo y corregirlo.

2. Ha de imitar al agricultor que, en marzo, cuando ve que el sol está más próximo a su salida [pues los días son cada vez más largos], poda los árboles, arranca la cizaña, cava y remueve bien la tierra. [Pues bien,] así también el hombre ha de remover, escudriñar y expulsar toda la corrupción y maldad que encuentre en su interior, y ha de podar sus «árboles», es decir, los sentidos y las facultades inferiores, arrancando de raíz toda la cizaña de los vicios, en la medida de sus fuerzas.

Y, sobre todo, luchará con todas sus fuerzas por extirpar los pecados capitales, limpiándose perfectamente de toda soberbia interior y exterior, de toda avaricia, ira, odio, envidia, de toda inmoralidad del cuerpo, del corazón, de los sentidos y del espíritu – no sea que se haya contagiado de ella por dentro o por fuera– y, finalmente, de toda indolencia y acedia. Todas estas cosas, y otras semejantes, las cortará por lo sano y las erradicará.

[La llegada del Espíritu Santo al fondo del alma]

3. Pero ese hombre está aún en marzo; por ello, el frío y el rigor ocupan su fondo y, aunque el sol se acerca, todavía no irradia sobre él con toda su fuerza. El verano, con todo, se aproxima y está cada vez más cerca, así que falta menos para que el Sol divino difunda, con toda su potencia, los rayos de su Luz resplandeciente en el fondo [que ha sido] convenientemente preparado. Cuando el hombre exterior y las facultades superiores e inferiores están convenientemente podadas y preparadas, se acerca el Sol suavísimo

²⁵¹ Virtudes teologales: fe, esperanza y caridad.

de la Divinidad y de la justicia, y este empieza a irradiar con fuerza en el fondo [del alma], y a difundir su Luz en el campo.

Entonces, surgen un delicioso verano y una amena primavera, impregnada de la fragancia de las flores, como la que tenemos ahora. [Y, así,] Dios todopoderoso hace que el espíritu se vigorice, florezca y dé frutos óptimos. Aquí, la lengua no alcanza a expresar, ni el corazón a comprender, el gozo primaveral que brota en el espíritu, porque el Espíritu Santo, con su sola presencia y de un modo inmediato, puede difundir en el fondo [del alma] su dulce Luz y su divino resplandor.

Aquí el Espíritu Santo es llamado «verdadero Consolador» o «verdadero Paráclito», y verdaderamente lo es, porque aquí pueden tener lugar sus dulces emanaciones. ¡Qué indescriptibles gozos se sienten aquí! ¡Qué dulce deleite aquel en que el alma se une a Dios y es iluminada por el brillo del Espíritu Santo! Aquí hay una gran fiesta y la cocina desprende un delicioso aroma a alimentos exquisitamente preparados y prestos a ser servidos. Los que lo han experimentado saben cuán dulces y deseables son. Aquí hay una primavera en plenitud.

Asimismo, un gratisimo aroma, desprendido de esos dulces bocados que prueba el alma, penetra en la frágil naturaleza [humana] y se le concede sentir en abundancia el gozo inefable que el dulce Espíritu Santo, en su bondad, infunde con profusión y generosidad en el espíritu [que ha sido] digna y convenientemente preparado.

Amadísimos, creedme: una sola gotita de esta experiencia, aventaja y anula todo el sabor y toda la dulzura que puedan ofrecer todas las criaturas, en todos los modos que puedan ser imaginados o expresados.

[El peligro de dejarse llevar por el consuelo interior]

4. Cuando ciertos hombres sienten y experimentan en su interior un consuelo poco común y ese gozo inefable, sienten un fuerte impulso a abismarse, adormecerse, aquietarse y permanecer

completamente en ellos, como leemos que le ocurrió a san Pedro después de haber probado apenas una gotita del consuelo y la Luz divinos: quiso construir tres tiendas y quedarse en ellas. Pero el Señor no lo permitió. Estaba aún muy lejos del lugar al que Él le iba a conducir, a pesar de que dijo: «*Es bueno que estemos aquí*»²⁵².

Así, esos a los que me refiero, cuando sienten este único rayo, creyendo haber cogido el Sol entero, quieren descansar y adormecerse en él. Quienes actúan así se equivocan y no aprovechan en la verdadera virtud.

Otros, ante la abundancia de esta dulzura y de este consuelo que sienten en su interior, caen en una libertad y seguridad viciadas y perniciosas. Pues la naturaleza [humana], cuando siente esa dulzura, se vuelve sutilmente hacia sí misma con vana complacencia y, considerándose dueña de sí misma –a lo cual es extraordinariamente propensa–, confía excesivamente en ese [dulce] sentimiento o experiencia.

Según he oído decir a los médicos, lo mismo ocurre con el abuso de las medicinas, lo cual es muy perjudicial para los hombres. Pues cuando la naturaleza [humana] siente que es ayudada por los médicos, apoyándose demasiado en ellos, abandona toda acción y se entrega al ocio y a la inactividad, pues piensa que ya tiene suficiente ayuda. Y, por esta razón, no está tan dispuesta a esforzarse como lo estaba antes. Por el contrario, cuando ella no espera ninguna ayuda de otra parte, entonces sí se esfuerza y actúa, y de este modo se ayuda ella a sí misma.

Ved aquí, amadísimos, con cuánta astucia la naturaleza [humana], demasiado corrompida y viciada, se vuelve hacia sí misma y se busca en todas las cosas. Es decir, busca su propia tranquilidad y conveniencia. Y esto sucede cien veces más en lo espiritual. Pues los hombres, cuando perciben y experimentan esta dulzura y este bien tan singular y poco común, se apoyan totalmente en él, y, poniendo en él su confianza, se sienten más

²⁵² Mt 17,4.

seguros. Pero, con ello, obran menos fielmente y con un celo menor. Es más, se vuelven tan delicados y cómodos, que dan la impresión de no poder soportar nada ni hacer nada como antes. Y creen que se han de dedicar al ocio y a la quietud. Pero, así, cuando el espíritu maligno se da cuenta de que ellos descansan y no hacen nada, les infunde una dulzura falsa con la única intención de que perseveren en ese estado.

[El buen uso del consuelo interior]

5. Pero quizá pregunte alguien: «Entonces, ¿qué? ¿Debe ser rechazada esa dulzura y evitada esa quietud?». De ningún modo. Todo lo contrario: debemos recibir esa dulzura con enorme gratitud y referirla a Dios con profunda humildad, alabándolo por habérsela infundido, dándole gracias y confesándonos indignos de ella. [Al hombre que esto hace] le ocurre como a un joven fuerte que se siente débil y fatigado por el hambre y la sed: si tiene que realizar un largo viaje, apenas podrá recorrer tres o cuatro millas si no toma abundante comida. Pero si se recupera suficientemente comiendo y bebiendo, podrá completar hasta diez millas contento y feliz.

Igualmente, aquel a quien el Señor restablece y fortifica procurará hacer muchas más cosas que antes, amar más, dar gracias más abundantes, alabar con más fervor y elevarse a Dios más frecuentemente con un deseo ardiente y un amor fervoroso. Así, las fuerzas y los dones recibidos los empleará de tal modo que moverá a Dios a darle más dones, un consuelo más abundante y más devoción sensible.

Le sucederá lo mismo que a uno que se acerca al Papa queriendo ofrecerle un florín de oro y, entonces, el Sumo Pontífice, saliendo a su encuentro, le regala cien mil talentos de oro, y eso cada vez que aquel le ofrece un solo florín. Pues bien, cada vez que uno se vuelve a Dios y se ofrece a Él con amor y agradecimiento, tantas veces Dios –en cualquier momento– le saldrá a su encuentro con muchos más dones, con carismas más excelentes y con un consuelo más abundante.

De este modo, esa dulzura [interior] ayuda a los que hacen un buen uso de ella, conduciéndolos a Dios más rápidamente y preparándolos para recibir más dones. Por tanto, tal dulzura no es más que un medio: nunca es un fin en sí misma. Es como uno que se dispone a realizar un viaje en un vehículo: no lo usa por placer, sino por su utilidad. [Es decir,] tiene más en cuenta la utilidad que el placer.

Igualmente, en todos los dones que Dios [nos da] solo debemos buscar su utilidad. [Porque] solo en [el mismo] Dios debemos buscar el placer. El propio príncipe de los apóstoles nos invita a ello, cuando dice: «*Sed sobrios y velad*»²⁵³, exhortándonos a no dormirnos o descansar en la dulzura [interior]. [Ya que] quien duerme está como muerto y no hace ninguna obra.

Por tanto, debemos velar y estar sobrios, pues quien está sobrio actúa de una forma atenta, amorosa e inteligente. Por eso, el apóstol Pedro escribe: «*Hermanos, sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo da vueltas como león rugiente buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe*»²⁵⁴.

También yo, amadísimos, os exhorto a que no deis lugar a la dejadez y a la pereza, y no descanséis en ninguna cosa excepto solo en Dios. Vigilaos atentamente con la luz de la razón. Observaos cuidadosamente, pero no solo a vosotros, sino también a Dios en vosotros, y hacedlo con un deseo lleno de amor y fervorosas oraciones.

[Alcanzar el verdadero consuelo interior del Espíritu Santo]

6. Las Escrituras dan este testimonio: a los propios apóstoles les convenía ser privados de la grata presencia [corporal] del Salvador para poder recibir el Espíritu Santo, pues, según leemos en

²⁵³ 1Pe 5,8.

²⁵⁴ 1Pe 5,8-9.

las Escrituras, el Señor les dijo: «*Si Yo no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros*»²⁵⁵.

Los santos apóstoles y los demás discípulos estaban –interior y exteriormente– tan poseídos y llenos de la presencia corporal de nuestro Señor Jesucristo en todos los rincones de su ser: en su corazón, en su alma, en sus sentidos, en sus facultades..., que era absolutamente necesario desposeerlos de ella para que pudieran alcanzar el verdadero consuelo interior del Espíritu Santo. Esto, qué duda cabe, les fue difícil de sobrellevar. Pero tenía que ser así, pues, de otro modo, nunca habrían progresado, sino que habrían permanecido siempre en el nivel de lo puramente sensorial.

Pero, una vez que los sentidos son trascendidos, esta dulzura y este consuelo se experimentan primero en las facultades superiores, y lo hacen con un gozo mucho mayor y más excelente. Después se llega al fondo interior, a las regiones secretas del espíritu, lugar propio de esta dulzura, y allí se recibe el Espíritu Santo verdadera y esencialmente. En esta sobriedad, el hombre llega a ser verdaderamente [un hombre] despierto.

[La oración mental]

7. Volvamos ahora a las palabras del apóstol Pedro: «*Hermanos, sed sobrios y velad*». Y en otro lugar: «*Velad en oración, porque vuestro adversario, el diablo, da vueltas como león rugiente buscando a quien devorar*». Nos exhorta a velar en oración. Pero ¿en qué clase de oración? ¿Debemos entender que se refiere a oraciones vocales, como, por ejemplo, leer muchos salmos? En absoluto. San Pedro no se refiere aquí principalmente a tales oraciones, sino a la oración mental, con la cual, según palabras de nuestro Señor Jesucristo, «*los verdaderos adoradores adoran al Padre en espíritu y verdad*»²⁵⁶. A esta le conviene la definición dada por los Santos

²⁵⁵ Jn 16,7.

²⁵⁶ Jn 4,24.

Padres: «Oración es la elevación de la mente a Dios»²⁵⁷ [o la elevación del *espíritu* a Dios].

A veces, la oración vocal y la lectura ayudan a la oración mental y preparan a ella, de modo que pueden ser recomendables. Sin embargo, así como mi capa y mis otros vestidos me son muy útiles, pero yo no soy ellos, así también, aunque toda oración vocal sirve a la mental y le es útil, ella no es la verdadera oración definida por los Padres como «elevación de la mente a Dios». [Sin embargo,] esta sí es la esencia de la verdadera oración: que la mente, con amor y deseo interior, se someta humildemente a Dios y sea llevada a Él sin mediación. Solamente esta es la verdadera oración.

No obstante, los eclesiásticos y cuantos viven en conventos están obligados a ciertas oraciones vocales y al rezo del Oficio de las Horas. Pero ninguna oración vocal es tan devota ni está tan llena de amor como el Padrenuestro, que nuestro Señor Jesucristo, maestro y doctor supremo, nos enseñó y Él mismo empleó. Esta es la que más sirve a la oración mental, que, según hemos dicho, es la única oración verdadera y esencial.

[La unión con Dios en el fondo del alma]

[Efectivamente,] todos los ciudadanos de la Patria Celestial hacen uso de esta verdadera oración, que es la elevación de la mente a Dios. Por ella, toda la mente es llevada fuera de sí directamente a Dios, y, así, Dios mismo –en verdad y en sentido propio– puede entrar en esa purísima, íntima y noble porción del alma, es decir, en su fondo interior, donde hay solo verdadera Unidad.

A ese fondo se refiere san Agustín cuando dice que el alma tiene en sí un abismo oculto que no tiene contacto ni con el tiempo ni con todo este mundo, y está elevado muy por encima de esa parte del alma que proporciona vida y movimiento al cuerpo. En este noble y gozoso abismo que es el reino secreto del alma, se infunde

²⁵⁷ JUAN DAMASCENO, *De fide orthodoxa*, 1, III, cap. 24.

aquella dulzura de la que tanto hemos hablado, pues este es su lugar propio. Entonces, el hombre se hace silencioso, esencial, equilibrado, más desapegado, más recogido, más elevado, más puro, más libre y más abandonado en todas las cosas. Pues Dios llega a aquel noble reino haciéndose verdaderamente presente en él, y allí habita y reina.

Este estado no puede compararse con el precedente, pues aquí el hombre alcanza una vida [en cierto modo] deiforme y divina. El espíritu, fundiéndose por completo, se eleva sobre sí mismo y sobre todas las cosas, y es arrebatado hacia aquel ardiente fuego de Amor que es –natural y esencialmente– Dios mismo.

[La oración de intercesión desde la unión con Dios en el fondo del alma]

Los que han llegado a semejante estado atienden todas las necesidades de la cristiandad, profiriendo santas oraciones y fervorosas súplicas por cuantos Dios mismo quiere ser rogado: por todos sus amigos, por todos los pecadores, por todos los retenidos en el purgatorio. Así, alcanzan a todos con el afecto de su caridad y desean velar por las necesidades de cada hombre a lo largo de toda la cristiandad. No se ocupan solo de este o aquel, o de determinadas personas, sino que oran por todos, [y lo hacen] con simplicidad.

Por ejemplo: así como yo os contemplo a todos delante de mí con una sola mirada, así ellos llevan consigo todas las cosas al Abismo de la Divinidad, al fuego del Amor, [y lo hacen] por medio de la contemplación del Abismo y del fuego del Amor divino en el que ellos descansan. Y, a su vez, condensan el fuego de su amor sobre todos los afligidos y sobre cuantos se encuentran en estado de necesidad y miseria en toda la cristiandad. [Después,] se recogen de nuevo en aquel Silencio amoroso, oscuro y sosegado que está en el Abismo de la Divinidad.

Así entran y salen, y, sin embargo, siempre permanecen dentro, en el fondo amoroso y sosegado en el que está su vida entera y su esencia, toda su acción y movimiento. Dondequiera que estén,

solo hay en ellos una vida totalmente deiforme. Todo su obrar y su no obrar, todos sus modos son absolutamente divinos. Estos son hombres verdaderamente nobles, utilísimos a toda la Iglesia. Aprovechan a todos y Dios los tiene por dignos de alabanza, siendo un verdadero consuelo para todos los hombres. En toda situación, Dios habita en ellos y ellos en Dios.

Que Dios nuestro Señor nos conceda esto mismo, Él, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

25. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS²⁵⁸

EL VACIAMIENTO DEL ALMA

(V. 60e, sobre Hch 2,4)

«Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y empezaron a hablar de las maravillas de Dios» (Hch 2,4).

1. Amadísimos hijos, hoy es el día sagrado en que se nos ha restituido abundantemente el tesoro precioso y noble que se perdió en el Paraíso a causa del pecado, especialmente del de desobediencia. Desde entonces, todo el género humano estuvo condenado a una muerte eterna y todos los hombres fueron hechos *«por naturaleza hijos de la ira»*²⁵⁹, atrapados en los lazos de la muerte eterna. Y el Espíritu Santo, el Consolador, se perdió por completo con todos sus dones y todo su consuelo. Pero nuestro Señor Jesucristo rompió totalmente las cadenas de la muerte eterna en el día santo de la *Parasceve* [o Viernes Santo], cuando se dejó apresar y maniatar por nosotros y se sometió a la muerte en la Cruz, donde hizo la paz plena entre Dios Padre y el género humano.

Esta paz ha sido confirmada hoy, una vez devuelto a nosotros el noble tesoro, perdido hace tiempo por culpa de la desobediencia, esto es, el Espíritu Santo, cuyas riquezas, amor y plenitud son incomprensibles para los sentidos, el corazón y el intelecto.

El Espíritu Santo descendió, en este día, sobre los apóstoles y sobre todos aquellos que estaban preparados para recibirlo, y lo hizo con una generosidad sobreabundante, derramando su gracia sobre ellos, tanto exterior como interiormente. Pues como lluvia copiosa que, si no encuentra ningún obstáculo, desciende del cielo con gran

²⁵⁸ En la edición de Surio: *Segundo sermón para la fiesta de Pentecostés.*

²⁵⁹ Ef 2,3.

fuerza e inunda fácilmente valles y hondonadas –con tanto fragor cae, como si lo hubiera de anegar todo–, así hizo en este día el Espíritu Santo no solo a los apóstoles, sino también a cuantos estaban preparados para recibirlo. Es más, lo sigue haciendo hoy día a cada hora, llenando e inundando sin cesar todos los fondos, todos los corazones y todas las almas donde encuentra sitio, con sus ricos carismas, con su amor y sus dones indescriptibles.

Llena, como decía, todos los valles y toda profundidad que encuentra a su paso.

[La obra del Espíritu Santo en el alma]

«*Todos quedaron llenos*», dice la Escritura. Si hoy hubiese una sequía tan grande como la que hubo en tiempos del profeta Elías, cuando el cielo se cerró durante tres años y seis meses, de manera que no se podía sembrar ni arar²⁶⁰; si ahora, como decía, sobreviniese una sequía tan prolongada como aquella y, a continuación, una lluvia copiosa que, cayendo con persistencia, regase abundantemente toda la tierra, con la sola excepción del campo de un hombre, dejado en su sequedad y aridez, esto, ciertamente, entristecería a aquel hombre y a todos sus amigos. Por eso, cuando se leen estas palabras de los Hechos de los Apóstoles: «*Todos quedaron llenos del Espíritu Santo*», ¿cómo se sentirá aquel cuya alma, cuyo corazón y cuyo fondo han quedado absolutamente secos, áridos, duros, desprovistos del amor inefable y del consuelo del Espíritu Santo, sin la gracia del Cielo?

Hemos de considerar ahora qué debemos hacer para recibir a este venerabilísimo Espíritu Santo. Ciertamente, el mejor modo posible para recibirlo es la obra que Él mismo puede llevar a cabo [en el hombre]. Efectivamente, el propio Espíritu Santo es el que tiene que prepararse su lugar y recibirse en el hombre. Pero ¿en qué consiste esa obra suya por medio de la cual nos hace idóneos y nos prepara para recibirlo? Escuchad.

²⁶⁰ Cf. 1Re 17-18.

Dos son las obras del Espíritu Santo en el hombre: una es vaciar y la otra llenar todo lo que encuentra vacío.

2. Ese vacío es la primera y la principal preparación para recibirlo. Cuanto más vacío esté el hombre, más capacidad tendrá. Si deseas llenar un vaso con una sustancia distinta de la que ahora contiene, debes vaciarlo primero. Por ejemplo: si quieres llenarlo de vino, tienes que tirar primero el agua. Dos materias o cuerpos no pueden subsistir en un mismo lugar. El agua ha de retirarse para que el fuego pueda prender, pues estas dos sustancias son contrarias entre sí.

Así, para que Dios entre, es preciso que salgan las criaturas mudables y mortales, y todo lo que el hombre retiene como propio en su interior. Del mismo modo, el alma animal debe retirarse por todos los medios, para que el alma racional pueda ser iluminada en el hombre por el Espíritu Santo.

En consecuencia, el hombre debe permitir ser tomado, vaciado y preparado, pero ha de hacerlo de tal modo que no se atribuya mérito alguno, ni crea haber hecho nada, ni se envanezca por ello; muy al contrario, ha de sumergirse en la pura nada que es. Si no lo hace así, se convertirá en un estorbo para el Espíritu Santo, pues entonces no podrá actuar en él del modo más excelente. Pero, desgraciadamente, no hay nadie que quiera seguir este camino.

Una vez llevada a cabo esta preparación consistente en vaciar al hombre, el Espíritu Santo comienza inmediatamente su segunda obra en el hombre ya preparado –es decir, vaciado–, llenando toda su capacidad. Cuanto más haya sido vaciado, más recibe; a quien se le ha vaciado poco, poco se le da. Cuanto más pequeño es el vacío, tanto menor es su capacidad.

Por eso, el hombre ha de vaciarse y desnudarse de toda voluntad propia, de todo amor propio, de toda intención propia [es decir, deben desprenderse de todo egoísmo], de manera que, si el Reino de los Cielos se abriera delante de sus ojos, no debería querer entrar en él a no ser que se haya asegurado antes de que esa fuese la voluntad de Dios. Solo a quien está tan desnudo y tan vacío, el Espíritu Santo se le da por completo y lo llena perfectamente. [En un

caso como este,] incluso cuando la naturaleza del hombre, contra su voluntad, se encuentra indispuesta, embotada e indolente, y no puede evitarlo, se vaciará abandonándose totalmente a Dios en medio del dolor, y sufriendo pacientemente esa tentación y todo lo que pueda sobrevenirle.

Así, [el hombre] será verdaderamente «pobre en espíritu» y formará parte de aquellos de quienes está escrito: «*Bienaventurados los pobres de espíritu*»²⁶¹. Y el Espíritu Santo lo llena con la poderosa fuerza de su soplo, derramándose en su hombre interior y exterior, en sus potencias superiores e inferiores²⁶², inundándolo con sus riquezas y tesoros.

[La colaboración del hombre en la obra del Espíritu Santo. El vaciamiento]

Si alguien pregunta qué hay que hacer para ser partícipe de este Espíritu, le contesto claramente: tiene que dejar un lugar, un espacio libre, para que el Espíritu Santo realice en él su obra y le prepare para ella. Pero ¡qué pocos lo hacen, incluso entre quienes llevan hábito religioso y han sido llamados por Dios a esta tarea de manera especial! Creo que nadie puede poner esto en duda.

Casi todos [los hombres] son esclavos de sus deseos, y unas veces van detrás de esto, otras de aquello, con un amor desordenado, y multiplican los obstáculos apegándose a sus propias ideas, opiniones, planes, modos y reglas. Todos llevan una vida casi puramente exterior. No hay quien se abandone a la acción del Espíritu Santo. Todos buscan lo suyo y hacen su propia voluntad. Por desgracia, en este tiempo peligroso, estas cosas afectan a todos y son poquísimos los que se libran de ellas.

3. Lo que el hombre ha de hacer es dejar sitio al Espíritu Santo para que obre en él, y no obstaculizar su acción. Exteriormente, en sus palabras y en sus obras, debe ser tan santo y deiforme, tan

²⁶¹ Mt 5,3.

²⁶² Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

ordenado, retirado y aquietado como conviene al Espíritu Santo. Entonces, en verdad, en este hombre abismado en su ser, el Espíritu Santo obrará maravillas, incluso sin que él se dé cuenta. Pues, como el alma da vida al cuerpo secretamente, sin que este lo sepa ni lo sienta, así el Espíritu Paráclito opera en el fondo del hombre de un modo oculto y secreto.

Si el hombre quisiera sentir esta actividad del Espíritu Santo, debería orientar sus facultades al fondo del alma, donde el Espíritu de Dios obra e inhabita. Pero, por desgracia, hay muchos que, al sentir en su interior esta acción de Dios, se apoderan de ella con amor desordenado, como si ellos tuviesen algún mérito o como si fuese suya. Así destruyen la obra de Dios, como ocurriría si un experto artista construyera una hermosa obra y, mientras la tiene delante de sus manos, llegara un inepto e insensato, absolutamente ignorante de aquel arte, y la destruyera por completo, de tal manera que la dejara inútil para cualquier uso. Así actúan estos cuando se apropian de alguno de los dones o de las obras de Dios.

Esto suele ocurrir a causa del deleite y el gozo inefables que se experimentan con esta obra de Dios. Un deleite y un gozo muy superiores a todo el placer que ofrece el mundo y a todos los gozos de la vida presente.

Pero, como he dicho, precisamente por esto mismo, porque [estos hombres] hacen suya la acción de Dios, destruyen y corrompen la obra del Espíritu Santo. Sin embargo, mientras no caen en pecado mortal, el Espíritu Santo permanece en ellos y no se aparta completamente de su lado, aunque están muy lejos de la más alta perfección, puesto que aún no están vacíos de sí mismos, sino que se poseen y ejercen dominio sobre ellos mismos. Por eso, sucede a menudo que, cuando creen que Dios obra dentro de ellos, son ellos mismos quienes lo hacen todo. Y lo que creían obra de Dios, resulta ser de ellos mismos: un proyecto y una invención de su ego. Por lo cual, aunque se les revelen algunos secretos del Cielo, o Dios les conceda grandes carismas y dones, es muy incierto qué fin van a tener. Es muy posible que a causa de esa temeraria usurpación de los dones de Dios perezcan eternamente.

Creedme, hijos míos, no se obtiene la gracia del Espíritu Santo como vosotros pensáis. Ha de ser muy puro y muy despegado de sí mismo aquel en quien el Espíritu Santo vaya a realizar su obra, conforme a su inmensidad y dignidad. El hombre ha de procurar no convertirse en un obstáculo para la obra del Espíritu Santo apropiándose de sus dones de manera perversa y temeraria. Si se siente culpable, no debe ir en seguida al confesor a descargar su conciencia. Lo primero que ha de hacer es recogerse interiormente y reconocer sinceramente su culpa ante Dios. Este, sin demora, le impondrá sus manos y le devolverá su originaria salud si se inclina ante Él con toda humildad y si, en el momento oportuno, declara su culpa al confesor.

4. De este signo hablaba el Señor cuando dijo: «*Sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán*»²⁶³.

[Los enemigos de los siervos de Dios]

Y añadió otro signo, diciendo: «*Expulsarán demonios*»²⁶⁴. Muchas son las artimañas e innumerables las astucias y los lazos que el diablo tiende a los hombres incautos, sugiriéndoles e inspirándoles muchas cosas para seducirlos. Pero todos podrían evitar esas trampas, si realmente quisieran, por medio de una verdadera negación de sí mismos.

Sigue otro signo: «*Cogerán serpientes*»²⁶⁵. Con la palabra «serpientes» se simboliza a hombres retorcidos, que atacan a los siervos de Dios con su mirada amenazadora y con palabras ásperas, atribuyéndose un magisterio y una autoridad que no les corresponde. Estos pueden pinchar de vez en cuando; de hecho, pinchan y hieren a los siervos de Dios en sus potencias inferiores. Pero mientras las potencias superiores no sean dañadas, hay un

²⁶³ Mc 16,18.

²⁶⁴ Mc 16,17.

²⁶⁵ Mc 16,18.

remedio fácil para ellos: basta con que pongan una mordaza a su boca²⁶⁶, controlándose y manteniéndose en la humildad.

Otra señal se añade: «*Si beben algún veneno, no les hará daño*»²⁶⁷. ¿Y qué hombres puede haber más venenosos que aquellos que convierten en veneno todo lo que tocan? Todo lo que oyen y todo lo que ven lo interpretan en el peor sentido. Son como las arañas, con las que parecen compartir naturaleza: de todas las cosas sacan el veneno en lugar de la miel. Pero puede ocurrir que uno se prepare a conciencia para dejarse llenar totalmente por el Espíritu Santo, y entonces venga algún hermano o hermana y le ataque con palabras duras y ásperas. Pero si él, a pesar de ser maltratado, acepta la voluntad de Dios, recibiendo y soportando la situación en silencio y pacientemente, como una obra del Espíritu Santo, esa sería una magnífica preparación para recibirlo. Y aunque su hombre exterior se agitara un poco, eso no le dañaría.

Así pues, hijos míos, si alguna vez queréis ser salvados y llegar a la más alta perfección, observad diligentemente estas dos cosas.

Primero, volveos interiormente vacíos y desnudos de todas las criaturas, incluso de vosotros mismos, y conservad en la correcta disposición tanto a vuestro hombre exterior como al interior, para evitar ofrecer resistencia dentro de vosotros a la acción del Espíritu Santo.

Segundo, todo lo que os suceda, sea lo que fuere, de dondequiera que venga –sea de dentro, sea de fuera–, recibidlo como directamente venido de Dios y no de cualquier otro sitio, seguros de que Él, por medio de esos acontecimientos, quiere prepararos para recibirlo a Él y a sus dones admirables y sobrenaturales, a los que nunca podríais llegar sino por medio de tentaciones y adversidades, interiores y exteriores, causadas por los demonios o por hombres perturbadores.

²⁶⁶ Cf. Sal 39,1.

²⁶⁷ Mc 16,18.

[El discurso que agrada a Dios]

5. Después, pone otro signo: «*Hablarán lenguas nuevas*»²⁶⁸, es decir, la vieja lengua natural será contenida y refrenada. Aquí, amados hijos, debo exhortaros a que aprendáis, por encima de cualquier otra, la ciencia de gobernar y sujetar vuestra lengua, y de hablar con prudencia y cuidado. De no ser así, no obtendréis provecho alguno en la virtud. Antes de hablar, sopesad bien si vuestras palabras miran a la gloria de Dios, a la edificación del prójimo y a vuestra paz.

Pero que vuestra conversación con Dios sea continua. Por eso dijo san Bernardo: «Así como detesto y desprecio toda charlatanería externa, alabo y apruebo el largo diálogo interior con Dios, que nunca podrá ser excesivo». Por tanto, hablar en «lenguas nuevas» es alabar a Dios y darle gracias. Pero jamás podríamos alabar a Dios como se merece, ni darle suficientes gracias por la paciencia con que nos soporta y nos espera, por perdonarnos misericordiosamente y disimular con amor nuestros desórdenes, a pesar de que no le permitimos realizar su obra en nosotros.

Así pues, hijos míos, cuando os reunáis, hablad en «lenguas nuevas», es decir, que vuestra conversación sea acerca de Dios, de la virtud o de la vida virtuosa. Cesen las especulaciones sobre la Divinidad o sobre otros temas sutiles y elevados. No os preocupéis por ejercitar vuestro intelecto en estas cosas. ¿Qué os importan las sutilezas especulativas? Que vuestras palabras estén presididas por una santa simplicidad, no por una mera curiosidad especulativa, y procedan del mismo fondo de la virtud.

Creedme, si os entregáis a la especulación, con vuestras ingeniosas y agudas disquisiciones, arrastraréis a los peligros de la condenación eterna no solo a vosotros mismos, sino también a todos los que os oigan. De ahí mi advertencia: evitad a los hombres sutiles y agudos. Tal es el comportamiento de las «serpientes» de las que antes hemos hablado: como están completamente vueltas a lo

²⁶⁸ Mc 16,17.

exterior, hay que estar muy atentos para no seguirlas bajo apariencia de bien. Pues el enemigo maligno os acecha continuamente para engañaros y perturbaros por medio de las sutilezas a las que os siente más inclinados.

[La buena disposición de nuestra naturaleza para que podamos recibir los dones y los frutos del Espíritu Santo]

Asimismo, obra el Espíritu Santo en el hombre según la disposición de su naturaleza. Pues también exige los frutos de sus dones. Y no solo desea atraer hacia sí el espíritu, sino también el cuerpo. Por eso, cuando encuentra una naturaleza buena y flexible, regula su obra de acuerdo con ella. Pues, según dice el Señor por boca de su profeta [Isaías], «*como descenden de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelven allá, sino que riegan la tierra, y la hacen germinar y producir*»²⁶⁹, así el Espíritu Santo no quiere que sus dones vuelvan a Él vacíos, es decir, sin fruto ni efecto, sino que reformen y renueven tanto la naturaleza como el espíritu, y hagan que la una y el otro obren discreta y ordenadamente de acuerdo con la capacidad de sus potencias.

Así obra el Espíritu Santo en todos aquellos a los que encuentra verdaderamente «pobres de espíritu». Todo lo que ocupa el lugar del Espíritu Santo, en cualquier modo o forma de posesión que sea, todo lo que ha entrado en el interior o pudiera entrar –la dureza, los celos, los juicios temerarios...– y, en definitiva, todo lo que el Espíritu Santo no ha obrado en el hombre, todo eso ha de ser evacuado y limpiado del interior.

Pero ha de notarse bien que todo lo que nos ocurre contra nuestra voluntad en nada puede perjudicarnos.

6. No hay que pensar que para recibir al Espíritu Santo sea necesario dejar todas las buenas obras exteriores, especialmente las de obediencia y caridad, como cantar, recitar salmos, leer, servir a

²⁶⁹ Is 55,10.

los hermanos y cosas semejantes, como si fueran obstáculos al Espíritu Santo. No hay que descuidar estas cosas.

El que ama a Dios y lo busca sinceramente, todo lo que tenga que hacer por mandato divino, lo hará para gloria de Dios, por amor, con una bondad apacible y un abandono tranquilo, por su propia paz y la del prójimo. Pues, como se ha dicho en otro lugar, no son las obras el obstáculo, sino nuestro desorden.

Así pues, eliminemos este desorden, busquemos solo a Dios en nuestras obras y estas nos serán muy provechosas.

Luego, el siervo de Dios ha de vigilar sobre sí mismo con mucha atención, se examinará frecuentemente, tendrá cuidado de su alma para que no vagabundee de un lugar a otro, para que el viento de la prosperidad o de la adversidad no lo empuje de aquí para allá; será cauto en el hablar, prudente en su conducta exterior y, con la ayuda de Dios, tendrá paz en todas sus obras. Y, así, el Espíritu Santo, viniendo a él, lo llenará por completo, habitará en él y obrará maravillas.

Que esta gracia se nos conceda a todos nosotros. Amén.

26. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS²⁷⁰

LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO

(V. 26, sobre Hch 2,4)

«Todos fueron llenados del Espíritu Santo y empezaron a contar las grandezas de Dios» (V. 26, Hch 2,4).

[La venida del Espíritu Santo en el alma humana]

1. Queridos hermanos, este es el día en que el Espíritu Santo, hace tiempo prometido, fue enviado a los santos apóstoles y a todos los que se habían unido a ellos en el amor a Dios. Asimismo, el tesoro noble y precioso, perdido en el Paraíso por instigación del diablo y por la debilidad del hombre, nos ha sido restituido gracias a la misericordia y la bondad de Dios.

Aunque el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles visiblemente y de un modo admirable, no hay razón, ni inteligencia, ni sentido, ni criatura alguna que sean capaces de comprender lo que hubo escondido tras ese proceso. Pues el Espíritu Santo es un bien tan incomprensible, grande, delicioso e inmenso, que toda inmensidad o cualquier otra medida que la inteligencia humana pueda imaginar, comparada con Él, es una nada absoluta. Más aún, es tan nada como [lo puede ser] el punto más pequeño en comparación con la totalidad del universo. El cielo y la tierra, con todo lo que pueden contener y todas las criaturas juntas, son mucho más pequeños que lo más pequeño que puede concebirse acerca del Espíritu Santo.

Por eso ha de ser Él quien prepare el lugar donde ha de ser recibido. Él mismo, insisto, debe crear en nosotros la capacidad de

²⁷⁰ En la edición de Surio: *Tercer sermón para la fiesta de Pentecostés.*

recibirlo, y [, así,] Él debe recibirse a sí mismo. El Abismo inefable de la Divinidad debe ser en la criatura, a la vez, el lugar de la recepción y la capacidad [es decir, el espacio disponible para albergarlo].

En la lectura de hoy se dice que «*se llenó toda la casa*»²⁷¹ donde los apóstoles estaban sentados junto con los demás. Es tal la generosidad de Dios que, cuando llega al alma, llena toda su capacidad, hasta el último de sus rincones.

[La correcta disposición interior para que el Espíritu Santo venga a nosotros]

2. «*Todos se llenaron del Espíritu Santo*»²⁷². Debemos saber cuál era la disposición de los apóstoles y de los demás creyentes cuando se llenaron del Espíritu Santo, y cómo debe cada uno prepararse para acogerlo. [Pues bien,] está escrito que «*todos estaban sentados en un mismo lugar*»²⁷³, encerrados y en quietud, cuando recibieron el Espíritu Santo. Y así sigue siendo hasta hoy: el muy dulce Espíritu Santo se derrama en todo creyente cada vez que este se aparta de las criaturas con todas sus fuerzas y se vuelve a su Creador.

En el mismo instante en que hace esto, el Espíritu Santo viene a él con todos sus dones y llena por completo todos los deseos de su alma, toda su esencia y su fondo entero. Por el contrario, en el mismo instante en que el hombre se aparta de Dios deliberadamente para volcarse en las percederas criaturas, cualesquiera que sean, e incluso en él mismo –buscándose a sí mismo y su propio interés de espaldas a Dios–, inmediatamente el Espíritu Santo huye y se retira con sus dones y riquezas.

Pero volvamos al punto en que estábamos, a las palabras tomadas de los Hechos de los Apóstoles, en las que se dice que «*se llenó toda la casa donde estaban los apóstoles sentados con los demás*». En primer lugar, veamos qué significa en sentido místico la expresión

²⁷¹ Hch 2,2.

²⁷² Hch 2,4.

²⁷³ Hch 2,1.

«esta casa». Por una parte, puede aplicarse a la santa Iglesia, que es casa de Dios. Por otra, simboliza a todo hombre, que es templo y habitáculo del Espíritu Santo²⁷⁴, en el que gusta habitar y en cuyo corazón desea construir su morada. Así como en cualquier casa hay muchas estancias y habitaciones, también en el hombre hay muchos sentidos, facultades y actividades. El Espíritu Santo descende a todas ellas de un modo particular con sus dones y carismas, y con su misma llegada exhorta e invita al hombre a la virtud e ilumina interiormente su alma con el esplendor de su gracia.

Aunque el Espíritu Santo está en todos los [hombres] buenos, no todos sienten su presencia y su obra de la misma manera. Quien desea sentir su obra de un modo particular y experimentar su presencia por medio del sabor de su dulzura, ese debe, ante todo, retirarse dentro de sí mismo y recogerse, encerrarse y aislarse de todo lo exterior, y ofrecerse por entero al Espíritu Santo en un silencio sosegado y en un sosiego silencioso para que Este pueda obrar en él. De esta forma, poco a poco, empezará a sentir su obra, y [, así,] el Espíritu Santo se le mostrará tanto más claramente cuanto mayor sea su empeño en recogerse, de manera que de hora en hora lo sentirá cada vez más manifiestamente. Y aunque al principio no lo sintiera, también entonces estaba ahí.

3. Muy a propósito se lee en Juan que los discípulos se encontraban encerrados y reunidos «*por miedo a los judíos*»²⁷⁵. ¿Y qué se nos enseña aquí sino que, en estos tiempos tan peligrosos, en los que en todas las casas y en todos los lugares abunda esta clase de «pérfidos judíos», todos [nosotros], con mucha mayor razón, hemos de recluarnos y recogernos, y huir de esa clase de «judíos»?

Más aún, hermanos míos, os amonesto y exhorto en las entrañas de Cristo: cuidaos de los «judíos perniciosos», es decir, de todos aquellos que pretenden apartaros no solo del trato íntimo con Dios y de la dulce experiencia del Espíritu Santo, sino hasta del propio Dios. Vosotros lo necesitáis ahora mucho más que los

²⁷⁴ Cf. 1Cor 3,16.

²⁷⁵ Jn 20,19.

discípulos de Cristo entonces. A estos, si los judíos hubieran querido hacerles daño, solo habrían podido matar su cuerpo. Pero a vosotros, queridísimos hermanos, esta clase de hombres os arrebató y os roba dejándoos, con toda certeza, sin Dios, sin el alma y sin la vida eterna.

Por tanto, huid de tales «judíos», os lo ruego; huid del mundo y de todos los [hombres] mundanos; encerraos en vuestras habitaciones; y evitad salidas y conversaciones perjudiciales, y toda ocasión de pecar. En la medida de lo posible, huid con presteza de toda compañía y entretenimiento exteriores, y de toda palabra y obra que no sean para honra, alabanza y gloria de Dios. Creedme: si no lo hacéis, perderéis rápidamente al Espíritu Santo con todos sus dones y carismas.

Hay algunos que, al oír estas advertencias, responden con demasiada confianza diciendo que sus confesores les han asegurado que estas cosas en nada les pueden perjudicar, siempre que no obren con mala intención. Es más, les dicen que alguna distracción les es necesaria. Pero, [entonces] ¿cómo es que el sumo, puro, suave, eterno, divino y amoroso Bien, que es Dios todopoderoso, no les llena de gozo? ¿Cómo es posible que no gusten de Él y, sin embargo, puedan tener paz, gozo y descanso del alma en [compañía de] las oscuras, vanas, perniciosas, mortíferas, caducas y necias criaturas?

[Pues bien,] son precisamente estas las que perturban e incluso eliminan la paz y el gozo del alma. El amor desordenado a las criaturas aniquila y expulsa de los corazones al Bien más noble y puro, a Dios nuestro Señor, Creador de todas las cosas, al muy dulce Espíritu Santo, a quien llamamos –y en verdad lo es– Paráclito, es decir, Consolador. ¿Quién en su sano juicio puede creer que esto no es perjudicial? ¡Lamentable ceguera es esta!

Los que son [espiritualmente] perfectos y más sabios no desean nada sino solo a Dios, nada buscan en el fondo de su corazón sino a Dios. Incluso en su actividad externa siempre permanecen recogidos por una constante introversión. Adondequiera que vayan, siempre llevan y conservan en su corazón la paz y al amante de la paz, al Espíritu Santo.

4. [En definitiva,] este pasaje de los Hechos de los Apóstoles nos recuerda que debemos recoger todas nuestras facultades, externas e internas, para que el Espíritu Santo tenga espacio donde actuar en nosotros. Pues, donde encuentra lugar, realiza grandes y admirables obras.

[Asimismo], se lee en este mismo pasaje que los apóstoles estaban sentados cuando recibieron al Espíritu Santo. Pues también ahora, todo el que desee recibirlo ha de estar verdaderamente «sentado», es decir, ha de entregarse a sí mismo, junto con todas las criaturas, a la voluntad de Dios, tanto en la adversidad como en la prosperidad. Esto es especialmente necesario para todos los religiosos, pues se les llama «religiosos» precisamente porque han de tener una sola voluntad con Dios, estar conformes con Él y unidos a Él.

Pero, igualmente, todos los cristianos que deseen salvarse, están obligados a conformar su voluntad con la voluntad de Dios, de manera que no quieran nada que le sea contrario a Él.

¿Están todos los religiosos obligados a la perfección? Respondo en pocas palabras: están obligados a tender continuamente a la perfección. Y si uno quiere saber más sobre este tema, que lea a santo Tomás²⁷⁶.

5. Pero volvamos al dulce y generoso Espíritu Santo. Debemos saber que Él otorga siete dones y, a través de ellos, lleva a cabo en el hombre otras tantas obras. Tres dones disponen y preparan al hombre a la más elevada y auténtica perfección. Los otros cuatro lo llevan –interior y exteriormente– a la más elevada, noble y pura cima de la verdadera perfección.

²⁷⁶ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, II II, q.186 a.2.

[El temor de Dios]

El primer don del Espíritu Santo es el *temor del Señor*²⁷⁷, que es un principio excelente y un camino seguro para alcanzar la suprema perfección. Es un muro sólido y firme que protege al hombre de los defectos y de todos los obstáculos, y le posibilita huir de las trampas perniciosas y de caídas profundas. Dios Padre, Creador todopoderoso, puso en la naturaleza de los animales y de los pájaros salvajes la facultad de huir con veloz carrera y rápido vuelo de quienes quieren atraparlos. Del mismo modo, el Espíritu Santo concedió a todos los suyos este don de temor para protegerlos de todas aquellas cosas que puedan apartarlos de su gracia e impedir su obra.

Ese temor, a causa de su nobleza, tiene la capacidad de guardar y proteger al hombre del mundo, del diablo y de sí mismo, así como de todos los caminos, modos y obras que pueden quitarle la paz del espíritu y la quietud del alma, en los que, como afirma el salmista, Dios tiene su morada²⁷⁸.

Realmente, es tal la debilidad de la naturaleza [humana] en estos tiempos, que ahora no puede quedarse en el medio [entre Dios y el mundo]²⁷⁹, como sí podía hacerlo en otro tiempo. De ahí que, a causa de la fragilidad humana, sea tan necesario, para los que desean salvarse, huir y vivir retirados. Pues es tan grande ahora la inconsistencia de la naturaleza [humana], que o vives totalmente unido a Dios o, quieras o no, caerás en los pecados más graves. El temor del Señor hace que el hombre evite, como obras de las tinieblas, todas estas cosas.

²⁷⁷ El *Diccionario de la Lengua Española* define «temor de Dios» como el «miedo reverencial y respetuoso que se debe tener a Dios, y que es uno de los dones del Espíritu Santo». Este es el significado que tiene esta expresión en los textos religiosos. Sin embargo, Taulero le da otro significado en este sermón. Sobre este significado: ver sermón 68, n. 3.

²⁷⁸ Cf. Sal 76,3.

²⁷⁹ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «En un salvaje aislamiento, entre Dios y el mundo».

[Por eso,] este don es, como dice el profeta [Salomón], principio de la sabiduría²⁸⁰.

[La piedad]

6. El segundo don es el de *piedad*, que eleva al hombre a un grado más alto. Este don arranca de raíz toda tristeza desordenada del alma y la angustia concebida por el miedo, sentimiento capaz de abatir profundamente al hombre. Y levantando todo lo que el miedo había derribado, otorga al hombre, ante cualquier adversidad, una paciencia y una constancia divinas, por dentro y por fuera.

El don de piedad elimina, además, el hastío, la dureza y la amargura del corazón. Y en su relación con el prójimo, vuelve al hombre bondadoso y calmado en las palabras y en las obras, y dulce, piadoso y pacífico en su conducta exterior. Pues la violencia y el ímpetu de las pasiones ahogan por completo al Espíritu Santo.

[La ciencia]

7. El tercer don es de *ciencia*, que eleva al hombre más aún. [Pues] así actúa el Espíritu Santo: avanzando de un don a otro. Y el siguiente acerca más a la perfección que el anterior.

Este don de ciencia instruye al hombre y le enseña a estar atento a las mociones y exhortaciones interiores del Espíritu Santo, como dijo el Señor: «*Cuando venga el Paráclito, os enseñará toda la verdad*»²⁸¹, es decir, os enseñará todo lo que os será necesario para la salvación. Y así es, pues el Espíritu Santo suele advertir interiormente con inspiraciones como estas: «Ten cuidado en aquel lugar, pues podrá ocurrirte tal o cual cosa», o «no digas eso», «no hagas lo otro», «no vayas allí»... Y así son sus exhortaciones: «Compórtate de tal manera», «obra allí, niégate aquí y renuncia a ti

²⁸⁰ Cf. Prov 1,7.

²⁸¹ Jn 16,13.

mismo», «soporta con paciencia esto o aquello»... Todas estas son [, en efecto,] piadosísimas exhortaciones del Espíritu Santo.

Este don quiere que el espíritu [humano] esté elevado, por encima del cuerpo y de todas las cosas, hacia su excelsa grandeza y hacia su Origen. Pero, asimismo, quiere que el cuerpo permanezca aquí abajo en su actividad y se ejercite en el abajamiento, en la fatiga y en soportar el desprecio. De este modo, cada uno, el cuerpo y el espíritu, desempeñan las funciones que les han sido encomendadas. Pero después, cuando llegue el fin del mundo, [el Espíritu Santo] los unirá de nuevo con una dignidad cien veces mayor, sin miedo alguno a la corrupción y sin ningún otro miedo.

[La fortaleza]

8. Cuantos se complazcan en este don del Espíritu Santo y lo sigan con decisión, llegarán al cuarto don, el de *fortaleza*. Apenas puede expresarse la nobleza y excelencia de este don. Por medio de él, el Espíritu Santo lleva al hombre por encima de la debilidad y el modo [de vida] humanos. Los santos mártires, alimentados abundantemente con este don, afrontaron la muerte con gozo y alegría. Este don hace al hombre tan magnánimo, que él solo podría hacer voluntariamente las obras de todos los hombres y soportar él solo todas las dificultades, como dice el Apóstol: «*Todo lo puedo en aquel que me conforta*»²⁸². [Pues] por la presencia de este don, el hombre no teme el fuego, ni el agua, ni la muerte, diciendo con el Apóstol: «*Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los principados, ni las potestades, ni ninguna otra criatura podrá separarme del Amor de Dios*»²⁸³.

Además, proporciona tal fuerza y perseverancia, que no solo no querría cometer pecado mortal alguno, sino que incluso preferiría la muerte a ofender a Dios deliberadamente con un

²⁸² Flp 4,13.

²⁸³ Rom 8,38-39.

pecado venial. Así lo aseguran santos doctores: es mejor la muerte que cometer un pecado venial.

Sobre los pecados mortales no hay duda: debemos preferir la muerte a cometer voluntariamente y a conciencia un pecado mortal. [Pues bien,] por medio de este don [de la fortaleza] el hombre puede hacer maravillas.

Hemos de saber, queridos hermanos, que el Espíritu Santo, cuando llega al alma, trae consigo luz copiosa, gozo, paz y consuelo. Él es el Paráclito, es decir, el Consolador. Los imperfectos y los necios, tan pronto como sienten estas cosas, se aficionan y se entregan a ellas con apego y placer, y aman los dones mismos y el placer y la delectación que producen, antes que al Autor de todos los dones, que es Dios. De este modo, se alejan lamentablemente de su verdadero fondo.

[Sin embargo,] los perfectos y los sabios actúan de otro modo. Ellos siempre dirigen su mirada hacia el Origen del que han fluido los dones, y [, de este modo,] hacia ellos se encaminan, penetrando todos los dones y carismas en pureza. No ponen su atención ni su interés en tales o cuales cosas, ni en efluvio alguno, por divino que sea, sino que dirigen la mirada de su espíritu solo a Dios.

[El consejo y el abandono total]

9. El quinto don del Espíritu Santo es el de *consejo*, muy necesario para el hombre en este nivel [de maduración espiritual]. [Pues] el Espíritu Santo va a quitar ahora todo consuelo y gozo, y todos los carismas y dones que antes le dio [al hombre], y lo conducirá al íntimo conocimiento de sí mismo, es decir, a que vea y comprenda qué es y qué puede esperar de sí mismo.

[Así,] el hombre es abandonado ahora a sus solas fuerzas. Ya no sabe nada de Dios, ni de los carismas divinos, ni del consuelo espiritual, ni de todos los dones que antes poseía. Todo esto se le ha quitado y ocultado a tal punto, que ignora por completo hacia dónde ir o qué hacer. [Pues bien,] en tal estado de abandono, este

don de consejo es muy necesario para saber comportarse de acuerdo con la voluntad de Dios.

Por medio de este don el hombre aprende a abandonarse a sí mismo y a dominarse, a entregarse al terrible y oculto juicio de Dios y a soportar alegremente el tremendo dolor que cae sobre él por la privación y el despojamiento de aquel noble bien en el que reside toda su salvación, todo su gozo y todo su consuelo.

Aquí, además, es privado de sí mismo por medio de un verdadero y perfecto abandono, y se sumerge en el Abismo del beneplácito y la voluntad divinas, de tal modo que está dispuesto a perseverar en esta desapropiación, en esta pobreza y desnudez. Y no una semana o un mes, sino –si así lo quisiera Dios– mil años o incluso eternamente. Digo más: si fuera voluntad de Dios que sufriera las penas del infierno para siempre, aceptaría el beneplácito y el juicio de Dios incondicionalmente.

Este gesto de abandono es muchísimo más meritorio que cualquier otro. En comparación con él, dejar mil mundos por Dios es una nada. La acción de los santos mártires, que derramaron sus almas por Dios, comparada con ese abandono, es muy poca cosa. Ellos, asistidos interiormente por el consuelo divino, tenían por un juego todos los tormentos, y afrontaban la muerte con alegría. Sin embargo, la ausencia de Dios y la privación de Él son, incomparablemente, peores que todos los tormentos juntos.

Además de esto, todas las miserias y todas las tentaciones y pecados que habían sido combatidos y vencidos hace ya tiempo, recobran su vigor en el hombre así abandonado, y le atacan de nuevo con más fuerza e intensidad que lo hicieron antes, cuando estaba a su merced. [Por ello,] aquí son muy necesarias una gran humildad y una entrega total a la voluntad divina, ofreciendo a Dios un ánimo dispuesto a sufrir estas pruebas tanto tiempo como Él estime oportuno.

A un hombre en tal estado de desnudez suele acaecerle que, mientras persiste esta desapropiación, no puede permanecer en el mismo estado ni siquiera una hora, pues este varía continuamente:

afligiéndole ahora esto y después aquello. Y el hombre tiene que sobrellevarlo con espíritu de abandono hasta el final.

¿Por qué otra causa dijo el Señor a Pedro que perdonara hasta setenta veces siete al hermano que peca contra él sino porque Él conoce la debilidad de un hombre así abandonado a sí mismo y sabe que este puede caer fácilmente, no ya setenta veces, sino muchas más²⁸⁴? Efectivamente, tantas veces se perdona al pecador cuantas reconoce su pecado y se vuelve a Dios. Y es un don divino y un gran bien que el hombre reconozca su falta y su alejamiento de Dios, y vuelva de nuevo a Él.

Pero, como he dicho, en estas situaciones y en todas las demás, el espíritu [del hombre] debe estar dispuesto a seguir el [don de] consejo de Dios, dejándolo todo y volviendo a su Origen: al fondo del alma [habitada por Dios], y [asimismo] a la voluntad de Dios.

Los tres primeros dones hacen al hombre bueno y santo; los demás, divino y celestial. Por medio de este profundo abandono – del que hemos hablado hace poco– el hombre pone un pie en el Cielo. [Afortunadamente,] después la dura dominación de las pasiones que el hombre padece en dicho estado de desapropiación, ya no volverá a sufrir ninguna penalidad en el mundo futuro y nunca franqueará los abismos del infierno. Tan imposible es que Dios se abandone a sí mismo, como que deje desamparado a un hombre que confía en Él de esa manera, ofreciéndose y abandonándose a Él por completo. Así, el hombre une todo su ser al único Uno, a su Principio y Origen.

Por eso, aunque todas las penalidades, pasiones y fatigas de este mundo cayeran a una sobre un hombre como este, él las tendría todas por nada, y ninguna sería un obstáculo para él, pues se gloria en las aflicciones y las adversidades, sean cuales fueren. [Pues] estas no solo no le entristecen, sino que incluso lo colman de alegría. En todas las cosas goza del Reino de los Cielos, donde tiene puestos su corazón y su morada. Solo le falta introducir el pie que aún tiene en

²⁸⁴ Cf. Mt 18,21-35.

este mundo en la vida eterna, a la que después de esta vida [terrena] será conducido sin obstáculos de ninguna clase. Mientras que aquí empieza a gustarla felizmente, en el mundo futuro la gozará eternamente.

[La inteligencia y la sabiduría, y la unión con Dios]

10. En último lugar se infunden los dones sexto y séptimo: los de *inteligencia y sabiduría*. Estos dos dones conducen al hombre al fondo [que está] por encima de todo modo humano, hasta el Abismo de la Divinidad, donde Dios se conoce y se comprende [a sí mismo], donde posee en absoluta perfección toda su Sabiduría y Esencia. En este Abismo, el espíritu [humano] se sumerge y es absorbido de un modo tan profundo, y se pierde en él de tal manera, que nada sabe de sí mismo: ni de sus modos, ni de sus palabras, ni de sus obras, ni de su gusto, ni de su conocimiento, ni de su amor. De todas estas cosas, no distingue ninguna en sí, al menos durante ese abismamiento. Ha sido completamente absorbido por Dios y allí ya no hay sino una sola Divinidad simple y pura, un Abismo inefable y una Unidad esencial. Dios, por medio de su gracia, concede aquí al espíritu lo que es Él por naturaleza: su Esencia sin nombre, sin modo y desprovista de toda forma. Pero [lo hace] de tal manera que el espíritu permanece como criatura.

Por esta razón, Dios todopoderoso tiene que realizar y perfeccionar en el espíritu todas sus obras: alabar, conocer, amar y gozar. El espíritu está ocioso de toda obra, dejando a Dios hacer²⁸⁵. Y así como no puede decirse ni comprenderse nada –o muy poco– acerca de la Esencia divina, así apenas podemos decir algo sobre lo que sucede en ese Abismo divino, pues supera absolutamente a todo intelecto –no solo humano, sino también angélico– tanto según la naturaleza como según la gracia.

Finalmente, el Espíritu Santo visita, conduce y eleva de este modo a cuantos le preparan un lugar que Él pueda llenar con su

²⁸⁵ Literalmente, «sufriendo a Dios» (*patiens Deum*).

presencia y a quienes le permiten ser *paterfamilias* [es decir, el cabeza de familia] del habitáculo de su corazón, y lo siguen de verdad.

¡Cuán gustosamente, con todo nuestro ser, debemos dejarnos a nosotros mismos y a todas las cosas para seguir a este muy dulce Espíritu Santo que ha sido dado verdaderamente –del modo que hemos descrito– a los santos apóstoles y a otros muchos hasta el día de hoy, y que incluso cada día, cada hora, es dado a todos los que son capaces de recibirlo!

Dios todopoderoso nos conceda que seamos dignos de recibirlo del modo más digno, a Él, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

27. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DE PENTECOSTÉS²⁸⁶

EL HIJO, CON AYUDA DEL ESPÍRITU SANTO, NOS CONDUCE AL CORAZÓN
DEL PADRE

(V. 27, sobre Jn 10,1)

«En verdad, en verdad os digo: quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otro lado, ese es ladrón y salteador» (Jn 10,1).

[El seguimiento de Cristo con ayuda del Espíritu Santo]

1. En el Evangelio de Juan, de donde ha sido tomada esta cita, el Señor se digna explicar por sí mismo cuál es la «puerta» de la que hablaba, al decir: «Yo soy la puerta»²⁸⁷. Pero ¿cuál es el «redil» del que Él es la puerta? El Corazón del Padre, sin duda. El Señor es la «puerta» de este dulcísimo Corazón, una puerta que antes estuvo cerrada y que ahora se nos ha abierto a todos de par en par.

En este «redil» está la asamblea de todos los santos. El «pastor» es el Verbo eterno. La «puerta» es la humanidad de Cristo. Las «ovejas» son todos los ángeles y las almas de los bienaventurados, todos pertenecientes a este felicísimo redil. El «camino» por el que se ha de llegar a él, es el Verbo eterno, que, como ya hemos dicho, siendo también el verdadero y buen Pastor de este redil, lo ha mostrado y hecho accesible a todas las criaturas racionales. Finalmente, el «portero» es el Espíritu Santo, del que, según [san] Ambrosio y [san] Jerónimo, procede toda verdad dicha o pensada y es Él quien nos revela las verdades divinas.

²⁸⁶ En la edición de Surio: *Cuarto sermón para la fiesta de Pentecostés*.

²⁸⁷ Jn 1,7.

2. Ya hemos explicado cómo el Espíritu Santo inspira, inclina, seduce, estimula, empuja y urge incesantemente al corazón humano. Esto lo experimentan abundantemente en sí mismos quienes habitan el fondo íntimo de su corazón. [Pero] nadie puede expresar ni comprender perfectamente con cuánto amor y bondad el Hijo eterno de Dios abre a estos la puerta del Corazón del Padre y les muestra continuamente los tesoros ocultos de su intimidad y las riquezas de su casa, ni con qué prontitud y alegría, con qué imponderable sed y deseo se muestra a todos, y con qué alegría sale al encuentro del hombre a toda hora y a cada instante.

Gracias a este admirable y asombroso gesto de amor, Dios omnipotente está dispuesto a acogernos amorosamente a toda hora y a cada instante, sin tener en cuenta cómo hemos sido, ni cuántos pecados hemos cometido, sino cómo deseamos ser desde el fondo del corazón. [Pues bien,] este gesto de su bondad podría –y debería– inflamar, encender y mover los corazones de todos a corresponder a ese amor, a seguirlo con todas las fuerzas y a unirse a él.

Pero casi todos se resisten sin pudor alguno a este amor tan grande, a esta dulce invitación, a esta fiel exhortación y a este ardentísimo deseo de la salvación del hombre, y muestran con su actitud una tremenda ingratitud. No es infrecuente que, deseando mostrar su dulce presencia al alma, el Espíritu Santo sufra la repulsa de muchos hombres estúpidos y desagradecidos que prefieren apartarse de su Creador para volcar todo su amor y deleite en criaturas efímeras. Es difícil poder explicar bien este hecho y llorarlo dignamente.

En el libro de Ester leemos que el rey Asuero, encendido en cierta ocasión por una abundante ingesta de vino, ordenó a siete eunucos que trajesen al banquete a la reina Vasti y la condujeran a su presencia. Pero ella rehusó acudir. Al enterarse, el rey Asuero se encolerizó y, tras reunirse con sus consejeros, repudió a la reina Vasti y tomó a otra como esposa en lugar de ella²⁸⁸.

²⁸⁸ Cf. Est 1.

¿Y qué nos ocurrirá a nosotros, queridos hermanos, que despreciamos y rechazamos las frecuentes inspiraciones, exhortaciones e invitaciones que el Espíritu Santo nos hace no solo por medio de las criaturas, sino también por sí mismo? Nosotros en lugar de obedecer su llamada, nos resistimos a ella de tal manera que, cuando Él nos exige una cosa, nosotros preferimos siempre otra.

[Dice el Evangelio según san Juan: *«El pastor de las ovejas entra por la puerta. A este le abre el portero para que entre, y las ovejas escuchan su voz; él llama a sus ovejas por su nombre y las hace salir del redil. Cuando han salido todas las suyas, camina delante de ellas y sus ovejas lo siguen, pues conocen su voz»*²⁸⁹]

Así pues, como dice el Evangelio, el «portero», que es el Espíritu Santo, *«llama a sus ovejas por su nombre»*. Lo mismo hace el «pastor», que es el Verbo eterno de Dios Padre. *«Él hace salir a sus ovejas, camina delante de ellas y sus ovejas lo siguen»*. Insisto: *«llama y hace salir a sus ovejas»*.

Mas, ¿adónde? Sin duda, al lugar donde Él habita. *«Y camina delante de ellas»*, para que lo sigan hasta el «redil», esto es, al Corazón del Padre, donde están su morada y su descanso. Pero nadie tiene acceso a este redil sino por la «puerta», que es el mismo Cristo, Verbo eterno, según su humanidad. Cuantos entran a través de esta puerta son ovejas de Cristo, que ni buscan ni desean nada salvo solo a Dios en sí mismo, y su gloria y voluntad. Cristo camina delante de ellos y ellos lo siguen. No siguen a un extraño, sino que huyen de él. Siguen a Cristo porque conocen su voz. Por eso les dice que Él es la verdadera puerta y que cuantos subieren por otro lado son ladrones y salteadores²⁹⁰.

²⁸⁹ Jn 10,2-4.

²⁹⁰ Cf. Jn 10,7.

[El peligro de seguir a intelectuales engreídos]

Pero ¿quiénes son esos «ladrones»? Son todos aquellos que, intentando penetrar esos misterios [divinos] confiando en la sagacidad de su intelecto, no buscan a Dios pura, desnuda y sinceramente, ni imitan el amoroso ejemplo de Cristo Jesús por medio del humilde abandono y la negación de sí mismos. Llenos de soberbia intelectual, no saben tenerse a sí mismos por pequeños, viles y pecadores. [Pues bien,] todos los que son así suben por otro lado.

3. ¿Cómo son esos ladrones? Escuchad. Tienen oculto en su interior un aguijón muy pernicioso y un ojo viciado, que son la presunción y un amor corrompido a sí mismos. [Movidos] por estos dos vicios, tienden a atribuirse todas las cosas que pueden captar en Dios o en las criaturas, y se lanzan a apropiarse de ellas. Solo quieren aparentar, es decir, que los demás reconozcan su importancia y sus logros. Solo buscan su propia fama, su placer y su deleite. Aspiran a ser santos, bienaventurados, felices y grandes, y a saber y conocer muchas cosas. Pero en modo alguno quieren negarse a sí mismos.

Ese falso amor que se tienen es el «ladrón» que se mezcla siempre con los dones divinos, despojando a Dios de su gloria y sustrayendo al hombre toda la verdad y perfección. [Pues bien,] todos los ladrones que han sido ejecutados a lo largo de los tiempos no han hecho tanto daño al hombre como ese ojo oculto.

Hijos míos, os exhorto, por vuestra salvación, a que estéis prevenidos y vigiléis atentísimamente a ese ladrón oculto en la naturaleza [humana], no sea que –¡Dios no lo quiera!– os robe el fruto de la salvación eterna.

[El peligro de pronunciar juicios temerarios sobre otras personas]

4. Veamos ahora quiénes son los «salteadores malvados» a los que el Señor se refiere. Estos son los juicios temerarios y desafortunados sobre los demás. [En efecto,] dado que la mayoría de

los hombres son incapaces de conocerse bien y juzgarse a sí mismos, caen en este vicio y prefieren juzgar a todos los demás. Para estos, unos son demasiado habladores y, otros, más callados de lo normal. Unos hacen más, otros menos. Uno es tal y el otro cual. Uno ha hecho esto y el otro aquello.

Los hombres, abusando de estos y de otros muchos juicios destructivos, provocan el desprecio y el vilipendio de los demás en el fondo de su corazón. Esos sentimientos tan negativos se traducen muy a menudo en gestos, palabras duras y juicios temerarios, con los cuales infligimos a quien los oye la misma herida con que hemos sido heridos en nuestro corazón, y [, así,] destruimos a nuestro desgraciado oyente, introduciendo e imprimiendo en su ánimo nuestro juicio malvado, y, finalmente, matando en su corazón a aquel a quien juzgamos.

Siendo esto así, ¿por qué nosotros, pobres, ciegos y dignos de ser llorados con toda clase de lágrimas, no optamos por juzgarnos a nosotros mismos? ¿Acaso podemos saber cómo son los demás en el fondo de su corazón o por qué camino el Señor los ha llamado y atraído hacia Él? Solo la mirada secreta de Dios penetra y conoce todas estas cosas. Sin embargo, el hombre, que solo es gusano y podredumbre, no teme juzgarlas según su propio criterio, y de este modo se atreve también a juzgar y a suplantar la voluntad de Dios.

Creedme, hermanos míos: no tengo palabras para explicar cuánto daño hacen esos salteadores, incluso entre la mayor parte de religiosos. ¡Ay! Los hombres no sopesan bien la terrible sentencia del Señor: *«No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Porque con la medida con que midáis seréis medidos»*²⁹¹.

No debe ser juzgado absolutamente nada que no sea pecado mortal manifiesto. Pero si a alguien le compete necesariamente –por su oficio o por alguna otra razón– juzgar y reprender, es preferible que el Espíritu Santo lo haga a través de él, pues el Espíritu Santo sabrá elegir el lugar y el momento oportunos para hacerlo. Él debe

²⁹¹ Mt 7,1-2.

reprender, no airadamente, sino humilde y pacíficamente, no sea que, por actuar con excesiva dureza, se causen diez heridas por curar una.

Hay una cosa que debe hacerse con un cuidado muy especial: toda reprensión debe hacerse con caridad fraterna y paciencia. Quien carece de ellas está en tinieblas y no tiene luz verdadera.

Permitidme que os dé un consejo, queridos hermanos: observaos a vosotros mismos, vigilaos y juzgaos a vosotros, no a los demás. Mientras estéis en esta vida, vuestra naturaleza llena de pecados os acompañará a todas partes. Por tanto, elegid siempre juzgaros a vosotros mismos y dejad a vuestros prójimos en manos de Dios, si es que queréis entrar en este redil de la vida eterna. En verdad, yo mismo os digo: cada vez que os ensalcéis sobre otros con vuestro juicio y vuestro desprecio, tantas seréis juzgados y por debajo de tantos seréis rebajados.

5. Pero en cuanto uno dirige hacia sí mismo al «salteador» –es decir, al juicio– con voluntad de juzgarse a sí mismo por medio de una profunda y diligente observación de su interior, ese salteador ve oculto en el fondo del alma al «ladrón» del que antes hablamos, es decir, la atribución de los dones de Dios, que la naturaleza engañosa y astuta usa para robarle al Espíritu Santo, a Dios, sus carismas, su gracia y el tesoro del Espíritu, en el que están ocultas las riquezas de Dios. Entonces ese salteador denuncia al ladrón acusándolo de los incomparables males que son producidos en el alma por medio de él, y así lo captura y lo mata. [Pero, además,] sucede que ambos, salteador y ladrón, se infligen heridas mutuas y desaparecen a la vez. El «ladrón» –es decir, la apropiación indebida de la naturaleza [ajena]– y el «salteador» –esto es, el juicio que se hace sobre el prójimo– se aniquilan de raíz. Y esto es, sin duda alguna, una enorme alegría.

[La entrada en el Corazón del Padre]

Cuando todo juicio temerario muere y el hombre se entrega por entero a Dios –es decir, al juicio, a la voluntad y al Fondo de

Dios— para que haga con él lo que quiera, cuando quiera y como quiera, entonces es posible encontrar una paz verdadera y esencial, una vez extinguidos a la vez el ladrón y el salteador.

Cuando esto le sucede a un hombre, este es completamente feliz y entra en el «redil» [que es el Corazón del Padre] por la verdadera «puerta» [que es la humanidad de Cristo]. [De este modo,] el «portero» [que es el Espíritu Santo] le abrirá y le concederá entrar en el Abismo plenísimo de la Divinidad, y así «entrará y saldrá» continuamente y hallará siempre una Pascua fecunda. «Entrará», es decir, se sumergirá con gozo inefable en la Divinidad [de Cristo —y del Corazón del Padre—]; y «saldrá» con pleno gozo a la contemplación de la humanidad deificada [de Cristo], para encontrar en ambas partes una Pascua abundante.

En este [hombre] se cumplirá lo que el Señor dice por boca de Ezequiel: *«Yo apacentaré a mis ovejas en fecundos pastos y las haré reposar. Tendrán sus majadas en los montes más altos de Israel. Allí se recostarán en verdes dehesas y pacerán en abundantes pastos sobre los montes de Israel. Yo apacentaré a mis ovejas y las haré recostar, dice el Señor»*²⁹². Pues allí «apacentar» —lo que implica cierta actividad— y «reposar» son una misma cosa.

[En definitiva,] el Verbo eterno, que es su pastor, camina delante de sus amadas ovejas; las precede y ellas lo siguen: *«no siguen a un extraño»*²⁹³. Por eso se les ofrece con plenitud el alimento más noble, valioso y excelente, mientras disfrutan eternamente de las mismas cosas que Dios, y son felices con la misma felicidad de Dios.

Que Él se digne concedérmolo a todos nosotros, por los siglos de los siglos. Amén.

²⁹² Ez 34,14-15.

²⁹³ Jn 10,5.

**28. SERMÓN PARA EL PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD²⁹⁴**

HACIA UNA PROFUNDA RELACIÓN CON LA SANTÍSIMA TRINIDAD

(V. 28, sobre Jn 3,11)

«Hablamos de lo que sabemos; damos testimonio de lo que hemos visto» (Jn 3,11).

1. Queridos hermanos, hoy se celebra la noble solemnidad de la santísima Trinidad. Todas las demás fiestas que la han precedido a lo largo del año han de ser consideradas como flores en comparación con este fruto. Esta sagrada solemnidad es el premio y la consumación de todos los trabajos [del año].

[La santísima Trinidad es inefable]

Por eso, hermanos, no sé qué debo decir o con qué palabras podría explicar a la beatísima Trinidad, cuya fiesta celebramos, pues está fuera del alcance de lo que toda palabra, pensamiento y modo humanos pueden expresar. Pues en la medida en que el intelecto del más alto serafín supera la capacidad del de un asno, en esa misma medida –o incluso cien veces más– esta venerable y bienaventurada Trinidad está por encima de todo intelecto humano y angélico. Dionisio Areopagita dijo: «Todo lo que puede ser dicho de Ella, se expresa mejor y más profundamente por medio de la negación que de la afirmación»²⁹⁵. Nadie puede comprender perfectamente cómo o qué es la Trinidad. Y lo que el intelecto es incapaz de captar, la lengua no puede expresarlo.

²⁹⁴ En la edición de Surio: *Primer sermón para la fiesta de la santísima Trinidad*.

²⁹⁵ La cita no es literal. Tal afirmación se encuentra en diversos pasajes de la *Teología mística* de Dionisio Areopagita.

2. Pero no faltan necios que disertan sobre la santísima Trinidad como si conocieran todos sus misterios, –los cuales no pueden ser explicados ni por todas las criaturas juntas– y lo hacen hablando de ellos con petulancia. Os pido por Dios que tengáis cuidado de estas personas y os exhorto a que ninguno de vosotros hable indiscretamente de esta altísima e inefable Sabiduría ni presuma de saber mucho, como aconseja el Apóstol²⁹⁶. Por el bien de la Iglesia, dejad este tipo de cuestiones a los doctores en sagrada teología para que, si la Iglesia fuese atacada por los herejes, esta tenga con qué defender su fe y tapar las bocas de los herejes. [Ciertamente,] a esos doctores se les permite exponer los misterios de la Trinidad, [pero solo] a modo de balbuceo.

3. Lo que el Señor dice en el Evangelio de hoy: «*Hablamos de lo que sabemos; damos testimonio de lo que hemos visto*», ha de entenderse en el sentido de que [Dios quiere que] creamos de forma indubitable que nadie conoce o ha visto perfectamente a la gloriosísima Trinidad, salvo Cristo Jesús según su Divinidad. Por eso, nosotros podemos llegar aquí solo por el testimonio de Jesucristo.

[La virtud de la ecuanimidad y el camino de la adversidad]

Pues nuestro Señor Jesucristo dio testimonio por medio de dos caminos: el de la prosperidad y el de la adversidad²⁹⁷, y por medio de sus facultades inferiores y superiores. Si a uno le falta uno de estos dos testimonios, no puede llegar al conocimiento eterno de la Santa Trinidad. Estos dos testimonios son como hermanas gemelas y ambos concurren a la vez en el hombre. No es que uno vaya detrás del otro: están presentes en él al mismo tiempo, para que, cuando se encuentre en la prosperidad, esté preparado para hacer frente a la adversidad, sabiendo así sufrir la contradicción con ecuanimidad. Y esto se desarrolla mejor si [el hombre] considera lo adverso como próspero, si conserva la alegría en el dolor, si estima el honor como

²⁹⁶ Cf. Rom 11,20.

²⁹⁷ El de semejanza y el de desemejanza, en términos agustinianos.

desprecio, si juzga la desolación como solaz y si recibe el consuelo con dolor.

Esta ecuanimidad –o indiferencia [de ánimo]– apenas puede hallarse en el hombre exterior y en una frágil naturaleza [humana]. El hombre, con todo, podría alcanzarla por la gracia [divina], consiguiendo mantenerse ecuánime en la alegría y en la tristeza, aunque [en ambas experiencias] no sienta lo mismo.

[Pues bien,] la naturaleza [humana], cuando se encuentra en la adversidad, ha de experimentar muchas y amargas «muertes», por medio de las cuales muere a sí misma con gran dolor interior y exterior, antes de poder llegar a la meta. Es cierto que debemos [ofrecer] a Dios innumerables muertes espirituales, pero a cada una de ellas le corresponde una vida gozosa y divina, a poco que queramos estar atentos interiormente.

4. Creedme, amadísimos: es posible pedir a Dios esta «vida» y esta «muerte», y todo lo que nos falte de verdadera perfección, por medio de la frecuente, eficaz y ferviente oración interior del espíritu. Todo el que tiene el espíritu iluminado por Dios, acoge con igualdad de ánimo la adversidad y la prosperidad, amándolas y estando atento a ellas por igual. Persevera siempre del mismo modo en la adversidad y en la prosperidad. Y no se mueve en absoluto por amor ni por rechazo a cualesquiera otras cosas, dispuesto por igual a ser despreciado como a ser amado.

Hay muchos que se harían seguidores de Cristo si siempre les saliera todo a pedir de boca y no tuvieran que sufrir ninguna dificultad. Pero cuando les sucede algo contrario a sus deseos, se apartan de su propósito. No saben que les es mucho más útil ejercitarse en la adversidad que gozarse en la prosperidad, pues la primera atrae hacia sí a la verdad misma, es decir, la verdadera perfección. Con razón se compara a la prosperidad con las flores y a la adversidad con los frutos verdaderos. La prosperidad sirve a la adversidad y la precede, [asimismo,] fortalece al hombre para soportar el peso de la adversidad, y no produce fruto si no es como sierva de esta. En la adversidad, el hombre nace verdaderamente en Dios de un modo misterioso.

Pero hay muy pocos hoy que, a impulsos del amor, deseen seguir al Señor por la senda estrecha de la adversidad. Es más, me atrevería a decir que son legión los que, cuando la dificultad les sobreviene, reaccionan como si la odiaran. Esos no son, en modo alguno, testigos verdaderos y aptos de nuestro Señor Jesucristo, que es la verdadera «Serpiente», prefigurada en la serpiente que Moisés, siervo de Dios, elevó en el desierto para que los que fuesen mordidos la miraran y sanasen²⁹⁸.

[Efectivamente,] nosotros debemos mirar sin descanso a esa Serpiente, acoger su testimonio, seguirla con auténtica pobreza de espíritu, con un abandono infinito y un amor ferviente, y soportar todas las tentaciones y dificultades interiores y exteriores, la carga del espíritu y de la naturaleza, y el sufrimiento procedente de los hombres, de la carne y del espíritu maligno.

En verdad, es tan grande la utilidad de las tentaciones en aquellos que saben hacer buen uso de ellas, que, aunque estas hubieran sido completamente vencidas, habría que llamarlas y rogarles que volvieran para consumir la herrumbre acumulada en los días malos y llevarse lejos el estiércol de los vicios acumulado en una época anterior.

Puede ocurrir que a un hombre iluminado y perfecto le asalte el pecado por medio de la imaginación –con una cierta alteración de la carne y de la sangre– más a menudo que a otro que vive inmerso en una vida pecaminosa. Pero a pesar del asalto de tales pecados, ese *hombre perfecto* se mantiene en una gran pureza y, con la amargura y el sufrimiento que le causa esa situación, entra feliz en el Reino de los Cielos. Sin embargo, el de vida pecaminosa se hunde en la muerte eterna, pues consiente fácilmente en las tentaciones y no experimenta su dificultad.

Pero ¿cuál es la razón de que exista tanta diferencia entre justos y pecadores, estando ambos afeados por las imágenes del pecado? La respuesta es muy clara: porque reaccionan de modo

²⁹⁸ Cf. Num 21,8-9.

distinto. Los buenos resisten a las imágenes del pecado pacientemente por amor a Dios, que es su fondo y su centro de atención. Aceptan de Dios tanto lo bueno como lo malo y se abandonan por completo a su beneplácito. Los malos, en cambio, no siguen a Dios ni con su amor ni con su atención, por eso se precipitan al pecado y consienten en él incluso sin ser tentados. Dios todopoderoso no puede satisfacerlos, pues siempre desean algo distinto de lo que Él les ofrece. Esto es lo que desearían: tener muchas virtudes y una gran santidad sin esfuerzo y sin coste alguno para ellos.

Pero vosotros, amadísimos, mientras buscáis a Dios y lo amáis con pureza, no habrá nada en absoluto que podrá dañaros, nada podrá obstaculizaros, aunque todos los demonios con toda su maldad y el mundo entero con toda su inmundicia se infiltraran en vuestra alma, en vuestro cuerpo, en vuestra carne y en vuestra sangre. [Eso será así] con tal de que vuestra voluntad les oponga resistencia y les muestre desagrado. [En efecto,] esos enemigos no podrán infligiros daño alguno. Es más, os prepararán para la obtención de gracias divinas y de grandes y excelentes dones si miráis solo a Dios con pureza y desnudez [interior], no mirando en absoluto a ninguna otra cosa vuestra, y si deseáis que se haga su voluntad en lo bueno y en lo malo.

[Alcanzar la unión con Dios mediante el conocimiento de la desemejanza con Él]

5. Por eso, en el Evangelio de hoy dice el Señor: «*Si uno no renace del agua y del espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios*»²⁹⁹. Por «espíritu» se entiende prosperidad o semejanza y por «agua», adversidad o desemejanza.

[Pues bien,] además de la adversidad exterior –ruda y grosera– hay una adversidad interior –noble y pura– que nace de la exterior si el hombre se comporta en ella como conviene, es decir,

²⁹⁹ Jn 3,5.

adhiriéndose constante y decididamente a la voluntad de Dios. Entonces se le revelará en su interior un conocimiento inefable de esta adversidad o desemejanza, al cual ninguna criatura puede llegar por ningún medio.

Un espíritu purificado llega a ese conocimiento en la desemejanza –o adversidad exterior– por la gracia [divina], en cuanto es posible a una criatura. Ese espíritu mira y ama más este tipo de adversidad, [pues] le sabe mucho mejor y en ella siente y percibe más la verdad que en todas las situaciones prósperas que el hombre pueda experimentar en esta vida. Cuanto más clara y abiertamente se conoce esta desemejanza, tanto más íntima y perfectamente se alcanza la semejanza.

Lucifer, en su soberbia, despreció esta desemejanza, aspirando a la semejanza por la rapiña, por lo cual este desgraciado se precipitó en una indecible desemejanza y perdió toda semejanza a tal punto que jamás podrá recuperarla.

Los ángeles buenos y fieles veían su gran desemejanza, y por eso alcanzaron la inexpresable semejanza de Dios, según el modo de las criaturas. Así, de ese fondo [del alma] nace un fruto inefable cuando el espíritu iluminado se sumerge con su amor a Dios en el conocimiento verdadero de su desemejanza y se funde en él, y es raptado, por encima de sí mismo y de su capacidad, hacia el Abismo divino.

6. Cuando el hombre se ha ejercitado bien y se ha cuidado de purificarse y limpiarse –en la medida de sus fuerzas, tanto en el espíritu como en la naturaleza–, entonces experimentará una amorosa y dichosa inmersión y absorción [en Dios]. Cuando la naturaleza [humana] hace lo que está a su alcance y ya no puede avanzar más, esto es, cuando ha llegado al límite de su capacidad, entonces el Abismo de la Divinidad esparce sus chispas brillantes en ese espíritu puro, y, gracias al poder de la gracia sobrenatural y de la ayuda de Dios, el espíritu del hombre –purgado e iluminado– es raptado fuera de sí mismo y abismado en una búsqueda singular, inexpresable y pura de la Divinidad. Y esa búsqueda supera a la

anterior tanto como el cielo a la tierra, pues se realiza con la fuerza de Dios.

Esta conversión [a Dios] trasciende ampliamente toda inteligencia y todos los sentidos, y es absolutamente inefable e incomprensible. Aunque esta conversión supera ampliamente a todas las demás, estas le han sido muy útiles, [pues] han preparado al hombre y lo han llevado al conocimiento de la Verdad [que es] más que luminosa. Las otras conversiones son cualquier acto de buena voluntad, la buena intención, un buen deseo, una buena palabra, una buena obra y cualquier dificultad o sufrimiento que el hombre ofrezca a Dios por amor. [Por ello,] todas estas conversiones han favorecido a aquella.

Esa conversión es tan grande que ni los ángeles ni los santos ni todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra pueden concederla al hombre. Solo el Abismo de la Divinidad eterna, con toda su inmensidad, puede realizarla y perfeccionarla en el hombre, porque está muy por encima de toda cualidad de las criaturas y es obra del inmenso poder de Dios. En esta conversión, el espíritu purificado se abisma en la Tiniebla divina y en un sosegado Silencio, alcanzando así la inefable unión de la Divinidad.

Aquí, en esta inmersión, toda semejanza y desemejanza desaparecen, pues en el Abismo de la Divinidad el espíritu purificado se pierde a sí mismo y ya no sabe nada de Dios, de sí mismo, de semejanza o desemejanza ni de ninguna otra cosa. Está absorto e inmerso en la unión de la Divinidad, donde ha perdido toda distinción.

Queridos hijos, si uno desea experimentar y sentir estas cosas felizmente en su interior, es necesario que muera perfectamente a sí mismo y a todas las criaturas, y viva en pureza y desnudez solo para Dios, no para sus sentidos. Y [es necesario que] no vaya de un lado a otro buscando la paz y derramándose en la multiplicidad exterior, pues, aunque a menudo las obras parezcan buenas, obstaculizan no poco esta unión.

Por tanto, como ya he dicho, el hombre debe vivir puramente solo para Dios en todas las cosas, y ha de ver a Dios en todas las

cosas y a todas las cosas en Dios. Así llegará a la santísima y dignísima Trinidad, de la cual me confieso indigno por mi vileza y debilidad.

Que la siempre venerada Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos conceda a todos hacernos dignos de alcanzar esta feliz unión. Amén.

**29. SERMÓN PARA EL SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD³⁰⁰**

LA MISTERIOSA PRESENCIA DE DIOS EN NOSOTROS

(V. 60d, sobre Jn 3,11)

*«Nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que
hemos visto» (Jn 3,11).*

1. Amados hijos, la santa Iglesia lee hoy estas palabras del Evangelio, dedicado a la veneración de la santísima Trinidad. Y a continuación nuestro Salvador añade: *«Si os he hablado de realidades terrenales y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablara de las celestiales?»*³⁰¹. Estas palabras podemos aplicarlas a la fiesta [de la santísima Trinidad] que hoy celebramos, [la cual es] meta de todas las fiestas del año, del mismo modo que la bienaventurada y siempre venerable Trinidad –un solo Dios– es Fin y Meta de todas las criaturas, especialmente de las racionales. De ella leemos que es el *Alpha* y la *Omega*, el Principio y el Fin. No tenemos palabras apropiadas para hablar acerca de esta Trinidad más que digna y más que santa; pero hemos de decir alguna cosa.

[La Trinidad es incomprensible, pero es experimentable]

Si la definimos como Trinidad «sobreesencial y superdesconocida», resulta tan imposible comprender este concepto como lo es tocar el cielo con la cabeza mientras estamos en el suelo. Todo lo que se pueda decir o pensar sobre la Santa Trinidad,

³⁰⁰ En la edición de Surio: *Segundo sermón para la fiesta de la santísima Trinidad.*

³⁰¹ Jn 3,12.

comparado con Ella, es infinitamente más pequeño que la punta de una aguja en comparación con el cielo, la tierra y todos los ángeles.

Por eso, ningún intelecto creado puede comprender cómo aquella Unidad sobreesencial es simple en su esencia y trina en Personas; cómo las Personas se distinguen entre sí; cómo el Padre engendra al Hijo, el Hijo procede del Padre y, sin embargo, permanece [en el Padre] en un perfecto conocimiento de sí mismo; cómo el Padre pronuncia su Verbo eterno; y cómo del conocimiento que tienen el uno del otro procede un Amor inefable, que es el Espíritu Santo; y cómo este fluye y refluye hacia dentro con indescriptible complacencia y deleite de sí mismo. En la unidad de esencia, el Padre y el Hijo son iguales en potencia, sabiduría y amor. Asimismo, el Hijo y el Espíritu Santo, en cuanto a la esencia, son uno con el Padre. Pero, al mismo tiempo, la distinción en las Personas es grande, y esto en la unidad de naturaleza, fluyendo y refluyendo hacia dentro, pero sin imagen.

Acerca de todo esto, pueden afirmarse muchas cosas más. Pero por mucho que se diga, las palabras nunca podrán explicar –ni el intelecto comprender– cómo la sobreesencial y superexcelente Unidad de la Divinidad subsiste en trinidad y distinción de Personas.

2. Esto es mejor experimentarlo que decirlo. No es agradable hablar u oír hablar acerca de estas cosas, sobre todo porque las palabras hacen referencia a realidades externas; pero también porque nuestra indignidad nos hace incapaces de expresar nada digno ni perfecto sobre ello. Este misterio supera con mucho nuestra inteligencia y está más escondido a nosotros de lo que pueda expresarse. ¡Qué digo a nosotros! Trasciende incluso a la inteligencia de los ángeles. Por eso, no queremos hablar acerca de ello. Dejamos este tema a profesores y doctores de sagrada teología, a quienes, en defensa de la fe, se les permite hablar a este respecto. Ellos han escrito grandes volúmenes sobre esta cuestión. A nosotros nos incumbe creerlo con sencillez.

Santo Tomás ha escrito que nadie debe hablar de la Trinidad irreflexivamente; que, en todo caso, podemos referirnos a lo que han

dicho de ella doctores de vida tan probada que han sido dignos de ser iluminados por el Espíritu Santo y de ser instruidos más plenamente sobre estas cosas³⁰². Y como ninguna otra cosa se escucha con mayor agrado, así nunca nos equivocaremos peligrosamente.

[La Trinidad habita el fondo del alma]

Por tanto, queridos hermanos, yo os exhorto a que, alejada toda especulación, dejéis estos argumentos a los doctores, cuya sagacidad intelectual es ahora mayor que en tiempos pasados. Vosotros limitaos a creer simplemente y, abandonándoos confiadamente en manos de Dios, esforzaos por haceros dignos de que Él nazca en vuestro fondo, no según el intelecto, sino esencialmente; no en la boca, sino en la verdad.

3. Debemos, pues, darnos cuenta de que estamos hechos a imagen de la [Imagen de la] santísima Trinidad. Esta Imagen divina se encuentra verdadera, esencial y desnuda en el alma, donde está naturalmente, aunque no de forma tan excelente y noble como es en sí misma. Por eso, nuestro provecho espiritual consiste, por encima de todo, en ser conscientes de esta Imagen existente en nosotros de un modo tan amoroso y tan real. Por lo demás, nadie puede decir nada digno de la nobleza de esta Imagen, como tampoco de Dios, que está en esta misma Imagen, pero sin imagen.

Muchos hablan de ello profusamente y de forma muy distinta. Tratan de saber dónde se encuentra [esa Imagen] natural y esencialmente. Es opinión común que ella reside propiamente en las facultades superiores, es decir, en la memoria, el entendimiento y la voluntad. Por medio de estas facultades, nos hacemos capaces de recibir a la santísima Trinidad y gozar de Ella³⁰³. Pero esta opinión es verdadera en un grado muy pequeño, pues no va más allá de los límites de la naturaleza.

³⁰² Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I q.32 a.1 c.

³⁰³ Cf. SAN AGUSTÍN, *De Trinitate* XIV c.7 n.10.

Santo Tomás se acercó más a la verdad al decir que la perfección de esta imagen reside en su capacidad de estar *en acto* por el ejercicio de las facultades, es decir, en la memoria *en acto*, en el intelecto *en acto* y en el amor *en acto*³⁰⁴. Y él se detuvo en esta interpretación.

4. Pero otros doctores³⁰⁵ hablan de forma más elevada aún. Dicen que esta Imagen [de la santísima Trinidad] reside en lo íntimo del alma, en su fondo más profundo y secreto, donde el alma tiene a Dios de forma esencial y en acto. En ese fondo, Dios obra, existe y goza de sí mismo, y está tan unido a él que, así como no puede separarse de sí mismo, tampoco puede apartarse de él. Así lo ha decidido y ordenado desde la eternidad, de forma que ni querría ni podría retirarse de este fondo. Aquí, el espíritu tiene por gracia todo lo que Dios tiene por naturaleza, en la medida en que el hombre se retira a este fondo. Aquí, y en ningún otro lugar, nace la gracia de un modo real y excelente.

De este fondo [íntimo del alma] habló un filósofo pagano llamado Proclo, que dijo: «Mientras el hombre esté ocupado por imágenes que están por debajo de él, no creo que pueda entrar ni una sola vez en ese fondo. Nos resistimos a creer que ese fondo esté dentro de nosotros, pues ni siquiera queremos creer que existe, y mucho menos que está en nosotros». Pero ese mismo filósofo dijo: «Si deseas experimentar en verdad que él existe, deja toda multiplicidad y contéplalo con el ojo del intelecto. ¿Quieres acercarte más a él? Deja a un lado el intelecto, que está por debajo de ti, y hazte uno con el Uno». A este Uno él lo llama «oscuridad tranquila, silente, adormecida, divina y suprasensible».

³⁰⁴ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I q.93 a.7.

³⁰⁵ Seguramente Tauler se refiere aquí al Maestro Eckhart, que expresa estas nociones en muchos lugares. Ver, por ejemplo, el sermón alemán 16b, donde explica que la imagen de Dios está impresa en el alma, «en lo más íntimo de la naturaleza», o el sermón 24: «Hay un algo en el alma, donde Dios se halla en su desnudez, y los Maestros dicen que es innominado y no tiene nombre propio. Es y, sin embargo, no tiene ser propio porque no es esto ni aquello, no está aquí, ni allí. Pues es lo que es en Otro [Dios] y Otro en él. [...] de aquí el alma recibe toda su vida y su ser». Brugger (trad. modificada), 479-480.

5. Amadísimos, debería avergonzarnos que un filósofo pagano haya podido no solo comprender [este fondo íntimo del alma] con la *inteligencia*, sino también tocarlo con la *experiencia*, mientras nosotros estamos, en este sentido, tan lejos de él.

A esto [es decir, a este fondo] hacen referencia aquellas palabras del Salvador, que dijo: «*El Reino de Dios está dentro de vosotros*»³⁰⁶, es decir, en el fondo íntimo, por encima de toda operación o actividad de las facultades. Allí es donde tiene su Origen. A esto aluden las palabras del Salvador contenidas en el Evangelio de hoy: «*De lo que sabemos, hablamos; de lo que hemos visto, damos testimonio, y nuestro testimonio no lo aceptáis*».

¿Acaso podría el hombre carnal, entregado a la sensualidad, vertido hacia lo exterior, atento solo a sus sentidos y a las realidades sensibles, recibir el testimonio de Dios? Quienes viven una vida puramente sensible, no solo no pueden recibir estas cosas, sino ni siquiera creerlas.

Nuestro Señor dice por boca del profeta [Isaías]: «*Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos*»³⁰⁷. Y el Señor Jesús dice en el Evangelio de hoy: «*Si os he hablado de cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os hablase de las celestiales?*»³⁰⁸. Pues bien, cuando yo os he hablado en otro lugar sobre el *amor que hiere*³⁰⁹, que puede considerarse un tema terrenal, había algunos entre vosotros que decían que no habían podido entender mis palabras. ¿Cómo, entonces, podréis comprender las cosas interiores y divinas?

Pero el hecho de que no entendáis mis palabras se explica, en gran medida, porque vivís solo para los sentidos y estáis excesivamente volcados en ocupaciones y trabajos externos, ya en

³⁰⁶ Lc 17,21.

³⁰⁷ Is 55,9.

³⁰⁸ Jn 3,12.

³⁰⁹ Sobre el *amor que hiere*: ver sermón 18, n.4.

estos, ya en aquellos. Pero en estas cosas no se encuentra lo que dijo el Señor: «*De lo que hemos visto, damos testimonio*».

¿Queréis saber dónde se encuentra? Únicamente en el fondo del alma. Ahí se encuentra sin imagen e indudablemente. En este fondo, el Padre eterno engendra a su Hijo unigénito cien mil veces más rápido que un instante, según nuestro modo de entender, con una renovación continua en un punto de la eternidad, con su absoluta claridad e inefable nobleza.

[Cómo experimentar la presencia de la Trinidad]

Cuantos deseen sentir y experimentar estas cosas, deben volverse a su interior, [elevándose] por encima de la actividad de las facultades interiores y exteriores³¹⁰, por encima de las imágenes y de todo lo que ha entrado de fuera, y abismarse y unificarse en ese fondo.

Entonces, el Padre, en virtud de su poder, llamará hacia sí al hombre con una voz inefable por medio de su Hijo unigénito, y le hará venir. Y así como el Hijo nace del Padre y refluye al Padre, así el hombre será engendrado por el Padre en el Hijo y junto con el Hijo refluirá al Padre, y se hará uno con Él. A tal hombre, esto dice el Señor por medio de su profeta [David]: «*Me llamarás Padre y no dejarás de caminar detrás de Mí*³¹¹. *Yo te he engendrado hoy por mi Hijo y en mi Hijo*»³¹².

Después, el Espíritu Santo se derramará con un amor desbordante y un gozo inefable, e inundará y penetrará el fondo del hombre con sus siete dones. De estos dones, dos son activos: el de piedad y el de ciencia. Con ellos, el hombre se hará admirablemente virtuoso y dulce. El don de ciencia le enseñará el camino por donde debe avanzar. Pero es conveniente que el hombre haya adquirido

³¹⁰ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

³¹¹ Jr 3,19.

³¹² Sal 2,7.

antes las virtudes correspondientes, pues los dones vienen al hombre después de las virtudes.

Luego llegan juntos los dones pasivos: el de consejo y el de fortaleza. Después siguen otros tres dones: el de temor santo, que conserva y fortalece todo lo que el Espíritu Santo se ha dignado obrar en el hombre; y los de inteligencia y sabiduría, que son, ambos, los dones más altos. A tales hombres, los demonios les atacan con más furia que a los demás, especialmente los demonios más astutos, que saben tentar con mayor sutileza. Pero [ellos] resistirán a esos ataques con el don de ciencia.

Ciertamente, es mejor permanecer en esta contemplación interior, aunque solo sea un instante, que seguir la voluntad propia.

En este fondo, el hombre rogará por sus amigos vivos y muertos, y tal oración es mucho más eficaz que recitar un sinnúmero de oraciones vocales.

Por último, el Espíritu de Dios dará a nuestro espíritu un testimonio verdadero de que somos hijos de Dios³¹³. Y así podemos sentir en nosotros mismos aquel testimonio que leemos en la carta de san Juan que hoy se proclama en las iglesias: «*Tres son los que dan testimonio en el Cielo –es decir, en el íntimo fondo del alma–: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo*»³¹⁴. Estos dan testimonio al hombre justo de que es hijo de Dios. Los tres brillarán interiormente en este fondo del alma, que también da, él mismo, testimonio. La santísima Trinidad y el fondo del alma dan testimonio contra el hombre y todos sus desórdenes, e iluminan, quiera él o no, su razón. Es más, si quisiera escuchar, le darían testimonio sobre su vida entera.

Por tanto, todo el que presta atención a este testimonio interior y se une firmemente a él, exterior e interiormente, estará a salvo de los temibles testimonios del Juicio final. Pero quien rechaza ese testimonio con sus palabras, sus obras y su vida entera, en el Juicio final ese mismo testimonio pronunciará su sentencia contra él y lo

³¹³ Cf. Rom 8,16.

³¹⁴ 1Jn 5,7.

condenará por negligente, no por culpa de Dios, sino de su pecado. Pues no solo Dios condenará al hombre, sino que el propio hombre se condenará a sí mismo. Siendo esto así, queridos hijos, permaneced en vosotros y estad muy atentos a este testimonio dentro de vosotros. Creedme, os alegraréis de haberlo hecho.

6. Dominado y puesto en orden el hombre exterior, recogeos en vuestro interior y buscad el fondo del alma. En él sentiréis ese testimonio, no en las realidades externas ni en los propios modos, doctrinas y conceptos.

Leemos en las *Vidas de los Padres [del desierto]* que un hombre casado, para estar más libre de toda carga, marchó al desierto, donde se hizo padre [espiritual] de cinco mil monjes que buscaban ese fondo interior del alma, búsqueda en la que unos aventajaban a otros. Su esposa, a su vez, dirigía también a muchas mujeres.

Ese fondo es, pues, una simple, sobreesencial, oculta, vasta y libre oscuridad³¹⁵, que es inaccesible a los sentidos.

Pero decís que yo ayudo a hombres interiores³¹⁶. Ciertamente, yo ayudaría gustoso, en la medida de mis fuerzas, a cuantos han sido tocados e iluminados alguna vez por este fondo. Pero, ¡ay de aquellos que, con sus métodos exteriores y toscos, obstaculizan a tales hombres y les hacen descuidar este fondo! Se hacen reos de un juicio más riguroso y duro. Pues, como quieren que sus discípulos asuman esos métodos toscos e imiten su piedad exterior, les hacen más daño que el que les hacían en aquel tiempo los judíos y paganos a aquellos a los que apartaban del culto al Dios verdadero. Pero vosotros, jueces duros y temerarios, que atacáis a los siervos de Dios con vuestras palabras ásperas y gestos iracundos, tened cuidado con lo que hacéis a esos hombres y velad por vuestra salvación.

³¹⁵ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «Una oscuridad libremente accesible».

³¹⁶ La edición de Surio dice *iuvenes*, es decir, «jóvenes».

[Algunos consejos]

Quien desee encontrar a Dios en su fondo y hallar también ese mismo fondo, debe observar cuidadosamente estos tres principios.

Primero: en todas las cosas y por encima de todas las cosas, en desnudez y pureza, ha de buscar a Dios, no a sí mismo, y la voluntad de Dios, no la propia.

Segundo: en todas sus palabras y manifestaciones externas, tenga atento cuidado de sí mismo; no pierda de vista la inmensidad de su nada y vigile atentamente qué hace, en qué se ocupa y qué hay dentro de sí.

Tercero: no se afane por lo de fuera ni por aquello que no le ha sido encomendado. Deje que las cosas sean como son. Sean buenas o malas, no las juzgue ni quiera conocerlas. Por el contrario, recogido en su fondo, persevere en él y oirá en su interior la voz del Padre llamándolo hacia Él. Allí, el hombre morador de su interioridad es enriquecido con tantos dones y carismas, e iluminado con tal claridad, que incluso tendría luz suficiente para repartir a todos los sacerdotes.

Pero si alguien tiene una memoria tan débil que no es capaz de retener lo que acabo de decir, que retenga al menos estas dos cosas que ahora añado y así alcanzará esta vida interior.

Primero: sea humilde y de poco valor a sus propios ojos, sinceramente, por dentro y por fuera, no en apariencia ni en las palabras, sino en su fondo y en la verdad, en todo su intelecto, sin excusas.

Segundo: ame a Dios, pero no con ese afecto dulce y sensible que nosotros llamamos «amor», sino con un *amor esencial*, por el que estamos interiormente atentos a Dios; no con esa vigilancia simple, externa y sensible que llamamos comúnmente «atención», sino con una *atención contemplativa*. Esta, para alcanzar su objetivo, fija en él su mirada, como el arquero mira a la diana a la que dirige la flecha.

Que todos podamos alcanzar ese fondo, para aniquilarnos interiormente a nosotros mismos, y encontremos la Imagen de la santísima Trinidad. Que la tranquila y siempre luminosa Trinidad nos lo conceda. A Ella el honor y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

30. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

RECOMENDACIONES PARA APROVECHAR LA EUCARISTÍA

(V. 60c, sobre Jn 6,55-56)

«Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en Mí y Yo en él» (Jn 6,55-56)³¹⁷.

1. Amadísimos hijos, brilla hoy para nosotros esta noble solemnidad del santísimo Sacramento, de los preciosísimos Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, fiesta nunca suficientemente alabada. Es verdad que nosotros la celebramos de una manera general todo el año y de forma particular el día de Jueves Santo. Pero nuestra madre, la santa Iglesia, como ha hecho en otras fiestas, ha instituido y dedicado este día especial para que lo honremos, esto es, para que nos sintamos invitados y exhortados a mostrar, con una devoción especial, una reverencia renovada a tan gran Sacramento. Con esto, la santa Iglesia ha hecho todo lo que debía.

[Los tres grados de alabanza al santísimo Sacramento]

Con motivo de esta festividad, hay hombres que realizan muchas obras exteriores, adornan cuidadosamente los templos, tocan alegremente las campanas, llevan de una iglesia a otra con gran solemnidad este venerable Sacramento, le ofrecen oro y plata, los órganos resuenan y el canto suena más elevado y con más fuerza. Y los fieles hacen alegremente otras muchas cosas como forma de testimoniar su devoción y reverencia hacia este nobilísimo Sacramento, y lo veneran del modo en que pueden.

³¹⁷ En la edición de Surio aquí aparece el versículo Jn 6,55 y en la de Hugueny-Théry-Corin el versículo Jn 6,56. En el sermón se citan ambos versículos.

Todas estas manifestaciones de piedad, aunque externas, por pequeñas que sean, contribuyen en grado nada despreciable a la alabanza interior que debemos ofrecer a Dios. Sin embargo, todas estas obras y ritos externos pertenecen al grado más bajo de la alabanza divina. Y, sin duda, debe hacerse con toda reverencia cualquier acto que pueda imaginarse y redunde en honor de este Sacramento. Pues no hay gusano tan infame ni criatura tan vil que, si estuviese dotada de razón, no debiera levantar su cabeza e inclinarla con toda reverencia para honrarlo.

2. [Efectivamente,] hay otro grado más alto de alabanza a Dios: que el hombre le alabe desde el fondo de su corazón con gran amor e intensidad y con toda su inteligencia y todas sus fuerzas. Esa alabanza es muy superior a toda alabanza externa y a toda manifestación exterior de piedad.

Pero hay aún otro grado de alabanza, mucho más elevado que los dos anteriores: que el hombre, por iluminación interior divina, comprenda en su fondo la excelsitud y la grandeza de Dios, así como su propia pequeñez, sabiendo que es incapaz de alabar a Dios como conviene. Este modo de alabanza es muy superior y más excelente que toda alabanza que se haga a Dios con las palabras, el pensamiento o la inteligencia. Por eso se ha dicho: «Habla mejor de Dios aquel que, en el conocimiento de su riqueza interior, sabe callar acerca de Dios».

En cierta ocasión, un doctor predicaba sobre Dios y lo alababa con palabras. Y otro doctor, al oírlo, le ordenó callar diciendo que blasfemaba contra Dios. Sin embargo, ambos dijeron la verdad. Es realmente sorprendente que alguien se digne alabar con palabras la bondad de Dios, que es tan grande e inefable que supera toda inteligencia, la de los ángeles y la de los hombres.

Este grado de alabanza supera con mucho a los otros dos, [y se alcanza] cuando uno se da cuenta de que no hay palabras ni maneras que puedan alabar dignamente la inmensidad de la incomprensible dignidad y excelencia de Dios. [Entonces,] el espíritu [humano], apartándose de sí mismo, se sumerge entero en

Dios y se funde en Él, y deja que sea Dios mismo quien se alabe y se dé gracias a sí mismo.

[Pues bien,] quien se sumerge aquí adecuadamente y se abisma perfectamente, ese no debe temer que Dios lo vaya a abandonar.

[La humildad y el amor de Cristo en la Comunión]

3. Pero veamos qué nos dice nuestro Señor en el Evangelio acerca de este dignísimo Sacramento. «*Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y Yo en él*»³¹⁸.

Lo primero que hay que notar aquí es la inefable y profundísima humildad del Salvador, pues Él, callando sobre lo más alto, habla de lo más bajo. [En efecto,] no hace mención alguna de su Divinidad, que es lo mejor y más digno de Él, pero sí habla de su Carne y de su Sangre, aunque su Divinidad y su alma junto con su Carne y su Sangre están contenidas, sin duda alguna, en este dulce Sacramento.

Además, su amor asombroso, sobreesencial y excelentísimo brilla admirablemente en este Sacramento, pues no era suficiente para Él revestirse de nuestra vil y frágil naturaleza y haberse hecho hermano nuestro –dignándose hacerse hombre para que el hombre se hiciera Dios³¹⁹–, sino que, además, quiso ser también nuestra comida. Por eso san Agustín ha dicho [citando el libro del Deuteronomio³²⁰]: «No hay otro pueblo tan grande que tenga dioses tan cercanos a ellos como nuestro Dios lo está de nosotros».

Lo comemos y gozamos de Él. ¡Qué asombroso! ¡Cuán absolutamente inefable es su amor a nosotros, por el que halló este

³¹⁸ Jn 6,55-56.

³¹⁹ Cf. SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *De Incarnatione*, 54, 3: PG 25, 192B.

³²⁰ Cf. Dt 4,7.

modo [de amarnos]! Ese amor supera toda inteligencia, y debería encender nuestros corazones y herirlos con fuerza.

[El santísimo Sacramento como Alimento material y espiritual]

Ninguna cosa material está tan íntimamente unida al hombre como la comida y la bebida que tomamos por la boca. Por eso, para unirse a nosotros en la forma más estrecha e íntima, Él encontró este modo maravilloso. Pero para que se entienda correctamente lo que decimos, es preciso hablar primero del alimento material. Quizá sea un poco grosero lo que vamos a decir, pero ayuda a entenderlo.

San Bernardo dice: «Dios nos come y es comido por nosotros»³²¹. Ciertamente, el alimento material que tomamos por la boca se mastica primero con los dientes, luego por el esófago pasa suavemente al estómago, donde después se consume por el calor del hígado. A continuación, el estómago digiere la comida, separa lo bueno de lo malo y rechaza y expulsa lo que sobra. [Y, así,] de lo que el hombre come solo aprovecha una mínima cantidad. Todo lo demás el estómago lo expulsa por diversos lugares.

Pero, cuando la comida pasa al estómago, quedan aún tres pasos antes de que pueda incorporarse a la naturaleza [es decir, al cuerpo humano]. La comida, cocida y digerida por el estómago, es distribuida a cada miembro por una potencia del alma que ha sido creada por Dios para tal fin, suministrando también parte a la cabeza y al corazón. [Y, de este modo,] la comida pasa a la carne y a la sangre, y circula por todas las venas.

Lo mismo sucede en este Sacramento del Cuerpo del Señor. Pues así como la comida corporal pasa a la sustancia del que la come, así [también,] quien toma dignamente este Sacramento se transforma en Él, como dijo el Señor a san Agustín: «No me cambiarás Tú en Ti, como la comida corporal, sino que tú serás cambiado en Mí»³²². Esta comida va, a través de las venas, hasta el

³²¹ Cf. BERNARDO DE CLARAVAL, *In cantica canticorum sermones*, LXXI,5.

³²² AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, XIII, 7,10.

fondo íntimo de quien lo recibe dignamente. Pues, como ha dicho san Bernardo: así como nosotros tomamos el alimento corporal [del santísimo Sacramento], así [también] nosotros somos comidos por el Señor.

[Dios nos purifica cuando lo comulgamos]

4. Dios nos come cuando nos muestra nuestros defectos y pecados, y abriendo nuestros ojos interiores nos los hace reconocer. Pues, mientras nos come, reprende nuestra conciencia. Así como la comida material, mientras la masticamos, se mueve y da vueltas en la boca de un lado a otro, así también el hombre, en esta reprensión que Dios le hace, es empujado aquí y allá y arrojado a cierto estado de ansiedad, temor y tristeza, sin saber qué será de él. Pero debe soportar pacientemente esta comida y reprensión de parte de Dios, y sufrirá bastante ser masticado y devorado. Pero también él mismo se masticará y se castigará.

Y no saldrá de ahí y se irá a buscar de inmediato a un confesor para que lo libere de esta reprensión, ni tampoco volverá a sus prácticas de piedad exterior acostumbradas, mientras esta [reprensión] dure. Por el contrario, exhalando suspiros desde el fondo de su corazón, dirá: «*Señor, Dios mío, ten piedad de mí, [que soy] pecador*»³²³. Y permanecerá [recogido] en sí mismo tanto como pueda.

Esto es mucho más útil para el hombre que leer, orar o hacer cualquier otra cosa para salir de este estado y escapar así de esa reprensión.

Aquí debe tener mucho cuidado de que el enemigo no intervenga aprovechándose de la tristeza desordenada. Pues, el muy astuto, suele echar en un hombre así [entristecido] una mostaza amarga y agria. Por el contrario, la mostaza del Señor es buena y suave.

³²³ Lc 18,13.

Entonces, tras la reprensión, viene una dulce tranquilidad del alma, una amorosa confianza, una seguridad divina y una santa esperanza. Y en ese momento Dios traga al hombre. Pues como el alimento bien cocido y masticado pasa suavemente al estómago, así también el hombre, una vez que ha sido bien reprendido y masticado en su conciencia –pero, a pesar de ello, tiene una gran confianza en Dios y se apoya completamente en Él– es tragado suavemente por Dios.

[Efectivamente,] cuando nos probamos bien a nosotros mismos –como dice el Apóstol: «*Pruébese el hombre a sí mismo y coma así del Pan y beba del Cáliz*»³²⁴– y luego tomamos esta comida dignamente, entonces –insisto– Dios nos mastica, nos traga y nos digiere. Esto sucede cuando nos desprendemos de nosotros mismos y morimos perfectamente a todas las cosas. Lo mismo pasa con la comida corporal: cuanto más digerida es, tanto más pierde su propio ser y más desemejante es de sí misma.

5. Si uno quiere saber si ha sido masticado y tragado por Dios, observe si se siente a sí mismo en Dios y si siente a Dios en sí, es decir, si solo se encuentra en Dios, y en ninguna otra parte, y si en sí solo halla a Dios, y nada más. Porque Él ha dicho: «*Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en Mí y Yo en él*»³²⁵.

Además, si quiere ser digerido por Él, ha de despegarse primero de sí mismo y morir completamente al hombre viejo³²⁶. Pues, para que el alimento corpóreo pase a la naturaleza del hombre, tiene que perder antes su propio ser. Cualquier cosa, para revestirse de la forma o naturaleza de otra, tiene que despojarse de la suya previamente. Por ejemplo: para que la madera se transforme en fuego, es preciso que antes pierda su forma de madera. Del mismo modo, para que el hombre pueda ser [en cierta medida] transformado en Dios, tiene que perder antes su propio ser [de hombre].

³²⁴ 1Cor 11,28.

³²⁵ Jn 6,56.

³²⁶ Cf. Ef 4,22.

El Señor añade: «*El que me come vivirá por Mí*»³²⁷. A quien desea obtener esto nada le es tan útil como la santa Comunión. Pues así como la naturaleza obra poco a poco, digiriendo el alimento y difundiendo su virtud por todas las venas hasta que la comida pasa a la vida y a la sustancia del hombre, así, este dulcísimo Sacramento, con el tiempo, separa al hombre del pecado y de todo lo que está fuera de Dios, hasta que, finalmente, el hombre viejo muere completamente por dentro y por fuera.

6. Así pues, si deseas saber si has tomado dignamente este Sacramento, mira si tu corazón está más apartado de todo lo que no es Dios y si ha actuado en tu hombre exterior, en tus sentidos, en tus costumbres, en tus palabras y en tus actos. Pues la naturaleza de este dignísimo Sacramento es tal, que consume, rechaza y expulsa todo lo que es malo, superfluo e inútil. Una vez hecho esto, entra Dios con su gracia. Y cuando Dios, contenido en este Sacramento, ha entrado, actúa sobre toda la vida del hombre, sobre su amor y su voluntad, sobre su intención y sus pensamientos, haciéndolo todo más nuevo, más puro y más divino.

Además, este Sacramento elimina toda la ceguera del corazón, aporta al hombre conocimiento de sí mismo y le enseña a vivir separado y desprendido tanto de sí mismo como de todas las criaturas, como está escrito: «*Lo he alimentado con pan de vida y de inteligencia*»³²⁸. Ese Alimento, asimismo, transforma al hombre [en cierto modo] en Dios, de tal modo que toda su vida es dirigida y moldeada por Él, hacia Quien ha sido atraído y en Quien se ha transformado por medio de este Sacramento.

[El peligro de comulgar sin estar bien preparados]

7. [Pero] quien no siente esto en sí, sino que tiene un corazón hueco y entregado a la vanidad y al ocio, mostrándose descuidado y superficial en la risa, en las palabras, en el cuidado del cuerpo,

³²⁷ Jn 6,57.

³²⁸ Eclo 15,3 (Vulgata).

entregándose a cualquier estupidez y perdiendo un tiempo preciosísimo en diversiones inmoderadas, y en fin, teniendo un corazón negligente y perseverando en él consciente y voluntariamente, [que tenga mucho cuidado, porque] si toma este nobilísimo Sacramento en tal estado, se expone a un gran peligro.

Creedme: así como el estómago rechaza una comida inconveniente, así también el Señor vomita a tal hombre [mal preparado] de su boca. Más le valdría no tomarlo.

¿[Y qué decir del hombre que] se confiesa, pero no evita las ocasiones de pecado? En verdad, ni el Sumo Pontífice, que es la suprema autoridad en la tierra, puede absolver a un impenitente y a quien no quiere huir del pecado. [Pues bien,] a pesar de ello, [algunos hombres así] toman este Sacramento vivificante junto con los demás.

8. Ciertamente, convendría tener un confesor bueno y experimentado que indicara a cada uno cuándo comulgar o cuándo abstenerse. [Porque] algunos viven de tal manera que [pueden comulgar] más a menudo, otros, cada semana, y, para otros, una vez al mes es suficiente³²⁹. Estos últimos, una semana antes y otra después de la Comunión, deberán tener una vigilancia tan estrecha de sí, que apenas han de hablar, salvo para decir «sí» o «no»; en la comida del mediodía tomarán solo el alimento y la bebida que necesite su naturaleza; y por la tarde, apenas cuatro bocados.

Otros deben comulgar en las grandes solemnidades, y otros, solo en Pascua. Estos últimos se prepararán al menos durante todo el ayuno de Cuaresma.

Hay, en fin, otros a quienes siempre se les ha de negar el Cuerpo del Señor. Me refiero a aquellos que no hacen penitencia por sus pecados ni tienen un propósito firme de abstenerse de pecados mortales y de llevar una vida más recta. Quienes son así y toman este Sacramento vivificante sin examinarse bien a sí mismos, en

³²⁹ La Comunión diaria se popularizó tras el Concilio Vaticano II (1962-1965).

verdad son «reos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Por eso muchos están enfermos y muchos están dormidos»³³⁰.

Creedme hermanos, tomar indignamente este gran Sacramento no es un juego, como vosotros pensáis, sino algo muy peligroso. Esto afecta al alma y al cuerpo. En verdad, quien no se prepara concienzudamente para esta dignísima comida, como claramente suelen enseñar los predicadores de la Palabra de Dios desde el púlpito, caen en un peligro tan grande como no puede haber otro en esta vida.

Ojalá se dieran cuenta de esto muchos que quieren comulgar varias veces cada semana, no por devoción o inspiración divina, sino por costumbre o porque ven que otros lo hacen. Pero esto no es recomendable.

[Sin embargo,] un hombre que desea ser bueno y huye de las ocasiones de pecado, si recibe esta comida salvífica cada semana, no presumiendo de su propia justicia, sino con reverencia y respeto, con la intención de evitar caer en la tibieza o precipitarse en el pecado, o para ayudar a su debilidad, hace bien siempre que lo consulte con su confesor.

Sin duda, si yo viera a un pecador empedernido que decidiera apartarse radicalmente de todo pecado y convertirse al Señor su Dios, preferiría darle la Comunión durante seis meses antes que a esos indolentes y tibios. Estoy convencido de que, de este modo, yo extinguiría lo mundano en él poco a poco.

[¿Por qué este Sacramento apenas actúa en los tibios?]

9. He descubierto dos causas que explican por qué este noble Sacramento actúa tan poco en esos hombres tibios y perezosos a pesar de haber gustado algo de Dios, y por qué, aunque comulgan a menudo, permanecen siempre en esa desgana y tibieza.

³³⁰ 1Cor 11,27.30.

La primera es que tienen vicios ocultos, sean externos o internos, que les impiden progresar. Por ejemplo, que no controlan su lengua, lo cual les causa un daño indecible. Queridos hermanos, guardaos de ello, os lo suplico. De otro modo, tened por seguro que jamás progresaréis.

La segunda es que toman este Sacramento no [movidos] por un verdadero amor, sino por la costumbre. Es verdad que existen costumbres muy buenas, como, por ejemplo, que uno esté acostumbrado a recogerse en sí mismo. Y es que, queridísimos hermanos, os hace mucho daño el no recogeros en vuestro interior o que no observéis el fruto, el efecto y la acción de esta comida. Pues esta sigue obrando en el tercer o cuarto día, con solo que estéis atentos a su actividad y estéis recogidos. Cosa que no hacéis. Así que en vano esperéis alcanzar el fruto de esta comida si no centráis vuestra atención en Dios, uniéndoos a Él [movidos] por el amor, y permanecéis recogidos en vuestro interior.

Esta atención de la mente a Dios ha de ser constante, en todo lugar, modo y acción, y debe guardarse incluso cuando la necesidad o la utilidad obliguen a estar entre los hombres, lo cual, sin embargo, ha de hacerse en raras ocasiones y con la mayor brevedad.

[Otras recomendaciones para aprovechar la Comunión]

¡Ojalá permanecierais en vosotros! Si así fuese, este noble Sacramento actuaría en vosotros y por medio de vosotros, y [en cierto modo] os transformaría en Él de un modo excelente. [Además,] os sería dado por todos los sacerdotes de uno y otro lado del mar, y quizá lo recibiríais con más fruto que los propios sacerdotes.

Este fruto debe también desearlo todo cristiano cada día en todos los sacrificios [eucarísticos] ofrecidos por los sacerdotes. Ciertamente, esto produce mucho fruto cuando se hace con un recogimiento y una atención a Dios auténticos.

Que el Señor nos conceda recibir siempre este Sacramento salvífico dignamente y con pureza de espíritu. Amén.

31. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

LA DIGNA PARTICIPACIÓN EN LA EUCARISTÍA

(V. 60f, sobre Jn 6,56)

«*Quien come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y Yo en él*» (Jn 6,56).

1. Amadísimos hermanos, ni todos los corazones pueden entender ni todas las lenguas explicar cuánta es la dignidad y excelencia de este noble Sacramento, cuya fiesta hoy celebramos. Es imposible alabar digna y perfectamente tal Sacramento, que debería ser el objetivo de todos nuestros ejercicios, puesto que en él descansa nuestra salvación entera.

[La humildad del pan y el vino eucarísticos]

Vamos de nuevo a considerar las sagradas palabras que emplea san Bernardo al hablar sobre este excelente Sacramento, comparándolo con la comida corporal: en primer lugar, se mastica; después, se traga; a continuación, se macera; y finalmente, se digiere y se consume. Aunque –como recuerdo haber dicho ya en otro lugar– esta comparación es un poco grosera, no debemos despreciarla, pues ayuda a comprender mejor el concepto. Si hay hombres de entendimiento más sutil, que se guarden del espíritu de soberbia, pues quienes son verdaderamente pobres y humildes de espíritu saben degustar siempre las cosas humildes y pequeñas. De estos dice el Señor: «*Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños*»³³¹, es decir, a los humildes.

³³¹ Lc 10,21.

Por tanto, debemos reflexionar y meditar con gran amor y alabanza, y con la mirada interior, esta excelente obra de Dios, su inexpresable y profunda humildad, el hecho de que [Dios] se haya entregado a sí mismo, voluntariamente y con tanta alegría, para ser comido con la boca, bajo las toscas y humildes especies del pan y el vino, como [se hace con] el alimento material.

Y esta es la razón por la que se nos ha dado a comer en tal modo: porque desea introducirse y derramarse en nosotros con toda su bondad, unirse a nosotros de una forma tan íntima que nuestros sentidos no alcanzan siquiera a imaginarla. Es verdad que Dios, si hubiese querido, podría haberse dado a nosotros en un modo más elevado y sutil, con gran esplendor y luminosidad, tal y como santa Hildegarda dice que sucede cada día invisiblemente. Como ocurrió hace poco a una hermana de nuestra Orden, que vio con los ojos del cuerpo, durante la celebración de la Misa, al sacerdote y el altar rodeados de una luz indescriptible, con ángeles y otras muchas cosas agradables y hermosas de contemplar.

[La conveniente preparación para recibir la Comunión]

Pero ya he dicho por qué Dios ha elegido el modo más humilde.

2. Por eso, en este tiempo de gracia, no puede ser hallado ningún ejercicio más útil, mejor ni más fructífero que tomar la sagrada Comunión digna y humildemente. Y, por el contrario, no hay nada más peligroso ni más terrible que tomar este dulce Sacramento de forma indigna y sin la debida preparación.

Decía Dionisio Areopagita que el que quiera recibir este Sacramento debe cumplir cuatro [condiciones]: primero, ser puro y limpio de todo pecado; segundo, estar adornado y revestido de las santas virtudes de Cristo; tercero, despojarse de sí mismo y transformarse [espiritualmente] en [Imagen de] Dios; y cuarto, convertirse en templo de Dios. Expliquemos estas cuatro condiciones un poco más claramente.

En primer lugar, el hombre debe estar limpio de pecado. Cuando alguien reconoce interiormente sus pecados, los confiesa [sacramentalmente], acepta la penitencia y hace otras cosas que deben hacerse conforme a la enseñanza de la Iglesia; y cuando llora en lo profundo de su corazón por el reconocimiento íntimo de sus pecados –lo cual lo limpia y purifica mucho más que la lectura o la oración–, adquiere así una voluntad íntegra –en cuanto puede la fragilidad humana– de no pecar y de huir con presteza de las ocasiones de pecado. [Pues bien,] estas cosas absuelven al hombre y lo liberan de todos sus pecados pasados.

En segundo lugar, las virtudes de Cristo de las que debe revestirse son estas: humildad, mansedumbre, obediencia, castidad, pureza, paciencia, misericordia, silencio, amor al prójimo y otras semejantes.

En tercer lugar, cuando el hombre se ha revestido de estas virtudes, ya se ha despojado totalmente de sí mismo y se establece en una Paz interior, verdadera y divina, y experimenta felizmente en sí mismo la verdad de estas palabras del Señor: *«El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en Mí y Yo en él»*.

El hombre se cuidará de conservar esta Paz en sí con todo cuidado para no verse perturbado por palabra u obra alguna. Si así lo hace, permanecerá tranquilo, aunque una llama de fuego voraz devore esta ciudad de Colonia entera u ocurra cualquier otra desgracia.

Esta Paz no es la paz exterior de la naturaleza sensible, sino la Paz interior del espíritu que solo Dios concede. Pues cuanto más perfectamente está un hombre unido a Dios, tanto más abundante es la Paz que goza. Por el contrario, cuanto más está fuera de Dios, tanta menos Paz tiene.

[Efectivamente,] lo que del hombre está en Dios, tiene Paz; y lo que está fuera de Él, está sujeto a la turbación.

En cuarto lugar, cuando uno ha alcanzado esta Paz, se hace propia y verdaderamente templo de Dios. Pues, como dice el salmista, «*en la Paz ha hecho su morada*»³³². Y al convertirse en templo del Espíritu Santo, este obra en él y por medio de él en todo lo que hace. [Y, de este modo,] el hombre ya no hace nada por sí mismo, sino que es solo un instrumento del Espíritu Santo, por medio del cual lleva a cabo su obra según su gratísima voluntad.

[Dios nos deja a merced de las tentaciones]

3. Veamos ahora, queridísimos hermanos, qué significan las palabras de san Bernardo: «Dios nos come y es comido por nosotros».

El comer de Dios es la reprensión y el remordimiento de nuestra conciencia. Pero no solo nos acusa Él, sino que es su voluntad que seamos acusados y reprendidos por todas las criaturas. Pues los espíritus malignos cazan, fatigan y acosan al hombre devoto como los perros de caza a una fiera que va a ser entregada al emperador como regalo. Los perros acosan a la fiera, le dan caza, la hieren y, una vez capturada, la retienen mordiéndola con firmeza. Así, fatigada y cazada con mucho trabajo, le es mucho más grata al emperador que si hubiese sido capturada sin esfuerzo.

Del mismo modo, el Emperador celestial, Dios eterno y adorable, tomando de buen grado esa comida que con tanto celo ha sido trabajada y fatigada como en una cacería, permite que su siervo se ejercite y se fatigue de modos diversos. Para ello tiene perros especiales, como son los espíritus malignos, que atacan y dan caza al hombre con tentaciones diversas, sucias e inmundas. Tienden emboscadas y urden el engaño por todas partes, y atacan, maltratan y persiguen al hombre con múltiples vicios y tentaciones diversas, ya sea por medio de la soberbia, la avaricia o la lujuria, y a veces hasta por medio de la desesperación, [provocada] frecuentemente por una tristeza desordenada, por un motivo o por otro.

³³² Sal 76,3.

Tú que padeces estas cosas, quienquiera que seas, aguanta firme y persevera en Dios. Y si deseas alcanzar en el futuro algún grado de perfección, [has de saber que antes] tienes que ser ejercitado y hostigado así.

Luego viene el mundo, donde los hombres te asaltan, te acosan y te fatigan con palabras duras e increpantes y con sus falsos juicios. A esto se suman tus propios defectos y tu natural inclinación al mal. Así, cuando te sientas maltratado de ese modo, camina en la humildad, la mansedumbre y la paciencia, y paga con compasión a todos esos hombres que, en su ceguera, te persiguen y te tratan como a un malvado, diciendo con el corazón lleno de amor: «Dios mío, Creador de todas las cosas, ten compasión de ellos y de mí».

Si deseas el bien de tu alma, ten mucho cuidado de no huir por entre arbustos, zarzas o matorrales. Imita, mejor, al animal que marcha por un camino recto y llano, que ni ladra ni muerde. Procura, te lo ruego, no dar ladridos estridentes ni morder como los perros. Dios nuestro Señor tiene sus propios perros de caza por todas partes, en ermitas, conventos, casas, bosques y ciudades. Y es preciso que todas esas criaturas empujen a los elegidos hacia Dios.

Por lo demás, igual que la persecución a que han sido sometidos provoca en los ciervos una sed ardentísima, así tú, que has padecido estas fatigas, dirígete a Dios por el camino recto, y acércate a Él con fervor renovado. Todo esto no tiene otra finalidad que hacer prender en ti una ardiente sed de Dios.

[El abandono en manos de Dios]

Dios permite que cada hombre sea cazado de la manera en que le es útil y necesaria. [Así pues,] continúa tu carrera con humildad, dulzura y paciencia, y de esta forma, de un modo maravilloso, te ablandarás y te ofrecerás a Dios como alimento más dulce que el panal y la miel³³³. Si perseveras en esto como es conveniente y te

³³³ Cf. Sal 19,11.

mantienes constante en la humildad, alcanzarás fácilmente la suma perfección, que llegará a ti por medio de aquellas virtudes de las que hemos hablado, es decir, la humildad, la misericordia y el amor a Dios y al prójimo.

¡Pero cómo se ha enfriado el amor en todo el mundo! ¡Tanto, que nadie puede lamentarlo lo suficiente!

Por eso, si puede encontrarse un hombre que desee vivir del modo que hemos descrito y cultiva con esmero ese fondo [interior], cualquiera que sea su estado o condición, ha de ser tomado por los demás como ejemplo.

Quienes están unidos por los vínculos del matrimonio, deben ser fatigados y cazados por los propios hijos, incluso el uno por el otro, es decir, el marido por la mujer y la mujer por el marido. Lo mismo ocurre en quienes viven en conventos.

4. Y [esa experiencia] debe sobrellevarse con un verdadero espíritu de abandono y silencio.

Este espíritu de abandono paciente, cuando el hombre es acosado por todas las criaturas, es mucho más excelente a los ojos de Dios y de sus elegidos que todas las buenas prácticas que pueden y deben hacerse por amor a Dios. Ciertamente, quien aprende a morir [espiritualmente] de ese modo, toma de forma digna este noble Sacramento del Cuerpo del Señor.

Es muy peligroso tomarlo indignamente y, sobre todo, con un corazón mundano, con el fondo poseído, voluntaria y conscientemente, por un amor desordenado a las criaturas. Pero aquellos que se encuentran preparados para sufrir y dejar todo lo que saben que deben sufrir y dejar por voluntad de Dios; y aquellos que sobrellevan pacientemente la corrección de Dios y, a pesar de ser perseguidos y probados por Él y por todas las criaturas, perseveran en el deseo de las virtudes, conservando la paciencia, ¿cuántas veces deben comulgar?

Esto podrá deducirse por estas cuatro señales: primero, si experimentan que la corrección de Dios se hace en ellos cada día

más fuerte y la sobrellevan con humildad y madurez; segundo, si el amor a Dios aumenta en su corazón; tercero, si la sed de lo efímero se extingue en ellos; y cuarto, si la Comunión frecuente no solo no hace que disminuya en su alma el temor filial y la reverencia hacia este Sacramento, sino que incluso hace que aumente. Si perciben estas cosas en ellos, no hay nada mejor que puedan hacer que tomar el preciosísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. ¿Con qué frecuencia? Lo dice san Ambrosio usando las palabras de la oración del Señor³³⁴: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

Pero ¿dónde encontraremos hoy a un sacerdote tan piadoso y dispuesto que nos ofrezca cada día el Cuerpo del Señor? [Tranquilos,] si un sacerdote nos niega esto, no hay por qué preocuparnos ni molestarnos. [En tal caso,] uno debe permanecer en un abandono perfecto y volver a su nada, seguro de que recibirá el Cuerpo del Señor espiritualmente y, quizás, con un fruto más abundante que si lo hubiera tomado sacramentalmente. Lo comerá y [después] gozará de Él en el espíritu, como dice el Señor: «*Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en Mí y Yo en él*». Esto le sucederá con absoluta certeza.

5. Este es el primer grado de una Comunión digna, pero hay aún otros dos signos que son mucho más dignos, sublimes y excelentes que este. Uno implica conocimiento y experiencia y; el otro, experiencia sin conocimiento. El primero consiste en un puro y radical despojarse y morir a toda posesión y a todo lo que puede ser captado por los sentidos. El segundo consiste en soportar la opresión interior que nace de este duro ejercicio de autodomínio.

[En efecto,] cuanto más se aferra uno a lo que posee, cuanto más descansa en lo que cree que es suyo, tanto más grave y amarga será esa opresión.

³³⁴ Mt 6,11.

[La renuncia –o despojamiento–]

Para entender esto mejor, consideremos las palabras de san Bernardo, que dice: «Soy digerido cuando soy transformado»³³⁵. Así como el alimento caído en el estómago, cuanto más se digiere, tanto más desaparece, así ocurre con el hombre: si quiere unirse a Dios y transformarse en Él, tiene que morir profundamente a todo amor por las cosas sensibles, a todo lo que posee, a todo lo que hace, a todo lo que concibe su voluntad propia y, en fin, a todo aquello que le lleva a buscarse y poseerse a sí mismo.

Dos sustancias y dos formas no pueden subsistir a la vez en un mismo lugar. Para que haya calor, el frío ha de desaparecer. Es decir, si quieres que Dios entre pura y verdaderamente en la morada de tu espíritu, es necesario que antes salga de ti todo lo creado y todo lo que tienes agarrado. Si Dios ha de obrar en ti, es preciso que tú te comportes pasivamente³³⁶ y que todas tus facultades sean completamente despojadas de toda actividad y característica, e incluso de sí mismas, y que permanezcan en una pura renuncia y en su nada desnuda; y cuanto más profundamente se sumerjan en esta nada, tanto más perfecta, esencial, verdadera y profundamente te unirás a Dios.

Si fuera posible que uno, en el interior de su alma, conociera su propia nada tan perfectamente como es, [es decir,] tal y como el alma purísima y santísima de nuestro Señor la conoció, [entonces] esta se uniría a Dios de forma tan excelente como el propio Señor Jesucristo.

[Efectivamente,] cuanto más renuncia uno a sí mismo, tanto más se mueve hacia Dios.

Si quieres que Dios hable a tu alma, todas sus facultades tienen que estar en completo silencio, de manera que ya no actúen

³³⁵ BERNARDO DE CLARAVAL, *In cantica canticorum sermones*, 71, III, 5.

³³⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «Tú debes estar en un estado de pura pasividad»

ellas, sino que reciban [pasivamente] la obra de Dios. Si la naturaleza actúa de tal modo que el alimento corporal no puede pasar o mutarse en ella a menos que antes pierda completamente su forma y se haga tan diferente de sí mismo como si nunca hubiese sido alimento, con mucha más razón ha de suceder así en el alma y en el espíritu.

Pero se ha de estar alerta ante un grave peligro: la razón se inmiscuye aquí porque quiere tener su parte de actividad. En lugar de mantenerse en silencio, que es lo que debería hacer, desea saber qué es lo que está sucediendo en el alma. Os aconsejo que estéis vigilantes, si es que amáis a Dios y no queréis poner en peligro vuestra salvación. [Pues bien,] si la sagrada Comunión os ayuda en esto, es decir, si por la recepción del Sacramento recibís fuerza para ese despojamiento total, para esa renuncia a todo lo que sois, entonces os será lícito recibir el Sacramento dos o tres veces por semana, e incluso cada día, siempre que se haga con verdadera devoción.

[La opresión interior –o crisis espiritual–]

6. En aquellos que se encuentran en este estado de profunda y dura dominación de las pasiones, suele nacer cierta opresión insoportable, de manera que el mundo entero les parece demasiado estrecho. Como consecuencia de ello, la naturaleza [humana] se siente agobiada bajo un enorme peso, y el hombre es incapaz de saber qué le pasa. Pero yo lo diré.

El despojamiento engendra esa opresión en el hombre porque a su naturaleza le desagrada morir. En esta muerte espiritual se prueba la verdad de aquella afirmación del Apóstol: «*Anunciáis su muerte, hasta que venga*»³³⁷. «Anunciáis», dijo, no con palabras o pensamientos, sino renunciando a vosotros mismos por el poder de su muerte, muriendo a vosotros mismos.

³³⁷ 1Cor 11,26.

7. Quienes se hallan en ese estado de angustia y opresión, han de saber que hay tres cosas que [paradójicamente] les obstaculizan: el Cuerpo del Señor, la Palabra de Dios y los ejercicios de piedad personales. [En efecto,] todo lo que puede aliviarlos, en realidad es un obstáculo para ellos. Por eso, si pudieran soportar esta opresión con ánimo benévolo y voluntario, sin buscar fuera consuelo o consejo, y sin salir de sí mismos, esto les sería mucho más útil que cualesquiera obras que pudieran hacer.

Pero muchos no quieren permanecer en casa y, con tal de buscar consejo y ayuda en cualquier parte, van de un doctor a otro, pero no encuentran ni paz ni remedio. Si actuaran del modo antedicho y se recogieran en su fondo, donde Dios está siempre presente, y perseveraran en él, Dios mismo, que es el Ser verdadero, nacería en ellos. Pero es imposible decir cuántos fallan lamentablemente aquí, porque la naturaleza se busca sutil y astutamente a sí misma, y se esfuerza de continuo en sacudirse de encima esta opresión y evitarla.

Y llega entonces el intelecto, que siempre pone alguna objeción. [Y con él] llega la propia razón del hombre, que le dice interiormente: «¿Qué haces, desdichado? ¿Por qué no te dedicas a algún otro ejercicio? ¿Por qué te desprecias tanto a ti mismo?». Luego llega el maligno e intenta engañarlo diciendo: «¿Por qué pierdes tu tiempo aquí sentado? Sal de aquí y haz alguna obra buena, emprende alguna actividad». A continuación, vienen personas superficiales, ignorantes e inexpertas en la vida espiritual, que se sienten satisfechas con las prácticas de piedad que emprenden voluntariamente, y dicen: «¿Qué haces aquí sentado? ¿Por qué no escuchas la Palabra de Dios?».

Todos estos son perros de caza. Y el hombre, desgraciado, con demasiada frecuencia se vuelve también un perro cazador que ladra contra sí mismo y se dice: «¿Qué es lo que haces? Deberías buscar el alivio y el auxilio de la sagrada Comunión».

Pero durante esta opresión no se debería buscar ninguna ayuda, ni siquiera en el [santísimo] Sacramento. [Efectivamente,] si uno viniera a mí sufriendo esta aflicción y yo estuviera seguro de

que me pide el Cuerpo del Señor [solamente] por tener ayuda, yo, para ponerlo a prueba, le preguntaría quién lo había enviado a mí: ¿Dios?, ¿la naturaleza buscando ayuda?, ¿o la costumbre? Y si yo entendiera que ha venido a mí por una de las dos últimas, de ninguna manera le administraría el Sacramento de Cristo, salvo por una sola causa: que su naturaleza fuera tan débil e inestable, que no tuviera fuerzas suficientes para soportar hasta el final esta opresión, esta cruz. En este caso, le será lícito tomar la sagrada Comunión una o dos veces por semana, no por obtener [solamente] ayuda de ella – en cuyo caso le convendría abstenerse –, sino para poder sobrellevar mejor esta opresión hasta el último momento.

Pues es seguro que, si antes no se sufre esta opresión, el nacimiento de Dios [en el fondo del alma] nunca llegará a realizarse en el hombre. Por el contrario, todo lo que lo haya liberado de esta opresión, se propagará en él y lo privará de este divino nacimiento. Ya que este solo surgirá si [antes el hombre] ha soportado hasta el fin esta opresión.

Pero este veneno de la naturaleza [humana] es tal, que antes prefiere ir a Roma a pie que padecer esta angustia hasta el último momento. Aunque esto sea mucho más útil para el hombre que todas las demás prácticas u obras que llevara a cabo entretanto. Sin duda, es mucho mejor *padecer* que *hacer*.

Sucede con frecuencia que, durante esta aflicción, viene al espíritu [el recuerdo de] la dulzura que sintió con la recepción del venerable Sacramento y la escucha de la Palabra de Dios, y entonces la naturaleza, frágil y afligida, desea [volver a] percibir dicha dulzura. Pero todos estos consuelos le son quitados y [, por el contrario,] es obligada a abandonarse a sí misma al exilio y a la muerte [espiritual]. Y [en tales circunstancias] es tal su agotamiento, que está convencida de que no hay muerte más amarga que esta.

No querría yo, amados hijos, que interpretarais estas palabras como si yo prohibiera radicalmente la sagrada Comunión y la escucha de la Palabra de Dios. No es esa mi intención. En los dos grados anteriores [es decir, en el abandono y en la renuncia] nada hay más útil para obtener un provecho verdadero y vivo que recibir

el preciosísimo Cuerpo del Señor y oír la Palabra de Dios, puesto que ambas cosas son mejores y más excelentes que cualesquiera otras. Pero, en este tercer grado [es decir, en la opresión], toda ayuda y todo consuelo constituyen un obstáculo no pequeño, pues quienes buscan ayuda así, actúan como si dieran la espalda a Dios todopoderoso y le dijeran a viva voz: «No te quiero, prefiero ir a otro lugar» [es decir, «no quiero la opresión que Tú me das, prefiero buscar en otro lugar el consuelo»].

Con esta actitud, [estos hombres] no hacen a Dios una ofensa menor que si le crucificaran de nuevo, pues no le permiten culminar su obra en ellos; peor aún, es como si le prohibieran hacerlo. Es imposible expresar en términos humanos el bien infinito y excelentísimo que estos desprecian cuando rehúsan padecer esta opresión sin ayuda ni consuelo alguno.

[La unión con Dios]

8. Pasemos ahora a considerar aquellas palabras de san Bernardo, que dicen: «Soy digerido cuando soy transformado. Soy unido cuando soy conformado [a Él]».

Pero ¿cuándo, por fin, terminará esta aflicción? ¿Cuál es su límite? ¿Adónde le conducirá a un hombre que ha renunciado a sí mismo de esa manera? A un fin pleno de gozo, a la felicísima unión con Dios, en la que [el hombre] se transforma [en cierto modo] en Dios, se une y se conforma a Él.

Así nos lo muestra claramente el apóstol Pablo, que lo había aprendido y contemplado por propia experiencia en la escuela del Tercer Cielo³³⁸, en el espejo de la Luz divina: «*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma Imagen, cada vez más gloriosos, como por obra del Espíritu del Señor*»³³⁹.

³³⁸ Cf. 2Cor 12,2.

³³⁹ 2Cor 3,18.

[Pero] ¿cómo Dios atrae al espíritu del hombre, lo rapta y lo transforma en Él –como dijo el Señor a san Agustín: «Tú serás cambiado en Mí»–?, ¿y cómo sucede este cambio?, ¿cómo lo experimentan, felices, aquellos que han recorrido este camino como es debido? [Pues bien,] todo lo descrito les sucede no en la multiplicidad, sino en una pura simplicidad. Pero acerca de ello no puede hablarse en pocas palabras.

A algunos que se encuentran en la primera fase de este proceso [es decir, en el abandono], esta transformación les sobreviene de repente, como en un estallido de Luz sobrenatural. En ocasiones, [esto les sucede] una o dos veces en una semana; en otras, [esto les puede acaecer] una, dos, tres o más veces en un día, es decir: cuantas veces la divina misericordia tenga a bien concedérselo y [en la medida en que ellos] estén recogidos en el fondo íntimo de su alma.

Unas veces sucede con conocimiento distinto³⁴⁰; otras, sin conocimiento, en oscuridad.

En ese estado del alma, unos reciben el toque de un *amor que hiere*, mientras que otros son confirmados, raptados e introducidos en un *amor prisionero*³⁴¹.

Pero lo que sucede en este rapto es mejor conocerlo por la experiencia que no [intentar] expresarlo bien entre balbuceos.

Las personas que se recogen [en su fondo] se hacen, con mucho, más abandonadas y ordenadas que cualesquiera otras que no han llegado a este fondo deiforme.

Que nuestro bondadoso Creador, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos conceda a todos prepararnos de tal modo y tener siempre el fondo tan puro y libre para Él, que pueda llevar a término en nosotros, sin obstáculo alguno, sus sublimes obras, para alabanza y gloria suya. Amén.

³⁴⁰ Cum discretione quadam.

³⁴¹ Sobre el *amor que hiere* y el *amor prisionero*: ver sermón 18, n. 4.

32. TERCER SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

LOS EFECTOS DE LA EUCARISTÍA

(V. 32, sobre Jn 6,55)

«*Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida*»
(Jn 6,55).

1. No hay duda, hijos míos, de que los hombres están tanto más estrictamente obligados a dar gracias a Dios, alabarlo, honrarlo, venerarlo y servirlo, cuantos más dones y beneficios han recibido de Él. Los demás ejercicios de piedad y carismas son caminos por medio de los cuales el hombre es llevado a Dios y en Dios.

El don del Cuerpo y la Sangre de Cristo, junto con su Divinidad, es el fin y la recompensa, es Dios entregándose al hombre y uniéndose a él de una forma absolutamente pura y simple, sin intermediario, sin ninguna distinción ni imagen. Por eso, este don sobreesencial y más que amoroso supera y sobresale en mucho a todos los demás.

Aunque en el día de la Cena del Señor [es decir, el Jueves Santo] se hace memoria especial de él, este Sacramento no puede ser celebrado [en ese día] con la dignidad que merece porque se encuentra muy cerca la fiesta de la Pascua. Nuestra debilidad y la dignidad y excelencia de este Sacramento nos impiden venerarlo como conviene. Por esta causa, la santa Iglesia ha instituido la fecha [de hoy] para celebrarlo con más solemnidad y para que todos los fieles centren su atención en esta obra admirable de la generosidad de Dios y la consideren con todas sus fuerzas, con acción de gracias, alabanza y amor, de la manera más elevada posible.

Veamos nosotros qué dice el Señor sobre este tan gran Sacramento: «*Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida*». Aquellos que consideran este Sacramento solo en su aspecto

exterior, como pan y vino, no conocen ni perciben con el gusto interior el noble fruto y la inefable dulzura que hay ocultos en él. Pues el alimento corporal, del que los hombres usan para sustento de su naturaleza, es de poco valor en sí mismo y, por así decir, no tiene vida; pero mutado en la sustancia del hombre [que los ingiere], recibe vida y se ennoblece en sí mismo.

Sin embargo, este Alimento [del Cuerpo y la Sangre de Cristo] no solo tiene vida, sino que es la esencia misma de la vida. Quienes lo toman dignamente, viven para siempre, como el Señor afirma claramente: «*Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna*»³⁴².

Muchos de sus discípulos, al oír estas palabras, dijeron: «*Duro es este discurso; ¿quién puede oírlo?*»³⁴³. «*Y desde entonces se volvieron atrás y ya no iban con Él*»³⁴⁴. ¿Y por qué era duro para ellos este discurso sino porque lo interpretaban carnalmente y según los sentidos? Pero este don está muy por encima de los sentidos. Aquí, el Alimento y quien alimenta son uno.

2. Acerca de este Alimento tan excelente, vamos a comentar ahora tres puntos. El primero, acerca de su nobilísima dignidad; el segundo, del incomprensible fruto y utilidad que por obra suya reciben los que lo toman dignamente; el tercero, cómo debemos prepararnos para recibirlo. De esto me dispongo a hablar con ayuda de la gracia [divina], aunque son cosas tan elevadas, tan admirables, tan ocultas y tan preciosas, que no sé cómo podría expresarlas en términos humanos. Son absolutamente inefables y exceden toda la inteligencia y todo el pensamiento de los hombres, de los ángeles y de todas las criaturas, celestiales y terrenales.

Si fuese posible encontrar un hombre interior puro, auténticamente espiritual, tal hombre quizás conocería algo de esto por experiencia y gusto interno, pero no podría expresarlo en

³⁴² Jn 6,54.

³⁴³ Jn 6,60.

³⁴⁴ Jn 6,66.

palabras ni explicárselo a otro; es más, ni siquiera él mismo sería capaz de captarlo con los sentidos o la inteligencia.

[La dignidad del santísimo Sacramento]

Desgraciadamente, en nuestros días hay muchas personas, incluso de hábito religioso, que se pasan la vida entera, desde la niñez hasta la vejez, viviendo según su voluntad propia y sus propios conceptos, llevando una vida puramente exterior. Se entregan a una hiperactividad múltiple y lo hacen a la ligera e inconstantemente, pasando de una obra a otra con suma facilidad. Pero no perseveran mucho tiempo en el mismo propósito y cambian continuamente de lugar y de práctica. Estos no pueden sentir ni gustar las riquezas incomparables, el noble tesoro oculto en este Sacramento, pues su piedad y su modo de percepción son puramente sensibles, y no conocen otra cosa.

Por tanto, quienes desean sentir verdaderamente la dignidad incomparable e incomprensible de este excelente Sacramento, su nobleza y sus riquezas, deben, ante todo, llevar una vida retirada, abandonándose a la contemplación con María Magdalena, vivir en soledad y morar en su interior. Separación, contemplación, soledad y atención al hombre interior. Esto es lo que necesitan.

3. Pero no se ha de interpretar esto en el sentido de que no puede alcanzarse la unión con la Divinidad ofrecida en este Sacramento, ni sentir los tesoros incomparables ocultos en él, salvo renunciando a todo ejercicio y doctrina, abandonándose a la pasividad y llevando un modo de vida singular, como piensan algunos, de tal forma que, si no obtienen resultados por este camino, lo abandonan de inmediato y renuncian a él.

Queridos hijos, que nadie desespere fácilmente de poder alcanzar este sumo y purísimo bien, como si fuese algo imposible de obtener. Pues si el hombre hace todo lo que está en su mano, podrá alcanzar fácilmente a Dios y este nobilísimo bien, en todos los modos y ejercicios, y en cualquier género de vida. Pero debe vigilarse a sí mismo con atención y constancia, observándose en

toda multiplicidad, en sus costumbres y sus obras, en medio de los hombres, en su actividad y su pasividad; debe ser consciente de la presencia del Señor su Dios en su quehacer exterior y fijar en Él los ojos del corazón, de manera que la mayor parte de su ser esté orientada al interior, y, allí dentro, desee a Dios con todas sus fuerzas, dirigiendo a Él su mirada e intentando acercarse a Él cada vez más. Y, cuando le sea posible descansar de la actividad exterior, entonces debe retirarse, recogerse y unificar todo su ser, todas sus potencias³⁴⁵ y todos sus sentidos, y abismarse en el fondo de su alma.

[Los efectos del santísimo Sacramento en el alma]

4. No se puede explicar con palabras ni comprender con la inteligencia la dignidad inefable que el alma recibe aquí. Pues si la nobleza del hombre en su estado de pureza natural, como la que tenía Adán antes de la desobediencia –es decir, en un [puro] estado natural [que no necesitaba de] la gracia [divina]–, es tan grande que ninguna inteligencia puede comprenderla, ¿cómo comprenderá una inteligencia humana este Abismo esencial donde este Alimento de vida se hace uno con el hombre de un modo admirable, y de tal manera lo posee y transforma, que no existe unión más estrecha ni transformación más verdadera y perfecta? Aquí, la unión del alma con Dios es más real, y su transformación en Él más perfecta, que la de una gotita de agua derramada en un tonel de vino, o la del sol reflejado, en todo su esplendor, en un pequeño cristal, o la del alma unida al cuerpo, formando un solo hombre y una sola sustancia.

En esta unión con Dios, el espíritu es arrebatado por encima de su debilidad, por encima de su estado natural y su desemejanza, incluso por encima de todas sus potencias y de sí mismo. Aquí, el hombre es purificado e iluminado, y Dios impregna todas sus obras y toda su vida, todos sus ejercicios y costumbres, de manera que el ser entero del hombre es transformado en un modo de ser «divino».

³⁴⁵ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

Entonces, el Verbo increado nace en el alma y, como ya he dicho, el espíritu pierde toda desemejanza y fluye hacia la Unidad divina.

Así actúa el fuego en la madera: consume su humedad, su verdor y su espesor, volviéndola más caliente y semejante a él, de manera que cuanto más se conforma la madera al fuego, tanto más pierde su desemejanza respecto de él. Y en muy poco tiempo, el fuego consume toda la madera de tal forma, que esta ya no es madera sino fuego. En ese momento desaparecen toda semejanza y desemejanza, puesto que la madera se ha hecho una sola cosa con el fuego, y ya no es semejante a él, sino que es también fuego. Pues la unidad no conoce la multiplicidad.

Igual sucede con este Alimento espiritual: lleva al espíritu desde la desemejanza a la verdadera semejanza, y de esta a la Unidad divina. Aquí, el espíritu, iluminado y purificado, pierde toda desemejanza y semejanza, puesto que el fuego del Amor de la Divinidad consume en él la humedad, el espesor y la desemejanza, de tal modo que por obra de este Alimento se pierde en la Divinidad. Así lo atestiguan estas palabras del Señor dirigidas a [san] Agustín: «Soy el Alimento de los grandes. Crece y me comerás. Y tú no me transformarás en ti, como sucede con el alimento corporal, sino que tú te transformarás en Mí»³⁴⁶.

5. Pero, antes de que todo esto suceda, la naturaleza tiene que experimentar innumerables muertes; ha de pisar caminos diversos, desconocidos, solitarios, sorprendentes, por donde el Señor conduce al hombre y lo enseña a morir a sí mismo. Pero ¿quién podría expresar la nobleza, el fruto y la belleza de la vida que nace de estas muertes? Poder morir a sí mismo es un bien absolutamente inefable y puro.

Amados hijos, bien sabéis por experiencia cotidiana que el alimento corporal –el pan, el vino y todo lo que comemos– tiene que descomponerse en sí mismo y desaparecer antes de hacerse sustancia de nuestra naturaleza y unirse a ella. Por tanto, el alimento

³⁴⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, VII, c.10, n.16.

debe morir, descomponerse completamente en sí mismo y desaparecer antes de pasar al estómago; y aquí tiene que descomponerse de nuevo antes de pasar al hígado, a la cabeza, al corazón, al estómago y a los sentidos, hacerse uno con ellos y volverse inmaterial. Aquí, el alimento se ha hecho tan distinto de sí mismo que no hay ojo, por penetrante que sea, ni sentido alguno capaces de reconocer ni afirmar con certeza que alguna vez fue alimento. Es tan sutil, que la razón no puede descubrir dónde está o cómo actúa. Puede creerse, pero en modo alguno captarse por los sentidos.

En consecuencia, mucho menos puede comprenderse cómo el espíritu del hombre se transforma en la Unidad divina, aunque conservando siempre su naturaleza de criatura, pues se ha perdido a sí mismo de tal manera, que ninguna inteligencia alcanza a comprender si alguna vez ha sido criatura.

Pero no faltan hombres carentes de juicio que, al interpretar estas cosas materialmente, afirman que ellos serán transformados en la naturaleza divina, lo cual no solo es falso, sino una herejía. La naturaleza y la esencia divinas exceden inmensamente la más excelente, noble y estrecha unión con Dios, puesto que son un Abismo infinito que ninguna criatura humana podrá jamás contener. Y si no hay ninguna criatura tan perspícaz y sutil que sea capaz de entender plenamente los misteriosos caminos del alimento corporal, la dignidad de la naturaleza humana o cómo el alma obra la vida en la cabeza, las manos y los pies, ¿cómo alguien podrá penetrar este Abismo insondable y conocer cómo obra este noble Alimento en un espíritu puro e iluminado, aunque el hombre exterior, en su miseria, permanezca ocioso, somnoliento e indispuesto para todo? Esto sucede en el Fondo oculto en Dios y es un Abismo inescrutable ante el que muchos deberían guardar silencio en lugar de parlotear, discutir o disertar sobre él.

6. Hay algunos que, si se recogen tres o cuatro veces al día y tienen pensamientos buenos y espirituales, si rezan sus oraciones habituales y todo les sale conforme a sus deseos, experimentando cierta paz y dulzura, entonces juzgan que ya han cumplido de sobra y se dan por plenamente satisfechos. Pero están muy lejos de la

verdad y se engañan a sí mismos. Todos hemos sido creados, llamados e invitados por Dios todopoderoso a disfrutar de bienes inmensos y nobles; por eso, nuestro Dios, que es la fidelidad misma, no soporta que nos contentemos con estas pequeñeces. Pues Dios nada desea dar tanto como a sí mismo, y esto de un modo supremo y excelentísimo.

En consecuencia, cada vez que recibimos un don de Dios, deberíamos elevar al Cielo nuestros sentidos, corazón, deseo y todas las potencias, las del alma y las del cuerpo, dirigirlos a Dios y al Abismo de la Divinidad, y prepararnos con un deseo ardiente, como si nada menos que el mismo Dios nos bastara. Y todo esto, no por medio de imágenes sensoriales, sino de un modo sobrenatural. Pues el Abismo de la Divinidad es tan grande, elevado y profundo que nadie, jamás, podrá siquiera rozar su inabarcable profundidad. Siempre podrá seguir profundizando más y más.

Por tanto, muchos se hacen un daño enorme, incomparable, cuando basan su piedad únicamente en los sentidos y potencias inferiores, y reciben a Dios solo con una devoción sensible. Satisfechos con ella, no se cuidan de ir más allá, hacia Dios mismo. Por eso, todos fracasan y no hacen ningún progreso en la virtud.

Si el alimento corporal se queda solo en el estómago y no pasa a las demás partes del cuerpo, es decir, a la cabeza, al corazón y a cada uno de los miembros, está condenado a echarse a perder y extinguirse. Lo mismo sucede a los que reciben a Dios solo con las potencias inferiores, con los sentidos y pensamientos, y no aspiran a una mayor perfección: nunca alcanzarán aquel bien tan sublime al que Dios todopoderoso se ha dignado llamarnos e invitarnos por medio de esta noble comida, a no ser que vuelvan a Dios su espíritu con todas sus potencias, superiores e inferiores, y se entreguen a Él con toda su fuerza, por encima incluso de su capacidad natural, con fe simple y pura, pero viva por medio de buenas obras y la práctica de las virtudes, no una fe fingida y estudiada que no tenga reflejo en la vida.

Y cuando Dios, en su bondad misericordiosa, ve que el hombre no puede más, actúa en él secretamente, sin que la

naturaleza lo advierta, y lo eleva por encima de la naturaleza y sus modos naturales, especialmente en la recepción digna de este sagrado Alimento.

7. En este Sacramento, Dios se da a sí mismo de manera esencial, propia, personal y real, y no hay otro auxilio sobrenatural de Dios que sea tan seguro, fácil, propio y sensible. Siendo esto así, cuantos aspiran a la más alta perfección con amor y deseo, han de procurar vivir de tal modo que se hagan dignos de recibir este Alimento de vida a menudo y en el tiempo oportuno. Y quienes, por la recepción frecuente de este Sacramento, sienten que progresan en el amor a Dios y que no disminuye su respeto y aprecio por tan gran don [de este Sacramento], esos, cuanto más a menudo lo tomen, tanto mayor beneficio obtienen de él. Así lo afirma claramente san Agustín al hablar de aquellos que sacan provecho de él y lo aman y desean profundamente.

Y si esos tales se hacen dignos de recibir este Alimento en momentos determinados, ¿por qué no podrían hacerse dignos incluso cada día, sobre todo cuando esta dignidad procede principalmente, no de las obras o méritos del hombre, sino de la gracia y los méritos de nuestro Señor Jesucristo, y fluye de Dios a nosotros? Pues si una vez al año, al mes o a la semana, el hombre interior se hace digno de tomarlo, ¿por qué no podría recibir esa misma gracia, incluso cada día, si la desea y hace lo que está en su mano y cuanto entiende que debe hacer?

Para el hombre interior que aspira a la perfección más elevada, no conozco ningún camino más seguro y breve [que este] para alcanzarla. Con toda confianza, a mis amigos les doy este consejo: si sienten que con ello no les abandona el temor divino y filial, y que el amor y devoción a tan gran Sacramento crecen dentro de ellos, tómenlo frecuentemente. Si se quiere que cualquier materia arda, no hay nada mejor que acercarla al fuego y dejarla expuesta al poder del calor. Aunque la materia sea húmeda, o tan dura como la piedra o el hierro, si se mantiene junto al fuego, este actúa en ella y la vuelve semejante a él, e incluso cambia su naturaleza si se trata de una materia susceptible de ser transformada en fuego.

Del mismo modo, nadie hay tan perverso y tan duro, nadie tan hundido en el fango del pecado, nadie tan inclinado al vicio y tan entregado al mundo y a las criaturas, cuyo corazón, si se acerca frecuentemente a este fuego divino con devoción sincera e intención pura, haciendo cuanto está en su mano y permaneciendo firme junto a este fuego, no se haga ardiente, tierno y divino, aunque sea tan árido y duro como una piedra o el hierro.

[La mejor preparación para recibir el santísimo Sacramento]

8. No hay preparación más provechosa ni más perfecta que Dios mismo. Por eso, si mañana se hubiese de celebrar una gran solemnidad o una fiesta señalada en la que yo vaya a recibir la sagrada Comunión y, entretanto, tuviera que prepararme para ella, la preparación más inmediata y sublime sería recibir hoy, con devoción, a Dios misericordioso en este venerable Sacramento. Pues, ¿quién podría prepararme mejor, más santa y divinamente para recibirlo que Aquel que se da a sí mismo en este Sacramento? ¿De qué otro modo podrán mi gran imperfección, mi hombre viejo y carnal, mi naturaleza y mis viejas costumbres renovarse, ser bautizadas de nuevo y renacer, que recibiendo digna y devotamente en este Sacramento al verdadero y único Hijo de Dios, su Cuerpo verdadero, vivo y deificado, su santísima Sangre, que lava y purifica, su santísima alma y su Santísimo Espíritu, su adorable corazón, su eterna Divinidad, su tierna humanidad, la Trinidad más que santa y, en fin, todo lo que Él es, tiene y puede? ¿Cómo negará lo más pequeño el que da lo más grande? ¿Qué don sería demasiado difícil para Aquel que se ha dado y se dará a sí mismo totalmente?

Creedme, su gozo y sus delicias no son permanecer junto a nosotros en este Sacramento solo exteriormente, sino estar con los hijos de los hombres, como Él mismo dijo: «*Mis delicias están con los hijos de los hombres*»³⁴⁷, es decir, habitar en corazones puros y en almas llenas de amor. Por eso, todo el que no le permite hacer esto o

³⁴⁷ Prov 8,31.

le estorba de algún modo, sepa que impide su propio gozo y su felicidad.

9. Hijos míos, todas estas cosas las he dicho, como he podido, inspirado por la gracia de Dios. Algunas de ellas las tomo de santo Tomás, y son muy dignas de tenerse en cuenta. Pues dijo que Cristo, viniendo corporalmente al mundo, trajo la misma gracia que viniendo sacramentalmente al hombre, y se la otorga al hombre por medio de este Sacramento; que todo el efecto de la pasión de Cristo en el mundo lo opera este Sacramento en el hombre; y que todos los frutos que hemos recibido de su pasión, muerte, resurrección y ascensión, así como la gloria, claridad y bienaventuranza de su santísimo Cuerpo, su santísima alma y su excelentísima Divinidad, todo eso lo da a todo hombre que lo recibe dignamente en este Sacramento. Santo Tomás pretende recoger con estas palabras todo lo que puede pensarse al respecto³⁴⁸.

10. Añadamos aquí una tosca comparación para instrucción de hombres rudos y carnales, que lo interpretan todo de acuerdo con los sentidos. Si un emperador poderosísimo poseyera a su antojo, y en cantidad muy superior a lo que un corazón humano es capaz de imaginar, todas las riquezas, tesoros, posesiones, hermosura, servidumbre, ciencia y placeres de todos los hombres y de todas las criaturas, y ese gran señor se uniera a un sucio leproso plagado de pústulas, ciego, cojo y maloliente, en una unión tan estrecha que la cabeza, el corazón, las manos, los pies y todo su ser interior y exterior se derramaran en el cuerpo del leproso y se transformarán en él, de manera que los miembros del emperador se hicieran miembros del leproso, esta sería sin duda la más grande y admirable prueba de amor. Pues bien, el amor y la unión de Dios con el alma en este dignísimo Sacramento superan con mucho lo que la debilidad humana puede comprender.

Había pensado decir algo [más] sobre el modo de prepararnos a este Sacramento. Pero como la falta de tiempo se impone,

³⁴⁸ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, III q. 79.

hablaremos de ello en otra ocasión. Todo lo que hemos dicho hasta aquí está muy por debajo de la dignidad del tema.

Que Dios todopoderoso, por medio de su gracia, se digne completar en todos nosotros lo que a mí me ha faltado. Amén.

33. CUARTO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

CÓMO PREPARARNOS PARA RECIBIR DIGNAMENTE LA EUCARISTÍA

(V. 33, sobre Jn 6,55)

«*Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida*»
(Jn 6,55).

1. Mis queridos hijos, ayer³⁴⁹, como podéis recordar, me había propuesto tocar tres puntos: [el primero versaba] acerca de la dignidad de este excelentísimo Sacramento –cuya fiesta ahora celebramos–, aunque nadie puede hablar de él como conviene; [el segundo] sobre el fruto y la utilidad de los que comulgan dignamente; y, en último lugar, sobre el modo de prepararnos para la sagrada Comunión, punto este último que dejé sin tratar.

[La dignidad del santísimo Sacramento]

Aunque, como entonces también puse de manifiesto, apenas puede hablarse con la suficiente dignidad sobre estas cosas, recordé la opinión de santo Tomás³⁵⁰ acerca de la utilidad y el fruto de este Sacramento, a saber: que toda la gracia, la luz y la felicidad que nuestro Señor Jesucristo entregó al mundo, viniendo en carne mortal, viviendo y padeciendo, muriendo, resucitando y ascendiendo a los Cielos, todo eso, lo otorga en este noble Sacramento y lo realiza en todo aquel que comulga dignamente. Siendo esto así, es evidente que no puede desearse ni pensarse don o gracia alguna que no esté contenida abundantemente en este Sacramento.

³⁴⁹ Se refiere al *Sermón 32*.

³⁵⁰ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, III, q.79.

Por tanto, por muy profunda, devota e intensa que sea tu meditación, o, en suma, cualquiera que sea el ejercicio que desarrolles y todo lo que hagas con tus fuerzas, no es nada en comparación con la práctica de la sagrada Comunión. Los otros pueden ser, sin duda, ejercicios divinos; pero aquí está Dios mismo.

[La conversión]

Por la recepción de este Sacramento el *hombre perfecto* e iluminado se transforma en Dios, como afirma el propio san Agustín: «Tú no me transformarás en ti, sino que tú serás transformado en Mí»³⁵¹. Todo lo que puede desearse, ya sea vencer vicios y defectos, obtener gracia y virtudes o ser inundado de consuelo y compunción, es fácil encontrarlo aquí si no eres perezoso para buscarlo como conviene.

Si uno hubiese cumplido cien años de edad, y cada uno de esos días hubiese cometido cien o mil pecados mortales, ese, si, arrepentido por la generosidad de la gracia divina, se apartara perfectamente de todo pecado y se volviera a su Dios, y, junto con esta conversión a Dios, se acercara al venerable Sacramento, estoy seguro de que para Dios sería mucho más fácil perdonarle en un instante todos los pecados en este excelentísimo don que [lo que nos cuesta a nosotros] expulsar de las manos una brizna de hierba con la fuerza de un soplo.

Esta conversión puede ser tan fuerte, vehemente y eficaz que incluso haría desaparecer la pena de la penitencia, y transformaría a un hombre de grandísimo pecador en santo.

³⁵¹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 16.

[Los modos de recibir la Comunión]

2. Hay en Colonia una costumbre muy loable que consiste en que los hombres reciben la sagrada Comunión frecuente y voluntariamente. Pero estos lo hacen con diferentes disposiciones.

Unos reciben el Cuerpo de Cristo solo sacramentalmente, pero no también espiritualmente, y por tanto no lo hacen por su salvación. Estos son los que comulgan con conciencia cierta de pecado mortal y [, por ello,] son compañeros del traidor Judas.

Otros lo reciben en sus almas sacramental y espiritualmente, pero de ello apenas obtienen algo de fruto, gracia y consuelo. Estos son los que toman la Comunión sin estar debidamente preparados, con muchos pecados veniales.

Otros lo reciben con mucho fruto, con una utilidad inmensa y con gran aumento de santidad.

Otros, finalmente, lo toman espiritualmente, no sacramentalmente. [Se trata de] personas piadosas y de corazón limpio, que quieren y desean recibirlo también sacramentalmente, pero en el momento en que desean hacerlo no pueden comulgar. Estos tal vez reciben la gracia del Sacramento de una forma más abundante que los que lo reciben sacramentalmente, en proporción a su deseo e intención. De este modo, un hombre bueno puede tomar la Comunión hasta cien veces al día, donde quiera que esté, sano o enfermo, aunque sacramentalmente solo es posible tomarla una vez. Pues podemos tomarlo espiritualmente tantas veces como queramos, con inmenso fruto y gracia copiosa, siempre que no nos falten santos deseos y una piadosa devoción.

[Los obstáculos para recibir dignamente la Comunión]

Muchos reciben este Sacramento en sus almas y, quizás, gozarán de él en la vida eterna y alcanzarán por la Comunión frecuente una recompensa especial, siempre que mueran en gracia, sin pecado mortal. Pero los efluvios del Amor de Dios y los dones

del Espíritu Santo que se conceden en este Sacramento nunca los recibirán, pues, por estar apegados solo al signo exterior, no llegan al fondo mismo. Lo toman tibiamente, cargados de culpas veniales y, por eso, no reciben ninguna gracia, cuyo acceso les está cerrado a causa de sus muchos y grandes obstáculos. Así, quedan vacíos, perdidos, fríos, privados de todo fruto.

3. Quizás alguien pregunte cuáles son exactamente esos obstáculos que tanto daño les infligen y que les privan de los preciosos tesoros de la gracia divina, tesoros que colman de riqueza el Cielo y la tierra, de manera que, aunque comulguen a menudo, siempre permanecen vacíos, como podemos constatar cada día en muchos hombres.

Yo respondo que esos obstáculos son los pecados veniales, que disminuyen y enfrían el fervor activo de la caridad, distraen el corazón, expulsan la devoción, debilitan o incluso extinguen el santo celo y quitan la intimidad con Dios. Y aunque no matan del todo la gracia y la caridad, los pecados veniales nos hacen daño, pues preparan nuestra caída en pecado mortal y provocan la pérdida de la gracia.

4. Los pecados veniales –o faltas cotidianas– son de dos tipos, y ambos obstaculizan la efusión de la gracia divina que se transmite en este Sacramento. Unos son habituales; los otros, ocasionales.

[Los pecados veniales habituales]

Los primeros consisten en que el hombre, voluntaria y conscientemente, se deja atrapar en el amor a las criaturas, buscando en cualesquiera de ellas que hayan sido puestas sobre la tierra, un placer y una satisfacción cuya verdadera causa y fin no es Dios. Pues cada vez que el hombre busca en las criaturas principalmente el disfrute y la satisfacción de sus sentidos, peca al menos venialmente; pues, como aseguran los doctores: todo lo que se hace irreflexivamente es pecado venial. Pero algunos de estos pecados son tan grandes, que si uno muere con ellos sin arrepentimiento ni

penitencia, quizá [, quién sabe,] tenga que arder diez años o más en las llamas del purgatorio.

Pongamos un ejemplo de esto: supongamos que uno ama a las criaturas con deleite sensual y no quiere renunciar a ellas por amor a Dios. [Pues bien,] durante todo el tiempo que hace esto, las criaturas ocupan en él el lugar de Dios, de manera que Dios no puede habitar ni obrar en él.

[Por tanto,] el hombre debe vigilarse estrechamente en este aspecto, examinando con atención dónde se ocultan en él las criaturas. [La causa de este pecado] puede ser él mismo, un desorden personal, o sus amigos, las riquezas... o quizás lo sea nuestra vana autocomplacencia en lo que pensamos o hacemos.

Por desgracia, hay un pecado demasiado vulgar que actualmente está muy extendido tanto entre religiosos y eclesiásticos como entre seglares: [me refiero a] la avidez por el lucro privado y la acumulación de riquezas. En ello son tenaces y avaros hasta límites indescriptibles. Nadie se contenta con su suerte. Esta es su única preocupación, su único deseo: amasar la mayor cantidad posible de riquezas. Con ellas construyen grandes y lujosos edificios, y los decoran con pinturas inapropiadas y superficiales, no buscando otra cosa que el deleite de los sentidos. Además, acumulan copas de oro y plata, rebuscan todo tipo de ornamentación, multiplican los vestidos lujosos, llenan el vientre con comida y bebida exquisitas, buscan en todo el placer y la satisfacción de los sentidos, ser conocidos y tener prestigio social.

Con estos y otros deleites de los sentidos, los pecados veniales habituales levantan y consolidan un muro frente a tales hombres, y también dentro de ellos. Y, entretanto, [tales hombres] se lamentan de no tener más. Por eso, desean vivamente amistades, aficiones y entretenimientos superficiales. Y, por supuesto, en estas cosas ni miran ni buscan a Dios, su Creador, y mucho menos lo encuentran. Esos se hallan como al pie de un precipicio de pecados mortales y ya muy cerca de incurrir en un inmenso daño interior y exterior.

[Pues bien,] estos [hombres] caen en pecados muy graves antes de que se den cuenta. Y, entonces, cuando caigan en un estado

de extrema necesidad y todo quede al descubierto frente al juicio divino, desconocerán completamente en qué situación están y no podrán encontrar fácilmente a Dios. [Sin embargo,] mientras están sanos, saben justificar sus vicios con diferentes excusas. Dicen: «¡Ay! es conveniente que tenga esto y aquello, pues no me hará daño tenerlo». Y si alguien pretende reprenderlos o instruirlos, aseguran que está equivocado. Y es que, mientras [estos hombres] persisten en esas cosas, sus pecados habituales se enraízan en ellos y se convierten en hábito, de manera que ya no sienten remordimientos de conciencia por ellos.

Esos pecados son impedimentos grandes y fuertes de la efusión y la obra divina. Son como muros impenetrables que impiden sentir en el alma la obra del Espíritu Santo, se haga lo que se haga. Pues aquello que es ocupado por las criaturas, Dios no puede llenarlo con su gracia.

[Los pecados veniales ocasionales]

5. Los pecados ocasionales consisten en esto: el hombre no es poseído por el amor desordenado a ninguna criatura y siempre está dispuesto a dejar todo lo que sabe que Dios quiere que deje, sea lo que fuere, personas, amigos o bienes temporales; sin embargo, no se guarda tan escrupulosamente como debiera, y la naturaleza, es decir, las inclinaciones naturales, cualesquiera que sean, acaban venciénolo fácilmente: ira, soberbia, apatía, indolencia, incontinencia verbal... En cuanto al hombre se le ofrece la ocasión, cae en el exceso, en todos esos vicios o en otros: locuaz en exceso, intemperante en la comida y la bebida, o demasiado alegre o demasiado triste. Y aunque estas faltas fueran por sí culpas mayores, mientras se hagan por debilidad o falta de atención, son obstáculos menos graves que los habituales porque el fondo es puro, aunque lo accidental [es decir, lo no esencial] sea malo.

Pero si este hombre, mañana u hoy mismo, quisiera acercarse al Sacramento y no se hubiese guardado de tales faltas, estas serían un gran obstáculo para su unión con Dios, disminuirían su confianza, escindirían y disiparían su espíritu, y volverían al

hombre incapaz [de recibir] la efusión del Amor divino y su Luz resplandeciente. Pero si esas faltas hubiesen sucedido ayer contra su voluntad y este las llorase con sincero arrepentimiento, no le dañarían ni le obstaculizarían tanto como lo hubieran hecho de haber sucedido hoy. Pues la propia amargura del arrepentimiento, la opresión y el dolor del corazón con que son lloradas eliminan en gran parte la herrumbre de estas faltas.

Pero si ese hombre hubiese caído ayer en ellas y hoy, por negligencia, lo volviese a hacer, provocando así la distracción de su espíritu –sea por hablar demasiado, sea por una actividad desmedida– entonces [dichas faltas] serían un obstáculo no pequeño, pues se añadirían a las de ayer.

Pero no por ello hay que abstenerse siempre de la sagrada Comunión ni interrumpirla por completo. Si el hombre comulga, no peca con tal de que se duela de haber cometido esas faltas, pues podrá reparar el daño al día siguiente.

[Otros obstáculos]

6. La naturaleza indispuesta puede convertirse también en un obstáculo, como, por ejemplo, cuando uno ha comido o dormido en exceso o demasiado poco. Cada uno debería ser un atento guardián de sí mismo y examinar, a cada bocado, si su naturaleza podrá soportarlo sin recibir daño. Pues [el lugar] donde Dios debe infundir su inefable misterio ha de ser puro y limpio. [Ciertamente,] estos son obstáculos que impiden la efusión divina y alejan del alma los preciosos tesoros de la gracia, ocultos en este noble Sacramento.

Es posible encontrar personas buenas y santas que a veces, contra su voluntad, padecen de cierta pereza y somnolencia, quizá porque su naturaleza es más propensa al sueño o porque necesita dormir más de lo que ellas quisieran. Pero esos no son motivos para renunciar al Sacramento.

Hay otros obstáculos espirituales de la efusión divina, como el hecho de que los hombres, al tomar este noble Alimento, buscan solo su satisfacción personal, es decir, su propio consuelo, devoción

sensible y bienestar, y si no consiguen estos sentimientos, se abstienen de tomarlo. Estos, en el fondo, se buscan a sí mismos antes que a Dios. ¿Y qué les hace Dios? Con frecuencia, para que vuelvan a Él, permite que caigan sobre ellos graves adversidades exteriores y duras angustias interiores, de manera que se sienten como en el infierno. Y si no les llega ninguna de estas pruebas, que estén seguros de que habrán de padecer un horrible purgatorio. Esos siempre están pegados al barro y no adelantan en la verdadera virtud.

Algunos hombres buenos son tan prisioneros de un ciego temor que, si no sienten dentro de ellos el fuego sensible del amor o una acción divina extraordinaria, aunque no tengan conciencia de un obstáculo importante, no se atreven a tomar el Sacramento y, de este modo, no avanzan hacia metas más altas.

[La actitud correcta para recibir la Comunión]

7. [Pues bien,] alcanzan más abundantemente el noble fruto y el efecto de este Sacramento quienes, teniendo el fondo y la intención puros, lo toman apoyados en la misericordia de Dios, dejando a su arbitrio si Él se lo quiere dar o quitar; y no se abstienen si no sienten ninguna devoción sensible, sino que confían plenamente en su Dios tanto en la pobreza como en la abundancia espiritual y a Él se unen.

Esos nacen en Dios y Dios en ellos. Y si se encuentran algún obstáculo interior o exterior, como es propio de este exilio [en el mundo terrenal], se apartan de él rápidamente y no pierden el tiempo ocupándose en él y haciéndose reproches.

Aman y buscan a Dios; no sus dones, sino a Dios mismo. Aceptándolo todo como procedente de su mano, lo refieren de nuevo a Él. En estas personas, este venerable Sacramento obra una admirable y noble iluminación, y nada les aprovecha tanto como recibirlo.

Esos podrían ir a la Comunión con tal fervor y celo que, si alcanzaran el grado del amor que les llevara después de su muerte

al primer orden de los ángeles [es decir, al orden más bajo], solo por eso merecerían ser colocados en el segundo, tercero o cuarto orden. Es más, si comulgaran de ese modo y frecuentemente, podrían ser elevados al coro más alto de los ángeles.

Pero ellos no deben desear eso ni buscarlo intencionadamente, sino únicamente la amorosa voluntad de Dios y su gloria. Las maravillas que este noble Sacramento obra en esos hombres de corazón limpio y fondo puro superan incluso el intelecto de los ángeles. ¿Pues quién es capaz de entender cómo son elevados por encima de sí mismos y de todo modo humano, y cómo son raptados por Dios y son unidos a Él en el íntimo fondo de su alma?

8. Además, cuando no puedan tomar sacramentalmente el Cuerpo de Cristo, han de desear recibirlo espiritualmente, al menos una vez al día, sea que oigan Misa o no, ya se encuentren enfermos o haciendo cualquier otra cosa.

9. ¡Cuántas maravillas podríamos hacer con Dios, es decir, por el poder de Dios, si quisiéramos retirarnos a nosotros mismos, permanecer dentro y prestar atención a la gracia de Dios en nosotros! Lo podríamos todo en Aquel que nos hace fuertes³⁵² y encontraríamos el Reino de Dios presente en nosotros.

Pero descuidamos el recogimiento, y vagamos de un lado a otro sin modo ni medida, demasiado enredados en mil ocupaciones. Corremos de aquí para allá por oír la Palabra de Dios y, acabado el sermón, apenas recordamos algo de lo que hemos oído. Entonces nos dirigimos a otro lugar a escuchar de nuevo a un predicador, y nos ocurre lo mismo: nada retenemos en la memoria. Somos muy dados a murmuraciones malintencionadas. Y tenemos una naturaleza tan inestable que lo que ayer nos complacía hoy nos desagrada.

Yo estuve en cierto lugar donde los hombres son de un carácter tan decidido y su conversión a Dios es tan fuerte que [, gracias a ello,] cultivan una vida interior estable. Es una alegría ver

³⁵² Cf. Flp 4,13.

cómo fluye en ellos la gracia de Dios. Allí, la Palabra de Dios produce más fruto en un solo año que aquí, en Colonia, en diez.

Por el contrario, en algunos lugares los hombres parecen tener un carácter débil: suceda lo que les suceda, no realizan ningún adelanto en la vida espiritual. Sé que oiríais con desagrado que dijera esas cosas de vosotros. Pero, a pesar de todo, debemos tener un ánimo fuerte, apartarnos con voluntad firme de toda criatura mortal y convertirnos radicalmente a Dios. Si no es así, no nos queda ninguna esperanza de progreso.

Por desgracia, casi todos descuidan hoy la gracia de Dios y, por así decir, ni le hacen caso. Creedme, escuchadme con atención: el corazón y el cuerpo podrían consumirse de dolor. Hoy, en muchas Congregaciones religiosas, es algo muy común dar oído y esparcir gustosamente rumores mundanos sobre qué hace este o aquel y cosas por el estilo, que no introducen en el alma más que imágenes vanas y estúpidas. Además, aquellos a los que les gusta hablar y oír hablar de Dios no son del agrado de esos hombres mundanos. Muy al contrario, estos los persiguen y no los dejan vivir en paz.

Huid de ellos, os lo suplico, y de los lugares que frecuentan. Retiraos rápidamente a vuestras habitaciones y permaneced allí recogidos y atentos al Señor vuestro Dios y a su voluntad.

10. Y si no conocéis cuál es la voluntad de Dios, os doy –espero no equivocarme– un buen consejo: cuando tengáis ante vosotros dos posibilidades –por ejemplo, hacer algo o no hacerlo–, si no tenéis claro cuál de las dos opciones es la mejor, primero examinaos a vosotros mismos y [después] elegid como lo más seguro aquello que la naturaleza más aborrece. A lo que la naturaleza menos se inclina, en eso estáis más seguros.

Por tanto, cuanto menos vivís para vuestra naturaleza y sus apegos, tanto más vivís para Dios y para su voluntad, eso está claro. Y cuanto más vivís para el espíritu, tanto más obligados estáis a morir a vuestra naturaleza.

11. Ya hemos hablado mucho sobre este noble Sacramento, aunque [lo hemos hecho] muy por debajo de su dignidad e incluso de su utilidad. Pues ¿quién basta para decir cuánta utilidad, cuánto honor de Dios, cuánto gozo para todos los bienaventurados, cuánta corrección para todos los hombres, qué conversión tan grande para tantos y tan grandes pecadores y cuánta redención para las almas del purgatorio proceden de él?

Finalmente, [permítanme que les cuente algo que] podemos leer: un espíritu [de un difunto] se apareció rodeado de [las] llamas ardientes [del purgatorio] a cierto amigo de Dios y le dijo que sufría aquellos horribles tormentos por esta sola causa: porque había sido demasiado negligente a la hora de tomar el Cuerpo del Señor. Y le dijo que si se dignara tomar devotamente por él una sola vez el venerable Sacramento, él sería liberado. Aquel amigo de Dios hizo lo que le pidió y al día siguiente el espíritu se le apareció más brillante y resplandeciente que el sol, liberado de su insoportable castigo gracias a aquella única comunión del noble Sacramento y partió feliz al Cielo.

Dios nos conceda a todos nosotros tomarlo siempre dignamente y llevar una vida digna de tan gran Sacramento, para alabanza y gloria suya. Amén.

34. QUINTO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO³⁵³

DEGUSTAR LOS FRUTOS DE LA EUCARISTÍA

(V. 60g, sobre Lc 14,16-24)

«Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: “Venid, que ya todo está preparado”. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: “He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses”. Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses”. Y otro dijo: “Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir”. Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces, enojado el padre de familia, dijo a su siervo: “Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos”. Y dijo el siervo: “Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar”. Dijo el señor al siervo: “Ve por los caminos y por los vallados, y fuerza a todos a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena”» (Lc 14,16-24).

1. Las palabras que acabáis de oír, queridísimos hijos, pertenecen al Evangelio de hoy. En ellas hemos de reparar en que, aunque todos [los invitados] deseaban tenerse por excusados, el tercero, el que había tomado esposa, no lo pretendió. La razón de ello podéis leerla en una homilía de san Gregorio³⁵⁴.

Pero esta cena, a la que todos hemos sido llamados e invitados por igual, significa en un primer sentido, como el propio Gregorio dice, la saciedad de la dulzura interna, el conocimiento más íntimo,

³⁵³ En la edición de Surio: *Sermón para el segundo domingo después de la fiesta de la santísima Trinidad*. Surio añade: «Este sermón puede ser leído también perfectamente en la Fiesta del *Corpus Christi*».

³⁵⁴ GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre el Evangelio*, 2,36 (PL 76,1267).

puro, desnudo y experiencial del fondo interior, en el que está el Reino de Dios; es gustar cómo Dios habita y obra en él, lo cual ha de experimentarse por el conocimiento y el amor.

En un segundo sentido, esta cena o banquete representa al venerable Sacramento.

[Degustar aquí, anticipadamente, la vida eterna]

En un tercer sentido, este banquete simboliza la vida eterna, el verdadero banquete. Todos los banquetes que las criaturas han celebrado o celebrarán alguna vez en esta vida, en espíritu o en naturaleza, son, en comparación con este, mucho menos que una migaja respecto de todas las cosas que el mundo entero podría producir. Si uno quiere participar de este banquete, le es absolutamente necesario prestar una considerada atención a los dos precedentes. Pues dicen los santos doctores que quienes no gustan, en alguna medida, de este último banquete en este cuerpo mortal, no gozarán de él en modo alguno en la eternidad bienaventurada.

Además, siendo su degustación [en esta vida] muy diferente [de su degustación tras la resurrección], también será muy desigual su disfrute. Aunque esto es cierto en un sentido, con mucha frecuencia Dios todopoderoso niega y difiere esta degustación sensible a hombres buenos y puros, de modo que en toda su vida no les permite sentir una sola migaja de este banquete, a no ser en el mismo momento de su muerte o incluso hasta que no hayan llegado felizmente a él [en la vida eterna].

Pero [, paradójicamente,] puede ocurrir que estos hombres superen en muchos grados a aquellos que lo han sentido y lo han gustado aquí abundantemente. Es incluso posible que algunos de aquellos a quienes se les concede esa degustación o manifestación del banquete futuro, usen –o mejor, abusen– de él de tal modo que [propicie que] aquellos que nunca han sentido nada de él estén cien grados más cerca de Dios en dicho banquete. Pues Dios todopoderoso usa en este banquete la medida del amor, dando a cada uno lo que más le conviene.

Por lo demás, a quien desea experimentar también en esta vida cierto pregusto de este banquete le es muy necesario apartar radicalmente el corazón y el amor de todas las cosas que no son puramente Dios o cuya verdadera causa no es Dios.

[Degustar el banquete eucarístico]

2. El segundo banquete es el venerable Sacramento del Cuerpo de Cristo, en el que la lengua no puede explicar, ni sentido alguno puede comprender, cuántas gracias y cuánta felicidad se da al hombre que lo toma dignamente. Y tanto más agradecidos conviene que seamos a este inefable don de Dios por el hecho de que se nos permita tomarlo cada día.

Pero, puede preguntarse: ¿Qué necesidad hay de anunciar o celebrar de nuevo cada día la muerte del Señor puesto que Él mismo, el sagrado día de la *Parasceve* [o Viernes Santo], dio abundantísima satisfacción por el [pecado del] mundo entero, de tal manera que aquella satisfacción hubiera podido expiar de sobra los pecados de mil mundos? A esto ha de responderse diciendo que nuestro Señor Jesucristo, por su amor inefable, instituyó en el [santísimo] Sacramento un dulcísimo modo de actualizar su muerte y ofrecerse a sí mismo a Dios Padre.

Como la debilidad humana nos lleva a cometer faltas cotidianas y a contraer pequeñas manchas, esta dignísima Hostia se ofrece de nuevo cada día por nuestros pecados y nuestra debilidad, del modo más conveniente y útil. Pues es opinión de santo Tomás³⁵⁵ que todo el fruto y los méritos que Cristo obró por medio de su muerte se encuentran cada día en cada Misa; y que el hombre que toma dignamente el sagrado Cuerpo de Cristo recibe la misma gracia que Él entregó entonces al mundo.

Este dulce Sacramento ahuyenta y extingue el pecado, confiere una gracia grande y siempre nueva, hace progresar al hombre en la

³⁵⁵ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, III, q.79.

vida espiritual y lo preserva de futuras caídas y de los lazos del diablo. Pues el maligno no cesa de tender trampas al hombre siempre y en todas partes. Por ello, el hombre caería gravemente, tanto corporal como espiritualmente, si no le asistiese esta eficacísima protección.

Este Sacramento, en fin, concede una gracia muy grande a las almas detenidas en el purgatorio. Innumerables almas habrían de soportar el fuego de aquel ardentísimo horno hasta el día del Juicio final si el santo sacrificio de la Misa no las socorriera y las rescatara rápidamente de tamaños tormentos. Y aunque la Misa les aprovecha siempre, el provecho es mucho mayor si la celebran sacerdotes santos y perfectos, los cuales obran maravillas tanto en el purgatorio como en este mundo por medio de la ofrenda de este sacrificio.

[Cómo obtener el mayor fruto del banquete eucarístico]

[Efectivamente,] todo hombre, cada vez que participa de la Misa, debería unirse con su más íntimo deseo y afecto a todas las celebraciones de cuantos sacerdotes hay en el mundo, especialmente de los que son santos y justos. Al mismo tiempo, debería pedir que el dignísimo Cuerpo de Cristo le fuese dado por todos los sacerdotes del mundo, pero especialmente por los que son amigos de Dios y santos, de quienes Dios acepta este sacrificio tan de buen grado. Y ha de tener presentes a todos aquellos por quienes tiene intención de rogar, tanto a los muertos como a los vivos. Quien se ejercita interiormente así, se hace partícipe no solo de la Misa que está oyendo, sino también de todas las Misas que se celebran a lo largo y ancho del mundo.

Por eso, si me encontrara a un hombre [de vida] interior, habituado a recogerse en sí mismo, no dudaría en aconsejarle que, una vez oída la Misa de cada día, se retirase a lo más íntimo de sí y permaneciese allí, en su morada interior. Pues cuanto más interiormente se volviera a Dios, tanto más abundante sería el fruto [espiritual] que obtendría de todas las Misas del mundo entero.

[¿Por qué se ven tan pocos frutos de este Sacramento?]

3. Quizá alguien pregunte cuál es la causa de que, a pesar de las gracias que este Sacramento contiene y concede, no se vea ningún fruto, o muy exiguo, en muchos que incluso viven en gracia y lo toman con frecuencia. Responderé brevemente.

La primera causa es que apenas prestan atención a sus culpas veniales y cotidianas, y las perciben como si estuvieran dormidos. Y esas culpas son como una pantalla que obstruye la gracia y el influjo del Espíritu Santo. Ciertamente, convendría que el hombre vigilara de cerca su vida y su conducta para que ningún pecado habitual hiciese morada en él. Ha de evitar especialmente toda palabra ociosa y frívola. Toda palabra ociosa que no tiene utilidad alguna o que se profiere sin intención de ser útil. Os lo ruego, amadísimos, vigilad vuestras palabras con todas las fuerzas, poned freno a vuestra lengua.

4. La segunda causa es la falta de *devoción actual* [es decir, en el momento mismo de la comunión³⁵⁶] y de una vida interior estable, pues viven excesivamente volcados al exterior y no esperan [el efecto de³⁵⁷] la gracia de Dios ni le dan ocasión de obrar en ellos por medio del recogimiento, pues este Sacramento sigue obrando dos o tres días después [de su recepción] si se está atento a su actividad.

Quien desea experimentar en sí el fruto y el efecto de este noble Sacramento tiene que salir de «Egipto», es decir, de este mundo de tinieblas y del modo de vida mundano, para hacerse digno de recibir este pan del Cielo, este maná que sabe según el deseo de cada uno. Pero así como el Cielo no concedía el maná al pueblo elegido mientras le quedara algo de la harina que había sacado consigo desde Egipto, y tuvo que esperar a consumirla para que el Señor les diera el maná del Cielo, «que contiene en sí todo deleite»³⁵⁸ del mismo modo, todo hombre, una vez que ha

³⁵⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

³⁵⁷ En la edición citada en la nota anterior.

³⁵⁸ Expresión tomada de la oración de santo Tomás «O sagrado banquete».

abandonado Egipto –es decir, el mundo y la vida mundana– y juzga que ya lo ha dejado todo atrás y se ha hecho espiritual, [dicho hombre] mientras siga teniendo en sí la «harina» de la propia naturaleza y de la tendencia al pecado y a las imágenes de las cosas creadas, ese Alimento divino y noble nunca le sabrá de acuerdo con su nobleza y su verdadero deleite interior.

5. Sin embargo, quienes han gustado alguna vez interiormente el sabor de este Alimento celestial, deben vigilar su apego a las criaturas y su propensión al mal, y tomar este noble Alimento, no presumiendo de su perfección, sino [conscientes] de su excesiva debilidad.

Por ejemplo, supongamos que uno contrajera una enfermedad tan grave que pusiera su vida en peligro. Si sus medios materiales se lo permitieran y esperara que fuese útil para su salud, compraría con oro y piedras preciosas un compuesto medicinal buscando un remedio para su vida, y no se lo tomaría por placer, sino para conservar y proteger su salud. Por tanto, todo hombre debe tomar este Alimento [eucarístico] solo por su fragilidad, para no morir, es decir, para no caer en el amor dañino a las cosas creadas.

Si ese enfermo, después de tomar el compuesto medicinal, bebiera agua, la frialdad de esta destruiría el calor activo de dicho compuesto e impediría su actividad. Del mismo modo, si después de la toma del Sacramento uno introdujese [en su alma] formas o imágenes extrañas y se dedicara a ocupaciones ajenas y a la multiplicidad de lo exterior, se haría, sin duda, incapaz de captar los excelentes efectos de este Sacramento, estorbaría su sublime obra en él, enfriaría y apagaría el ardor del amor, y tanto su espíritu como su naturaleza se volverían incapaces de contemplar interiormente la divina obra de este Alimento.

6. Suele ocurrir que, cuando uno ha decidido renunciar a todas las criaturas y tomar distancia de ellas, el maligno lo acosa y le habla interiormente en estos términos: «No seas necio; no podrás perseverar en este género de vida». Al oír este susurro interior, los que son de espíritu débil y ciego se inquietan y murmuran. Como pasó con el pueblo de Israel liberado de Egipto con Moisés a la

cabeza, que al ver que los egipcios los perseguían muy de cerca con seiscientos carros, dijeron [a Moisés]: «¿Por qué has querido sacarnos de Egipto? Era mucho mejor servir a los egipcios que morir en el desierto»³⁵⁹. Así, los temerosos –por no decir los cobardes– y de fe débil, cuando el espíritu maligno les ataca con los diversos carros de la tentación, reflexionan neciamente y dicen: «Necedad es vivir así. Prefiero quedarme en Egipto –esto es, en el mundo, en el amor a las criaturas y en las ocupaciones que angustian al alma– que renunciar a esas cosas y ser despojado de ellas». Y, así, muchos, cuando no confían lo bastante en Dios, caen y retroceden.

A quienes les asalta esa tentación no deben desesperar, sino llamar al Señor Jesucristo con sinceras plegarias, rogándole que ore al Padre por ellos. Es así como deben acudir a Dios, con plena confianza.

Sobre el tercer banquete [es decir, el de la vida eterna], seremos instruidos más plenamente cuando lleguemos a él. Así lo esperamos de nuestro Señor Jesucristo, para quien es, junto con el Padre y el Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

³⁵⁹ Ex 14,12.

**35. PRIMER SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LA LUCHA CONTRA LAS TENTACIONES

(V. 60h, sobre 1Pe 5,6)

«*Sed humildes bajo la poderosa mano de Dios*» (1Pe 5,6).

1. La Iglesia proclama hoy, como segunda lectura, estas palabras tomadas de la carta de aquel príncipe celestial, san Pedro:

«Así pues, sed humildes bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os ensalce en su momento. Descargad en Él todo vuestro agobio, porque Él cuida de vosotros. Sed sobrios, velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar. Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos sufrimientos. Y el Dios de toda gracia que os ha llamado a su gloria eterna en Cristo Jesús, después de sufrir un poco, os restablecerá, os afianzará, os robustecerá y os consolidará. Suyo es el poder por los siglos. Amén»³⁶⁰.

Estas palabras las escribió Pedro, el príncipe de los apóstoles, para nuestra instrucción y enseñanza. En ellas se encuentra plenamente todo lo que el hombre necesita para llevar una vida santa. Si guardamos lo que ellas enseñan, cumplimos todas las cosas que la santa Iglesia propone a lo largo del año, pues en esas palabras de Pedro están todas contenidas.

³⁶⁰ 1Pe 5,6-11.

[La humildad, el amor y la prudencia]

Empieza diciendo: «*Sed humildes bajo la poderosa mano de Dios*». Aquí debemos resaltar principalmente tres virtudes que son necesarias para todos los hombres. A ellas han de orientarse todas nuestras prácticas y nuestra vida entera. Si nos faltara una sola, cualquiera que fuese, todo nuestro ser y vivir, todas nuestras acciones y esfuerzos serán de nulo o escaso valor.

La primera de ellas es la *humildad*, solidísimo fundamento sobre el que hemos de construir todo nuestro edificio y todas nuestras obras, si es que queremos que sean fructíferas ante el justo juicio de Dios. Sin este fundamento, ten por seguro que todo lo que hayas edificado se arruinará, todo se vendrá abajo. La segunda es el amor verdadero y puro a Dios y al prójimo. Y la tercera es la verdadera prudencia en todas las cosas. En estas tres virtudes está contenida toda la perfección de la vida espiritual.

2. Dios todopoderoso, en su bondad, puso la noble virtud de la humildad en nuestra naturaleza, pues sabía cuánta necesidad teníamos de ella. Por eso la unió a nosotros muy estrechamente, aunque de manera oculta, para que conozcamos la *chispa* noble y teñida de color divino, que nos es mucho más íntima y más interior de lo que pensamos, pero que por nuestra desmedida soberbia –que nos lleva a excedernos en el espíritu y en la naturaleza– nos es completamente desconocida y extraña.

Si la naturaleza se mantuviese en su orden, encontraríamos en nosotros constantemente la materia de esta virtud y no podríamos disimularla fácilmente. Si permaneciéramos en constante atención interior, encontraríamos fácilmente, tanto en el hombre exterior como en el interior, la materia y la causa de la humildad, y especialmente por dos motivos.

El primero son nuestros defectos naturales, que cada uno puede ver fácilmente en sí mismo al considerar la indignidad de su naturaleza, la cual tiene tanta necesidad de cosas para su sustento, y cómo todas ellas se corrompen y, como es evidente para todos, tienden a la nada. Hemos salido de la nada y regresamos a ella.

Cualquiera que preste atención a este hecho, encuentra materia abundante para la humildad y para ser humilde.

El segundo motivo son nuestros vicios y pecados. Si uno se observara profundamente a sí mismo y permaneciera en él, si escrutara bien el secreto de su intimidad, vería, sin duda, su constante inclinación al vicio y encontraría a su naturaleza entregada siempre, sin medida, al pecado. Si Dios, en su inefable misericordia, no la protegiera continuamente, esta naturaleza estaría siempre dispuesta, en su fragilidad, a cometer pecado mortal. Y nadie puede concebir cuán funestas son estas cosas.

[Porque,] ¿cuál es su fin?, ¿adónde conducen? A la muerte eterna, a las profundidades del infierno, donde se mora eternamente, privados de toda gracia, en compañía de los demonios. ¿Y no es esta materia importante de humildad para el hombre? Por tanto, nuestra propia naturaleza nos conduce a esta noble virtud. Pues, si nos observamos con atención por dentro y por fuera, descubrimos que no tenemos nada bueno y que nada podemos por nosotros mismos.

La segunda virtud es el *amor* a Dios y al prójimo, que Dios todopoderoso introdujo en la naturaleza y en ella plantó sus raíces, puesto que el amar está en la naturaleza del hombre. La humildad no está plantada en el hombre, sino que viene de fuera. El amor, en cambio, está en su naturaleza. Como dice [san] Beda el Venerable, es imposible que el hombre subsista sin el amor, como el cuerpo sin el alma.

Pero el orden de la naturaleza exige que todo hombre ame a Dios con un amor mayor que el que se tiene a sí mismo y a todas las criaturas. Y todos haríamos esto espontáneamente si la naturaleza no estuviese alterada, si subsistiera en su orden. Es lamentable que los hombres perviertan la nobleza innata de su condición hasta el punto de dar voluntaria e insolentemente la espalda a Dios, Creador de la naturaleza, volcando su amor y su afecto en las criaturas volubles y efímeras.

La tercera virtud es la *prudencia*, que procede de la razón, pues el hombre es un animal racional. Es preciso ser conscientes de que

toda obra que se hace sin la guía de la prudencia no sirve para nada, carece de utilidad y no es agradable a los ojos de Dios. Por eso, el príncipe de los apóstoles nos exhorta de este modo en la carta citada: «*Sed sobrios y velad*»³⁶¹. Es decir, [afirma] que la prudencia ha de moderar y guiar sobriamente, de acuerdo con la razón, todas las obras del hombre, toda su vida, sus palabras y acciones, su comer, su dormir y estar despierto, su estar quieto y caminar, en todo lugar, delante de todos los hombres y en todas las circunstancias, tanto externas como internas.

[La humildad]

3. Volvamos ahora a la primera virtud, que se nos recomienda con estas palabras: «*Sed humildes bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando llegue el momento*».

Mal nos va cuando Dios todopoderoso se digna visitarnos pero nos ve faltos de una humildad auténtica y profunda. Pues la Escritura dice: «*Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*»³⁶². [Y esta gracia es] tanto más abundante cuanto más humildes somos y tanto menos cuanto menos humildes. Si cuando Dios nos visita nos encuentra henchidos de soberbia, estemos seguros de que nos humillará. Pero si nos encuentra bajo una profunda humildad, nos exaltará, pues la humildad engendra exaltación.

Dice, pues, el Apóstol: «*Sed humildes bajo la poderosa mano de Dios*». Esa poderosa mano de Dios, amados hijos, es sabia, buena y amorosa. Nosotros, en cambio, somos frágiles, ciegos y malos. Nada podemos sin ella. Por eso, el Apóstol nos exhorta en estos términos: «*Echando sobre Él toda vuestra preocupación, porque Él cuida de vosotros*».

En verdad, aunque Dios no nos hubiera otorgado antes ningún otro beneficio, ni nos lo hubiera de otorgar después, salvo el

³⁶¹ 1Pe 5,8.

³⁶² 1Pe 5,5.

ocuparse de nosotros fielmente todos los días de nuestra vida, cuidarnos en todas las necesidades de nuestra naturaleza y de nuestro espíritu –como cada día nos lo demuestran su solicitud y providencia paternas–, preservarnos de multitud de peligros y graves sufrimientos de nuestro cuerpo y de nuestra alma, y consolarnos y liberarnos cada día, ¿cómo podríamos agradecer merecidamente a Dios todo lo que hace por nosotros?

[Pues bien,] todos esos beneficios, si permaneciéramos en nosotros, los experimentaríamos sin interrupción y nos encenderíamos en un intenso amor enfocado únicamente en Dios. Pues aunque Dios cuida de nosotros sencilla y despreocupadamente, nada nos ocurre, por mínimo que sea, que Él no haya previsto y ordenado de forma singular: porque es así como debe sucedernos.

[La vigilancia contra las tentaciones]

Después añade el apóstol Pedro: «*Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; resistidles fuertes en la fe*». Todos los animales, cuando oyen el rugido del león, son presa del terror y caen en tierra atenzados por el miedo, y, entonces, el león los atrapa y los devora cruelmente. Del mismo modo, los [hombres] más pequeños y débiles, al no estar todavía sólidamente afianzados, en cuanto oyen el rugido del diablo, se desploman y [, así,] permiten que el diablo los desgarre y devore.

Por eso, el apóstol Pedro manda aquí que seamos sobrios, y que velemos y resistamos, fuertes en la fe, a los susurros, insinuaciones y tentaciones del diablo.

[Efectivamente,] todo fiel debe actuar como suele hacerse en una ciudad asediada por enemigos. Sus habitantes, en cuanto ven que el ejército enemigo, mejor instruido y más fuerte, comienza el asedio sobre la ciudad y detecta los puntos más débiles y peor defendidos de la fortificación, allí colocan de inmediato las defensas más firmes para la protección y salvación de la ciudad. Si no lo

hicieran, perderían no solo la ciudad, sino también sus posesiones y sus propias vidas.

Así, insisto, es como todo fiel debe indagar y advertir en qué lugar o en qué cosas le ataca el diablo con más fuerza, dónde es más débil por naturaleza y a qué vicios está especialmente inclinado. Allí resistirá con todas sus fuerzas, y se armará y vigilará con especial diligencia.

[¿Cómo nos ataca el maligno con sus tentaciones?]

4. Por ejemplo. El maligno gusta tentar al hombre mediante una tristeza desordenada y oprimiendo su ánimo con el peso de un profundo abatimiento. Cuando el hombre examina sus defectos, tanto los naturales como los adquiridos, cae en una honda tristeza. [Entonces,] el diablo se da cuenta, y, como león terrible y rugiente, se acerca y le hace insinuaciones como esta: «¿Qué haces? ¿Por qué te atormentas con el arrepentimiento? ¿Por qué te castigas con el dolor? Eres estúpido. Eso son tonterías. Lo que tienes que hacer es vivir con alegría y complacer a la carne, como hacen los demás. Dios es misericordioso y en el momento de la muerte te infundirá dolor y arrepentimiento por tus pecados. Entretanto, vive según tu voluntad, *“goza de las criaturas con el ardor de la juventud”*³⁶³; y cuando llegue la vejez, entonces vivirás santamente y te entregarás por entero al servicio de Dios».

Amadísimos, guardaos de ese engañoso consejo del maligno y, mientras es de día, velad por vosotros con toda virtud para que las tinieblas eternas no os sorprendan. Alejad de vosotros tal confianza embaucadora y mentirosa, y cuidaos de no abandonar este mundo contagiados de ese [mal] espíritu. [Pues,] después de la muerte, ya no nos será posible regresar aquí.

³⁶³ Sab 2,6.

[¿Cómo podemos vencer las tentaciones?]

Nuestro Salvador dijo: «*Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada*»³⁶⁴. Así que tened bien abiertos los ojos del espíritu a las trampas e insinuaciones del diablo, pues el maligno sugiere al hombre innumerables pensamientos abominables, que a los menos expertos les hacen titubear: «Esto y aquello ha entrado en mi espíritu. ¡Ojalá tuviera a mano un confesor! Pobre de mí, ¿qué pasa ahora entre Dios y mi alma?».

Esto aconsejo a quien se encuentre en tal estado: sé fuerte. Conozco tales sugerencias. Escucha solo mi consejo. Si te asaltan malos pensamientos, córtalos de raíz. No te inquietes, sino refúgiate en Dios. No les hagas caso, no discutas con ellos, no les respondas. Límitate a cortarlos y a apartar tu atención de allí.

El diablo suele asaltar al hombre con frecuentes opresiones espirituales y angustias interiores, que tienen su origen en una tristeza desordenada. Intenta incluso hundirlo en el abismo de la desesperación susurrando estas palabras en su interior: «Todo lo que haces es en vano, pues tus obras desagradan a Dios. Eres hijo de la perdición eterna».

¿Cómo se ha de actuar ante tales insinuaciones? Esto nos aconseja Pedro: Echad sobre Dios toda ansiedad y preocupación³⁶⁵ anclados en Él con una firme esperanza en su inmensa misericordia. Es como aquellos que, expuestos a los peligros del mar, cuando ya se dan por sepultados bajo las olas, soltando cabos y remos, se lanzan todos a por el ancla y la arrojan al fondo, y gracias a ella consiguen escapar a la muerte. Del mismo modo, cuando el hombre soporta las crueles tentaciones de los demonios, o su cuerpo o su alma están en cualquier peligro, ha de dejar todas las cosas, agarrar con decisión el ancla y arrojarla en el Abismo de la Divinidad. Es decir, ha de tener una perfecta y firme esperanza en Dios, con una confianza absoluta en Él.

³⁶⁴ Mt 15,13.

³⁶⁵ Cf. 1Pe 5,7.

5. Creedme, hijos míos: si uno pudiera agarrarse a esta ancla en el momento de la muerte, moriría con esperanza y confianza en Dios, y abandonaría feliz este mundo. Todo hombre debería pensar en ejercitarse asiduamente en la esperanza y en la confianza en Dios, como en las demás virtudes divinas, mientras su cuerpo esté sano. Esto le sería de enorme provecho en el instante de la muerte, para irse en paz de este mundo.

Pero esta no ha de ser una falsa confianza: no podemos confiar en la misericordia divina y al mismo tiempo perseverar voluntariamente en el pecado. Eso sería pecar contra el Espíritu Santo. No voy a hablar aquí de esa [falsa] confianza, propia de hombres impíos y corruptos de mente. Yo prefiero la confianza que me lleva a reconocer mi propia impotencia desde el fondo de una caridad y una humildad auténticas. Esta confianza me permite apoyarme con verdadero discernimiento en el auxilio divino, al ir respaldada por la renuncia a todo pecado y a una conversión a Dios sincera y alegre, pues «*Dios ama al que da con alegría*»³⁶⁶.

El hombre debe confiar plenamente en su Dios y no desconfiar en absoluto de la bondad de Aquel de quien ha recibido tantos beneficios. Pues, incluso antes de llegar a la existencia, Dios conocía perfectamente su quebradiza fragilidad y [sabía] que pecaría. Pero, al mismo tiempo, su divina Sabiduría encontró el modo de redimir del pecado al género humano: su muerte inocente y dolorosa [en la Cruz], además de otros innumerables favores que le otorga no solo cada día, sino incluso a cada instante.

Vosotros, queridos hijos, apartaos de todo pecado con decisión inquebrantable. En verdad os digo: en el instante mismo en que la tentación golpea al hombre, si este no se aleja de ella inmediatamente, si titubea y vacila, si no tiene una voluntad firme de rechazar el pecado por amor a Dios, el diablo le acechará incesantemente, día y noche. Y entonces el hombre estará muy cerca de caer en sus manos.

³⁶⁶ 2Cor 9,7. En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «Dios ama a aquel que renuncia a sí mismo con alegría».

Quien desee vencer perfectamente a los espíritus malignos, debe alejarse radicalmente de todo pecado y decirse interiormente: «Dios omnipotente y eterno, ven en mi auxilio y concédeme tu gracia, pues me he propuesto firmemente no pecar contra tu voluntad». Así vencerá fácilmente al diablo, que, confundido, se verá obligado a retirarse.

¿Cómo es posible que el hombre racional soporte ser vencido por el espíritu maligno? [Pues porque] se comporta como un soldado bien armado que, por indolencia o maldad, se postra ante una mosca y permite que esta lo mate.

[Pues bien,] tenemos armas muy poderosas con las que podemos derrotar fácilmente al maligno: la fe, la Eucaristía y la Palabra de Dios. Además, tenemos el ejemplo de todos los buenos y las oraciones de la Iglesia y de todos los santos, amén de otros muchos medios de defensa poderosísimos contra el diablo, cuya fuerza contra el hombre pasa a ser menor que la de una mosca contra un oso. [Efectivamente,] si el hombre no es negligente en ofrecer resistencia al maligno y no duda en echar el «ancla» –es decir, su esperanza– en Dios, de quien ha recibido tanto bien, [entonces] el inicuo no podrá hacer absolutamente nada contra él ni podrá obtener ningún triunfo sobre alguien que esté en su contra.

Siendo esto así, amadísimos hijos, alegraos y saltad de gozo, apartaos del pecado con firme resolución y vigilaos cuidadosamente a vosotros mismos. Tened por cierto que, si no resistís aquí al diablo ni os purificáis con un arrepentimiento sincero, iréis a la otra vida en ese estado y todos los demonios se burlarán de vosotros y os torturarán con una dureza y crueldad proporcionales a la sumisión que rendís aquí a sus malvadas sugerencias.

Por todo eso, amadísimos, os exhorto a observar atentamente el fondo interior de vuestra alma, porque vivís con poca sinceridad, por no decir falsamente, engañándoos a vosotros mismos, y perdéis un tiempo precioso y la gracia de Dios. Y no solo ofendéis a Dios, sino que merecéis que Él conceda a los espíritus malignos capacidad para apartaros de toda buena obra. Así pues, mientras es de día y tenéis luz, estad atentos a vosotros mismos *«para que las tinieblas no*

*os sorprendan»*³⁶⁷. No hagáis caer sobre vosotros la ira y la indignación de Dios. Y escrutad vuestro fondo interior procurando que nada haya en él salvo Dios.

[La obediencia]

6. Esto no lo hacen los que no siguen a Dios en la verdad, aquellos cuyo modo de obrar es totalmente exterior. En cuanto el Espíritu Santo les toca, se levantan sin demora y se marchan a otras tierras, a otra ciudad, adoptando allí nuevos modos de vida. Y no es raro que muchos, por este motivo, caigan en las desdichas de la condenación eterna.

Unas veces se hacen el propósito de abrazar la pobreza voluntaria; otras, les apetece entrar en un convento o hacerse ermitaños. Algunos de ellos llegan [a entrar] en Órdenes aprobadas o en monasterios de clausura, alcanzando así un estado [de vida] más seguro. Y aunque no están movidos por el Espíritu Santo, adoptan tal estilo de vida y perseveran en él, y después dan las gracias a Dios diciéndole: «Te doy las gracias, Dios mío, por haber llegado a este estado de vida. Siempre te estaré agradecido. Quiero vivir para ti y servirte fielmente, sea cual fuere la razón por la que he llegado hasta aquí».

Sin duda, estos serán felices, con tal de que hayan perseverado en la obediencia, pues cualquier obra hecha con verdadera obediencia, por insignificante que sea, es mucho más noble y agradable a Dios, y más meritoria de vida eterna para el hombre, que todas las demás obras hechas por voluntad propia, por grandes que estas sean. En esta vida, un corazón humilde y obediente es el sacrificio más grato y digno que puede ofrecerse a Dios.

[Texto añadido por fray Lorenzo Surio en el que desarrolla el tema de la obediencia en la vida religiosa].

³⁶⁷ Jn 12,35.

Por eso, un hombre que, por amor a Dios, hiciera en un instante un acto humilde de obediencia y renunciara a su voluntad propia, se acercaría a Dios mucho más, y de forma más auténtica, que quien ha vivido diez años con gran devoción según sus propias ideas y planes.

Voy a proponer una comparación. Si uno hubiera llegado, por gracia de Dios, a tal grado de santidad que, si ello fuera posible, tuviera a Dios presente de forma visible y morando en él, entonces, si fuese llamado a [realizar] una obra de obediencia, debería decir humildemente: «Permíteme, Señor, que lleve a cabo este acto de obediencia por amor a ti». Creedme: esa humilde negación de la voluntad propia en tal hombre sería mucho más grata a Dios que si, en ese mismo momento, penetrara los Cielos junto con todos los espíritus de los santos.

Voy a ilustrar esto con un ejemplo. Una joven vivía en un monasterio, ardiendo sin medida en amor a Dios. Esta, en cierta ocasión, al sentirse invadida por un inmenso deseo de su amado Esposo Jesucristo, le decía con todo su corazón: «Único y amadísimo Hijo de Dios, Redentor de mi alma, ¡ojalá se me concediera verte en esta vida siquiera un instante!». Dicho esto, se le presentó nuestro Señor Jesucristo en la figura de un niño. En ese momento, una monja llamó a la puerta de su celda para urgirla a realizar por obediencia una obra de la comunidad. Al oír ella el imperativo de la obediencia, le dijo a aquel muchacho: «Mi dulce Señor Jesucristo, me ausento por cumplir la obediencia. Te ruego que, si te parece bien, aguardes aquí entretanto, hasta que me sea posible volver». Tras estas palabras, la joven salió de la celda y cumplió con gozo y alegría lo que se le había mandado. Tras acabar, regresó con celeridad a la celda y, al abrir la puerta, una luz admirable y brillantísima irradió sobre sus ojos con tanta intensidad que casi no podía soportarla, y vio a su amado Señor ante ella como un joven bellísimo de unos veinticuatro años. Entonces, rompiendo a reír de pura alegría, le habló así a su Señor: «Mi amado Señor, ¿cómo te has hecho tan bello y adulto en tan poco tiempo, si eras tan pequeño hace un

instante cuando te dejé aquí? Dime, dime, única esperanza de mi alma, ¿qué ha pasado?» El Señor le respondió: «Hija mía, ha sido la profunda humildad de tu pronta obediencia la que me ha hecho así en tan poco tiempo. Sé siempre tan obediente por amor a Mí, si deseas estar constantemente unida a Mí sin nada que medie entre nosotros». Dichas estas palabras, la visión desapareció. Aquella santa joven contó después estas cosas a las demás monjas del monasterio.

[Pues bien,] esa instrucción, la propia visión y el ejemplo de pronta obediencia de aquella religiosa, interpelan de forma manifiesta a todos los religiosos incapaces de renunciar a sí mismos, que viven aferrados a su voluntad propia y no obedecen pronta y alegremente, tal como prometieron, a sus superiores. Ya que, en verdad, en los conventos, las ermitas y las Congregaciones hay religiosos que cumplen con la obligación de leer determinadas oraciones y hacer algunas otras buenas obras, y, sin embargo, [estos religiosos] adoptan algunas iniciativas y prácticas personales por las que, en cuanto se les llama a la obediencia, se pone de manifiesto inmediatamente cuán a gusto se sienten en ellas. ¿Por qué les cuesta tanto anteponer la obediencia a esas prácticas sino porque están tan aferrados a ellas que ocupan el lugar de Dios? Pero se engañan a sí mismos, pues cuantos viven sujetos a la obediencia deben ponerla en práctica con alegría y espontaneidad, y posponer todo lo demás, sean postraciones, meditaciones, oraciones o cualquier otra cosa, llámese como se llame. Por este camino llegarán en poco tiempo a la humilde renuncia a sí mismos, tanto en su espíritu como en su naturaleza, y Dios vivirá y nacerá puramente en ellos.

Por todo esto, se engañan lamentablemente todos cuantos eligen aferrarse a su voluntad propia y no aprenden a obedecer con prontitud. En verdad, es tan noble virtud la obediencia, que agrada más a Dios que todas las otras virtudes, por insignificantes que sean las obras que se hagan por ella. Por este motivo, Jesucristo, Hijo eterno de Dios eterno, fue obediente a su Padre por amor al hombre: primero bajando del Cielo y tomando la naturaleza humana en el seno

de la Virgen; segundo, subiendo a la Cruz y asumiendo en ella una muerte espantosa³⁶⁸.

[Así pues,] todos los que siguen al Señor deben imitarlo obedeciendo humildemente –en todo lo que sea lícito– sin murmuración ni resistencia. Es así como llegarán a ser aptos para que Dios lleve a cabo en ellos, sin interrupción ni medio, las sublimes obras de su Amor.

Esta enseñanza señala directamente a todos los religiosos que obedecen de mala gana y, con mil pretextos, se excusan del cumplimiento de esta noble virtud para que se les permita seguir las preferencias que su propia cabeza y voluntad les dictan. Esto es un enorme obstáculo entre ellos y la gracia de Dios. Y no podrán gustar interiormente de Dios y su dulzura mientras tengan un fondo tan poco despegado y no salgan de su voluntad propia. [Hasta aquí las palabras de Surio]

[Breve discernimiento vocacional]

Por tanto, cuando el hombre desea emprender una nueva obra [o un nuevo modo de vida], ha de echarse en los brazos de Dios, rogándole que todo sea para gloria suya.

[También] debe considerar con sumo cuidado si su gracia le basta, si es Dios quien le mueve o es su propia naturaleza, y si dispone de los medios [necesarios] para llevar a término su proyecto.

Al mismo tiempo, ha de dirigir su mirada hacia su propia impotencia y hacia su fondo, y, sin salir de allí, permanecer atento a la voluntad de Dios, comprobando si está dotado verdaderamente de estas virtudes: profunda humildad, amor y prudencia. Si las tiene, puede estar seguro de que Dios obrará grandes cosas en él.

³⁶⁸ Cf. Fil 2,7-8.

[El camino de la cruz]

7. Volvamos ahora al discurso que hace poco interrumpimos, a estas palabras de Pedro: «*Sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos sufrimientos*». Así es, amadísimos: es conveniente que padezcamos. Hagas lo que hagas, estés donde estés, no escaparás a la cruz ni estarás a salvo de aflicciones y dificultades.

[Por desgracia,] muchos jóvenes vigorosísimos expusieron su cuerpo y su vida a mil peligros por servir a este mundo y no consiguieron con ello ninguna otra recompensa que entregar el cuerpo a los gusanos y el alma a los demonios: así paga el mundo a los que le sirven.

[Pues bien,] con mucho mayor motivo debemos nosotros servir voluntariamente a nuestro fiel Creador y afrontar por amor a Él todo tipo de dificultades, puesto que ha prometido a sus siervos: [entregarse] a sí mismo, el Reino de los Cielos y la vida eterna.

Además, si Jesucristo, el Hijo de Dios, Señor y Dios nuestro, Cabeza de todos los hombres, ha querido padecer por nosotros penas tan duras como el desprecio, la pobreza y el exilio, es justo que sus miembros sientan vergüenza por negarse a padecer algo por amor a Él.

¿Quién ha sufrido en esta vida tanto oprobio, tanto ultraje, tanta deshonra y afrenta como Jesucristo, nuestra Cabeza, que incluso aún estaría dispuesto a volver a sufrirlos cada día, si ello fuera posible y necesario para nuestra salvación?

Desgraciadamente, hoy los hombres siguen crucificándolo cada día espiritualmente con impíos juramentos, incluso reprochándole su pasión y muerte. Y su pasión, sus llagas y el derramamiento de su santísima Sangre se renuevan tantas veces como se comete un pecado mortal.

Y no olvidemos la ofensa y el desprecio que muchos arrojan cada día contra Él al tomar su santísimo Cuerpo en el recipiente inmundo, pútrido y diabólico de su corazón, voluntariamente

ocupado por el mundo y adicto a las criaturas. Esta comunión sacrílega, si Él pudiera sentirla con dolor [físico], lo crucificaría más que la [traición] de Judas. Pues esos saben, por la fe, que Cristo es su Dios, mientras que Judas apenas lo vislumbraba.

Si los verdaderos amigos de Dios pudieran percibir sensiblemente esta ofensa contra su Señor tanto como la sienten interiormente en su corazón y en su alma con el dolor de la caridad, [tal dolor] traspasaría su corazón, su alma y hasta la médula de los huesos. Y si pudieran impedir esa ofensa con su muerte física, ello les sería mucho más grato y dulce que su propia vida, porque así habrían podido frenar la afrenta y el oprobio que cada día se cometen contra su amado Señor.

[Conclusión]

Pero volvamos ahora a las palabras de Pedro. El camino más seguro y recto hacia Dios es permanecer siempre humildes «*bajo la poderosa mano de Dios*». La humildad debe ser nuestro fundamento, y sobre él hemos de construir el edificio de la caridad, la razón y la prudencia. Así Dios nos exaltará el día de su visita³⁶⁹.

Por lo demás, tened por cierto que muchos, por un excesivo apego a su intelecto y por una entrega desmedida a sus tareas intelectuales, viven hacia fuera, vanagloriándose de la sutilidad y profundidad de su intelecto. Estos apenas conocen este camino [de la cruz]. Y cuantos, como ellos, se alimentan de vanidad y curiosidad, se precipitan en un abismo, pues *cuanto más alto es el monte, más profundo es el valle*.

Que Dios nuestro Señor nos conceda ser siempre hallados en este fondo verdadero. Y que Él nos eleve y diga: «*Amigo, sube más arriba*»³⁷⁰, para alabanza y gloria de Aquel que es bendito por los siglos. Amén.

³⁶⁹ Cf. Lc 19,44.

³⁷⁰ Lc 14,10.

**36. SEGUNDO SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA
FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LOS PECADORES QUE DIOS DEJA EN EL DESIERTO Y LOS PECADORES QUE
CARGA EN SUS HOMBROS

(V. 36, sobre Lc 15,1)

«*Se acercaban a Jesús publicanos y pecadores*» (Lc 15,1)

1. Amadísimos, estas palabras se encuentran en el Evangelio proclamado este domingo, donde también se lee que el Señor contó la siguiente parábola:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar a la que había perdido hasta que la encuentra? Y cuando la ha encontrado, la pone sobre sus hombros lleno de alegría; al llegar a casa, convoca a los amigos y a los vecinos diciéndoles: “Alegraos conmigo porque he encontrado a mi oveja que había perdido”»³⁷¹.

Sobre estas palabras tratará el sermón de hoy.

Hijos míos, hay un hecho evidente: todos somos pecadores y, como dice Juan, «*si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros*»³⁷². Hablaré de cuatro clases de pecadores.

[Los peores pecadores]

2. La primera la forman hombres mundanos que llevan una vida soberbia, rebelde, abominable, impía, absolutamente olvidada

³⁷¹ Lc 15,4-6.

³⁷² 1Jn 1,8.

de Dios; hombres sin temor de Dios, que desprecian todo lo divino, inducen a otros al pecado, no buscan a Dios, ni lo aman, ni lo temen; hombres que pasan su vida entera en gravísimos pecados mortales, sin querer saber ni oír nada de Dios. Para ellos la santa Misa es un suplicio, como si pisaran sobre zarzas con los pies desnudos, y su duración les parece interminable. No les interesan ni Dios ni lo divino ni la práctica de la virtud, en cuanto que son cosas que conciernen a la gloria de Dios y a Dios mismo.

Sin embargo, esos se acercan al Señor. ¿Queréis saber cómo? En Cuaresma toman el santísimo Cuerpo de Cristo, aunque no tienen firme propósito ni voluntad íntegra de cambiar de costumbres. Es más, tienen decidido seguir viviendo como siempre lo han hecho. A estos más les valdría recibir en su cuerpo mil miríadas de demonios, pues quienes reciben al Señor como Judas el traidor se hacen reos del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, como claramente afirma Pablo al hablar de aquellos que toman el precioso Cuerpo del Señor conscientes de pecado mortal³⁷³.

Y vosotros, amadísimos, si supierais en qué estado de peligro y angustia viven los que hacen esto, vuestros corazones se derretirían de dolor. Si ellos mismos pudieran ver claramente los castigos tremendos, las penas inexplicables, el juicio severísimo y la angustia incomprensible que habrán de sufrir eternamente por un pecado tan grande, serían privados de los sentidos y de la razón.

Esos, llegados al final [de la vida], cuando empiezan a descubrir su verdadero estado, los peligros en que están y siempre han estado, entonces se apodera de ellos una angustia tan grande que se hunden muy frecuentemente en el abismo de la desesperación, y se pierden para siempre. Incluso algunos de ellos – cosa que ha ocurrido recientemente– intentan expresar en palabras su miserable estado, pero quienes los oyen los tachan de alucinados o locos. Esto se debe a la terrible angustia que sienten, pero también a la inefable misericordia de Dios, [que lo permite] para que los

³⁷³ Cf. 1Cor 11,27.

demás tomen ejemplo y, mientras es posible, eviten por todos los medios caer en ese estado.

[Pues bien,] esos hombres tan duros de corazón y de mente, especialmente en estos tiempos nuestros, necesitarían predicadores valientes y confesores fieles que les prohibieran tomar el Cuerpo del Señor y les mostraran el estado tan peligroso en que se encuentran; que supieran aguijonear sus vicios, en vez de pasarles la mano; ponerlos al descubierto, en vez de disimularlos.

[Los pecadores que aparentan santidad]

3. La segunda clase la forman grandes pecadores con cierta apariencia de santidad. Hacen notables ejercicios de piedad y son pródigos en buenas obras, ofreciendo ejemplos de vida óptimos ante los demás. Pero son hipócritas, imitadores del modo de vida fariseo: están enteramente dominados por su voluntad propia, son soberbios e impacientes y no buscan en todo más que su propio interés. Aunque no es raro que se hallen oprimidos bajo el peso de graves pecados mortales, no se sienten pecadores; y como ellos mismos son el centro de su vida, no siguen a su Dios con amor y atención. Por eso viven tan peligrosamente; sus caminos, aparte de ser tremendamente peligrosos, desagradan y se oponen a Dios. [Paradójicamente,] aquellas prácticas y obras tuyas que deberían acercarlos a Dios son las que les apartan y alejan de Él. ¿De qué modo? Escucha.

Grandes son, sin duda, las obras que hacen y eso les confiere cierta apariencia de virtud. Por ejemplo: en las palabras y las obras van con la humildad por delante, pero por dentro están llenos de soberbia y vana complacencia, engañándose con ello a sí mismos y causándose un daño grave y eterno. Como están tan pagados de sí mismos, [consideran que] no hay nadie a su altura. Juzgan y condenan a los demás. Así como nuestro Señor Jesucristo nunca pudo satisfacer a los fariseos, así ellos vilipendian y atacan con juicios temerarios a cuantos no siguen su modo de vida. Están llenos de soberbia espiritual, pecado que precipitó al ángel más elevado al abismo más profundo.

Por eso, amadísimos, os exhorto a huir de esta soberbia espiritual como de la mismísima muerte eterna. Entrad en vosotros, juzgaos a vosotros mismos y no pretendáis juzgar a los demás. Aunque veáis que se hace algo malo, excusadlo, en la medida de lo posible, ante vosotros mismos y ante los demás, para que la caída del prójimo no llegue a los oídos de muchos. Esos jueces temerarios e hipócritas pertenecen a las noventa y nueve ovejas que el Señor dejó en el desierto para ir a buscar a la que se había perdido. Creedme, esos hombres perversos no tienen ningún valor ante el Señor, no piensa en ellos ni los conoce, como Él mismo dice en el Evangelio: «No os conozco»³⁷⁴.

[Los pecadores tibios y perezosos]

4. En la tercera clase están los tibios y perezosos: recibieron el Bautismo como los demás, pero la gracia divina los protegió de caer en pecados graves contra los preceptos de la santa Iglesia. Por eso se confían en exceso y no arden en deseos de Dios ni de las cosas divinas. Se pasan la vida cantando salmos y leyendo un sinfín de libros cuyas páginas acaban desgastadas por el uso. Pero lo que leen no les sabe a nada ni les reporta gracia alguna.

Se encuentran muy a gusto entre las criaturas. Ellas sí que los complacen y les saben bien. En ellas ponen su amor y tienen su deleite; buscan su amistad y su trato frecuente, y se entregan a ellas por todos los medios a su alcance. Exhiben ese gusto en las palabras y las acciones, en los vestidos, en los hábitos, en la conducta; en el modo de hablar, en los gestos, en la forma de caminar y de estar parado; en los mensajes, en los regalos y en las cartas, y en otras muchas cosas. Son desordenados en las costumbres, relajados en los sentidos, necios y charlatanes en el hablar. Entretanto, si así lo quiere Dios, afirman que jamás desearían cometer un pecado mortal, [es decir] un pecado grave y notable. Pero Dios los conoce bien, y ellos tienen motivos para temer por sí mismos.

³⁷⁴ Mt 7,23.

Son como los que tienen el estómago enfermo y corrompido por humores pestilentes que regurgitan en la boca, por lo que no pueden tomar comida buena, y si la toman no les sabe a nada. Ni siquiera tienen apetito por una comida mejor. Por la corrupción de su estómago, lo dulce les parece amargo. Como les ocurre a las embarazadas, les apetece comer tierra y cosas inmundas. Esos hombres necios, cuyo «estómago» –esto es, su amor y su corazón– rebosa en el cieno de las criaturas, no sienten apetito ni deseo ninguno de las cosas divinas. Es más, yo diría que encuentran todo lo divino amargo e insípido. Como su fondo interior está anegado de criaturas mortales, desean la tierra, lo terrenal, lo inmundo, se complacen en ello, es su comida y su bebida, y están enganchados a esas cosas por su afán de vanidad.

Los maestros dicen que la *materia primera* desea tomar su propia forma. Por ejemplo: una mujer, cuando está encinta, concibe primero materia desnuda. Luego, esta misma materia recibe cierta forma animal, la cual desea la forma humana. Pero cuando aquella materia se reviste de la forma del hombre, esta, a su vez, está deseosa de tomar la forma eterna y racional, sellada por la Imagen de Dios. Esta forma, es decir, el alma racional, jamás descansa hasta transformarse en aquella forma que contiene en sí todas las formas y las perfecciona: el Verbo eterno e increado del Padre celestial. Pues el alma racional tiene dentro de sí una *chispa*, un fondo cuya sed, cuyo deseo, ni siquiera el propio Dios, siendo todopoderoso, puede hacer que los sacie algo que no sea Él mismo. Si le diera todas las cosas que creó en el cielo y en la tierra, no serían suficientes para él ni lo saciarían. Esta es, pues, su naturaleza.

[Pues bien,] esos infelices extinguen y sofocan este fondo y su deseo, y por eso ansían con avidez a las criaturas, como si el viento pudiera saciarlos. Su gusto y su apetito de las realidades eternas está extinguido, su «estómago» rebosa en humores corrompidos y ellos se precipitan a la muerte eterna.

Pensemos: ¿qué harán esos desgraciados cuando, llegados a sus últimos momentos, vean que han pervertido y deshonrado su dignidad natural e innata, han descuidado inmensos bienes por su estúpida soberbia y por su vanidad, y han corrompido y devastado

su fondo? Creedme, hijos míos: la calamidad, la angustia y la desdicha que en ese momento experimentarán son mayores que cualquier desgracia de esta vida.

5. Ciertamente, todo lo que tiene el hombre dentro y fuera de él, todos sus bienes, sean de la naturaleza, de la gracia o de la fortuna, de Dios los recibe, y esta es la razón: para que los dirija y refiera a Él con amor, agradecimiento y alabanza. Pero los que son como esos necios de los que estamos hablando, apenas hacen sus oraciones diarias. ¿Dónde están las deudas innumerables que estamos obligados a pagar a Dios? ¿Qué creemos que ocurrirá cuando tengan que pagarlas hasta la última moneda?

Por eso, amadísimos, os exhorto a que, mientras es posible, miréis por vosotros mismos, no sea que os suceda lo mismo que a las vírgenes necias³⁷⁵. No se lee que ellas hubieran cometido grandes pecados, sino solo que no se habían preparado bien. El hecho de que se dispusieran a prepararse parece resultado de su buena voluntad; sin embargo, se les dijo: «*En verdad os digo: no os conozco*»³⁷⁶.

Las cosas no son como vosotros creéis, en absoluto. Esos ciegos de los que hablamos piensan que la preciosa Sangre de Cristo y su amarga pasión deben quedar sin fruto. Pero están completamente equivocados. Ellos dicen: «Estamos en una Orden sagrada, vivimos en una Congregación y una comunidad santas; rezamos y leemos mucho». Pero yo les digo: «Todo eso lo hacéis sin amor ni afecto, con el corazón distraído, tan ciega y fríamente que es imposible imaginarlo sin asombrarse». Pero se confiesan sin una voluntad sincera de corregirse, y en estas condiciones toman el Cuerpo del Señor. Actúan como quien invita a un rey a su casa y, cuando este llega, lo instala entre los cerdos, en la pocilga más sucia y pestilente. Más les valdría no tomar nunca un Sacramento tan imponente.

Si alguien les advierte de los peligros tan grandes en que viven y de la muerte tan horrible que van a tener, se burlan de él y le

³⁷⁵ Cf. Mt 25,1-13.

³⁷⁶ Mt 25,12.

dicen: «Palabras de begardos³⁷⁷ son esas. De esos que tienen un espíritu nuevo». Los judíos y los paganos no se ríen tanto de los cristianos como [lo hacen] esos pseudocristianos de la persona que les ha advertido. Dicen: «Mirad, un espíritu nuevo. Este es uno de esos espíritus elevados». Y esto se lo dicen a quienes se preocupan por sus gravísimos errores, a aquellos que se esfuerzan por reconducirlos al camino de la verdad y la justicia. Pues bien, si ellos persisten en esa falta de arrepentimiento y en la peligrosa ignorancia de sus pecados, nunca verán el rostro de Dios.

Ellos se excusan diciendo que no hacen nada malo. Pero ¿acaso hacer el bien consiste en los fríos murmullos de las oraciones vocales y de la lectura, hechas superficialmente, que es como ofrecer paja a Dios, mientras se entrega a las criaturas, por libre elección, el amor, el corazón, el afecto y el favor? Ha sido por estos por los que murió nuestro Señor; aunque [muchos] no pagarían por ellos ni dos céntimos. Era conveniente hacer lo primero, pero [a muchos les habría gustado] bastante más ofrecer lo segundo.

Esos pecadores son de las noventa y nueve ovejas que el Señor dejó en el desierto, cuyo fruto es exiguo o nulo. Y aunque la divina misericordia concediera a algunos de ellos en el momento de la muerte –cosa infrecuente– la gracia de un arrepentimiento tan grande como para alcanzar la vida eterna, tendrán que soportar, con todo, un purgatorio indescriptiblemente horrible, con sus terribles llamas, que perdurarán, quizás, hasta el día del Juicio. Y después de haber pasado esos tormentos, serán apartados de los amigos de Dios especiales, para ser colocados muy por debajo de ellos, en algún rincón.

En suma: son verdaderamente pecadores, pero no se sienten tales. Se acercan a nuestro Señor Jesucristo con su inocencia de vida exterior, pero su corazón, su fondo y su amor están muy lejos de Él.

³⁷⁷ Eran varones célibes que se consagraban a Dios al estilo de las beguinas: ver nota 2.

[Los pecadores arrepentidos que buscan a Dios]

6. Finalmente, hay un cuarto tipo de pecadores: los pecadores felices y amables. Puede que sus pecados sean mucho más grandes que los de los anteriores y que hayan caído en diversas faltas gravísimas. Sin embargo, poco importan la magnitud y el número de sus pecados, pues estos [pecadores] se acercan a Dios desde su propio fondo y se han apartado perfectamente, o aún lo siguen haciendo, de todo lo que no es puramente Dios o no tiene su brillo, y han vuelto hacia Él su corazón y su entusiasmo porque quieren amarlo por encima de todas las cosas.

Dios jamás pide razón de las faltas y culpas de tales pecadores; ni siquiera quiere conocerlas. Como se han apartado completamente de ellas, Dios también aparta de ahí su rostro, de manera que, si ellos no quieren saber nada más de esas culpas, Dios tampoco.

Quizás alguien pregunte cómo puede saberse si una persona se ha apartado perfectamente de todo pecado y se ha convertido a Dios. La respuesta es sencilla: si [dicha persona] encuentra en su interior la voluntad de amar solo a Dios y a ninguna otra cosa fuera de Él, desde el fondo de su corazón, en la verdad, sin ningún género de excusa; si en todo lo que hace tiene como único propósito amar pura y únicamente a Dios por encima de todas las cosas; si se encuentra en esa persona una voluntad pronta para hacer todo lo que sabe que Dios le pide, sea lo que fuere; si nada aprecia tanto en la tierra que no esté dispuesto a dejarlo por amor a Dios en cuanto sepa que Él así lo quiere; en fin, si está decidido a seguir a su Señor por el camino que Él quiera conducirle, ya sea por medio [de otros] o por sí mismo, y quiera hacerlo libre y abnegadamente, en el modo que Él decida.

[Dios nos purifica con diversos sufrimientos]

7. El Evangelio dice que Jesús buscó a la oveja perdida. ¿Cómo debe entenderse esta búsqueda? El Señor busca y quiere tener a un hombre pacífico, humilde, pobre, puro y abandonado [a sus manos], que sea siempre ecuánime. Pero esto no debe entenderse en el

sentido de que uno tenga que sentarse en alguna parte y cubrirse la cabeza con la capucha. No es eso. Se trata, más bien, de dejarse buscar por Dios, de dejarse abatir y reducir a la nada, hasta que el hombre aprenda la humildad en todas las circunstancias, vengan de donde vengan, acogiéndolas como venidas de Dios mismo, que lo busca a través de ellas.

Dios quiere tener al hombre enteramente apaciguado. Por eso, este debe sufrir todo tipo de adversidades y ser pisoteado largamente en el lagar del sufrimiento, hasta que haya aprendido la docilidad.

Dios quiere tener al hombre pobre. Por eso, si le son arrebatados bienes, amigos o algún tesoro al que le tenga mucho apego, debe ser consciente de que Dios quiere encontrarle a través del sufrimiento y ha de ofrecer a Dios su fondo pobre y desnudo. Dios busca al hombre en estas circunstancias. Y este solo tiene que dejarse encontrar.

Dios quiere, finalmente, tener al hombre puro; por eso permite que caigan sobre él innumerables y múltiples adversidades, hasta que sea plenamente purificado y limpiado a fondo. En consecuencia, Dios lo busca en todas las cosas que puedan sucederle, o le estén sucediendo, sea cual fuere su origen, ya vengan de un amigo o de un enemigo, incluso de su madre o de su propia hermana. Es de Dios, no de sus semejantes, de quien debe acoger esas pruebas puras y desnudamente, pues Dios las permite para encontrar al hombre en ellas.

Hijos míos, si uno tuviera una herida infectada, permitiría que le hicieran quemaduras, incisiones y todo tipo de tratamientos dolorosos para evitar que ese humor dañino se extendiera y le provocara sufrimientos más intensos. Por este motivo, no tendría miramientos consigo mismo, sino que dejaría que toda la infección fuese atajada a fondo para conseguir, una vez desaparecida esta, el beneficio de la curación.

[Qué debemos hacer para ser buscados por Dios]

También vosotros hijos míos, debéis soportar voluntaria y alegremente toda adversidad, conscientes de que Dios os busca en ella. De este modo, vuestro fondo no recibirá una sanación solo momentánea, sino eterna. Cuando una prueba interior o exterior os sobrevenga de improviso, pensad así: «Amiga mía, deseaba que llegaras, aunque no te esperaba en este momento», y al mismo tiempo inclinaos ante ella humildemente. Es así como Dios, que quiere hacernos personas abandonadas, nos busca. Él no busca caballos de gran tamaño ni bueyes vigorosos, es decir, hombres arrogantes que se apoyan en grandes prácticas devocionales de su voluntad propia; tampoco busca a quienes hacen grandes obras externas con autocomplacencia, sino solo a las ovejas humildes y dóciles, esto es, a los hombres pequeños y abandonados que se dejan buscar por Dios y, donde quiera que son buscados, se esfuerzan en ser encontrados como ovejas.

Si deseas ser una de esas ovejas, ten una paz verdadera y estable en toda circunstancia, sea cual fuere. Cuando has hecho lo que está en tu mano, quédate tranquilo: suceda lo que suceda, por la razón que sea, guarda siempre la paz en tu corazón y no te inquietes; confíalo todo a Dios; abandónate a Él en todo, incluso en tus defectos, según los sentidos, no según la razón; es decir, distanciándote de ellos y mostrándoles tu aversión. En este sentido, uno nunca se abandonará demasiado. Soporta el desagrado que procede de la lucha contra los vicios, pero no consientas a ellos según la razón, pues eso sería un obstáculo enorme.

Guarda la paz en todas las cosas, incluso en los dones de Dios. Ya te los conceda Dios o te los quite, mantente siempre el mismo. Así llegarás a ser un hombre abandonado, dispuesto a recibirlo todo de la mano de Dios con una paz imperturbable: la adversidad y la bonanza, lo dulce y lo amargo.

8. Esta es la oveja amorosa que el Señor ha buscado y encontrado. No busca Él a las ovejas soberbias, a los hombres que están apegados a las criaturas y tienen en ellas su deleite. Dios deja a las noventa y nueve. Efectivamente, deja en el desierto, donde no

hay fruto, a los noventa y nueve que son cien veces tibios, orgullosos, soberbios y engreídos. Esos hombres «viscosos»³⁷⁸ apenas producen fruto alguno.

[La experiencia mística del hombre abandonado en Dios]

Cuando el Señor encuentra a la oveja buscada, «la pone sobre sus hombros lleno de gozo y, al llegar a casa, convoca a amigos y vecinos, diciéndoles: “*Alegraos conmigo porque he hallado a mi oveja*”». Los amigos y vecinos son los espíritus celestiales, los ángeles y los santos, y todos sus amados amigos, los del Cielo y los de la tierra, todos los que se regocijan con inmenso e inefable gozo por una oveja tal. Con un gozo que ni el intelecto ni la razón pueden concebir, pues es verdaderamente un abismo.

El Señor «pone a la oveja sobre sus hombros lleno de gozo», y la lleva consigo. Los hombros están situados entre la cabeza y el cuerpo, y tocan a ambos. El Señor pone a esta amorosa oveja sobre sus hombros, es decir, entre su santísima humanidad y su eterna Divinidad. Su humanidad es, para estas ovejas, el apoyo que las conduce a la Divinidad. La humanidad sostiene a las ovejas en sus acciones y las lleva en todas sus obras. Hasta entonces habían hecho sus obras por sí mismas y consigo mismas; ahora Dios las carga sobre sus hombros, las lleva y realiza todas sus obras en ellas y por medio de ellas. Ya coman, beban, se vayan, se queden, hablen o cualquier otra cosa que hagan, todas las lleva a cabo Dios en ellas, y ellas viven y se mueven³⁷⁹ en Dios.

De la humanidad pasan a la Divinidad y salen de nuevo de la Divinidad a la humanidad. Así, entran y salen, y encuentran siempre pastos abundantes³⁸⁰. En verdad, el gozo y el deleite que se

³⁷⁸ Por el apego que sienten a las cosas. Quizás se haga referencia también al enfermo que padece de una especie de pústula, aquí en sentido moral (cf. Du Cange *et alii*, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*).

³⁷⁹ *Feruntur in Deo*. En alemán medieval la expresión empleada es *in Gotte sweben*, «flotar en Dios».

³⁸⁰ Cf. Jn 10,9.

conceden aquí al espíritu, incluso en esta vida, superan en tal grado a los gozos de este mundo que, si todos juntos se fundieran en uno solo, en comparación con el gozo mínimo que aquí se otorga al espíritu, serían como una gotita de agua respecto del mar.

Esos son los pecadores de los que habla el Evangelio cuando dice: «*Mayor gozo habrá en el Cielo por el pecador que hace penitencia que por noventa y nueve*»³⁸¹, más aún, por mil veces mil justos, tibios y arrogantes. Esos [pecadores] dan a Dios honor y gloria. Son pecadores que se acercan verdaderamente a Dios.

Dios nuestro Señor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos conceda que nos dejemos buscar de manera que siempre seamos hallados ovejas verdaderas, para alabanza y gloria suya. Amén.

³⁸¹ Lc 15,7.

**37. TERCER SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

EL ABANDONO COMO CAMINO DE UNIÓN CON DIOS

(V. 37, sobre Lc 15,8-10)

«¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: “Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido”. Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta» (Lc 15,8-10)

1. En el Evangelio de hoy, del que se ha tomado esta cita, el Señor ha propuesto la parábola de la oveja perdida³⁸². Aunque recuerdo haber hablado ya de esta parábola en otras ocasiones, no está de más hacer ahora algún comentario.

[El abandono espiritual]

Adondequiera que te dirijas, sean cuales fueren tus excusas y justificaciones, si deseas salvarte, ¡hombre, has de ser «oveja»! ¿Cómo?, dirás: en la verdadera docilidad, en la modestia, en la calma, en el completo abandono ante cualquier adversidad, teniendo el espíritu sometido a Dios y por Él a todas las criaturas, pasivamente. En cualquier modo que Dios te busque o quiera buscarte, sea quien fuere de quien se valga para ello, ya sea por sí mismo, por los hombres, por los demonios, por todas las criaturas del cielo y de la tierra; ya sea incluso a través de palabras duras, crueles y horribles, o por la brutalidad de los hombres, tú siempre debes abandonarte humildemente, salir de ti, negarte. Aunque otros

³⁸² Cf. Lc 15,4-6.

te ataquen con ferocidad y violencia, no te defiendas, no les respondas; tú límitate a guardar silencio, siguiendo el amoroso ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, que, como oveja mansísima, «no abrió su boca y enmudeció ante los jueces que la trasquilaban»³⁸³.

A cada uno de vosotros, amados hijos, os amonesto y os exhorto a que, ya os acusen los hombres, ya os ataquen con juicios graves o palabras ásperas, cualquiera que sea el modo con que os trasquilen, sea cual sea el camino por el que [el Hijo de] Dios quiera buscaros, vosotros callad y dejaos trasquilar. Así os haréis semejantes a Él y seréis aquella oveja que Él mismo llevará sobre los hombros de su humanidad deificada –de la que os habéis hecho imitadores sufriendo y callando con verdadero abandono–, hasta [sumergiros en] su Divinidad supraesencial, donde hay pastos perfectísimos. Esto es, hijos míos, lo más necesario de todo.

Cuando alguien se ha hecho oveja de este modo, imitando el amoroso modelo del Señor –cosa que, como ya he dicho, es absolutamente necesaria–, entonces puede decirse que es un hombre bueno y santo. Pero si quiere contarse entre los *perfectos*, ha de saber que le queda aún un largo camino por recorrer.

[Las cualidades del alma que Dios une consigo mismo]

2. Sigue diciendo este Evangelio que una mujer perdió una dracma y, encendiendo una lámpara y barriendo la casa, la buscó cuidadosamente³⁸⁴. Esta «mujer» representa a la Divinidad [del Hijo de Dios]; la «lámpara», a la humanidad deificada [del Hijo de Dios]; y la «dracma», al [fondo del] alma.

Una [moneda de] dracma debe tener necesariamente tres características –si le falta alguna de ellas, no será una verdadera dracma–: ha de tener un determinado peso, [debe estar hecha con] una determinada materia y [ha de tener impresa] una determinada imagen –o cuño–.

³⁸³ Is 53,7.

³⁸⁴ Cf. Lc 15,8.

Su *materia* es el oro o la plata. Así ha de ser la dracma material. Pero el alma representada por ella, al tener impresa la Imagen de la Divinidad, es algo inefable e incomprensible, y con toda razón puede ser llamada «dracma de oro».

Y debe tener su *peso*, que es imponderable, pues es más pesada que el cielo y la tierra, y todo lo contenido en ellos. Dios está en ella, por eso su peso es el peso de Dios.

Su *imagen*³⁸⁵ será la Divinidad infusa, que ha descendido en este espíritu por medio de la supraesencialidad de su inefable Amor [divino], de tal forma que [la Divinidad infusa] absorbe y sumerge al espíritu totalmente en ella.

Todo el que desea experimentar esto en sí mismo, ha de amar a Dios solo por Dios, no por cualquier otro motivo. Así su dracma será de oro. Cuando refiere todo lo creado a Dios y su amor a Él pesa más que su amor a todas las criaturas, entonces la dracma tendrá su peso justo. Si lleva la Cruz de Cristo, imitando todas sus virtudes, entonces tendrá su verdadera Imagen en el reverso. Además, si con fe, esperanza y caridad se introduce en la divina Esencia presente en él, y permanece en Dios y Dios en él, entonces recibirá en el anverso, sobrenaturalmente, la Imagen de la santísima Trinidad.

Por tanto, ruegue [el hombre] al Espíritu Santo que se digne limpiar su dracma de todo plomo, purificándola con fuego, para así volverla oro puro. De este modo tendrá una vía de acceso mucho más directa y sencilla, muy superior a todo lo que el hombre exterior pueda recurrir, a todas sus prácticas –activas o pasivas– y a todo lo que gira en torno a formas e imágenes, llamémoslas como las llamemos.

³⁸⁵ Cf. Mt 22,17-21. Sobre la simbología de la dracma y su imagen: ver el sermón 72, n. 9. En el original germánico dice «materia», y así lo recoge Surio en su edición latina. Se trata, obviamente, de un error, y debe referirse a la tercera cualidad o característica, pues la materia ya ha sido descrita en primer lugar.

[El recogimiento]

¿Cuál es esta vía? El Evangelio nos la muestra: «*La mujer enciende la lámpara y barre la casa*». ¿Y qué «mujer» es esa sino la eterna Sabiduría, que enciende la «lámpara» [que es la humanidad deificada del Hijo de Dios] con el [verdadero³⁸⁶] amor a Dios que debe ser encendido y debe arder en [la «casa» que es] el alma?

A mi parecer, amados hijos, aún no conocéis bien qué es el [verdadero] amor a Dios. Pensáis que es amor cuando lo sentís con devoción sensible, dulzura y placer. Pero eso no es amor, no es la esencia del amor. Entonces, preguntaréis: ¿qué es el amor? [El amor es] consumirse en la escasez y la pobreza interior, en la privación del consuelo divino, en una total desapropiación, continua y constantemente. Al mismo tiempo, [es] abandonarse totalmente en esas pruebas, fundirse y abrasarse en el fuego de la pobreza interior, perseverando siempre en esa actitud de abandono. Esto es el amor, y con él se enciende [en el fondo del alma] esta «lámpara» [que es la humanidad deificada del Hijo de Dios].

3. Luego, una vez encendida la lámpara, «*barre la casa y busca la dracma cuidadosamente*». [En efecto,] en el hombre se hace una búsqueda doble. Una es activa; la otra, pasiva. Se llama *activa* cuando es el hombre quien busca; *pasiva*, cuando él es buscado. A su vez, la activa es doble: externa e interna. De ellas, esta última es tan superior a la primera como el Cielo a la tierra, y son muy diferentes.

La [*activa*] *externa* busca a Dios por medio de la práctica exterior de las buenas obras, de formas diversas según la inspiración y el impulso que recibe de Dios por medio de la instrucción y la dirección de los amigos de Dios; pero, preferentemente, por la práctica de las virtudes, como la humildad, la mansedumbre, la modestia, la paz interior, el abandono, y todas las demás virtudes en las que se ejercitan los hombres o puedan ejercitarse.

³⁸⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

La [*activa*] *interna*, que es muy superior a la externa, es la búsqueda por la que el hombre se retira a su propio fondo, a la intimidad de su alma, y allí busca a Dios, tal como nuestro Señor mostró cuando dijo: «*El Reino de Dios está dentro de vosotros*»³⁸⁷. Quien desee hallar este Reino –que no es sino Dios mismo con toda su riqueza, en su propia esencia y naturaleza– debe buscarlo allí donde está, en el fondo íntimo del alma, donde Dios está más cerca del alma que ella de sí misma³⁸⁸. Ahí es donde hay que buscar ese Reino; ahí es donde debe encontrarse. [En esta búsqueda] el hombre ha de entrar en esta casa de su alma, situarse completamente por encima de todo lo sensible, de todas las formas e imágenes que entran y se acumulan por medio de los sentidos y la fantasía, y de las imágenes y formas intelectuales de cualquier género, incluso de la propia actividad del intelecto. Al entrar en esta casa a buscar a Dios, ya la propia casa es barrida.

Entonces [el hombre experimenta la búsqueda *pasiva*, pues] Dios mismo busca al hombre y barre completamente esta casa, como solemos hacer nosotros cuando buscamos algo: lo barremos todo, lo movemos de su sitio, hasta encontrar lo que buscamos. [En efecto,] a tal hombre suele ocurrirle lo siguiente: una vez que ha entrado en esta casa, busca a Dios en su fondo íntimo y, a su vez, Dios lo busca a él y barre la casa entera.

[El abandono pasivo]

Sobre esta entrada, búsqueda y barrido [que hace Dios en el fondo del alma], diré aquí, con palabras muy corrientes y conocidas, algo que, no obstante, no todos comprenderán. Solo lo entenderán aquellos que hayan gustado ya algo de ello y hayan sido iluminados interiormente. Ese entrar en el fondo del alma no consiste en entrar alguna vez y salir de nuevo para tratar con las criaturas [sino en dejar pasivamente que Dios entre en dicho fondo]. Ese barrido y ese acto por el que Dios busca aquí al hombre consisten en esto: cuando

³⁸⁷ Lc 17,21.

³⁸⁸ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, 33,6,11.

Dios llega a este fondo interior, Él mismo le quita [al hombre] todas las formas y representaciones por las que Él se le muestra, y barre al hombre entero de tal manera [que lo deja] como si nunca hubiera tenido nada. Una y otra vez, [Dios barre] todos los modos, todas las luces o iluminaciones, todo lo que alguna vez fue revelado al hombre o se le mostró interiormente. Y así, en esta búsqueda [Dios] lo hace desaparecer [todo] por completo [y así aparece la «dracma», es decir, el fondo del alma desnudo y vacío].

Si su naturaleza fuera tan fuerte que el hombre pudiera soportar tal barrido día y noche, o hasta setenta veces siete, y supiera abandonarse en él, le sería mucho más útil que todo lo que capta con el intelecto o todas las iluminaciones que recibe. En este barrido, si el hombre sabe dejarse hacer, es conducido a Dios de una forma mucho más elevada que con todas las obras, todas las prácticas y todas las buenas intenciones que jamás hayan podido ser imaginadas.

Por este motivo, los que saben hacer un buen uso de este barrido llegan a ser los más amables de entre los hombres, y les resulta muy fácil recogerse interiormente cada vez que quieren y [, así,] situarse por encima de todas las cosas.

4. Sin embargo, la naturaleza de muchos es tan viscosa y poco abandonada que siempre quiere tener algo a que aferrarse, algo en que apoyarse. Esos hombres son como una superficie reciente y rugosa que es preciso allanar con los pies y barrer a fondo con escobas fuertes y duras, hasta dejarla lisa y bien pulida. Sin embargo, las superficies lisas son barridas ligeramente, como si se hiciera con alas de ave.

Ciertamente, hay hombres demasiado elevados, rugosos, ásperos y poco abandonados. A estos el Señor permite que se les allane bien con las escobas duras y fuertes [y así se les libere] de sus múltiples tentaciones y pasiones, hasta que hayan aprendido a ser [hombres espiritualmente] abandonados.

A los buenos y abandonados, en cambio, todo les sucede naturalmente. Muchos de ellos llegan a ser hombres amables y santos cuando renuncian a todos los apegos de la naturaleza,

mueren a ellos y los cortan de raíz; cuando se apoyan en su propio fondo, sin apegarse a nada; y cuando perseveran con verdadero abandono en la pura desnudez y pobreza, siempre dispuestos a permanecer así: desnudos, ciegos y desolados, cuanto Dios quiera y como Dios quiera.

¡Si el hombre se dejara buscar de ese modo! ¡Si permitiera que su casa fuese barrida así! No hay duda: allí se encontraría la «dracma» [es decir, el fondo del alma] de un modo mucho más elevado de lo que pueda siquiera imaginarse. Soportar tal barrido, insisto, es muy superior a todas las obras, propósitos, ideas y modos que el mundo pueda llevar a cabo por medio de los sentidos. Es Dios mismo quien lo afirma: «*Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame*»³⁸⁹. Es necesario, pues, renunciar con decisión a todo apego, a todo lo que impida avanzar en la dirección correcta.

Cuando los hombres poco resignados se ven golpeados por grandes tentaciones y son barridos con duras escobas, creen que lo han perdido todo y caen en una profunda y vehemente tristeza, en una desesperación y un miedo horribles. Entonces dicen: «Estoy acabado. Toda luz y toda gracia me han sido retiradas». Pero si fuesen bien «allanados» y abandonados, nunca hubieran estado mejor. Deberían estar contentos y complacidos con el modo en que Dios quiera buscarlos para encontrar en Él verdadera paz. Si Dios quisiera tenerlos ciegos, en la oscuridad, fríos, pobres o en cualquier otro estado, sea como sea que Él quisiera buscarlos, por medio de la escasez o la abundancia, ellos solo deberían hacer esto: dejarse encontrar por Dios en todas las situaciones en las que los busca.

Creedme, amadísimos: si nos mantuviéramos firmes por este camino, el de la renuncia exterior e interior tal como se ha descrito, Dios haría con nosotros maravillas y nos elevaría deliciosamente muy por encima de todas las cosas.

³⁸⁹ Lc 9,23.

Pero vosotros, los que vivís en medio del mundo, no tengáis miedo, no decaigáis en vuestro ánimo. Muchos viven solo de agua y pan de cebada, pero viven y se salvan. Vosotros, si no queréis ascender a metas más altas y perfectas, no os abatáis.

[La unión con Dios]

5. Luego, la dracma debe tener su peso y estar acuñada con su Imagen [de la Divinidad]. Este «peso» simboliza que [el alma] refluya y se sumerja en el Fondo de Dios, tal como salió de Él, toda pura, inmaculada, tan desnuda y libre de todo como fluyó de Él. Y acuñada [solo] con su Imagen [de la Divinidad], es decir, desnuda. Insisto, con su Imagen desnuda. Esta Imagen no es solo la Imagen de Dios que el alma tiene en sí impresa, sino esa misma Imagen que es Dios en su Esencia propia, desnuda y divina; la Imagen en la que Dios se ama y se conoce a sí mismo, en la que goza de sí mismo; la Imagen en la que Dios vive, existe y obra. De este modo, el alma se hace toda del color de Dios³⁹⁰, deiforme y divina.

[De este modo,] todo lo que Dios es por naturaleza, lo es ella por gracia en esta unión e inmersión en Dios, y es raptada por encima de sí misma al interior de Dios. Allí, como he dicho, adquiere hasta tal punto «el color de Dios» que, si ella pudiera verse, creería que es Dios. Todo el que la viera la percibiría en la vestimenta, en el color, en el modo y en la Esencia de Dios, [Esencia] no natural, sino [dada] por gracia; y [el hombre] sería bienaventurado por la misma visión, puesto que Dios y el alma son, en esta unión, una sola cosa, no por naturaleza, sino por gracia.

Por el contrario, si uno viera a un alma cuyo amor y fondo están teñidos voluntariamente por el color de las criaturas, la vería, sin duda, tan fea como al mismo demonio. La fealdad de este es tan horrible e insoportable que, si uno lo viera en su verdadero aspecto, su carne y sus huesos se marchitarían y perecerían. En esta abominable fealdad será encontrada toda alma cuyo fondo esté

³⁹⁰ Deicolor.

entregado y dedicado a las criaturas, y se verá a sí misma no menos execrable, fea y repulsiva que al mismo demonio.

En cambio, el alma pura, deífica y libre de todo amor a las criaturas, será vista por los demás –y se verá ella a sí misma– como Dios, pues Dios y el alma son uno en la unión antes descrita. Y, así, en esta misma unión ella recibirá su felicidad dentro de sí misma y por sí misma.

¡Qué felices son, amados míos, los que se dejan buscar y encontrar así! El Señor los introducirá y los unirá a Él de ese modo tan inefable. [Esta unión] es muy superior a todos los sentidos, a toda inteligencia y a todo lo que puede ser dicho o pensado. Todo el que desee alcanzarla con el orden y el discernimiento que hemos dicho, esfuércese en entrar por este camino, pues así no se arriesgará a perderse fácilmente en el error. Si esto no se hace así, sino que uno persiste en su apego a los sentidos y las criaturas, es segurísimo que estará siempre hundido en el mismo barro y hará a su alma un daño irreparable.

Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos conceda a todos ser buscados de ese modo por el Señor y ser encontrados por Él. Amén.

**38. PRIMER SERMÓN PARA EL CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

MISERICORDIA, RECOGIMIENTO Y ABANDONO PARA ALCANZAR LA
VERDAD VIVA

(V. 38, sobre Lc 6,36)

*«Sed misericordiosos, como también vuestro Padre celestial es
misericordioso» (Lc 6,36).*

1. Amadísimos, estas palabras han sido tomadas del Evangelio de Lucas, donde se lee también que el Señor dijo lo siguiente:

«No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará. Una medida generosa, colmada, remecida y rebosante se os verterá, pues con la medida con que midáis se os medirá a vosotros»³⁹¹.

En estas palabras se nos enseñan dos cosas: una, lo que debemos *hacer*; otra, lo que debemos *evitar*. Por tanto, aquí hay algo que se debe hacer y algo que se debe evitar: lo primero es ser misericordiosos; lo segundo, juzgar. Sobre esto último, recuerdo haber dicho en otras ocasiones cuán peligroso es juzgar a otro y [cómo el que juzga] queda expuesto a una gran angustia, y cuánto necesitamos todos rehuir de este vicio y guardar nuestras almas.

[Debemos ser misericordiosos]

Ahora, la boca misma de la Verdad, que nunca dice una mentira, declara lo siguiente: *«Con la medida con que midáis se os medirá a vosotros»*. No deja lugar a la duda: si somos muy

³⁹¹ Lc 6,37-38.

misericordiosos, encontraremos mucha misericordia; si poco, recibiremos poca; si no lo somos nada en absoluto, no obtendremos ninguna.

El hombre debe tener en su espíritu esta misericordia y ponerla en práctica, es decir, sentir una piedad sincera y profunda hacia su prójimo cuando sepa que se encuentra aplastado por el sufrimiento, sea interior o exterior, y debe pedir a Dios con íntima compasión que se digne consolarlo. Si [el hombre] puede ayudarlo también con acciones concretas, como un consejo, un favor material, de palabra o de obra, lo hará de muy buena gana en la medida que pueda. Aunque no sea mucho lo que pueda hacer por él, que al menos haga algo: teniendo un gesto de misericordia interno o externo, o dirigiéndole alguna palabra de aliento. De ese modo cumplirá con su deber y tendrá [a su lado] a Dios misericordioso. Esto que acabo de decir es acerca de lo que se debe *hacer*.

[No debemos juzgar]

2. Respecto de lo que se ha de *evitar* –esto es, que no juzguemos, como dice el Señor: «*No juzguéis y no seréis juzgados*»–, ha de saberse, ante todo, que la temeridad de juzgar ocasiona, en estos tiempos, a casi todos los hombres, daños enormes y muy graves, mucho más de lo que pueda expresarse. [En efecto,] haz todas las buenas obras que quieras: el diablo se mofará y se burlará de ellas si caes en el vicio de juzgar.

Os lo ruego, amadísimos míos: que nadie pretenda erigirse en juez de otro si antes no ha sido juez de sí mismo. Es una ceguera lamentable pretender que otros vivan según nuestro criterio cuando nosotros hemos sido incapaces, con todo nuestro esfuerzo, de conseguir llegar a ser como deberíamos y deseáramos ser. Nadie debe hacer juicios de valor sobre los defectos de los demás, si quiere que Dios, en su misericordia, haga la vista gorda con los suyos. Y aunque uno tuviera constancia de que las acciones de otros son verdaderamente censurables, por su propia salvación evitará

juzgarlas. Quien quiera actuar rectamente, saque primero la viga de su ojo y quite, después, la paja del ojo de su prójimo³⁹².

Por tanto, miraos a vosotros mismos, observad vuestros propios vicios y no os echéis sobre los ajenos. Y si en función de tu estado, responsabilidad u oficio, estás obligado a juzgar y reprender, espera el lugar y el momento [adecuados], y entonces, guiado por el amor, corrige con suavidad, con una expresión bondadosa y dulce, como enseña san Gregorio.

Está estrictamente prohibido a los sacerdotes, siendo los jueces de la santa Iglesia, que reprendan duramente. Entonces, ¿con qué fuerza se atribuye algún otro esa potestad ante Dios y los hombres? En verdad os digo, amadísimos: si juzgáis a vuestros prójimos con esa temeridad, aunque sea una sola vez, quedaréis sujetos al juicio divino vosotros mismos, todas vuestras obras y vuestra vida entera, y jamás podréis alcanzar gracia ante Dios, que un día os juzgará con severidad.

Por amor a Dios, vigilad estrechamente vuestras palabras. Los chismorreos vanos crecen hasta un punto verdaderamente lamentable: os hurtan a Dios y su gracia, y también la felicidad eterna. Tenéis que ser muy prudentes en vuestras palabras. Por ello, antes de abrir la boca para hablar, debéis examinar detenidamente estos tres puntos: si vuestras palabras serán para gloria de Dios, para edificación del prójimo y para vuestra paz interior y exterior.

[De hecho,] como de las palabras proceden daños tan incomparables, los santos fundadores de las Órdenes monásticas, al establecer su regla, prohibieron a los religiosos toda facultad de hablar en cualquier lugar, a excepción de uno en el que tampoco se podía hablar sin un permiso especial. [Así es:] ni el mundo entero bastaría para contener el daño que nace de las palabras.

³⁹² Cf. Mt 7,5.

[El recogimiento]

3. Habla luego el Evangelio de una «medida generosa». Esa medida es el espíritu del hombre, y con ella se determinará en qué medida Dios te será dado. Esta noble medida, que debería ser el hogar de Dios, está tan sucia y llena de la inmundicia de las frágiles criaturas, que Dios [, por así decir,] no sabe entrar en ella, aunque debería ser su lugar propio. Por esta razón, cuando queremos volvernos a Dios en la oración, no somos lo bastante dueños de nuestro espíritu, pues lo hemos dado en prenda, y Dios no puede llegar a él. [Efectivamente,] como hemos colocado a las criaturas inestables y caducas como porteros del alma, estas impiden que Dios pueda entrar. Así, cuando oramos sin espíritu, la oración no nos sabe a nada, y como no sentimos a Dios, rápidamente caemos en el tedio y vagamos [mentalmente] fuera [de nuestra alma].

Hijos míos, rescatemos nuestros espíritus hipotecados de dondequiera que los hayamos empeñado; saquémoslos y rescatémoslos de todo amor y atracción por las criaturas efímeras, pues para que Dios pueda entrar, es preciso que antes salgan las criaturas. [Por tanto,] vaciemos nuestro «recipiente» [interior], guardémoslo vacío y libre de toda ocupación vana e inútil. Pues no es tan natural para el fuego tender hacia arriba, ni tan fácil para el ave volar, como para un espíritu vaciado y libre elevarse a Dios.

Por tanto, si queremos llegar al Fondo íntimo de Dios, primero hemos de entrar en nuestro fondo más íntimo con sincera humildad. Y allí el alma debe presentarse a Dios con todos sus defectos y pecados, arrodillándose frente a la puerta de la inmensa majestad divina, donde Dios emana en su misericordia Y [, así,] consciente de todos los bienes y virtudes que ha recibido de la gracia de Dios, se colocará al pie de la puerta de la clemencia divina, donde Dios fluye en su bondad y amor inefables.

Pero, cuando el hombre ha conseguido, a base de luchar con todas sus fuerzas, liberarse del amor a las criaturas caducas y vacías, y dejar de ocuparse de ellas, entonces se ve celosamente impedido por las imágenes. Y si no puede expulsarlas, debe, al menos, ofrecerles resistencia y abandonarse en manos de Dios,

permaneciendo en su recogimiento sin divagar; debe resistir pacientemente hasta el fin y clamar a Dios con gran humildad, diciendo: «Dios mío, ven en mi ayuda»³⁹³; «Ten piedad de mí, Señor, ten piedad de mí»³⁹⁴. Si el hombre entra en sí mismo y permanece en ese recogimiento sin hacer ninguna otra cosa, toda molestia desaparecerá y se disolverá, sin duda alguna.

Recuerdo haber visto en una mina de plata cómo el agua, que al inundarlo todo impide que se extraiga el mineral, [después] fluye y se derrama por doquier, y al hacer esto deja al descubierto un tesoro que no solo paga con creces todos los gastos, sino que deja también un beneficio nada despreciable. [Pues bien,] así debe el hombre dominarse y soportar esta pena, estas imágenes, esta opresión y los defectos contrarios [al Evangelio], lo cual, quiérase o no, está obligado a sentir a su pesar. Y así, ciertamente, todas estas cosas se derramarán [después fuera de él³⁹⁵] y se disolverán, lo cual compensará fácilmente todo el esfuerzo hecho antes y aportará una enorme ganancia. Entonces, merecerá oír del Señor: «Hijo mío amado, te doy las gracias porque, sufriendo hasta el fin el ataque molesto de tus defectos, me ayudaste a llevar mi pesadísima Cruz. Por este motivo, me tendrás después a Mí mismo como premio eterno».

[La abstinencia a todo lo opuesto al recogimiento]

4. Todo el que desea hacerse interior [es decir, recogerse interiormente], ha de tener también una «medida colmada». ¿Cómo lograrla?, dices. Así: amputando y cortando todo lo externo y cuanto hay de contrario o adverso a la interioridad. Lo diré más claramente: [el hombre] debe observarse a sí mismo con suma atención, en toda su conducta, en sus afectos e intenciones, palabras, obras, vestidos, ornamentos, amigos, bienes, honor, comodidades, placeres, comportamientos y costumbres, en definitiva, en toda su vida. Y si

³⁹³ Sal 70,1.

³⁹⁴ Sal 57,1.

³⁹⁵ Como el agua de la mina.

encuentra en ello algo que impida que Dios viva y obre en él, algo de lo que Dios no sea la verdadera causa, debe cortarlo totalmente y arrojarlo de sí, si es que quiere llegar a ser alguna vez verdaderamente interior y perfecto. [Asimismo,] examinará muy atentamente aquellas devociones personales que parecen llevarle a una gran santidad, y si comprueba sin género de duda que son para él un obstáculo, también las amputará y moderará.

Quizá alguien se pregunte por qué no os propongo ayunos estrictos y muchas vigili­as. En mi opinión, los ayunos y las vigili­as, en la medida en que uno puede tolerarlas, son [, ciertamente,] de gran ayuda en la vida divina y espiritual. Pero si uno padece alguna enfermedad de la cabeza (como los hombres en estas regiones, que en su mayoría tienen enferma la cabeza) y siente que su naturaleza se debilita, se daña o se destruye por los ayunos o las vigili­as, absténgase. Y si hay que ayunar por precepto, pida permiso a su confesor y coma algo. Pero si no puede pedirlo a su confesor, y subsiste una verdadera necesidad [de comer], pida licencia a Dios y tome algo de comida, y, al día siguiente, acuda a su confesor y dí­gale: «Estaba enfermo y he comido algo», y pí­dale permiso fuera de tiempo. Porque la Iglesia nunca preceptúa ayunar para que uno se destruya.

Por tanto, hijos míos, lo que digo es muy claro y fácil [de entender]: todo lo que os estorba y aparta del camino más directo hacia la verdad cortadlo de raíz, ya sea algo interior o exterior, corporal o espiritual, se llame como se llame, y cualquiera que sea su aspecto, salvo que estéis obligados a hacerlo, y siempre, claro está, bajo la supervisión de vuestros superiores en los casos graves. Así volaréis más fácilmente a una gran perfección, con tal de que observéis esta enseñanza en el modo conveniente.

[El abandono]

5. Además, quien quiera llegar a ser un hombre interior deberá tener también una «medida remecida». Prestad atención a lo que digo. Una vez que el hombre, en el modo en que acabamos de explicar, corta y barre todos los obstáculos con orden y

discernimiento, suele encontrarse con muchas barreras. Pero experimenta una dulzura interior y un placer sensible tan grande, que ese deleite penetra, a la vez, la naturaleza y el espíritu. Esta agradable y deliciosa saciedad, esta consolación interior, es muy superior a todos los placeres de este mundo. Pero luego, de repente, le invade una gran opresión y toda esa dulzura, todo ese placer, desaparecen por completo como si nunca hubiesen existido. Es entonces cuando recibe una «medida bien remecida», pues al serle arrebatada toda dulzura, es completamente comprimido en sí mismo y remecido.

Si uno quiere gozar de una paz auténtica, ha de abandonarse en esa privación, en esa opresión y pobreza de espíritu, y tener el alma completamente libre y desprendida de toda dulzura y de todo placer interior. Así, sin retener nada, con un desprendimiento absoluto, debe descender al fondo simple de la gratísima voluntad de Dios, ofreciéndose a Él con una disposición plena a recibir de su mano esta pobreza y a sufrirla pacientemente, si Él así lo dispone, hasta el día del Juicio final.

Entonces, esa opresión se hace tan difícil de soportar y la naturaleza se siente atormentada por una angustia y un sufrimiento tan grandes, que hasta el mundo mismo le parece demasiado estrecho. Pero toda esta aflicción sucede solo en la naturaleza, que languidece de pena al darse cuenta de que esas luces y esa dulzura tan grande le han sido completamente arrebatadas.

Pero aquí es posible encontrar a algunas personas tan caprichosas e impacientes que en modo alguno son capaces de soportar una privación tan fuerte. Esta incapacidad o impaciencia tiene una doble causa: la primera es que aún no han muerto del todo a sí mismos; la segunda, que no confían lo suficiente en Dios todopoderoso. Este es el motivo de que sean tan poco abandonados y, como no pueden soportar esta opresión, estallan fácilmente. Esto, sin duda, les inflige daños gravísimos.

6. Por eso, amigos míos, os exhorto a que perseveréis en esa opresión y a que pongáis vuestra esperanza y vuestra confianza en Dios: con una certeza absoluta, Él os liberará. Vosotros persistid en

la humildad y en un temor reverente, y elevad vuestros deseos al Ser desnudo y purísimo que es Dios en su pura Esencia, sin sentir apego por todos sus dones, que son más pequeños que Él.

Os lo ruego, no sigáis a aquellos que, cuando reciben un don de Dios, se entregan por completo a él; se sienten sobradamente satisfechos y disfrutan tanto con él que se olvidan de Aquel de quien lo han recibido. Lo mejor para vosotros es permanecer como dormidos ante todos los atractivos del mundo, ante todos los reclamos del placer, a excepción del mismo Dios vuestro Señor. Da igual que ello tenga una apariencia razonable o no. No hagáis caso de lo que pueda presentarse a vuestra razón [que no provenga de Dios], sea lo que fuere: volar, morir o cualquier otra cosa. Vosotros, a impulsos de un íntimo abandono, sumergíos totalmente en profunda humildad, en vuestra propia nada, en la amabilísima voluntad de Dios todopoderoso.

[Efectivamente,] los propios discípulos tuvieron que renunciar a la presencia corporal del Señor, que sin duda era divina, agradable, consoladora y amorosa. Es más, para ser transformados en un ser más elevado, se vieron obligados a salir de sí mismos y a abandonarse. A eso se refiere el Apóstol cuando afirma:

«Hermanos, yo mismo no pretendo haber alcanzado ya la meta; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y lanzándome a lo que está por delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús»³⁹⁶.

Para que lo entendamos: hemos de tender hacia nuestra suprema vocación, dejando y renunciando a lo que es más pequeño que Dios, incluso a la dulzura y al placer espirituales que nos son tan gratos.

Como consecuencia de ello, el hombre suele padecer cierta angustia, una opresión que le hace sentirse como atrapado entre dos paredes, como si en ninguna parte pudiera encontrar paz, y

³⁹⁶ Fil 3,13-14.

experimenta sufrimientos tan grandes como si le hubieran atado a un potro de tortura o fuese comprimido en una prensa.

Quienquiera que seas tú que experimentas estas pruebas, mantén la calma y no salgas de ti impetuosamente: créeme, muy pronto estarás mejor. Más aún: jamás estuvo tan cerca tu salvación. Pero, una vez recobrada la paz, no te aferres a ella, sino ten ánimo, estando dispuesto a perderla de nuevo. No mires a otra cosa sino a la voluntad de Dios, por cuyo beneplácito soportarás de buen grado las privaciones y esa opresión, tanto tiempo como Él quiera.

[La unión con Dios]

Si haces esto, cuando Dios vea la desoladora aflicción que padeces y tu recta actitud y paciencia ante ella –de la cual depende todo fruto–, entonces, acercándose con una «medida desbordante», se derramará a sí mismo en tu espíritu, al que nada puede llenar ni saciar sino únicamente Dios. Pues Este colma tan copiosamente el espíritu del hombre con el Bien sobreesencial que es Él mismo, que se derrama llenándolo todo. Entonces, el espíritu es arrebatado hacia el Abismo divino.

[En efecto,] Dios se derrama en el espíritu y, sin embargo, este permanece pleno, como un ánfora que, sumergida en un mar inmenso, se llena rápidamente y se desborda, permaneciendo, sin embargo, llena. Aquí Dios se da al espíritu con una sobreabundancia que excede toda medida.

Así pues, cuando Dios ve al alma abrumada por este sufrimiento desolador y esta opresión, hace como el rey Asuero, de quien se lee que cuando vio que la reina Ester –casi desmayada y con el rostro cubierto por la palidez– reclinaba su cabeza cansada sobre una sirvienta, extendió él su cetro sobre ella, saltó rápidamente de su trono atemorizado, la tomó en sus brazos, la besó³⁹⁷ y le prometió que le concedería lo que le pidiera, aunque

³⁹⁷ Cf. Est 15,10-15 (Vulgata).

fuera la mitad de su reino³⁹⁸. Aquí Asuero simboliza al Padre celestial, que cuando ve que el alma bienamada se presenta ante Él desfallecida y abatida, con el rostro demudado y privada del consuelo de las criaturas, Él le acerca su cetro de oro; y levantándose de su trono –si se me permite hablar así– la acoge en sus divinos brazos y la eleva por encima de toda debilidad.

Las maravillas que experimenta aquí el espíritu, ¿quién podría explicarlas? Con el toque de su cetro, [Dios] le da [al alma] a su Hijo único; y con ese dulcísimo beso, le infunde la dulzura suprema y sobreesencial del Espíritu Santo. Comparte su Reino con el alma, es decir, [estando el alma totalmente abandonada en Él] le concede pleno poder sobre todo su Reino, sobre el Cielo y la tierra; es más, le concede poder sobre sí mismo, a fin de que [el alma] sea señora de todo aquello de lo que Él mismo es Señor. Y Dios es en ella, por gracia, todo lo que Él es y todo lo que Él tiene.

Así, esta «medida» se hace de tal modo sobreesencial, que incluso el mundo entero se alegra por ello, se enriquece y se hace partícipe [de ella]. En verdad, si la cristiandad no tuviera hombres como esos, este mundo no subsistiría ni una hora. Sus obras son mejores y más importantes que todas las obras de la cristiandad entera. Como es Dios quien las hace, son muy superiores a cualesquiera otras. [Efectivamente,] Dios bendito es mejor que todas las criaturas, por eso sus obras son más excelentes que todas las obras humanas.

[Alcanzar la Verdad viva]

[Pues bien,] esta «medida» es tan desbordante que ni el intelecto de los ángeles ni el de los hombres son capaces de comprenderlo. Aquí hay verdadera paz y verdadero gozo. Esta, quizás, es aquella Paz [de Dios] de la que el Apóstol dice que «*supera todo pensamiento*»³⁹⁹.

³⁹⁸ Cf. Est 5,3.

³⁹⁹ Fil 4,7: «*y la Paz de Dios, que supera todo entendimiento*».

Ciertamente, servir a Dios y vivir para Él no es algo tan temible y horrible como vosotros pensáis. El que emprenda seriamente este camino del modo descrito, algún día llegará a la meta. Pero quien descuida este camino, nunca llegará a la Verdad viva. Quizás podrá alcanzar algún tipo de conocimiento intelectual; pero como el latón imita a veces la apariencia del oro, aunque dista mucho de la verdadera esencia del oro, así también muchas cosas se presentan al intelecto bajo una apariencia bella, pero falsa. [Por eso,] la Verdad viva ha de ser buscada, sin duda alguna, por el camino y del modo que hemos explicado.

¿Quién dudaría en calificar de insensato a quien, para construir un viñedo, lo colocara detrás de un monte, mirando al Aquilón, donde nunca le darían los rayos del sol? Es lo mismo que uno que, deseando ver el sol, le diera la espalda y apartara de él su rostro. Creedme, amadísimos: entre cien hombres que quieren ser tenidos por buenos, apenas es posible hallar uno solo que se vuelve total y puramente hacia la Verdad viva.

Que Dios misericordioso nos conceda volvernos completamente hacia la Verdad misma y llegar a ser dignos y aptos de alcanzar la plenitud de la medida desbordante, para alabanza y gloria suya. Amén.

**39. SEGUNDO SERMÓN PARA EL CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA
FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

CUATRO GRADOS O «MEDIDAS» DE RELACIÓN CON DIOS

(V. 62, sobre Lc 6,38)

«Con la misma medida con que midiereis se os medirá» (Lc 6,38)⁴⁰⁰

1. En san Lucas, de cuyo Evangelio se han extraído estas palabras y las que añado después, se recuerda que el Señor dijo:

«Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará; una medida generosa, colmada, remecida y rebosante verterán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que midiereis os medirán»⁴⁰¹.

[No debemos juzgar]

Voy a comentar brevemente estas palabras del Señor: «*Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso*».

La nobilísima virtud de la misericordia es hoy tan rara, tan extraña a los corazones de los hombres, tan peregrina, que es algo verdaderamente digno de lamentar. No tenemos misericordia de nuestros prójimos cuando necesitan de nuestra ayuda, no solo en lo que se refiere al compartir bienes y dones temporales, sino también al sufrir con misericordia los defectos de los demás.

⁴⁰⁰ La cita de san Lucas en la edición de Hugueny-Théry-Corin es: «*Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso*» (Lc 6,36).

⁴⁰¹ Lc 6,36-38.

[Efectivamente, los hombres] se atacan unos a otros con sus juicios y uno juzga a otro con facilidad. Si a alguien le sucede alguna adversidad, sea justa o injustamente, de repente se entromete uno de forma irreflexiva y añade algo de su propia cosecha con el deseo de agravar el hecho o empeorarlo y, en la medida en que puede, interpretarlo en el peor sentido y airear públicamente la desgracia de su prójimo. La lengua dañina, que es semillero de infinidad de aflicciones y sufrimientos, estalla rápidamente en la condena y el juicio del prójimo, antes de que el hombre delibere bien y razone adecuadamente.

Esto os aconsejo, amadísimos, por vuestra salvación: suspended todo juicio hasta que, plenamente dueños de vuestra razón, seáis capaces de conocer y discernir lo que pensáis y lo que decís. [Así,] una adversidad, que Dios quizás ha permitido que suceda a otro por su salvación, no la interpretéis vosotros negativamente. Pues ¿quién os ha constituido juez de otro? ¿Quién os ha confiado el papel de juzgar?

Por eso, no es cosa vuestra acusar [a otros] ni juzgar pecados públicos o una falta manifiesta. No habéis recibido de Dios ese encargo ni es voluntad de Cristo que llamemos «mal» al bien, sino que, cuando veáis a vuestro prójimo pecar, debéis animarle y apremiarle fraternalmente a que se aparte del pecado y se corrija, e incluso reprenderlo cuando peca. Pues tal juicio no lo prohíbe Dios.

¿Quieres saber lo que prohíbe? Pues prohíbe que cualquier cosa que veamos u oigamos sobre nuestro prójimo la interpretemos en el peor sentido. Incluso aunque algo tenga apariencia de pecado, no debemos juzgarlo ni condenarlo precipitadamente como pecado mortal, sobre todo cuando no podemos ver el corazón ni la intención del otro.

Por tanto, no nos es lícito juzgar a nadie a la ligera como pecador condenado. [Porque,] aunque alguien haya caído, se podrá levantar rápidamente con el auxilio de la gracia [divina], y [ser] incluso más justo que nosotros. En consecuencia, resulta malsano y execrable que alguien, sin conocer con exactitud los hechos, se atreva a juzgar y condenar a su prójimo con palabras duras y

severas, puesto que, con esa actitud, lo está matando espiritualmente en los corazones de muchos. De ahí estas terribles palabras de Cristo: «*Con el juicio con que juzguéis seréis juzgados; y con la medida con que midáis se os medirá*»⁴⁰², especialmente por Dios.

[Las cuatro «medidas»]

2. Pasemos ahora a comentar estas palabras del Señor: «*Una medida generosa, colmada, remecida y rebosante verterán en vuestro regazo. Porque con la misma medida con que midiereis os medirán*».

Los santos doctores explican estas cuatro medidas de la siguiente forma: una «medida generosa» significa que el hombre, por la gracia de Dios, puede vivir en este mundo de tal modo que alcance la felicidad eterna; una «medida colmada» consiste en que el cuerpo del hombre justo, después del Juicio final, será glorificado junto con el alma; una «medida remecida» se refiere al hecho de que el hombre participará de la gloria de todos los santos y ángeles; una «medida rebosante» significa que el hombre gozará perfectamente, sin mediación alguna, de Dios todopoderoso.

[Pero] nosotros vamos a explicar estas cuatro medidas de otra forma. En primer lugar, hemos de ver qué es esta medida con la que se mide. En segundo lugar, quién es el que mide.

[Pues bien,] la *medida* es la capacidad amativa del alma, es decir, la voluntad. Esta es propiamente la medida con que se miden todas las obras del hombre, sus palabras, su vida y su felicidad eterna. Nada se le añadirá ni se le quitará. [Por eso,] cuanta haya sido la medida del amor con que hemos medido, tanta se nos aplicará en la vida eterna.

[Por otra parte,] *el que mide* es la razón del hombre iluminada. Pero, vayamos por orden.

⁴⁰² Mt 7,2.

[1ª medida: hacer la voluntad de Dios]

3. Primero, hablemos de la «medida generosa». Esta consiste en que el hombre modele su voluntad según la voluntad de Dios; viva de acuerdo con los preceptos y enseñanzas de Dios y de la Iglesia; frecuente devotamente los sacramentos y persevere en la fe verdadera y católica; se duela íntimamente de sus culpas pasadas y presentes, las confiese y se proponga, con una voluntad fuerte, no volver a consentir al pecado; haga penitencia –tan abandonada por muchos hoy día–; se mantenga en el temor de Dios; y ame a Dios y al prójimo. Quien vive así, lleva una vida auténticamente cristiana y es un verdadero cristiano.

Esta es la medida generosa y esta vida, sin duda alguna, pertenece a la vida eterna. Esta forma de vida es muy necesaria para todos los auténticamente cristianos. El Señor ha llamado a esta medida generosa a algunos, a quienes no ha exigido nada, salvo esta medida. Y puede ocurrir que estos lleven una vida tan pura que, después de la muerte, vuelen inmediatamente hacia la felicidad eterna sin tener que purificarse en el purgatorio.

4. Sin embargo, este es el grado más bajo en el camino a Dios.

[2ª medida: recogerse interiormente]

Hay otros a los que el Señor ha llamado a un grado mucho más elevado. Estos alcanzarán un fin más excelente. Y aunque algunos de entre ellos sean conducidos al purgatorio porque no han respondido a la llamada de Dios con una vida lo suficientemente digna ni tan pura como hubiesen debido (por lo que en el purgatorio padecerán penas proporcionales a sus culpas, y tormentos más duros de lo que pueda expresarse o imaginarse), una vez cumplidas las penas, subirán mil o dos mil grados en el Cielo.

Estas personas, al comenzar su vida espiritual, se dan escrupulosamente a muchas devociones externas, como oraciones [vocales], ayunos, genuflexiones y otras por el estilo. Pero después reciben de Dios todopoderoso una «medida colmada», es decir,

prácticas interiores que les impulsan a una vida mucho más recogida, y a buscar a Dios en el fondo íntimo de su alma. Ahí, en ese fondo, está el Reino de Dios.

Esta vida es tan distinta de las anteriores como lo es estar corriendo de estar sentado. Si el hombre pudiera llegar a tal grado de perfección que las devociones externas no estorbaran su vida interior, entonces sería preferible cultivar las dos a una sola. Pero si las obras exteriores le impiden a uno desarrollar la vida interior del alma, tiene que dejar esas obras y volverse con todas sus fuerzas hacia su interior, y hacer lo que solemos los sacerdotes en los conventos. ¿Y qué es eso [que hacemos]? En Cuaresma cantamos muchos salmos y celebramos muchos rituales y ceremonias. Pero en Pascua y Pentecostés, abreviamos las oraciones reduciéndolas a tres salmos, una antifona y una [oración] colecta.

Por tanto, aquellos a quienes el Señor se ha dignado llamar a esta obra interior, cuando se sientan invitados por Él a entrar en las profundidades del alma, deben posponer toda obra exterior, al menos durante ese tiempo, y, en la medida de lo posible, estar solos, libres y desocupados, para que Dios pueda llevar a cabo su obra en ellos sin ningún obstáculo. Insisto: deben dejar todas las obras exteriores, en la medida en que son un obstáculo, y limitarse a cumplir únicamente aquellas a que les obliguen los estatutos de su Orden.

Verdaderamente, la vida interior es una vida totalmente divina y amabilísima. Estas personas de quienes estamos hablando, en esa profundización en sí mismos, pueden ayudarse de imágenes que les estimulen de manera especial a un amor ardiente y desbordante a Dios, ya sea la vida purísima del Señor, su amarga pasión y sus cinco preciosas llagas; o incluso el ser mismo de Dios, la santísima Trinidad; o el poder, la sabiduría y la bondad de Dios; o los múltiples bienes que Dios les concede. Con estas representaciones y otras semejantes que despierten en ellos una devoción más rica y una vida interior ferviente, pueden abismarse humildemente y llenos de gratitud en su fondo y esperar allí a su Dios.

Este ejercicio, cuando se hace con amor, vuelve al hombre capaz de recibir a Dios en una medida mucho mayor que los ejercicios externos. Sin duda, esta noble obra interior es siempre la mejor, [pues] los actos externos de las virtudes reciben toda su fuerza de esta excelente obra interior. [En efecto,] si uno tuviera un vino tan fuerte que una sola gota de él, echada en un vaso lleno de agua, transformara en vino toda el agua, eso sería, ciertamente, algo grande y admirable. Así ocurre con la actividad interior del alma: su poder es tan grande que una sola gotita de ella adorna y, por así decir, recubre de oro todos los actos externos.

Hay algunos que tienen un gran «recipiente» [interior] con una extensa superficie; es decir, son personas que saben meditar acerca de Dios y mostrar una gran devoción, pero apenas tienen dos dedos de profundidad, es decir, que les falta auténtica humildad y caridad universal. [Por ello,] san Agustín ha escrito que lo importante no es la larga duración del tiempo ni la muchedumbre de las obras, sino la grandeza del amor.

Esto puede verse en los [siervos] que trabajan el campo con gran esfuerzo y sudor, o cultivan viñedos, a quienes [su señor] no les deja lo mejor [de sus cosechas] para el uso de la vida, sino que tienen que sustentarla con pan de centeno y agua.

[3ª medida: tener un interior del que fluye un gran amor caritativo]

5. Después viene la «medida remecida», que no es sino el amor fluyente que atrae hacia sí todas las cosas. ¿Qué son todas las cosas? Pues todas las obras buenas, todos los sufrimientos, y todo lo bueno que hacen los hombres buenos y malos sobre la faz de la tierra. Este amor fluyente arrastra hacia sí todas estas cosas y las atrae hacia su recipiente [interior].

[Por eso,] si tu amor es más fuerte que el amor del [hombre] que hace alguna obra buena, esta obra, en virtud de ese amor, te aprovechará a ti más que al mismo que la hace. [Efectivamente,] se recitan muchos salterios, se leen muchas vigilias de los muertos, se celebran muchas Misas, se realizan numerosísimos y grandes

sacrificios... [Pues bien,] los hombres inflamados en este amor llenan su recipiente [interior] de todas estas cosas y hacen que les aprovechen mucho más –pues nada se les puede escapar– que a aquellos que [también] las hacen pero que carecen de este amor fervoroso y fluyente.

Por tanto, se ha de tener como cierto que Dios no recompensa las obras que no lo tienen a Él como fin. Así lo expresa el Apóstol: *«Si entregara mi cuerpo a las llamas y repartiera mis bienes para alimento de los pobres, pero no tuviese caridad, de nada me aprovecharía»*⁴⁰³, es decir, para la vida eterna. Por eso, este poder del amor es la más excelente de todas las virtudes, pues atrae hacia su recipiente [interior] todo el bien que se hace en el Cielo y en la tierra.

[Mientras] el mal que hay en los otros, se queda en ellos, [este amor que hay en mi interior] toma todo lo bueno [que también hay fuera de mí]. Es como cuando se echa el trigo en un recipiente: todos los granos se juntan como si hubiesen de convertirse en uno solo. [En efecto,] este amor santo absorbe todo lo que hay en el Cielo, tanto en los santos como en los ángeles. [Por eso,] el sufrimiento de todos los mártires y los bienes de todas las criaturas del Cielo y de la tierra –muchos de ellos descuidados y perdidos por aquellos que parecen ser sus dueños–, este amor los hace suyos y no permite que desaparezcan.

Por eso, doctores en sagrada teología afirman que, en la vida eterna, los elegidos están unidos unos a otros con tanto amor que si uno de ellos ve que cualquier otro contempla a Dios más perfectamente y goza de Él más abundantemente, se alegra tanto como si fuera él mismo quien disfrutara de esa contemplación y de ese gozo, y la hubiera merecido en esta vida. Así pues, cuanto en esta vida nos hayamos conformado a [semejanza de] los santos por medio de este amor, tanto gozaremos eternamente de él. Quien haya acumulado muchos bienes en esta vida gracias a este amor, muchos poseerá y gozará también en la felicidad eterna.

⁴⁰³ 1Cor 13,3.

6. Pero el maligno, que no soporta esto y lo ve con malos ojos, pone mucho interés en que el hombre se atribuya a sí mismo tal obra y se considere justo, y conciba cierto desdén hacia su prójimo, de forma que todo lo que este hace, todos sus hábitos y obras, no le parece que sean tan buenos como deberían. De este modo, apartándose del amor, expresa su opinión y juzga que eso debería ser de este modo o de otro. Y una vez concebido interiormente el juicio, la lengua, a la manera de un arco, arroja con agresividad una flecha desde su mismo fondo, causando en su [propia] alma una herida de muerte eterna, e inoculándole su veneno. Esta flecha de juicio malicioso trastorna y destruye todo lo que el hombre había acumulado en su medida, y no hay cosa más terrible y peligrosa que esta. Por eso, te doy este consejo fiel y sincero, quienquiera que seas: si quieres ser amigo de Dios, vigila y controla estrechamente tu lengua.

Además, el enemigo antiguo introduce en el alma cierta desaprobación y rechazo hacia las personas devotas. Entonces, si el hombre consiente esto, se ve privado de inmediato de la participación en las efusiones divinas, en sus dones y en los actos de virtud según la mejor y más íntima razón del amor. Sobre esto canta el profeta real [David]: «*Como unguento sobre la cabeza, que desciende hasta la barba, la barba de Aarón*»⁴⁰⁴. La barba tiene muchos pelos y [todos ellos] forman una sola barba. El unguento derramado sobre ella fluye sobre todos los pelos. [Pero,] si un pelo se separa de la barba, no participa del unguento.

Del mismo modo, cuando uno ama a cualesquiera personas con un amor y una benevolencia íntegros e inseparables, por ese mismo amor se hace partícipe de todos sus bienes; pero si excluye a alguien del favor de ese amor común, aquel noble unguento no desciende sobre él.

En consecuencia, hijos míos, velad sobre vosotros mismos, cuanto podáis, a propósito de este amor común; procurad que llegue a todos siempre pleno e íntegro, evitando toda disensión, y no

⁴⁰⁴ Sal 133,2.

perturbéis el templo consagrado por Dios, Pontífice supremo, no sea que incurráis –¡Dios no lo quiera!– en su excomunión y execración eternas.

Pero, desgraciadamente, la naturaleza humana es perversa y se muestra hostil con el amor fraterno y la fidelidad mutua. En efecto, si un hombre ve que su prójimo se precipita en un pecado mortal, o que incluso se cae físicamente produciéndose una lesión, y lejos de sentir dolor o compasión, muestra una total indiferencia o, peor aún, se ríe del que se cae, esto es completamente incompatible con el amor fraterno.

Por tanto, esto es lo que debemos hacer: estar atentos a nuestros propios defectos, examinar y explorar detenidamente el estado de nuestra alma y su amor a Dios y al prójimo, y poner empeño en llevar siempre en nuestro interior el temor de Dios⁴⁰⁵, pues lo que se descuide en esta vida, quedará eternamente descuidado. [Pues,] después de esta vida, nada se añade o se quita; solo queda lo que aquí se haya merecido, sea bueno o malo. Os lo aseguro: aunque la Reina, Madre de nuestro Señor Jesucristo y siempre Virgen María, junto con todos los santos y ángeles de Dios derramaran lágrimas de sangre por el hombre después de su salida de este mundo, no podrán aumentar lo más mínimo la felicidad esencial merecida por él, en caso de que se vaya a salvar, o librarlo del infierno si lo que le espera es la condenación eterna. Os lo repito: vigilaos estrechamente a vosotros mismos mientras viváis en este mundo, [pues] la divina misericordia no espera siempre.

[Y tened en cuenta una cosa:] Dios está más dispuesto a otorgar al hombre nuevos dones que el hombre a desearlos.

El verdadero amor no descuida nada, nunca está ocioso, sino que todo lo obra, todo lo soporta⁴⁰⁶. Y esto concierne al amor del que acabamos de hablar.

⁴⁰⁵ Parece que aquí Taulero emplea el mismo concepto de «temor de Dios» que en el sermón 26, n. 5 y en el sermón 68, n. 3.

⁴⁰⁶ Cf. 1Cor 13,7.

[4ª medida: la unión con Dios]

7. Viene después la «medida rebosante», que es tan rica y generosa que desborda y rebosa por todas partes. Cuando el hombre ha alcanzado esta medida, Dios se acerca y mueve con su dedo ese recipiente [interior] rebosante; entonces, todo el contenido del recipiente, y con él el hombre mismo, se desborda y todo él se vierte de nuevo en su Origen divino, del que había salido.

A este Origen todo refluye sin mediación y todo desaparece en Él: la voluntad, la ciencia, el amor, el conocimiento... Todas estas cosas se desbordan, se pierden en Dios y se hacen uno con Él.

Dios se ama a sí mismo en tales hombres y todo lo que estos hacen lo obra Dios en ellos. Estos hombres, no pudiendo contener dentro de sí la abundancia y la infusión de los dones de Dios, ansían ardientemente la salvación de todos y ruegan así al Señor:

«Dulce Señor Jesucristo, por tu infinita misericordia, ten compasión de todos y perdona sus pecados. Compadécete especialmente de aquellos que alguna vez hicieron buenas obras y las perdieron. Dales, Señor, las migajas que caen de la rica mesa de tu bondad generosa y conviértelos de sus pecados por medio de tu gracia. Ten piedad, Señor, de las almas detenidas en el purgatorio y concédeles las migajas sobreabundantes de tu gracia para que, por tus méritos, alcancen el consuelo».

De este modo, estos hombres elegidos se desbordan hacia el verdadero Fondo de la Divinidad y arrastran consigo a todas las criaturas y a todas las cosas; su «medida» se extiende a toda la santa Iglesia, a buenos y a malos; y todo lo que llevan agrada al Padre celestial al proceder de un corazón humilde y abandonado. Ellos no permiten que se pierda ninguna de las obras que alguna vez fueron hechas, de la más pequeña a la más grande: ni la más breve oracioncilla, ni una pequeña imagen, ni el modesto tañido de una campana. Todo lo llevan a Dios con un amor activo y le ofrecen todas las cosas que los ángeles y los santos tienen en el Cielo, es decir, su amor y su felicidad. Además, no hay nada que pueda

escapar a su medida, pues su amor no excluye nada y ellos están siempre unidos a todos los hombres por el amor.

En verdad, hijos míos, si no tuviéramos a tales hombres, no sé qué sería de nosotros.

Pidamos a Dios misericordioso se digne concedernos a todos nosotros esta medida rebosante. Amén.

**40. PRIMER SERMÓN PARA EL QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LA ACCIÓN Y LA CONTEMPLACIÓN

(V. 39, sobre 1Pe 3,8)

«*Sed unánimes en la oración*»⁴⁰⁷ (1Pe 3,8)

1. Hijos míos, con estas palabras el príncipe de los apóstoles hace referencia a la obra más útil, agradable, noble, amorosa y fructífera: la oración. Ahora debemos comprender qué es la oración, su esencia y el modo y el lugar donde se debe orar.

La esencia de la oración, o la oración misma, tal como es definida por los santos doctores, es una *elevación del alma a Dios*⁴⁰⁸ [o una elevación del *espíritu* a Dios]. [En efecto,] el lugar de la oración es el espíritu, como dijo el Señor⁴⁰⁹. El modo como se debe orar, la preparación a la oración y la manera de comportarse en ella [son elementos importantes que] ahora explicaré en pocas palabras.

[Las condiciones de la oración]

Todo el que se dispone a orar debe recoger sus sentidos exteriores y cuidarse de que el espíritu se vuelva a Dios del modo adecuado. Y al hacerlo así, el hombre puede recorrer tres grados [de desarrollo en su oración]: inferior, medio y superior.

⁴⁰⁷ *Estote unanimes in oratione*. La expresión *in oratione* falta en la Vulgata, pero la recoge el *Missale Romanum* y el de la Orden de Predicadores.

⁴⁰⁸ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, II-II, q.83, a.1. Aquí santo Tomás cita a san Juan Damasceno: *De fide orth.* 1.3, c.24: MG 94, 1089.

⁴⁰⁹ Cf. Jn 4,23

Pero aquí sería muy útil que cada uno se diera cuenta de qué es lo que más le conviene y lo que más le estimula y le despierta a la verdadera devoción, para que [, así,] se ejercite en tal modo o en tal obra.

Quien desee iniciarse en la verdadera oración, de forma que merezca en verdad ser escuchado, debe renunciar a todo lo externo y temporal, a todo lo que no es divino, ya sean amigos o extraños, y a toda vanidad en los vestidos y en las joyas, y a todo aquello cuya verdadera causa no es Dios o no pertenece a Dios. Debe «circuncidar» también sus palabras, hábitos, gestos y costumbres de todo desorden interior y exterior. Así se dispondrá y preparará a la verdadera oración, a la cual nos exhorta el apóstol Pedro, diciendo: «*Sed unánimes en la oración*», lo cual no es otra cosa que unir por completo la mente solo a Dios, y que el hombre tenga orientada a Dios la mirada de su fondo y de su mente, tanto como pueda.

Si todo lo que tenemos lo hemos recibido de Dios⁴¹⁰, ¿cómo nos vamos a negar a entregar de nuevo a Dios, con la introversión de nuestra mirada y de nuestra mente, todo lo que Él nos ha dado, para que el espíritu persevere así siempre indiviso y unánime? Por eso, el hombre debe ocuparse en dirigir todas sus facultades externas e internas a Dios y verterlas totalmente en Él.

2. Este es, justamente, el verdadero modo de orar. Nadie debe pensar que la verdadera oración consiste en rezar muchas oraciones vocales, en leer muchos salmos precipitadamente y a toda prisa, o en dar vueltas a las cuentas del rosario mientras nuestro corazón vaga de aquí para allá. Tened por cierto que todas las oraciones y todas las obras con las que entorpecemos la verdadera oración interior, sea cual fuere su nombre, por grandes y buenas que parezcan, deben ser dejadas de lado, excepto el rezo del Oficio de las Horas y de las otras oraciones a las que la santa Iglesia o las constituciones de la Orden obligan [a rezar a los religiosos].

⁴¹⁰ Cf. 1Cor 4,7.

[Cómo podemos mejorar la oración vocal uniéndola a la oración mental]

En ocasiones, alguna comunidad, por determinadas causas, se ve obligada a recitar largas oraciones vocales. En este caso uno puede preguntarse cómo debe comportarse un hombre [con una gran vivencia] interior, al que su oración vocal entorpece su oración mental. La respuesta es que debe hacer ambas a la vez.

¿De qué modo?, te preguntas. Así: recogido en lo más íntimo de sí mismo, debe entrar en su fondo interior con la mente elevada, con las facultades desplegadas, con la mirada interior vuelta a la presencia de Dios, con un íntimo deseo de la gratísima voluntad de Dios sobre todas las cosas, despegándose de sí mismo y de todas las criaturas, y abismándose allí cada vez más profundamente en la gloriosa voluntad de Dios. Y hasta aquí ha de llevar con él todas las intenciones que le hayan sido confiadas, rogando a Dios que su alabanza y su gloria redunden en provecho y consuelo de las personas que le han sido encomendadas. Y no le quepa duda de que una oración como esta es mucho más útil y mejor que haber pronunciado mil oraciones vocales.

Esta oración mental, que se pronuncia en el espíritu, es muy superior a toda oración vocal. El Padre busca, de hecho, personas que lo adoren así⁴¹¹. Toda oración exterior [o vocal] está al servicio de esta oración mental; y si alguna no lo hace, debe ser dejada, pues todas las cosas deben servirle.

Pondré un ejemplo. En la construcción de una catedral hay diversos trabajos y diferentes modos [de trabajar]. Es posible que hasta más de cien hombres trabajen en la obra o presten distintos servicios: unos acarrean piedras, otros traen mortero y otros realizan otras tareas. Sin embargo, todos esos trabajos miran a este único fin: que el templo esté bellamente construido y llegue a ser casa de oración.

⁴¹¹ Cf. Jn 4,23.

[En efecto,] todo se hace por la oración, y esos múltiples trabajos y tareas están a su servicio. Y si se hace la oración interior [o mental], es decir, la verdadera oración del espíritu, entonces todos los esfuerzos han sido útiles, todo ha funcionado a la perfección.

[Debemos aunar acción y contemplación]

3. Como he dicho, esta oración del espíritu es muy superior a la oración exterior, a menos que el hombre tenga tanta experiencia que pueda unir la oración exterior con la interior sin que la una entorpezca a la otra, aunando disfrute [de la oración mental] y acción [de la oración vocal]. Esto es propio de personas iluminadas y bien interiorizadas, en las que acción y disfrute se han unificado, y la una no es un impedimento para lo otro, como ocurre en Dios, en quien la acción más elevada y el disfrute más puro son una sola cosa sin obstáculo alguno.

La acción se atribuye a las [tres] Personas [divinas]; el disfrute, a la [única] Esencia simple [divina]. El Padre celestial, de acuerdo con su propiedad personal de Padre, es acción pura, cuando en el conocimiento de sí mismo engendra a su Hijo amado, y ambos, en inefable abrazo, exhalan al Espíritu Santo, que es el Amor que se tienen uno a otro. Esta es la acción eterna y esencial de las Personas. Pero, según su *aseidad* [pues Dios es la causa de su propia existencia⁴¹²] y su simplicidad de esencia, en Dios hay un disfrute quieto y simple de su Esencia divina. Y así, acción y disfrute en Él son uno.

4. A semejanza de sí mismo, [Dios] ha hecho a todas las criaturas activas: el cielo, el sol, las estrellas, y, muy por encima de todas las cosas, a los hombres y a los ángeles, cada una según su naturaleza. Y no hay hoja tan pequeña, ni florecilla, ni brizna de hierba sobre las que no actúen el cielo inmenso, el sol, las estrellas y la luna, y, sobre todo, Dios por sí mismo.

⁴¹² En efecto, Dios tiene en sí mismo la causa de su existencia, frente al que existe *ab alio*, es decir, «por otro».

Siendo esto así, ¿cómo no va ser activo el hombre, criatura más noble, hecha a imagen de Dios, creado en Dios según sus facultades y semejante a Él en cuanto a su esencia? La criatura racional tiene que ser activa en modo mucho más noble que las criaturas irracionales, como el cielo. Por esta razón, el hombre debe imitar aquí la semejanza que él tiene con su Creador, de manera que, con las facultades superiores [o incorpóreas] y las inferiores [o corpóreas⁴¹³], se entregue a la acción al mismo tiempo que a la contemplación. Cuando hace esto, es activo; y podrá actuar fácilmente sobre cualesquiera objetos que se le presenten, sean divinos o creados, de acuerdo con la naturaleza de estos y según se le muestren. Cuando el hombre tiene a Dios por único objeto y da la espalda a lo temporal, hace todas sus obras verdaderamente divinas.

El alma noble y amorosa de nuestro Señor [Jesucristo], con sus facultades superiores, ha estado incesantemente orientada, desde el primer momento de su creación, hacia la Divinidad, y la ha tenido como objeto [de su Amor]. Y no era entonces menos feliz y gozosa que ahora en el Cielo. Según sus facultades inferiores, tenía emociones, era activa y *pasible* [es decir, era capaz de padecer]. Pues cuando el Señor padecía horribles sufrimientos en la Cruz y derramaba el alma, sus facultades superiores gozaban del mismo disfrute que [experimentan] ahora [en la eternidad]. [Pues bien,] cuantos ahora [en este mundo] lo imitan más perfecta y fielmente, de manera que, teniendo como objeto [de su amor] a la Divinidad, actúan y disfrutan al mismo tiempo, [y tras su muerte y resurrección] se asemejarán más a Él en la eterna bienaventuranza [en el Cielo], esto es, en el disfrute de la Esencia divina.

5. Todos los que descuidan esta preciosa obra, dejan a sus nobles facultades marchitarse en la ociosidad. Aparte del inmenso, gravísimo y temible daño que se hacen, viven peligrosamente, pierden un tiempo precioso, se están haciendo merecedores de un durísimo purgatorio y son escasos los premios que les esperan en el Cielo. Como si fueran rudos campesinos, a esos hombres, por su ineptitud, el rey nunca les pedirá consejo ni les hará sus confidentes,

⁴¹³ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

ni les ofrecerá una habitación próxima a la suya. Son tan superficiales y exteriores que se vuelven absolutamente incapaces de compartir morada en las mansiones celestiales con los amigos más nobles de Dios. Callo el hecho de que esos desdichados, dejándose llevar en una ociosidad externa e interna, vacíos de Dios, ofrecen a los demonios una gran oportunidad para tentarlos; es más, yo diría que los provocan a ello.

[Nuestra íntima unión a Dios posibilita *la contemplación en la acción*]

6. Pero retomemos ahora el discurso donde lo dejamos. Decíamos que, gracias a su semejanza con Dios, el ser humano es capaz de acción y disfrute al mismo tiempo. Esto ocurre cuando el hombre interior se une a Dios inmutablemente por medio de una atención pura, íntima y perfecta. Esta atención interior es tan diferente de la exterior, con la que buscamos a Dios fuera de nosotros, como lo es correr de estar sentado. Se trata de una mirada consciente, íntima e intuitiva. En ella, el hombre goza en su interior, y desde ese disfrute es capaz de volverse a Dios o de atender cualquier asunto que le reclame exteriormente. Es capaz de ver, de una sola mirada, su interior y todo lo que sucede fuera de él. Es como un maestro que tiene a su cargo a muchos oficiales y operarios, a quienes prescribe ciertas reglas según las cuales han de realizar lo que se les encomiende. En realidad, él no hace nada y rara vez va al taller. Sin embargo, sus operarios le llaman «maestro» por su condición de jefe de obras, por su preparación y competencia, como si todo lo que ellos han hecho se atribuyese solo a él. Y, en verdad, puesto que es él quien dirige y determina cómo se ha de hacer todo, la obra es más suya que de los operarios.

Así es como el hombre interior e iluminado goza en lo más íntimo de su alma, y por la luz de la razón ve, de una sola mirada, todas sus facultades exteriores y les indica lo que tienen que hacer. Interiormente, está abismado y como fundido en Dios, en una unión gozosa con Él, y conserva esa libertad sin que su acción se vea obstaculizada. Toda la actividad exterior está al servicio de esta obra interior, y no hay obra, por pequeña que sea, que no le sirva, con tal de que sea verdaderamente buena.

[Nuestra unión espiritual al Cuerpo místico de la Iglesia]

7. Pues así como hay cierto orden en la santa Iglesia, que es un Cuerpo sagrado y místico cuya Cabeza es Cristo, así también en el cuerpo del hombre se encuentra, de forma similar, un orden, en el que hay muchos miembros, como por ejemplo el ojo, que no ve solo para sí mismo, sino para el cuerpo entero; la boca, que come y bebe para todo el cuerpo, no solo para sí misma; igualmente las manos, los pies y demás miembros, cada uno de los cuales tiene su propia función y todos pertenecen a la cabeza y al cuerpo. Del mismo modo, en la cristiandad no hay nada de tan poco valor, ni una obra tan pequeña, ni una vela o campanilla tan insignificantes, que no sirvan y sean útiles para perfeccionar esta obra interior.

8. En este Cuerpo místico debe haber una concordia tan grande como la que veis que hay en vuestros miembros, entre los que ninguno daña ni oprime a los otros, sino que les sirve como a sí mismo: sin pensarlo, sin esperar recompensa y a que le den las gracias. Todos en uno y uno en todos. Si en este Cuerpo místico hay un miembro más digno y noble que nosotros, debemos tenerlo en mayor aprecio y estima que a nosotros mismos. Así como los brazos o las manos tienen mayor cuidado de la cabeza, del corazón o del ojo que de sí mismos, así también el amor entre los miembros de Cristo ha de ser tan íntimo y libre que cada uno se alegre tanto más de la bondad y de las virtudes del otro, cuanto más querido y apreciado haya comprobado que es a los ojos de Dios, su nobilísima Cabeza. Y que todo lo que Dios haga por él le agrade tanto como si se lo hiciera a sí mismo.

Cuando amamos el bien en nuestros prójimos más de lo que lo aman ellos mismos, es más verdadero y es realmente más nuestro que suyo. El mal que tengan permanece en ellos, pero todo el bien que amemos en ellos, es propiamente nuestro. Dios quiso que el Apóstol fuese raptado al Tercer Cielo⁴¹⁴. La voluntad divina quería otorgárselo a él, no a mí. Si la voluntad divina me sabe bien, me

⁴¹⁴ Cf. 2Cor 12,2.

alegraré de que ese rapto le haya sido concedido al Apóstol y no a mí. Y si amo ese don en el Apóstol –no solo este don, sino todo lo que Dios le haya concedido–, si lo amo como en mí mismo, entonces es verdaderamente tan mío como suyo. Esto es lo que debo sentir hacia todos los hombres, por alejados que estén de mí, incluidos mis enemigos.

Este Cuerpo místico exige esta unanimidad y esa concordia. Y es así como yo puedo enriquecerme con todos los bienes que hay en el Cielo y en la tierra, en todos los amigos de Dios e incluso en la misma Cabeza, Cristo. Todo lo que tiene esta Cabeza con todos sus miembros, en el Cielo y en la tierra, en los ángeles y en los santos, todo eso debe fluir en mí real y esencialmente, si yo me conformo a la voluntad de Dios en el amor, como los demás miembros de este Cuerpo místico, y me hago semejante a la Cabeza, en cuanto es posible y, desnudándome de mi propia imagen, me revisto de la suya. Aquí puede probarse fácilmente si amamos a Dios y su voluntad, o es a nosotros mismos o a nuestro propio interés lo que amamos. No es raro que adopte la apariencia del oro lo que en sí mismo y en su fondo apenas tiene el valor del cobre. Pero cuantos han renunciado completamente a sí mismos y se han despojado de todo lo suyo, aunque lo posean todo, son en verdad pobres de espíritu.

En la actualidad es raro que los hombres amen a Dios por igual en la alegría y en la tristeza, en la adversidad y en la prosperidad.

[Los tres grados de la vida interior]

9. Hablaré ahora sobre los tres grados de la vida interior y virtuosa, que son: inferior, medio y superior.

El primero, que dirige y conduce al hombre a la unión más elevada con Dios, consiste en la contemplación, por parte del hombre, de las admirables y maravillosas obras de Dios, de la inefable manifestación de sus dones y de los efluvios de su

misteriosa bondad. De aquí nace un estado del alma que recibe el nombre de «júbilo».

El segundo es la pobreza de espíritu, una singular ocultación de Dios en la que Este, con todos sus dones, se oculta al espíritu del hombre y lo deja en un estado de abatimiento y sequedad espiritual.

El tercero es una elevación en el ser deiforme por medio de la unión del espíritu creado con el Espíritu *subsistente*⁴¹⁵ de Dios. Este grado puede llamarse «conversión esencial». Quien ha llegado a este grado es muy difícil que se separe de Dios.

[Primer grado: la placentera contemplación]

Al primer grado, que llamamos «júbilo», se llega cuando el hombre observa [o contempla] atentamente los dulces signos del amor que Dios nos ha mostrado de forma tan admirable en el Cielo y en la tierra, así como los bienes infinitos que nos ha otorgado a nosotros y a todas las criaturas, contemplando la maravilla de la creación y cómo Dios la llena por completo; cómo la incomprensible bondad de Dios inunda todo lo creado con sus máximos dones; cómo Dios ha buscado al hombre con una paciencia infinita, lo ha colmado de dones, lo ha invitado, lo ha exhortado, lo ha esperado, se ha hecho hombre y ha sufrido tanto por él; cómo ha ofrecido su vida, su santísima alma y a sí mismo por nosotros; a qué inefable intimidad con Él lo ha llamado; cómo, en fin, la santísima Trinidad lo ha esperado para darse a él en un disfrute eterno.

Cuando el hombre interior recorre todas estas cosas en amorosa contemplación y con un afecto puro, nace en él un gozo grande y vivo, y se ve inundado de tal alegría interior que su frágil cuerpo es incapaz de contenerla. Por eso, exterioriza ese sentimiento en manifestaciones muy especiales. Si no lo hiciera, la sangre podría salir bullendo por la boca y el hombre pondría en grave riesgo su propia salud, como suele ocurrir [, o bien este hombre podría

⁴¹⁵ En la edición de Surio dice «existente». En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «subsistente»: que existe por sí mismo.

sentirse aplastado bajo una pesada opresión⁴¹⁶]. Así, Dios lo empapa de una abundante dulzura interior y se une a él con un íntimo abrazo en una unión sensible. Así es como suele Dios seducir y atraerse al hombre, haciéndole salir de sí mismo y de toda semejanza.

Debería estar terminantemente prohibido controlar a un hombre así y ponerle obstáculos, cargando sobre él groseras obras exteriores y arrojándolo en brazos de la multiplicidad. Hemos de saber que ofenderíamos a Dios por ello. Ni siquiera el prior tiene que indagar adónde va un hermano al salir del coro [de la iglesia conventual] tras el rezo del Oficio [divino], a no ser que se trate de alguien tan frívolo y ocioso que sea necesario vigilar su camino y sus actos.

En cierta ocasión, Dios ofreció su beso divino a uno de sus amigos íntimos. Este respondió: «No lo quiero Señor, pues de él nacería una alegría tan grande que me haría salir completamente de mí mismo y ya no te sería útil. ¿Cómo podría ofrecer oraciones por las pobres almas y ayudarlas a salir del purgatorio?, ¿cómo podría rogar por los pecadores, una vez que las almas, abandonada la luz de este mundo, no pueden ayudarse a sí mismas, si nosotros, los que aún permanecemos vivos, no quisiéramos socorrerlas?». Dios no suele hacer nada sin nuestra ayuda y colaboración, pues es preciso que su justicia sea satisfecha. Y esto debe ser hecho, sin duda, por medio de sus amigos.

¡Qué amor tan extraordinario el de este amigo de Dios, que eligió privarse de un consuelo tan grande por una causa [tan noble] como aquella!

[Segundo grado: la dura crisis espiritual]

10. Pasemos al segundo grado. Una vez que Dios ha apartado al hombre de todo lo creado y este ha dejado de ser un niño,

⁴¹⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

fortalecido abundantemente por el alimento de la dulzura divina, Dios le da un pan ordinario, puesto que ya se ha hecho hombre y ha alcanzado la madurez. Es conveniente que el hombre viejo se alimente de comida fuerte y sólida; ya no tiene necesidad de leche y pan. Dios propone al hombre un camino vasto, sombrío y desolado, y llevándolo a través de él le quita todo lo que le concedió anteriormente.

Ahora, en esta situación, el hombre se encuentra tan absolutamente abandonado que ya no sabe nada de Dios, y le invade tal angustia que ignora por completo si alguna vez ha estado en el camino recto y si hay un Dios o no. Se apodera de él un dolor tan grande que este vasto mundo le parece demasiado estrecho. No siente a Dios, nada sabe de Él, nada de este mundo le interesa, se encuentra como encerrado entre dos paredes. Como dice un proverbio: *delante de él hay un precipicio; detrás, lobos*. No hay salida, nada que pueda hacer, salvo quedarse sentado y decir: «Ave, [te saludo] amarguísima amargura, toda llena de gracia». Ciertamente, si en esta vida hubiera infierno, le parecería peor que el infierno amar a Dios sin medida y, a la vez, verse privado de Él.

Por esta causa, todo lo que puede decirse al hombre [que está sumido en una crisis espiritual] no lo consuela más que a una piedra. Si se le habla de las criaturas, como si de ello pudiera obtener algún consuelo, es incapaz de escuchar pacientemente. Cuanto mayor gozo y consuelo ha experimentado antes, tanto más insoportables e intensos le parecen esta amargura y este dolor en este estado de privación.

Pero tú, que has experimentado estas cosas, mantente firme, persevera. Ten por seguro que Dios está muy cerca de ti. Agárrate con fuerza al tronco de la fe viva y verdadera, y muy pronto te encontrarás mejor. Pero [, te preguntarás:] ¿cómo puede convencerse a un alma miserable y desolada, que se encuentra en tan lamentable aflicción, de que esa insoportable oscuridad y esas tinieblas interiores puedan un día transformarse en luz?

[Tercer grado: la transformadora unión con Dios]

11. Cuando Dios ha preparado al hombre por medio de esta durísima cruz –pues, en efecto, la cruz es mejor preparación que todos los ejercicios que los hombres puedan imaginar–, el Señor se acerca y lo conduce hasta el tercer grado. Aquí, le quita el velo de los ojos y le muestra la verdad.

Entonces nacen en él los rayos brillantísimos del sol y es liberado completamente de todas sus angustias, miserias y calamidades. Se siente como si Dios le hubiera llamado de la muerte a la vida. El Señor ha llevado al hombre fuera de sí mismo para introducirlo en Él, lo libera de toda pena y aflicción, lo renueva generosamente y sana todas sus heridas. En este estado, Dios conduce al hombre de un modo de vida aún humano a un modo divino, de la más completa desdicha a una seguridad divina, donde el hombre es «deificado» en tal manera, que todo lo que es y todo lo que hace es Dios quien lo obra en él. Es elevado tan alto por encima de su naturaleza que llega a ser, por gracia, lo que Dios es por naturaleza.

Aquí tiene la sensación de estar como perdido: no se reconoce, no se encuentra, no se siente. Ahora no conoce nada salvo una Esencia simple [: la Esencia de Dios]. En este punto se llega al fondo más profundo de la verdadera humildad y anonadamiento, el cual los sentidos no pueden captar. Aquí se concede al hombre el conocimiento más auténtico de su propia nada, que es una profundísima inmersión en el fondo de la humildad.

Este descenso, cuanto más profundo sea, tanto más elevado será. Pues aquí profundidad y elevación son una misma cosa.

Pero si uno de los que han llegado a tal altura, de una u otra forma, saliera de ese estado de elevación atribuyéndose los dones de Dios y se volviera hacia sí mismo o hacia algo suyo, [entonces] caería en una ruina no menor que la de Lucifer.

Aquí, en fin, se obtiene la verdadera unanimidad de la oración, mencionada en la carta [de san Pedro], cuando el hombre se hace realmente uno con Dios.

Que la santísima Trinidad nos conduzca a esa unanimidad.
Amén.

**41. SEGUNDO SERMÓN PARA EL QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA
FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

EL CAMINO HACIA LA UNIÓN CON DIOS

(V. 41, sobre Lc 5,1-8)

«Aconteció que, estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre Él para oír la Palabra de Dios» (Lc 5,1).

1. En el Evangelio de hoy se lee, entre otras cosas, que nuestro Señor Jesucristo...

...«subió a una barca, que era de Simón, y le pidió que lo alejara un poco de tierra. Y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “Rema mar adentro y echad vuestras redes para la pesca”. Respondiendo Simón le dijo: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada. Pero, [confiado] en tu Palabra, echaré la red”. Habiendo hecho esto, encerraron gran cantidad de peces y la red se rompía. E hicieron señas a los compañeros que estaban en otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían. Simón Pedro, al ver esto, cayó de rodillas ante Jesús diciendo: “Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador”»⁴¹⁷.

[Los peligros que acechan en este mundo]

Amados hijos, esa «barca» que por orden del Señor fue llevada mar adentro es el espíritu del hombre interior y su intención⁴¹⁸. Esta «barca» navega por el mar peligroso y tempestuoso de este mundo, que la sacude y agita con un movimiento y una violencia continuos, unas veces por el placer, otras por el dolor, ya de un modo, ya de

⁴¹⁷ Lc 5,3-8.

⁴¹⁸ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «Y sus afectos».

otro. ¡Qué peligro para aquellos cuyos corazones están apegados, con su amor y sus afectos, a la locura y al oleaje de este mar! Si el hombre pudiera comprender este peligro, su corazón se desharía de dolor. En lugar de pensar en lo que ha de venir después, a no tardar mucho, en vuestra ceguera y necedad os dedicáis a pensar en cómo podéis vestir y adornar vuestros míseros cuerpos. No tenéis cuidado de vosotros mismos y os olvidáis del temible juicio de Dios, que vendrá, sin duda, aunque no sabemos cuándo, si hoy o mañana.

Si fueseis conscientes de las angustias y peligros que se ciernen sobre este mundo y sobre todo aquel que en su fondo no esté unido a Dios o, al menos, a los amigos de Dios, como recientemente se ha mostrado a estos por medio de una revelación⁴¹⁹; si supierais cómo la fe se debilitará y casi se desvanecerá, vuestros sentidos naturales no podrían soportarlo. Quienes vivan cuando estas cosas ocurran, podrán pensar que ya os fueron predichas tiempo antes.

[Debemos afrontar la «tempestad» para llegar a Dios]

Pero volvamos a nuestro propósito. El Señor dijo a Pedro: «*Rema mar adentro*». Es, pues, preciso que todo aquel que no quiera perecer y hundirse en este mar horrible, se esfuerce en elevar su espíritu por encima de todas las criaturas, llámense como se llamen, sean cuales sean.

«*Simón, respondiendo, dijo a Jesús: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada”*». Y habló muy bien. Todos los que se dedican al trabajo exterior y se enredan en él, trabajan de noche y nada pescan. Pero cuando Pedro echó la red [confiando] en la Palabra del Salvador, pescaron tal cantidad de peces que la red se rompía. Esto ocurrió antes de la resurrección del Señor. Pero después de la resurrección, a una orden del Señor echaron de nuevo

⁴¹⁹ Quizás Taulero está refiriéndose a algo ocurrido en un grupo de «amigos de Dios».

las redes y capturaron muchos peces. Sin embargo, la red no se rompía⁴²⁰.

2. Amados hijos, ¿qué es esa red que el Señor mandó echar, con la que tantos peces se pescaron? Es la memoria y el pensamiento del hombre. Esta red se echó primero por medio de santas meditaciones. Todo hombre ha de meditar con gran deseo todo aquello que pueda estimularlo a una santa devoción. Debe grabar en su alma la venerable vida y pasión del Salvador, su santo modo de vida, sus obras y el amor con que hizo todo esto por nosotros, y empaparse de todo ello hasta tal punto que ese mismo amor penetre todas sus facultades y sentidos con un gozo tan grande que no puedan ser contenidas ni ocultadas sin que prorrumpan en júbilo.

3. [Pues bien,] este es el grado más bajo de elevación del espíritu.

Pero es necesaria una mayor elevación si uno quiere llegar a ser un hombre abandonado interior y exteriormente, purificado e iluminado. A un hombre tal Dionisio [Areopagita] lo llama «transfigurado y deificado». Por tanto, su barca es llevada mucho más adentro, es decir, que el hombre deja todo lo que pertenece al dominio de las facultades inferiores [o corpóreas⁴²¹]. Llegado aquí, todos los santos pensamientos, las imágenes, el júbilo, el gozo y todo lo que Dios le concedió alguna vez le parecen cosas rudas y groseras. Como todas esas cosas le resultan insípidas, no puede unirse a ellas y las rechaza. No le gustan estas cosas y no tiene las que desea. Se encuentra entre dos extremos y experimenta grandes penas y angustias.

Esta «barca» es conducida mar adentro. Puesto el hombre en este estado de angustia y desolación, todas las aflicciones, adversidades, imágenes, tentaciones, miserias y calamidades que ya antes había vencido y superado, resurgen de nuevo en él y sacuden la «barca» con toda su fuerza en medio de una gran tempestad, y la embisten y hostigan con sus olas.

⁴²⁰ Cf. Jn 21,11.

⁴²¹ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

4. Si sientes esto, quienquiera que seas, no te dejes dominar por el miedo; si tu barca está bien anclada, los vientos y las olas no podrán dañarla. Acuérdate de las palabras de Job: «*Después de las tinieblas, espero la Luz*»⁴²². Tú persevera en tu recogimiento, no divagues fuera. Soporta hasta el fin las tentaciones y la aflicción, y no busques ninguna otra salida a esta desolación, como hacen muchos que, en cuanto sienten esta pobreza interior, buscan algo para escapar a ella, lo cual se convierte en un gran obstáculo. Se quejan en todas partes, piden consejo a maestros y lo único que consiguen es enredarse y complicarse más.

Por tanto, como ya he dicho, quien sufre esa privación interior debe perseverar en su recogimiento y no salir de él. Le aseguro que, si ama su salvación y no se inquieta buscando otra salida, a no tardar mucho las tinieblas se disiparán y amanecerá para él un día luminoso. Si hiciera esto, es decir, si hiciera caso de un buen consejo y permaneciera [recogido] en sí, el nacimiento de Dios [en el fondo del alma] se realizaría muy pronto en él.

Podéis creerme: nunca nace en el hombre ninguna angustia sin que Dios, después de ella, haga brotar en él un nuevo nacimiento. Por eso, todo lo que libera al hombre de esa angustia, todo lo que la calma, eso nace en él: ya sea Dios o [, por el contrario,] una criatura. Si [por desgracia] es una criatura, sea cual fuere, esta destruye completamente el nacimiento de Dios en el hombre; de ahí que sea tan importante que este se dé cuenta del enorme daño que esto le causa. Pero si la «barca», esto es, si el espíritu estuviera firmemente anclado en la «Roca» de la que habla el Apóstol: «*Y la Roca era Cristo*»⁴²³, entonces «*ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrían separarnos de ella*»⁴²⁴. Es más, si todos los demonios y todos los hombres se hubiesen conjurado contra él, cuanto más hostiles le fuesen, tanto más impulsarían la barca y tanto más se adentraría esta en alta mar.

⁴²² Job 17,12 (Vulgata).

⁴²³ 1Cor 10,4.

⁴²⁴ Rom 8,38-39.

En esta estrechez el hombre se perfeccionaría mucho más y se elevaría más alto que si hiciera suyas todas las prácticas exteriores que el mundo entero pudiera realizar. Basta con que sufra pacientemente y se abandone a esta angustia, sea cual fuere el modo en que esta lo oprima, venga de dentro o de fuera. Y entretanto no pida ni busque alivio alguno. Si permite, en fin, que la herida supure tras rechazar toda consolación, entonces, con absoluta seguridad, Dios lo liberará. El hombre lo dejará todo en manos de Dios y se limitará a aceptar confiadamente lo que Dios determine.

Este, amados hijos, es el camino más directo y más corto al verdadero nacimiento de Dios [en el fondo del alma], que brilla e irradia en aquel que se abandona a Él del modo descrito.

A menudo se presenta al hombre exterior alguna aflicción externa, por ejemplo, una palabra que él interpreta como una ofensa, con la que se angustia de tal manera que el mundo entero le parece demasiado estrecho. Si el hombre fuese capaz de reprimir este sentimiento en su interior y permitiera que esa herida supurara en él por amor a las llagas de Cristo, sin quejarse a nadie y sin cambiar esta angustia buscando alivio en otras cosas, alcanzaría ciertamente una paz admirable y copiosa.

[Pensad:] ¿Qué paz y qué gozo puede obtener el hombre interior que se abandona enteramente a Dios? [La respuesta es clara:] ¡Es Dios mismo lo que se le da!

[Características de la verdadera Paz del espíritu]

Y vosotros, hijos míos, si queréis conocer bien a vosotros mismos, es decir, si queréis saber cómo sois por [medio de la observación de] ciertos signos, prestad mucha atención a esto: qué cosas son las que suelen despertar en vosotros el amor o el odio, el gozo o el dolor. Cualesquiera que sean, ya sea Dios o una criatura [mundana], esas os poseen interiormente.

Si es Dios quien os posee, ni todas las criaturas del mundo podrán agitar o perturbar vuestra «barca», esto es, vuestro espíritu. A estos, Dios, en su bondad, acostumbra a regalarles una preciosa

«joya», es decir, un gozo intensísimo que les procura tal Paz interior, una quietud tan extraordinaria, que nadie puede comprenderla a no ser quien la experimenta. Aunque la furia de mil tempestades sacuda su barca exteriormente y las olas la inunden con tanta violencia que parezca que la van a hundir, no podrán, en modo alguno, perturbar su Paz interior. Por fuera, ciertamente, la barca puede ser zarandeada, pero por dentro conserva inalterables la Paz y el gozo que Dios les da [a los que, rechazando a las criaturas mundanas, le aman a Él].

5. Amados hijos, si entre vosotros aún hay alguien que no ha gustado esa felicidad, no se desanime. Hay pescadores ricos y pescadores pobres. Pero sabed una cosa: por modestas que sean las prácticas devocionales de un hombre, si él desea intensamente amar a Dios con todo su ser; si persevera en este propósito y ama a los que sienten como él; si procura vivir entretanto con simplicidad y sin dejarse confundir por los obstáculos; si busca agradar a Dios en todo lo que hace, ese hombre obtendrá esa Paz un día, al menos en el instante de la muerte.

6. Pero la Paz de los verdaderos amigos de Dios no está siempre exenta de cierta perturbación o inquietud, pues ellos no pueden ser de Dios tanto como ellos quisieran, ni Dios se les ha dado en la medida de sus expectativas. Este hecho está simbolizado en la tensión de la red⁴²⁵.

Se cuenta sobre cierto eremita que [por amor a Dios] vivió cuarenta años en un bosque caminando [sacrificadamente] como un cuadrúpedo, con los pies y las manos, y que [a pesar de dicho sacrificio] jamás experimentó ningún consuelo divino [según su parecer]. No se puede dudar, con todo, de que [en realidad] este hombre tuvo más consuelo celestial que mil otros, pero no se conformaba si no lo experimentaba del modo más excelente que él pudiera sentir. Pues en este grado supremo del consuelo divino [que

⁴²⁵ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «...queda siempre cierta inquietud simbolizada por el hecho de que la red tiende a romperse».

dicho eremita anhelaba] hay una Paz esencial, de la que está escrito: «Busca la Paz y persíguela»⁴²⁶.

Esta Paz, «[de Dios,] que sobrepasa todo entendimiento»⁴²⁷, es consecuencia de una conversión esencial del hombre a Dios, pues cuando lo innominado [o desconocido] en el alma se vuelve completamente a Dios, todo lo que en el hombre tiene un nombre [y es conocido] sigue inmediatamente detrás de Él y se vuelve completamente a Dios. A esta conversión responde siempre lo innominado [o desconocido] en Dios y también todo lo que en Dios tiene un nombre [y es conocido]. Dios pronuncia su verdadera Paz en tal persona, la cual, entonces, puede decir: «Escucharé lo que dice en mí el Señor, porque anunciará la Paz a su pueblo y a los que se conviertan de corazón»⁴²⁸. A estos hombres Dionisio los llama «deiformes». Y quizá Pablo habla de ellos cuando dice: «Arraigados y fundados en la caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad»⁴²⁹.

La razón y los sentidos son incapaces de comprender la altura y la profundidad que se manifiesta en tales personas. Superan todo sentido, son un abismo. Estos bienes se revelan solo a quienes están exteriormente purificados, interiormente iluminados y saben habitar su interioridad. Para ellos, el cielo, la tierra y todas las criaturas son una pura nada: ellos mismos son el Cielo de Dios, pues Dios descansa en ellos. «Y sentándose –dice el Evangelio–, enseñaba desde la barca a la multitud»⁴³⁰. Dios descansa y se sienta en [el fondo del alma de] estos hombres y [desde ahí] gobierna y juzga al mundo entero y a todas las criaturas.

⁴²⁶ Sal 34,15.

⁴²⁷ Fil 4,7.

⁴²⁸ Sal 85,9.

⁴²⁹ Ef 3,17-18.

⁴³⁰ Lc 5,3.

[La transformación que experimenta la persona que desciende al fondo del alma y alcanza la unión con Dios]

7. Si el hombre llega a este fondo y a esta esencia, entonces la red tiene que romperse. No penséis, hijos míos, que en mi arrogancia creo haber alcanzado esta meta. Aunque ningún maestro debería enseñar a otros lo que él mismo no ha experimentado. Sin embargo, basta con que ame aquello de lo que habla, que lo siga y no haga lo contrario.

Pues, así como en aquella barca se rompía la red por la enorme cantidad de peces atrapados, así también, cuando el hombre consigue una pesca como esa y llega a este fondo, la propia naturaleza, como por su debilidad no aguanta esta carga, se rompe. A partir de entonces, la salud del cuerpo se resentirá.

Así lo afirma santa Hildegarda, de feliz recuerdo: «La inhabitación de Dios no puede darse en un cuerpo sano y fuerte». Y el Apóstol dijo: «*La virtud se perfecciona en la debilidad*»⁴³¹. A esta debilidad no se llega por medio de una piedad exterior, sino por la abundancia de la efusión divina que inunda al hombre por encima de lo que su frágil cuerpo puede soportar.

Dios atrae hacia sí al hombre con tal fuerza, que este adquiere completamente «el color de Dios» y todo lo que hay en él está teñido y penetrado de un modo sobrenatural. Ahora es Dios mismo quien obra en él. Esto pone de manifiesto con cuánta razón se llama a este hombre «deiforme», pues si alguien pudiera verlo, lo vería como a Dios, esto es, hecho Dios por gracia. En efecto, Dios ama, da forma, gobierna y hace todo en este hombre, y por eso goza de sí mismo en él. Dios recibe mucha gloria de tales personas, que han conducido su barca a alta mar, han lanzado bien sus redes y han conseguido una gran pesca.

Pero cuando la barca ha sido conducida a alta mar, a una mar más profunda, se hunde junto con la red y se hace mil pedazos. Pues

⁴³¹ 2Cor 12,9.

es conveniente y justo que todo espíritu de propiedad sea destruido. Para que una cosa pueda llegar a ser lo que no es, es preciso que antes deje de ser lo que es. Así, el alma y el cuerpo se sumergen en cierta manera en este mar profundísimo y son desposeídos del modo de obrar natural y de los ejercicios naturales de sus facultades. Ahora, sumergidos en este mar abisal, no tienen palabras ni modos⁴³². Les ocurre como a san Pedro, que al ver el milagro de los peces se arrojó a los pies del Señor y pronunció una palabra insensata: «*Aléjate de mí, Señor, porque soy pecador*»⁴³³.

Esto es lo primero que les ocurre: son despojados de palabras y obras.

Lo segundo es que el hombre se abisma de tal modo en su nada insondable y se vuelve tan pequeño, tan nada, que renuncia totalmente a todos los dones que alguna vez ha recibido de Dios y los devuelve tan puramente a Él –a quien verdaderamente pertenecen– como si nunca los hubiese poseído. Además de todo esto, se hace tan nada y tan desnudo [de todo] como si no fuese nada y como si nada hubiera tenido nunca.

De este modo la nada creada se sumerge en la Nada increada, realidad incomprensible para el intelecto e inexpresable en palabras. Aquí se cumple lo que se dice en el salmo: «*El Abismo llama al abismo*»⁴³⁴. El Abismo increado llama al abismo creado y ambos abismos se hacen uno solo, donde el espíritu [del hombre] se pierde en el Espíritu de Dios, sumergido en el mar sin fondo de la Divinidad.

El estado de felicidad que alcanza quien experimenta esto es inconcebible para el intelecto. El hombre se hace entonces totalmente esencial y común, virtuoso, piadoso y divino, dulce y amable en su carácter, familiar y abierto a todos. En él no puede notarse ningún vicio, ningún defecto. Es leal a todos, misericordioso;

⁴³² Es decir, «ni formas determinadas de pensamiento».

⁴³³ Lc 5,8.

⁴³⁴ Sal 42,8. Taulero hace unas interpretaciones diferentes de este pasaje en el sermón 44, n. 4 y en el sermón 51, n. 8.

no es severo ni intransigente, sino clemente y bondadoso. Por eso, es imposible que pueda ser separado del Señor.

Que Dios nuestro Señor nos conceda a todos tal perfección.
Amén.

**42. TERCER SERMÓN PARA EL QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

EL RECOGIMIENTO EN EL FONDO DEL ALMA

(V. 63, sobre Lc 5,3-8)

«Subiendo Jesús a una barca, que era de Simón...» (Lc 5,3).

1. En el Evangelio de esta semana leemos que nuestro Señor Jesucristo, estando junto al lago de Genesaret rodeado de una multitud y viendo dos barcas en la orilla, subió a una que era de Simón y pidió a este que la alejara un poco de tierra. Una vez que el discípulo hizo esto, el Señor...

...«sentándose, enseñaba a la multitud desde la barca. Cuando acabó su discurso, dijo a Simón: “Rema mar adentro y echad las redes para la pesca”. Simón, respondiendo, le dijo: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada, pero [confiado] en tu Palabra, echaré la red”. Y habiendo hecho esto, encerraron una enorme cantidad de peces y su red se rompía. Llamaron a los compañeros que estaban en otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron tanto ambas barcas que casi se hundían. Al ver esto Simón Pedro, se arrodilló delante de Jesús diciendo: “Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador”»⁴³⁵.

Estas cosas sucedieron antes de la pasión y muerte del Señor. Después de su resurrección de entre los muertos, estando de nuevo pescando, capturaron ciento cincuenta y tres peces. Pero, aun siendo tantos, ni la red se rompió ni estuvieron en peligro de hundirse⁴³⁶.

Queridos hijos, este texto evangélico encierra muchos sentidos admirables y misteriosos, y aquel que tiene un intelecto bien

⁴³⁵ Lc 5,3-8.

⁴³⁶ Cf. Jn 21,11.

iluminado, si permanece recogido en su interior, puede extraer de él óptimas enseñanzas.

[La llamada de Dios al recogimiento]

Al afirmarse que la barca pertenecía a Simón, se quiere simbolizar por medio de este al hombre verdaderamente obediente a Dios [pues Simón puso su barca a disposición del Señor]. Por la nave en la que se dice que se sentó Dios se representa al espíritu del hombre y su fondo íntimo, en el que el Señor se sienta realmente en su majestad, donde están su quietud y su gozo. ¡Ojalá alguien mantuviese una diligente atención a ese fondo y, dejándolo todo por amor a Dios, entrara en sí mismo!

Pero, lamentablemente, nadie lo hace. Dios llama a algunos, en medio de sus ocupaciones, a que se recojan en el fondo interior de su corazón. Pero, aunque se les llame diez veces, apenas hacen caso. ¿Por qué? Porque no son [como] Simón, [es decir,] no están imbuidos de verdadera obediencia, sino que se mantienen apegados a su voluntad propia, a sus viejos hábitos, a su egocentrismo. Rehúsan obedecer a Dios, a quien se debe toda obediencia.

Si un religioso, mientras está cantando o leyendo en el coro [durante la oración comunitaria], siente que Dios le llama al recogimiento y el canto o la lectura se lo impiden, será lícito, al menos esa vez, dejar el canto, entrar en lo profundo de sí, entregarse todo a Dios en esa introversión y seguir su inspiración. Si pudiera hacer las dos cosas al mismo tiempo, es decir, seguir la inspiración interior del Espíritu Santo y salmodiar, sería mejor siempre hacer ambas cosas a la vez que una sola. Y este canto, que surge de lo más profundo del corazón, se elevaría hasta llegar a la presencia de Dios.

2. Queridísimos, si supierais bien qué peligroso es y cuánto daño os hace no obedecer a las mociones interiores del Espíritu Santo, no os resistiríais a ellas. Quizás a la vista del sufrimiento y el horror que infunden las penas del purgatorio, que padeceréis un tiempo por esta causa, vuestros corazones se estremecerían.

¡Oh ciegos y locos! ¿Qué es lo que hacéis, que teméis confiar plenamente en la bondad de Dios en todas las cosas y entregarle el corazón, el alma y toda vuestra esperanza? Es lamentable que no queráis considerar y examinar cuál es la causa que os impide amar puramente a Dios en vuestro interior. Si los amigos más especiales de Dios comprendiesen cuán peligrosamente viven muchos que, aun viviendo mal, esperan confiados la felicidad eterna, fácilmente se desharían de dolor, puesto que la Sagrada Escritura dice clarísimamente que «*el justo apenas se salvará*»⁴³⁷.

Siendo esto así, los hombres que son culpables de diversos delitos y mantienen una actitud de rebeldía y resistencia a la gracia divina, tienen motivos para temer y estar muy inquietos.

Y a cuantos Dios ha llamado al grado más alto de perfección, si no responden bien a esa llamada y a ese fondo, tendrán que alcanzar por el sufrimiento lo que no pudieron conseguir con la vida. De ahí que, en el momento de la muerte, su sufrimiento y su angustia serán mayores que las del resto. Todo ello obedece a la inmensa bondad y misericordia de Dios, [pues, si bien] después les espera un purgatorio muy duro, mucho más de lo que las lenguas de todos los hombres podrían explicar, pasado este, en el Cielo recibirán una morada espléndida, muy por encima de la que obtendrán los que tuvieron un grado de virtud mucho más bajo.

Esa barca en la que el Señor, «*sentándose, enseñaba a la multitud*», era la de Simón el obediente. Por eso, tened por cierto que nuestro Señor Jesucristo descansa realmente en el fondo íntimo de un hombre obediente y [ahí] le enseña su gratísima voluntad. Y es tanta la gracia y la enseñanza que Dios suele derramar en tal hombre, que, si la necesidad lo exigiera, bastaría él solo para instruir al mundo entero y gobernarlo.

⁴³⁷ 1Pe 4,18.

[El recogimiento requiere alejarse de lo mundano y confiar en Dios]

El Señor pidió a Simón que alejara un poco la barca de tierra. Con ello quiere significarse que el corazón del hombre que está en el grado más bajo [de perfección: el grado de *principiante*], [debe alejarse] de la tierra, es decir, del amor desordenado a todo lo terrenal y caduco, a todo en lo que encuentra algún tipo de placer y deleite, para ser conducido mar adentro. Él mismo, por amor a su Creador, ha de privarse voluntariamente de todas esas cosas, pues el que desea poseer a Dios debe avanzar con un empeño incansable y constante en el cumplimiento del beneplácito divino.

[En efecto,] no se trata de emprender hoy buenas obras y mañana dejarlas, sino de progresar siempre, sin pausa ni descanso, y perseverar firme en el ejercicio de buenas prácticas, en todo tiempo, cada hora, cada día, si es que quiere llegar al grado más alto de su salvación. No se puede vivir hoy para Dios y mañana para la carne o para las criaturas.

A muchos les asusta el hecho de que tengan que morir profundamente a la naturaleza y a las criaturas, y no se atreven a dejarse en manos de Dios ni a confiar en Él. Les parece algo muy difícil y por encima de sus fuerzas. Por eso desechan ese camino y eligen vivir siguiendo sus inclinaciones naturales, como tantos otros, esperando salvarse igual que ellos. Vuelven de nuevo al mundo (el mundo es todo lo que no es Dios) y aquí la red se desgarró y se rompió, de manera que todos los peces que contenía se escaparon.

3. Hijos míos, a Dios no le agradan las obras que no lo tengan a Él como causa, por grandes y buenas que sean. Y no es de extrañar, pues tienen algo de simoníaco. La *simonía* consiste en adquirir un bien espiritual a cambio de cosas materiales. Este es uno de los pecados más graves. Cuando un hombre hace obras buenas y espirituales, que deberían ser divinas e incluso parecen serlo, y a cambio de ellas solo busca una ganancia temporal y caduca cuya verdadera causa no es Dios, del género que sea, interior o exterior, debe saber que es reo de este pecado.

Leemos en otra parte que los discípulos reparaban sus redes. Esto es lo que debe hacer el hombre cuando ve que su red se ha roto por una excesiva inclinación al mundo exterior: reparar su red por medio de una íntegra y radical vuelta a Dios, como hacen quienes, queriendo enderezar una madera torcida, la curvan en sentido contrario y de este modo hacen recto lo que estaba torcido. Al mismo tiempo, con verdadero conocimiento y profunda humildad, hacen como san Pedro: se quejan al Señor diciendo: «*Maestro, he trabajado toda la noche y nada he capturado*». [Así es,] toda obra que el hombre hace sin Dios es [como la] «noche» y [, por ello,] no llega a buen puerto. [En efecto,] a veces, suele caer sobre los que están en el camino de Dios una especie de desgana, una somnolencia que vuelve a la naturaleza incapaz para [hacer] el bien. Esto es la «noche». En este caso, el hombre exterior debe actuar con sus manos y pies buscando regresar a [la Luz que habita en] su fondo interior.

Entonces, Simón Pedro dice a Cristo: «*[Confiado] en tu Palabra echaré la red*». Así, todos los pensamientos del hombre, sus palabras y sus obras, deben ser hechos [confiando] en la Palabra de Dios: ya sea que coma, beba, duerma o esté despierto, haga lo que haga, procure hacerlo todo [confiando] en la Palabra de Dios, con obediencia simple, buscando únicamente la gloria de Dios.

4. El Señor ordena a Simón llevar su barca mar adentro. Esto significa que el hombre debe elevar su mente [o su espíritu] y todas sus facultades por encima de sí mismo, de los sentidos y de las facultades inferiores [o corpóreas⁴³⁸], por encima de todo lo más bajo y sensible. Las facultades inferiores son demasiado limitadas como para comprender a Dios, que no puede moverse en un espacio tan estrecho. Dios es sutil; [sin embargo,] las facultades inferiores son rudas y groseras. Por eso, «*lleva la barca mar adentro*», es decir, recógete con tus potencias superiores [o incorpóreas⁴³⁹] por encima del tiempo, pues ahí es donde Dios reside, ese es su verdadero lugar, ahí está presente. Ahí enseña el Verbo sobreesencial, «*en el*

⁴³⁸ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

⁴³⁹ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 13.

cual y por el cual todas las cosas fueron hechas»⁴⁴⁰ y del que dice Santiago: «Recibid con mansedumbre la Palabra sembrada»⁴⁴¹.

¡Si el hombre diera acogida a esta Palabra con mansedumbre – que es lo más necesario– y con todas sus potencias se elevara «mar adentro», por encima del tiempo, a la eternidad, experimentaría una gran dulzura! La Palabra le inspiraría en su interior, secretamente, y lo iluminaría muy por encima de la capacidad de sus sentidos. Esta riqueza, esta opulencia que se le da aquí, cuando la Palabra de Dios enseña interiormente y es bien acogida por el hombre, es tan excelente, supera tanto las fuerzas de la fragilidad humana, que [sin la ayuda divina] la «red» se rompe y la «nave» se hunde. Entonces [, ante tal situación,] la naturaleza [humana] teme ser completamente destruida.

En tal circunstancia, quien experimenta estas cosas no debe ir de acá para allá en busca de consuelo, sino imitar el ejemplo de san Pedro. Este, cuando estaba a punto de hundirse, no huyó, no dio gritos, sino que llamó en su ayuda a los compañeros de la otra barca, en especial al apóstol san Juan. Así es como el hombre debe acudir a la razón iluminada [por la Palabra] para apoyarse en ella en esa inmersión.

Cuando la Luz verdadera, que es Dios, nace en el alma, la luz creada tiene que morir. Al brillar la Luz increada y derramar sus rayos resplandecientes, la luz creada se oscurece irremediablemente, como los rayos del sol oscurecen la débil luz de una vela y la hacen inútil para iluminar. Cuando se recibe siquiera una centella de esta Luz suprema, el gozo y el deleite que se experimentan en el alma superan de modo indecible todos los placeres y todas las alegrías que el mundo pueda ofrecer. Sin embargo, las facultades inferiores, entretanto, sienten aún un placer y un gozo sensibles.

5. En el Evangelio de san Juan, el Señor, después de su resurrección de entre los muertos, ordenó a sus discípulos que echaran la red a la derecha de la barca. Habiéndolo hecho ellos,

⁴⁴⁰ Jn 1,3.

⁴⁴¹ Sant 1,21.

capturaron ciento cincuenta y tres grandes peces, y ni la red se rompió ni ellos se hundían. Esto sucedió, como he dicho, después de la muerte del Señor, cuando, estando en la orilla, preguntó a sus discípulos si tenían algo de comer, diciendo: «*Muchachos, ¿tenéis algo de comer*^{442?}». Les llama «muchachos» dando a entender que el que desea ser transformado en Dios debe ser puro, limpio y despojado de sí mismo. Los discípulos respondieron: «No». Él les dijo: «*Echad las redes a la derecha de la barca y encontraréis*»⁴⁴³. Y entonces [dijo Simón Pedro]: «*[Confiado] en tu Palabra, Señor, echaré la red*»⁴⁴⁴. «*[Confiado] en tu Palabra*», insisto.

[El abandono absoluto en Dios]

Aquí ocurre algo mucho más excelente que lo que se experimentaba en las potencias inferiores: el hombre es transformado y elevado por encima de la fragilidad humana. Es transformado en una forma divina, como dijo el Apóstol: «*Somos transformados en la misma Imagen de claridad en claridad, como por el Espíritu del Señor*»⁴⁴⁵.

Pero antes de que el hombre llegue hasta aquí, el Señor ha nacido, muerto y resucitado en él.

Después, tal hombre dice lo que los discípulos respondieron al Señor cuando les preguntó si tenían algo de comer, diciendo: «No». Permanece en una pobreza verdadera y pura, en el desprecio de sí mismo, considerándose una nada absoluta. No quiere, ni tiene, ni desea, ni aspira a nada que no sea Dios, no él mismo.

⁴⁴² Tanto la Biblia de Jerusalén como otras biblias dicen «pescado» en lugar de «comer».

⁴⁴³ Jn 21,6.

⁴⁴⁴ Lc 5,5.

⁴⁴⁵ 2Cor 3,18 (Vulgata). En la Biblia de Jerusalén este versículo se lee así: «Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu».

[La aparente inutilidad de quien se ha abandonado en Dios]

A menudo, en la fatiga de la «noche», este hombre cae en la renuncia, en la pobreza, en la privación, en fuertes y densas tinieblas, en la desolación [interior]. En ese momento, ya no tiene apoyos, ni luz; no siente ni gusta de ardor ninguno. En la oscuridad, en la pobreza y en la desolación es capaz de abandonarse tan perfectamente que, si Dios quisiera que experimentara esto eternamente, estaría dispuesto a hacerlo. Por amor a Dios y a su beneplácito, desea soportar voluntariamente esta aridez y esta pobreza, eternamente, sin esperar nada a cambio. [Ciertamente, los hombres que han llegado a este nivel de abandono] son verdaderamente pobres, aunque sean dueños del mundo entero.

Aunque personas como estas hay muy pocas, su única aspiración, su único deseo es que se cumpla siempre la amorosa voluntad de Dios en ellos y nunca la propia. Ellos cumplen de forma excelente lo que dice el Señor: «*Cuando hayáis hecho todo lo que os he mandado, decid: "Siervos inútiles somos porque hemos hecho lo que debíamos hacer"*»⁴⁴⁶. El siervo inútil realiza obras inútiles. Pero, ¡ay!, ahora la imperfección de los hombres es tal que nadie quiere ser un siervo inútil. Todos necesitan sentirse útiles, y de este modo, ocultamente, se apoyan y confían en su propia obra.

Pero vosotros, amadísimos, sed conscientes de vuestra pura nada y sumergíos con ella en el abismo de la voluntad divina, con una confianza absoluta en ella, para lo que quiera hacer con vosotros. Haced como el apóstol Pedro, quien, al ver el milagro de los peces, cayó a los pies de Jesús y dijo: «*Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador*». Caed vosotros así a los pies de vuestra insignificancia, de vuestro no poder nada, de vuestro no valer nada, y al mismo tiempo abandonaos a la noble dignidad del divino beneplácito, procurando con el mayor esmero que no se mezcle [con él] ninguna otra cosa. Perseverad pobres y desolados en la voluntad de Dios.

⁴⁴⁶ Lc 17,10.

Creedme: quienes lo han hecho, es decir, los que son tan perfectos y deiformes, cuando se recogen en su fondo en el tiempo que dura una sola Misa, ponen en orden todas sus cosas y gozan de buena paz en todas sus obras. Su vida es reposada, tranquila, llena de virtudes, pacífica, piadosa, bondadosa y abandonada. Ellos han echado su red a la derecha y han capturado al *amor que hierre*⁴⁴⁷.

Que Dios nos conceda a todos trabajar de tal modo que podamos hacer también esa pesca. [Amén.]

⁴⁴⁷ Sobre el *amor que hierre*: ver sermón 18, n. 4.

43. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DEL NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA

LA CONVERSIÓN ESENCIAL A DIOS

(V. 40, sobre Lc 1,63)

«*Su nombre es Juan*» (Lc 1,63)

1. Celebramos hoy la fiesta de un santo muy especial: san Juan Bautista. No hay otro santo cuyo nacimiento se celebre de este modo, a excepción de la gloriosa Virgen María. Por explicarlo en pocas palabras, [diré que] el nombre de «Juan» significa *el que está en gracia de Dios*.

[Dos clases de mal]

Para que la gracia nazca hay que seguir el camino del que hablé ayer. Dije que hay un doble mal⁴⁴⁸:

El primero está en la naturaleza, como consecuencia de la caída de Adán. El segundo es un mal de pena. El primero consiste en la tendencia del hombre al pecado y, aunque sea un mal arraigado en la naturaleza, debe desagradarnos siempre y tenemos que apartar nuestra voluntad de él con todas nuestras fuerzas, puesto que es contrario a Dios.

El segundo mal procede del primero, y [está en la vida cotidiana:] es la pena, la desgracia y la miseria. El hombre debe aceptar este mal con gratitud cada vez que venga a él, porque le

⁴⁴⁸ El texto latino de Surio dice *passio*, traducción del alemán medieval *lidungen*, «sufrimiento». Los traductores modernos más autorizados prefieren usar el término «mal», más en consonancia con la tradición escolástica a la que pertenecía Tauler.

permite imitar el amoroso ejemplo del Señor, que padeció enormes y duros sufrimientos en su vida terrenal.

A menudo el Señor permite que muchos caigan en el primer mal y pequen gravemente de palabra. ¿Por qué [permite] esto? Para que su caída les ayude a conocerse mejor y para que ellos aprendan a amar y abandonarse voluntariamente en el camino de la cruz, en la aflicción y en la tribulación cuando [la tentación] se presente y se eche sobre ellos.

Queridísimos, qué gran felicidad alcanzaría quien supiera abandonarse por [medio de] este camino. En este dichoso camino de la cruz el hombre aprende a contemplar su propia debilidad, su no poder nada, su no valer nada, su no ser nada.

2. Si el hombre dejara toda otra práctica espiritual para emprender este camino cuyo único ejercicio es la contemplación incesante de su nada, de su no poder nada, de su no ser nada, la gracia divina, sin duda, nacería en él.

El hombre no tiene nada bueno de sí mismo, sino que todo pertenece a Dios en plena propiedad. De Dios procede lo más pequeño y lo más grande; del hombre no procede absolutamente nada, a no ser una sola cosa: la destrucción de todo bien, interior y exterior. Y si tiene algo bueno, no es suyo.

Jamás debería abandonar el corazón del hombre este pensamiento: la contemplación de su nada y su acusada inclinación al mal si se relajan los frenos de la naturaleza. Uno tiene que emplear una gran aplicación y mucho esfuerzo para conocerse a sí mismo, para saber a dónde tienden su fondo, su intención, su amor, sus impulsos, cuál es su meta y si en ellos se ha infiltrado la cizaña.

[El buen examen de conciencia]

El hombre ha de tener su fondo orientado a Dios en pureza y simplicidad, y no buscar otra cosa que a Dios mismo. Además, debe ser diligente en examinar, de todas las formas posibles, su conducta exterior: palabras, actos, costumbres, gestos, compañías y vestidos.

Y si advierte que ha cometido alguna falta a lo largo del día, debe llorarla ante Dios con lágrimas de arrepentimiento, reconociéndose culpable ante Él y suspirando desde lo profundo del corazón por la falta cometida. Así alcanzará fácilmente el perdón y la gracia. Tales suspiros interiores, esos gemidos que brotan del fondo del alma, son muy útiles. De ese modo gemían también los apóstoles, no por sus pecados, sino por la negligencia de los hombres respecto de su salvación y por el deseo tan intenso que ellos mismos tenían de Dios.

Cuando al hombre se le ofrece un vislumbre o un pregusto de la eternidad, nace en él un íntimo gemido que atraviesa los sentidos exteriores. Ese gemido representa el altar exterior que estaba delante de la puerta del tabernáculo, donde eran inmolados los carneros y los bueyes. En este altar, el hombre ofrece a Dios la sangre de su carne en compensación por la preciosa Sangre de Cristo.

En la contemplación de sus propios defectos y culpas, el hombre debe humillarse profundamente y arrojarse a los pies del Señor, rogándole que se apiade de él. Y entonces dicho hombre no ha de tener duda alguna, sino una absoluta certeza de que sus culpas han sido perdonadas por Dios. En ese mismo instante, desde este fondo de humildad, «Juan» –es decir, la gracia de Dios– nace en el hombre. Y cuanto más profunda sea su humildad, tanto mayor será su elevación, pues es una sola y misma cosa.

Sobre esta humildad dice san Bernardo: «Todos los ejercicios exteriores que puedan hacerse no son comparables con este valle de humildad». En este valle nacen la mansedumbre, el abandono, la modestia, la paciencia y la bondad. Es el camino más recto; quien no lo sigue, es seguro que se pierde. Todas las obras exteriores, por numerosas que sean, nada valen, y más alejan de Dios que acercan a Él.

[El oficio sacramental del sacerdocio y el ejercicio espiritual del recogimiento]

3. Pero volvamos ahora al Evangelio de hoy. En él se lee que Zacarías fue sumo sacerdote⁴⁴⁹, y que él mismo y su esposa eran estériles. Esto, en aquella época, era una gran deshonra.

«Estando Zacarías desempeñando la función de sacerdote»⁴⁵⁰, él entró en el *sancta sanctorum*⁴⁵¹ [del templo de Jerusalén], pero todo el pueblo permaneció fuera. Al ir a hacer la ofrenda sacerdotal, se le presentó el ángel Gabriel «puesto en pie a la derecha del altar del incienso»⁴⁵², y le dijo: «No temas Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada: tu esposa Isabel te dará un hijo y le pondrás por nombre Juan»⁴⁵³, que, como ya he explicado, significa *gracia de Dios*. Como Zacarías no lo creyó del todo, quedó mudo hasta que se cumpliera todo lo que el ángel le había anunciado, es decir, nueve meses. Por eso, el nombre «Zacarías» quiere decir *memoria del Señor*. Por tanto, este «recordador del Señor», es decir, el hombre interior, debe ser «sacerdote» y, dejando fuera a todo el «pueblo» [esto es, todo lo mundano], ha de entrar él solo en el «*sancta sanctorum*» [es decir, en el fondo del alma].

4. Pero escuchad ahora en qué consiste [en la Iglesia católica] el oficio de sacerdote: ha de ofrecer por el pueblo al Hijo unigénito a su Padre celestial [en la Eucaristía].

Pero mucho me temo, y está más claro que la propia luz, que no todos los sacerdotes son perfectos; más aún, que la mayoría son de tal condición que, si asistieran frente al altar para inmolar al Hijo de Dios en representación propia, tal como lo hacen en representación de toda la Iglesia, sería para esta un daño mucho más

⁴⁴⁹ Zacarías, según indica san Lucas en el versículo 5, era *sacerdote*, no *sumo sacerdote*.

⁴⁵⁰ Lc 1,8.

⁴⁵¹ Zacarías, según indica san Lucas en el versículo 9, entró en el *sanctorum*, no en el *sancta sanctorum*.

⁴⁵² Lc 1,11.

⁴⁵³ Lc 1,13.

que una ayuda y encenderían la ira de Dios todopoderoso en lugar de aplacarlo.

Pero este sagrado oficio lo desempeñan en representación de la Iglesia y, por tanto, sacramentalmente. Por esta razón, a nadie, salvo a un hombre consagrado, le está permitido desempeñar este oficio; a ellos solos, y a ningún otro, les ha sido dada la potestad de consagrar el santísimo Cuerpo de Cristo.

Pero en sentido espiritual, en lo que se refiere al sacrificio, una mujer puede ofrecerlo a Dios Padre en su alma tanto como un varón. Y cuando se disponga a ofrecerlo, sea de noche o de día, debe entrar sola en el «sancta sanctorum» y todo el «pueblo» ha de quedar fuera; es decir, una vez recogido su espíritu, entrará en sí misma y, dejando fuera todo lo sensible, ofrecerá allí al Padre celestial la Hostia amorosa, a su Hijo unigénito, con todas sus palabras y obras, con su santísima vida y pasión, y lo hará por todos cuantos ella desee. Al mismo tiempo, con toda su devoción, atraerá a todos los hombres, a los pobres pecadores y a cuantas almas buenas se hallen prisioneras en el purgatorio. Esta práctica tiene, sin lugar a dudas, gran fuerza y eficacia.

5. El obispo [san] Alberto [Magno] escribe que era costumbre del sumo sacerdote entrar en el sancta sanctorum llevando la sangre de una ternera roja y fuego ardiente. Una vez dentro, asperjaba todas las copas de oro con la sangre de la ternera, hacía un manojo de hierbas preciosas y le prendía fuego. De él se desprendía una humareda de aroma gratisimo, semejante a la niebla, y en esa niebla venía Dios y hablaba al sacerdote. Este «sumo sacerdote» es símbolo del hombre interior, que se recoge en su intimidad más profunda y, llevando consigo la muy noble y gloriosa Sangre de Cristo y el fuego de la devoción y del amor, tiñe todas las copas de oro con la Sangre de Cristo. Esto significa que todos los que están en gracia de Dios y los que un día la alcanzarán, así como las pobres almas que están prisioneras en el purgatorio esperando la felicidad eterna, reciben consuelo y se enriquecen por este ministerio sacerdotal.

Creedme, no puede expresarse [en términos humanos] el enorme provecho que hay en ello. Al mismo tiempo, el hombre se

ofrecerá a sí mismo al Corazón del Padre y a su gratísima voluntad, para que haga con él según su beneplácito en el tiempo y en la eternidad.

Algunos dicen: «Si cultivamos esta práctica interior, perdemos las imágenes y los ejemplos de la pasión de Cristo». En modo alguno, hijos míos. Muy al contrario: cuando vosotros entráis en el íntimo fondo del alma –¡os animo a hacerlo cada día!–, único lugar donde nace verdaderamente la gracia, esta trae a vosotros la pasión y la vida de Cristo, despertando en vuestra alma sentimientos de amor. De esta forma, las contempláis en toda simplicidad, con una simple mirada, como si estuviera toda entera puesta ante vuestros ojos, no con multiplicidad, sino como yo os veo a todos de un solo vistazo, como si vierais todas las cosas en una sola, como si todo a la vez estuviera delante de vosotros. De semejante forma las ofreceréis al Padre eterno.

No hay duda: esta mirada simple es mucho más útil que meditar toda la vida de Cristo en la multiplicidad de los sentidos. En el cumplimiento del «ministerio sacerdotal», cuando el hombre ha entrado solo en la intimidad de su alma y tiene sus facultades⁴⁵⁴ expandidas y orientadas a Dios, no se pronuncia ni siquiera una sola palabra. Pero el ángel Gabriel está de pie junto al altar, donde se realiza este noble y divino oficio. «Gabriel» significa *fuera de Dios*, que se da al sacerdote para que todo lo pueda en Dios que lo fortalece⁴⁵⁵. Después [el sacerdote] hace un manojito de hierbas y le prende fuego, desprendiéndose de él un humo de exquisita fragancia en el que Dios le habla. Un «manojito de hierbas», es decir, de santas virtudes, como la humildad, la obediencia, la mansedumbre y otras muchas. Pues cuando el hombre no tiene virtudes ni las adquiere, ya sea en un grado bajo, medio o elevado, toda su vida es falsa y corrompida, carente de todo valor.

6. Por la adquisición de las virtudes se origina un incendio [provocado] por el fuego del amor, se forma una niebla oscura en la

⁴⁵⁴ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

⁴⁵⁵ Cf. Fil 4,13.

que secretamente se le arrebatara el espíritu al «sacerdote» el tiempo que dura la mitad de un Avemaría, en un raptó de los sentidos y la razón natural. En esa oscuridad Dios le habla, como está escrito: «*Cuando un silencio apacible envolvía todas las cosas, y la noche había llegado a la mitad de su rápida carrera, tu Palabra omnipotente se lanzó desde el Cielo, desde el trono real*»⁴⁵⁶.

Y sucede aquí lo que está escrito en el libro de Job: «*Se me ha dirigido una Palabra secreta, su leve susurro cautivó mis oídos*»⁴⁵⁷. Aquí se anuncia el nacimiento que traerá un gozo enorme y un copioso júbilo. La madre de este parto será «Isabel», que significa *perfección de Dios*. Es a ella a quien el poder de Dios le anuncia el nacimiento de esta dulce obra, de este parto gozoso. Pero todo esto sucede aún en las facultades inferiores.

[Los falsos y los verdaderos contemplativos]

7. Pero hombres de intelecto sutil, que lo fían todo a su capacidad de raciocinio, entrando en su luz natural interior con la única ayuda de la razón, se recogen en el fondo desnudo, hueco y sin imagen, y allí poseen como algo propio su misma luz natural, juzgando que ella es Dios, cuando, [por el contrario,] es su propia naturaleza desnuda. El placer que aquí sienten es mayor que el placer de los sentidos. Pero como solo se buscan a sí mismos y lo que experimentan aquí lo poseen como algo propio, se convierten en los peores y más perniciosos de todos los hombres. Las señales por las que se les reconoce son estas: no siguen el camino de la virtud, desprecian los ejercicios que conducen a una vida santa y a la dominación de los vicios, aman su falsa desnudez y su pasividad⁴⁵⁸ interior la cual no busca ni interior ni exteriormente la verdadera caridad [activa⁴⁵⁹] y han renunciado, antes de tiempo, a [reflexionar

⁴⁵⁶ Sab 18,14-15.

⁴⁵⁷ Job 4,12.

⁴⁵⁸ Otium

⁴⁵⁹ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

o contemplar] las imágenes [que les ayudarían a comunicarse con Dios].

El diablo, que no ignora esto, les proporciona una dulzura engañosa y una falsa luz interior con la que los seduce para su perdición eterna. Arrastra fácilmente a estos desdichados a todo lo que los ve inclinados según la carne o la naturaleza, sea la lujuria, la avaricia o la soberbia. Como están convencidos de que esas luces interiores que el diablo les hace sentir son Dios mismo y, además, se apropian de ellas como si fueran suyas, no soportan que se las quiten. Por eso, caen en una libertad perversa y viciosa, y se dejan llevar por su inclinación natural y por los caprichos de la carne.

Hay que huir de estos hombres más incluso que de los demonios. Y es que, [por desgracia,] en la medida en que se les puede conocer por su modo de vida, son muy parecidos interior y exteriormente a los hombres buenos, por lo que no es fácil distinguirlos.

8. Sin embargo, los justos se diferencian de ellos en que siguen el camino de la virtud, esto es: la humildad, el temor [al mal], el abandono, la mansedumbre, y por ese camino llegan a su fondo. Viven siempre en gran temor [al mal] y no se atreven a apoyarse en ningún mérito propio ni a confiar en sí mismos; se encuentran en una gran angustia y opresión [por hacer frente a las tentaciones y a sus propias debilidades], y por eso imploran la ayuda divina, para que Dios se convierta en su único sostén.

Por el contrario, los «espíritus libres»⁴⁶⁰ [que, como falsos contemplativos, se guían erróneamente por su propia luz natural] son atrevidos, desenfrenados, polémicos, nada abandonados. En el

⁴⁶⁰ Probablemente, Taulero se refiere a los hermanos y hermanas del Libre Espíritu. Se trata de un movimiento espiritual contrario a la Iglesia que, desde la segunda mitad del siglo XIII a la segunda mitad del siglo XIV, contaminó espiritualmente la zona renana, llegando a afectar a algunos beguinatos. Esto provocó que en 1313 el Concilio de Vienne ordenase la disolución de todos los beguinatos, lo cual no pudo llevarse totalmente a cabo, pues estos estaban muy arraigados en aquella zona.

momento en que algo les resulta molesto, rápidamente se ve cómo son por dentro: irrumpe en ellos la amargura, la mirada aterradora, las palabras insensibles y la soberbia. No soportan ser menospreciados.

[Hablando de los «espíritus libres»:] ¡Qué triste espectáculo habrá que contemplar en el mundo futuro [, tras la muerte,] sobre las cosas que ahora parecen hermosas y atractivas! Entonces [, después de haber sido condenados,] no habrá ocasión de cambiar ni convertirse, sino [que habrá que] quedarse allí eternamente, para cocerse, quemarse y suplicar.

Tened mucho cuidado con esto, os lo suplico encarecidamente. Os exhorto a que os recojáis en vuestro verdadero fondo, donde tiene lugar este divino nacimiento que proporciona un gozo y un júbilo grandes a toda la cristiandad, a la santa cristiandad.

Entonces, [tras la muerte,] ya no tendréis necesidad de preguntar a nadie si vais o no vais por el buen camino.

Ya habéis oído qué es lo que distingue a los verdaderos justos de los falsos, y, si queréis, vosotros mismos podéis comprobar si vais por un camino recto o torcido. Ahora os interesa examinar si habéis entrado por el camino seguro de la virtud y si la poseéis en grado inferior, medio o superior.

[El gozo que provoca el nacimiento de Dios en el alma]

Dijo el ángel: «*Habrá gozo y alegría para ti, y muchos se regocijarán con su nacimiento*»⁴⁶¹.

9. Amadísimos, cuando este nacimiento tiene lugar en el espíritu [humano], este se llena de un gozo tan grande que es imposible expresarlo en palabras. Pero hay que poner un cuidado especial en no perturbar a quienes se les concede esta gracia, atrayéndolos hacia lo exterior y empujándolos a la multiplicidad [;

⁴⁶¹ Lc 1,14.

por el contrario]: hay que dejarlos a solas con Dios. Pues el Señor dice en el Cantar de los Cantares: «*Os conjuro, hijas de Jerusalén, por los corzos y las ciervas del campo, que no despertéis ni hagáis velar a mi amada, hasta que ella quiera*»⁴⁶².

Ellos deberán evitar, a toda costa, pedir consejo a acompañantes espirituales inexpertos porque podrían ser para ellos un lastre enorme y [generarles] una inquietud no pequeña que les haga salir de sí mismos y no recuperar su interioridad en veinte o cuarenta años. Han de tener gran cuidado de sí mismos y vigilarse muy estrechamente, ya que este gozo es tan grande que arde por dentro como vino que hierve en un vaso. Por eso, es preferible que [dicho gozo] salga fuera a que la naturaleza se debilite en exceso, pues, sin duda, la sangre [de esa persona] se abriría paso por la boca y la nariz. Este nacimiento [de Dios en el alma], con todo, está aún muy lejos del grado más elevado, pues se encuentra aún en la parte inferior, en la sensualidad.

[La conversión esencial a Dios]

10. Pero el ángel anunció [a Zacarías] que el niño que nacería, es decir, [aquel] en quien el verdadero nacimiento [de Dios] se lleva a cabo, «*no bebería vino ni cualquier bebida que pueda embriagar*»⁴⁶³. Esto significa que el hombre en quien este nacimiento haya de realizarse en modo eminente y en el más alto grado, será conducido por un camino mucho más elevado. Pues hay un camino bueno, otro mejor y otro excelente.

Los del camino excelente no beberán cualquier bebida que embriague, como hacen [los falsos contemplativos] de quienes antes hemos hablado, que obtienen placer de los objetos de su contemplación, ya sea experimentándolos sensiblemente, contemplándolos o gozando de ellos.

⁴⁶² Cant 2,7.

⁴⁶³ Lc 1,15.

Los del camino más elevado son llevados por una senda estrecha y tenebrosa, desprovista de todo consuelo. Sufren una insoportable angustia y opresión, de las que no pueden escapar, y adondequiera que vayan se ven en medio de un vasto, inmenso y oscuro exilio, sin consuelo alguno. En este camino, se ven obligados a arriesgarse y a abandonarse totalmente a Dios, cuanto tiempo a Él le parezca oportuno. Dios los abandona como si no supiera por qué miserias y angustias están pasando. Entonces les resulta insoportable ser privados de Dios de una forma tan radical. Ansían su presencia, la desean con todas sus fuerzas, pero soportan [su ausencia] en el abandono. A estas conversiones, llamadas *esenciales*, les corresponde un premio esencial.

A este respecto, dice santo Tomás⁴⁶⁴ que a las obras exteriores, por grandes que sean, en cuanto que obras, solamente les corresponde un premio accidental [es decir, no esencial]. Pero cuando el espíritu [del hombre] se recoge, desde su fondo interior, en el Espíritu de Dios, ya no dirige su mirada a lo accidental, sino que busca solo a Dios en su desnudez y pureza, por encima de todas las obras, de todos los modos, de todos los pensamientos, e incluso por encima de la razón –lo que Dionisio [Areopagita] llama «amor suprarracional y suprasensible»–. [Pues bien,] a esta conversión, al ser verdadera y esencial, siempre le corresponde un premio esencial, que es Dios mismo.

Puede haber otras conversiones a las que podemos llamar *esenciales* de un modo general y exterior, y se dan cada vez que el hombre busca pura y desnudamente a Dios, y a ninguna otra cosa ni por ninguna otra causa [que Dios mismo].

Pero la primera conversión consiste en una presencia interior de Dios, sin forma ni modo, que introduce, en un modo trascendente⁴⁶⁵, al espíritu creado [del hombre] en el Espíritu increado de Dios. ¡Qué feliz sería el hombre si, en toda su vida, pudiera experimentar esta conversión esencial siquiera una sola vez!

⁴⁶⁴ Quizás hace referencia a TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, I, q. 95 a. 4 c.

⁴⁶⁵ En la edición latina de Surio: «Supersubstantiali».

11. Quien ha seguido a Dios y le ha sido fiel en aquella opresión de la que hemos hablado, el Señor le responde entregándose a sí mismo. Lo arrastra hacia el Abismo de su Ser y de su felicidad. Allí, [Dios] penetra tan felizmente el espíritu del hombre, bañándolo todo con su Divinidad, y a tal punto lo abisma en Él, que en la Unidad divina pierde toda multiplicidad.

Estos son, hijos míos, aquellos a quienes Dios alivia de sus trabajos, dándoles un verdadero pregusto de lo que será la felicidad eterna. Ellos son las columnas en las que se apoya la Iglesia, sin las cuales la cristiandad no duraría ni una sola hora [en pie]. Su sola existencia es, sin duda, mucho más noble y útil que toda la actividad del mundo entero. Ellos son de quienes dice el Señor: «*Quien los toca, toca la niña de mis ojos*»⁴⁶⁶. Por esta razón, guardaos de hacerles daño alguno.

Que el Señor nos conceda aspirar a esto del modo más perfecto y glorioso para Él, para alabanza y gloria suya. Amén.

⁴⁶⁶ Zac 2,12.

44. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DEL NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA

EL ABISMAMIENTO EN EL FONDO DEL ALMA

(V. 61, sobre Jn 1,7)

«Este ha venido a dar testimonio de la Luz» (Jn 1,7)

1. La santa Iglesia celebra hoy la fiesta de san Juan Bautista. Si quisiéramos alabarlo con palabras, nos quedaríamos muy cortos en comparación con el tono de dignidad y elevación con que lo ensalzó el Señor diciendo: «Entre los nacidos de mujer no ha habido uno mayor que Juan el Bautista»⁴⁶⁷.

El Señor dijo también: «¿Qué habéis salido a ver al desierto? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que profeta»⁴⁶⁸. Y asimismo: «¿Qué habéis salido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué habéis salido a ver? ¿A un hombre lujosamente vestido?»⁴⁶⁹. Es como si el Señor dijera: «Juan no es nada de esto».

El propio Juan dijo de sí mismo: «Yo soy la voz que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas»⁴⁷⁰. La santa Iglesia canta hoy de él que es «una lámpara que brilla y arde»⁴⁷¹. Y el evangelista Juan ha dicho de él, como refleja la cita que encabeza el sermón, que había venido «a dar testimonio de la Luz». Este es el tema de esta predicación.

⁴⁶⁷ Mt 11,11.

⁴⁶⁸ Mt 11,9.

⁴⁶⁹ Mt 11,7-8.

⁴⁷⁰ Jn 1,23.

⁴⁷¹ Jn 5,35.

[Las dificultades para recibir la Luz]

2. Después de semejantes elogios, ¿qué podremos decir nosotros que los supere? Pero volvamos al versículo objeto del sermón: «*Este ha venido para dar testimonio de la Luz*». Esta Luz de la que san Juan ha venido a dar testimonio, es una Luz esencial, trascendente, superior a todo conocimiento; una Luz eminentísima que brilla en la más honda intimidad del fondo del hombre.

Cuando esta Luz y este testimonio se dan al hombre y comienzan a tocarlo, este, [por desgracia,] en lugar de examinar atentamente dónde está [esa Luz], sale de su fondo interior e, invertido el orden [de lo que debería hacerse], vaga fuera [de su fondo, deambulando] de un lado a otro. Por eso no recibe este testimonio: por su actividad sensible, que está orientada al exterior.

Hay otros que tampoco reciben este testimonio: «*Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*»⁴⁷². Estos son contrarios a la Luz divina porque tienen un corazón mundano y son, como echa en cara san Juan Bautista a los fariseos, una «*raza de víboras*»⁴⁷³, mientras ellos aseguran ser «*hijos de Abrahán*»⁴⁷⁴. Como los fariseos, exhiben una santidad exterior. Son hostiles a todos los que aman esta Luz, lo cual es horrible y muy peligroso. Su conexión con esta Luz y con la fe misma pende de un hilo finísimo.

[Dios ayuda con su gracia y su gloria]

Como la naturaleza es débil y absolutamente impotente, Dios ayuda al hombre [que desea unirse a Él] con una fuerza sobrenatural, es decir, con la *luz de la gracia*, que es una luz creada que eleva la naturaleza muy por encima de sí misma y le aporta todo el alimento que necesita para este nuevo modo [de vida interior que el hombre desea abrazar].

⁴⁷² Jn 1,11.

⁴⁷³ Mt 3,7.

⁴⁷⁴ Mt 3,9.

Por encima de esta luz hay otra: la *luz de la gloria*. Esta fortalece la luz natural del intelecto creado para que pueda ver la Luz increada, que es la Luz divina, Dios mismo. Pues si queremos conocer a Dios, este conocimiento ha de hacerse por Dios, con Dios y en Dios; Dios por Dios, como dice el profeta [David]: «*En tu Luz veremos la Luz*»⁴⁷⁵. Esta es una Luz sobreabundante que «*ilumina a todo hombre que viene a este mundo*»⁴⁷⁶ y se difunde sobre todos, malos y buenos, como el sol brilla sobre todas las criaturas. Por eso, si algunos están ciegos, el mal es suyo.

Imaginad a un hombre que se encontrara en una casa oscura: le bastaría tener la luz suficiente para encontrar una abertura o una ventana por la que poder sacar la cabeza fuera, y entonces estaría sin duda en la luz.

[El testimonio de la Luz en las facultades del hombre]

3. «*Este vino para dar testimonio de la Luz*». Aquí debemos tener en cuenta algo importante: cómo hemos de comportarnos frente a esa Luz [divina] si queremos hacernos capaces de percibirla. En este sentido, debemos distanciarnos de todo lo temporal y caduco.

Este testimonio se da tanto en las facultades inferiores [o corpóreas] como en las superiores [o incorpóreas⁴⁷⁷]. Facultades inferiores son la concupiscible y la irascible.

[Hablemos en primer lugar de] la *facultad concupiscible*. A ella pertenecen los placeres. [Por ello,] para recibir este testimonio, [el hombre] tiene que distanciarse primero de los deleites sensibles de la naturaleza, en cualquier forma en que estos se le presenten: sea en las personas, en los vestidos o en cualquier otra cosa. Por decirlo en pocas palabras: cada vez que [el hombre] experimente placer o deleite en los sentidos. [Pero tengamos en cuenta que,] en cambio, Dios no prohíbe lo necesario para nuestro sustento. [Pues bien,] a

⁴⁷⁵ Sal 36,10.

⁴⁷⁶ Jn 1,9.

⁴⁷⁷ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

esta vida [de privación sensitiva] se la llama «solitaria». Puede ser llamada también «desierto en el que resuena la voz de Dios». Aquí el hombre renuncia a todo deleite interior y exterior de la naturaleza y del espíritu.

En segundo lugar, este testimonio se recibe en la *facultad irascible*, donde se da al hombre perseverancia y fortaleza para que, una vez recibido, este testimonio se haga sólido como una montaña de hierro, no como una caña que se agita de un lado a otro, cosa que el Señor negó que fuese Juan, añadiendo que [este] no era de los que se visten con *molicie*, es decir, de los que buscan y aman las comodidades del cuerpo. Es verdad que hay personas que desprecian esos regalos corporales, pero son como cañas sacudidas por el viento, pues, en cuanto reciben una palabra dura, insensata o irónica se agitan y perturban como una caña. ¿Pero qué daño puede haceros una palabra? [Sin embargo,] si el maligno os inspira [con sus malas artes] esto o aquello, entonces lo mismo os invade una tristeza desordenada que una alegría desmedida, y [como un péndulo] osciláis de un estado de ánimo a otro. Con razón se os llama «pueblo voluble como una caña».

4. Este testimonio se da también en las facultades superiores: en el intelecto y la voluntad –o el amor–. En el *intelecto* es «profeta». Se llama «profeta» al que ve de lejos. El intelecto ve tan lejos que es una verdadera maravilla. Cuando un hombre iluminado, que aún no ha alcanzado este grado [de conocimiento], percibe cosas secretas y divinas, su fondo [del alma] le da testimonio de la autenticidad de esos misterios. Pero el Señor dijo que Juan era «*más que un profeta*»⁴⁷⁸, y esto se comprende en ese fondo, donde el intelecto no puede llegar. Por eso podemos decir que «la Luz se ve *en* la luz», porque en la luz creada interior –que es la *luz de la gracia*–, cuando es ayudada por la *luz de la gloria*, se ve –es decir, se comprende– la Luz divina increada.

⁴⁷⁸ Mt 11,9.

[La experiencia del abismamiento]

Esto ocurre primero de manera velada, ya que las facultades [superiores e inferiores] no pueden llegar a este fondo [del alma], ni siquiera [acercarse] a mil millas. La extensión que se manifiesta en este fondo carece de imagen, forma y modo, y no tiene un «aquí» ni un «allí». Es un abismo inmenso, suspendido en sí mismo, sin fondo, como las corrientes del mar. Estas se retiran hacia las profundidades, de forma que parece como si allí no hubiera habido agua, y poco después irrumpen con gran fuerza, como si quisieran tragárselo todo. Así tiende este fondo hacia el Abismo, donde Dios tiene su morada mucho más verdaderamente que en el cielo⁴⁷⁹ o en las criaturas. Si un hombre pudiera llegar [por medio del recogimiento] a [ese Abismo], allí encontraría a Dios, se encontraría a sí mismo –simplemente– «en Dios»: pues Dios nunca se aleja de dicho fondo, y [, así, ese hombre] tendría a Dios presente. Aquí se experimenta y se gusta la eternidad, y no hay pasado ni futuro.

Ninguna luz creada puede llegar a este fondo ni brillar en él, pues es exclusivamente el lugar y la morada de Dios. Todas las criaturas juntas no podrían medir ni sondear este Abismo, contentarlo o satisfacerlo; solo Dios puede [hacerlo] en toda su inmensidad. Y la inmensidad de Dios no la llena nada salvo el Abismo de la Divinidad, como está escrito: «*El Abismo llama al Abismo*»⁴⁸⁰.

⁴⁷⁹ Entendemos que Taulero hace aquí referencia al cielo físico, al firmamento, pues en las Sagradas Escrituras se afirma repetidas veces, sobre todo en el capítulo cuarto del libro del Apocalipsis, que Cristo tiene su morada en el Cielo sobrenatural, es decir, en el Reino de los Cielos. Este no ocupa ningún espacio físico, es decir, no está «aquí» ni «allí», sino que es una dimensión abismalmente diferente a la dimensión espacio-temporal en la que ahora nosotros vivimos.

⁴⁸⁰ Sal 42,8. Taulero hace unas interpretaciones diferentes de este pasaje en el sermón 41, n. 7 y en el sermón 51, n. 8.

[El abismamiento transforma a la persona que lo experimenta]

Si se lo observa atentamente, este fondo [del alma] proyecta [su luz] hacia las potencias [que están] por debajo de él, e inclina y atrae a su Principio y Origen, que es Dios, tanto a las potencias inferiores como a las superiores. Esto sucede, insisto, si el hombre observa atentamente este fondo y, desde ese recogimiento, escucha la amorosa voz [que grita] en el «desierto», es decir, en este fondo que, a viva voz, invita a todas las cosas a que se ahonden en él cada vez más profundamente.

En este «desierto» reina una Soledad tan grande que ningún pensamiento ha podido jamás entrar en ella. De todos los conceptos que algunos se han formado acerca de la santísima Trinidad, ni uno solo ha llegado a ese fondo, porque es profundamente interior, muy distante, carente de todo lugar y tiempo, simple y sin distinción ninguna. Quien llega a él como se ha de llegar, se siente como si siempre hubiera estado allí y que es uno con el Uno. Aunque estuviese allí un solo instante, en él se manifiesta y se experimenta la eternidad. De aquí se proyecta una luz que *da testimonio* de que el hombre ha existido eternamente en Dios antes de ser creado. Cuando era «en Dios», [se podría decir que] el hombre era [de algún modo] «Dios en Dios» [porque la esencia del hombre, sin dejar de ser ella misma, estaba íntimamente unida a la Esencia de Dios].

San Juan dice: «Lo que ha sido hecho, era vida en Él»⁴⁸¹. Lo que es el hombre ahora, después de su creación, eso ha existido eternamente en Dios en su Ser increado. Por eso, en tanto que el hombre no vuelve a esa pureza original, desde la que pasó de ser increado a criatura, en modo alguno puede regresar a Dios. Lo diré más claramente: si toda inclinación pecaminosa, todo ver y saber egoístas, todo lo que mancha el fondo en cualquier forma de posesión y lo vuelve impuro; si todo lo que el hombre posee voluntariamente, en el ámbito de la naturaleza [material] o en el del

⁴⁸¹ Taulero parafrasea Jn 1,3-4, que dice así: «Todo se hizo por ella [la Palabra] y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres».

espíritu [inmaterial], para su propio deleite; y todo desorden que acepta conscientemente: si todo eso no lo elimina totalmente para así adquirir la pureza que tenía en su Origen, el hombre nunca volverá a su Principio, que es Dios.

Pero ni siquiera esto es suficiente para [alcanzar] esta pureza si el espíritu no es transformado primero por la *luz de la gracia*. Si uno alcanza perfectamente esta transformación y se recoge como debe en su fondo íntimo, podría concedérsele experimentar, en esta vida, cierto fulgor de la transformación suprema, sin la cual nadie puede llegar a Dios ni conocerlo, puesto que Él no puede ser perfectamente conocido salvo en la Luz increada que es Dios mismo: «*Señor, en tu Luz veremos la Luz*»⁴⁸².

5. Quien entra frecuentemente en su fondo interior, hasta el punto de convertir este ejercicio en hábito, percibe numerosos y nobles fulgores que le muestran qué es Dios, y así lo conoce más clara y evidentemente que los ojos corporales conocen al sol material y visible.

[Los filósofos paganos, abismándose en el fondo de su alma, conocieron a Dios]

Este fondo era tan familiar a los paganos que, despreciado todo lo caduco, lo buscaron y se entregaron completamente a él. Por este empeño, consiguieron asombrosos conocimientos acerca de él. Entre ellos surgieron grandes filósofos como Proclo, Platón y otros muchos que entregaron ese conocimiento a quienes por sí mismos no podían encontrarlo con tanta exactitud. San Agustín dice que Platón ha expuesto plenamente [los cinco primeros versículos de] el Evangelio de Juan, hasta el pasaje donde se dice [, hablando de san Juan Bautista]: «*Hubo un hombre enviado por Dios*»⁴⁸³, aunque [Platón lo hizo] con palabras oscuras y veladas. Así [aquellos filósofos paganos] llegaron a un conocimiento distinto de la santísima

⁴⁸² Sal 36,10.

⁴⁸³ Jn 1,6.

Trinidad. [Pero, dado que no se les anunció el Evangelio, podemos preguntarnos:] ¿De dónde les vino [ese conocimiento]? [Y la respuesta es esta:] De ese fondo interior para el que vivían y al que entregaban su tiempo y su atención.

Hijos míos, esto es una vergüenza y una deshonra para nosotros, pobres estériles, aunque seamos cristianos, [que contamos] con una ayuda tan grande a nuestra disposición: la gracia de Dios, la sagrada fe, los santos sacramentos y muchos otros apoyos importantes. Pero vamos dando vueltas como gallinas ciegas y no nos conocemos a nosotros mismos ni lo que hay en nuestro interior, completamente ignorantes de nuestro fondo.

¿Cuál es la razón de todo esto? Nuestra distracción y nuestra tendencia a «exteriorizarnos», a dar a los sentidos un protagonismo excesivo en nuestra actividad, a apegarnos a nuestras ideas y preferencias, entregándonos constantemente a prácticas exteriores, multiplicando la oración vocal, la lectura y el estudio por voluntad propia e interés personal, pero descuidando la dominación de las malas inclinaciones. Todas estas cosas nos estorban e impiden que entremos en nosotros mismos para poder llegar, en pureza y desnudez, al fondo de nuestra alma.

Amados hijos, si uno no puede llenar su copa con [buen] vino de Chipre, que la llene al menos de piedras y ceniza, no sea que, si permanece completamente hueca, entre el diablo y la ocupe. Para evitar esto, [dado que no nos entregamos a nuestro fondo interior] es preferible [llenarlo con] la recitación de muchas oraciones vocales.

[La unión con Dios. Los cuatro grados de amor a Dios⁴⁸⁴]

6. Hay otro testimonio en las facultades superiores, concretamente en la *facultad amativa*, que es la voluntad. Hoy la Iglesia canta que san Juan era «una lámpara que ardía y alumbraba»⁴⁸⁵.

⁴⁸⁴ El tema de este apartado está muy relacionado con el sermón 18, n. 4.

⁴⁸⁵ Jn 5,35.

Una lámpara, como sabéis, desprende calor y luz. Sientes el calor en las manos, pero no ves el fuego, a no ser que mires desde arriba. Tampoco ves la luz si no es a través de la pantalla. ¡Ojalá, hijos míos, consideráramos atentamente [el sentido de] estas cosas y observáramos más frecuentemente este calor y esa luz!

Por medio de estos [es decir, del calor y de la luz que sentimos en el fondo del alma] recibimos [de la facultad amativa] el *amor que hiere*, que nos conduce a este fondo. Mientras permanecemos en este amor, debemos estimularnos, tomar impulso y tensar nuestro «arco» tanto como sea posible [incrementando nuestro amor a Dios].

Pero cuando hayamos llegado al *amor prisionero* en este oculto Abismo [divino], allí hemos de abandonarnos al amor según su voluntad. Entonces no seremos dueños de nosotros mismos, ni habrá pensamiento alguno, ni actividad de las potencias, ni obras de virtud.

Pero si allí se nos concediera un espacio de libertad suficiente como para concebir un solo pensamiento, entonces regresaríamos al *amor que hiere*. En este momento, hemos de recuperar de inmediato nuestro impulso, elevarnos, estimular en nosotros el amor [a Dios], inflamarnos, agujonear el deseo y suplicar. El amor debe ser forzado por nosotros. Si uno no puede hablar, que piense y desee, y diga con san Agustín: «Señor, me mandaste que te amara “con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente”⁴⁸⁶. Concédeme amarte ante todo y por encima de todo». Pero si uno se siente tan torpe que no puede expresarlo con el pensamiento, que lo haga al menos con la boca. [Desgraciadamente,] no actúan así quienes se entregan a la quietud sin experiencia alguna, como si todo estuviera ya hecho, y no tienen este amor [a Dios].

Viene después el *amor languideciente* y, finalmente, en cuarto lugar, el *amor delirante*.

[Por desgracia,] ahora, amados hijos, el amor está en decadencia y la razón ha sido exaltada. Nunca antes como ahora los

⁴⁸⁶ Dt 6,5.

hombres han tenido tanta inteligencia y sagacidad para comprar y vender.

El *amor delirante* es comparado con una lámpara. Quien lo posee, siente su calor con tal intensidad que apenas puede contenerse y se lanza impulsivamente en busca del Amor [divino], sin saber que ya lo tiene. El amor [delirante] le consume entonces la sangre y la médula de los huesos. En este caso, lo más razonable es actuar con precaución para no destruir la naturaleza [es decir, la salud] imponiéndose prácticas y devociones externas según su voluntad propia. Así evitará que, cuando el amor vaya a realizar su obra, no tenga fuerzas para ello. Al amor hay que seguirlo en su ímpetu y en su acción. [Desgraciadamente,] algunos dicen que prefieren evitar ese ímpetu para que no les destruya y que, además, eso no va demasiado bien con su modo de vida.

Pero cuando este *amor delirante* invade al hombre, toda actividad humana desaparece. Entonces, Dios expresa en el hombre una Palabra [o un Verbo] que es mucho más noble y más útil que cien mil palabras de los hombres. Sobre esto dice Dionisio Areopagita:

«Cuando el Verbo eterno es expresado en el fondo del alma, si este fondo posee tal receptividad y está tan preparado que puede recibir aquel Verbo en su integridad, por modo de generación, y no solo por partes, sino todo entero, entonces el fondo se hace uno con el Verbo y es lo mismo en el Verbo, pero el fondo permanece siendo siempre una criatura según su esencia».

Esto lo atestigua nuestro Señor Jesucristo, cuando dice: «*Padre, quiero que sean uno, como nosotros somos uno*»⁴⁸⁷, y cuando dice a san Agustín: «Tú serás cambiado en Mí»⁴⁸⁸. Hijos míos, hasta aquí no hay otro modo de llegar sino por la vía del amor.

⁴⁸⁷ Jn 17,11.

⁴⁸⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, VII,10,16.

[Enderezar las sendas que nos llevan al fondo del alma]

7. Oigamos ahora lo que dice de sí mismo Juan el Bautista: «Yo soy la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor –que es el camino de la virtud–, enderezad sus sendas»⁴⁸⁹.

Los caminos están muy transitados. [Sin embargo,] las sendas son más rápidas. [Por desgracia,] si uno tuviera que buscar las sendas en un campo de trigo, se fatigaría mucho y se extraviaría. Pero las sendas son más cortas y hacen el trayecto mucho más breve que las grandes calzadas públicas. Si uno pudiera encontrar las sendas que conducen al fondo [del alma], ¡cuánto abreviaría su camino! ¡Cuánto tiempo ahorraría!

Si [el hombre] simplemente prestara atención a su fondo y, ante todo, permaneciera en sí mismo, [entonces] observaría también las sendas que conducen al fondo: sendas salvajes, sutiles y extrañas, oscuras y desconocidas. Ninguna adversidad, ninguna opresión interior o exterior, ningún defecto o falta que sufriera el hombre, impediría que dichas sendas lo condujeran, lo invitaran y lo empujaran a su fondo.

Además, estas sendas interiores deben ser enderezadas y cuidadosamente observadas para advertir cuáles de ellas son las que llevan desde nuestro espíritu hacia Dios y desde Dios hacia nuestro espíritu. Pues estas sendas son muy sutiles y escondidas.

Muchos trastornan estas sendas dedicándose exclusivamente a devociones externas, derramándose en mil actividades exteriores, haciendo como uno que, queriendo ir a Roma, que está arriba, bajara⁴⁹⁰ a Holanda: [actuando así,] cuanto más avanzara, más se alejaría de su destino. Y cuando se da cuenta y quiere volver a hacer la senda recta, ya ha envejecido y tiene debilitada su cabeza, de manera que no puede satisfacer a las obras del amor ni a su ímpetu.

⁴⁸⁹ Jn 1,23.

⁴⁹⁰ Desde la zona renana se llega a Holanda bajando el río Rin y a Roma subiéndolo.

[La importancia del amor]

Cuando el hombre se encuentra en medio de este ímpetu o vehemencia del amor, no debe pensar en sus pecados, ni en la humildad, ni en ninguna otra cosa salvo en esto: en satisfacer aquello que el amor obra en su alma. Puede experimentarse también su ímpetu en la aridez, la renuncia y la dureza. En tales situaciones, hemos de abandonarnos al amor, conservando una fe íntegra en él, manteniéndonos en la pobreza y el alejamiento de todas las cosas que no son el amor, anhelándolo con un deseo constante, con una confianza plena y certísima, uniéndonos inseparablemente a él. Tenedlo por seguro: cuando el hombre actúa así, la grandeza de lo que entonces recibirá nadie puede expresarla dignamente.

Hijos míos, si no conservamos una fe plena en el amor, nuestro deseo se debilita y el amor se vuelve tibio. De esta manera, no obtenemos fruto alguno y permanecemos huecos.

8. Y aunque uno tenga todos los signos y pruebas de amor que puedan tenerse, si no encuentra en su interior este testimonio del amor, todo lo demás es oquedad. El diablo alimenta esta oquedad en el hombre manteniéndole en la ilusión de que tiene amor, pero su intención es que no consiga ese testimonio del verdadero amor. Del verdadero amor, insisto. El espíritu maligno le deja disfrutar de un amor engañoso y le hace creer que ama verdaderamente a Dios. Pero si examina bien su fondo, descubrirá cómo es realmente ese [falso] amor [que siente].

Esto es, amados hijos, lo que os falta: saber entrar en vuestro fondo. Si llegaseis a él, veríais que la gracia os alienta y estimula sin descanso a mantener el espíritu elevado por encima de vosotros mismos. Pero la mayoría de los hombres ofrecen tal resistencia a este estímulo que se hacen indignos de recuperarla. La causa principal de esta ruina es su afán de autocomplacencia. Pero si fuesen dóciles a los destellos de la gracia, estos los conducirían no solo a su fondo, sino también a una unión con Dios tan grande que sentirían en el tiempo los disfrutes de la vida eterna, como la experiencia [de los contemplativos] ha probado frecuentemente.

Dios todopoderoso se digne concedernos a todos [esta gracia].
Amén.

**45. PRIMER SERMÓN PARA EL OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN EL FONDO DEL ALMA

(V. 43, sobre Rom 8,14)

*«Los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios»
(Rom 8,14).*

1. El Evangelio de este domingo dice: *«Cuidaos de los falsos profetas»*⁴⁹¹. [De esto voy a hablar en esta homilía.]

Todas las obras de todos los hombres y de todas las criaturas juntas, las que realizan ahora y las que harán de aquí hasta el fin del mundo, son una pura nada, por grandes y nobles que sean, en comparación con la obra más pequeña que Dios hace en el *hombre perfecto* por medio de la gracia, pues esta obra está inspirada por el Espíritu Santo. Cuanto Dios todopoderoso es superior a todas las criaturas, tanto mejores y más eminentes son sus obras que todas las obras, modos, planes y conceptos que la humanidad entera pueda concebir.

[La acción del Espíritu Santo en el fondo del alma]

Muchas veces, el Espíritu Santo viene al hombre y lo amonesta, lo exhorta, lo mueve y lo impulsa en su fondo interior; también hace todo esto desde fuera, valiéndose de los doctores de la Iglesia, como si dijera: «Amado mío, si tú quisieras abandonarte a Mí y seguirme a Mí solo, te conduciría hasta la misma senda de la verdad, donde me sería posible obrar en ti y modelarte».

⁴⁹¹ Mt 7,15.

Pero es lamentable, hijos míos, que hoy haya tan pocos que quieran seguir a este sabio y óptimo Consejero, y hacer caso de sus amonestaciones. Sin embargo, sienten un apego extraordinario a sus propios conceptos, planes y modos de hacer que son elegidos por ellos mismos, y a las solas actividades ciegas de los sentidos, que impiden la amorosa acción y la obra del Espíritu Santo. Enredados de tal modo, ¿cómo podrían oír la voz del Espíritu Santo, comprender su Palabra y dejarle actuar?

Hay algo muy cierto: para oír la voz del Espíritu Santo es preciso estar en calma, permanecer a la escucha, callar. Pues para que Dios hable, todo debe guardar silencio. Para que Dios obre en el hombre propiamente y de modo excelente, hay que darle lugar y espacio, y dejarle actuar. Dos acciones no pueden darse juntas a no ser que una se comporte como *paciente* y la otra como *agente*.

Pero no quiero que se me interprete como si yo quisiera decir que personas jóvenes, fuertes y sin experiencia no deban ejercitarse en actividad alguna. Al contrario, estos necesitan ejercitarse intensamente en numerosas prácticas y obras buenas, interiores y exteriores, sobre todo en las que tengan que hacer por obediencia. Yo me refería, más bien, a aquellos que, bien experimentados ya en esta clase de ejercicios, aspiran a la perfección de los hijos amadísimos de Dios, cuyos caminos han de ser muy diferentes de los que transitan los *principiantes*.

[Los seis grados de relación con Dios]

2. [1º] Ahora, si echamos un vistazo al mundo, vemos que la mayor parte de los hombres parecen ser *enemigos de Dios*.

[2º] Otros sirven a Dios como *por coacción*, porque hay que forzarlos al servicio de Dios; y en lo poco que hacen, no les mueve el amor a Dios ni la devoción, sino el temor. Todos estos son personas sin gracia ni amor, ya sean seculares o religiosos. Casi hay que empujarles para que acudan a la oración comunitaria o al culto divino.

[3º] Otros son vulgares *mercenarios*, como ciertos sacerdotes y monjas, y otros de esta clase, que sirven a Dios por las ganancias que reciben por el hecho de ostentar un cargo eclesiástico o de acudir al Oficio divino, de modo que, si no estuvieran seguros de conseguir tales ganancias, renunciarían a servir al Señor y volverían a su vómito y al bando de los enemigos de Dios. Todos estos apenas tienen valor a los ojos de Dios y, a la vista de cómo es su servicio, no podrán ser anotados en la lista de sus hijos. Aunque realicen grandes obras exteriores, estas no agradan a Dios porque no las hacen por Él, sino por puro egoísmo.

3. [4º] Otros son *hijos de Dios, pero no los más queridos*. Entre estos se cuentan aquellos que están apegados a sus propias prácticas exteriores o interiores, a sus ideas y modos, haciendo sus propias obras sin aspirar a otras más perfectas. Esos se quedan pegados a la corteza del árbol y se agarran a ella con todas sus fuerzas, pero no quieren subir al árbol mismo. Se contentan con su manera de hacer, a la que viven aferrados, y piensan de modo totalmente sensible. Tales personas no solo aprecian a Dios siguiendo esa vía espiritual basada en las imágenes, sino que incluso lo aman y a su vez son amadas por Él. Por eso, como he dicho, son hijos de Dios, pero no los más queridos. ¿Por qué? Porque se apegan demasiado a sus propias obras y no tienen paz hasta que las han llevado a término.

4. Pero los *hijos más queridos de Dios*, de los que habla el Apóstol, esos [en lugar de ser movidos –ascéticamente– por su propio esfuerzo] «*son conducidos por el Espíritu de Dios*» [es decir, actúan pasivamente, esto es: místicamente]. ¿Cómo sucede esto? San Agustín lo explica del siguiente modo. El Espíritu Santo actúa en el hombre de dos modos:

[5º] En el primero, pone orden en el espíritu del hombre y lo mueve poco a poco, lo exhorta, lo invita y lo empuja a una vida ordenada y virtuosa. Esto lo hace en todos aquellos que están atentos a Él y le dejan actuar, siendo *obedientes a sus consejos*.

[6º] El segundo modo es el que usa Dios propiamente con sus hijos. Consiste en que Dios los arrebatara repentinamente, en un instante, por encima de todos los modos y caminos, por encima de

su virtud o capacidad, por encima de todas sus obras, y los conduce a un grado mucho más elevado y a una meta más alta. Estos son *los hijos más amados de Dios*.

[Los impedimentos para mejorar nuestra relación con Dios]

Pero muchos, por desgracia, no se atreven a abandonarse a la acción de Dios, sino que prefieren aferrarse a sus prácticas y confiar en ellas más de lo que deben. ¿No se parecen estos a quienes, para transportar un tesoro por un mar vasto y profundo, toman con mucho esfuerzo una ruta equivocada, donde todo está cubierto por la oscuridad y la niebla, y donde las sucias gotas del mar afean el tesoro y lo cubren de herrumbre?

Puestos en esta situación, si una persona importante y digna de fe les saliera al encuentro y les dijera que dieran la vuelta al barco y le siguieran, prometiéndoles llevarlos por una ruta mucho más agradable, donde la claridad y el brillo del sol lo iluminaran todo, donde sintieran las caricias de la brisa marina, donde reinara una serenidad absoluta y los rayos de un sol centelleante pudieran secar el tesoro humedecido y devolverle la gracia y la belleza anteriores, una vez limpiada toda la herrumbre, y donde no experimentarían la misma angustia que en este extravío, ¿quién dudaría de que le obedecerían de buen grado y lo seguirían con alborozo como guía de un camino más seguro?

Así pues, nosotros somos quienes llevamos un tesoro tan valioso por el mar tempestuoso de este mundo. El barco en el que navegamos es nuestra sensualidad. Con este barco nos alejamos hacia una exterioridad que nosotros mismos hemos elegido: nos imponemos obras, modos, prácticas, y solo trabajamos conforme a nuestros planes, adentrándonos con ello en una niebla espesa y oscura, es decir, en la ceguera de la mente y la ignorancia de [quiénes somos] nosotros mismos.

Pero el diablo, enemigo de todo bien, nos salpica con algunas gotas impuras, con las que ensucia nuestro tesoro. Esas gotas son la vana autocomplacencia en todo lo que hacemos por propia

iniciativa, la soberbia, la voluntad propia, la presunción, la falta de desapego, la envidia, la melancolía y otros vicios semejantes, sin duda gotas sucísimas con las que el maligno mancha y corrompe nuestro noble tesoro.

Algunos, al advertir estas manchas, se apresuran a limpiarlas por medio de [el sacramento de] la Confesión. Pero se pierden yendo de aquí para allá, buscando el remedio únicamente fuera [de sí mismos], lo que los lleva a caer más profundamente en la misma niebla. Pero si ellos miraran en su interior, si reconocieran su debilidad y la confesaran ante Dios declarándose culpables en su presencia, esto sería suficiente hasta que, en el momento oportuno, se confesaran [sacramentalmente] ante un sacerdote de acuerdo con lo instituido por la santa Iglesia.

Además, mientras nos encontramos inmersos en esta niebla, el Espíritu Santo nos habla interiormente, diciendo: «Amadísimos, si no os diera pereza seguirme, yo os acompañaría por un camino segurísimo». ¿Quién se negaría a confiar en tan fiel Consejero y seguirlo? ¡Ojalá fuéramos tan afortunados y tan sabios que, renunciando a nosotros mismos, nos dejáramos guiar por el Espíritu de Dios y nos esforzáramos en seguir sus indicaciones, sus consejos y mociones! ¡Qué bien nos iría! Pero, desgraciadamente, no lo hacemos. Nos aferramos a nuestros propios planes e ideas, a modos sensuales que hemos tomado de fuera siguiendo el consejo y el juicio de nuestra voluntad.

Pero no quiero que se entienda que no debemos emprender buenos proyectos, modos y ejercicios interiores. No es eso. Lo que quiero decir es que no hay que agarrarlos como si fueran nuestros; al contrario, aguardemos, con abandono confiado, a la voluntad y a la acción de Dios en ellos.

[El peligro de las prácticas autoimpuestas: la vanagloria]

5. No destruyamos la obra de Dios por una estima presuntuosa y desmedida de nuestros actos, y por apegarnos a nuestros modos de pensar y a nuestra inteligencia natural. Los que

hacen esto se parecen a un huerto sembrado de árboles de gran belleza repletos de frutos, pero podridos, que se caen antes de madurar. Ese mismo huerto contendría preciosas hierbas aromáticas que los gusanos, saliendo de aquellos frutos, corroerían y destruirían. Pero tales frutos, mientras están en la tierra y las manos no los tocan, conservan una belleza [exterior] no menor que los que no están podridos. ¿Qué significa esto? Que debemos poner todo nuestro cuidado en mantener totalmente puro el fondo [interior], pues de lo contrario no complaceríamos a Dios.

Pero, por retomar la imagen de los frutos, en mi opinión apenas podrá hallarse entre ellos dos completamente sanos, no picados. Aunque ofrezcan una apariencia [exterior] de belleza, por dentro los encontrarás defectuosos. Del mismo modo, hay numerosas prácticas de buena apariencia, modos de vida muy elevados, palabras y obras, que en su fondo interior están corroídas por los gusanos o, al menos, pueden llegar a estarlo. Y aquí nada se excluye: ni la vida activa, ni la vida contemplativa, ni el júbilo ni la contemplación, incluso el raptó hasta el Tercer Cielo⁴⁹², como le ocurrió a san Pablo, a quien se le dio un ángel de Satanás que lo abofeteaba para que no se enorgulleciera por la importancia de las revelaciones [que se le hicieron]⁴⁹³. Tampoco se excluyen las profecías, ni las virtudes, ni los prodigios, ni la curación de enfermedades, ni el discernimiento de espíritus, ni el conocimiento de todos los secretos. En resumen, todos los modos de vida que puedan considerarse, podrán corromperse o corroerse si no permanecemos vigilantes, si no estamos en guardia.

Hablemos de aquellas prácticas que son de uso más común, conocidas por todos. Muchos dan limosnas y hacen grandes obras, son muy caritativos y enormemente generosos. Pero si [en el exterior] nadie tuviera constancia de ellas, salvo Dios, les molestaría mucho y no gozarían de una paz completa. Eso es síntoma de que en el fondo buscan la alabanza. Por tanto, todas sus obras y su generosidad están podridas y viciadas [por dentro].

⁴⁹² Cf. 2Cor 12,2.

⁴⁹³ Cf. 2Cor 12,7.

¿Quieres ver más claramente que la mayoría da limosna por interés personal y deseando que todos lo sepan? Mira cómo encargan vidrieras, altares, ornamentos sacerdotales y les graban sus escudos para que a todos conste su generosidad. Pero con ello «ya han recibido su recompensa»⁴⁹⁴. Se excusan diciendo que al actuar así solo buscan que se rece por ellos. Mucho más útil les sería dar una pequeña limosna, ofrecida en secreto a Dios y oculta de todos, que la construcción de un gran templo que les dé notoriedad ante el mundo y gracias al cual se ofrecieran oraciones por sus almas. Dios suplirá fácilmente todas las oraciones del mundo con tal de que ofrezcan a Dios solo sus buenas obras y confíen en Él. Pues una sola limosna, dada con intención pura y confiada en Dios, es una oración más eficaz que todas las oraciones del mundo entero.

Por eso son tantos los que han desperdiciado innumerables obras y apenas han realizado alguna obra buena en toda su vida, sea en ofrenda y culto a Dios o en servicio de los hombres, bien se trate de vigiliias, ayunos o donación de limosnas, pues en el fondo se buscaban a sí mismos y esperaban algo a cambio, bien de parte de Dios, bien de los hombres. La corrupción de muchos llega a tal punto que quieren ser vistos o conocidos por lo que hacen y arden en deseos por retener algo suyo.

6. Hijos míos, todas las obras que se realizan con este apego son defectuosas, aunque sean tan numerosas que llenen el mundo entero. Y no es esta opinión mía, sino de la propia Verdad, que la confirma en muchos lugares y da testimonio evidente de ella en [el Evangelio según san] Mateo, cuando dice:

*«Cuando ayunéis no estéis tristes, como los hipócritas. Pues desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo que han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro para que tu ayuno no sea visto por los hombres, sino por tu Padre, que está en lo secreto. Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará»*⁴⁹⁵.

⁴⁹⁴ Mt 6,2.

⁴⁹⁵ Mt 6,16-18.

Estas palabras no deben entenderse solo en relación con el ayuno, sino también con otras buenas prácticas religiosas. En efecto, un poco antes dice el Señor en el mismo Evangelio:

«Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos. Cuando, pues, des limosna, no toques la trompeta delante de ti –esto lo hacéis cuando ponéis marcas a vuestras limosnas–, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu [mano] izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará»⁴⁹⁶.

Y poco después:

«Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará»⁴⁹⁷.

Por tanto, amadísimos, recibid estas palabras no como mías, sino como procedentes de la Verdad misma. Al mismo tiempo, considerad si obtendréis de Dios algún fruto por las obras que no habéis hecho solo por Él, y si, como dije, son todas ellas defectuosas.

[Cuatro condiciones para mantener la pureza de las obras]

7. Ahora, si os apetece escucharme, os mostraré cuatro puntos que, si uno se esfuerza en observarlos, la corrupción jamás tocará sus obras.

El primero es que el hombre debe *considerar sus obras carentes de valor* y hacerlas todas, tanto las interiores como las exteriores, con tal disposición de ánimo que no aspire a recibir nada [a cambio] de ellas, salvo a Dios, amándolo y buscándolo a Él solo, y ha de alegrarse cuando estas obras son agradables y preciosas a los ojos de

⁴⁹⁶ Mt 6,1-4.

⁴⁹⁷ Mt 6,6.

Dios. Y si no lo son, esté seguro de que las ha hecho en vano porque no ha buscado en ellas únicamente la alabanza y el amor a Dios.

El segundo es tener un *ánimo infinitamente humilde y obediente*, no solo con respecto a Dios, sino también con respecto a todos los hombres, desde el más pequeño al más importante, como hacía el venerable maestro [santo] Tomás de Aquino. De él se lee que, en cierta ocasión, estando en el convento de Bolonia y encontrándose en el claustro, como solía, entregado a la contemplación, un hermano de otro convento, que no conocía al maestro, se acercó a él, previo permiso del prior, para pedirle que le acompañara a la ciudad a realizar cierta gestión. Así le habló: «Querido hermano, el prior manda que me acompañes». El maestro, inclinando la cabeza, le obedeció de inmediato. Pero al no poder seguir a aquel hermano con igual rapidez y al reprenderle este continuamente, se excusaba con humildad. Más tarde, al enterarse por otros de quién era aquel insigne fraile, el hermano le pidió perdón. Así es como debemos actuar nosotros, con una profunda humildad ante todos.

El tercero es que, anclado en una humildad profundísima, debe *mantener constantemente la consciencia de su propia nada*, que es lo único que tiene como propio, y vivir abismado en ella. Pues si tiene alguna otra cosa fuera de esa nada, eso no le pertenece en absoluto. Todas sus obras y todos sus actos, en cuanto que son suyos, ha de tenerlos por corrompidos, y a sí mismo [tenerse] en el mismo concepto. En este sentido, cierto hermano de nuestra Orden, un hombre santo –por quien el Señor, a causa de su [santidad de] vida, se dignó hacer muchos prodigios y signos–, estando a mi lado en el coro, me decía desde el fondo de su corazón: «Ten por cierto que soy el pecador más grande y vil del mundo entero». [Pues bien,] esto es lo que debe sentir el hombre de sí mismo y confesarlo sinceramente, porque si Dios hubiera concedido al peor de los pecadores tantos bienes como me entregó a mí, [ese pecador] podría haberse convertido en un gran santo. Cuantos tienen verdaderamente este fondo de humildad, jamás juzgan a nadie ni las obras de nadie. Y si presencian una acción claramente mala, ponen de inmediato ante sus ojos su propia debilidad y así se abstienen de juzgarla.

El cuarto es que el hombre debe seguir siempre *prácticas humildes y temer los ocultos juicios de Dios*, pero no como quienes se desesperan, sino como un amigo sincero que se preocupa de no ofender a su amigo.

Estos cuatro puntos los describió san Bernardo. Quiero que sepáis que, quien no se esfuerce en cumplirlos, aunque haga tantas obras buenas como el mundo entero podría hacer, todas ellas, con absoluta seguridad, estarán invadidas por la corrupción.

[Los hombres que por fuera son puros]

8. Hoy, en el huerto de la Iglesia, hay árboles diversos y muy nobles que producen abundantes frutos: las *personas humildes*. Estas son las únicas que producen frutos verdaderos.

Pero entre estos árboles, hay otros que solo producen frutos podridos que, no obstante, [por fuera] ofrecen una apariencia saludable, incluso a veces más saludable y bella que los que están sanos, y mientras el cielo está tranquilo y sereno se mantienen colgados de los árboles. Pero en cuanto estalla la tempestad y los vientos soplan con furia, caen de inmediato al suelo. Entonces, queda a la vista de todos que por dentro están corroídos por los gusanos y que no sirven para nada. Y esos gusanos, que salen en tropel de los frutos, devoran, corroen y afean las buenas hierbas de este huerto.

Esos árboles repletos de frutos podridos son personas egoístas, poco abandonadas [en Dios], insolentes y presuntuosas, que se apoyan y confían en exceso en sus prácticas, en su inteligencia, en su santidad aparente y en sus grandes obras, más numerosas que las de los verdaderamente justos, y dan mucha importancia y sienten un apego enorme a sus propias ideas, proyectos y modos, que han asumido no por precepto de la Iglesia, sino de su propia cabeza. Mientras todo está tranquilo y ellos gozan de su paz; mientras el sol brilla sobre su modo de vida y les va bien con él, sus obras exhiben [por fuera] una santidad y un brillo mayores que los de las personas auténticamente justas.

Pero cuando se desatan los vientos de horribles «tempestades», –como [, por ejemplo,] el ataque a la fe, que incluso en nuestros tiempos puede ocurrir–, y [sobreviene] la furia de impetuosas «tormentas», tales personas se derrumban estrepitosamente porque tienen su fondo interior corroído y podrido, de manera que no les sirve para nada. Y los «gusanos» que tienen dentro, salen de ellos y corrompen las «buenas hierbas», es decir, envenenan y pervierten con su falsa libertad y su corrupta doctrina a gentes pobres, incultas y sencillas.

Mas, en la hora de la muerte, ¡qué enormes desdichas, qué calamidades y angustias los envolverán cuando en su fondo no encuentren a Dios esencialmente, sino una pura ficción! Si alguno de ellos se salva, téngase por muy afortunado, pues caminan, aunque ocultamente, por la senda ancha y espaciosa, siguiendo las tendencias, impulsos, afectos y deseos de su naturaleza. Pero no van por la senda estrecha⁴⁹⁸ del verdadero y profundo abandono, y jamás han querido renunciar a sí mismos, abandonarse del todo [a Dios] ni desprenderse de los apetitos de su naturaleza. Y aunque sigan por un tiempo este camino estrecho, no tardan en volver a la senda ancha de sus apetencias naturales.

[Los hombres que por dentro son puros]

9. Pero para no extendernos más en la consideración de estos hombres corruptos, volvamos a nuestro tema. Como había empezado a decir [al comienzo de esta homilía]: «*Los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios*». Tales son quienes tienen un deseo continuo y un cuidado máximo no solo de estar atentos a la voluntad, a las inspiraciones y a los consejos del Espíritu Santo, sino que también [están dispuestos] a responder a ellos y cumplirlos.

A estos se les propone un camino largo y desierto por el que deben aventurarse. [Pero] si lo hacen sin miedo y con confianza, y se

⁴⁹⁸ Cf. Mt 7,14.

atreven a ponerse en manos del Espíritu Santo, obtendrán de ello un fruto indescriptible. Lo único que tienen que hacer es recogerse interiormente y estar atentos a las obras del Espíritu en ellos. Allí descubrirán las maravillas que Dios realiza en ellos y que estas obras están muy por encima de los sentidos, la naturaleza y el intelecto. Si durante un año no hicieran otra cosa salvo estar atentos a esta acción de Dios en ellos, aunque no hicieran ninguna otra obra buena, habrían empleado el año de la mejor manera posible. Y si percibieran siquiera una pizca de esta actividad secreta que Dios obra en su fondo; más aún, aunque no percibieran nada, aquel año les habría sido mucho más provechoso que todos los años en que hubieran realizado un sinnúmero de obras con su propio esfuerzo. Como ya he dicho anteriormente: con Dios nada puede perderse. Y esta es una obra de Dios, no del hombre.

Dios es, sin duda alguna, mucho más noble que las criaturas. Por tanto, su obra supera en mucho toda acción de las criaturas. [Quienes están atentos a las mociones del Espíritu Santo] dejan, en cierto modo, toda práctica [devocional] exterior porque tienen mucho trabajo por hacer en su interior. Aquí se encuentra una paz perfecta y una seguridad plena. Pero ¿quién puede convencer de ello a los hombres? Pues, en efecto, no entienden estas cosas y ponen como excusa la debilidad de su cabeza.

Hijos míos, tened por cierto que *«toda planta que no haya plantado el Padre celestial, será arrancada de raíz»*⁴⁹⁹. Pensadlo bien: ¿con qué Amor honrará Dios todopoderoso a aquel que le ha preparado un lugar en su corazón, para que Él pueda llevar a cabo en el alma su noble y dulce obra, y gozar de su presencia? Con un Amor tan grande y elevado que supera la inteligencia de los hombres y de los ángeles, es decir, con el mismo Amor con que honra a su Hijo unigénito. Este modo de actuar que usa el Espíritu Santo con el hombre conduce a un abismo.

En cierta ocasión, los discípulos de Dionisio [Areopagita] le preguntaban admirados por qué Timoteo, condiscípulo suyo,

⁴⁹⁹ Mt 15,13.

progresaba más rápidamente que ellos cuando hacían tantas obras buenas como él. Dionisio les respondió que Timoteo era un hombre que –pasivamente– se dejaba guiar por Dios.

Todo esto se realiza sobre la base de una fe viva, y, en su excelencia, es muy superior a todas las obras externas del mundo. En este modo de vida nada es tan necesario para el hombre como *abismarse en el fondo de su propia nada*. Así, no cometerá la torpeza de atribuirse ni un ápice de la obra divina, sino que dejará a Dios lo que es de Dios y al hombre lo que es del hombre⁵⁰⁰, es decir, su nada. Pues si se atribuyera algo de la obra divina, esto sería la peor de todas las caídas.

Por tanto, que Dios nos ayude a comportarnos frente a su acción como es conveniente, Él, que es el único que puede concedérselo, Dios todopoderoso y glorioso. A Él toda la alabanza y honor por los siglos de los siglos. Amén.

⁵⁰⁰ Cf. Lc 20,25.

**46. SEGUNDO SERMÓN PARA EL OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE LA
FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

EL VACIAMIENTO INTERIOR PARA ACOGER LA PALABRA DE DIOS

(V. 72, sobre Lc 19,41)

*«Estando Jesús cerca de Jerusalén, al verla, lloró sobre ella»
(Lc 19,41).*

1. En aquel tiempo, estando Jesús cerca de Jerusalén...

...«al verla, lloró sobre ella, diciendo: “¡Oh, si también tú conocieses, por lo menos en este tu día, lo que conduce a la paz! Mas ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con trincheras, y te sitiaron, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán por tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visita”. Y entrando en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, diciéndoles: “Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”. Y enseñaba cada día en el templo»⁵⁰¹.

[La falsa paz de los corazones mundanos]

Amadísimos, esta ciudad sobre la que el Señor lloró es, en primer lugar, la santa Iglesia, esto es, toda la cristiandad. En segundo lugar, simboliza a los corazones mundanos, es decir, a los hombres que viven entregados a este mundo, a los que el Señor lloró, pues, sin duda, merecen ser llorados con abundantes lágrimas; en realidad, nunca se les llorará lo suficiente porque ni conocen ni

⁵⁰¹ Lc 19,41-47.

quieren conocer el día de la visita del Señor. ¡Ojalá lo conocieran! Pero lo rechazan obstinadamente y, [a pesar de ello], disfrutan de una gran paz.

Cuando el Señor lloró sobre Jerusalén, todo estaba en calma y sus habitantes disfrutaban de una gran alegría y mucha paz. ¿Y a quiénes representan estos sino a quienes viven, desgraciadamente, conforme a sus deseos, dando satisfacción a los sentidos externos? Esos, en efecto, disfrutan de una gran paz cuando poseen con abundancia todos los bienes: poder, parientes, amigos, riquezas, honor y cosas semejantes, todo lo que puede satisfacer los deseos de su corazón. El disfrute de estas posesiones les hace sentirse muy seguros y les crea la ilusión de que van a vivir eternamente en este mundo. Entretanto, se confiesan, rezan y juzgan que todo lo suyo está a salvo. Y no intentes explicarles que se encuentran en un error. Se desesperarían, pues presumen de su justicia y se sienten completamente seguros en ella.

Pero ¿qué viene después de esta alegría, después de esta paz y seguridad? «*Los rodearán sus enemigos y los acosarán por todas partes, y no dejarán en ellos piedra sobre piedra*». Cuando llegue el tiempo de la visita –el día en que Dios los visitará–, cuando hayan abandonado esta vida, [entonces,] los espíritus infernales, crueles enemigos de las almas, se precipitarán [sobre ellos] y los rodearán por todas partes con el foso de una desesperación angustiosa. Por mucho que se empeñen en huir, caerán en ese foso y no podrán concebir siquiera un solo pensamiento sobre Dios. Y no hay que sorprenderse [de esto, pues] nunca han acogido a Dios en su interior por amor y no han querido tenerlo como fundamento en el que apoyarse y sobre el que edificar. No les ha movido otra cosa que dar satisfacción a sus placeres e inclinaciones.

Pero, una vez que los demonios echan abajo su fundamento, toda la paz edificada sobre él se desploma. A esa paz le sigue una confusión insoportable, eterna, perpetua, temible para todos los hombres. El solo pensamiento [de esa confusión terrible] les consumirá, les hará enloquecer y verter lágrimas de sangre.

El Señor no lloró sin una poderosa razón. Pues, en efecto, entonces era lamentable –y aún lo sigue siendo– que esos desdichados no quisieran darse cuenta de su estado, como dijo entonces el Señor: «*Si [lo] conocieses tú también, llorarías*⁵⁰²». ¿No es motivo de copioso llanto lo que leemos en san Juan: «*Porque todo lo que hay en el mundo es deseo pecaminoso de la carne, deseo pecaminoso de los ojos y soberbia de la vida*»?⁵⁰³.

«¡Ojalá podáis entender qué juicio pronunciará un día Dios, juez justo, sobre ellos! ¡Ojalá conocierais el día, terrible para todos los hombres, de aquel juicio espantoso y de aquella confusión, a la que no seguirá ninguna paz!». Estas palabras no son mías, sino de san Gregorio, de una de sus homilías.

[El vaciamiento interior de toda imagen mundana]

2. Luego, el Señor «*habiendo entrado en el templo, empezó a expulsar a los vendedores y compradores, diciéndoles: “Está escrito: mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones”*». ¿Qué es aquel templo o casa de oración que ha sido convertida en cueva de ladrones? Sin duda, el alma y el cuerpo del hombre, que son más propiamente templo de Dios que todos los templos materiales jamás edificadas, como dijo el Apóstol: «*Santo es el templo de Dios, que sois vosotros*»⁵⁰⁴.

Este templo adonde el Señor se dispone a subir, ha sido convertido en cueva de ladrones y casa de comercio. ¿Qué significa «comprar»? ¿Qué significa «vender»? Los hombres suelen cambiar el trigo que tienen por el vino del que carecen, y así se hace un trato. ¿Quiénes son los «comerciantes»? Los que cambian las mercancías que tienen por aquellas que no tienen. Los hombres, puesto que nada les es más propio que la libre voluntad, cambian esta por el disfrute de las cosas temporales, sean cuales sean. Por eso, ellos

⁵⁰² Taulero añade «llorarías» al texto bíblico.

⁵⁰³ 1Jn 2,16.

⁵⁰⁴ 1Cor 3,17.

buscan el placer dondequiera que pueden: en la comida, en la bebida, en los vestidos, en las joyas, en la vana autocomplacencia, en otros hombres. Y, lo que es más sorprendente, al final buscan a alguien a quien amar de manera especial. Dicen: «Ay, Señor, no hay mal en ello. Es un amor espiritual con el que nos amamos mutuamente. A veces hay que recrear el ánimo. Ni podemos ni queremos vernos privados de estas cosas».

Todos los que obráis de este modo, estad seguros de que actuáis como comerciantes al comprar estas cosas a cambio de vuestro libre arbitrio [pues pasáis a ser esclavos de dichas cosas]. Y [así,] con vuestra actitud alejáis a Dios de vosotros, convirtiéndole en un extraño.

San Bernardo dijo que el consuelo divino es tan delicado que no acepta estar presente donde se admite otro tipo de consuelo. Pero [los que actúan como comerciantes] dicen: «Señor, nosotros somos religiosos, pertenecemos a una Orden». De acuerdo. Pero por muchas cogullas con que se cubran, de nada les servirán si no son fieles a su profesión [religiosa] y a sus obligaciones.

En cierta ocasión, una persona cometió un delito. Después tomó el hábito religioso, pero sin haber reparado aquella falta. Entonces, se le acercó el diablo y lo destrozó en mil pedazos, dejando intacto el hábito –de lo que muchos fueron testigos–, y se llevó con él el alma y el cuerpo.

Hijos míos, en este mundo abunda esta clase de «comerciantes», entre los sacerdotes y los laicos, entre los religiosos, entre los monjes y las monjas. ¡Velad por vosotros mismos con sumo cuidado! Podría seguir hablando de esto largo y tendido, pues hoy son muchos los que siguen su voluntad propia. Qué digo muchos, ¡son legión!

Por eso, hay muy pocas personas fuertes que quieran entregarse a Dios y vivir para Él. Y quienes lo hacen, en su mayoría, son personas frágiles. Todos, pues, viven siguiendo sus apetitos naturales y los dictados de su voluntad propia, y por medio de ambos se buscan a sí mismos en todo.

3. ¡Ojalá quisieran negociar con Dios y no dudaran en entregarle su voluntad! No hay mejor negocio que ese.

Pero ¿qué ganan con su negocio? Nada, salvo una inquietud y un desasosiego constantes. Con todo, estos están en mejor situación que los primeros [, los hombres mundanos de los que hablamos antes], porque al menos sufren y penan, lo cual hace posible su salvación. En efecto, por medio de esos padecimientos pueden salvarse, cosa que no sucederá con los otros. Estos se encuentran en un estado de continuo desasosiego y aflicción, como dice san Agustín: «Tú has establecido, Señor, y así es, que todo espíritu desordenado sea castigo de sí mismo»⁵⁰⁵. Sufren mucho, en efecto, y ellos mismos no saben qué les pasa. La causa de ese desasosiego es evidente: han llenado su templo con negocios que se niegan a abandonar.

Además, por muchas cosas que uno deje, aunque abandone a su padre, a su madre, a sus parientes y amigos, su herencia y todas sus propiedades, si no se abandona a sí mismo, nada le aprovecha⁵⁰⁶. Pues uno debe estar tan absolutamente libre y desnudo de sí mismo y de su voluntad propia como lo estaba cuando salió de Dios.

Pero alguien dirá: «Un hombre tiene sus necesidades: tiene que comer, beber, hablar, oír, ver, y hacer otras cosas por el estilo. Y todas ellas son una fuente de imágenes en el alma». Es cierto, no puedo negarlo. Pero el hombre, en todo lo que hace, debe buscar únicamente a Dios, dirigirse solo a Él. Una vez hecho esto, debe abandonar completamente las imágenes creadas en él por las acciones y las cosas [terrenas]. Así vaciará su templo de todas ellas y lo conservará vacío como si nunca hubiesen entrado [en él]. Así podrá decir con la esposa del Cantar de los Cantares: «*Nuestro lecho está adornado con flores*»⁵⁰⁷, es decir, lleno de imágenes y pensamientos celestiales.

⁵⁰⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, I, 12, 19.

⁵⁰⁶ Cf. Lc 14,26.

⁵⁰⁷ Cant 1,15 (Vulgata).

Por tanto, si has vaciado todo tu templo, si has suprimido y expulsado de él toda clase de comercio, si has eliminado todas las fantasías que lo ocupan, entonces podrás convertirte en templo de Dios. De otro modo no lo conseguirás, hagas lo que hagas. [Pero si lo consigues,] entonces poseerás una verdadera paz y gozo en el corazón, y en adelante ya no podrá perturbarte ninguna de aquellas cosas que ahora te inquietan continuamente y son una fuente de preocupaciones y aflicciones.

En el libro de Ezequiel está escrito que el Señor ordenó al profeta hacer un agujero en la pared del templo y entrar [por él]. Una vez hecho esto, vio allí «*toda clase de reptiles y bestias abominables, y todos los ídolos de la casa de Israel habían sido pintados en la pared por todo alrededor*»⁵⁰⁸. Sobre esto clama el Señor por medio de otro profeta [llamado Jeremías]: «*¿Quién ha oído las cosas horribles que ha hecho la virgen de Israel?*»⁵⁰⁹. Pues, en efecto, ¿qué simboliza el templo pintado con diferentes imágenes sino al hombre de espíritu desordenado que será sacudido por un gran desasosiego interior?

En esto se diferencian los elegidos de los condenados: los elegidos no pueden gozar de una paz y una tranquilidad perfectas en medio de una vida desordenada, pues, ciertamente, a veces se ven superados, [y entonces] arrojan detrás de ellos todo lo divino y [por ello] languidecen en la aridez espiritual; sin embargo, cuando entran en su interior se sienten agujoneados por un temor grande y continuo, por un dolor constante y por agudos remordimientos de conciencia. Y esto es obra del Espíritu Santo, como está escrito: «*El Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles*»⁵¹⁰. Al final, estas personas llegan a un sincero arrepentimiento y dolor de sus pecados, lloran su vida vana y desordenada, y así alcanzan la salvación, aunque su conversión se haya diferido mucho tiempo.

4. Esta es una gracia inmensa e inefable de la piedad divina, una gran dicha. Quien la recibe es realmente una persona muy feliz, mientras Dios le corrige así interior y exteriormente. Pero, por

⁵⁰⁸ Ez 8,10

⁵⁰⁹ Jer 18,13.

⁵¹⁰ Rom 8,26.

desgracia, se ha llegado a un punto en que es conveniente actuar de otro modo. Pues la maldad se ha extendido hoy de tal manera que ya nadie quiere ser enseñado y corregido, y no puede soportar pacientemente a quien le predica. Esos *deberes de piedad* están ya extinguiéndose en muchos lugares.

[Cómo debemos escuchar la Palabra de Dios]

Por eso, amadísimos, os ruego que, mientras podáis escuchar la Palabra de Dios, no la descuidéis, pues es incierto durante cuánto tiempo la tendréis [entre vosotros]. Mientras es posible, aprovechadla bien. Y no basta con oírla con el corazón: captadla mejor con la razón para que, lo que oís por fuera, podáis comprenderlo por dentro. Pues son pocos, lamentablemente, los que la comprenden convenientemente.

La causa principal es esta: [la Palabra] queda solo en la superficie de los sentidos, no penetra hasta la misma médula de la interioridad. ¿Por qué sucede esto? Porque el camino por el que debía entrar está ocupado, impedido, obstruido por imágenes extrañas. Por eso no puede llegar al lugar que le es propio.

Ciertamente, si esas imágenes no son expulsadas; si no se eliminan las satisfacciones y deleites extraños; si no desaparecen las formas de las criaturas, la Verdad [de la Palabra] no será comprendida. Por mucho que se predique la misma Verdad hoy, mañana y siempre, debe escucharse con amor y aplicación, pues siempre hay oculto un nuevo aspecto de la Verdad, que puede ser descubierto, pero nunca suficientemente comprendido. Quienes mejor comprenden la Verdad son aquellos que la escuchan con una mente limpia y desnuda, pues los que aún no se han despojado [de las imágenes] no entienden muchas cosas de las que oyen, y, así, se les escapan sin [obtener de ellas ningún] fruto. La razón de ello es que retienen lo que oyen solo en el nivel de los sentidos y de la fantasía y, a causa de los obstáculos antedichos, [la Palabra] no llega al lugar que le es propio.

Si se eliminaran esos obstáculos, si todos los «comerciantes» fueran expulsados, si se vaciara el «templo», [el hombre] se convertiría en seguida en casa de Dios, que Él habitaría con presencia plena.

Resta explicar qué es la oración y qué es orar, pero eso lo dejamos para otro sermón.

Que Dios nos conceda eliminar y alejar [de nuestra alma] a todos los «comerciantes», de manera que nuestra casa le sea grata y aceptable, a Él, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

**47. SERMÓN PARA EL DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD⁵¹¹**

LA IMPORTANCIA DE ACTUAR –Y TRABAJAR– SEGÚN LA VOLUNTAD DE
DIOS

(V. 42, sobre 1Cor 12,4-11)

*«Hay diversidad de actividades, pero un mismo Dios, que hace todas
las cosas en todos» (1Cor 12,6).*

1. En la carta de hoy, el apóstol Pablo escribe a los corintios lo siguiente:

«Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de actividades, pero un mismo Dios, que hace todas las cosas en todos. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho [de todos]. Porque a este es dada por el Espíritu palabra de sabiduría...»⁵¹².

Y [continúa con] otras cosas que allí enumera. Después sigue [diciendo]: *«Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiéndolas a cada uno en particular como Él quiere»⁵¹³*. Luego añade otras muchas cosas para confirmación de la fe.

En el pasado, el Espíritu Santo obró grandes maravillas en sus amigos para confirmación de la fe, que daba sus primeros pasos: grandes señales y múltiples profecías, el derramamiento de sangre y el martirio [por parte de los santos]. Pero hoy todas estas cosas no son necesarias, aunque muchos cristianos no tienen hoy una fe más

⁵¹¹ En la edición de Surio: *Primer sermón para el décimo domingo después de la Trinidad.*

⁵¹² 1Cor 12,4-8.

⁵¹³ 1Cor 12,11.

auténtica, viva y operante por el amor, que [la que tienen] los judíos o los paganos.

[Debemos aceptar humildemente los oficios que Dios nos encarga]

2. Examinemos ahora las palabras del Apóstol [que, básicamente, nos dice que] *hay diversidad de dones, ministerios y actividades. Pero todos ellos los obra uno y el mismo Espíritu*. Pues, así como un mismo cuerpo tiene muchos miembros, como todos sabemos, y muchos sentidos, como por ejemplo los ojos, los oídos, la boca, la nariz, las manos, los pies, las piernas, etc., así cada miembro tiene su propia función y su actividad específica, y ninguno usurpa la función ni el nombre de otro, ni busca otro ser que el que Dios quiso que fuera. Así, todos nosotros somos un solo Cuerpo y miembros unos de otros; pero la Cabeza de este Cuerpo es Cristo. Y, de igual modo, en ese Cuerpo hay gran diversidad de miembros: unos son los ojos, otros los oídos, otros las manos, los pies, la boca, etc.

Los ojos de este Cuerpo [que es la Iglesia] son los doctores. Esta función no os atañe a vosotros. Cuantos somos cristianos corrientes debemos examinar atentamente a qué función nos ha llamado Dios, y cuál es la gracia o el don que Él nos ha reservado. Toda arte y toda actividad, por humilde y modesta que sea, son dones, son gracias, *y todas las obra uno y el mismo Espíritu* para provecho de los hombres.

Empecemos por las [actividades] más humildes. Uno es experto en tejer; otro, en la confección de calzado; otro se gana la vida con otro tipo de habilidades. Muchos no poseen estos dones, pero todos estos son dones y gracias que el Espíritu de Dios obra en los hombres. Yo mismo, si no fuera sacerdote y viviera en una comunidad [religiosa], consideraría un gran beneficio no solo saber hacer calzado y confeccionarlo para todos mis hermanos, sino también procurarme el sustento con el trabajo de mis manos.

Los pies y las manos no deben aspirar a ser ojos. Cada uno debe desempeñar la función a la que Dios le ha llamado, por baja

que esta sea. Quienes están muy dotados para el canto, cantarán salmos. Esto es también un don de Dios. San Agustín ha escrito: «Dios es un Ser uniforme, divino, simple y, sin embargo, obra toda multiplicidad; y es *“todo en todas las cosas”*⁵¹⁴, uno en todo y todo en uno». No hay obra tan pequeña, ni habilidad tan insignificante y tan baja, que no sean un don de Dios, una gracia especial suya.

El hombre debe comunicar este don al hermano que no lo posea en igual medida, ponerlo al servicio de los demás y, por amor, devolver gracia por gracia. Pues todo el que no pone sus dones al servicio de sus hermanos, tenga por seguro que habrá de dar cuenta de ello a Dios, como dice [la parábola de] el Evangelio, donde el señor le pide al administrador cuenta de su gestión⁵¹⁵. Por tanto, cada uno debe comunicar a los demás lo que ha recibido de Dios, cuando puede y como Dios se lo ha entregado.

3. ¿Por qué, entonces, todos se quejan hoy de que sus oficios son una carga, cuando Dios no pone obstáculos a nadie? ¿De dónde proceden esa acusación, esa inquietud, esa reprensión de la conciencia, puesto que se trata de funciones otorgadas por el Espíritu de Dios? ¿Son esas mismas obras o funciones las que causan tal inquietud en los hombres? En absoluto. [La causa] es el mismo desorden con que las realizan. Pues si [los hombres] hicieran sus obras como debieran y no buscaran nada propio en ellas, sino solo la gloria de Dios; si no desearan complacer a los hombres ni les importara disgustarlos, y si no temieran o amaran en sus obras nada sino solo a Dios, si no buscaran el placer ni el propio interés, sino únicamente la gloria de Dios, la conciencia no les reprendería.

[Dios ha de ser la única meta de nuestras obras]

A una persona de vida espiritual debería avergonzarle el haber hecho sus obras de forma descuidada y con poca pureza, y que se oiga decir que ello le causa remordimientos. En efecto, eso

⁵¹⁴ 1Cor 15,28.

⁵¹⁵ Cf. Lc 16,1-13.

demonstraría que no había hecho aquellas obras [pensando] en Dios, ni con intención pura, ni por verdadero amor a Dios, ni para provecho del prójimo.

Pero si tú quieres saber si has tenido a Dios como única meta de tus obras, observa si te procuran paz o no. Nuestro Señor no reprendía a Marta por sus obras, que eran buenas y santas, sino por su excesiva preocupación⁵¹⁶. Por eso, cuando a alguien se le presente la ocasión de realizar buenas obras, debe echar toda su preocupación en Dios y hacerlas con cuidado y gran prudencia, en silencio, en profundo recogimiento, procurando tener a Dios presente en ellas. Con el espíritu abismado en Dios, ha de observarse a sí mismo y prestar atención a qué es lo que le mueve a realizar tales obras.

Asimismo, el hombre ha de ser especialmente cuidadoso en la tarea de la escucha interior, atento a las inspiraciones del Espíritu Santo, que unas veces le moverá a la acción y otras a la contemplación. Pero en ambos casos debe actuar siempre siguiendo las indicaciones del Espíritu Santo, y así hará sus obras dulce y apaciblemente. Si en un convento vive un anciano enfermo y débil, que no puede valerse por sí mismo, todos los demás deben ponerse a su servicio y han de ser voluntariamente los primeros en ser caritativos con él. Así, uno podrá llevar las cargas del otro.

Pero quienes pueden hacerlo, porque Dios les ha dado facultades para ello, y no quieren, estén seguros de que Dios les quitará esa facultad, la virtud y la gracia, y se las dará a otros que quieran y puedan cumplir su voluntad. Y si en el curso de tu actividad sientes el toque interior de Dios, observa atentamente esa moción sin interrumpir lo que estés haciendo y aprende a tener a Dios [presente] en tus obras y a no dejarlo inmediatamente después de haberlas acabado.

⁵¹⁶ Cf. Lc 10,38-42.

[La necesidad de cultivar la virtud por medio del trabajo]

4. Así mismo, es conveniente ejercitarse en la virtud, pues esta ejercitación es necesaria para todos los que desean salvarse. Que nadie espere que Dios le regale las virtudes sin esfuerzo. Si el hombre no se ejercita en ellas, no debe pensar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo descenderán sobre él. El verdadero valor de la virtud consiste en haberla alcanzado por medio de su ejercitación interior y exterior.

Un hombre bueno se encontraba batiendo el trigo con una vara. Durante este trabajo, experimentó un raptó espiritual tan profundo que, si un ángel no hubiera sujetado la vara, se habría golpeado violentamente a sí mismo. ¿Qué decís a esto vosotros, que solo deseáis estar ociosos? Todos aspiráis a no ser más que «ojo». No queréis más que daros a la contemplación, no a la acción. Ese deseo nace de vuestra *acedia* [es decir, de la dejadez, el aburrimiento y la pereza que sufrís en vuestro interior⁵¹⁷].

Conozco a uno de los más grandes amigos de Dios, el cual, todos los días de su vida, durante más de cuarenta años, se dedicó a la agricultura, e incluso hoy sigue siendo agricultor. En cierta ocasión, preguntó al Señor si debía renunciar a este trabajo y sentarse quieto en el templo. El Señor le respondió que de ningún modo, sino que debía ganarse el pan y el sustento con el sudor de su frente para honra de su preciosa Sangre.

Sin embargo, es muy provechoso reservarse un tiempo determinado, durante el día y la noche, para recogerse y sumergirse en el fondo [del alma], cada uno según su método y costumbre. Los más perfectos y nobles, que saben volverse a Dios en una pureza sin formas ni imágenes, lo harán siguiendo su propia manera, y los demás según la suya. Pero todos emplearán al menos una hora en este ejercicio, pues no podemos ser todo «ojos». En las demás horas y momentos, que cada uno, según la voluntad de Dios, se dedique a

⁵¹⁷ La *acedia* es uno de los ocho pecados graves en los que pueden caer las persona religiosas.

buenos ejercicios, los que Dios haya dispuesto, con gran amor y mucha paz.

Al hombre que sirve a Dios según la voluntad de Dios, Este le responderá según la voluntad de aquel hombre. Pero a quien sirve a Dios según su voluntad propia, Dios le responderá no según la voluntad de aquel hombre, sino según la voluntad de Dios.

De la renuncia a la voluntad propia nace una paz esencial⁵¹⁸ que se engendra por la práctica de las virtudes. Pero la paz que se experimenta sin el ejercicio de las virtudes es falsa. Por eso es preciso que el hombre se ejercite interior y exteriormente si quiere alcanzar una paz auténtica. La paz que nace en el interior [del hombre] nadie puede arrebatársela fácilmente.

[El peligro de la soberbia intelectual de los sabelotodo]

5. Pero, de pronto, vienen ciertos sabelotodo y organizan las cosas según su propio criterio, queriendo dirigir a todos a su manera. Dicen: «Esto tiene que ser así y esto otro así». Ellos llevan cuarenta años o más en la vida religiosa, pero hasta el día de hoy han sido incapaces de conocer el [verdadero] estado de su alma. Reconozco que esos son mucho más audaces que yo. Yo desempeño el oficio de profesor. Sin embargo, cuando escucho la Confesión [sacramental] de un hermano, y le pregunto cómo se encuentra y de qué modo ha caído en sus pecados, tras oír sus razones, no me atrevo a emitir un juicio acerca de ello, sino que acudo a Dios y le pido consejo. Si Él no me lo da, le digo a esa persona que ella misma vaya a Dios en busca de respuestas y Él se las dará.

Pero esos sabelotodo pretenden juzgar a todo el mundo de acuerdo con sus criterios y sus métodos. Con lo cual, los gusanos se comen, por desgracia, las buenas hierbas que debían crecer en el

⁵¹⁸ En el sermón 63, n. 8, en el sermón 41, nn. 4-6 y en otros, Taulero habla de una «Paz esencial» que se recibe –pasivamente– de Dios. En cambio aquí, como en el sermón 67, n. 2 y en otros, se habla de una «paz esencial» que se obtiene –activamente– ejercitando las virtudes.

huerto de Dios. Pero dicen: «Este no es nuestro modo de actuar habitual. Este es un modo nuevo inspirado en un espíritu innovador». Y no se dan cuenta de que los caminos ocultos y misteriosos de Dios les son completamente desconocidos. ¡Ah, qué mal les irá así a muchos que ahora se consideran a salvo!

[El don del discernimiento de espíritus]

6. Pero volvamos a las palabras del Apóstol, que dice: «*El Espíritu da a uno [...] el discernimiento de espíritus*»⁵¹⁹. ¿Y quiénes son aquellos a quienes Dios les ha concedido el [don del] discernimiento de espíritus? Son, sin duda alguna, personas que han sido ejercitadas a fondo en todos los modos, hasta la carne y la sangre; han soportado todas las tentaciones más horribles y duras, el demonio ha pasado a través de ellas y ellas a través del demonio: sus huesos han sido machacados hasta la médula. Esos son quienes tienen [el don del] discernimiento de espíritus. En cuanto se ponen a ocuparse de esto, no tienen más que observar a los hombres para saber si su espíritu es de Dios o no. Ven con toda claridad cuáles son los caminos que llevan directamente a la perfección y qué es lo que los aparta de ellos.

Ah, hijos, cuán lamentable y condenable es que muchos, por cosas frívolas y sin valor alguno, nos alejemos de la más alta Verdad y despreciemos bienes innumerables que perderemos para siempre, para toda la eternidad, pues todo lo que descuidamos ahora nunca lo recuperaremos, tanto tiempo como dure [la eternidad de] Dios.

Que el Señor nos conceda que los ministerios y las obras que Dios nos ha enseñado y confiado, los desempeñemos siguiendo la inspiración del Espíritu Santo, para alabanza y gloria de Dios. Amén.

⁵¹⁹ 1Cor 12,8.10.

**48. SERMÓN PARA EL UNDÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE
LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LA COMUNIÓN FRECUENTE Y EL ABISMAMIENTO EN LA PROPIA NADA

(V. 57, sobre Lc 18,10-14)

«*Dos hombres subieron al templo a orar*» (Lc 18,10)

1. Queridísimos, en la lectura del Evangelio se dice que «*dos hombres subieron al templo a orar*», de los cuales «*uno era fariseo y el otro, publicano*»⁵²⁰.

[La sagrada Comunión y la verdadera oración]

En primer lugar, ¿cuál es ese templo al que se sube a orar? Es el muy amable e íntimo fondo del alma que tan amorosamente inhabita la santísima Trinidad, donde realiza su noble y excelente obra, donde ha depositado en abundancia todos sus tesoros, donde tiene sus delicias⁵²¹, donde se recrea y goza de su nobilísima Imagen y Semejanza. Nadie puede explicar plenamente la nobleza y dignidad de este templo.

A él se ha de ir por la gracia de la oración. Pero para hacer oración adecuadamente, dos hombres han de subir [a este templo] juntos, el hombre exterior y el hombre interior. Insisto, han de subir ambos, esto es, ser elevados por encima de sí mismos y de todas las cosas y, así, entrar en este templo. En efecto, la oración del hombre exterior sin el interior apenas es eficaz.

Para adentrarnos en esta verdadera oración, nada nos aprovecha más que el santísimo Cuerpo de nuestro Señor, tomado

⁵²⁰ Lc 18,10.

⁵²¹ Cf. Prov 8,31.

en tiempo oportuno, que nos renueva y regenera. Por este motivo, amadísimos, debéis dar abundantes gracias a Dios, porque ahora se os permite tomarlo con más frecuencia de lo que se permitía antes. Os ruego que uséis de esta gracia más que de cualquier otra, y que no quede sin fruto. Pues, en estos tiempos, la fragilidad de la naturaleza [humana] y su irrefrenable inclinación hacia el pecado son tan fuertes que el hombre necesita más que nunca una protección y una ayuda especiales para apartarse del mal, mantenerse en el bien y levantarse. Ese auxilio, por encima de todos los demás, es esta divina y saludable comida.

2. *«Uno de estos hombres –según dice el Evangelio– era fariseo y el otro, publicano [...]. Este, manteniéndose alejado, no quería elevar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Señor, sé benigno conmigo, [que soy] pecador”»*⁵²². Y este se marchó feliz. ¡Ojalá actuara yo siempre como hizo este publicano! Con mis ojos interiores solo observaría mi propia nada, que es el camino más noble y más útil para [alcanzar] la perfección, puesto que [dicho camino conduce y] empuja al hombre hacia Dios de manera constante y sin ninguna mediación⁵²³. Pues adonde llega Dios con su misericordia, llega también y al mismo tiempo con su esencia: llega todo Él.

[La conciencia del pecado y la sagrada Comunión]

Hay algunos que, confundidos como este publicano por la conciencia de sus pecados, se empeñan en huir de Dios y de este Sacramento diciendo que no se atreven a recibirlo. Pero no temas, si eres uno de ellos. Al contrario, anímate más [a tomarlo], seguro de que tus pecados te son perdonados, y puedas decir al Señor:

«Ven, apresúrate antes de que mi alma muera en el pecado. Enferma está por sus faltas, por eso necesito que vengas rápido, antes de que muera del todo».

⁵²² Lc 18,10.13.

⁵²³ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: «sin intermediario».

Ciertamente, si yo encontrara a una persona como este publicano, que se creyera y se sintiera de verdad pecador, que deseara humildemente hacerse mejor, que estuviese también dotado de temor reverencial e intentara vivir de acuerdo con la muy grata voluntad de Dios, y que, en la medida de sus fuerzas, renunciara al amor desordenado a las criaturas, yo le daría, con buena conciencia, el venerable Cuerpo de nuestro Salvador Jesucristo, siempre en días alternos⁵²⁴. Esto puede justificarse con la autoridad de la Sagrada Escritura. Pues al haber sido sumergidos en la sagrada fuente del Bautismo y unidos así a Dios, todos hemos adquirido el derecho a este santo Sacramento, [derecho] que ni todas las criaturas juntas nos pueden arrebatarnos, a no ser que nos lo arrebatemos nosotros mismos [cometiendo un pecado mortal].

3. Mis queridos hermanos y hermanas⁵²⁵ en Cristo, no es necesaria una gran devoción sensible. [Para poder comulgar asiduamente] basta con no ser conscientes de [estar en] pecado mortal y desear ser mejores. Así mismo, hace falta un temor santo, humilde y reverente para confesarse indignos de la recepción de este Sacramento. Esto es suficiente, necesario y lo más útil.

Si el hombre desea perseverar sin caídas ni faltas graves, es imprescindible que se nutra de este noble Alimento. Esta comida lleva al hombre a la cima de la vida espiritual. Por tanto, no debéis prescindir de él con facilidad porque os reconozcáis pecadores y llenos de defectos. Muy al contrario: con mucho mayor motivo os debéis apresurar a [recibir] esta gracia.

⁵²⁴ La Comunión diaria se popularizó tras el Concilio Vaticano II (1962-1965).

⁵²⁵ En la edición de Hugueny-Théry-Corin Taulero habla solo a «hermanas». Ciertamente, este sermón, como el resto de los sermones de Taulero, está dirigido a una comunidad de monjas dominicas, pero, probablemente, Surio, al traducirla, consideró oportuno poner «hermanos y hermanas» pues vio que su contenido es muy valioso para todos los fieles.

[Abstenerse de juzgar a los demás y ser comprensivos con uno mismo]

De este Sacramento proceden toda virtud, toda santidad, todo alivio y consuelo, toda dulzura, y en él están escondidos. Pero los que lo toman no deben juzgar a los que se abstienen, ni estos a los que lo toman con frecuencia. Como afirma san Agustín, nadie debe juzgar a otro, haga lo que haga, a no ser que la Iglesia lo haya condenado con juicio espiritual o temporal.

Si una persona es soberbia y altanera en su conducta exterior e interior, si manifiesta una inclinación obstinada y desordenada a las criaturas y a lo que le es perjudicial, quede a su propio juicio⁵²⁶ si toma dignamente [el Cuerpo de Cristo]. Él mismo vea si [según su conciencia] lo hace con seguridad. [En cambio,] vosotros, amadísimos, no tenéis derecho a juzgar esas cosas [en los demás], no sea que os hagáis semejantes a aquel fariseo hipócrita que, lleno de soberbia, juzgaba al publicano que estaba detrás de él. Guardaos de semejante juicio, os lo ruego, como de la perdición eterna de vuestras almas. No tengáis miedo si vuestra conciencia os acusa de faltas graves. Pero huid cuanto podáis de la falta peligrosísima que supone juzgar temerariamente a otros.

4. Hace algunos años, al ver que hermanos [dominicos] muy santos observaban más estrictamente las reglas de nuestra Orden, yo hubiera querido imitarlos de muy buen grado. Pero el Señor no me lo permitió porque era demasiado débil. Yo temía también que pudiera caer, por vana complacencia, en esa enfermedad del fariseo. En cambio, vosotros nada debéis temer, pues nuestro Señor es fiel y a menudo permite que un hombre de buena voluntad permanezca, durante todos los días de su vida, en un defecto visible, para [así] humillarlo no solo frente a sí mismo, sino también ante los ojos de quienes viven con él y, de este modo, llevarlo al conocimiento de su propia nada.

⁵²⁶ En las traducciones de referencia ese juicio queda reservado a los superiores.

En consecuencia, nadie debe abstenerse [de este Sacramento] a causa de sus faltas. Por el contrario, tómelo con gozo y amor, y diga:

«Señor, no soy digno de que entres en la casa de mi corazón⁵²⁷. Vengo a ti confiado únicamente en tu inmensa misericordia y en el riquísimo tesoro de tus méritos. Veo, Señor, que estoy necesitado de arrepentimiento, amor y gracia, y que estas cosas las encuentro abundantemente junto a ti en este Sacramento, donde también se hallan las virtudes, todo buen deseo y todo bien».

[La importancia espiritual de la observancia regular de los religiosos]

Amados hijos, han resurgido los vicios, los pecados, las pésimas costumbres por las que el Padre celestial, en tiempos de nuestro padre santo Domingo, se irritó tanto que quería destruir el mundo entero –lo cual no hizo por intercesión de nuestro bienaventurado padre–⁵²⁸. Por eso, no sabemos qué será de nosotros. Tenemos necesidad de encontrar un modo de despertar la misericordia de Dios. El mejor de todos consiste en dejar todas las cosas para unirse íntimamente con Dios en este dulce Sacramento del Cuerpo del Señor.

Por tanto, hermanos y hermanas, amados hijos en Cristo, haced esto con toda devoción cuantas veces os sea posible, pero siempre en el momento oportuno, con un espíritu constantemente en vela, dispuestos a servir a Dios con un corazón puro. Sentid un profundo arrepentimiento si os apartáis de esta pureza y esforzaos por evitar todas las ocasiones que la pongan en peligro.

5. Si yo predicara a seculares, en modo alguno les propondría esto a no ser que estuviera completamente seguro de que fueran

⁵²⁷ Cf. Mt 8,8.

⁵²⁸ Muy probablemente, Taulero habla de la grave crisis social y religiosa provocada por la peste negra, que había asolado Europa unos años antes de la predicación de este sermón. Ver nota 178.

personas de una vida de gracia especial. Pero esta santa Orden a la que vosotros y yo pertenecemos, a la que Dios nos ha llamado lejos de este mundo vano y peligroso, es una realidad de tan gran dignidad y nobleza que debemos estarle siempre muy agradecidos, tener la mirada continuamente puesta en ella y vivir para ella con toda fidelidad.

Queridos hijos, pensad a menudo en esta dignísima vocación vuestra y procurad vivir de tal manera que vuestro provecho, vuestro compromiso con esta vocación y el fruto que deis con la ayuda de esta sagrada Orden sean reconocidos por vosotros mismos y por los demás. Debéis cumplir escrupulosamente todos los estatutos, leyes y costumbres de esta Orden.

No quiero decir con esto que un hermano o una hermana de edad avanzada deban cargar con ayunos, vigiliias y obras que sobrepasen sus fuerzas. Se trata, más bien, de que todos observéis el silencio en todo tiempo y lugar en que lo prescriba vuestra santa Orden. Jamás llegaremos a comprender plenamente el fruto y la utilidad que nos aporta [el silencio].

6. Vuestras palabras han de ser dulces, bondadosas, llenas de paz. Si se os escapa alguna palabra dura o áspera, confesad sin demora vuestra culpa ante Dios y los hombres, humildemente. Y si otra persona os ataca con palabras duras, no le respondáis de la misma forma, sino con una o dos palabras expresadas con un semblante pacífico y bondadoso.

Además de esto, debéis prestar gran atención a vuestro fondo para no poseer con placer [desordenado] cualquier cosa, ya sea libros, ropas, ornamentos o compañías. No las tengáis ni las uséis para complaceros a vosotros mismos o a otros. Todo lo que necesitáis realmente para un uso razonable, ya sea el hábito, prendas de abrigo o cualquier otra cosa verdaderamente necesaria, Dios y vuestra Orden os lo proporcionan.

Debéis trataros unos a otros con gran caridad fraterna y con humilde deferencia, amor y piedad, no ofreciendo [a nuestros hermanos] un rostro áspero y airado, ni os mostraréis indiferentes

unos con otros ante cualquier ocasión o asunto que pueda ser motivo de conflicto entre vosotros.

Debéis ejercitaros mutuamente en las obras de virtud, especialmente en el deber y la deferencia de la caridad, en la que habéis de rivalizar los unos con los otros. Y esto no solo respecto de vuestros amigos, sino también respecto de cualquier hermano enfermo o anciano, a quien ayudaréis a llevar toda carga y todo trabajo, e incluso se los quitaréis de las manos para realizarlos en su lugar. Si solo lo hacéis con vuestros amigos, Cristo no os lo recompensará, como él mismo afirma en el Evangelio⁵²⁹. Y si en el ejercicio de la misericordia otros se ríen de vosotros, os menosprecian y os tratan mal, no os defendáis ni os quejéis⁵³⁰.

Guardad estrictamente el silencio, especialmente en el coro [de la iglesia conventual] y en todos los lugares en que no está permitido hablar. En el coro, donde el Cuerpo del Señor está verdaderamente presente, debéis estar también con gran reverencia, con los ojos bajos, con el espíritu atento y vuelto a Dios, en presencia del Rey eterno. Si una joven pudorosa estuviera delante de un rey y supiera con certeza que este la miraba de forma especial, si ella fuese sensata, se mostraría ante él con gran modestia y cordura, con modales honestísimos. En consecuencia, cuánto más justo es que una persona, con sus facultades recogidas, guarde gran reverencia en presencia de su Dios y Señor, su amadísimo Esposo, que lo contempla constantemente por dentro y por fuera.

Debéis recitar y leer el Oficio divino con gran devoción y con cuanto recogimiento podáis. Para tranquilidad de vuestra conciencia, sabed que, para cumplir el precepto, es suficiente con pronunciar íntegramente las palabras, y no hay necesidad de repetir ninguna: basta con su pronunciación, siempre que no pensemos voluntariamente palabras contrarias a las leídas.

⁵²⁹ Cf. Mt 5,46.

⁵³⁰ Cf. Mt 5,38-48.

El Evangelio dice: «*Por sus frutos los conoceréis*»⁵³¹. Estos son los frutos externos por los que debéis reconocer a vosotros mismos y ser reconocidos por los demás: mostrar amor y fidelidad mutuos, paciencia y dulzura. Ni la edad ni la enfermedad son un obstáculo para estas prácticas, pues para todos es fácil, siempre que haya voluntad. Es posible observar esto incluso en la cama, si uno está postrado en ella por alguna enfermedad.

Pero conoceréis también vuestros frutos interiores por estas señales: os apartaréis de todas aquellas cosas cuya verdadera causa no es Dios y evitaréis toda pérdida de tiempo como si de un virus pestilente se tratara; os entregaréis voluntariamente a la soledad y en ella os uniréis a Dios libres y aligerados de cargas, ascendiendo primero al árbol florido de la pasión de Cristo y a sus gloriosas llagas y, después, a la elevación de su muy noble Divinidad, y de este modo, entrando [en la Divinidad de Cristo] y saliendo [a la humanidad de Cristo]⁵³²], encontraréis «*abundantes pastos*»⁵³³.

[La necesidad de recibir asiduamente la sagrada Comunión]

7. Cuando viváis de este modo, cuando deis tales frutos, tomaréis este noble Sacramento con gran utilidad y provecho para vosotros. Si algunos buenos hermanos o hermanas, que se abstienen de [comulgar] por temor –lo cual también es bueno–, no aprueban vuestro modo de actuar y por ello tenéis que soportar alguna adversidad, o incluso recibir palabras muy duras –pues no existe una obra buena que no vaya acompañada o seguida de algún sufrimiento–, lo sobrellevaréis humildemente y de buen ánimo. No voy a negar que es bueno abstenerse [de comulgar] en un determinado momento por profunda humildad, pero es mucho mejor hacerlo por amor [a los hermanos que no aprueban vuestro modo de actuar].

⁵³¹ Mt 7,20.

⁵³² Sobre la humanidad de Cristo y su Divinidad: ver sermón 27, n. 5 y sermón 56, n. 3.

⁵³³ Jn 10,9.

[En todo caso, es bueno comulgar, pues] el enfermo tiene necesidad de médico, y especialmente de un médico cuya presencia sea garantía de curación. Por eso, el temor humilde no debe asustaros ni reteneros. El hecho de que vuestros pecados o vuestros defectos os sean puestos delante de los ojos es indicio manifiesto de que este venerable Sacramento ha obrado en vosotros. Cuando la medicina expulsa la enfermedad a la superficie exterior de la carne, eso es indicio de la futura sanación del hombre. Del mismo modo, cuando los pecados y defectos del hombre aparecen grandes a los ojos de su razón y le desagradan, eso es signo auténtico de que se va a curar.

Por tanto, quien siente un deseo sincero de llevar una vida de acuerdo con la muy grata voluntad de Dios y de tener una conducta justa y buena, hasta donde pueda, y no comulgaba por una estúpida temeridad, o por ciega presunción, o por la propia reputación, o por audacia, e incluso le duele haber pecado alguna vez, si advierte en él todos estos signos, puede comulgar seguro. Más aún, cuanto más frecuentemente comulgue, tanto mejor, más útil y con mayor fruto lo hará.

Si los hermanos o las hermanas, por la mañana, después de la sagrada Comunión, no pueden prestar atención a los frutos inmensos y a los bienes innumerables que obra en el hombre este dignísimo Sacramento, al no tener posibilidad de recogerse porque tengan que leer o cantar, o por seguir el ritmo conventual en aquellas cosas que la costumbre o los estatutos de la Orden lo exigen, como [, por ejemplo,] ir al comedor, o por cualquier otro motivo, entonces mediten en dichos frutos y en dichos bienes después de la comida o después de Vísperas, o incluso después de Completas. Pues el Señor puede obrar igual en ese momento que durante la mañana, a condición de que se le preste una atención solícita. Este venerable Sacramento obra dondequiera que se le deje actuar.

[El sacramento de la Reconciliación]

8. Por lo que respecta a las culpas veniales y cotidianas, de las que, mientras vivimos en este mundo, no podemos liberarnos totalmente, no os inquietéis demasiado, no os agobiéis si no las decís todas en [el sacramento de] la Confesión. Confesadlas humilde y seriamente a Dios, y acusaos ante Él de vuestras culpas con un corazón arrepentido y devoto. No se debe hacer perder mucho tiempo a los confesores: basta con exponer esos pecados de forma general.

Solo estamos obligados a confesar los pecados mortales.

Los veniales se borran de modos diversos: con el arrepentimiento, con el rezo de un Padrenuestro, con una genuflexión, con la aspersion de agua bendita, etc.

Si a alguno le falta el dolor [de los pecados] o el arrepentimiento, al menos duélase de que no le duelen. Y si no siente deseo y amor, desee ser encendido en amor y deseo, y ame el amor por el amor.

[La práctica de la caridad]

9. Ante todo, amadísimos, procurad ejercitaros en la caridad actual, que tiene un fruto y una utilidad mayor de lo que puede expresarse.

Debéis estar enormemente agradecidos a Dios por los innumerables y múltiples beneficios que os ha hecho a vosotros, a todos los hombres y a los ángeles.

Emplead todas vuestras facultades en la contemplación de los signos máximos del Amor que Dios se dignó mostrarnos de tantas maneras, en sus obras en general y, en particular, a cada uno de nosotros en su vida y pasión. Y, por el contrario, dirigid la mirada a vuestra propia maldad e indignidad, a vuestra propia nada. Al mismo tiempo, contemplad el cielo y la tierra, y todo lo que

contienen, e invítadles a dar gracias y alabar a Dios junto con vosotros, ya que vosotros mismos no podéis hacerlo dignamente.

Presentad aquí, con una simple mirada, a toda la cristiandad, tanto a los vivos como a los muertos, sobre todo a aquellos por quienes deseáis orar de una forma especial, y ofrecedlos a todos con íntimo afecto y deseo, en un amor especial a la vida y pasión de Cristo, siempre con una simple mirada, como vemos a mil personas de un solo vistazo. Esta mirada interior y esta ofrenda hecha ante Dios deben ser repetidas muy frecuentemente, con la rapidez de un instante, para que podáis «refluir» a Dios por medio de ellas con los actos y con la razón, con una caridad actual.

[La verdadera humildad: abismarse en la propia nada]

Todo lo que alguna vez habéis recibido de Dios, no os lo apropiéis como si fuera posesión vuestra, sino ofrecedlo de nuevo a Dios íntegramente. Y no os consideréis por ello mejores; por el contrario, teneos por una pura nada y sentid que sois pobres y mendigos. No andéis indagando si lo que ocurre y se os muestra en vuestro interior procede de Dios o no. Estad pendientes únicamente de vuestra pequeñez, de vuestra absoluta pobreza y de vuestra nada, que es lo que en verdad sois.

Dejad a Dios lo que es de Dios y retornad a vuestro Origen, que es Dios, como [hizo] nuestro Señor Jesucristo con todas sus facultades, superiores e inferiores, siempre vuelto hacia Él. Quien lo imita más perfectamente en esto, ese debe ser considerado como el mejor [discípulo]. Si os apartáis de ahí, por levemente que sea, no podréis evitar contraer alguna semejanza o mancha, o perder algo de pureza. Entonces debéis empezar de nuevo con una gran humildad y volver a sumergiros en vuestro Origen, y esto por medio de la vida y la pasión de Cristo. Cuanto más elevadamente [se le imite], tanto más esencial, divina y verdadera será vuestra vida.

Y todo esto [debéis hacerlo] con un gran desprecio de vosotros mismos, considerándoos una nada absoluta, pensando y diciendo

con la mujer del Evangelio: «*Si toco solamente la orla de su manto, me curaré*»⁵³⁴. La «orla de su manto» significa algo muy pequeño que una vez salió de la humanidad de Cristo. Por eso, ya que el vestido de Cristo designa su sacratísima humanidad, por medio de la «orla del vestido» es posible recibir una gota de su preciosa Sangre. El hombre, pues, debe ser tan humilde que se confiese sinceramente, a causa de su vileza, indigno de tocar la más pequeña de las cosas de que hemos hablado. Pues si, por su enfermedad [espiritual], pudiera tocarlas, sin duda conseguiría el beneficio de la curación perfecta de todas sus dolencias [espirituales].

Así pues, el hombre debe, ante todo, sumergirse y establecerse en su nada. Cuando ha llegado al grado más alto de perfección, entonces le será especialmente necesario bajar a su fondo más profundo y a la raíz misma de la verdadera humildad. Como la rama más alta del árbol nace de la raíz más profunda, así toda la elevación de esta vida procede del fondo de la humildad. Por esto, ese publicano, al reconocerse, en su más profunda bajeza, indigno de elevar los ojos al cielo, ha sido ensalzado: «*Bajó justificado a su casa*»⁵³⁵.

El Señor nos conceda ser tan humildes como este publicano, de manera que, [como él,] merezcamos también ser justificados, para alabanza y gloria suya. Amén.

⁵³⁴ Mt 9,21.

⁵³⁵ Lc 18,14.

49. PRIMER SERMÓN PARA EL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD⁵³⁶

QUÉ NOS IMPIDE ACOGER EN NUESTRA ALMA AL ESPÍRITU SANTO Y LOS EFECTOS BENEFICIOSOS DE ACOGERLO

(V. 44, sobre Mc 7,31-37)

«Ha hecho bien todas las cosas: ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7,37).

1. Amadísimos, en el Evangelio de este domingo una persona sorda y muda le fue llevada al Señor, que salía de los confines de Tiro. Esto es así necesariamente: quien nace sordo debe ser también mudo, pues, al no poder oír, no sabe emitir palabras. El Señor...

«...tomándolo aparte de la gente, puso sus dedos en los oídos del sordo y, escupiendo [en ellos], tocó su lengua; y levantando sus ojos al cielo, gimió y le dijo: “Effetá” –es decir, ábrete– Y de inmediato se abrieron sus oídos y se soltó el nudo de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijeren a nadie, pero ellos mucho más lo divulgaban y se admiraban, diciendo: “Ha hecho bien todas las cosas: ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos”»⁵³⁷.

[El desconocimiento de nosotros mismos]

En primer lugar, hemos de considerar aquí qué es lo que hace «sordo» al hombre. A nuestros primeros padres los hizo sordos el haber escuchado la voz del diablo, por cuanto ellos prestaron oídos a su maligna inspiración⁵³⁸. Y, después de ellos, a todos nosotros. La

⁵³⁶ En la edición de Surio: *Segundo sermón para el undécimo domingo después de la Trinidad.*

⁵³⁷ Mc 7,33-37.

⁵³⁸ Cf. Gn 3,1-6.

causa de nuestra sordera [espiritual] es esta: no somos capaces de oír las amorosas y dulces palabras del Verbo eterno y, mucho menos, de entenderlas. Este Verbo eterno está en el fondo del alma tan inefablemente cerca de nosotros que ni nosotros mismos, ni nuestra propia naturaleza, ni nuestros pensamientos, ni todo lo que puede ser dicho, pensado o comprendido, [todo eso] no está tan cerca de nosotros [como lo está el Verbo eterno]. En esa intimidad [de nuestra alma], este Verbo nos habla sin cesar, pero estamos tan sordos que no oímos ninguna de sus palabras.

¿Cómo se explica esto? Hay una razón evidente: algo obstruye nuestros oídos y nos impide oír al Verbo. Por eso, somos tan ciegos y tan mudos que ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos. Y si quisiéramos hablar de nuestra vida interior, no seríamos capaces de hacerlo, pues ignoramos el estado de nuestro espíritu y ni siquiera conocemos nuestro propio modo de ser.

[Las tentaciones]

Pero hay otra causa [de nuestra sordera]: escuchamos los susurros del enemigo y por eso nos hemos hecho sordos y mudos. ¿Cuáles son esos susurros tan dañinos de nuestro antiguo enemigo? Todo el desorden que él nos inspira: sea el amor a las criaturas perecederas, sea el mundo o las cosas del mundo, como riquezas, honores, amigos, parientes; sea la propia naturaleza o cualquier cosa que imprime en el alma la atracción por las criaturas. Todos estos son susurros del enemigo. Pues siempre está cerca de nosotros, escrutando cuáles son nuestras inclinaciones interiores o exteriores, si [somos propensos] a la tristeza o a la alegría. Y cuando lo averigua, se mezcla inmediatamente con ellas, nos tienta y nos inspira interiormente esas cosas.

Cuando damos acogida en nuestro interior a las imágenes de esas inspiraciones, ellas, deslizándose en los oídos interiores del hombre, le impiden oír al Verbo eterno. Si apartáramos rápidamente de ahí los oídos interiores, venceríamos fácilmente toda tentación. Pero cuando le damos oídos, le prestamos atención, la alimentamos y empezamos a dudar entre admitirla o rechazarla, ya estamos casi

vencidos y la tentación alcanza su máxima fuerza. En cambio, si apartamos de ahí, con rapidez y firmeza, los oídos del corazón, ya casi la hemos vencido. Así podremos oír a este Verbo interior y sacudirnos toda sordera.

2. Pero esta perniciosa sordera espiritual no solo afecta a los seculares, sino también a los religiosos que vuelcan su amor y su afecto en las cosas de este mundo y que se dejan poseer por las criaturas cuya verdadera causa o razón no es Dios. Cuando el espíritu maligno advierte esto, les sugiere las imágenes de esas criaturas a las que aman desordenadamente, sobre todo cuando los ve más rendidos y predispuestos a recibirlas.

[La voluntad propia]

A otros les producen esta sordera sus propios pensamientos y costumbres. En ellos se sienten muy a gusto porque siguen el criterio de su voluntad propia, como también [lo siguen] en sus prácticas exteriores, inspiradas en [su contacto con] las criaturas a través de su actividad sensible. Todas esas cosas obstruyen los oídos interiores, de manera que tales hombres no pueden percibir al Verbo eterno de ninguna manera, ni con el oído ni con la inteligencia.

[Aferrarse a los actos de piedad]

Es muy cierto, sin embargo, que el hombre debe tener ciertas devociones y hábitos buenos, como oraciones, santas meditaciones y otras prácticas semejantes que mantengan despierta a la naturaleza y la vuelvan más ágil. [Ello favorecerá] que el espíritu se levante y se eleve, y que el hombre dirija su mirada al interior. Pero no debe aferrarse a estos ejercicios, sino entregarse, cada vez más, a la escucha de la Palabra interior del susurro [divino].

Es muy importante no seguir los pasos de personas estériles que siempre están atascadas en el mismo «barro»: apegándose hasta la muerte a sus prácticas y costumbres externas en lugar de avanzar hacia lo que es más perfecto. Cada vez que Dios intenta inspirarles

algo, están siempre ocupadas en otras cosas, de forma que no hay ninguna entrada abierta a su inspiración, al Verbo, ningún oído dispuesto a escuchar. Son tantos los obstáculos, son tantas las personas atrapadas en ese tipo de prácticas, que al final, cuando todo se manifieste, será una enorme tristeza verlo.

[El verdadero amor a Dios]

3. Pero el Verbo jamás será susurrado a los oídos de nadie que no tenga el amor a Dios, pues como dice el Evangelio: «*Si uno me ama, escuchará mi Palabra*»⁵³⁹. Dice san Gregorio:

«¿Quieres saber si amas a Dios? Observa cómo te comportas cuando el sufrimiento y la aflicción te visitan, interior o exteriormente, de dondequiera que vengan. [Si te visitan] interiormente, [lo hacen] con una angustia tal que no sabes qué hacer ni adónde acudir, no tienes claro en qué estado te encuentras y eres incapaz de discernir nada. [Si te visitan] exteriormente, [lo hacen] con el ímpetu de la pasión, con modos imprevistos y con una gran angustia. Si, cuando te halles en esa situación, conservas una paz íntegra en tu fondo y te mantienes tranquilo y sereno, sin cometer ninguna falta en tus palabras, obras o gestos, entonces, sin duda, amas a Dios».

Pues, cuando se tiene un amor auténtico, ni la prosperidad exterior envanece [al hombre] ni la adversidad [lo] perturba. Ya se te dé o se te quite, si te queda el Amado gozarás de una paz interior plena. Aunque el hombre exterior se queje o incluso rompa a llorar, es necesario soportarlo todo para que el hombre interior permanezca en paz aceptando la voluntad de Dios.

En verdad, quien no actúa así es sordo y no ha escuchado en su interior al Verbo eterno.

⁵³⁹ Jn 14,23.

[Las señales del verdadero amor]

Estas son las señales por las que el hombre reconocerá si el amor actúa en él:

Primero, si se muestra *agradecido a Dios* por los inmensos bienes que Este le ha concedido a él y a todas las criaturas del Cielo y de la tierra, especialmente en su santa y divina humanidad, de la que emanan incesantemente múltiples dones hacia todos los hombres.

Segundo, si tiene un amor *universal* a todos los hombres, no solo a los suyos sino a todos, ya sean sacerdotes, monjes, monjas o beguinas⁵⁴⁰; a todas las personas de cualquier género de vida o condición, pues el amor actuante debe ser consagrado a todos. Nadie debe amarse a sí mismo o a lo que es suyo con un amor egoísta. Este amor universal y activo es infinitamente más útil de lo que pueda expresarse. Por eso, el corazón de los amigos de Dios, hombres purificados e iluminados, se derrama con este amor en todos los hombres, vivos y muertos. Muy mal nos iría si no tuviéramos [a estos amigos].

Tercero, si *manifiesta externamente*, en la medida de lo posible, su amor a los demás, ofreciéndoles favores, consuelo, ayuda y consejo, sin tener que privarse por ello de lo necesario. Debe hacerse esto con tal empeño que, aunque no tengamos la capacidad de llevarlo a cabo, estimulemos siempre nuestro amor y tengamos el ánimo dispuesto a hacerlo en la medida de nuestras fuerzas.

Estos son los signos del amor auténtico. Quien no los encuentra en sí está sordo.

⁵⁴⁰ Sobre las beguinas: ver nota 2.

[Los siete dones del Espíritu Santo]

4. Vino entonces el Señor y «llevó sus dedos a los oídos [del hombre] y escupiendo [en ellos], tocó su lengua»; hecho esto, el que era mudo empezó a hablar. Sobre esto podríamos decir cosas maravillosas. Pero hablemos solamente de los *siete dones del Espíritu Santo*, que fueron dados a aquel hombre cuando los dedos del Señor le tocaron sus oídos. Una vez obtenidos estos, empezó verdaderamente a oír.

En primer lugar, se le da el *espíritu de temor del Señor*, que quita al hombre toda voluntad propia y le enseña a huir de ella y a *abandonarse* [en Dios] y a *renunciarse* [a sí mismo] en todas las cosas, es decir, en toda aspiración desordenada a complacerse a sí mismo.

En segundo lugar, se le da el *espíritu de piedad*, que hace al hombre tan dulce, bondadoso y misericordioso que no censura las obras de los demás con un juicio duro o grave, no juzga a nadie y guarda la paciencia en toda circunstancia.

En tercer lugar, se introduce en su oído el *don de ciencia*, que hace al hombre *experimentado*, es decir, le da la facultad de aprender íntimamente, por medio de la experiencia, cómo debe ser su vida interior y exterior de acuerdo con la muy amorosa voluntad de Dios.

En cuarto lugar, se le infunde el *espíritu de fortaleza*. Por este don, se le concede al hombre tal fuerza divina que le resulta fácil dejar, padecer o realizar cualquier cosa por amor a Dios.

En quinto lugar, se le da *espíritu de consejo*. Quienes le obedecen y lo siguen con entusiasmo se convierten en personas excelentes y amorosas.

En sexto [y séptimo] lugar, tocan el oído [del hombre] dos dedos largos, es decir, el *intelecto* y la *sabiduría*, que es ciencia sabrosa. Estos son dones tan elevados que es mejor experimentarlos que explicarlos.

Dios todopoderoso nos conceda que nuestros oídos se abran verdaderamente para que podamos oír en nuestro interior al Verbo eterno, para alabanza y gloria suya. Amén.

50. SEGUNDO SERMÓN PARA EL DUODÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD⁵⁴¹

EL CAMINO ASCÉTICO Y EL ABANDONO EN DIOS

(V. 73, sobre 2Cor 3,6)

«*La letra mata, pero el espíritu vivifica*» (2Cor 3,6).

1. Entre los fieles y los amigos de Dios encontramos dos modos de vida, uno simbolizado por el Antiguo Testamento y el otro, por el Nuevo. Todos los judíos que deseaban ser salvados estaban obligados a observar el Antiguo Testamento, o Ley antigua, con todas sus ceremonias y ritos, hasta la venida de Cristo, quien instituiría la nueva Ley, de la que la antigua fue figura y camino.

[Para vivir interiormente el Evangelio (Ley nueva) debemos afrontar antes el camino de la ascesis (Ley antigua), abandonándonos en Dios]

Por tanto, si interpretamos adecuadamente la Ley antigua, si la recibimos como conviene, ella nos prepara para el Nuevo Testamento. Pues lo que ha de recibir algo tiene que hacerse antes receptivo. La Ley antigua era muy estricta en sus juicios, tenía sentencias duras y ofrecía muestras severas de la justicia divina y una oscura y muy remota esperanza de la futura redención. Para todos los que vivieron antes de Cristo, la puerta de la Patria Celestial estaba a tal punto cerrada que por mucho empeño que pusieran, por mucho que se esforzaran con obras muy duras, no conseguían entrar. Suspiraban por ello y lo deseaban ardientemente, pero de nada les servía: estaban obligados a esperar mucho tiempo.

⁵⁴¹ En la edición de Surio: *Primer sermón para el duodécimo domingo después de la Trinidad.*

La Ley nueva, en cambio, es «*paz y gozo en el Espíritu Santo*»⁵⁴². Todo el que desea alcanzar ese estado debe antes prepararse por medio de la Ley antigua, es decir, ha de soportar muchas adversidades, sobrellevar grandes cargas y humillarse «*bajo la poderosa mano de Dios*»⁵⁴³. Ha de aprender a soportar pacientemente, hasta el final, todo tipo de contrariedades interiores y exteriores, vengan de donde vengan, sean merecidas o no.

Queridos hijos, os exhorto a tener un mayor cuidado de vuestra salvación. Estad seguros de que habéis de ir por un camino completamente distinto del que creéis. Las palabras que oís de boca de los predicadores, procurad que estén vivas en vosotros y que den paso a la acción, porque es incierto cuánto tiempo tendréis la Palabra de Dios [dentro de vosotros].

Quien ha recibido la gracia de Dios, guárdela prudentemente. Humillaos, inclinaos bajo [la mano de] Dios y soportadlo en todas las formas con que os «golpee». Como he dicho antes, si queréis llegar a la nueva Ley, habéis de pasar primero por las dificultades de la antigua.

En consecuencia, temed por vosotros con verdadera humildad de corazón si se os concede algún consuelo interior o exterior. En efecto, no es por este camino, es decir, por el de los deleites terrenales, por el disfrute y el deseo de las realidades efímeras, como se llega al gozo de la eterna bienaventuranza. Antes bien, hemos de dirigirnos hacia ella pasando por múltiples sufrimientos y penas, por diferentes aflicciones y adversidades, a través de incontables peligros, renunciando a todo alivio y sin buscar consuelo en los sacramentos, en las iluminaciones espirituales, en el amor y el pensamiento sensible de Dios, y en cualquier tipo de ayuda humana. Este es el camino, no hay otro. Hagáis lo que hagáis, no hay duda: este es el camino que debéis seguir si queréis que os vaya bien.

⁵⁴² Rom 14,17.

⁵⁴³ 1Pe 5,6.

Siendo esto así, ofreced la cerviz de vuestro *hombre viejo* a los trabajos de la Ley antigua con toda humildad y abandono; sufrid [espiritualmente] a Dios en todos sus dones y cargas. En verdad, su «*yugo es suave y su carga, ligera*»⁵⁴⁴.

2. Queridos hijos, yo os confío, desde el fondo de mi corazón, a la cautividad de la Cruz del Señor. Que ella esté en vosotros y fuera de vosotros, delante y detrás de vosotros, en vuestras múltiples y duras aflicciones, con un abandono pleno de vosotros mismos a la amorosa voluntad de Dios, a fin de que estéis preparados para soportar todo lo que Él quiera y tenga dispuesto eternamente para vosotros. Que la Cruz esté delante de vosotros para que vuestro ánimo soporte impertérrito y firme cualquier futura aflicción y adversidad. Que esté detrás de vosotros cuando os insulten, os desprecien y os denigren con calumnias⁵⁴⁵.

Poned así al hombre viejo bajo el yugo de la Ley antigua, de la que brota una paz y un gozo verdaderos, no falsos. Aunque los antiguos padres y patriarcas suspiraban ardientemente por la venida del Señor y, no obstante, tuvieron que esperar durante cinco mil años, vosotros, si os abandonáis [en Dios] con la humildad de la que hemos hablado, no tendréis que esperar ni un solo año.

Si padecierais de fiebre palúdica uno o dos años, tendríais que soportarla hasta que desapareciera.

3. Soportad de igual manera la Ley antigua, cuyo peso son juicios tremendos y manifestaciones severas de la justicia de Dios. Esta justicia se manifiesta en el hombre de diversas formas, a través de duros sufrimientos y remordimientos de conciencia. Algunos intentan borrarlos con la Confesión [sacramental] frecuente. Pero, aunque se confiesen mil veces, de nada les servirá. [Esto es así porque,] una vez confesados los pecados mortales y hecha la correspondiente penitencia, todo lo demás hay que dejarlo humildemente en manos de Dios y, entretanto, hasta que Dios [nos] libere por su gracia, esos remordimientos han de ser soportados

⁵⁴⁴ Mt 11,30.

⁵⁴⁵ Cf. Lc 6,22.

pacientemente con humilde abandono al divino beneplácito [de Dios].

Otros buscan escapar de esa oscuridad preguntando por doquier, con la esperanza de oír algo que remedie su situación y les alivie de su sufrimiento. Pero ya pueden ir [preguntando] de acá para allá lo que les quede de vida: nada conseguirán, puesto que el remedio que ha de esperarse es interior; si no es así, nada aprovecharán.

4. Amados hijos, conocí a un hombre cuya santidad interior y exterior era superior a la de todos los demás. Sin embargo, solo había escuchado cinco sermones durante toda su vida. Un día, reflexionando sobre lo que tenía que hacer, Dios le inspiró la respuesta y concluyó: «Es suficiente». Entonces comprendió que debía morir a lo que debía morir y vivir para lo que debía vivir.

Así pues, dejad que la gente común vaya de acá para allá a escuchar la Palabra de Dios. Ellos la necesitan para no caer en la desesperación o en la infidelidad. Pero vosotros tened por cierto esto: si queréis entregaros a Dios totalmente, debéis cultivar el recogimiento interior; si queréis ser *perfectos*, habéis de evitar toda búsqueda exterior y volver a vuestra interioridad.

Por muchas palabras que escuchéis, no alcanzaréis la perfección por medio de ellas. Esto es lo que tenéis que hacer: amar y buscar al Señor vuestro Dios desde el fondo del corazón, y [amar] al prójimo como a vosotros mismos⁵⁴⁶. Todo lo demás dejadlo estar: lo que es bueno, que sea bueno; pero lo que es malo, no lo juzguéis ni lo investiguéis. Desead a Dios con todo el corazón, como los santos patriarcas; y si aún no ardéis en ese deseo, desead desearlo, y dejad todo lo demás.

5. Otra característica de la Ley antigua era una oscura y remota *esperanza de redención*. La puerta estaba cerrada y no había ningún profeta que pudiera predecir con certeza cuándo llegaría la redención. En consecuencia, el hombre debe abandonarse

⁵⁴⁶ Cf. Mt 22,37-39

simplemente a Dios todopoderoso y a su eterna voluntad con perfecta confianza y paciente abandono si quiere que llegue esta liberación. Entonces llegará con absoluta seguridad y nacerá en él.

«¿Cuándo?», dices. Deja eso a Dios. A unos les llega en la juventud, a otros en la vejez, a otros en [el instante de] la muerte. Todo esto hay que dejarlo a su beneplácito. No se requiere aquí ningún ejercicio especial, a no ser la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Sujeta con los dientes los artículos de la fe católica y recítalos de memoria; sufre humildemente toda adversidad y abandónate en toda circunstancia, interior o exterior, a la voluntad de Dios. Entonces, sin duda, nacerá en ti Cristo, la Ley nueva, la paz en la verdad y el gozo en el Espíritu Santo.

[El camino del abandono en Dios]

Si a tu intelecto se le diera la gracia de una sutileza propia de los ángeles, quizá te parecería haber conseguido algo grande. Pero esto no es lo más importante. Es mucho mejor que el Espíritu Santo dé al alma su Vida divina y vivificante, Vida que está por encima de la vida de los ángeles y de todo intelecto humano, de todos los sentidos y de toda razón, y la haga nacer en el alma. Y esto se alcanza por el *camino del abandono*, por ningún otro. Es cierto que el hombre puede llegar a comprender esta vida tan noble con el intelecto y complacerse en ella con los sentidos y la razón. Pero poseerla y llegar a ser un hombre «divino» [es decir, lleno de Dios] solo puede alcanzarse por el camino del verdadero abandono. Este, con toda certeza, es el único que te llevará hasta ella.

En el Antiguo Testamento, los levitas llevaban el arca⁵⁴⁷. Pero aquí, en este [nuevo] modo de vida, el Arca sagrada nos lleva a nosotros [cuando nos abandonamos en ella, es decir, en Dios].

⁵⁴⁷ Cf. Dt 10,8.

El que no quiere sufrir ahora la justicia y los juicios de Dios, caerá con seguridad bajo su justicia y su juicio en la eternidad. No puede ser de otra manera, hagas lo que hagas: es preciso que te abandones en la verdad y sufras. Si hacemos esto, si padecemos para Dios y por Dios, Él nos sostendrá en todos nuestros sufrimientos, en la adversidad y la tristeza, poniendo sobre sus hombros nuestras cargas y ayudándonos a llevarlas. Dios se reservará la parte más pesada de nuestro fardo y hará que suframos por amor a Él toda clase de contrariedades. Si nos sometemos a Dios, ninguna aflicción nos parecerá insoportable.

Pero como, desgraciadamente, estamos sin Dios y permanecemos en nuestra propia debilidad, somos incapaces de sufrir nada por Él.

Que Dios nuestro Señor nos conceda llevar dignamente su yugo, para alabanza y gloria suya. Amén.

51. PRIMER SERMÓN PARA EL DECIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

LA PROPIA NADA

(V. 45, sobre Lc 10,21-24)

«*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*» (Lc 10,23)

1. En el mismo capítulo de Lucas del que se ha tomado el Evangelio de hoy, leemos que, en cierta ocasión, nuestro Señor Jesucristo, al contemplar interiormente a los predestinados y elegidos por Dios Padre, «*exultó de gozo en el Espíritu Santo*» al tiempo que exclamó estas palabras: «*Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños*»⁵⁴⁸. Y poco después, «*vuelto a sus discípulos*» amados, comenzó [a pronunciar las palabras del] Evangelio de hoy, diciendo:

«*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Pues Yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron. En esto, se levantó un maestro de la Ley y, poniéndolo a prueba, le dijo: "Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?" Y Jesús, – aunque no ignoraba que aquella pregunta era una trampa– le respondió: "¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?". Aquel le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo". Jesús le dijo: "Has respondido bien; haz eso y vivirás"»⁵⁴⁹.*

⁵⁴⁸ Lc 10,21.

⁵⁴⁹ Lc 10,23-28.

Queridísimos hijos, paso ahora a tratar la frase del Evangelio que sirve de introducción a este sermón: «*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*».

[La ceguera espiritual del hombre]

El hombre tiene dos tipos de ojos: ojos externos y ojos internos. Si yo no tuviera *ojo interior*, con la única visión de los ojos exteriores sería vil y miserable, y no diferiría mucho de los animales.

¿Cómo es posible que algo tan noble como el intelecto, que es el ojo interior, se ciegue de tal manera que no vea la luz verdadera? ¿Dónde se origina un daño tan incomparable? Un daño tan grave tiene su origen en el hecho de que [el intelecto] está recubierto de una piel muy gruesa y dura, el amor a las criaturas, que no tiene en Dios su verdadera causa, sino en el hombre mismo o en algo suyo. Por eso, los hombres se vuelven ciegos y sordos, cualquiera que sea su forma de vida, ya sean religiosos o seculares, y en esa situación se acercan a comulgar el venerable Cuerpo de Cristo; pero cuanto más lo hacen, tanto más sordos y ciegos se vuelven y más se les endurece la piel.

Amadísimos hijos, ¿cuál pensáis que es la causa de que muchos no puedan llegar por ningún medio a su fondo? Yo creo que es esta: su fondo está recubierto de una piel tan gruesa como la frente de un buey, y esa piel recubre su interior de tal manera que ni Dios ni ellos mismos tienen acceso a él, pues el camino está completamente obstruido. Incluso puede darse el caso de que el interior de algunas personas esté recubierto por treinta o cuarenta pieles espesas, gruesas y negras.

¿Quieres saber a qué pieles me refiero? Pues a todo aquello a lo que el hombre se entrega voluntariamente, ya sea el engreimiento en las palabras o en los hechos, los afectos o las aversiones, la soberbia, la voluntad propia, la vana complacencia en cualquier cosa que no es Dios, la dureza, la inconstancia, la conducta imprudente y otras cosas por el estilo, todas las cuales generan pieles gruesas y vastos obstáculos que ciegan los ojos del hombre.

Pero tan pronto como nos damos cuenta de ese error y nos arrepentimos, reconociéndonos humildemente culpables ante Dios y acusándonos ante Él, y nos proponemos firmemente corregir nuestra vida, entonces podemos ser salvados y todas esas pieles desaparecen.

Estas pieles, sin embargo, se han encallecido en los ojos y en los oídos de algunos hasta tal punto que todo lo que se les dice no llega a su corazón, como si estuviesen sumidos en un sueño pesado. No quieren renunciar a sus ídolos, cualesquiera que sean, sino que, como Raquel, se sientan sobre ellos⁵⁵⁰. Las imágenes [de estos ídolos] crean grandes obstáculos y gruesas pieles que obstruyen los oídos y los ojos interiores del intelecto, de forma que aquellos no pueden oír ni estos ver lo que necesitan para ser bienaventurados. Por eso dijo el Señor: «*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*».

Toda persona sensata puede advertir que, si a los hombres mundanos les va bien con las criaturas –que, sin embargo, son una pura nada–, ¡cuánto mejor les irá a quienes se entregan al sumo Bien, fuente de todas las maravillas!

El Señor afirma que sus discípulos eran bienaventurados por lo que veían. Nosotros, si lo sopesamos bien, comprenderemos que somos plenamente bienaventurados puesto que vemos muchas más cosas del Señor que sus discípulos. Pedro, Juan y los demás apóstoles contemplaban [físicamente] a un hombre pobre, débil, pasible, mortal; nosotros, en cambio, en el Símbolo de la Fe [es decir, en el Credo] lo confesamos [interiormente] como Dios y Señor todopoderoso, creador del Cielo y de la tierra, que hizo todas las cosas de la nada. Si reflexionamos y meditamos bien [todo] esto [que proclamamos en el Credo], nuestros ojos y nuestra alma se harán eternamente bienaventurados.

⁵⁵⁰ Cf. Gn 31,34.

[El reconocimiento de la propia nada: lo único necesario]

2. Entre los maestros se discute la cuestión de si el conocimiento es más noble que el amor o, por el contrario, el amor es superior al conocimiento. No es nuestra intención discutir aquí sus opiniones. Cuando llegemos al Cielo, lo comprenderemos claramente.

Entretanto, oigamos al Señor, que dice: «*Una sola cosa es necesaria*»⁵⁵¹. ¿Cuál es esa *única cosa tan necesaria*? Esta: que reconozcas tu propia nada, y [, en consecuencia, que medites] qué eres tú por ti mismo. Tu negativa a conocer esta *única cosa [necesaria]* suscitó en el Señor un pavor y una angustia tan grandes que le hizo sudar sangre⁵⁵². Por ello, en la Cruz, gritó: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»⁵⁵³, indicando con esto que esa *única cosa tan necesaria* [que debe ser reconocida, esto es, nuestra propia nada] debía ser completamente abandonada por todos los hombres [tal y como la nada de Cristo –es decir, su pura y perfecta humildad– quedó clavada y abandonada en la Cruz, para la salvación de todos los hombres].

Amadísimos hijos, os ruego que dejéis a un lado todo lo que yo mismo o cualesquiera otros maestros os hemos enseñado, que abandonéis toda vida activa y toda contemplación para aprender solo esta *única cosa necesaria*. Lanzaos con todas vuestras fuerzas tras ella, y vuestro esfuerzo no será en vano. Pues el Señor dijo: «*María ha elegido la mejor parte*»⁵⁵⁴, es decir, la mejor de todas. En realidad, quien haya alcanzado esta *única cosa [necesaria]* lo ha alcanzado todo, no solo una parte.

3. Este *único necesario* no consiste en lo que hacen algunos, es decir, en hablar sobre su [propia] nada con un bello discurso racional, y lo hacen tan humildemente como si poseyeran esta

⁵⁵¹ Lc 10,42.

⁵⁵² Cf. Lc 22,44.

⁵⁵³ Mt 27,46.

⁵⁵⁴ Lc 10,42.

nobilísima virtud convertida para ellos como en hábito, mientras en su fondo interior son más soberbios que una catedral. Estas personas desean ser tenidas en alta estima. Engañan a otros, pero sobre todo a sí mismos, pues son ellos los que quedan atrapados por su propio engaño.

Creedme: solo unos pocos reconocen ese *único necesario*. Entre vosotros, apenas hay tres que lo entiendan bien. Ese *único necesario* no se encuentra ni en la memoria ni en el intelecto, pero es de gran ayuda tenerlo siempre delante de los ojos, ejercitarse siempre en él, hasta que por la costumbre se convierta en hábito. En efecto, la práctica perseverante lo vuelve al fin formal o esencial. Tan pronto como sientas, interior o exteriormente, un movimiento de orgullo, sumérgete de inmediato, sin demora alguna, en tu fondo más profundo y en tu propia nada.

Algunos dicen que meditan todos los días en la pasión y muerte de Cristo, y que hacen esto y aquello. Pero quien piense así, tenga por seguro que, si de verdad considera importante lo que hace, o le da a ello algún valor, sería mejor para él no hacer nada y aplicarse a reflexionar y meditar que no es nada, que nada vale y que nada puede. Esto es preferible a realizar grandes obras interiores o exteriores [con orgullo] y olvidarse de la nada que se es.

[El hombre exterior y el conocimiento de la propia nada]

4. Para nuestro provecho, hablemos un poco del *hombre exterior*. Considera qué eres y cuál es tu origen. Procedes de una materia inmunda y sórdida, que en sí misma y en todos los hombres es abominable. ¿En qué te has convertido? En un recipiente inmundo y maloliente, rebosante de estiércol y de un hedor nauseabundo. En ti no entra comida o bebida tan exquisita, tan refinada, tan pura, que no se convierta en un hedor insoportable. Nadie ama [con su *hombre exterior*] tanto a un amigo –aunque este se haya jugado por él la vida eterna y se haya arriesgado a convertirse en un tizón del infierno– que, en cuanto la muerte se le aproxime, se quede cerca de él. Al contrario, huye de él mucho más rápido que de un perro muerto.

Pero Dios todopoderoso puso todas las cosas contrarias a la naturaleza humana: el cielo, el sol, las estrellas, etc. Unas veces, un frío intenso aflige los pobres cuerpos de los hombres; otras, un calor agobiante; unas veces, la escarcha; otras, la nieve o la lluvia. Por eso, hoy estás sano, pero mañana estás enfermo. Ahora estás bien, pero en un rato puedes estar mal. Unas veces estás alegre, otras triste. Ya sufres de hambre, ya de sed. Sufrimos a las fieras, los gusanos, las arañas, las pulgas, los piojos y muchas otras plagas, y a menudo apenas podemos protegernos y defendernos de ellos.

Sin embargo, verás que los animales irracionales tienen una naturaleza mucho más fuerte y resistente que la tuya. La propia naturaleza los ha dotado de una piel que los protege en verano y en invierno, ya sea del calor o del frío. Entonces ¿qué locura es esta? Tú necesitas tomar de ellos tus vestidos y, aun así, en esa misma penuria tuya buscas placer y deleite, ¡y ello es además un estímulo para tu orgullo!

Los animales se contentan con la comida, la bebida, el vestido, la tranquilidad y el lecho que Dios ha dispuesto para ellos. Tú, en cambio, ¿qué no buscas para sustento de tu miserable naturaleza? Y en esa misma búsqueda obtienes un gran placer e incurres en graves culpas en el uso de los animales muertos. En otro tiempo, los hombres santos, cuando se disponían a comer, derramaban lágrimas, pero reían cuando les llegaba el momento de la muerte.

5. Pero considera ahora más a fondo tu propia nada. Observa a cuántas miserias está sometida tu naturaleza. Si te dispones a orar, a estar en vigilia, a debilitar la carne por el ayuno, a llorar [tus pecados], ¿qué otra cosa experimentas sino lo que san Pablo dijo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero»⁵⁵⁵? ¿Cuán múltiples tentaciones te asaltan a menudo? ¿A qué diversos defectos, interiores y exteriores, estás sometido por voluntad divina? ¿Te parece esto despreciable? ¡Ojalá aprendieras lo *único que te es necesario*! Esos defectos, que Dios permite en ti para tu salvación, te conducen al conocimiento de tu propia nada. Eso te conviene más

⁵⁵⁵ Rom 7,19.

que abundar en una devoción sensible y estar ocupado en grandes cosas.

Pero he aquí que llegan hombres de mirada aterradora y palabras duras, personas de gran intelecto que te atacan con una oratoria sutil y elevada, como si fueran los apóstoles [de Cristo]. En esa situación, hijo mío, sumérgete en tu fondo y en tu nada. Deja que la torre caiga sobre ti con todas sus campanas, que todos los demonios del infierno e incluso el Cielo y la tierra con toda la creación se agiten contra ti. Créeme, todo eso redundará en tu provecho y conseguirás *«la mejor parte»*, e incluso todo si te refugias en tu nada.

[La meditación de la pasión de Cristo]

6. Dicen algunos que ellos meditan cada día la pasión de Cristo: cómo estuvo frente a Pilato y frente a Herodes, cómo fue atado a la columna y qué le sucedió aquí y allá. Pero tú que haces esto, si escuchas lo que quiero enseñarte, contemplarás al Señor tu Dios no como [si Él fuera] un puro hombre, sino como Dios infinitamente poderoso, grande y eterno, que creó el Cielo y la tierra de la nada con su Palabra y puede volverlos de nuevo a la nada; el Dios trascendente e incognoscible, que quiso anonadarse por Amor a su pobre criatura. Y al reflexionar y meditar estas cosas, ruborízate, hombre frágil y perro ulceroso, de haber pensado alguna vez en tu honor, en tu interés, en tu soberbia, y pon tu cerviz bajo la cruz, venga esta de donde venga, de fuera o de dentro. Inclina tu espíritu soberbio ante su corona de espinas y sigue a tu Dios crucificado con espíritu sumiso, en un verdadero abajamiento de ti mismo en todas las formas posibles, interior y exteriormente. Y una vez hayas contemplado cómo este Dios fue despreciado, condenado, crucificado y muerto por sus criaturas, imprime en tu alma su pasión con toda humildad, soportando pacientemente toda clase de aflicciones, y moldéate a ella. Pero los hombres no lo hacen.

Otros meditan la santísima pasión de Cristo, pero lo hacen con un corazón tibio, rudo, ciego, sin pasar de la teoría a la práctica, sin renunciar a su tranquilidad, a su gloria, a su soberbia, a los

caprichos y placeres de su cuerpo. Siempre permanecen tal como son. ¡Qué escasos frutos produce la amorosa pasión del Salvador en esta gente! Los frutos se recogen de la imitación [de Cristo], de una vida [santa], de las buenas costumbres y de las obras.

[La meditación de nuestra debilidad y miseria]

7. La pasión de Cristo ha de ser meditada y ejercitada de manera que produzca en nosotros frutos de vida. Debemos juzgarnos indignos de que la tierra nos soporte y sorprendernos enormemente de que no nos trague vivos, puesto que el infierno, sin duda, ya se ha tragado a muchos que seguramente no han pecado tanto como nosotros y que si hubieran recibido de Dios la misma luz y los mismos dones serían mucho mejores que nosotros. Dios nos ha esperado misericordiosamente y nos ha perdonado durante mucho tiempo, mientras que a aquellos los ha condenado justamente.

Amados hijos, debemos pensar en esto más a menudo. Y ese pensamiento ha de convertirse en un estímulo para dolernos por ello, de forma que no tomemos ni una gotita de agua con libertad y presuntuosa audacia, sino con humilde temor [por el pecado que con dicha acción pudiéramos estar cometiendo]. Debemos usar de las cosas no para el placer, sino por la necesidad que tiene nuestra debilidad.

Algunos hablan sutilmente sobre cuestiones elevadas e intelectuales, como si ya hubieran escalado los Cielos, pero no han dado ni un solo paso fuera de sí mismos en el conocimiento de su propia nada. Y es posible que lleguen al conocimiento de la verdad, en la medida en que esta puede ser captada por el intelecto; pero a la Verdad viva, a la mismísima Verdad, solo se llega por el camino de la propia nada. Por eso, quien no va por este camino tendrá que soportar una gran confusión cuando todas las cosas sean desveladas. Entonces lamentarán haber profesado la vida religiosa, haber oído hablar de asuntos sutiles, elevados e intelectuales y ser versados en ellos, y haber adquirido por ello un gran prestigio. Habrían deseado haberse dedicado a apacentar el ganado durante toda su vida y haberse buscado el sustento con mucho sudor.

Llegará, amadísimos hijos, llegará aquel día en que el Señor pedirá estricta razón de los amables dones que tan generosamente nos ha otorgado y que usamos con tanta tibieza y frialdad sin fruto alguno. Pero este desprecio del «yo» no ha de infundir en el hombre un temor [a la condenación] sin esperanza [de la salvación], como suele ocurrir en quienes están desesperados; por el contrario, debe obrar un humilde sometimiento a Dios y a todas las criaturas con un sincero abandono.

[La nada atrae a la Nada]

Si te crees en posesión de algún grado de humildad, estás completamente equivocado. Por eso dijo el Señor: «*Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos*»⁵⁵⁶. Por tanto, hagamos lo que hagamos, no debemos darnos importancia alguna. El Señor dijo de nuevo: «*Dejad que los niños se acerquen a Mí, pues de los que son como ellos es el Reino de los Cielos*»⁵⁵⁷.

Así, la tierra es el más pequeño de todos los elementos y, por su inferioridad, ha huido lo más lejos posible del cielo. Y en razón de esto, el cielo inmenso la persigue con más ahínco, y el sol, la luna y todas las estrellas obran en ella frutos abundantes y mucho más nobles que en los demás elementos que están por encima de ella. [Pensemos en esto:] cuanto más profundo es el valle, mayor cantidad de agua recoge; y cuanta más agua recogen, mucho más fecundos son los valles que los montes.

8. Los que están dotados de este verdadero desprecio de su «yo», se sumergen en el Abismo de la Divinidad, donde se pierden por completo a sí mismos.

«*El abismo llama al Abismo*»⁵⁵⁸. El abismo creado, en virtud de su profundidad y del conocimiento de su propia nada, atrae hacia sí

⁵⁵⁶ Mt 18,3.

⁵⁵⁷ Mt 19,14.

⁵⁵⁸ Sal 42,8. Taulero hace unas interpretaciones diferentes de este pasaje en el sermón 41, n. 7 y en el sermón 44, n. 4.

al Abismo increado. Entonces, un Abismo mana hacia el otro abismo, haciéndose ambos uno solo, y una Nada fluye hacia la otra nada. Dionisio [Areopagita] habla de ello [es decir, de la Nada divina] diciendo: «Dios no es nada de aquello que puede ser nombrado, aferrado o comprendido».

En este Abismo, el espíritu del hombre se abandona a tal extremo que, si Dios quisiera reducirlo de nuevo a la nada y si él mismo pudiera «aniquilarse», lo haría de muy buen grado por amor a aquella Nada en la que está completamente absorto y fundido. Pues nada sabe, nada ama y nada conoce salvo este Uno.

Hijos míos, los ojos que contemplan esto pueden ser llamados «bienaventurados» con toda razón. A ellos se refería seguramente el Señor cuando dijo: «*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*».

Que la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos conceda llegar a ser bienaventurados por la verdadera visión de la propia nada, para alabanza y gloria de su Nombre. Amén.

**52. SEGUNDO SERMÓN PARA EL DECIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE
LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LOS TIPOS DE AMOR

(V. 54, sobre Lc 10,27)

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón» (Lc 10,27)

1. Un fariseo, con la intención de probarle, preguntó al Señor: *«Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?»*. El Señor, de inmediato, lo remitió a su ciencia y a su propio juicio, diciéndole: *«¿Qué está escrito en la Ley?»*. El fariseo respondió: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente»*⁵⁵⁹. Así respondió ese fariseo. Sin embargo, como su intención no era recta, estaba muy lejos de Dios y de la vida eterna.

[El comportamiento farisaico]

Por desgracia, «fariseos» como este, comportamientos farisaicos, son hoy muy abundantes entre buena parte de los hombres, que cuidan mucho lo exterior en sus palabras y obras, las cuales tienen solo cierta apariencia de piedad; pero, en realidad, lo que ellos buscan, aquello que verdaderamente les interesa, es esto: bienes temporales, provecho personal, honores, aplausos, placeres, el reconocimiento de los hombres y cosas por el estilo. En pocas palabras, todas aquellas obras que se hacen para obtener el reconocimiento y el aplauso de los hombres; esas obras que uno no haría si supiera que iban a pasar inadvertidas. Por eso mismo, se prefiere actuar de cara a los hombres porque eso proporciona una gran reputación. Pero todas esas obras, por grandes que sean, por elevadas y profundas que parezcan, ni agradan ni interesan a Dios.

⁵⁵⁹ Lc 10,25-27.

Pues lo que es causa de cualquier obra, lo que la engendra, eso es lo que la hace nacer, y ninguna otra cosa. Pues el fin corresponde al principio.

La motivación interior del «fariseo» consiste en buscarse a sí mismo en todo lo que hace. Él se considera el centro de todo. Hoy también hay ciertas personas espirituales que imitan en exceso este modo de actuar farisaico y, con todo, creen que su relación con Dios es la correcta. Pero si observamos atentamente sus obras, sean cuales fueren: su oración, sus palabras o cualquier otra cosa, advertiremos que todo el amor y toda la intención que late en su fondo no es otra cosa que ellos mismos. Pero ni ellos se dan cuenta de esto. Rara vez han llegado a dominar perfectamente este fondo, unos más que otros. Tales personas realizan muchas obras grandes y aparentes, van de un sitio a otro en busca de indulgencias, rezan mucho, se golpean el pecho, contemplan bellas imágenes, hacen genuflexiones y así recorren toda la ciudad.

Sin embargo, ninguna de estas cosas agrada a Dios. ¿Por qué? Pues porque en todas esas prácticas, su amor y su intención no van dirigidos a Dios, sino a las criaturas [y así, tales personas orientan estas cosas] a su propia conveniencia, a su propio deleite; en definitiva, a su propio interés, sea interior o exterior. En estas cosas encuentran, voluntaria y conscientemente, su satisfacción. Pero no se refieren a esto las palabras del precepto, que dice: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*»⁵⁶⁰. Por eso sus obras no agradan a Dios.

2. Hay otras personas de una condición algo mejor, que se apartan de los asuntos mundanos y, en cuanto pueden, de los errores de su vida pasada. Pero todos sus ejercicios son totalmente sensibles, se quedan en los sentidos y las imágenes. Examinan a fondo la dulce y amorosa humanidad de Cristo, es decir, su nacimiento, vida, pasión y muerte. Todas estas cosas fluyen en ellos abundantemente, con admirable deleite y copiosas lágrimas, como una nave descendiendo por el Rin. Pero, como he dicho, todas estas

⁵⁶⁰ Mt 22,37.

emociones son puramente sensibles. Esto es llamado en la homilía [de san Bernardo⁵⁶¹] «amor carnal», pero nosotros preferimos llamarlo «amor sensible», pues estas personas piensan en el Salvador, desde la cabeza hasta los pies, por medio de imágenes, según los sentidos. Y no es raro que se sientan más atraídos por el placer [que experimentan] y por encontrarse bien que por el verdadero amor a Dios.

Este es un modo de actuar farisaico, que mira más a sus propias obras que a Aquel que es el fin de las obras. Buscan y aman más su propio placer y su comodidad que a Aquel a quien tendrían que buscar, esto es, Dios. En consecuencia, miran más lo accidental [o no esencial] que lo esencial, el camino que el término del camino, lo exterior que lo interior. Aman tanto lo accidental que a Dios solo le reservan una mínima parte de su amor.

En muchos, el amor natural y el amor a Dios están tan mezclados que es difícil diferenciar entre uno y otro. En mi opinión, sería más seguro no sentir ningún placer sensible y esforzarse en obrar bien por todos los medios posibles, pues así el hombre se conoce mejor a sí mismo. Sin embargo, aunque tal dulzura y devoción sensibles no son el grado más perfecto y elevado, sería deseable que hubiera muchos hombres de este género [es decir, personas que disfruten sensible o racionalmente haciendo el bien].

[Las tres tipos de amor]

3. San Bernardo, al hablar de este amor que está en el precepto, distingue en él tres aspectos: a uno lo llama amor *dulce*, a otro amor *sabio o prudente* y al tercero amor *fuerte*. Estas tres clases de amor podrán comprenderse mejor por comparación con tres imágenes: una imagen de madera, pero recubierta de oro; una imagen de plata, igualmente dorada; y una imagen de oro purísimo. La primera, la de madera, representa el amor dulce o afectivo; la segunda, la de plata,

⁵⁶¹ Se refiere a la homilía XX sobre el *Cantar de los Cantares*, 3, 4, de san Bernardo.

representa el amor sabio o prudente; la tercera, la de oro, representa el amor fuerte.

[El amor dulce y sensible]

El amor dulce y sensible, que se basa en la *imaginación*, es semejante a una imagen de madera, pero recubierta de oro. Tal imagen construida con madera, si está esculpida artísticamente y revestida de oro precioso, la contemplamos con gran placer. Pero si se le quita el brillo de oro que recubre su superficie, apenas vale nada. Del mismo modo, si a este amor dulce y sensible le quitamos la capa de oro, que es la buena intención, lo que queda no vale nada o muy poco, por agradable que resulte a la naturaleza y a los sentidos, por mucho placer que proporcione su contemplación.

Pero Dios, en su inmensa bondad, sirviéndose de esa dulzura, atrae y mueve al hombre a seguir adelante, por una senda verdaderamente provechosa, hasta que, finalmente, por medio de esta suavidad y devoción sensibles, nazca en él el verdadero amor. Al mismo tiempo, por este dulce sopor, se extingue totalmente en el hombre todo sabor y deleite de las criaturas y de todas las demás cosas. Por eso, nadie debe rechazar esta dulzura que Dios le da, sino aceptarla con temor reverencial y humildad profunda, y atribuirle a su imperfección y pequeñez, pues así es como Dios le atrae y le llama.

Y toda esta dulzura sensible que se le da al hombre no debe quedarse ahí quieta, sino que ha de servir como rampa hacia lo más elevado: por medio de las imágenes [el hombre] debe ir más allá de toda imagen y por medio de estos ejercicios externos y sensibles debe abismarse en sí mismo, en el fondo de su alma, donde realmente está el Reino de Dios. Pues hay muchos que son muy entendidos en estos ejercicios sensibles e imaginativos y se sienten muy a gusto en ellos; pero, en realidad, esas prácticas son como una montaña de hierro, que no les permite avanzar y sumergirse en su interioridad. Por esto, no se ejercitan en la vida interior, sino que, por el contrario, se apegan demasiado a esas imágenes y formas sensibles, y en ellas se quedan sin preocuparse de ir más allá ni

entrar en su fondo, donde brilla la Verdad viva. «*Nadie puede servir a dos señores*»⁵⁶², es decir, a los sentidos y al espíritu.

[El amor racional y sabio]

4. Otro amor es el que san Bernardo llama *sabio o prudente* y que nosotros podemos llamar amor *racional*. Este es mucho más excelente que el anterior, el amor sensible o dulce. No sin razón, hemos comparado este amor racional y sabio con una imagen de plata recubierta de oro. Esta es en sí misma tan preciosa que, si fuera de grandes proporciones, bastaría ella sola para adornar una iglesia. Del mismo modo, este amor racional y sabio es la cosa más preciosa, noble y grata. Pero ¿quieres saber, amado hijo, tú que deseas conocerlo, cómo se alcanza este amor? Escucha.

Abisma tu espíritu en la contemplación de las realidades eternas, y así como antes solo traías a tu mente imágenes relacionadas con la vida de Cristo, como su nacimiento, sus obras y otros hechos externos, ahora contempla su vida y obras interiores. ¿Que cuáles son? Contempla la generación eterna: el Verbo es generado en el Corazón del Padre, de donde sale y donde, sin embargo, siempre permanece; el Espíritu Santo fluye [del Padre y del Hijo] y se expande con inefable amor y complacencia; y finalmente, la Esencia divina, siendo Trinidad de Personas, es una simple y pura Unidad.

Luego, frente a esto, representate tu no ser, tu nada y tus múltiples distracciones. Contemplantas la secreta infinitud de la Divinidad, cuán oculta es en sí misma, y pondrás frente a ella tu gran exterioridad. Contemplantas también su eternidad, que no tiene antes ni después, sino que, en un solo instante, se posee a sí misma y a todas las cosas en ella, en un ahora continuo y siempre nuevo, y esto de manera inmutable. Por el contrario, te representarás el fluir y la inestabilidad de tu tiempo, de tu vida mutable y de tu espíritu, para el que no hay estabilidad alguna. De este modo, el amor dulce

⁵⁶² Lc 6,24.

y sensible se eleva a una cierta abstracción y se esfuerza en subir a lo más alto, hasta que se iguala al amor [racional y] sabio o se transforma en él. Aquí trasciende todas las imágenes, formas y semejanzas y así, por medio de las imágenes, se eleva por encima de todas las imágenes.

Por tanto, ese amor que san Bernardo llama *sabio* aparta la mente del hombre de todo lo que es exterior y ajeno a él, consiguiendo que se olvide completamente de todas esas cosas. En el amor que san Bernardo llama *dulce y afectivo*, el espíritu se aparta con esfuerzo de las realidades externas y visibles. Sin embargo, a quien [antes] ha bebido [y disfrutado] de este amor dulce, [con el amor racional y sabio] todas las cosas visibles [ahora] le parecen de nulo valor, y entonces nacen en él un cierto hastío, desdén y un desprecio por todo lo que es desordenado.

Con este amor [racional y sabio], el afecto del hombre se aparta mucho más de las cosas temporales y se eleva [por encima de ellas] con mayor provecho que con muchas prácticas exteriores. El hombre «nace» aquí de una forma mucho más íntima y [en esa intimidad] contempla la Tiniebla divina, que por el exceso de su invisibilidad incognoscible es oscura e impenetrable para toda inteligencia creada, tanto de hombres como de ángeles, del mismo modo que el sol ciega los ojos humanos con el esplendor de su brillo. Como atestigua Dionisio [Areopagita]: Dios está sobreesencialmente muy por encima de todas las características que el hombre pueda atribuirle, sean nombres, modos, formas o imágenes.

5. Estas cosas, gustadas interiormente por el hombre, lo hacen sumergirse y fundirse en su propia nada y pequeñez. Cuanto más clara y desnuda brilla en su interior la grandeza divina tanto más evidentes se le hacen su propia pequeñez y su nada. Entonces, si el hombre se sumerge más profundamente en su nada, podrá conocer la Verdad de tal irradiación divina –es decir, esencial–, no por medio de imágenes, ni en las potencias⁵⁶³ del alma, sino en el mismo fondo.

⁵⁶³ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

[Los falsos maestros espirituales. Los «hermanos y hermanas del Libre Espíritu»]

Esto se opone a los [hermanos y hermanas] del Libre Espíritu⁵⁶⁴, que, apoyados en una luz falsa, afirman haber conocido la verdad; y enseguida se levantan y se ensalzan para su propia satisfacción y vanidad, y con su particular modo de ver y gustar, se sumergen en su falsa desnudez interior. Y para colmo, reprochan a los demás, para deshonra de Dios altísimo, que aún no hayan trascendido todas las formas e imágenes. Y van diciendo otras cosas por el estilo.

Pero un hombre bueno, auténticamente bueno, no cree haber trascendido cosa alguna, por pequeña o insignificante que sea, siempre que sea buena. Y aunque la hubiera trascendido, no por ello la tiene en menor aprecio ni la ama con más reverencia que lo hacía antes. Como se considera inferior a todas las cosas, no cree que haya trascendido o superado absolutamente ninguna.

Pero esos frívolos impostores que acabamos de mencionar están muy apegados a sus modos de interpretar las cosas y alardean de ellos. Cuando en un sermón oyen palabras raras o sutiles, que no tienen en sí vida ni lecciones de vida, alaban al predicador y afirman que de la boca de este ha salido el bien más puro. Así se reconoce claramente quiénes son. Pero la Verdad pura y desnuda que realmente necesitan, esa no les sabe a nada.

Cuantos son de esta condición están muy lejos de la verdadera virtud, cuando más falta les hace. Persisten en su luz natural y, de modo sorprendente, en ella se glorían; no se han ejercitado en la muy noble vida de nuestro Señor, no han dominado su naturaleza por el ejercicio de las virtudes ni han entrado por el camino del amor verdadero, sino que se mantienen en su luz racional y en su falsa desnudez interior. Permanecer en ese estado agrada sobremanera a la naturaleza. Están [falsamente] anclados en su fondo [aparentemente] libre y vacío de imágenes, en gran quietud y

⁵⁶⁴ Sobre los hermanos y hermanas del Libre Espíritu: ver nota 460.

silencio. [Sin embargo] este modo de quietud está [en realidad] tan enraizado en la naturaleza [, y ello les produce tal placer sensible,] que actualmente tiene una legión de seguidores.

Es un hecho que, en esta época de hombres trastornados, prácticamente ninguno quiere luchar contra sí mismo ni afrontar sufrimiento alguno. Todos están ocupados en el amor a sí mismos.

Sin embargo, aquellos hombres amables que alcanzan este amor [racional y] sabio, están sedientos de padecimientos, adversidades y desprecios, y desean seguir las amorosas huellas y la enseñanza de su Señor Jesucristo. Esos no caen en una desnudez falsa ni en una libertad engañosa. No se glorían, pues son pequeños y una nada a sus propios ojos. Precisamente por eso, son grandes y preciosos ante Dios.

[El amor fuerte. La unión con Dios]

6. El tercer amor, que llamamos *fuerte*, es el amor esencial, representado por la imagen hecha de oro puro.

Hijos míos, llegados a este punto, mirad lo que os digo: todo el que no encuentra en el fondo de su alma alguno de estos tres amores ni se siente dotado de ninguno de ellos, debe saber que está en una situación peligrosa y que tiene motivos para llorar y lamentarse día y noche.

Este oro bien pulido brilla de tal manera que apenas se le puede mirar. Es lo que le ocurre al espíritu en este amor fuerte, pues la presencia de Dios irradia su fondo tan esencialmente que el espíritu, por su humana fragilidad, no puede soportarlo y debe necesariamente fundirse y ser devuelto a su impotencia. Aquí el espíritu no tiene en qué apoyarse, y no le queda sino sumergirse y anegarse en el Abismo divino, perdiéndose en él de tal manera que ya nada sabe de sí mismo.

Pero como el objeto de la Divinidad que corresponde al amor fuerte es totalmente incomprensible para él y lo sobrepasa por completo, hace como Elías: permaneciendo de pie frente a la entrada

de la cueva –es decir, en su propia debilidad humana frente a la presencia divina–, cubrió su rostro con un manto, que significa que su espíritu dejó aquí su propio conocimiento y actividad⁵⁶⁵. Pues, aquí, es Dios quien obra, conoce y ama todas las cosas en el espíritu. [Así, el hombre alcanza la perfección espiritual: deja de ser *avanzado* y pasa a ser *perfecto*].

En este amor fuerte, el espíritu desfallece y se sumerge todo en el Amado, en quien se ha perdido como una gota de agua en la inmensidad del mar, y se une a Él de manera mucho más perfecta que el aire al sol en el máximo esplendor de su brillo. Lo que sucede aquí es mejor experimentarlo que expresarlo en palabras.

¿Qué queda entonces en el hombre? Nada, salvo un infinito desprecio de sí mismo [considerándose una nada absoluta] y una perfecta renuncia a toda propiedad, tanto en la voluntad como en el espíritu, en las prácticas y en la vida.

Pues, en esta aniquilación de sí mismo, el hombre experimenta un abismamiento tan profundo que, si pudiera sumergirse aún más y reducirse a la nada por amor y humildad, lo haría de muy buena gana.

En él ha nacido ahora un desprecio tan grande de sí mismo que le parece totalmente indigno de ser un hombre o de que se le llame «hombre», de traspasar los umbrales de un templo o de mirar un crucifijo pintado en la pared. Es más, [es tal su abajamiento que] se considera sinceramente peor que el mismo demonio. Sin embargo, nunca antes ha abrazado con tanto amor la pasión del Señor y la santísima humanidad del Hijo de Dios.

Ahora quiere empezar una vida mejor, con un fervor renovado, con todas las virtudes y buenas prácticas. Y esta vida nueva se hace en él esencial, tanto en lo más pequeño como en lo más grande. Pues lo más pequeño y lo más grande son en él una sola cosa.

⁵⁶⁵ Cf. 1Re 19,1-18.

Así lo dispuso Dios en el orden natural, esto es, que lo más bajo se correspondiera con lo más alto. La tierra es lo más bajo y el Cielo, lo más alto. Pero el Cielo no obtiene en ningún otro lugar tanto fruto como en la humildad de la tierra. Así, la grandeza de Dios todopoderoso nunca obra con tanto fruto y tan divinamente como en la profunda humildad del hombre. Así como el sol atrae a sí los vapores emanados de la profundidad de la tierra, así eleva Dios al espíritu verdaderamente humilde, de modo que ya siente, cree y le parece estar totalmente transformado en Dios. Entonces, [el espíritu] vuelve a sumergirse todo en sí mismo y cree que es menos que un hombre.

Así es como vemos que ocurre en una gran olla llena de agua hirviendo: el agua se eleva sobre sí misma y se agita por la fuerza del fuego como si no pudiera contenerse y quisiera derramarse; pero cuando se le retira el fuego vuelve a su nivel anterior. Del mismo modo, este amor fuerte impele y arrebatata el espíritu para que se levante sobre sí mismo y se derrame todo fuera de sí, hirviendo en un cierto «no saber» en el que se le despoja del conocimiento, para, después, volver a abajarse en la consciencia de su propia nada.

7. Este amor fuerte y ardiente tiene tres propiedades:

La primera es que eleva el espíritu del hombre hacia lo Amado con gran fuerza y lo abstrae de toda propiedad, actividad, capacidad y acción de las potencias superiores, es decir, del intelecto, la memoria y la voluntad. Esto trasciende por completo todo modo y todos los sentidos.

La segunda es que abate y comprime el espíritu muy profundamente, en su mismo fondo, es decir, en cierta aniquilación abisal. Esta humildad [es tan profunda que] es incomprendible para el conocimiento sensible, y [, de hecho,] aquí pierde el nombre [de «humildad»].

La tercera es que hace al hombre tan «esencial» que causa admiración decirlo. Nada lo perturba. Por el contrario, goza siempre de la misma paz y sosiego de corazón en cualquier circunstancia. No tiene una excesiva actividad, sino que, en una sosegada quietud, está dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, su Señor,

adondequiera que desee conducirlo, en cualquier cosa que quiera hacer por él o en él, como el criado que permanece ante la mesa de un poderoso y no hace sino estar atento a los gestos de su señor, presto a cumplir con prontitud y alegría cuanto aquel quiera.

[La ayuda de las tentaciones]

Pero cuando todo esto ha pasado y todas esas maravillas han ocurrido a este hombre noble, puede suceder que el maligno le acose con la peor y más sucia de las tentaciones, con la tentación más grave que a un ser humano le pueda sobrevenir. Pero él, por medio de esa prueba, crece admirablemente, muy por encima de lo que pueda ser expresado o pensado. En esta tempestad de las tentaciones, las «piedras» son aplastadas más sutilmente en un espíritu grande y fuerte. Y si algo queda en la naturaleza por purificar, las tentaciones se encargan de purificarlo abundantemente.

[La humildad perfecta]

8. Después, una vez sufridas y vencidas hasta el fin todas estas tentaciones, [el hombre] se comporta como un sacerdote de pie ante el altar. Y [bien] sabéis, hijos míos, qué hace el sacerdote en el altar: aunque ha sido consagrado en la santa Iglesia por disposición divina, y siendo igualmente sagradas toda la indumentaria y todo aquello con que se viste, y [, asimismo,] teniendo [el sacerdote] el poder de elevar el Cuerpo del Señor y ponerlo donde quiera, arriba o abajo, con todo, [a pesar de esta sacralidad que le rodea, el sacerdote] no se atreve a pronunciar las palabras del Padrenuestro sin un preámbulo o un acto de excusa previo, para decir: «Oremos con toda la corte celestial. Exhortados por preceptos saludables y siguiendo la divina enseñanza, nos atrevemos a decir: “Padre nuestro...”».

¿A qué se debe esto sino a la inmensa pequeñez del hombre y a la inefable dignidad y reverencia de Dios Padre, al que hemos de dirigirnos con voz trémula? De este modo, ese hombre contempla

admirado cómo su vileza y debilidad se atreven a llamar «Padre» a Dios altísimo e inmenso. Tal hombre deiforme tiene el alma llena de Dios y el cuerpo, de aflicciones. Pero Dios todopoderoso actúa con la velocidad del rayo e ilumina el fondo del alma con tanta fuerza, que todo dolor y toda pena le parecen al hombre muy pequeñas.

En esta relampagueante venida de Dios al fondo [del alma], Dios ilumina con su fulgor al hombre más rápidamente sobre lo que debe hacer, por quiénes tiene que orar o qué debe predicar, si [tal hombre] conserva en él este don.

Que Dios, Caridad verdadera y esencial, nos conceda vivir de tal modo que en nosotros brille el amor verdadero para alabanza y gloria suya. Amén.

**53. TERCER SERMÓN PARA EL DECIMOTERCER DOMINGO DESPUÉS DE LA
FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

EL FONDO DEL ALMA

(V. 64, sobre Lc 10,23)

«*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*» (Lc 10,23)

1. Hijos míos, el Evangelio de hoy contiene la verdad más pura, aquella cuyo conocimiento nos da la más alta felicidad. Esta verdad nos la sugiere el Señor con estas palabras: «*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*». Después añade: «*Pues Yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron*»⁵⁶⁶.

[Los tres testimonios necesarios para ser justos]

Un doctor de la Ley se levantó para tentarlo (todo el que tienta a otro actúa con mala intención). Y le dijo al Señor: «*Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?*»⁵⁶⁷. Jesús le contestó humildemente, como si ignorase la malicia de aquel doctor, y le remitió amablemente al testimonio de la Sagrada Escritura que él había leído.

Tres son los testimonios con los que todo hombre debe contar para que se le haga justicia: primero, el de Dios; segundo, el de sí mismo, del propio fondo de su espíritu vivo; tercero, el de la Sagrada Escritura, divinamente inspirada. Pero de los tres, aquel hipócrita solo tenía el último testimonio, el de la Sagrada Escritura, a la que el Señor lo remitió diciéndole: «*¿Qué está escrito en la Ley?*

⁵⁶⁶ Lc 10,23-24.

⁵⁶⁷ Lc 10,25.

Aquel respondió diciendo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo"»⁵⁶⁸. Y este respondió bien. Le parecía que era tal como él había dicho, y por ello se enorgullecía de sí mismo.

[Contemplar la chispa del alma]

2. Pero dejemos ahora esto y volvamos a las palabras anteriores del Señor: «*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*». Se llama «bienaventurados» a los ojos por dos razones.

La primera es porque contemplan, con la mirada interior y contemplativa, la sublime e incomparable nobleza del alma, que tiene con Dios un especial parentesco, [el cual ha sido] puesto en el fondo del alma por el mismo Dios. Todo el que sabe contemplar esa nobleza adecuadamente, obtiene mucha gracia y una gran felicidad, siempre que tenga el corazón encendido en amor a Dios.

De esa nobleza del alma han escrito abundantemente muchos doctores, tanto antiguos como modernos. [Concretamente, el Maestro san] Alberto Magno, el Maestro Dietrich y el Maestro Eckhart, al hablar de ella, le aplican nombres diversos. Uno [el Maestro Eckhart] la llama «chispa del alma»; otro, «centro del ser»; y el Maestro Alberto, «imagen de la santísima Trinidad». Esta chispa, si está bien dispuesta, alcanza tal elevación que la inteligencia no puede seguirla. Pues no descansa hasta que regresa al Fondo de la Divinidad, de donde ha salido y donde existía antes de ser creada. Y no ha de ponerse en duda que estos doctores entendieron con su vida [experimentándolo] y con su inteligencia [estudiándolo] aquello de lo que escribían, de tal forma que lo tomaron de [la contemplación interior de] la más pura verdad, de [estudiar a] destacadísimos doctores de la santa Iglesia y de [leer la vida y los escritos de] grandes santos que hablaron de ello.

⁵⁶⁸ Lc 10,26-27.

Aparte de estos doctores, hubo también filósofos paganos que, muchos años antes de Cristo, se dedicaron a investigar y explicar la chispa del alma: Platón, Aristóteles, Proclo, etc.

[Ciertamente,] la reflexión y meditación de esta chispa estimula a hombres santos y buenos, inflamados en amor a [Dios en] la eterna bienaventuranza, a recogerse vivamente y a abismarse en esta nobilísima parte del alma, que tiene su Origen en Dios mismo.

En cambio, hay también algunas personas que, perdidas en un fondo falso y corrompido, se hacen un daño incomparable y eterno.

[La humildad sincera y la felicidad auténtica]

3. Pero ahora, queridos hijos [, hablemos de la segunda razón por la que el Señor llama «bienaventurados» a «los ojos que ven lo que vosotros veis»], así que escuchad atentamente cuál es el camino que conduce a la verdadera felicidad [o bienaventuranza]: es una humildad sincera y pura, una perfecta renuncia, en el espíritu y en la naturaleza, a sí mismo y a todos los modos propios; es no darte importancia a ti mismo ni a todo lo que has hecho o vas a hacer, considerándote una pura nada, como en verdad lo eres. Si posees algunos bienes, no los consideres tuyos, sino de Dios. Si tus ojos quieren ser espirituales, debes llegar a este fondo de humildad y aprender a examinarlo profundamente. Esta regla la dejó nuestro Señor Jesucristo a sus elegidos, cuando dijo: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón»⁵⁶⁹.

La mansedumbre y la humildad son como dos virtudes compañeras y hermanas, que siempre están juntas y avanzan a la par; tanta es la unión entre ellas que, si una de las dos está en el fondo, necesariamente ha de estar la otra.

A los que son pequeños y humildes, Dios Padre les revela cosas elevadas y ocultas que esconde a los grandes y sabios de este mundo. Solo en esta pequeñez, y en ninguna otra parte, se

⁵⁶⁹ Mt 11,29.

comprende [en cierto modo] la Verdad divina pura y desnuda, en la cual se encuentra la esencia de la bienaventuranza eterna.

4. Entonces dice el Señor: «*Muchos reyes y profetas quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron*». Los «profetas» representan aquí a los espíritus grandes, elevados, perspicaces, ocupados en ejercitar el intelecto, que viven apegados a su inteligencia y sutileza natural, y se vanaglorian de ellas. Sus ojos en modo alguno se harán bienaventurados. Con el término «reyes» nos referimos a hombres poderosos y fuertes, plenamente dueños de sí mismos, de sus palabras y sus obras. Estos pueden hacer todo lo que quieren a voluntad: ayunos, vigiliias, oraciones y otras prácticas semejantes. Y todas ellas son buenas y útiles. Pero como las magnifican como si hicieran algo importante y, además, desprecian a quienes no hacen lo mismo que ellos, esta es una mala actitud, sin ninguna duda. Por eso, sus ojos tampoco serán bienaventurados. Todos estos quisieron ver y no vieron. Digo «quisieron ver» para que se entienda que ellos estaban apegados a su voluntad⁵⁷⁰ [propia].

Amados hijos, creedme: es en la voluntad del hombre donde está todo el daño. La voluntad es el mismísimo sujeto que estorba la visión. Pues al igual que el ojo corporal del hombre es velado por una membrana que le impide ver, así la voluntad vela los ojos interiores del alma. Por eso, como el ojo corporal ha de estar puro y libre de todo color para poder percibir todos los colores, así también, si la mirada interior quiere contemplar pura y felizmente las realidades eternas y divinas, debe estar completamente libre de todo querer y no querer.

En los corazones mundanos la voluntad es multicolor, porque en ellos es ruda y exterior; en los espirituales, sin embargo, tiene su propio color. Pues el hombre lleva en sí tres hombres. El primero es el *exterior*, animal y sensible; el segundo es *interior y racional*, con sus potencias intelectuales; el tercero es el *espíritu*, la porción más elevada del alma. Todos ellos forman un solo hombre. Del mismo

⁵⁷⁰«Quisieron» en latín es *voluerunt*, de la misma raíz que *voluntas*, «voluntad».

modo, las voluntades en el hombre son diversas, cada una según su modo particular.

Pero el hombre debe despojarse de toda voluntad propia, como el Señor dijo de sí mismo: «*No he venido a hacer mi voluntad, sino la de mi Padre*»⁵⁷¹. Mientras estás apegado a tu voluntad propia, ten por cierto que no has alcanzado ese estado de noble felicidad, pues toda verdadera felicidad hunde sus raíces únicamente en el abandono y el despojamiento de la voluntad propia. [Ese abandono y ese despojamiento] tienen su origen en el conocimiento de nuestra pequeñez, donde la voluntad propia desaparece.

Ciertamente, la voluntad es como una columna que sustenta todo el desorden del hombre. Si la quitamos, todos los muros del desorden caerán completamente. Cuanto más pequeño se considera uno, tanto menos de voluntad propia tiene en lo que hace y en lo que no hace. Y así, siempre aspira a la humildad.

[Los modos de amar a Dios]

5. Hablemos ahora acerca del amor y expliquemos qué significa aquí: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente*»⁵⁷². Entre los teólogos hay una gran controversia acerca de este amor, en el sentido de si es más elevado que el conocimiento o si, más bien, el conocimiento es superior al amor. Nosotros no vamos a entrar en esta discusión. Pero es innegable que el amor es, con mucho, más útil, mejor y más meritorio para el hombre que el conocimiento. Pues el amor entra gozoso allí donde el conocimiento ha de quedarse fuera.

La [virtud teologal de la] caridad [, que es el amor evangélico,] no necesita de un conocimiento grande y sutil, sino de una fe auténtica, pura, viva y cristiana.

⁵⁷¹ Jn 6,38.

⁵⁷² Mt 22,37.

Ahora hemos de reflexionar y meditar cuál es la forma de la caridad, cuál es su materia, cuál es su fin. La *materia* de la caridad es nuestro corazón, [es decir,] nuestra alma y sus potencias⁵⁷³. La *forma* es el amor, pues su actividad consiste en amar con todas sus fuerzas. El *fin* y el objeto son amar a Dios sin intermediario. La *esencia* es el amor, pues la caridad ama por amor.

Ricardo [de San Víctor]⁵⁷⁴ hace cierta distinción en la caridad afirmando que el amor, en el grado inferior, consiste en amar con el corazón –es decir, en el pensamiento–, con el *alma* –es decir, por inclinación y deleite–, y con las *fuerzas* –esto es, resistir a todo lo que se opone al amor–. Pero aquí no se ha dicho «*con todo*⁵⁷⁵».

6. [San] Alberto Magno, en el comentario a este Evangelio, hablando de este «[*con*] *todo*», dice:

«Amar “*con todo el corazón*” es ejercitarse con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas mediante un acto de voluntad resuelta, pronta y libre. Pues ocurre a menudo que a un hombre le viene a la mente algo que desea amar, pero la razón se opone a ello con [un acto de] su libertad. Y hay otras cosas que no nos apetece amar, pero la razón, sin embargo, nos mueve a hacerlo. Por tanto, este amor debe proceder de un corazón decidido, voluntario y libre, un corazón para el que Dios sea siempre, en cuanto es posible en esta vida temporal, el centro de sus deseos y pensamientos.

Amar “*con toda el alma*” es amar a Dios por el afecto, el deleite y la inclinación, con entera y libre voluntad, desde todos los rincones del alma, es decir, con el hombre interior y exterior. Este amor nace del conocimiento de la verdad.

Amar “*con todas las fuerzas*” es amar a Dios con una aplicación y una práctica perfectas, sometiendo las facultades animales, los sentidos y al hombre exterior entero, entregándonos así al amor [a Dios] con todas nuestras fuerzas y toda nuestra

⁵⁷³ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

⁵⁷⁴ RICARDO DE SAN VÍCTOR, *De quatuor gradibus violentae caritatis*.

⁵⁷⁵ *Ex toto*, es decir, «con *todo* el corazón, con *toda* el alma y con *todas* las fuerzas».

capacidad, tanto interior como exterior; es decir, ejercitándonos seriamente en el amor y, en cuanto le es posible a la naturaleza, tensando todas nuestras fuerzas como se suele tensar un arco que ha de enviar lejos una flecha para alcanzar la diana. Esta es la totalidad del verdadero amor en su más alto grado».

En lo que sigue, es decir, «*amar a Dios con toda la mente*» [o «*con todo el espíritu*»], está incluido todo lo demás, pues esta mente es llamada «medida⁵⁷⁶» porque mide todas las demás cosas, dando a cada una su propia forma y su propio peso, y todo lo divide en partes y lo distribuye. Se llama «*habitus mentis*» [es decir, hábito de la mente].

[En efecto,] san Agustín afirma que un único acto no produce una virtud si antes, formalmente, no se ha hecho *hábito*, siendo para el hombre tan habitual, agradable y fácil [practicar dicha virtud] como si hubiese pasado a [formar parte de] su naturaleza. Este [hábito] procede del verdadero fondo del amor espiritual a Dios⁵⁷⁷.

[Qué es la chispa del alma]

7. Siendo tan grande la nobleza del espíritu [o mente o chispa del alma], debemos considerar con gran seriedad qué es. Es [algo] mucho más elevado e interior que las potencias [del alma], pues estas reciben todo su poder de él, son en él y de él proceden. Pero el espíritu está muy por encima de ellas, puesto que es absolutamente simple, esencial y uniforme.

Algunos teólogos o doctores opinan que la nobleza de este espíritu es tan grande que siempre está activo, tanto si el hombre duerme como si está despierto, sea consciente de ello o no. Su aspiración a retornar a Dios –que es su Fuente– es eterna y deiforme.

⁵⁷⁶ *Mensura*. Sobre la relación etimológica entre *mensura* y *mens* véase TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, q. X, a. 1 co.

⁵⁷⁷ En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «eso procede del fondo de la humilde caridad».

Algunos aseguran que [ese espíritu] contempla a Dios, lo ama y goza de Él ininterrumpidamente. No entramos ahora a argumentar este punto. Pero, aunque es criatura, conoce a Dios en sí mismo⁵⁷⁸.

Proclo, un filósofo pagano, lo llama «sueño», «silencio» y «quietud divina». Dice que es una *búsqueda secreta del único Uno, del Uno que está muy por encima de la razón y la inteligencia*.

Cuando el alma se recoge interiormente en sí misma, se hace [en cierto modo] divina y vive una vida divina. Pero mientras el hombre lleva una vida exterior y ocupada en lo sensible, no puede conocer [ese espíritu] y ni siquiera puede creer plenamente que [dicho espíritu] está dentro de él, aunque eso sea verdad.

Este nobilísimo espíritu, este fondo purísimo del hombre, ha sido creado por Dios de tal forma y dotado por Él de tanta nobleza, que posee una aspiración eterna y un deseo continuo de volver a su Origen, es decir, a Dios presente en él. Esta inclinación del espíritu a Dios no cesa ni en el mismísimo infierno, porque es una pena especialmente dolorosa [para el hombre] sentirse eternamente separado de Dios y quedar privado para siempre de la Fuente de la que ha brotado en su pureza y verdad.

8. Pero cuando el hombre lleva una vida interior seria, constante y equilibrada, su propia razón⁵⁷⁹ le instruye y le corrige, modera todas las potencias inferiores y refrena todos los placeres, deleites y deseos; lo mueve a dominar y dejar todo lo que no sea conforme con la razón; le descarga de todos los afectos de las potencias inferiores contrarios a la voluntad divina; se libera a sí misma de estas cosas como de algo extraño; y toma distancia de los sentidos y aparta de sí toda aflicción y tristeza. Una vez sosegadas todas estas cosas, entonces el alma ve su propia esencia y todas sus potencias, y se comprende a sí misma como imagen racional de Aquel que es su Fuente.

⁵⁷⁸ En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «se reconoce Dios en Dios aun siendo creado».

⁵⁷⁹ Otros han traducido el alemán medieval *redelicheit* como «prudencia» o «discreción».

Con toda razón pueden ser llamados «bienaventurados» los ojos que han contemplado esta realidad [es decir, su espíritu o chispa del alma], porque en ella experimentan una unión espiritual simple y esencial [con Dios], y en ella se sumergen y abisman.

[Abismarse en la chispa del alma: la eterna bienaventuranza]

Como dice el obispo [san] Alberto [Magno] [acerca de la chispa del alma]: «El centro del alma que se encuentra aquí es la cosa más admirable, pura y segura; la que nunca puede ser arrebatada, la que nunca puede ser impedida, la que más perdura». En ese centro del alma no hay ninguna contrariedad, ni imágenes, ni sensualidad, ni temporalidad, ni transitoriedad; en él no se dan las diferencias o distinciones que proceden de la imaginación, como afirma Dionisio [Areopagita].

El propio Alberto explica estos seis puntos mencionados. Primero, [el centro o chispa del alma] es la cosa más maravillosa porque ninguna maravilla hay por encima de ella o fuera de ella; sacia por completo la capacidad de admiración de quien la contempla; y es la más elevada de todas las cosas y nada hay por encima de ella. Segundo, es la más pura porque nada tiene en común con la materia, con las cosas materiales. Tercero, es la más segura porque estos caminos dan seguridad a todos los caminos y no recibe ninguna seguridad de los demás caminos. Cuarto, es la que menos puede ser arrebatada porque ni la carne, ni los defectos carnales de los vicios o de las tentaciones pueden apartarla del ejercicio de su actividad. Quinto, es la que menos puede ser obstaculizada porque se encuentra en una luz serenísima que [ella] ha captado con su esfuerzo y aplicación, y este esfuerzo se ha convertido en ella en una segunda naturaleza o hábito, y ahí ya no experimenta ninguna dificultad. Finalmente, es la que más perdura porque no encuentra ninguna oposición; y el gozo que experimenta aquí nunca se pierde ni se ensoberbece porque [el hombre] no lo siente en la parte sensible del alma. Esta es la más pura verdad en la luz y en la vida de la verdad.

Además, este [centro o chispa del alma] es llamado «eterna bienaventuranza» por tres razones. En primer lugar, porque es totalmente divina y es Imagen de Dios en el hombre. En segundo lugar, es divina también porque está profundamente inmersa y abismada en Dios. En tercer lugar, porque su actividad goza de Dios mismo y de la Esencia divina, y es llamada «divina» porque participa de Dios.

Esta inmutabilidad y bienaventuranza de las que habla este doctor no están en la actividad [exterior], tal como se entiende en este tiempo [que transcurre en la vida cotidiana], sino en la esencia y en el fondo [del alma], donde no pueden ser arrebatadas y perduran ininterrumpidamente. En el tiempo, todas las cosas son mutables y la multiplicidad de la actividad es grande. En este sentido, [esa inmutabilidad y bienaventuranza] pueden ser interrumpidas en la actividad, pero no en la esencia. Por eso, cuando esto está bien dispuesto, quien llega verdaderamente aquí puede ser llamado en justicia «bienaventurado». El Señor quiso mostrar esta bienaventuranza cuando dijo: «*Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis*».

9. Para experimentar bien este fondo [es decir, el centro o chispa del alma] se necesita lugar y tiempo, silencio y calma. Además de esto, es muy importante estar recogido y permanecer constantemente atento a él. [Por eso] la noche es un momento excelente para ello, pues es larga y silenciosa.

[Sin embargo,] cuando queremos llegar a este fondo por la mañana, enseguida nos surgen cosas que tenemos que hacer, corremos de aquí para allá y no tenemos tiempo ni sosiego para adentrarnos en nosotros mismos. El diablo, adversario de todo bien, está al acecho y obstruye todos los caminos, alejándonos quizás para siempre de esta experiencia, y Dios llama en nuestro lugar a otros que ve que se entregan con ardor a esta tarea.

Queridos hijos, tened la absoluta certeza de que Dios os dará todo lo necesario, puesto que también os ha dado un Reino, y quien da lo más grande dará de buen grado lo más pequeño. [Pero] nada dificulta más esta obra que la falta de recogimiento y dedicación.

Con respecto a quienes han experimentado este fondo, al ser personas de muy elevada perfección, nadie debe atribuirse el control sobre ellos. Ni siquiera lo hacen el Sumo Pontífice ni la santa Iglesia, que los dejan en manos de Dios.

10. Todo lo que hemos dicho acerca de este fondo [es decir, del centro o chispa del alma] podría probarse fácilmente acudiendo a los escritos de los más grandes santos, si tuviéramos tiempo para ello. Por ejemplo, David lo llama así: «*En Paz me acuesto, y así me duermo [porque Tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo]*»⁵⁸⁰; san Pablo: «*La Paz [de Dios] que sobrepasa todo entendimiento*»⁵⁸¹; san Juan: «*[Se hizo] un Silencio [celestial] como de media hora*»⁵⁸². Y otros muchos grandes santos han escrito sobre ello, como Dionisio Areopagita y san Gregorio.

Esta tarea necesita tiempo y aplicación. Así lo expresa san Agustín: «Cuando a Dios le place obrar en el hombre, este tiene que dedicar todo su tiempo y atención a esa obra».

Hay que escuchar lo que enseña el Señor: «*Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón. [...] Mi yugo es suave y mi carga ligera*»⁵⁸³. El yugo es un instrumento de madera con el que se unce a los bueyes y se les une estrechamente entre sí. Así es como el Padre celestial conduce y atrae a estos hombres nobles: interiormente, [los atrae] a las profundidades más íntimas; exteriormente, [los conduce] por medio de la adversidad y la aflicción. Pero para ellos, de manera sorprendente, todas estas cosas son suaves, y todo el peso, ligero. Por eso, el Padre eterno puede atraerlos como le place.

Por tanto, tú deja que otros te golpeen y, entretanto, guarda silencio. Dios quiere cargarte su peso. Si otros dicen que te has vuelto loco y que estás muy mal, no te preocupes. Límitate a guardar silencio. Dios te ha impuesto esta carga, pero no que te corten la cabeza, como en otra época a los santos mártires.

⁵⁸⁰ Sal 4,9.

⁵⁸¹ Fil 4,7.

⁵⁸² Ap 8,1.

⁵⁸³ Mt 11,29-30.

Que Dios nos conceda seguir este camino y ver de tal modo que nuestros ojos se hagan bienaventurados, para alabanza y gloria suya. Amén.

54. SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN

EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL

(V. 46, sobre Eclo 24,7)

*«En todo he buscado el descanso y moraré en la heredad del Señor»
(Eclo 24,7. Sal 23,6).*

[La perfección de la Virgen María]

1. Las palabras que acabamos de oír son del sabio [Jesús ben Sirá] y se aplican a la gloriosa Virgen María. A ninguna otra cosa le convienen tan propiamente como a Ella, pues con su intelecto subió a lo más alto del cielo, penetró las profundidades del abismo, caminó sobre las olas del mar y sobre toda la tierra, y nunca encontró descanso.

Amados hijos, por elevadas que sean las prácticas devocionales que una persona cultive en esta vida, nunca debe olvidarse de reservar una hora diaria para la alabanza de la santísima Virgen, nuestra Señora, y rogarle en íntima oración que nos conduzca hasta su amado Hijo. Su dignidad excede todo concepto y toda medida.

¡Qué maravilla! Ella ha gestado en su seno a Dios, su Señor y Creador, y lo ha tenido entre sus brazos del modo más deseable y gozoso que se pueda concebir. Ella no tenía ninguna duda de que era el Señor, su Dios; es más, lo sabía con absoluta certeza. Lo trataba con la libertad de una madre y Él vivía con Ella como su hijo. Sin embargo, su corazón jamás obtuvo descanso ni satisfacción, en toda su vida, en ninguna de estas cosas, ni siquiera un instante. Pues su espíritu se elevaba incesantemente hasta el Abismo [de Dios], en donde únicamente encontraba su descanso. Este [Abismo] era su heredad, su descanso y su morada.

[La imperfección humana]

2. Envenenada por la primera caída, la naturaleza [humana] se hundió hasta lo más inferior que hay en ella. El hombre ha sido creado por Dios y situado entre dos extremos: el tiempo y la eternidad. El tiempo no debería ser para nosotros más que un tránsito hacia la meta: la eternidad, [que es, efectivamente,] nuestra meta y nuestra morada. Pero el hombre, en su desgracia, a causa de la caída de su naturaleza y su consecuente ceguera, tiende hacia la parte más débil, toma su descanso en el camino y se olvida de su verdadera meta. La naturaleza está tan entregada a los placeres que quiere tomar su descanso en todas las cosas, ya sean corporales o espirituales, en lo interior y en lo exterior.

Actualmente, cualquiera puede comprobar cómo los hombres mundanos solo buscan el reposo y el placer. Pero ¿qué será de ellos?, lo aprenderán por propia experiencia después de esta vida. Si ellos supieran qué males les aguardan, en qué [pésima] situación se encuentran, cualquiera que sea su estado o condición, especialmente los que ocultan un corazón mundano bajo el hábito religioso y toman su descanso en las realidades temporales, sean cuales sean, sus corazones se consumirían de pavor y ansiedad.

Dios todopoderoso ha creado todas las cosas para satisfacer nuestras necesidades, no para el placer o el deleite. Dios quiere ser nuestro único deleite.

[La confesión interna de nuestros pecados]

3. Llegados a este punto, hijos míos, la caridad me mueve a decirles algo: algunos me entendieron mal al interpretar que yo había dicho que me negaba a escuchar la Confesión [sacramental] de nadie a no ser que se comprometiera a hacer lo que yo quisiera. Pero es completamente absurdo urgir a nadie a hacer lo que yo quiero. A nadie le exijo nada que Dios no exija. A nadie le pido que prometa que lo va a hacer. Ciertamente, no puedo absolver de sus pecados a nadie –ni siquiera el Sumo Pontífice puede hacerlo– a no ser que se

arrepienta de sus actos y se haga el firme propósito de evitar el pecado y las ocasiones de pecar.

Pero, desgraciadamente, hay quienes, voluntaria y conscientemente, se exponen a las ocasiones de pecado, pero no se confiesan [de ello en el sacramento de la Reconciliación]. Y [, así,] se acercan a los sacramentos de Cristo sin reconocer ni confesar su culpa. [En su conciencia,] mientras no roben o forniquen, no dan importancia a otras faltas más leves. Ellos verán cómo es su Confesión y hasta qué punto han sentido dolor de sus pecados: a su debido tiempo lo descubrirán.

[El peligro de la religiosidad externa]

4. Estas personas buscan su descanso y su deleite fuera de Dios, ya sea en los hombres, en el vestido, en la comida, en la bebida o en el consuelo de las criaturas, e incluso en aquello que les da cierto aire de santidad. Cuando cometen algún pecado, corren a [hablar con un sacerdote para] hacer una Confesión externa [es decir, sin sentir interiormente remordimiento], pero antes no se confiesan interiormente con Dios, reconociendo humildemente su culpa.

También en esta Confesión externa la naturaleza [humana] busca su descanso, es decir, recuperar la paz interior y adormecer la acusación interior de la conciencia y los remordimientos. Pues una vez [que estas personas mundanas] han confesado [sus pecados ante un sacerdote], cesa el reproche de la conciencia y ya gozan de gran paz. Ignoran que el remordimiento y la reprensión [de la conciencia], como una herida viva y mordaz, quitan admirablemente la herrumbre del pecado.

La naturaleza de tales personas busca también el descanso en las prácticas espirituales y en sus obras interiores, en sus propias ideas y devociones particulares. Se aferran a ellas tan tenazmente que se transforman en un obstáculo para el Señor, a quien impiden conducirlos a la más alta Verdad.

Por no extenderme más: cualquier cosa en la que el hombre busca su descanso fuera de Dios está podrida. Hijos míos, no basta con que uno cubra su cuerpo con una [austera] piel de poco valor y que otro vista un sencillo hábito religioso. No: se necesita algo más.

5. Algunos hablan sobre las cosas más bellas y más simples, sobre lo bien que les va todo y sobre lo fácil y placentero que les resultan las oraciones, las vigiliias, los ayunos o las venias. Pero en ellos percibo un defecto que les impide sacar provecho de todo eso [, pues,] por buenas que sean o parezcan esas cosas –aunque estén vacías de imágenes, formas y modos, ya sea algo intelectual o sensible– todo aquello en lo que el hombre descansa con deleite o que lo posee de ese modo, todo eso está podrido.

[Dios está infinitamente más allá de lo externo]

Lo que importa es abismarse desnuda y simplemente en el Bien puro, simple, incógnito, innominable y oculto que es Dios, por medio de la renuncia a sí mismo y a todo lo que pueda manifestarse en el hombre, como dice Dionisio [Areopagita]:

«Mas tú, oh carísimo Timoteo, abandona los sentidos y las actividades intelectuales, todo lo sensible e inteligible, todo lo que no es y todo lo que es; y, para unirse a Aquel que está por encima de todo ser y de todo conocimiento, elévate en la medida de tus fuerzas más allá de todo saber. Y así, saliendo completamente de ti mismo y de todas las cosas, dejándolo absolutamente todo, volarás libre de toda carga hacia el rayo sobreesencial de la divina Tiniebla»⁵⁸⁴.

En efecto, como dice el propio Dionisio, [Dios] no es ninguna de las cosas que podamos conocer en el mundo, ni es nada de lo que es ni de lo que no es. Pues, por encima de toda afirmación, [Dios] es

⁵⁸⁴ Surio reproduce literalmente el texto del capítulo I de la *Teología mística* Dionisio Areopagita. En el original germánico, sin embargo, la cita es dionisiana solo en el espíritu, pues en su literalidad sigue muy de cerca al Maestro Eckhart (v. G. Tauler, *I sermoni*, nota 4 al sermón 46, p. 423).

causa perfecta y singular de todas las cosas; por encima de toda negación, es la excelencia que, en su simplicidad, está libre de todo y está más allá de todo. Acerca de esto, puede leerse más en la *Teología mística* de Dionisio.

6. Por tanto, se ha de descansar en este Dios desconocido, no en el deleite ni en la iluminación. Lo mejor es imitar al perro que, cuando encuentra un buen trozo de carne [en el suelo de la casa], no se atreve a tocarlo, sino que, enseñado a base de castigos, se aleja. Más tarde [, cuando Dios así lo quiera], el hombre [que ha sido tan prudente como ese perro,] lo encontrará todo en gran abundancia. Entretanto, [dicho hombre] debe mantenerse en la purísima nada que realmente es. Pues si [en su nada] hay algo, eso es de Dios, no suyo. Y no debe prestar atención a toda luz [racional] que pueda brillar en su interior, aunque sea sobreesencial y sin forma, modo e imagen.

Pero algunos dicen: «Señor, [esa luz] se me muestra con toda claridad y se manifiesta como Dios mismo». A esos les digo: no hagáis caso de esas cosas buscando descansar en ellas. [Por el contrario,] dejad que sean lo que son y no queráis saber más sobre ellas. Perseverad en una profunda humildad, en vuestro no saber nada y no querer saber nada [del insondable misterio de Dios]. Manteneos unidos a vuestro Dios oculto y desconocido en verdadera pobreza, convencidos de que no sois dignos de conocer a ese Dios inmenso, ignoto y misterioso. Morad y descansad solo en Él, no en la iluminación o en el deleite.

[Entrar en el sancta sanctorum: el misterio de Dios]

Está escrito en el profeta Ezequiel que a quienes entraban en el santuario y en el sancta sanctorum [que era donde Dios, misteriosamente, se hacía más presente en el templo de Jerusalén] no debía dárseles ninguna posesión, pues el Señor había prometido que Él sería su posesión y su heredad⁵⁸⁵. Esto, aunque se haya dicho

⁵⁸⁵ Cf. Ez 44,28.

de los sacerdotes [israelitas], en sentido espiritual puede referirse a todos aquellos que quieren entrar en el «sancta sanctorum», es decir, en el misterio de la Divinidad oculta [en lo más profundo del alma], los cuales no tendrán otra heredad sino el Ser divino, escondido, sin forma, modo ni nombre. Esta será su única heredad, y su cabeza no se reclinará sobre ninguna otra cosa ni interior ni exterior. De no ser así, todo se corromperá, con absoluta certeza.

Cuando todo es fácil y favorable, no hay que detenerse en ello. Por el contrario, es mejor amar lo difícil y adverso que lo que complace y se experimenta con agrado. No hay que buscar lo que nos gusta y descansar en ello.

Cuando Dios, en su eternidad, decidió crear todas las cosas, solo tenía delante la nada. No lo hizo todo de algo, sino de la nada. Por eso, dondequiera que Dios va a realizar su obra divina, solo necesita la nada. Pues la nada, en su modo pasivo, es más apta para recibir la actividad de Dios que cualquier otra cosa. Por tanto, si queréis ser aptos para recibir ininterrumpidamente todo este [flujo de] vida y todo el ser que Dios puede y quiere obrar en sus amigos elegidos; si deseáis también que Él derrame en vosotros todos sus dones, haced ante todo esto: convenceos de que, en vuestro fondo, sois verdaderamente nada. Pues nuestra pretensión de ser algo, nuestra usurpación de los bienes de Dios, impiden que Él pueda perfeccionar en nosotros su noble obra.

[La suma humildad]

7. Por esto, del santo Job –a quien Dios alabó con su boca al decirle a Satán: «¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra. Es un hombre sencillo y justo, que teme a Dios y se aparta del mal»⁵⁸⁶– afirma la Escritura que «no pecó con sus labios ni pronunció ninguna palabra necia contra Dios»⁵⁸⁷. Y este santo Job dijo de sí mismo: «Todo lo mío descenderá a la profundidad del infierno. ¿Crees que

⁵⁸⁶ Job 1,8.

⁵⁸⁷ Job 1,22

*al menos allí encontraré descanso?»⁵⁸⁸. «Todo lo mío», dice él, refiriéndose no a su *nada creada*, por la que el hombre es naturalmente nada, sino a su *nada culpable y pecadora*. Sin duda, era por sus pecados [que él creía tener] por lo que él quería descender a las profundidades abisales del infierno, a sus horribles lugares de tormento y a sus densas tinieblas, como si dijera: «No estoy seguro de que mis pecados puedan recibir allí su justo castigo». Job quería sufrir las penas del infierno del modo más intenso y duro, incluso sin esperanza de salir de él hasta haberse purificado por completo de las faltas cometidas.*

En este sentido, uno de nuestros hermanos [dominicos], de nombre Wigman, llegó a un conocimiento tan hondo de su nada [culpable y pecadora] que no podía hallar un lugar adecuado para él salvo en lo más profundo del infierno, bajo el mismísimo Lucifer. Mientras estaba en este pensamiento, oyó una voz del Cielo que le decía: «Wigman, sube rápidamente hasta el trono más alto, hasta el Corazón de Dios Padre».

A este respecto, san Gregorio dijo que [estas personas tan sumamente humildes que no se creen merecedoras de la vida que su amado Dios les ha dado] buscan la muerte, pero no la encuentran. A este amor, a una aniquilación tan grande como esta, le corresponde, en verdad, la vida, una vida incluso no deseada, no buscada ni querida. Así pues, cuanto más abajo descienda el hombre [en su humildad], tanto más elevado será [por Dios]; cuanto más pequeño se considere [en esta vida], tanto mayor se hará [en el Reino de los Cielos]⁵⁸⁹.

[El camino espiritual de las «cinco llagas»]

8. Pero sigamos con el texto del tema [de este sermón]: «*y moraré en la heredad del Señor*»⁵⁹⁰.

⁵⁸⁸ Job 17,16 Vulgata.

⁵⁸⁹ Cf. Mt 18,4.

⁵⁹⁰ Sal 23,6.

Hijos míos, dos son las heredades en las que debemos morar. Una es *temporal*, y en ella debemos morar en esta vida. Esta heredad es la vida, la pasión y el modelo de nuestro Señor. La otra es *eterna* y es la que esperamos: la muy noble Heredad de la dulce Divinidad. Se nos ha prometido que seremos sus coherederos y comensales eternamente. Por tanto, si poseemos fielmente la heredad temporal – es decir, la vida y la pasión de Cristo, con amor y agradecimiento– cuanto más nos ejercitemos y nos fortalezcamos en ella, tanto más abundante y felizmente poseeremos para siempre la Heredad eterna.

9. Amadísimos, todas las llagas de Cristo se han cerrado excepto las cinco que perdurarán hasta el día del Juicio final. Nadie puede expresar en términos humanos con cuánta fuerza irradia de ellas la Luz de la Divinidad y cuánta felicidad proporcionan a los santos y a los ángeles.

Estas cinco puertas serán aquí nuestra heredad y por ellas debemos dirigirnos a la Heredad eterna, a nuestra Patria. El Espíritu Santo es el portero, cuyo dulce amor está siempre dispuesto a abrirnos estas puertas, si llamamos a ellas, y nos permite entrar en la eterna Heredad de Dios Padre. Todo el que entre por estas puertas como es conveniente, no puede equivocarse.

De estas cinco llagas debemos aprender cinco lecciones que nos facilitarán entrar de inmediato [en la Heredad eterna]. Estas lecciones son: huir, sufrir, callar, despreciarse y negarse a sí mismo con verdadero abandono.

En primer lugar, sumérgete en la llaga del pie izquierdo, y saca de ella la gracia y la fuerza para *huir de todo placer* y deleite fuera de Dios.

En segundo lugar, recógete con todas tus fuerzas en la llaga del pie derecho, y en ella aprende a *sufrir todo lo que te suceda*, venga de donde venga, sea de dentro o de fuera.

En tercer lugar, de la llaga de la mano derecha extrae y obtén la gracia del *silencio interior y exterior*. Si alcanzas esta virtud del

silencio, la de callar a todo, nada podrá perturbarte, nada será para ti un obstáculo.

En cuarto lugar, de la herida de la mano izquierda absorbe y pide la virtud del *desprecio de todos los bienes* temporales, exteriores e interiores, de todo lo que ocurre o se presenta a tu espíritu. Es importante, y muy útil, que no te inquietes por aquello que no amas ni buscas, aunque deje impresión en tu espíritu. Deja que desaparezca y se vaya tal como ha venido.

10. En quinto lugar, recógete todo en el amoroso y dulce Corazón, en el afectuoso lecho conyugal del Esposo, que Él abre a todos los que le ofrecen sus corazones, para estrecharlos allí en los nobles brazos de su Amor y gocen de su presencia eternamente. Aprende a *negarte a ti mismo* en todas las formas posibles, en la prosperidad y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en el tiempo y en la eternidad, como Dios disponga y agrade a su divino Corazón, tanto en ti mismo como en todas las criaturas. Deja que todo muera y desaparezca. Tú ocúpate en complacer solo a Dios.

11. Queridos hijos, con estas y otras santas devociones debéis cultivar esta amorosa heredad. Y si os ejercitáis en ella, entraréis por estas puertas segurísimas en la Heredad eterna.

Ofreced a Dios Padre la muerte inmerecida de Cristo por vuestros castigos y aflicciones merecidas; sus pensamientos inocentes, por vuestros pensamientos culpables; sus palabras santas, por vuestras palabras pecadoras; y, en suma, ofreced todas las obras de Cristo, toda su humildad, paciencia, dulzura y amor por todo lo que os falta, interior y exteriormente.

Amados hijos, si poseéis aquí esta gozosa y amorosa heredad tan bien como sea posible, esperaréis seguros la futura Heredad eterna. Y [, así,] vosotros, sin duda alguna, permaneceréis, habitaréis y descansaréis en la Heredad del Señor con la Virgen gloriosa, por toda la eternidad.

Dios nuestro Señor nos conceda buscar en todo nuestro descanso de tal manera que lleguemos a esta Heredad, para alabanza y gloria suya. Amén.

55. SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA

CONSEJOS PARA EXPERIMENTAR EL NACIMIENTO DE DIOS EN EL FONDO
DEL ALMA

(V. 49, sobre Eclo 24,19)

«*Venid a Mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos*»
(Eclo 24,19).

1. Amados hijos, hoy celebramos el día santo en que la Virgen María, nuestra Señora, nació limpia, pura y santa del seno materno.

En ella se nos ha devuelto lo que se perdió en el Paraíso: la noble Imagen, que Dios Padre había hecho a su semejanza, pero perdida en el Paraíso. Quiso Dios que esta santa Virgen, junto con Él, regenerara y condujera a su Origen a todos los miembros [de su Cuerpo místico]; por su inmensa misericordia, quiso valerse de ella para rescatarnos del abismo [infernol y] eterno en el que habíamos caído todos voluntariamente.

[El nacimiento de Dios]

Por eso, las palabras que acabáis de oír, pronunciadas por la misma Sabiduría, se le pueden aplicar a ella: «*Venid a Mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos*». Estas palabras se refieren propiamente a Dios Padre, que nos invita y atrae al nacimiento que se produce en Él. Pero no menos convienen, en sentido propio, a esta bienaventurada Virgen y Señora nuestra, porque el Hijo que el Padre engendró desde la eternidad, ella también lo dio a luz: es el mismo parto.

Con estas palabras, nos invita a ir y a llenarnos de este amable nacimiento: «*Venid a Mí todos los que me deseáis*». En verdad, a todos los que desean este nacimiento se les da una centellita de él, que

estimula y alimenta su anhelo, y lo enciende en deseos de [recibir] más. Así, pueden decir con san Agustín: «Señor, nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti⁵⁹¹».

[Impedimentos para experimentar el nacimiento de Dios]

2. Esta inquietud, que nunca debería abandonarnos, es impedida por algunos «nacimientos» extraños que se producen en nosotros: el disfrute de las realidades caducas y sensibles, y el placer [desordenado] que nos procuran las criaturas: las amistades, las compañías, los vestidos, la comida, la bebida, en resumen, todo lo que nos da placer. Todas estas cosas nacen en nosotros y son engendradoras de tal parto. Mientras estos «nacimientos» permanecen en nosotros –esto es, mientras poseemos interiormente alguna de estas cosas con placer– con nuestro consentimiento y a conciencia, Dios no realiza su nacimiento en nosotros. Esos placeres, por pequeños e insignificantes que parezcan, impiden que Dios Padre realice en nosotros este gozoso y dulce nacimiento, que Él querría y debería llevar a cabo. Además, extinguen y dificultan esa sed, ese deseo ardiente que deberíamos tener de Dios y de ese nacimiento.

Entonces vienen los lamentos y los hombres se quejan de que están vacíos de amor y deseo. Esta es la única razón de ese vacío: el apego a las criaturas efímeras anula su amor y su deseo. Ahora es cosa suya averiguar cuál es ese obstáculo, pues ellos lo saben mejor que nadie.

Que no me pregunten a mí, sino a sí mismos, por qué no sienten amor y deseo. Con todo, si les interesa conocerla, les señalaré la causa: quieren gozar a la vez de Dios y de las criaturas, lo cual es imposible. El disfrute de Dios y el de las criaturas no pueden estar en un hombre al mismo tiempo. Que derramen, si quieren, lágrimas de sangre, pero no lo podrán conseguir.

⁵⁹¹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, I, 1, 1.

No hablamos aquí de aquello de lo que se tiene necesidad, o de lo que se tiene por Dios o en Dios, o de aquello que no puede rechazarse por naturaleza, como el deseo y el deleite de la comida en el hambriento, de la bebida en el sediento, del descanso en el cansado, del sueño en el somnoliento.

Pero si esas cosas las buscamos por exquisitez, en virtud del placer y el deleite, antes que por necesidad y utilidad, no hay duda de que impiden este nacimiento, aunque menos que el disfrute de otras cosas de las que la naturaleza tiene necesidad y que no pueden ser tomadas sin deleite en tanto la naturaleza actúa.

Mas el hombre que no quiere ser un estorbo para este nacimiento eterno y desea crecer y progresar cada vez más en ese deseo, deberá estar alerta frente a estos obstáculos creados por los placeres de los sentidos y de la naturaleza. Cuanto menos disfrute de tales placeres, tanto más recibirá de este nacimiento. Cuanto más desaparece el frío, tanto más aparece el calor.

3. El hombre, además, procurará no desistir de su empeño por desidia, dejadez o negligencia, o bien por el capricho de su propia comodidad o por una debilidad fingida. Lamentablemente, algunos caen en una densa ceguera. Actúan de un modo tan ciego y tan irracional como si no les importara en absoluto avanzar por el camino correcto.

Pues bien, hay algo que debe saberse: los pecados y defectos procedentes del apego a las criaturas y de la desidia, si no se abandona la voluntad de persistir en ellos, el confesor no tiene ninguna autoridad para absolverlos. Aunque los confieses [sacramentalmente] diez veces al día, de nada servirá si no te propones evitarlos. Más aún: si una persona está poseída en el momento de la muerte por una voluntad perversa y por un amor tan desmedido a las criaturas que sea incluso superior a su amor a Dios, esa persona nunca contemplará el rostro de Dios.

La Escritura grita esta verdad y el Evangelio la testifica en abundancia, como puede comprobarse en todas sus páginas. Lo enseñan por igual la Ley antigua y la nueva: Dios ha de ser amado sobre todas las cosas. Por ejemplo, en cierto versículo el Señor dijo:

«*Quien no deja todo lo que posee, no es digno de Mí*»⁵⁹². Y en otro: «*No todo el que dice: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino quien hace la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, ese entrará en el Reino de los Cielos*»⁵⁹³.

¿Acaso pensáis, amados hijos, que Dios dará a criaturas embrutecidas su Reino, por el que derramó su preciosa Sangre y se entregó a la muerte? Escuchadme, os lo ruego: no creáis que Dios dejará sin castigo un amor tan desmesurado a las criaturas. Si supierais con cuánta dureza castigará Dios ese amor, os consumiríais de angustia.

Dios creó todas las cosas y se las entregó al hombre para que fuesen solo un camino hacia Él, que es el Fin y la Meta. ¿Pensáis que esto es una broma o un juego? En absoluto. Creedme, el hábito [religioso] no da la santidad. Ni la cogulla, ni la tonsura, ni el convento, ni la vida comunitaria me hacen santo. Si deseo ser santo debo tener un fondo [del alma] vacío, puro, libre y desposeído de toda criatura. Gritar con los labios y decir a menudo: «¡Señor, Señor!», proferir innumerables oraciones, estudiar mucho, expresarse con bellas palabras, ser muy erudito y aparentar una gran santidad, todo eso no basta: se necesitan otras cosas. Si uno se engaña, se hace daño a sí mismo, no a mí.

4. ¡Ay, vuestros corazones y vuestros espíritus están tan mundanizados, tan entregados a las vanidades bajo un hábito religioso! Esas costumbres corrompidas, esas vanidades, están en vosotros como un injerto en el tronco de un árbol: los frutos que nacen de él no reciben la naturaleza del tronco, sino la del injerto. Del mismo modo, todos vuestros frutos [reciben su naturaleza de] los extraños y externos «nacimientos» que os poseen, de tal manera que vuestras buenas obras, que deberían ser divinas, se vuelven, por así decir, «creaturales» y sin ningún provecho, pues [esos extraños

⁵⁹² Taulero parafrasea Lc 14,33: «Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío».

⁵⁹³ Mt 7,21 (Vulgata).

«nacimientos»] se extienden por todas vuestras potencias, tanto interiores como exteriores⁵⁹⁴.

5. De ahí que diga Job: «*En la pesadilla de una visión nocturna, cuando el letargo suele apoderarse de los hombres, fui presa del terror y el temblor, todos mis huesos se estremecieron. Al pasar un soplo por delante de mí, [...] se erizó el vello de mi cuerpo*»⁵⁹⁵. La «pesadilla de una visión nocturna» es la posesión ciega y oscura [de las criaturas], seguida de un juicio horrendo y pavoroso, de un temblor y una angustia tales que todos los huesos, con razón, se estremecen. El «paso del [soplo de] viento» en su presencia es el paso de Dios.

[La constante vigilancia de nuestros pensamientos]

Antes hemos oído hablar de otro paso, concretamente en las palabras de la lectura del Eclesiástico, que dice: «*Venid a Mí...*» y lo que sigue. Hay, por tanto, dos pasos: uno del viento⁵⁹⁶, esto es, de Dios a nosotros; otro de nosotros a Dios. En ambos pasos es necesaria una salida, como ya se ha dicho frecuentemente en otros lugares. Dicen los teólogos que dos formas no pueden estar a la vez en la misma materia. Si debe aparecer el fuego, ha de desaparecer la madera; para que el grano llegue a ser árbol, antes tiene que morir. Así también, si queremos que el paso de Dios y el cumplimiento de sus [tres⁵⁹⁷] nacimientos se realicen en nosotros, es necesario que las criaturas salgan de nuestro interior.

San Gregorio, al comentar aquellas palabras de Job: «*Se erizó el vello de mi cuerpo*», conduce al pasaje del libro de los Números en que a los levitas se les ordena rasurarse todo el cuerpo⁵⁹⁸ y afirma que, como el vello crece en el cuerpo, así crecen en nuestras facultades superiores [o incorpóreas] e inferiores [o corpóreas⁵⁹⁹]

⁵⁹⁴ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

⁵⁹⁵ Job 4,13-15.

⁵⁹⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «del espíritu».

⁵⁹⁷ Sobre el triple nacimiento del Hijo de Dios: ver sermón 1, n. 1.

⁵⁹⁸ Cf. Num 8,7.

⁵⁹⁹ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

viejos hábitos que deben ser erradicados⁶⁰⁰. Esa rasuración hay que hacerla con la cuchilla de un santo celo. Esa cuchilla ha de afilarse en los fuertes, temibles y misteriosos juicios de Dios, en su estricta justicia, que no tolera que ni un solo pensamiento quede sin ser juzgado y castiga con las duras penas del purgatorio la posesión voluntaria de la más insignificante imagen antes que permitir que llegue a su presencia.

Pero, como también afirma san Gregorio, una vez rasurado el «vello» dañino y sucio, quedan y crecen en la carne sus raíces, que hay que volver a rasurar. Porque, sin duda, los pensamientos superficiales deben ser cortados con gran diligencia, pero no pueden serlo totalmente. Pues la carne genera sin cesar ese tipo de pensamientos, que el espíritu debe eliminar con la cuchilla del santo celo. Tan pronto como crece el «vello», hay que volver a cortarlo con afán renovado. Hay personas que, tan pronto como son conscientes de algún mal pensamiento, lo rasuran de inmediato con la cuchilla del santo celo.

Reconozco, amados hijos, que es muy difícil y molesto al principio permanecer en constante vigilancia sobre uno mismo, pero cuando se convierte en costumbre resulta tan fácil que lo que antes exigía un duro esfuerzo después puede eliminarse con un leve soplo.

[La práctica de la caridad]

6. El hombre debe tener también una caridad activa y común a todos, no solo a algunas personas en particular, sino a todas; no solo a los buenos, sino también a todos los pobres y necesitados. Así eran los padres de la Virgen María, Joaquín y Ana, que dividían todos sus bienes en tres partes: una la daban al templo, otra a los pobres y se reservaban la tercera para sus necesidades. Pues donde están la

⁶⁰⁰ La cita está inspirada en *Moralia in Job*, cap. V, XXXIII, 59 (PL). Según Gregorio, el vello corporal representa los pensamientos carnales, con los que el hombre no puede aparecer ante los ojos de Dios.

codicia y la avaricia, allí se abre un sórdido y pernicioso abismo. Todos deberíamos ser muy generosos en el empleo de bienes tan efímeros y de poco valor (me refiero a los materiales). Dijo el Señor: «*Dad y se os dará; perdonad y se os perdonará. Con la medida con que hayáis medido, se os medirá*»⁶⁰¹.

[Recibir un buen acompañamiento espiritual]

7. Hay también personas que viven excesivamente apegadas a los dones interiores y no ven más allá. En ellas crece un «vello» dañino del que no son conscientes. Podrá ocurrir que algunos «pelos» les impidan ser admitidos a la presencia de Dios. Esas personas podrían haber vivido con suma pureza y haber realizado grandes ejercicios de piedad. Pero esos «pelos» están muy escondidos en su fondo interior, aunque ellos ni siquiera se dan cuenta porque en ese apego no descubren su falta de abandono. Por eso, la persona que desea vivir de cara a la verdad debería tener algún amigo de Dios a quien confiarse, para que este [, acompañándole espiritualmente,] lo guíe y conduzca *según el Espíritu de Dios*.

En efecto, [dicha persona] no puede descubrir fácilmente tales «pelos» –es decir, esos vicios– a no ser que converse con cierta frecuencia con alguien que esté interiormente apegado a los dones de Dios. [Por eso,] dicha persona debería buscar, incluso en un entorno de más de cien millas, algún amigo de Dios experimentado en el camino espiritual, que lo dirija [ayudándole a hacer la voluntad del Espíritu Santo] y lo instruya. Y si no pudiera encontrarse a un amigo de Dios tan especial, bastaría un confesor ordinario, por rudo que fuera, pues el Espíritu Santo habla a menudo a través de ellos, en razón de su oficio, aunque en ocasiones sean ignorantes y no sepan ni entiendan lo que dicen. A él debería someterse, obedecerle, y no vivir según su propio juicio.

⁶⁰¹ Lc 6,37-38.

8. De esto tenemos un ejemplo perfectísimo en la gloriosa y divina Virgen María, que siendo una tierna muchacha estaba sometida a sus padres. Poco después vivía bajo la custodia del sumo sacerdote en el templo, luego bajo la de san José, bajo la del Salvador y, ya al final, bajo la de san Juan Evangelista, a quien el Señor se la había encomendado desde la Cruz.

La celda de esta celestial y bienaventurada Virgen María fue el *Cielo*, donde estuvo totalmente encerrada con todos sus deseos. Su escuela fue la *eternidad*, pues estaba completamente alejada y libre de las cosas temporales. Su pedagogo fue la *Verdad divina*, pues su vida entera se regía solo según esta. Su libro fue la *pureza de su conciencia*, en la que siempre hallaba motivos para deleitarse en su Señor. Su espejo fue la *Divinidad*, pues no recibió en sí ninguna imagen que no hubiera sido transformada en Dios y revestida de Él. Su ornato fue su *devoción*, pues solo se entregaba a su hombre interior. Su descanso fue su *unión con Dios*, pues el lugar y el tesoro de su corazón eran solo Dios.

Ahora, roguémosle con devotas oraciones que nos tome bajo su custodia, y como ella nació hoy, así nos regenere a todos y nos conduzca a nuestro Origen y Principio, que es Dios. A Él todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

56. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

LA AVENTURA DE ALCANZAR LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL

(V. 50, sobre Eclo 24,19).

*«Venid a Mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos»
(Eclo 24,19).*

(Este sermón fue pronunciado por Taulero en la Octava del Nacimiento de la bienaventurada Virgen María, pero lo hemos trasladado a esta fiesta en consideración al lector [porque trata sobre la Cruz])

1. Hoy celebramos la fiesta [del nacimiento] de la muy noble Virgen María. San Bernardo y otros muchos santos confiesan sentirse impotentes para alabarla dignamente y que, ante la profusión abundante de alabanzas [que Ella merece], se vieron obligados a guardar silencio. San Bernardo le dirige esta plegaria:

«Oh Virgen santísima, por elevada que hayas sido en tu parentesco con la muy gloriosa Divinidad, no te olvides de aquel vínculo que te une a los hombres ni te pierdas de tal modo en el Abismo de la Divinidad, que no te acuerdes de la debilidad humana que tú misma, en alguna medida, experimentaste en otro tiempo».

Hay otras muchas devotas oraciones a la Virgen María expresadas por el propio san Bernardo y por otros.

[Dos modos imperfectos de orar]

Dos son los modos de orar de los hombres. Unos se niegan a decir ninguna plegaria asegurando que no pueden rezar y que lo

único que quieren y deben [hacer] es abandonarse a Dios para que Él haga lo que quiera con ellos y con sus cosas. Otros rezan muy devotamente a la Virgen María y a otros santos por todas sus necesidades. Pero a unos y a otros les falta mucho.

A los primeros les falta haber considerado bien que la Iglesia quiere que se recen oraciones. Nuestro Señor mismo nos lo enseñó con su Palabra y con su ejemplo, puesto que oró a su Padre del Cielo. A estos los excusa su simplicidad de intención, puesto que no saben [actuar] de otra manera. Y suelen ser escuchados si su intención es recta y si sus necesidades no son de aquellas que Dios solo atiende en respuesta a una oración [de petición]. Acerca de esto, san Gregorio dice: «Dios quiere ser rogado».

Hijos míos, Dios permite a veces que el hombre se vea cercado por graves peligros y estrecheces para estimularlo a la oración [de petición]. Entonces Dios lo escucha y lo socorre para que el amor del hombre se inflame y reciba consuelo al sentirse escuchado.

A los otros, a los que rezan, les falta ser más abandonados y no querer que todo aquello por lo que rezan salga [exactamente] como ellos desean. Estos, sin duda, deben rezar, pero con verdadero abandono, para que les resulte grata la voluntad de Dios, cualquiera que sea la forma en que esta se manifieste.

[Las tentaciones también acechan a los *perfectos*]

2. Veamos ahora la primera palabra de nuestro texto: «Venid». Muchas cosas hemos dicho estos días: que los *principiantes* deben cortar el «vello» más grueso, es decir, los pecados más graves; los *avanzados*, sus malas inclinaciones al pecado; y los que están más cerca de la *perfección*, las raíces interiores del pecado.

Voy a decir algo acerca de estos últimos. Cuando estos amables hombres [espirituales] se han apartado de las criaturas y, con el corazón completamente vuelto hacia Dios, se hacen el firme propósito de buscarlo y amarlo a Él solo, el diablo los acosa con una tentación tan dura que horrorizaría a los hombres mundanos. Ambos, espirituales y mundanos, experimentan esta tentación, pero

el fondo de unos y de otros es muy distinto. A los que viven según el mundo, esta tentación les viene de un fondo cuyas pasiones no están dominadas, de su naturaleza de carne y sangre; por eso, se dobligan de inmediato a esta tentación y la cumplen con su obra. El espíritu maligno no necesita tentarlos más; no tiene más que inspirar la tentación y con eso le basta.

A los buenos hombres [espirituales], que viven en estado de pureza, esta tentación les viene de fuera, no de su propio fondo, a no ser de forma muy leve. Pues, aunque sean puros, [el enemigo] los observa y busca en ellos cierta propensión [natural]: por ejemplo, quizás sean por naturaleza proclives a la ira. El espíritu malo, en cuanto se da cuenta de esto, tiende sus lazos con toda clase de artimañas y con su retorcida perversión. Mientras que para vencer a los hombres mundanos no necesita de trabajo alguno, porque estos lo siguen de inmediato, a los hombres espirituales los ataca como quien arroja lapas⁶⁰² sobre un hombre, una tras otra, hasta que estas lo cubren por completo.

De este modo, el enemigo infernal, en cuanto ve a quienes son propensos a la ira, arroja sobre ellos la imagen de algo que les remueva la amargura. Y [lo hace] no solo una, sino muchas [veces], una tras otra, hasta que finalmente se inflaman de ira, [y entonces] profieren gritos y se comportan como si quisieran golpear y herir a aquellos contra quienes son movidos. Si tales personas pudieran entonces recuperar la cordura y ponerse humildemente ante Dios, si es que no pudieran encontrar un confesor; si se reconciliaran con aquellos a quienes hicieron daño y repararan [el mal hecho]; y si de inmediato, sin buscar excusas, tomaran conciencia de su nada y, por así decir, de su gran deficiencia, todo este pecado, con total seguridad, se desvanecería ante Dios –como la nieve expuesta al calor del sol–, volverían a estar en gracia de Dios, y [entonces] el enemigo, confundido, se vería obligado a retirarse con las manos vacías. Si, en esta situación, los hombres adoptaran esta conducta, se harían mucho más puros y mejor preparados para elevarse.

⁶⁰² Lapa: «Telilla o nata que ciertas plantas forman en la superficie de algunos líquidos» (*Diccionario de la Lengua Española*).

[Experimentar la humanidad de Cristo y su Divinidad]

3. Ahora voy a hablar de algo que no concierne a todo el mundo, algo que nosotros, miserables, debemos reflexionar y meditar con temor y temblor, pues no lo hemos experimentado. Quienes sí lo han experimentado, lo conocen, pero no pueden describirlo plenamente.

En Job leemos: «Al pasar un soplo por delante de mí, se erizó el vello de mi cuerpo. Alguien cuyo rostro yo no reconocía, se paró [ante mí]; su imagen [estaba] ante mis ojos y oí su voz como suave brisa»⁶⁰³. El «soplo» que pasaba frente a él, san Gregorio lo interpreta como la humanidad de Cristo; la «imagen» que vio y no reconoció era la Divinidad desconocida [de Cristo⁶⁰⁴], que es ignota y oculta a todas las criaturas. Aduce aquí [el santo] un texto del tercer libro de los Reyes⁶⁰⁵:

«Sal fuera y ponte en el monte delante del Señor. Y he aquí que el Señor pasaba, y [hubo] un viento grande y fuerte que rompía los montes y aplastaba las piedras delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, [hubo] un terremoto; pero el Señor tampoco estaba en el terremoto. Después del terremoto, [hubo] un fuego; pero el Señor tampoco estaba en el fuego. Después del fuego, [hubo] el susurro de una brisa suave. Al oír esto, Elías cubrió su rostro con un manto y saliendo se detuvo ante la entrada de la cueva»⁶⁰⁶.

Queridos hijos, el Señor no viene en ninguno de estos modos, es decir, ni en el terremoto, ni en la agitación, ni en el fuego. Pero todas estas cosas eran camino y preparación [para su venida].

San Gregorio interpreta que los «montes» son los espíritus elevados, y las «piedras aplastadas» ante el Señor [son] los espíritus

⁶⁰³ Job 4,15-16.

⁶⁰⁴ Cf. Fil 2,7.

⁶⁰⁵ En la Vulgata, los libros 1 y 2 de Samuel formaban parte del libro de los Reyes.

⁶⁰⁶ 1Re 19,11-13.

no abandonados y las personas que confían en su propia justicia, aquellos que, siguiendo sus propias reglas e ideas, viven tenazmente aferrados a su voluntad propia y a su falta de abandono, practicando ostentosos ejercicios y haciendo grandes obras, pero todo ello por puro interés personal.

[El «terremoto» de la transformación]

Cuando el Señor decide venir a estos, tiene que enviar antes un gran «terremoto» que les trastorne todo su interior. Pero, por desgracia, el número de los que transforman su interior es muy pequeño por esta razón: todos se aferran a las realidades temporales y persisten en los apegos de nuestra naturaleza corrompida y en el deleite de los sentidos. Pero cuando se produce este terremoto en la proporción necesaria, ni más ni menos, sucede lo que yo he visto en muchos, incluso más de cien veces: en ese instante, llegan a creer que están a punto de entregar su alma.

Ante esta situación, un hombre preguntaba al Señor qué debía hacer, puesto que, a causa de ese «terremoto», se pasaba el día entero como si estuviera a punto de morir, y [preguntaba] si debería arriesgar así su vida. El Señor le respondió: «¿No puedes tú soportar interiormente lo que Yo sufrí físicamente de modo tan atroz, en mis manos, en mis pies, en todo mi cuerpo?». Hijos míos, hay algunos que no pueden soportar este «terremoto», sino que van de aquí para allá buscando fuera su descanso, donde sin duda no lo van a encontrar. Deberían aceptar esta prueba y abandonarse totalmente a su sufrimiento [interior]. Lo que seguiría a esa muerte [interior] sería maravilloso.

Creedme, amados hijos: aunque uno conserve durante toda su vida la misma pureza que recibió en las aguas del Bautismo y jamás haya cometido pecado alguno, si desea llegar al más alto grado de la verdad viviente, debería pasar por este «terremoto» y por este camino con verdadero abandono. De lo contrario, quedará atrapado siempre en el mismo fango.

[El «fuego» del amor]

Después del terremoto, viene el fuego; pero el Señor no estaba en él.

Este «fuego» significa el amor ardiente que consume las médulas de los huesos y la sangre. En este fuego, el hombre es puesto completamente fuera de sí mismo. Una persona ardía tan intensamente en este fuego interior y exterior, que no se atrevía a acercarse a las pajas por miedo a prenderlas por el calor que desprendía.

Otra persona, que aún vive, nunca podía dormir a causa de este ardor, excepto en invierno, cuando al caer la nieve más densa se revolcaba en ella y así conseguía dormirse. En cuanto su cuerpo tocaba la nieve, esta se derretía a su alrededor y se convertía en agua.

Así, hijos míos, así es como este amor ardiente, por medio del espíritu, irrumpe en el cuerpo y lo penetra. Sin embargo, tampoco en él viene el Señor.

[El «soplo» del Espíritu Santo]

Después del fuego, viene el susurro de una suave brisa y en él viene el Señor.

4. ¿Y qué pensamos que ocurre cuando viene el Señor? Ciertamente, después de todos estos preparativos tan fuertes y vehementes, que levantaron en el hombre tan gran agitación y tormenta, y una vez quemado con este fuego todo lo que hay en la naturaleza y en el espíritu, entonces viene el Señor y se producen en dicho hombre tales maravillas y prodigios que, si el Señor no le conservara la naturaleza sobrenaturalmente, aunque tuviera la fuerza de cien hombres, no podría soportar con sus solas fuerzas [el ímpetu de] aquel júbilo gozoso y aquellas maravillas que percibe en su interior, aunque no fuese más que cierto fulgor.

En un fulgor, ciertamente, vino también el Señor a Elías, pero era un fulgor tan intenso, tan sobre toda medida, que Elías, puesto ante la entrada de la cueva se cubría su rostro con un manto.

Esta «cueva» simboliza la fragilidad humana; pero la «entrada de esta cueva» es el lugar donde contemplamos a la Divinidad. El «cubrirse su rostro con un manto» significa que, aunque aquella visión fue muy breve, basta un pequeñísimo fulgor de ella para vencer completamente a la naturaleza. Ningún hombre puede, por sus solas fuerzas naturales, soportar su brillo ni comprenderlo. Aquí, amados hijos, sin duda alguna, Dios está presente. El Señor está ahí en verdad.

La dulzura que se experimenta entonces es incomparablemente superior a toda la miel y a todos los panales de miel, que es lo más dulce que hay para los hombres. Esta dulzura trasciende todos los sentidos, supera todo intelecto y todas las facultades, y se pierde en un abismo infinito.

Y si un ojo enfermo no puede soportar el brillo del sol, la naturaleza, a causa de su fragilidad, es cien veces menos capaz de soportar lo que aquí se experimenta. Ciertamente, todo lo que pueda decirse sobre ello, todo lo que puede representarse con los sentidos, las palabras y el intelecto, por grande y bueno que sea, todo eso está mucho más lejos de esa verdad que si yo dijera de un carbón negro: «Aquí está el sol que ilumina con su brillo el mundo entero».

Hijos míos, aquí nace la Paz verdadera, esencial, que supera todo sentido [pues procede de Dios⁶⁰⁷]. Quien goza de tal experiencia, es constituido en una Paz tan esencial que después nadie podrá arrebatársela.

Aquella «imagen» que ve Job, pero que no conoce, designa a la amorosa Persona [divina] del Hijo en la Divinidad [trinitaria]. El

⁶⁰⁷ Cf. Fil 4,7: «y la Paz de Dios, que supera todo entendimiento». Ver sermón 41, nn. 4-6; sermón 20, n. 7; sermón 53, n. 10; sermón 15,2 nn. [3] y 1 [4]; sermón 31, n. 2; sermón 63, 8.

«soplo» de la suave brisa en la que el Señor viene a Elías significa el Espíritu Santo.

Pero ¿por qué el Espíritu Santo viene aquí como el susurro de una suave brisa y, sin embargo, en Pentecostés viene a los apóstoles como el estruendo de un fuerte viento? San Gregorio lo explica diciendo que en Pentecostés el Espíritu Santo vino al hombre exterior de *manera sensible* para que los apóstoles, por medio de ejercicios sensibles, pudieran comunicar a otros la gracia recibida, en bien de la Iglesia y de la cristiandad. Pero, en el caso de Job, esto no era necesario porque vino en espíritu [es decir, de *manera espiritual*].

Feliz el hombre a quien se concede alcanzar un bien tan grande como este, incluso por un solo instante, antes de su muerte. Pero por bueno y grande que sea este don, frente a la dulzura de que gozaremos en la vida eterna, es tan pequeño como una gotita de agua comparada con la inmensidad del mar.

[La «heredad» de los que reciben el «soplo»: La perfección espiritual]

5. Pero quizás alguien pregunte dónde viven o qué hacen esos hombres a los que se ha concedido y revelado este gozo inefable y estas maravillas. Con toda seguridad, se sumergen en el abismo de su nada de un modo inefable. Y si fuera posible hundirse cien veces en la nada por amor y alabanza a Dios, lo harían con enorme gozo; frente a la sobrecogedora majestad del Ser supremo, por amor a Él desearían regresar al no-Ser [de su naturaleza humana], y desde la elevación del Ser [divino] hundirse en la más profunda nada [en el fondo de su alma]. Pues cuanto más conocen la majestad de Dios, tanto más perfectamente comprenden su propia pequeñez y su nada.

En ese profundo anonadamiento, ellos se despojan tan radicalmente de sí mismos que, si Dios quisiera concederles [la gracia de poder vivir] este consuelo y esta experiencia, rehusarían y huirían de ello. Pues si quisieran obtener más [de esa experiencia divina] con voluntad deliberada, no les iría bien y podría ocurrir

que por ello cayeran en algún pecado que debieran purificar después en el purgatorio, y esto sería signo de que las cosas no van como debieran.

[Abrazar la Cruz de Cristo]

La facultad del amor debe estar sedienta y deseosa de [esa experiencia], pero la razón y el discernimiento huyen de ella. Como a esos hombres les posee una sed ardentísima de padecer, ahora la pasión y la cruz [que Dios les ha dado] les resultan más gratas y deseables que cualquier gozo o consuelo que han recibido de Dios, y por eso siguen las huellas y el dulce ejemplo de su amado Señor animados por el deseo de padecer del modo más duro, ignominioso y penoso que pueda soportarse. Tienen una sed intensísima de cargar con la cruz [que Dios les ha dado] y abrazan la amorosa Cruz de su Amado con amor y gran deseo interior.

Aquí la Cruz es exaltada, aquí tiene lugar en verdad la exaltación de la santa Cruz, pues aquí la abrazan y la veneran de modo admirable; aquí la pasión y el ejemplo de Cristo son imitados en su verdadera nobleza. Por eso, Pablo, celestial príncipe de los apóstoles, que fue raptado hasta el Tercer Cielo, decía: «*Lejos esté de mí gloriarme, sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo*»⁶⁰⁸. Y Job: «*Mi alma eligió la horca y mis huesos, la muerte*»⁶⁰⁹. Eligió esto por todo el bien que Dios le había hecho. El tormento de la horca adquiere su máxima expresión en la Cruz, puesto que su Señor fue suspendido en la Cruz por él.

Después de esto, el Señor permite que el hombre caiga en las más horribles tinieblas y en un devastador exilio, con el fin de que experimente un abandono total. Pero ¿cómo se comporta entonces la facultad del amor, que hacía poco ardía tan intensamente en un fuego devorador y ahora yace toda postrada y privada de todo consuelo sensible? A ella se acerca la razón y le dice: «Esta es la

⁶⁰⁸ Gal 6,14.

⁶⁰⁹ Job 7,15.

heredad que el Señor ha dejado a sus elegidos: un alma llena de Dios y una naturaleza sembrada de sufrimiento». Por eso, cuanto más intenso sea su amor, tanto más goza el hombre de esta heredad, incluso mucho más de lo que todo el consuelo del mundo le haya hecho gozar. Esta es la heredad deseable que el Señor ha prometido a sus discípulos por boca del profeta⁶¹⁰.

Y cuanto más noblemente se posea y se ame aquí [esta heredad], tanto más poderosa, interior y felizmente se poseerá la celestial Heredad, en la vida eterna. Los santos mártires conquistaron esta Heredad con mucho amor.

[Conclusión]

En cuanto a esos hombres de quienes hemos tratado [al comienzo de este sermón, en lugar de buscar la «heredad»], creen que ahora están empezando a vivir y [, por eso,] se comportan verdaderamente como *principiantes*.

Ay, amados hijos, es una pena que un bien tan delicioso, tan grande, tan verdadero y tan puro ya no sea amado e incluso sea descuidado por cosas tan viles y efímeras.

Dios todopoderoso, que ve esto, tenga piedad de nosotros y se digne concedernos avanzar por el camino recto que nos llevará a la meta más alta, para alabanza y gloria suya. Amén.

⁶¹⁰ Cf. Lc 1,70.

57. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

LA CONTEMPLACIÓN Y EL CONOCIMIENTO DE DIOS

(V. 52, sobre Eclo 24,19)

«Venid a Mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos»
(Eclo 24,19).

[Este sermón lo pronunció Taulero en la fiesta de la Concepción de la gloriosísima Virgen María, pero se le ha situado aquí porque enlaza con el anterior sermón (56)].

1. Queridísimos hijos, en el sermón anterior, si hacéis memoria, ya comenté estas mismas palabras que acabo de citar como introducción al tema, palabras de la eterna Sabiduría que se refieren a nuestra Señora. La dignidad y el honor [de la Virgen] no se pueden expresar en palabras, pues están muy por encima de todo pensamiento.

Hablé también de las prácticas y de las obras que necesita un *principiante* para entrar en el camino de la verdad. Hablé, asimismo, de lo que atañe a los *avanzados*. Hablé, finalmente, del fin y la meta de los *perfectos*, al menos de la perfección que puede alcanzarse en esta vida.

[La conversión radical a Dios]

Dije que los *principiantes* debían cortarlo todo. ¿Qué todo? El «vello» grueso y sórdido de los pecados graves, como la lujuria, la avaricia, la soberbia, la ira, la vanidad mundana del corazón y todo el estúpido deleite que se encuentra en las cosas creadas, cualesquiera que sean estas. Por decirlo en pocas palabras: tened por cierto que, si un hombre no se convierte a Dios con un espíritu firme, un corazón

resuelto y una voluntad total, y si no lo tiene como meta en su fondo y se propone amarlo por encima de todas las cosas, ese hombre, si abandona esta vida en esas condiciones, nunca verá a Dios. No importa que él haga todas las obras buenas que puedan hacer juntos todos los hombres del mundo, que tenga una inteligencia admirable, que «hable las lenguas de los ángeles»⁶¹¹, que «entregue su cuerpo a las llamas»⁶¹² por amor a Dios, o que «distribuya todos sus bienes»⁶¹³ para alimentar a los pobres: en esas condiciones no verá a Dios.

Siendo esto así, ¿cómo es posible que quienes han entregado su amor y su voluntad a Dios, deleiten ahora voluntariamente sus corazones en las criaturas y sacien sus apetitos en ellas aun estando seguros de que estas, las criaturas, usurpan el lugar que solo Dios debía ocupar tras haberlo expulsado de su alma a conciencia y con voluntad libre? Dios, en consecuencia, al verse privado del corazón y del amor [de estos hombres], no hace caso alguno de las obras que ellos hacen. ¿Qué le importa la paja cuando otro tiene el grano?

[El peligro del autoengaño]

2. Cuando ese «vello» más grueso es cortado en el principiante con la aplicación férrea, incisiva e incansable de la que ya he hablado, como la hoja de cuchillo bien afilada con la muela de la inmensa justicia de Dios –que no deja sin castigo ni una palabra ociosa ni el más mínimo deleite– y de sus ocultos y terribles juicios –puesto que nadie sabe qué le va a ocurrir, al ignorar «*si es digno de amor o de odio*»⁶¹⁴–; cuando el hombre [principiante], decía, ha cortado los peores vicios al principio de su conversión, después debe vigilar muy atentamente el «vello» restante, es decir, las malas inclinaciones nacidas de un hábito perverso y prolongado, que echaron raíces en su fondo y se han adherido a él con gran fuerza. Esas inclinaciones se esfuerzan en justificarse y se hacen pasar por virtudes.

⁶¹¹ 1Cor 13,1.

⁶¹² 1Cor 13,3.

⁶¹³ 1Cor 13,3.

⁶¹⁴ Ecle 9,1.

Pero son solo falsas apariencias, pues la soberbia, aunque se la crea ya vencida y expulsada, late aún en su fondo. De ahí viene el culto a los vestidos y cosas semejantes, y a eso se le llama «limpieza»; al placer de la comida y la bebida, y demás cosas sensibles, se le llama «necesidad»; el celo, la indignación, la impulsividad y el placer de juzgar a otros son disfrazados bajo los términos de «discreción» y «justicia»; finalmente, a la indolencia y a la pereza se las considera «debilidad».

Hijos míos, si persistís en alguna de tales inclinaciones, si os recreáis en vuestra autocomplacencia, en vuestro propio criterio, en vuestra visión de las cosas, en vuestras maneras intelectuales y en vuestras palabras elevadas, debéis temer que, cuando la muerte os llegue, los espíritus infernales se precipiten sobre vosotros y os lleven con ellos, aunque creáis que estáis seguros y a salvo. Y esto lo deben temer especialmente aquellos que, con disimulada soberbia, quieren pasar por humildes en sus maneras intelectuales. Estos tienen su lugar bajo la cola de Lucifer: cuanto más elevados se creen, tanto más profundamente se hunden en el cieno.

Hijos, os lo suplico: tomaos en serio vuestra salvación, pues no es algo de poca importancia. Ciertamente, si tuvierais que vivir noche y día en una habitación excesivamente caldeada, os resultaría –lo sé muy bien– insoportable. No digo ya si se hubiese de estar años o toda una eternidad en medio de las llamas.

[El conocimiento de uno mismo]

Por tanto, recogeos en vuestro interior, pues «*el Reino de Dios está dentro de vosotros*»⁶¹⁵. Sacudíos de encima vuestros afanes y ocupaciones, y en ese estado de recogimiento examinad vuestro fondo con todo cuidado y observad las malas inclinaciones que han arraigado en vosotros por un hábito prolongado. En verdad, si un hombre consiente en que un vicio se enseñoree de su alma uno o dos años, [el vicio] hunde en él sus raíces tan profundamente que luego,

⁶¹⁵ Lc 17,21.

por mucho que se esfuerce, es muy difícil vencerlo y extirparlo. Por eso, los jóvenes deben evitar a toda costa que los vicios hundan en ellos sus pésimas raíces, eliminándolos en su misma semilla. Así alcanzarán una fácil victoria sobre los vicios, cosa que después les costaría un enorme esfuerzo.

3. Hay cuatro males que deben ser atentamente vigilados en las cuatro facultades, pues en ellas suele crecer, sin que se note, un «vello» más dañino de lo que se cree.

El primero es el *placer de las cosas exteriores y sensibles*. Este mal reside en la *facultad concupiscible*, y no podemos imaginar hasta qué punto impide el avance de los hombres en el camino de la virtud, incluso de los buenos que aspiran a hacerse mejores. Estos se entregan a una práctica tras otra, y siempre tienen sus sentidos ocupados. Por eso, lejos de obtener provecho alguno, permanecen constantemente alejados de la verdad más pura y jamás llegan a entrar en el fondo de dicha verdad. Su interior está siempre cerrado para ellos, como una realidad muy lejana, remotísima, situada a una distancia de más de mil millas; sin embargo, en su interior bulle lo sensible, de ahí que estén siempre hundidos en el mismo lodo, sin crecer en la virtud y deslizándose hacia el pecado. No se conocen a sí mismos e ignoran por completo en qué estado se encuentran.

La segunda facultad [en que se manifiesta el segundo mal] es la *irascible*. Los hombres suelen hacer mal uso de ella, puesto que no debería entrar en actividad salvo en las cosas que son contrarias a Dios. En sí misma es una facultad noble, pero a muchos hombres les crece en ella un «vello» muy nocivo cuando, en razón de una falsa justicia, actúan con una *impulsividad injustificada*. Por este motivo, cuando se erigen en jueces del modo de actuar y las obras de otros, les hacen daño con su brusquedad y displicencia, con su violenta indignación, con sus gestos y gritos amenazantes, con sus palabras mordaces e hirientes.

El tercer mal se asienta en la *facultad racional* y aleja a muchos de todo provecho espiritual, causándoles un daño grave. En efecto, no pocos hombres ponen *toda su confianza en la razón* y, como son intelectualmente brillantes, acaban cayendo en la vanagloria. Así, por

la verdad aprehendida por la razón, se privan de la Verdad viva y esencial. Pues ha de saberse que no se posee la Verdad por el mero hecho de reconocerla, y en esto muchos se engañan a sí mismos: creen haber captado la Verdad cuando esta se muestra a su razón. Pero no es así: en realidad, están todavía muy lejos de ella. En consecuencia, en la falsa apariencia que ofrecen ante sí mismos y ante los demás, se privan del precioso tesoro de una profunda humildad.

El gozo interior del espíritu engendra un cuarto mal. En esta falta caen muchos que son seducidos por lo que aparenta ser un bien: el placer [interior, es decir, la consolación] los atrae más que el amor a Dios, y creen que ese deleite que experimentan es Dios mismo. Y como están convencidos de que eso es Dios, actúan según su voluntad propia. Pero es fácil comprobar que, en cuanto pasa el placer, cesan también su fervor y su celo.

Por tanto, hijos míos, estad atentos a vosotros mismos. Pues, a menudo, hay cosas que os parecen proceder del amor a Dios y, sin embargo, se presentan acompañadas de otras que nada tienen que ver con dicho amor, como el placer, el gusto, el afecto, una nueva inclinación del alma, el miedo al infierno o un deseo tan natural en el hombre como el de la bienaventuranza. Todas estas cosas influyen en nosotros y nos mueven más de lo que pensamos. Pero tened esto presente: cuando no se tiene a Dios por único objeto de nuestra búsqueda, Él no será el fin ni la recompensa [que obtengamos].

Hijos, todo esos sentimientos e inclinaciones [del alma] deben ser cortados con un celo tan afilado como el hierro. Pero este celo [santo], esta cuchilla acerada, debe ser afilada en la muela de los estrictos juicios de Dios y de su inflexible justicia, que nada deja impune.

[La meditación e interiorización de la vida de Cristo]

4. Pero cuando estos burdos defectos exteriores han sido cortados, quedan aún en el fondo las inclinaciones y las imágenes de hábitos pasados, que deben ser [igualmente] extirpadas por medio de las imágenes y los amorosos ejemplos de nuestro Señor Jesucristo,

como un clavo saca otro clavo. Las imágenes de [la vida del] Salvador han de ser grabadas en lo profundo del corazón e interiorizadas con una devoción muy ferviente, para que toda semejanza se borre completamente en nosotros.

Si [Dios] ha dado a las raíces, a las plantas y a las piedras preciosas la virtud de curar muchas graves enfermedades, ¿cuánto poder no tendrá el Hijo vivo de Dios para sanar todas las enfermedades del alma con [las imágenes] de sus santos ejemplos, de su dolorosa pasión y de su cruel muerte?

Así pues, como nosotros no podemos hacer nada por nosotros mismos, esta es la única cura que nos queda: ejercitarnos en la meditación de la venerable pasión del Hijo de Dios, postrarnos ante los pies del Padre eterno con una devoción muy íntima y suplicarle – por su Hijo bienamado y por todos los sufrimientos de su pasión– que nos ayude, porque sin Él no podemos hacer nada. Debemos convertir este ejercicio en costumbre, de manera que los santos ejemplos de Cristo y sus imágenes nunca se aparten de nuestros corazones, a fin de que no quede lugar para imágenes extrañas.

[La contemplación de Dios]

5. Después, hay que elevar el fondo del alma y el espíritu hasta las cumbres gloriosas de la Divinidad, contemplarla con un temor grande y humilde, y descubrir ante Ella nuestra oscura y desolada ignorancia. Entonces, al fin, comprenderemos lo que se dice en el libro de Job: «*El soplo pasó por delante de mí y el vello de mi cuerpo se erizó*»⁶¹⁶.

Después de este paso [del soplo], se oye como el sonido de una suave brisa⁶¹⁷. Pero cuanto más claro, verdadero y desnudo [de impresiones naturales] es este paso, tanto más vehemente, fuerte, rápida, pura y verdadera es la obra [que se realiza en el alma], así como el impulso y el trastorno que se producen en el hombre, y con

⁶¹⁶ Job 4,15.

⁶¹⁷ Cf. Job 4,16.

tanta mayor evidencia reconoce este su nulo aprovechamiento en el camino de la perfección.

Entonces viene el Señor en un repentino relámpago⁶¹⁸ e ilumina el fondo en el que Él mismo quiere ser «maestro de obras», es decir, obrar por sí mismo. En cuanto percibe la presencia del Señor, el hombre debe abandonar toda actividad, dedicarse [pasivamente] a un *ocio santo* y entregarse a Dios. Todas las facultades deben sosegar y guardar quietud y silencio, pues aquí toda actividad y todo pensamiento del hombre serían un obstáculo para Dios. En consecuencia, el hombre no debe hacer nada salvo únicamente sentir a Dios [es decir, debe aceptar pasivamente la acción de Dios].

[El conocimiento de Dios]

Pero [, finalizada la experiencia de contemplación,] en cuanto el hombre vuelve a su condición natural y ya no percibe la acción de Dios –ni sensible ni intelectualmente–, debe regresar al santo afán cotidiano y retomar sus santos ejercicios personales. De este modo, unas veces tendrá que reposar y otras tendrá que obrar, según el impulso interior que recibe de Dios. Cada uno debe seguir el estímulo que lo lleva de manera especial a Dios, ya sea la quietud, ya sea la actividad.

Quien no sabe llegar a su [fondo] interior por medio de la quietud, lo hará por medio de la acción con la ayuda de santas imágenes y ejercicios, de manera que así, cimentados y enraizados en

⁶¹⁸ San Pablo describe su *éxtasis* como un «arrebato», es decir, como algo que sucedió precipitada o impetuosamente: «Sé de un hombre en Cristo, el cual hace catorce años –si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el Tercer Cielo. Y sé que este hombre –en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar» (2Cor 12,2-4). Sobre la rápida acción de Dios en el fondo del alma se habla también en: el sermón 61, n. 6; el sermón 67, n. 5; el sermón 74, n. 4; y, sobre todo, en el sermón 66, n. 2.

la santa caridad, podamos «comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura»⁶¹⁹, según dice el Apóstol.

6. Pero comprender esto es imposible. [El Apóstol] emplea [el verbo] «comprender» en el sentido de «aplicarse a ello» con amor y con una intención pura. El espíritu debe, pues, elevarse hasta la trascendencia sobreesencial de la Divinidad y, situado por encima del mundo inferior de los sentidos, reflexionar y meditar atentamente que Dios, para quien nada es imposible, no podría crear de ninguna manera una criatura tan noble que sea capaz de conocer *con su solo intelecto* la sublime dignidad de la Esencia del Ser divino.

Luego está la «profundidad» del Abismo divino, que es inaprensible para la razón creada. Solo puede penetrarse en él mediante una profunda humildad. Así, la bienaventurada Virgen María, dejando a un lado todos los demás bienes con que Dios la había obsequiado, mencionaba solamente su abisal humildad. En efecto, como el Señor se había fijado únicamente en su humildad, todas las generaciones la llamaron «bienaventurada»⁶²⁰.

La «anchura» de Dios significa que Él se da en todos los lugares, en todos los países, en todas las obras y en todos los modos, con tal de que sean buenos. Nada hay tan dispuesto⁶²¹ y tan universal como Dios, nada tan cercano como Él al fondo íntimo del alma, donde, si se le busca, se le puede encontrar. También es posible encontrarlo cada día en el venerable Sacramento [de la Eucaristía], en todos los amigos de Dios y en todas las criaturas. Hemos de perseguir esta «anchura» con un espíritu constante, devoto y absolutamente libre de todas las cosas y de toda ocupación, y entregarnos con todas nuestras fuerzas a ese Dios que habita nuestro interior. Entonces se conceden al hombre una libertad de espíritu y una gracia sobreesencial que elevan la mente sobre toda forma e imagen, trascendiendo todo lo creado. Por eso dice san Gregorio: «Si

⁶¹⁹ Ef 3,18.

⁶²⁰ Cf. Lc 1,48.

⁶²¹ *Tam promptum*. En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «tan justo».

queremos alcanzar el conocimiento de lo invisible, hemos de trascender todo lo visible».

Finalmente, la «longitud» es la eternidad, donde no hay un antes ni un después, sino solo un tranquilo e inmutable «ahora», en el que todas las cosas están continua e inalterablemente presentes a los ojos de Dios. Debemos perseguir esa «longitud» con un espíritu firme, inmutablemente inmerso en Dios, renunciando a la adversidad y a la prosperidad, a todas las criaturas, manteniéndonos en un abandono inmutable y guardando siempre una paz íntegra ante cualquier circunstancia, dejándolo todo en manos de Dios.

7. Así se cumple aquella noble palabra del tema de este sermón: «Venid», es decir, trascendámoslo todo y llenémonos de los divinos «nacimientos»⁶²² de esta dulce Virgen, a la que todos debemos honrar de manera especial, del modo más perfecto posible. Es justo que todos nos reservemos un tiempo consagrado a venerarla y servirla.

Dios todopoderoso nos conceda seguirla de tal manera que todos podamos llenarnos de sus «nacimientos»⁶²³. Amén.

⁶²² Quizás Taulero habló de los «nacimientos» de la Virgen María en un sermón que no se ha conservado.

⁶²³ En la edición de F. Belski dice «del fruto de su parto» y en la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «de lo que ella trae al mundo».

58. TERCER SERMÓN POR LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

EL NACIMIENTO DE CRISTO CRUCIFICADO EN EL FONDO DEL ALMA

(V. 51, sobre Jn 12,32)

*«Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia Mí»
(Jn 12,32).*

1. Hoy celebramos la fiesta de la santa y amorosa Cruz, en la cual fue colgado por amor el Salvador del mundo. Por esta Cruz todos nosotros debemos ser restituidos al estado de elevada nobleza en el que fuimos creados desde la eternidad. El amor a esta Cruz, cuya eminente dignidad no puede expresarse en palabras, nos hará renacer en esta nobleza.

[Acoger al Cristo crucificado en el fondo del alma]

En el Evangelio de hoy el Señor dice: *«Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas a Mí»*. ¿Qué cosas son las que dice que atraerá? Principalmente, nuestros corazones mundanos, poseídos por los placeres terrenales y por el amor a las criaturas; pero también nuestros espíritus soberbios y orgullosos, que se complacen en sí mismos y solo buscan la satisfacción de nuestra sensualidad con deleites efímeros y temporales. Todo esto lo atraerá el Señor hacia sí cuando sea elevado en nosotros y enaltecido en nuestros corazones. Pues donde el Señor es enaltecido, todas las criaturas empequeñecen y todo lo pasajero parece como nada.

Esa Cruz amorosa, es decir, nuestro Señor Jesucristo crucificado, ha sido exaltada muy por encima de los ángeles y los santos, por encima de todo el gozo, la alegría y la felicidad que poseen todos ellos juntos. Y como su morada propia y esencial está en lo más Alto, Él quiere morar en lo más elevado de nosotros, es decir, en nuestro amor más elevado, íntimo y sincero. Quiere atraer

nuestras facultades⁶²⁴ inferiores [o corpóreas] a las superiores [o incorpóreas], y a ambas a la vez hacia sí. Por tanto, si le ofrecemos lo más elevado, íntimo e importante que hay en nosotros, [nuestro Señor] nos atraerá también a lo más elevado e íntimo que hay en Él. En consecuencia, si nosotros queremos llegar a lo que es suyo, debemos acogerlo aquí en lo que es nuestro. En la medida en que ahora lo recibimos en lo nuestro, Él nos recibirá entonces en lo suyo.

[El error de acoger a criaturas mundanas en el fondo del alma]

2. Pero, desgraciadamente, esta Cruz santa y amorosa ha caído en un olvido generalizado. Le cerramos [la puerta de] el fondo íntimo del alma y le negamos la entrada, mientras la abrimos de par en par a las criaturas, a las que amamos más que a ella. En estos tiempos peligrosos, esta actitud se ha hecho fuerte entre los religiosos. Es tal su dominio [sobre ellos], que los corazones de muchos se pierden a causa [del amor a] las criaturas. ¡Funesta ceguera que aprisiona el corazón y los sentidos del hombre! Si fuera posible prever las consecuencias que la seguirán, es decir, la ira y el castigo del Todopoderoso, nos consumiríamos de miedo y angustia.

Pero, entretanto, nos reímos y toleramos estas cosas considerándolas como un juego. Ahora, lamentablemente, se han convertido en costumbre y todos las justifican considerándolas como honestas. ¡Como si entregar su corazón a las criaturas fuera un juego! Creedme: los santos derramarían lágrimas de sangre, si ello fuera posible. Y las heridas del amor de Cristo se romperían en pedazos porque el corazón del hombre, por el que el Señor entregó su amorosa vida, en la flor de la juventud, y su preciosa y santa alma, le son arrebatados y destruidos de forma tan deshonrosa. ¡Ojalá el Señor lo vea y se compadezca!

Hijos míos, no toméis estas palabras como mías. La Escritura os las grita en todas sus páginas. ¿No las dice el Señor en el Evangelio: «*Nadie puede servir a dos señores, pues odiará a uno y amará*

⁶²⁴ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

al otro»⁶²⁵? Y también: «*Si tu ojo [derecho] te escandaliza, arráncatelo y arrójalo de ti*»⁶²⁶. Y en otra parte: «*Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón*»⁶²⁷. Cada uno debe reflexionar y meditar en qué medida ocupa Dios su corazón y si Él es su tesoro.

[San] Agustín dijo: «*Si amas la tierra, eres tierra. Pues más está el alma donde ama que donde anima*». Y san Pablo: «*Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles [...], si diera todo lo que tengo para comida de los pobres; y si entregara mi cuerpo al fuego, pero no tengo amor, de nada me aprovecha*»⁶²⁸. Hay otras muchas sentencias en este sentido, que sería largo reproducir.

[La ayuda espiritual de la Comunión frecuente]

3. Por eso, amadísimos, recibid con enorme gratitud y con un amor activo, esta grande y maravillosa gracia que Dios os ha concedido en vuestra Orden: el santísimo Cuerpo de Cristo [, que comulgamos frecuentemente]. Yo mismo deseo, con todo el corazón y con toda el alma, que este santo ejercicio de piedad no decaiga, ni disminuya ni se entibie en estos tiempos tan peligrosos. La naturaleza [del hombre] no es ahora tan fuerte como antes⁶²⁹. No hay alternativa: o te aferras fuertemente a Dios o sucumbirás por completo. Por eso, el hombre necesita de un apoyo fuerte y sólido que le proteja de tan terrible y peligrosa caída.

4. Dejo bien claro que el criterio para exhortar a la Comunión frecuente no es la perfección del hombre, sino, por el contrario, el fortalecimiento de la excesiva fragilidad de la naturaleza humana. En efecto, el médico es necesario para los enfermos, no para los que gozan de buena salud. Por tanto, son los enfermos los necesitados

⁶²⁵ Mt 6,24.

⁶²⁶ Mt 5,29.

⁶²⁷ Mt 6,21.

⁶²⁸ 1Cor 13,1.3.

⁶²⁹ Muy probablemente, Taulero habla de la grave crisis social y religiosa provocada por la peste negra, que había asolado Europa unos años antes de la predicación de este sermón. Ver nota 178.

de la Comunión frecuente, para protegerse de esta peligrosa caída, que ahora domina con fuerza entre los religiosos. Pero nadie debe rechazarlos por ello o juzgarlos indignos porque no tengan una gran perfección ni grandes obras. Basta con que sean todo lo fieles que puedan a las reglas de su santa Orden y que tengan la voluntad de cumplirlas según sus fuerzas; y cuando no puedan, que pidan la dispensa a sus superiores.

No se necesita para esto de mucha inteligencia. Basta con que, de manera voluntaria, actúen honestamente, se les abran los ojos y los mantengan bien abiertos para poder evitar este daño mortífero [de acoger en el fondo del alma a las criaturas]. Este es el motivo por el que nuestras monjas más jóvenes⁶³⁰ deben acercarse voluntaria y fervientemente a este venerable Sacramento.

Pero, en lo que se refiere a las monjas más ancianas⁶³¹, voy a excusarlas y a defenderlas. Ellas han vivido en gran santidad en aquellos tiempos en los que la naturaleza [humana] no estaba tan mal como ahora. Observaron las reglas y los estatutos de la Orden con admirable fidelidad. Y como cumplían todas las leyes y constituciones con una entrega, un amor y una dedicación grandes, observaron voluntariamente, de acuerdo con una vieja y buena costumbre, esta antigua ley: comulgar cada quince días. Y esto era suficiente para su perfección y para la santidad de [aquel] tiempo, cuando la naturaleza estaba mejor que ahora y la comunión más espaciada en el tiempo dañaba menos que ahora a la naturaleza corrupta de los jóvenes, mucho más proclives al mal de lo que lo eran antes. Por eso, hoy se necesita de más ayuda que en tiempos pasados, y sin un especial apoyo no podemos perseverar en las prácticas más elevadas y mejores. Pero hoy, desgraciadamente, los deseos de nuestra sensualidad nos arrastran al abismo de los placeres animales.

⁶³⁰ Muy probablemente, Taulero habla de las monjas que ingresaron en el monasterio después de la peste negra.

⁶³¹ Muy probablemente, Taulero habla de las monjas que ingresaron en el monasterio antes de la peste negra.

Por eso, hijas mías, no os exijo una gran perfección o santidad, sino solo esto: que améis a vuestra santa Orden y os propongáis guardar sus amorosas constituciones en la medida de vuestras fuerzas; que guardéis el silencio en todo lugar donde esté prohibido hablar, especialmente en la mesa y en la oración comunitaria; y que evitéis la compañía de aquellos que os privan de vuestro trato íntimo con Dios. Lo que hacen las ancianas por su santidad deben hacerlo las jóvenes por su debilidad. Si actuáis con esa devoción, os ganaréis la amistad y la familiaridad de Dios, y evitaréis las ocasiones de las que procede este daño, es decir, la pérdida del corazón. Creedme: intolerables aflicciones se abatieron sobre algunos monasterios que, si no hubieran practicado anteriormente este amable ejercicio [de la Comunión frecuente] con tanta diligencia, quizás hubieran quedado reducidos a la nada.

5. Ahora, hijas mías, si no sentís ninguna dulzura [en la Comunión], no os preocupéis ni os asustéis. Cuando uno ha hecho lo que puede y se abandona interiormente; cuando todas las facultades del hombre están orientadas a Dios y dicho hombre se abandona totalmente, esta renuncia es superior a toda dulzura y a todo sentimiento. Y cuando tiene sed y hambre de amar sensiblemente a Dios y, sin embargo, se encuentra en una aridez tenebrosa y fría, esta cruz es superior a todas las demás. Esta amarguísima renuncia, este exilio, introduce al hombre en el fondo de la verdad más pura de forma más íntima que toda percepción sensible. Por eso, el Señor gritó en la Cruz: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*»⁶³². Y antes, en el huerto: «*Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya*»⁶³³.

⁶³² Mt 27,46.

⁶³³ Mt 26,39.

[El nacimiento del Cristo crucificado en el fondo del alma]

6. Hijas, no os asustéis. Escuchad al Señor, que os dice: «*Si uno quiere venir tras de Mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz*⁶³⁴ *cada día y sígame*»⁶³⁵. Esta «Cruz» es nuestro Señor Jesucristo crucificado, que tiene que nacer en nosotros a través de nuestras facultades –intelecto y voluntad–, a través del hombre exterior y a través de los sentidos. [Pero] especialmente a través de las cuatro facultades siguientes:

La primera de ellas es la *concupiscible*: los placeres externos, a través de los cuales tiene que nacer esta «Cruz», como dice el Apóstol: «*Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y deseos pecaminosos*»⁶³⁶, que deben ser reprimidas y sometidas.

La segunda facultad es la *irascible*, donde es preciso cultivar la paciencia en todo, pensar siempre que el otro tiene más razón que tú, evitar las discusiones y polémicas, aprender a abandonarse [humildemente en su propia nada] y a permanecer tranquilo, paciente y bondadoso, de dondequiera que sople el viento. Por ejemplo: un hombre se encuentra en medio de una reunión y ve que algunos están parloteando y son incapaces de guardar silencio. Esa es una ocasión excelente para abandonarse, aprender a ejercitar la paciencia y a recogerse dentro de uno mismo.

Ciertamente, es ridículo que uno quiera conocer un arte pero rehúse a aprenderlo debidamente. Si uno quiere hacerse espadachín y se niega a ejercitarse en esta arte, pondría su vida en un enorme peligro si, falto de entrenamiento, quisiera descender a la arena [para batirse en duelo]. Por tanto, ante cualquier adversidad hay que luchar con ahínco.

⁶³⁴ En este sermón, Taulero hace una interpretación especial de este versículo, la cual difiere de la interpretación que este fraile hace en otros sermones, en los cuales la «cruz» que debemos tomar son los padecimientos y privaciones que hemos de sufrir en nuestro camino hacia la unión con Dios: ver el sermón 59.

⁶³⁵ Lc 9,23.

⁶³⁶ Gal 5,24.

Las otras dos facultades por las que debe pasar la «Cruz», son más sutiles: el *intelecto* y el *placer interior* del espíritu. Dicho brevemente: Cristo crucificado debe nacer dentro de nosotros [en nuestra dimensión espiritual] y fuera de nosotros [en nuestra dimensión física], pasando [así] por nuestro hombre exterior e interior y, de este modo, nosotros renaceremos en Él en la novedad de su Espíritu, como está escrito: «*Seréis como niños recién nacidos*»⁶³⁷.

Queridos hijos, si vivís así, cada día se celebrará en vosotros [la fiesta de] la Dedicación y todos vuestros pecados se os perdonarán en este nacimiento de la santa «Cruz».

Que Dios nuestro Señor nos conceda a todos agarrarnos así a esta dulcísima «Cruz» que es Cristo, a fin de que él nazca siempre de nuevo en nosotros, incesantemente, para alabanza y gloria suya. Amén.

⁶³⁷ Cf. Mt 18,4; 1Pe 2,2.

59. CUARTO SERMÓN POR LA FIESTA DE LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ

NUESTRO CAMINO DE LA CRUZ NOS CONDUCE A LA UNIÓN CON DIOS

(V. 65, sobre Jn 12,32)

«Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia Mí»
(Jn 12,32).

1. Hoy celebramos la fiesta de la Exaltación de la Cruz, cuya dignidad es imposible expresar en palabras. En ella reside todo el honor y toda la dignidad que puedan concebirse en el tiempo y en la eternidad, pues por medio de la Cruz se recibe a Aquel que se dignó morir en ella. Por eso, los religiosos cargan desde hoy la cruz sobre sus hombros al comenzar el llamado ayuno regular, que es muy meritorio y gozoso para cuantos son capaces de llevarlo a cabo.

[Narración de la devolución de la Vera Cruz en Jerusalén, que ocurrió el año 630]

También se recuerda hoy solemnemente el día en que el emperador cristiano Heraclio [que gobernó el Imperio Bizantino en el siglo VII] arrebató la santa Cruz [en la que, según la tradición, murió Jesucristo] al rey pagano de los persas⁶³⁸, y con todo el honor y la reverencia que el poder real fue capaz de imaginar y desplegar – según la dignidad real, no según la dignidad de la Cruz– quiso volver a llevarla a Jerusalén.

Estaba ya el emperador a las puertas de la ciudad santa, bajando del Monte de los Olivos, cuando, al disponerse a pasar por la puerta por la que había entrado el Señor, sentado sobre su caballo

⁶³⁸ En el año 628, el emperador bizantino Heraclio recuperó la *Vera Cruz* que Cosroes II, rey de los persas, se había llevado de Jerusalén.

real y refulgiendo con los ornamentos reales, de repente las piedras de la puerta se juntaron y formaron un muro solidísimo. Mientras todos se admiraban asombrados, un ángel del Señor, llevando el signo de la cruz en las manos, apareció sobre la puerta diciendo: «Tú llegas aquí con la Cruz rodeado de una gran majestad, mientras que el que murió en ella salió por esa puerta cubierto de ignominia y deshonra, llevando la Cruz sobre sus hombros y caminando con los pies desnudos». Al oír aquellas palabras, el emperador, con los ojos inundados en lágrimas, bajó inmediatamente del caballo, se despojó del calzado y la ropa hasta la camisa, tomó la Cruz sobre sus hombros y la llevó humildemente hasta la puerta. Entonces, las puertas se abrieron y permitieron la entrada.

Así, colocada la Cruz en su lugar, se renuevan antiguos milagros: un muerto vuelve a la vida, los parálíticos se curan, los leprosos se limpian, los ciegos recuperan la vista, los demonios son expulsados y los aquejados por diferentes enfermedades recuperan la salud⁶³⁹.

[Dios pone sobre nuestros hombros una cruz]

2. Pero volvamos a las palabras del Evangelio. El Señor dijo: «*Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia Mí*». Ese «todas las cosas» se refiere al hombre, porque este tiene semejanza con todas las cosas. Hay hombres que encuentran la cruz y que son atraídos por Dios hacia ella por medio de diferentes aflicciones y pruebas, que Dios permite para atraerlos hacia sí. Pero esas aflicciones deben ser ensalzadas, como se hace hoy con la santa Cruz, que no ha sido solo encontrada⁶⁴⁰, sino también ensalzada.

Si uno se observara más frecuentemente, si estuviese atento a sí mismo, encontraría la cruz veinte veces al día, la cruz de los malos pensamientos, de las adversidades que lo afligen, atormentan y

⁶³⁹ Cf. Lc 7,22.

⁶⁴⁰ Se refiere a la fiesta del Hallazgo de la Santa Cruz, que conmemora el descubrimiento de la *Vera Crux* por santa Elena, madre de Constantino.

crucifican, si permanece en sí mismo. Pero la mayoría no ensalza esta cruz ni usa de ella como debiera. Todo el peso de la cruz que cae sobre nosotros, eso es lo que deberíamos ensalzar, elevándolo a Dios, y con ese peso elevarnos también a nosotros mismos. Deberíamos aceptar voluntariamente ese peso como nuestra propia cruz, ya sea interior o exterior, corporal o espiritual. Así es como el hombre es llevado a Dios, que promete atraer todas las cosas hacia él cuando sea elevado sobre la tierra.

Hay algunos que llevan esta cruz solo exteriormente, empleándose en buenas prácticas exteriores, llevando quizás el peso de las obligaciones de una Orden: cantar, leer, ir al coro [para orar con la comunidad] y al comedor. Y así, cantando y leyendo, ofrecen al Señor un pobre servicio con su hombre exterior.

Pero ¿acaso pensáis que Dios os creó solo por esta razón? Ciertamente, [hermanas,] él desearía hacer de cada una de vosotras sus esposas y amigas predilectas⁶⁴¹. Pero estos llevan la cruz, no con el Señor, sino con Simón [de Cirene]⁶⁴², que la cargó sobre sus hombros obligado. No obstante, les aprovecha mucho llevar esta cruz incluso así, pues los protege de muchos vicios, de un temible purgatorio, quizás también del infierno.

[La cruz del desapego]

3. El Señor dijo: «*Atraeré todas las cosas hacia Mí*». Sabemos que quienes van a llevar algo detrás de ellos, antes lo recogen y lo hacen gavillas. Y es esto lo que hace nuestro Señor. Primero recoge al hombre de sus salidas y dispersiones; recoge sus sentidos, sus facultades, palabras y obras; interiormente, [recoge] sus pensamientos, intenciones, imaginaciones, afectos, deseos e inclinaciones, su inteligencia, su voluntad y su amor. Una vez recogidas bien todas estas cosas, atrae al hombre hacia sí.

⁶⁴¹ Se dirige a monjas dominicas.

⁶⁴² Cf. Mc 15,21.

Es preciso, pues, que nos desprendamos de todo fuerte apego, de todo deleite. Este desapego comporta una cruz pesada, y tanto más pesada cuanto más tenaz y fuerte sea nuestro apego a lo creado. Todo el afecto, todo el amor que tenemos por las criaturas –llámense como se llamen, por santas y religiosas que parezcan–, ha de ser cortado de raíz, si aspiramos a ser algún día elevados o atraídos a Dios.

Este es el primer grado, el grado más bajo⁶⁴³. Todo esto sucede en el hombre exterior.

Después, la cruz ha de ser elevada en el hombre interior, que debe renunciar a todo deleite interior y al apego pertinaz a los placeres del espíritu, incluso cuando nacen de la práctica de las virtudes. Suele ser materia de discusión entre los teólogos si es lícito obtener placer de alguna virtud, y concluyen que las virtudes deben ser solo usadas, no gozadas: porque solo en Dios está nuestro deleite⁶⁴⁴.

Pero, a decir verdad, es difícil no sentir placer alguno en la práctica de las virtudes. Aunque ese placer debe sentirse con indiferencia. ¿Cuál es ese gozo, esa satisfacción? Poder ayunar, hacer vigilia, rezar y observar las reglas de la Orden. Pero el Señor no ha querido que yo goce del placer de cumplir con [los estatutos de] mi Orden. ¿Por qué creéis que Dios permite que un día o una noche apenas se diferencien del día o la noche anterior? ¿Por qué lo que hoy te estimula a la devoción, mañana, o incluso hoy mismo, no te sirve de nada? ¿Por qué la multitud de imágenes que se abaten sobre ti apenas te aprovechan?

Querida hija, tú que experimentas estas cosas, acepta esta cruz de la mano de tu Dios y súbrela pacientemente. Esa cruz te aportará un gozo enorme si sabes recibirla de la mano de tu Dios con verdadero abandono, si sabes remitirla a Él y darle gracias por ella

⁶⁴³ A continuación, viene un aserto que falta en la edición de Surio: «Este desapego total es absolutamente necesario» (Hugueny-Théry-Corin).

⁶⁴⁴ Cf. Sal 27,4.

diciendo: «*Engrandece mi alma al Señor*»⁶⁴⁵ en todas las cosas. Ya sea que Dios quite o dé, el Hijo del hombre debe ser ensalzado en la cruz [que Dios ha puesto sobre tus hombros].

Es cierto que la mayoría tiene un fondo puro, pero viven demasiado apegados a las cosas, desean sentir y gustar, y están deseosos de conocimiento intelectual. Sería mejor para ellos, sin duda, aprender el verdadero abandono y poner en ello todo su empeño, juzgarse indignos de experimentar esas cosas y preferir la cruz de las tentaciones a la flor de la dulzura. El hombre siempre tiene que cargar con alguna cruz.

4. «*¿No era necesario que el Cristo sufriera y entrara así en su gloria?*»⁶⁴⁶. Todo lo que el hombre experimente en su interior, sea la luz o el gozo, debe dejarlo pasar, no aferrarse a ello, no examinarlo ni intentar averiguar cuál es su naturaleza. Antes bien, debe sumergirse en su nada, tener ante los ojos su ser nada, aferrarse a ella y a ninguna otra cosa.

[La cruz de nuestras debilidades]

«*Quien quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz [cada día] y me siga*»⁶⁴⁷. No es estando bien como se sigue a Cristo, sino tomando la cruz. Por eso, el apóstol san Andrés, condenado a la cruz, cuando llegó al lugar del suplicio, dijo: «Salve cruz, que fuiste consagrada en el cuerpo de Cristo, tan deseada, tan amada. Sácame de entre los hombres y entrégame a mi Maestro»⁶⁴⁸. Esto no debe hacerse un día sí y otro no, sino cada día.

Es preciso que el hombre mantenga una atención incesante a sí mismo, observando constantemente cualquier movimiento interior o exterior que se produzca en él, sea cual sea su origen. Asimismo, ha de confesar [interiormente] sus faltas y pecados y, aunque caiga

⁶⁴⁵ Lc 1,46.

⁶⁴⁶ Lc 24,26.

⁶⁴⁷ Lc 9,23.

⁶⁴⁸ Lectura del oficio de san Andrés.

setenta veces siete al día, volver siempre a Dios. Y que no tenga miedo de volver cuantas veces sea necesario; muy al contrario: si quiere que todos sus pecados sean perdonados, debe darse prisa en volver a Dios y apoyarse en Él con más fuerza. Así, cuando vaya a decir [sacramentalmente] sus pecados al confesor, ya no se acordará de ellos. No nos inquietemos por ello: Dios permite que el hombre caiga con tanta frecuencia, no para mal suyo, sino para que conozca su nada y aprenda a ser humilde, no con un sentimiento de tristeza o decaimiento, sino con un sincero abandono, pues solo hace falta una voluntad buena y acogedora [de los designios] de Dios.

El hombre no es impecable, como lo fue la bienaventurada Virgen. En consecuencia, debe llevar todas esas cruces y aflicciones con un corazón ecuánime y tranquilo. El Apóstol dijo: «*Sabemos que a los que aman a Dios todo coopera para su bien*»⁶⁴⁹, y la glosa añade⁶⁵⁰: también los pecados. Guarda silencio, refúgiate en Dios, considera tu nada y permanece en ti mismo. No te apresures de inmediato [a pedir ayuda] al confesor.

El apóstol Mateo seguía al Señor aun siendo una persona sin preparación y muy poco instruida⁶⁵¹. Cuando te veas tan frágil, tan lleno de defectos e imperfecciones, no hagas demasiado pesada la cruz con tus sentidos exteriores [mediante excesivos ejercicios ascéticos]. Déjalo todo en manos de la Verdad misma: tú persevera fiel en la paz de espíritu, pues «*no hay condenación para los que están en Cristo Jesús*»⁶⁵², sino solo para aquellos que, con una voluntad corrompida, se entregan a las criaturas. Por el contrario, para los que desean amar intensamente a Dios, eso es solo un ejercicio.

Pero si estáis poseídos voluntariamente por las criaturas y las amáis más que a Dios, he de advertiros, con toda honestidad, que ese amor será vuestra perdición. Y si Dios os concediera alguna vez un verdadero dolor [de los pecados] –lo que es muy incierto–,

⁶⁴⁹ Rom 8,28.

⁶⁵⁰ Se refiere al comentario de los Santos Padres que ilustraba el texto bíblico en época medieval.

⁶⁵¹ Cf. Mt 9,9.

⁶⁵² Rom 8,1.

habríais de soportar [en este mundo] un purgatorio tan horrible que vuestra naturaleza, si pudiera verlo ahora anticipadamente, no lo soportaría.

Sin embargo, os acercáis en ese estado a recibir el venerable Cuerpo de Cristo, y lo hacéis como dijo un gran santo: como si hundierais a un tierno niño en el cieno y lo pisotearais con los pies. Esto es lo que hacéis al Hijo de Dios altísimo, que se nos entrega por amor en este Sacramento. Confesáis este pecado, pero os negáis a evitar las ocasiones. Así, ni el Sumo Pontífice con todos sus cardenales podrá absolveros. ¿Por qué? Porque no hay en vosotros *arrepentimiento de corazón*. Si así os lanzáis sobre los sacramentos de Cristo, sois «reos del Cuerpo y de la Sangre del Señor»⁶⁵³.

[La cruz de la profunda radicalidad]

5. El Señor dijo: «*Quien quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga*». Creedme, hijos míos: esta renuncia radical y esta cruz son propuestas a muchos de los más nobles amigos de Dios, que son de tal manera empujados e impulsados a ellas que no me atrevería a decir a qué profundidad y a qué radicalidad están obligados, sea cual fuere el estado en que se encuentren. Así debe ser, pues lo que nada cuesta, nada puede valer. «*Quien siembra escasamente, también escasamente cosechará*»⁶⁵⁴. Y «*la medida con la que midáis, con esa se os medirá*»⁶⁵⁵. Aunque nadie debe buscar ni desear esto, sino solo a Dios.

Pero, hijos míos, ¿de qué sirve deciros estas cosas si no queréis dejar vuestros antiguos hábitos, asumidos por voluntad propia, ni vuestras viejas costumbres personales? Preferís aferraros, por medio de los sentidos, a vuestra actividad exterior y, en consecuencia, no hacéis [exteriormente] otra cosa sino leer salmos y otras muchas oraciones vocales, como si eso solo fuera suficiente. Debéis aprender

⁶⁵³ 1Cor 11,27.

⁶⁵⁴ 2Cor 9,6.

⁶⁵⁵ Mt 7,2.

a renunciar [interiormente] a vosotros mismos, a abandonaros y dominaros a fondo.

[La cruz de la renuncia a la voluntad propia]

El Señor dijo: «*Quien quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo [...] y me siga*». Dijo: «*Y me siga*». El siervo sigue a su señor, no por voluntad propia, sino por la de su señor. Si la única enseñanza que estuviéramos obligados a observar fuese la de darnos cuenta de lo poco que les sirve a los siervos su voluntad propia y cómo todo su tiempo, todo su afán y toda su fuerza están obligados a emplearlos al servicio de la voluntad y complacencia de sus señores, con esta instrucción nos bastaría.

Un grano de trigo, para que pueda dar fruto, tiene que morir⁶⁵⁶. Pues así hay que morir a la voluntad propia. Nunca debería el hombre dejarse a sí mismo y a su voluntad propia tanto como cuando se vuelve interiormente a Dios. En ese momento, debería comportarse como si nunca hubiera tenido voluntad.

Una virgen estaba en la oración comunitaria cantando y dijo al Señor: «Este tiempo, Señor, es tuyo y mío. Pero cuando me recoja interiormente, el tiempo será tuyo, no mío». Por tanto, cuando el hombre quiere vaciarse interiormente para Dios, debe mostrarse totalmente desnudo de voluntad propia, totalmente desprovisto de todo querer.

[El ascenso a la unión con Dios]

6. Pues, en verdad, el hombre contiene en sí como tres hombres. El primero, el *animal*, según los sentidos; el segundo, el *racional*; el tercero, el *hombre superior*, deiforme. En este hombre superior e íntimo hemos de recogernos y, con él, postrarnos y arrodillarnos ante el Abismo divino, saliendo por completo de

⁶⁵⁶ Cf. Jn 12,24.

nosotros mismos y entregándole [a Dios] nuestro ser entero, olvidándonos de los dos hombres inferiores, es decir, del *animal* y del *racional*.

San Bernardo advirtió sobre la enorme dificultad que tiene el *hombre animal* para renunciar a los placeres sensuales, por los que siente gran apego. Vosotros sabéis cuán amarga cruz es esta. Así de duro y difícil es llevar al hombre exterior hacia el interior, apartarlo de las formas e imágenes visibles para introducirlo en lo invisible, es decir, en su fondo, en lo que san Agustín llama *abditum mentis*⁶⁵⁷ [es decir, lo secreto del alma].

Todas las cruces y adversidades que se abaten sobre los dos hombres inferiores y que a menudo dan la impresión de estorbar e impedir al hombre interior su recogimiento, todas deben ser aceptadas con espíritu de abandono. Sean como fueren, vengan de donde vengan, sea de los sentidos o de la razón, el hombre debe abandonarlas en las facultades inferiores [o corpóreas⁶⁵⁸] y entregárselas a ellas para [, así,] elevarse con todas sus fuerzas hacia las facultades superiores [o incorpóreas⁶⁵⁹], como el patriarca Abrahán, que dejó abajo a los criados y al asno para inmolar a su hijo en el monte, subiendo él solo con el muchacho⁶⁶⁰.

El hombre ha de dejar más abajo a su «asno», es decir, a su *hombre animal*, al que le cuadra bien el nombre de «asno», y a su «criado», esto es, su *naturaleza racional*, a la que aquí se le llama con razón «criado», puesto que está al servicio del *hombre superior* conduciéndolo al monte de su ascensión. Pero el criado debe quedarse [al pie del monte] con el asno, y solo el hombre superior con su «hijo», es decir, con su espíritu, ascenderá hasta el lugar secreto, hasta el *sancta sanctorum*, ofreciendo allí su sacrificio, que es su entrega absoluta a Dios. Allí esconderá su «espíritu

⁶⁵⁷ En la edición de Surio dice «Habitum mentis». Seguimos aquí la edición de Hugueny-Théry-Corin que dice «abditum mentis» –lo íntimo, lo secreto del alma–, expresión más apropiada al contexto.

⁶⁵⁸ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

⁶⁵⁹ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 13.

⁶⁶⁰ Cf. Gn 22,5-6.

misterioso» –como le llama san Agustín– en lo más íntimo del Abismo divino, del que el profeta [David] dice en el salmo: «*En lo secreto de tu presencia los esconderás*»⁶⁶¹. En este secreto, el espíritu creado es restablecido en su Ser increado, en el que existió eternamente antes de ser creado, y allí se conoce [en cierto modo] como «Dios en Dios», aunque en sí mismo no es sino criatura y creado. En Dios todas las cosas son [en cierto modo] Dios, y en Él se encuentra este fondo, el espíritu del hombre.

Cuando se ha llegado aquí, dice [el filósofo pagano] Proclo, todo lo que le ocurra al hombre exterior, sea pobreza, aflicción, defectos o hambre, sea lo que fuere, lo considera una nada. Como indica el profeta [David]: «*En lo secreto de tu presencia los esconderás de la conspiración de los hombres*»⁶⁶². Estos siguen al Señor, como Él mismo dice en otro sitio: «*Si alguno me sirve, que me siga, y donde estoy Yo, allí estará también mi servidor*»⁶⁶³. Y para que no nos extraviemos, nos enseña también dónde está: «*Yo estoy en mi Padre y mi Padre en Mí; vosotros en Mí y Yo en vosotros*»⁶⁶⁴.

Que el Dios bondadoso nos conceda ser atraídos por su Hijo, tal y como Él dice que atraerá hacia sí todas las cosas, y ensalcemos la cruz [que Dios nos ha dado] para que, por medio de ella, podamos llegar al verdadero fondo adonde nos ha precedido aquel que sufrió la muerte en la [santa] Cruz por todos nosotros, Jesucristo, nuestro Señor, a quien sea todo el honor y toda la gloria con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

⁶⁶¹ Sal 31,20.

⁶⁶² Sal 31,20.

⁶⁶³ Jn 12,26.

⁶⁶⁴ Jn 14,11.20.

60. SOBRE LA SANTA CRUZ

LA CRUZ COMO EJERCICIO ESPIRITUAL

(sobre Eclo 24,13 y Jn 13,32⁶⁶⁵)

«He sido elevada como cedro en el Líbano, como ciprés en el monte Sion» (Eclo 24,13)⁶⁶⁶.

[Contemplar e interiorizar la santa Cruz nos reporta grandes beneficios espirituales]

1-2. Hoy celebramos la fiesta de la Exaltación de la santísima Cruz, cuya dignidad está más allá de todo pensamiento y de toda palabra. A ella le convienen de manera especial las palabras del Eclesiástico que acabáis de oír: *«He sido elevada como cedro en el Líbano, como ciprés en el monte Sion⁶⁶⁷»*.

En el Líbano crece el «incienso», signo del sacrificio divino y espiritual, y significa que nosotros debemos ser un holocausto especial [ofrecido] a Dios. El humo de [la madera de] cedro conjura el veneno de la serpiente. Del mismo modo, este leño de la santa Cruz anula todo veneno del diablo, serpiente venenosa, con todas sus insidias y engaños.

Después se dice: *«como ciprés en el monte Sion»*. El ciprés posee la propiedad de ayudar a retener el alimento, de forma que si uno usa [esencias de] la madera del ciprés, lo retiene fácilmente⁶⁶⁸. Esto

⁶⁶⁵ Corresponde al sermón 84 (Helander).

⁶⁶⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: Jn 12,32: «Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia Mí».

⁶⁶⁷ La Biblia de Jerusalén y otras ediciones de la Biblia en lugar de «monte Sion» dicen «monte Hermón».

⁶⁶⁸ Son conocidas las propiedades astringentes del aceite esencial de ciprés.

significa que el que acepta esta Cruz y la carga sobre sus hombros retiene el noble alimento de la Palabra de Dios, expresada por los profetas y los santos, y nada de ella perece en él, sino que le aprovecha al máximo.

El ciprés desprende un aroma excelente, que no solo es muy agradable [al olfato], sino que también tiene la virtud de fortalecer. Del mismo modo, el aroma de esta santa Cruz supera toda suavidad y atrae al corazón del hombre, como predijo el Señor: «*Cuando sea elevado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia Mí*»⁶⁶⁹. En efecto, Él nos atrae por medio de la Cruz en la que entonces había de ser elevado. Esto significa que [el Señor] había de atraernos a todos por medio de la humildad, la paciencia y el amor. Con su sufrimiento nos muestra que deberíamos seguirlo, en la medida de nuestras fuerzas, dejándonos capturar, atar y condenar espiritualmente con Él.

Nuestro Señor fue colgado de la Cruz en tal desnudez, que ni siquiera un solo hilo [de su vestido] se quedó adherido a su cuerpo. Los vestidos que lo cubrían se los repartieron los soldados en su presencia echándolos a suertes⁶⁷⁰. Con esto se nos muestra, fuera de toda duda, que todo el que aspira a llegar a la más alta perfección tiene que desnudarse de todo lo que está fuera de Dios, de lo que no es puramente Dios, sin retener ni un solo hilo de ello. [Se nos muestra, asimismo,] que [esta desnudez] será objeto de burla, escarnio o desprecio por parte de los demás, y considerada como estupidez o locura. El Señor dijo: «*Si uno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*»⁶⁷¹. Y al joven rico le dijo: «*Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres [...], y luego ven y sígueme*»⁶⁷².

⁶⁶⁹ Jn 12,32.

⁶⁷⁰ Cf. Mt 27,35.

⁶⁷¹ Mt 16,24.

⁶⁷² Mt 19,21.

[Jesús nos pide que carguemos con la cruz que Él nos ha dado]

En el libro del Apocalipsis está escrito que vendrán plagas terribles e indescriptibles⁶⁷³, no inferiores a las del día del Juicio final, aunque no sean las mismas plagas. El tiempo al que se aplican [las plagas] que han de venir ya se ha cumplido, y [por eso] las esperamos cada día, cada año, en todo momento, sin saber cuándo se producirán. Cuando lleguen, solo podrán salvarse quienes tengan marcada en su frente una tau, símbolo de la cruz⁶⁷⁴. Así, en Ezequiel está escrito que el Señor ordena a los seis hombres que el profeta ve venir desde el Aquilón, que atraviesen la ciudad y golpeen [a sus moradores], y que su ojo no perdone a nadie ni tengan misericordia de nadie salvo de aquel sobre el que vean la tau⁶⁷⁵. Esto significa que solo se librarán los que lleven la cruz en su interior o en la frente.

La cruz representa el sufrimiento. No se ha dado orden de perdonar a los que están dotados de una gran inteligencia, ni a los contemplativos, ni a los activos, sino solo a los que llevan la cruz, es decir, a los que padecen aflicción. Tampoco dijo el Señor en el Evangelio: «*Quien quiera venir en pos de Mí*», que me siga en la contemplación, sino «*niéguese a sí mismo y tome su cruz*», es decir, que me siga en la renuncia y el sufrimiento.

[Propuesta de la cruz como ejercicio espiritual]

3. Ahora voy a hablaros de una cruz que puede hacer de quien la acepta el mejor hombre de este mundo, y ninguna plaga, ni siquiera el mundo entero, podrán dañarlo. Hasta lo librá del purgatorio.

Esta cruz no supone un gran sufrimiento, pues la corrupción de este mundo ha alcanzado tales cotas que no hay nadie que se considere capaz de soportar sufrimiento alguno. Grande es hoy la

⁶⁷³ Cf. Ap 15.

⁶⁷⁴ Cf. Ez 9,4-6.

⁶⁷⁵ Cf. Ez 9,2-4.

debilidad de los hombres. El fervor, el celo y la energía de tiempos pasados se han enfriado y apagado. Ahora no hay nadie que quiera afrontar el esfuerzo y la dificultad. Si pudiéramos encontrar alguna práctica que no supusiera esfuerzo, sería posible proponerla y quizás encontraríamos a alguien dispuesto a seguirla. Todos son prisioneros del amor [egoísta] a sí mismos.

La cruz de la que hablamos no consiste en hacer venias, en el ayuno, en la vigilia, en dormir en una cama dura, en hacer peregrinaciones, en dar generosas limosnas o en llevar una vida de pobreza. Todo esto, sin duda, conviene a esta cruz y por eso ha de ser asumido. Pero nadie está impedido por la edad, la enfermedad o la incapacidad para poder cargar con esta noble cruz.

4. Esta cruz está formada por cuatro maderos: uno arriba, otro abajo y dos a los lados. El madero de arriba es el *amor a Dios*. El de la izquierda significa una *humildad profunda*, y [la mano] está clavada a él por el olvido de nosotros mismos y de todo lo que pueda acaecernos. Este olvido es más que desprecio, porque este está impregnado de una pizca de soberbia. El de la derecha simboliza la *pureza interior*, y [la mano] está clavada [en él] por la privación voluntaria de todo lo que pueda contaminar esta pureza, destruirla u oscurecerla. Finalmente, el de abajo significa una *obediencia*⁶⁷⁶ *auténtica*, perfecta, y [los pies] están clavados [en él] por la renuncia a buscar tu propio interés, sea cual fuere. Este abandono implica una dejación y un olvido de ti mismo continuos, dondequiera que te encuentres.

Estos maderos están ensamblados en su centro por un «*hágase tu voluntad*»⁶⁷⁷, esto es, por una verdadera, perfecta y libre *renuncia a la voluntad propia*.

5. Volvamos ahora a la mano izquierda, por la que, según dijimos, se recibe la *humildad*. De esta dice san Agustín: «Quien camina en la humildad, es sostenido en la aflicción». Ha de saberse

⁶⁷⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio, en lugar «obediencia» dice «humildad».

⁶⁷⁷ Mt 26,39; Lc 1,38.

que es totalmente necesario que el hombre llegue a ser una nada absoluta, no solo en su propio espíritu, sino también a los ojos de los hombres; que se despoje por entero de todo aquello a lo que está aferrado, de todo lo que es; que «su nada» y «su despojamiento» sean objeto de burla en su misma presencia por parte de los demás, como le ocurrió a nuestro Salvador; es decir, que se vea sometido al escarnio, a la deshonra y al menosprecio de los demás; que su vida sea a tal punto despreciada y tenida por necesidad, que aquellos con quienes vive lo repudien y llamen a su vida error y herejía, hasta que, finalmente, lo cubran de odio. Y cuando se encuentre en esta situación, ha de abstenerse de condenar a nadie con juicios como este: «A este mal se le pondrá remedio fácilmente. Esa persona es un tal y un cual, y me ha tratado injustamente». Por el contrario, considerará que no es digno de ser despreciado por un hombre tan noble, se inclinará humildemente y considerará una insignificancia aquel desprecio.

6. La mano derecha representa la verdadera *pureza*, y está crucificada por la privación voluntaria de todo lo que no es Dios, de todo lo que puede manchar la pureza y de todos los placeres de los sentidos.

Los pies, que, como dije, significan la verdadera *obediencia* que debemos a nuestros superiores y a la santa Iglesia, están clavados por el abandono, y hacen al hombre capaz de abandonarse voluntariamente en todas las cosas.

El centro de la cruz es la verdadera y libre *renuncia a la voluntad propia*. Esto supone que, por duras y pesadas que sean las aflicciones que te vienen de Dios o de los hombres, debes soportarlas todas de buen ánimo, inclinarte ante ellas y abrazarte a la cruz con gozo. Es posible que alguien diga: «Maestro, es tan grande mi debilidad, que yo no puedo hacer eso». Escucha un momento, si piensas así. Sabes que en ti hay dos voluntades: una superior, otra inferior. Cristo también las tuvo. La voluntad natural o inferior desea estar siempre libre de penalidades y sufrimientos, pero la superior debe decir con Cristo: «Señor, *hágase tu voluntad*, no la mía».

7. Finalmente, la cabeza es el *amor*. Todos sabemos que Cristo no tenía nada en que apoyarse, ni siquiera tenía donde reclinar su cabeza: tan despojado estaba de toda ayuda y consuelo. Así mismo, nosotros no debemos tener nada en que apoyarnos, sino [que debemos] salir completamente de nosotros mismos, ser abandonados por Dios y por todas las criaturas, hasta decir con Cristo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*»⁶⁷⁸. La cabeza de Cristo no tuvo donde reposar. Si alguien, en medio del abandono y la desolación, ardiera en amor a Dios, si pudiera experimentar su presencia y refugiarse en Él, ¿qué podría perturbarlo? Nada, con toda certeza. Por eso, al hombre le conviene estar privado de todo consuelo. Un hombre santo preguntaba en cierta ocasión al Señor por qué enviaba siempre a sus amigos aflicciones tan duras de soportar. El Señor le respondió: «El hombre está constantemente inclinado a los placeres de los sentidos, que tanto daño le hacen. Por eso, rodeo su camino de espinas⁶⁷⁹, para que yo sea su única satisfacción». La cabeza de Cristo, que significa el *amor*, colgaba inclinada sin apoyo ninguno.

[El camino de la cruz: el sufrimiento que nos conduce a la unión con Dios]

8. Hijos míos, si queremos ser buenos y encontrar a Dios, tenemos que experimentar siempre algún sufrimiento, llevar siempre una cruz, sea cual fuere. Si huimos de una, caeremos en otra. No hay en este mundo hombre tan elocuente que sea capaz de convencernos de lo contrario. Puedes huir adonde quieras, hacer lo que te plazca: así ha de ser, así es siempre la verdad.

Puede suceder que Dios ponga sus amorosos hombros y lleve el peso de la cruz [del sufrimiento] en el trayecto más duro, permitiendo al hombre experimentar su cercanía, y durante un tiempo lo libera del peso de la carga. Entonces, nace en el hombre un júbilo tan grande, todo se le hace tan fácil y liviano, que tiene la

⁶⁷⁸ Mc 15,34 ; Sal 22,2.

⁶⁷⁹ Cf. Os 2,8.

impresión de que ni sufre ni ha sufrido nada y, de repente, se olvida de todo su dolor y aflicción. Pero cuando el Señor retira sus hombros, vuelven la antigua amargura y el peso insoportable. Nuestro Señor Jesucristo soportó la carga pesadísima de esta cruz [del sufrimiento], y lo hizo voluntariamente; después de Él, la llevaron sus amigos más queridos.

Esta cruz es el carro de fuego en el que Elías fue arrebatado cuando arrojó su manto a Eliseo⁶⁸⁰.

Escuchad este ejemplo. Hubo en nuestra Orden una monja muy piadosa que, en reiteradas ocasiones, había pedido ver a nuestro Señor con el aspecto que tenía de Niño. Un día, mientras ella estaba entregada a sus devociones, se le apareció nuestro Señor bajo apariencia de Niño, envuelto en un haz de agudas espinas, de forma que ella no podía tocarlo a no ser que metiera valerosamente su mano entre las espinas. Cuando volvió en sí, comprendió que todo el que quiera poseer a este Niño tiene que estar dispuesto a sufrir la adversidad y la aflicción.

9. Ahora hay quienes dicen: «Si tuviéramos tal pureza e inocencia que no mereciéramos ser castigados por nuestras culpas, quizá nuestras cruces nos aprovecharían». Pero yo les digo que un pecador puede sufrir de tal manera que su sufrimiento sea para él mejor, más útil y más meritorio que para muchos inocentes. [Entonces alguien puede preguntarme:] «¿Cómo dices eso?». Escucha. Cuando alguien va a dar un gran salto, primero retrocede para tomar impulso y luego salta con todas sus fuerzas. Así es también en el caso del pecador: primero se confiesa culpable y toma distancia, y esto es lo que le facilitará saltar hacia Dios con más fuerza y acercarse más a Él. Cuanta más distancia tome y más alejado de Dios se considere –en la verdad y en el mismo fondo [de su alma]–, sin fingimiento, tanto más cerca de Dios le llevará su salto, y su *entrada en Dios* será más perfecta y verdadera.

⁶⁸⁰ Cf. 2Re 2,8-12.

Que el Señor, en su misericordia, nos conceda a todos ser atraídos por la santa Cruz y que podamos llevar todas nuestras cruces con amor y alegría, para alabanza y gloria suya. Amén.

61. SERMÓN PARA EL DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD⁶⁸¹

EL DURO CAMINO DE LA CRISIS ESPIRITUAL

(V. 47, sobre Gal 5,25)

*«Si vivimos por el Espíritu, caminemos también por el Espíritu»
(Gal 5,25)*

1. El Apóstol, en su Carta a los Gálatas, dice lo siguiente:

«Si vivimos por el Espíritu, caminemos también por el Espíritu. No nos hagamos deseosos de una gloria vacía, irritándonos mutuamente, envidiándonos unos a otros. Hermanos, si un hombre fuese sorprendido en alguna falta, vosotros, que sois espirituales, instruidle con espíritu de dulzura, examinándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la Ley de Cristo. Pues si uno cree ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Así que cada uno examine su propia obra y, de este modo, tendrá gloria solo en sí mismo, no en otro»⁶⁸².

Todas estas palabras del Apóstol están llenas de significado, especialmente las que van al principio, que son el comienzo de la lectura de hoy: *«Si vivimos por el Espíritu, caminemos también por el Espíritu»*, es decir, por el Espíritu Santo. Pues así como la vida del cuerpo es el alma, por la que el cuerpo vive, así la vida del alma es el Espíritu Santo, por el que ella vive.

Así pues, dijo el Apóstol: *«Si vivimos por el Espíritu, caminemos también por el Espíritu»*. Ese caminar ha de ser de tres modos: el primero, [nuestra conducta] exterior frente a nosotros mismos y

⁶⁸¹ En la edición de Surio: *Sermón para el decimoquinto domingo después de la fiesta de la santísima Trinidad.*

⁶⁸² Gal 5,25-6,4.

frente a nuestros prójimos; el segundo, siguiendo el ejemplo del Señor; el tercero, sin imágenes ni formas.

[Actuar según el Espíritu Santo]

2. Del primer modo habla el Apóstol, cuando dice: «*No nos hagamos deseosos de una gloria vacía*». Esta gloria vacía la persiguen día y noche, con toda su alma, los hombres mundanos. Por eso, es manifiesto que en ellos no está el Espíritu Santo, pues no son miembros de Dios, sino que están separados, y ante Dios no gozan de ninguna estima.

Después, hay otros que bajo el hábito y una apariencia religiosa esconden un corazón mundano, y buscan el honor y la vanagloria en todo, esto es, en el vestido, en las joyas, en los amigos, en las relaciones sociales y familiares, y en otras muchas cosas de esta clase. Cuanto más persisten en esta conducta, tanto peores se hacen. No tienen el Espíritu Santo, y viven en un peligro mayor del que ellos imaginan.

Hay gloria vana y vacía cuando deseamos ser honrados, amados y considerados por encima de los demás. Este vicio se desliza muy sutilmente en las buenas prácticas, en las palabras y en las buenas acciones, por lo que el hombre debe estar muy atento a sí mismo y suplicar a Dios todopoderoso que le proteja. A nosotros nos faltan las fuerzas y por nosotros mismos nada bueno podemos [hacer].

Debemos ser cautos también en nuestro comportamiento con el prójimo. No debemos provocarnos unos a otros, ni irritarnos, ni entristecer a nuestros hermanos. Ante todo, hemos de esforzarnos en no dirigirnos a nadie con palabras duras, amargas y mordaces, sino decir dulce y amorosamente, con espíritu de bondad, lo que se tenga que decir, *examinándose a sí mismo* [como nos dice el Apóstol], y no ofender, ni afligir, ni perturbar a nuestro prójimo.

Pero hay algunos que, por cualquier insignificancia, emplean palabras horribles y exhiben una dureza, una amargura y una indignación excesivas, así como gestos exageradamente agresivos.

Quienes se comportan así no son movidos por el Espíritu Santo. Pues, en cuanto se sienten ofendidos, no quieren perdonar. Aquí, que cada uno examine su propia vida.

«*Llebad los unos las cargas de los otros*», para guardar en Cristo la unidad del Cuerpo [místico de la Iglesia], en verdadero amor fraterno. Los superiores deben enseñar e instruir con bondad a los inferiores, y reprenderlos amorosamente. Esto lo cumplió perfectamente nuestro padre santo Domingo, quien supo conjugar una gran dulzura con un santo rigor, de forma que, cuando reprendía a uno de sus inferiores, por díscolo que fuera, cambiaba su conducta a mejor. En efecto, así como un hombre pacífico ablanda con su paciencia la dureza de otro y la convierte en mansedumbre, así quien ha cometido una falta, conforme a la doctrina del Apóstol, debe ser corregido con espíritu de bondad, y los ignorantes han de ser instruidos con el ejemplo de la dulzura. Examine cada uno cómo es su conducta con el prójimo y guárdese de violar el templo de Dios [es decir, su propio cuerpo⁶⁸³ y toda su persona⁶⁸⁴], no sea que pierda a Dios mismo.

[Seguir el ejemplo de Cristo]

3. El segundo modo de comportamiento que debemos seguir gira en torno a las imágenes [que tomamos como referencia], es decir, al ejemplo del Señor, a quien hemos de procurar poner ante nuestros ojos como un espejo, como hacen los imagineros [que esculpen o pintan imágenes religiosas], para modelar y dirigir todas nuestras acciones, en la medida de lo posible, siguiendo su ejemplo. Contemplemos, pues, cuán paciente, pacífico, bondadoso, silencioso, fiel, dulce, justo y veraz ha sido en su Amor desbordante y en su vida entera. Consideremos estas virtudes [del Señor] y, a partir de ellas, pidamos a Dios, desde lo íntimo del corazón y apelando muy insistentemente a su bondad abisal, que nos ayude, pues nosotros

⁶⁸³ Cf. 1Cor 6,19-20.

⁶⁸⁴ Cf. 1Cor 3,16-17.

nada podemos [hacer] con nuestras propias fuerzas, nada somos ni tenemos por nosotros mismos.

Por tanto, roguémosle que se digne ser para nosotros la fuerza con que poder imitarlo en su conducta y recorrer este camino en pos de Él. Pongamos también nuestra inmensa desemejanza [con Cristo] frente a su santidad de vida: de este modo podremos comprobar cuán alejados estamos de este camino de salvación.

Ofrezcamos cada día al Padre celestial, con mucha devoción, la santidad de su Hijo por nuestra desemejanza, y sus pensamientos puros, sus palabras, sus obras, sus virtudes, su modo de vida, su amarga pasión por las culpas y pecados nuestros y de todos los hombres, vivos y muertos.

Creedme, hijos míos: es tan grande la bondad de nuestro Dios, que, si el hombre supiera comportarse con Él como debe hacerlo, obtendría por medio de la oración todo lo que Él pudiera darle. Pues a Dios le gusta ser rogado y se pliega fácilmente a nuestras oraciones. Escucha amorosamente a sus amigos y perdona íntegramente la pena del purgatorio con tal de que vayamos a su encuentro en lo más profundo de nuestra intimidad. Así, todas las faltas, toda desemejanza y todo obstáculo son completamente eliminados por medio de esa entrega interior a Dios, y todo tiempo perdido se recupera.

Sin embargo, es Dios quien tiene que conceder y obrar esa conversión interior. Nosotros debemos pedírsela cada día con toda la humildad y todo el amor de que seamos capaces. Y puesto que Dios nos estimula interiormente a ese recogimiento, tenemos que renunciar inmediatamente a todo obstáculo y focalizar nuestra atención interior en Él.

La oración interior penetra los Cielos si seguimos las dulces huellas de Cristo: «*Lo adoraremos –dice el profeta [David]– ante el estrado de sus pies*»⁶⁸⁵. Pues todo lo que podemos enseñaros, yo

⁶⁸⁵ Sal 132,7.

mismo y todos los demás maestros, se reduce a esto: invitaros a seguir las amorosas huellas de Dios nuestro Señor.

4. [San Pedro,] el príncipe de los apóstoles, dijo: «*Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas*»⁶⁸⁶. Nadie llega a tal grado de elevación [o perfección espiritual] que pueda dejar de seguir las huellas del Señor. Al contrario: cuanto mayor sea su elevación, con mayor rigor las seguirá y más profundamente las imprimirá [en su alma], tanto en la acción como en la contemplación.

Pero mirad [, por ejemplo,] a las señoras que regresan de estar en la plaza⁶⁸⁷ y se sientan de inmediato [en su casa], como si todo estuviera ya hecho. No os equivoquéis: aún no habéis alcanzado la cima de la perfección ni se llega a ella en la ociosidad. Dice el Apóstol: «*Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus pasiones y deseos*»⁶⁸⁸. [Pues bien,] estas personas se quejan también de encontrarse con obstáculos. Así, cuando quieren darse a la oración, el sueño las vence: y no es de extrañar. [Además,] se quejan de que no experimentan ninguna dulzura: ¿Y tú buscas experimentar dulzura donde tu Señor tuvo que soportar una inmensa e insufrible amargura?

Tu tibieza y tu negligencia te alejan de sus huellas, pues no buscas más que tu interés en todo, en lo que dices y en lo que haces. Por eso, te lo ruego, no busques tu propia satisfacción ni en las criaturas ni en las representaciones intelectuales. Antes bien, ajústate interiormente –con humildad y efusión de lágrimas– a la Imagen de Cristo y contempla tu nada, pues, en verdad, nada eres. Ten por cierto que cuanto más humilde seas, tanto más enaltecido [serás], pues «*quien se humilla será ensalzado*»⁶⁸⁹. Pon tu nada en el Ser trascendente [de Cristo] y contempla su profundo anonadamiento por ti. Convéncete de esto: de ningún modo podrás vencer tu

⁶⁸⁶ 1Pe 2,21.

⁶⁸⁷ En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «de la Puerta de Marcos» (o Puerta de San Marcos), una de las puertas de la ciudad de Colonia.

⁶⁸⁸ Gal 5,25.

⁶⁸⁹ Mt 23,12.

naturaleza si no la violentas firmemente. Esta gracia no caerá del Cielo en tu corazón.

Pero algunos se recrean tanto en los dones que han recibido, que Dios se ha visto obligado a quitarles su riqueza interior. Si hubiesen llevado una vida de abandono, no se les habría privado de esa abundancia espiritual. Es más, esta hubiera dado mucho fruto en ellos.

Se dice comúnmente: *lo que nada cuesta, nada puede valer*. Ahora hay hombres jóvenes, fuertes, indomables, que aún no se han vencido a sí mismos y siguen viviendo en la carne y la sangre, y se quejan de que les acosan infinidad de pensamientos, agitaciones e imágenes diversas. ¿Y qué tiene esto de sorprendente? Esto ocurre porque no han buscado bien. En consecuencia, deben tomar otro camino si quieren avanzar y obtener gracia de Dios. Ellos son como el Simón [de Cirene]⁶⁹⁰ del Evangelio: llevan la cruz [que Dios les ha dado], pero no voluntariamente ni por amor, sino obligados.

[Por el contrario,] todo cristiano, por amor, debe imprimir la [santa] Cruz y a su Señor crucificado en todo lo que hace. [De este modo, hermano,] al ir a dormir, extiende tu cuerpo sobre la Cruz e imagina, con ardiente deseo, que el regazo de tu Señor es la cama; su dulce corazón, la almohada; sus amorosos brazos, la manta. En todas tus necesidades y estrecheces, exteriores e interiores, tendrás un refugio seguro en sus brazos extendidos a todo lo ancho sobre la Cruz. Cuando comas o bebas, moja cada bocado [o cada sorbo] en sus amorosas llagas. Cuando nuestras hermanas canten salmos, que pongan cada salmo por separado en cada una de sus llagas.

Así es como hemos de esforzarnos en imprimir al Señor en nuestra alma y transformarnos en Él. Pues ¿de qué sirve simplemente pronunciar y meditar las oraciones del Señor, si no imitamos su ejemplo de vida? De este modo, no penetraremos hasta su misma Divinidad.

⁶⁹⁰ Cf. Mc 15,21.

[Vivir sin imágenes ni formas: la crisis espiritual]

5. El tercer modo de vida es sin imágenes ni formas. Este es un camino rápido y directo⁶⁹¹, pero estrecho, sombrío, desolado y desconocido. De él habla Job –o, mejor dicho, el Señor por medio de Job–, cuando dice: «*Al hombre cuyo camino está escondido, Dios lo ha rodeado de tinieblas*»⁶⁹². ¿No es este el camino del que estamos hablando? Aquí las mujeres [a causa de las tinieblas] se convierten [por así decir] en varones y todos los hombres que no siguen a Dios son reducidos a la nada. Pues todo lo que se ha dicho antes [es decir, el consuelo de la oración y el refugio de la Cruz en medio de las dificultades] se les quita y ya no experimentan su sabor. Ahora están desorientados y sienten una gran angustia, de forma que se puede decir de ellos, con toda razón: Dios los «*ha rodeado de tinieblas*». San Gregorio, al comentar estas palabras, dice: «El hombre está rodeado de tinieblas por ser víctima de la ceguera de su ignorancia»⁶⁹³.

A menudo se cree que el justo se tranquiliza, pero, en realidad, aun siendo apacible, se le provoca a la ira, como atestigua Salomón: «*Hay un camino que al hombre le parece recto, pero su fin conduce a la muerte*»⁶⁹⁴.

Hijos míos, para seguir este camino sombrío y desconocido es preciso abandonar [la puerta] ancha y [la senda] espaciosa que conducen a la perdición⁶⁹⁵. Como exhorta el Evangelio, debe seguirse el camino más dificultoso, un camino angosto e incómodo, una senda más estrecha. El camino que tiene el hombre ante sí pasa entre el conocimiento y la ignorancia. A través de ellos, el hombre debe mirar muy atentamente, con un solo ojo, como el arquero que apunta con todo cuidado hacia la diana que quiere alcanzar, con el

⁶⁹¹ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición latina de Surio en lugar de «rápido y directo» dice «*subtilis*».

⁶⁹² Job 3,23 (Vulgata). Taulero hace una interpretación diferente de este pasaje en el sermón 70, n. 6.

⁶⁹³ GREGORIO MAGNO, *Moralia in Iob*, Patr. Lat., vol. 75, V,7,12 (144).

⁶⁹⁴ Prov 14,12.

⁶⁹⁵ Cf. Mt 7,13.

fin de seguir siempre esta senda estrecha y evitar, en la medida de sus fuerzas, el camino espacioso.

En esta senda estrecha el hombre debe pasar entre dos extremos: el conocimiento y la ignorancia. Pues bien, en ninguno de ellos se detendrá, en ninguno se apoyará, sino que pasará por en medio guiado por una *fe* simple.

Se encontrará también entre la seguridad y la incertidumbre, que debe atravesar guiado por la santa *esperanza*.

Allí están, asimismo, la paz del espíritu y la inquietud de la naturaleza, que franqueará apoyado en el verdadero *abandono*.

Se experimentará también una gran confianza, a la que se opondrá enseguida un temor injustificado: cruzará por entre ellos con la ayuda de la *humildad*. Así es como debe recorrerse esta senda estrecha.

La *ignorancia* de la que aquí hablamos debe entenderse según el fondo interior. Mas en lo que atañe al hombre exterior y sus facultades, se debe conocer cómo se encuentra y de qué cosas se ocupa. En efecto, un hombre debería avergonzarse de conocer [exteriormente] demasiadas cosas, mientras [interiormente] no se conoce a sí mismo. En el conocimiento y en la ignorancia, en ambos extremos, el hombre podría errar: el primero puede exaltarlo demasiado; la segunda, abatirlo y perturbarlo más.

En consecuencia, en todas estas cosas, y en muchas otras que podríamos citar, nunca hay que detenerse, ninguna ha de servirnos de apoyo. Cuando al hombre se le presenten extremos, sean cuales fueren, debe refugiarse, con verdadero *abandono*, en una profunda *humildad*, en su propia *nada*, en una *fe* santa y en una *esperanza* viva y divina.

Guárdese, en la medida de lo posible, de caer en una *desesperación impura* que a muchos les hace echar el pie hacia atrás y retroceder convencidos de ser incapaces de perseverar, y así desisten de su propósito. Pero vosotros, hijos míos, no sigáis su ejemplo. No permitáis que se os haga retroceder. Seguid adelante

apoyados en el amor y el deseo, con una confianza inquebrantable en Dios, vuestro Creador, que es ilimitadamente fiel.

[Los hombres buenos]

Cuando la naturaleza [humana] es buena y, además, la gracia [divina] tiende su mano, el hombre puede avanzar con mucha rapidez, siempre que esté dispuesto a cooperar. Yo conozco a muchos jóvenes, de unos veinticinco años, casados, de noble familia, que avanzan con gran provecho por este camino⁶⁹⁶.

Pero algunos, cuando deberían tener su mirada fija en la meta, es decir, en la acción de Dios, se ven obligados a salir [al exterior de sí mismos] para buscarse el pan y, en consecuencia, descuidan las cosas más importantes [que son las interiores]. Creedme: es difícil y peligroso dirigir [o acompañar espiritualmente] a quienes van por este oscuro camino. Es muy fácil equivocarse.

En las obras de estos hombres [buenos] hay que considerar tres cosas: En primer lugar, Dios actúa en ellos [por medio de] todo lo que hacen, en la medida en que ellos se han abandonado a Él. En este sentido, sus obras son buenas y laudables. En segundo lugar, si el hombre se vuelve a Dios con toda su alma y coopera interiormente con Él por medio del amor y el deseo, sus obras son igualmente buenas. En tercer lugar, sin embargo, si el hombre se vuelve hacia sus obras, atribuyéndolas, con cierta autocomplacencia, a su propia naturaleza, se equivoca gravemente.

[La crisis espiritual por la que pasan algunos hombres buenos]

En efecto, con esa actitud la oscuridad aumenta y se prolonga. Esa oscuridad le empuja a un abismo de angustia y aflicción.

⁶⁹⁶ En aquella época, se suponía que la perfección espiritual estaba condicionada por una vida célibe, en pobreza y a una edad avanzada. El propio Tauler llega a afirmar que raramente se alcanza la perfección espiritual antes de los cuarenta años: ver sermón 19, n. 5.

Aquí el hombre se encuentra entre dos extremos: las imágenes y la desnudez. Todas las cosas que hemos mencionado antes se le quitan y dejan de resultarle atractivas. Busca lo que le complace, pero ahora no lo halla. Así pues, se encuentra constreñido por una gran angustia y ansiedad.

Esta angustia mueve a muchos a ir a Aquisgrán y a Roma, les empuja a abrazar la pobreza, a entrar en monasterios y eremitorios: pero cuanto más salen de sí mismos, tanto menos encuentran. Algunos regresan a las imágenes fabricadas en su intelecto y juegan con ellas. Y como no quieren sufrir pacientemente esta angustia hasta el final, se hunden por completo.

Pero los que sobrellevan hasta el final esta desoladora oscuridad, se convierten en los más amables y nobles de los hombres. Verdaderamente, en estos hombres la naturaleza tiene que soportar innumerables muertes.

Un discípulo de cierto anciano le preguntó qué debía hacer. El anciano le respondió: «Ve, siéntate en tu silla y llora con el profeta [David], cuando dice: *“Las lágrimas fueron mi pan día y noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios?”*⁶⁹⁷».

Por tanto, hijos míos, en cualquier circunstancia [por dura que sea la crisis por la que esté pasando] el hombre ha de perseverar fijo y estable en las huellas del Señor. Pues ¿de qué le sirve pensar y meditar en sus huellas si no quiere ir tras ellas e imitarlas con su vida? Hijos, os lo aseguro: estos hombres de los que acabamos de hablar no llevan una vida ociosa [sino que tratan honestamente de ser buenos cristianos].

[El fin último de la crisis espiritual: la iluminación y la unión con Dios]

6. Alguien puede decir: «¿Y cuál es su fin?» [es decir, ¿qué va a ser de esos buenos cristianos?]. Lo explicaré en pocas palabras: en

⁶⁹⁷ Sal 42,4.

apenas una hora, el Señor se les hace presente con la rapidez del relámpago⁶⁹⁸ y con su amorosa dulzura les muestra su bondad oculta. Entonces, en esta Luz admirable, en el mismo fulgor resplandeciente de la Luz que brilla en el fondo [del alma], se les manifiesta la verdad escondida. Aquí se les revela interiormente por qué caminos secretos los ha llevado el Señor.

Ahora, al fin, son conducidos a la Luz en la que Dios mismo, en su infinita bondad, los consuela generosamente, los restablece y los recrea de su larga espera y su mucho sufrimiento.

Después necesitan, incluso más que antes, sumergirse en el fondo abisal de la humildad, en verdadero abandono. Cuanto más profundamente se sumergen y se desposeen, tanto más interior, estrecha y abundantemente los abraza Dios, y se interesa en ellos y en sus obras, hasta el punto de que Él las realiza en ellos de un modo sobrenatural.

Que Dios nos conceda poder seguirlo por estas sendas oscuras y tenebrosas, para que merezcamos ser conducidos un día a la Luz verdadera, para alabanza y gloria suya. Amén.

⁶⁹⁸ Sobre la rapidez de la acción de Dios en el fondo del alma véase la nota 618.

**62. SERMÓN PARA EL DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LA VIVENCIA DEL REINO DE DIOS EN EL FONDO DEL ALMA

(V. 66, sobre Mt 6,33)

«Primero, buscad el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33)

1. En el Evangelio de hoy, el Unigénito de Dios Padre nos propone una comparación digna de ser destacada. En ella invita al hombre –ser dotado de razón– a la consideración de la belleza de las flores y de las aves del cielo –criaturas privadas de razón–, diciendo:

«Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? [...] Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan. Pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos [...]. No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas»⁶⁹⁹.

Poco antes había dicho [Jesús a sus discípulos]: *«Nadie puede servir a dos señores»,* y después explica quiénes son los dos señores, diciendo: *«No podéis servir a Dios y al dinero», «pues odiará a uno y amará al otro; o soportará a uno y aborrecerá al otro»⁷⁰⁰.*

Si las consideramos atentamente, estas palabras encierran un significado admirable e inconcebible. Por eso, todo hombre debe poner delante de sus ojos, como un espejo, este texto del Evangelio y

⁶⁹⁹ Mt 6,26.28-29.31-33.

⁷⁰⁰ Mt 6,24.

aprenderlo como el Padrenuestro. Pues con palabras muy claras y con comparaciones óptimas, la Verdad misma nos enseña la verdad y nos prohíbe toda preocupación por lo pasajero y caduco, cuando dice: «¿Quién de vosotros puede añadir un codo a su estatura? [...] Si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Así pues, no andéis preocupados»⁷⁰¹.

[El pecado de la avaricia]

Si examinamos detenidamente estas palabras, resulta evidente que en este mundo casi todos los hombres llevan una vida muy disconforme con la Verdad pura.

Bajo esta preocupación se oculta un vicio: la execrable avaricia. Esta se cuenta entre los siete pecados capitales y, oculta y disimuladamente, causa a los hombres un daño incomparablemente grave.

2. Que cada uno vea y considere cuánto esfuerzo, cuánto trabajo, cuánto tiempo y habilidad se usa en este mundo para tramar contra el prójimo y acumular riquezas y bienes caducos. Si quisiera detallar cada uno de ellos, mi sermón se haría interminable. Pero, con vuestro permiso, las explicaré un poco.

Es un mal muy grave que haya tan pocas personas que se arriesguen a confiar en Dios, que es infinitamente bueno y todopoderoso. Es difícil encontrar a alguien dispuesto a consagrarse a esta confianza pura en Dios. Esto explica bien a las claras por qué hay tantos hombres esclavos de una excesiva *preocupación*, cuando debían abandonarse completamente a Dios todopoderoso con plena confianza. En efecto, les atormentan mil inquietudes, sudan en esfuerzos interminables, se enredan en ocupaciones agotadoras. De este modo, pierden incluso lo necesario. ¡Como si fuesen a vivir eternamente! Todo esto procede del pésimo fondo de su avaricia.

⁷⁰¹ Mt 6,27.30-31.

Si examinamos esto con atención, nos horrorizaríamos al considerar que casi todos buscan disimuladamente su propio interés en su relación con el prójimo, en las palabras, en las obras, en las donaciones, en el servicio, esperando siempre obtener algún provecho de ello y persiguiendo el reconocimiento de los demás, la ganancia personal, el placer, los favores. No hay casi nada en lo que no busquen lo suyo. En todo lo creado, e incluso en su relación con Dios mismo, buscan su provecho personal.

Este funesto mal, esto es, la avaricia y el deseo de acumular bienes terrenales, ha echado en muchos unas raíces tan profundas que ha infestado cada rincón [del hombre], y, como aquella mujer del Evangelio, *«que desde hacía dieciocho años tenía un espíritu de enfermedad y andaba encorvada, y de ninguna manera podía enderezarse»*⁷⁰², estos están realmente encorvados y, en lo que respecta a sus almas, espiritualmente ciegos.

¡Oh mísero y ciego religioso, que lo eres solo en apariencia, no en verdad! ¿Cómo es que no te atreves a confiar en Dios, de quien tantos bienes espirituales y materiales has recibido, que te ha prometido la gloria de la felicidad eterna y te ha librado de la funesta preocupación [por las cosas] de este mundo corrupto? ¿Cómo va a dejar Dios de darte esos bienes tan insignificantes, pero tan necesarios para la vida?

Es lamentable que algunas religiosas [contemplativas] empleen todos sus sentidos, todo su amor y dedicación, noche y día, solo a obras y prácticas exteriores, y que pongan todo su empeño únicamente en acumular bienes temporales o en procurarse los necesarios, hilando o con cualquier otra labor externa, mientras esas ocupaciones inundan [su espíritu] de tantas imágenes y distracciones, que apenas pueden centrar su atención puramente en Dios o en sus corazones. Y si esas tareas que llevan entre manos les van bien, no sienten deseo alguno de buscar las realidades eternas, ni se cuidan de tender hacia el Origen del que han fluido. Así, estas desdichadas [monjas] pierden todo provecho espiritual por cosas

⁷⁰² Lc 13,11.

tan insignificantes y superficiales, como lo pierden los seculares por los asuntos tan importantes en que andan ocupados.

Nuestro Señor dice: «*Nadie puede servir a dos señores*», es decir, «*a Dios y al dinero*». Antes bien, «*buscad primero*», esto es, ante todo y por encima de todo, «*el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán*». Ha de notarse que no dice «se os darán», sino «se os añadirán», como queriendo decir: «no son dignas de ser llamadas dones». Así que, «se os añadirán».

Es difícil expresar y comprender con cuánta pasión se buscan y se aman cosas tan insignificantes y superficiales, abierta y ocultamente; cuánta solicitud se pone en ello, con cuánta avidez se desean y con qué celo se protegen. Por eso, vamos a omitirlo.

[La preocupación por las cosas terrenales]

3. El profeta [David] dice: «*Echa sobre el Señor tu preocupación y Él te sostendrá*»⁷⁰³. Y san Pedro: «*Echad sobre Él toda vuestra ansiedad, porque Él cuida de vosotros*»⁷⁰⁴.

La preocupación por las cosas terrenales acarrea a los hombres tres daños nada despreciables. El primero es que ofusca y ciega el intelecto y la razón. El segundo, que extingue el fuego del amor a Dios quitándole el fervor y la energía. El tercero, que obstruye y sofoca el camino interior a Dios, como una niebla espesa o un humo denso impiden la respiración del hombre. Estos son los efectos de la preocupación que tiene su origen en el pésimo vicio de la avaricia.

Por eso, hijos míos, mientras estáis en este tiempo de gracia, sacudíos de encima vuestras acciones y ocupaciones, y ante todo «*buscad el Reino de Dios y su justicia*», para hallarlo dentro de vosotros y [así podáis] descubrir dónde se esconde, casi sofocado en el fondo de vuestra alma. Pues es seguro que todo lo que descuidéis

⁷⁰³ Sal 55,23.

⁷⁰⁴ 1Pe 5,7.

en este tiempo debido a una preocupación excesiva por las realidades percederas, eso lo perderéis para toda la eternidad.

Pero para encontrar el Reino de Dios dentro de vosotros, tenéis que librar una lucha enconada y continua, un duro combate contra la carne, Satanás y el mundo. Si no extirpáis todos los vicios, y especialmente esa preocupación excesiva, no podréis encontrar el Reino de Dios. Y no es labor de un solo día. En efecto, lo que debe ser conquistado por la fuerza requiere un esfuerzo y una dedicación constantes, antes de que el hombre exterior sea absorbido por el amor a lo efímero y por esta preocupación externa.

Esto es así porque este vicio ha echado raíces tan profundas y ocultas en el fondo animal de la naturaleza [humana], que a esta la posee un deseo insaciable de buscar su interés en todo: en las palabras, en las obras, en los modos de actuar, en los favores, en la amistad y en las relaciones sociales. Esta detestable propensión de la naturaleza actúa tan disimuladamente en todo, que incluso en su trato con Dios le mueve el egoísmo, pues solo desea de Él consuelo, gusto, devoción sensible, luz y hasta experimentar el Reino de los Cielos mismo. No quiere servir a Dios si no es a cambio de una retribución.

Haz grandes obras y ejercítate en todo tipo de virtudes. Así conseguirás de Dios una gran recompensa. Y no estés preocupado por ella: basta con que no juzgues al prójimo y no te consideres mejor que los demás. Si no cumples estos dos principios, dudo que Dios vaya a premiarte.

[Buscar solo a Dios: la clave del Padrenuestro]

Asimismo, hijos míos, os exhorto a precaveros de esta oculta y sutil inclinación de la naturaleza, que os lleva a buscar en las buenas prácticas espirituales algún provecho material carente de toda importancia. Esto parece *simonía* [es decir, la compra o venta deliberada de cosas espirituales], lo cual es un pecado que la santa Iglesia condena enérgicamente porque es contrario a la justicia. Dios todopoderoso es el verdadero fin de todas las cosas y, en este caso,

estaríais poniendo un bien insignificante, temporal y caduco como fin último de vuestro obrar, en lugar de Dios.

Se nos manda buscar primero la justicia de Dios; pero [cuidado, porque,] esa actitud [, aplicada tal cual,] se opone diametralmente a [lo que es, propiamente,] la justicia de Dios. [Voy a explicaros el porqué.]

4. Amados hijos, vigilad muy atentamente este fondo en vosotros mismos y «*buscad –únicamente– el Reino de Dios y su justicia*», es decir, a Dios solo, que es en verdad el Reino que se da a todo siervo fiel. Este Reino lo deseamos cada día y lo cantamos todos en la oración del Padrenuestro. Ciertamente, es tanta la elevación de esta oración, tan inmenso su poder y copiosos sus beneficios, que vosotros mismos no sabéis qué estáis pidiendo. Dios es su propio Reino: en Él y por Él reinan todas las criaturas racionales. Por eso, lo que pedimos es a Dios mismo con toda su riqueza.

En este Reino, Dios se hace nuestro Padre, y aquí se ponen de manifiesto su fuerza paternal y su fidelidad, si encuentra en nosotros espacio para consumir su obra. Entonces, en verdad, su Nombre es santificado, engrandecido y reconocido en nosotros.

Dios es santificado en nosotros cuando le permitimos reinar y completar, sin obstáculo alguno, su obra en nuestra alma. Aquí se hace también «*su voluntad en la tierra como en el Cielo*», es decir, en nosotros como en Él mismo: en el Cielo que es Dios mismo. ¡Ah, cuántas veces, al recitar esta oración, nos proponemos abandonarnos a su beneplácito y al instante nos olvidamos de ello y no permanecemos firmes en nuestro propósito!

Pero, por muchas veces que caigamos [en la tentación], hemos de [levantarnos y] comenzar de nuevo, hemos de abandonarnos de nuevo a Él profundamente, y hemos de entregarnos a la voluntad del Padre en verdadero abandono, con plena confianza en su poder paternal, para el que nada es imposible, un poder que tantas veces hemos experimentado dentro de nosotros y que seguimos experimentando cada día y cada hora.

Pero ¿por qué no nos atrevemos a abandonarnos a Él? Hagámoslo, hijos míos, y busquemos «*su justicia*». Porque la justicia de Dios no abandona jamás a quienes lo buscan interiormente, a quienes se abandonan a Él, a quienes confían y se apoyan en Él. Dios reina, gobierna y ejerce su señorío en quienes lo siguen en verdadero abandono. A estos los libera de toda preocupación desordenada.

Pero esto no significa que Dios deba ser tentado. Al contrario, hay que disponer las cosas de una manera sabia y prudente, para ordenarlo todo como conviene a nosotros mismos y a nuestro prójimo, practicando la caridad común, para que todo se haga, cuando la situación así lo exija, de forma oportuna, discreta y razonable. Eso que buscamos en el *ocio santo* [es decir, disfrutando pasivamente de la presencia de Dios, recogidos en nuestro fondo] o [eso que buscamos cuando oramos] en una iglesia, eso mismo tenemos que buscarlo en nuestras ocupaciones externas, cuando comamos, bebamos, trabajemos, durmamos o estemos despiertos. En todas estas cosas hemos de buscar solo a Dios, no a nosotros mismos ni nuestro propio interés. En este mundo cambiante, [pasando] a través de las realidades temporales y creadas, olvidados de nosotros mismos y libres de todo apego, tenemos que dirigirnos a la Patria eterna, a nuestro Origen y Principio, a nuestro Dios, del que procedemos por creación.

[El sufrimiento de los hombres buenos]

Pero ¿cómo es posible afirmar que Dios no abandona a nadie que espera y confía en Él, cuando con tanta frecuencia permite que muchos hombres buenos y no pocos de sus amigos elegidos caigan en un estado grave de miseria y necesidad? Según el obispo [san] Alberto [Magno], Dios permite esto por tres razones.

La primera es para poner a prueba al hombre y constatar si verdaderamente se atreve a creer y a confiar en Él. Dios prueba a sus elegidos con diversas penalidades y con la pobreza para que aprendan a abandonarse y para que, cuando sean liberados por Él de esa situación, reconozcan su amor, su fidelidad, su ayuda. Con

esto, ellos se inflaman en amor y agradecimiento a Dios, y se sienten más cerca de Él y más amados.

La segunda, para disminuir las penas del purgatorio.

La tercera, para juzgar más severamente a aquellos que [haciendo uso de sus propias capacidades] podrían poner remedio a esta miseria y a ese estado de necesidad, y [, sin embargo,] no lo hacen.

[La vivencia del Reino de Dios en el fondo del alma: la unión con Dios]

5. Así pues, amados hijos, «*primero, buscad el Reino de Dios*», es decir, solo a Dios, y ninguna otra cosa. Pues, cuando el amor y el apego a lo creado se extinguen por completo, entonces «*se hace la voluntad*» de Dios «*en el Cielo como en la tierra*», como Dios Padre ha querido eternamente en el Cielo, es decir, en su Hijo amado.

Este Rey eterno e inmortal se sienta glorioso en su trono real, y camina, gobierna, ejerce su dominio y controla el timón del Reino en el hombre. Ese Reino tiene su lugar propio en el fondo íntimo del alma.

Cuando el hombre, ejercitándose con toda aplicación, atrae su hombre exterior hacia su hombre interior y racional, y entonces uno y otro, es decir, las facultades sensitivas y las racionales, todas se trasvasan al hombre [más⁷⁰⁵] interior, al misterio del espíritu, donde está la verdadera Imagen de Dios, entonces aquí todas juntas se lanzan hacia el Abismo divino, en el que el hombre existía eternamente antes de su creación.

Cuando Dios ve al hombre vuelto hacia Él con tanta pureza y desnudez, inmediatamente el Abismo divino *se inclina y desciende* a ese fondo purificado que viene hacia Él, [después] *transforma* ese fondo creado y [a continuación,] en virtud de tal transformación, lo

⁷⁰⁵ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

atrae al Ser increado. [Entonces,] el espíritu del hombre, en ese instante, *se hace uno* con Dios.

Hijos míos, si el hombre pudiera contemplarse en ese estado, se vería dotado de tanta nobleza que creería ser Dios. Admitido en este Reino, en esa nobleza –si ello fuera posible en esta vida–, se vería cien mil veces más noble de lo que realmente es, y conocería perfectamente todos los pensamientos, intenciones, palabras, obras y modos de ser, los suyos y los de todos los hombres. Y quedaría completamente liberado de toda vana preocupación.

Hijos míos, este es el «Reino» que [nos dice el Señor que] debemos buscar por encima de todo, como también «*su justicia*». Debemos establecer este Reino como meta y fin de todas nuestras acciones, sin mezcla de cualquier otro interés, y apoyarnos en él con plena confianza.

Así como el amor a Dios nunca es excesivo, tampoco es excesiva la confianza en Él, si esta confianza tiene su justa medida: así [el hombre] podrá echar *toda su preocupación* en Dios, como Cristo mismo ha enseñado.

6. Sin embargo, san Pablo ha dicho: «*Sed solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*»⁷⁰⁶. Amados hijos, la paz que se experimenta en la unidad del Espíritu bien merece nuestra solicitud, pues en esta paz se encuentra todo lo que acabamos de decir: en ella se manifiesta el Reino de Dios y se descubre su justicia. El hombre no debe dejarse arrebatar esta paz por nada, ocurra lo que ocurra, sea dañino o provechoso, honorable o deshonroso. En toda circunstancia, el hombre interior debe mantenerse constante en la verdadera paz y en el vínculo de la paz, es decir, en el amor mutuo e indiviso por el que ama al prójimo como a sí mismo⁷⁰⁷.

⁷⁰⁶ Ef 4,3.

⁷⁰⁷ Cf. Mt 22,39.

[La renuncia y el abandono]

Poned ante vuestros ojos el amoroso ejemplo de nuestro Señor Jesucristo y contemplad la obra de su Amor, que le llevó a sufrir más que todos los santos, incluso más de lo que han sufrido todos los hombres en este mundo. Vivió sobre la tierra privado de todo consuelo, como jamás ningún hombre lo ha estado, y murió de la muerte más cruel que nadie haya experimentado jamás. Sin embargo, sus facultades superiores [o incorpóreas⁷⁰⁸] gozaban entonces de la misma beatitud que poseen ahora.

En verdad, todos los que imitan al Señor por este camino, renunciando a todo consuelo exterior, en una verdadera pobreza y desolación interior, sin buscar ningún apoyo de fuera, conservándose inmunes y desnudos de todo apego a las realidades temporales, estos llegan, por el camino más puro y elevado, [a la perfección espiritual,] donde se descubre y se encuentra el Reino de Dios. Pues su justicia ha decretado que el Reino sea hallado siguiendo las mismísimas huellas del Salvador, es decir, en un verdadero y confiado abandono, en la desolación interior y exterior, en la pobreza y la indigencia espiritual.

Para que todos busquemos el Reino de Dios y podamos encontrarlo verdaderamente, es necesario que renunciemos a nosotros mismos y nos sacudamos de encima todo cuidado y toda preocupación extraña [a Dios]. Pues el Señor dijo: «*El que pierda su vida [por Mí], la salvará*»⁷⁰⁹. Estas palabras se cumplen en el desprendimiento de todo apego y en la verdadera renuncia interior y exterior.

Que aquel que, por puro Amor, se entregó por nosotros, nuestro Señor Jesucristo, tenga a bien concedérselo. Que él sea bendito por los siglos de los siglos. Amén.

⁷⁰⁸ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 13.

⁷⁰⁹ Mt 10,39.

**63. SERMÓN PARA EL DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

EL DOMINIO DEL HOMBRE INTERIOR SOBRE EL HOMBRE EXTERIOR

(V. 67, sobre Ef 3,14-19)

*«Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo»
(Ef 3,14)*

1. Antes de comentar la lectura de hoy, hijos míos, me complace leerla entera:

«Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones [que sufro] por vosotros, las cuales son vuestra gloria. Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda paternidad en los Cielos y en la tierra, para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos por medio de su Espíritu en el hombre interior; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y podáis conocer también el Amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento, para que seáis llenados de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea la gloria en la Iglesia en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén»⁷¹⁰.

[La indiferencia de ánimo]

Estas palabras del Apóstol están cargadas de abundante significado, de manera que no hace falta consultar otros libros para

⁷¹⁰ Ef 3,13-21.

comentarlas⁷¹¹. El Apóstol se hallaba en prisión mientras escribía esta carta y exhorta a sus amigos a que no desfallezcan en sus tribulaciones. A mí me ocurriría lo mismo: si estuviera prisionero, mis amigos más íntimos sufrirían mucho y yo me afligiría por su dolor. Así, mi sufrimiento sería doble. Sin embargo, el hecho de que les doliera mi desgracia no aumentaría un ápice mi amor por ellos.

En su cautividad, el Apóstol señalaba a sus amigos el camino del abandono, enseñándoles que no debían entristecerse por nada. Pues algunos hombres se afligen más por las desgracias de sus amigos que por las propias, y creen que esto les excusa. Pero se equivocan, puesto que todo debe dejarse en manos de Dios. Por eso, el Apóstol quería que en toda circunstancia se mantuvieran plenamente abandonados. En efecto, el verdadero abandono nos hace capaces de recibir todos los dones, virtudes, nacimientos, carismas y bienes que Dios jamás haya concedido o vaya a conceder.

San Pablo quería que ellos estuvieran libres de toda tristeza y abatimiento. ¿Por qué? Porque la tristeza es un gran obstáculo para el hombre: sofoca la vida, oscurece la luz y apaga el fuego del amor a Dios. Por este motivo, en otro lugar hace la siguiente exhortación: «*Alegraos en el Señor siempre; insisto: alegraos*»⁷¹².

2. Después, dice: «*Doblo mis rodillas*». Se refiere a las rodillas interiores, no a las exteriores. La interioridad del hombre es incomparablemente más ancha, elevada y profunda que la exterioridad. Las piernas son nuestro sostén exterior. Pero el hombre debe inclinar y humillar todo su poder y todo su ser bajo la mano poderosa y la fuerza de Dios, y reconocer profundamente la nada de su naturaleza y la nada de su pecado. Somos nada por naturaleza, y nuestra inclinación al pecado nos reduce, asimismo, a la nada. Con nuestra doble nada debemos echarnos humildemente a los pies del Señor.

Pero, al mismo tiempo, esa genuflexión nos enseña a practicar la verdadera obediencia y el *abandono* total en Dios; [la pasividad

⁷¹¹ Es decir, consultar comentarios a esa lectura.

⁷¹² Fil 4,4.

y⁷¹³] la *desnudez interior*; y la virtud [del *desapego*] que hace posible que no nos atribuyamos los dones de Dios. Estas tres virtudes son como hermanas vestidas con el hábito de la humildad.

En consecuencia, el hombre debe mantenerse en un equilibrio perfecto, en la indiferencia de ánimo, ante cualquier acontecimiento, sea adverso o favorable, tanto en la pobreza como en la abundancia, en la tormenta como en la bonanza, y pensar que todo procede no de las criaturas, sino de la mano de Dios.

[Las tres dimensiones de la persona]

Todo hombre, como recuerdo haber dicho ya en otro lugar, lleva en sí como tres hombres: el *exterior o animal*, el *racional* y el *espiritual*⁷¹⁴.

El primero, el *hombre animal o exterior*, debe ser empujado, en la medida de lo posible, hacia el abandono, y ha de ser introducido en el *hombre interior o racional*, para conseguir que actúe no a impulsos de la sensualidad, sino bajo el gobierno de la razón, y así evite la inclinación al mundo exterior.

El segundo, el *hombre racional*, tiene que llegar a un verdadero y libre abandono y renunciar a atribuirse sus obras a sí mismo. Para ello ha de permanecer siempre en su pura nada, permitir que Dios sea su Señor y el de todas las criaturas, y someterse a Él con toda humildad.

Cuando esto sucede, el tercer hombre [el *espiritual*] se eleva completamente a Dios y es liberado de todo obstáculo, y, de esta forma, puede volver libremente a su Origen, en el que existía eternamente en su estado de no creado. Allí se despoja de toda forma e imagen, en verdadera desnudez [y pasividad⁷¹⁵]. Entonces

⁷¹³ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

⁷¹⁴ Esta división tripartita del hombre se corresponde con la antropología paulina, que habla de cuerpo, alma y espíritu (cf. 1Tes 5,23).

⁷¹⁵ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

Dios le da, «según las riquezas de su gloria»⁷¹⁶, dones tan abundantes que, con ellos, todas sus facultades –inferiores [o corpóreas], medias y superiores [o incorpóreas⁷¹⁷]– se enriquecen y se fortalecen experiencial y gozosamente. A esto se refiere el Apóstol cuando dice: «Para que os dé según las riquezas de su gloria». En efecto, el Espíritu Santo fortalece al hombre interior con las virtudes y Cristo habita, por la fe, en su corazón⁷¹⁸.

Esta es la fe que todos profesan [*exteriormente*] con la boca, cuando dicen: «Creo en Dios Padre todopoderoso». En cambio, el *hombre interior* experimenta y gusta esta misma fe de una forma mucho más elevada. Es como si un niño de seis años pronunciara el credo y un maestro de París recitara lo mismo: aunque en el credo que ambos recitarían no habría ninguna diferencia, uno y otro lo entenderían de una forma muy distinta. Igualmente, el *hombre interior* tiene una fe iluminada y la comprende de una forma clara y distinta. Pero el tercer hombre, el *hombre [espiritual,] superior y oculto*, tiene esa misma fe, [aunque la tiene] por encima de la luz [racional], y de las formas y de las imágenes [sensitivas], [la tiene estando sumergido en la Tiniebla divina,] en una oscuridad sin distinción, en una simplicidad absoluta.

3. [En definitiva, el *hombre espiritual*] tiene una fe saboreada, experimentada, gustada.

[El hombre espiritual disfruta de la dulzura del amor de Cristo]

San Pablo dice: que Cristo habite «por la fe en vuestros corazones». En latín «Cristo» significa *Ungido* [con un unguento]. Y Dios todopoderoso, cuando encuentra el fondo del hombre preparado y receptivo, destila en él este noble unguento que es Cristo, quien llena [ese fondo] de una dulzura y de una paz tan

⁷¹⁶ Ef 3,16.

⁷¹⁷ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

⁷¹⁸ Cf. Ef 3,17.

grandes, que tales hombres ya no son capaces de experimentar ninguna dureza.

Cuando el hombre posee las virtudes [antes citadas] del abandono, la desnudez interior y el desapego de los dones de Dios, Cristo hace fluir en él ininterrumpidamente este suave unguento, hace su fondo tan dulce y apacible que, si dicho hombre pudiera hacerse unguento, desearía ardientemente derramarse en todos los corazones. Su amor se extiende y se dilata tanto que lo abraza todo y desea intensamente salvar a todos los hombres, como el santo Apóstol, que se había hecho judío para los judíos, a fin de ganarse a los judíos; y como si él estuviera sin Ley para los que estaban sin Ley, para ganarlos. [Es decir,] se había hecho todo para todos, para salvarlos a todos⁷¹⁹. Como hacía nuestro Señor, que comía con publicanos y tenía trato frecuente con ellos⁷²⁰. Así pues, el suave bálsamo [o unguento] de Cristo empapa y penetra [ese fondo] con un dulce amor universal.

[Experimentar la «anchura», la «longitud», la «profundidad» y la «altura» de Dios]

4. Después, el Apóstol añade: *«enraizados y cimentados en el amor»*⁷²¹. Hijos míos, haced todo lo posible por estar enraizados y cimentados en el amor. Pues un árbol, cuanto más profundamente echa sus raíces en la tierra, tanto más estable se mantiene y con más fuerza crece, extendiendo sus exuberantes ramas en derredor. Pero ahora, lamentablemente, ¡cuántos árboles de bella apariencia exterior son derribados por la furia de vientos tempestuosos! Como dijo el Señor: *«Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz»*⁷²². En consecuencia, procurad estar enraizados y

⁷¹⁹ Cf. 1Cor 9,20-21.

⁷²⁰ Cf. Mc 2,16.

⁷²¹ Ef 3,17.

⁷²² Mt 15,13.

cimentados en el amor. Y sigue: «*Para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad*»⁷²³.

La «anchura» de Dios significa que el hombre debe ser consciente de su presencia en todo lugar, en toda práctica, en toda obra. Por eso dice san Agustín: «Hombre, no puedes huir de la presencia de Dios. Si huyes de Él cuando tiene un rostro amoroso, lo encontrarás [entonces] como Juez airado y severo». Esta anchura no tiene límites en Dios. En nosotros, [esta anchura] representa el *amor universal* a todos.

En estos tiempos corrompidos⁷²⁴, este amor se ha enfriado e incluso extinguido en muchos [corazones]. Se ha reducido de tal manera, que cada uno ama solo a su hermano, a su Congregación, a su convento, a sus amigos y parientes, y solo a ellos les desea el bien. Pero no ha de ser así. [Por el contrario,] el amor debe ser universal, hacia todos y cada uno, y debe llegar hasta los confines del mundo, pues el amor universal lo abarca todo. Poder darse a todos los hombres: este es el deseo más profundo del amor universal.

Leemos de nuestro padre santo Domingo que quiso venderse para rescatar a cierto cautivo y aliviar su penuria. Así, con el dinero de su propia venta socorría a los necesitados⁷²⁵. También nosotros debemos siempre obrar con amor universal, sin excluir a nadie, sino abrazándolo todo, dispuestos a hacer el bien a todos, si ello fuera posible.

La «longitud» significa que debemos recoger nos en el ahora de la eternidad, donde no hay un antes ni un después, donde todo es inmutable, donde todos los santos y bienaventurados, en una eternidad plena de felicidad, aman, conocen y gozan de lo mismo

⁷²³ Ef 3,18.

⁷²⁴ Muy probablemente, Taulero habla de la grave crisis social y religiosa provocada por la peste negra, que había asolado Europa unos años antes. Ver nota 178.

⁷²⁵ Cf. JORDAN DE SAJONIA, Orígenes de la Orden de Predicadores (Libellus), n. 35.

que goza Dios. Nosotros debemos colaborar con ellos y caminar amorosamente a su lado, en acción y contemplación incesantes, en cuanto es posible en esta vida.

La «profundidad» que hay en Dios es un Abismo tan profundo [e impensable] que ningún intelecto creado puede penetrarlo; ni siquiera el alma [humana] de nuestro Señor, aunque santísima, puede tocar su Fondo. [Esa profundidad de Dios] no puede ser comprendida más que por ella misma. El hombre debe perseguirla y salir a su encuentro con la profundidad de su propio anonadamiento sin límite⁷²⁶.

Esto lo hacen los *perfectos*, a quienes les parecería muy justo y conveniente poder llegar a convertirse en una purísima nada, sentimiento que procede del profundo conocimiento de sí mismos. Estos caminan entre pecadores ciegos y perdidos, y se compadecen de su ceguera con una empatía admirable y con una pena sensible.

La profundidad abisal de los perfectos los arrastra hasta el abismo del infierno. [Digo esto porque,] tan abismados están en su propia nada, que si Dios hubiera dispuesto que cuantos están prisioneros en el infierno fueran eximidos de sus penas y estas las asumieran los perfectos por entero, lo harían por amor, de muy buen grado. Pero nadie debe intentar hacer esto, ni siquiera pensarlo en la oración, pues sería contrario al orden divino. Pero los perfectos están embriagados del amor a Dios y de una profunda humildad. Algo parecido leemos de Moisés, que suplicó que se perdonara al pueblo su culpa y que a él se le borrara del libro de la vida⁷²⁷. Esta profundidad tiene su Origen en el Abismo de la inmensa profundidad de Dios, que es incomprensible para la inteligencia de los ángeles y de los hombres.

5. Luego viene la «altura». ¿Quién podría explicar lo que no tiene comparación? Es tanta la altura de Dios que, aun siendo todopoderoso, no podría crear una criatura tal que, aunque superara

⁷²⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio, en lugar de «anonadamiento sin límite» dice «nada infinita».

⁷²⁷ Cf. Ex 32,32.

en nobleza a querubines y serafines, pudiera llegar a comprender plenamente, por medio de su propia naturaleza [es decir, usando su inteligencia], la altura de Dios. Esa criatura, aunque estuviera dotada de la máxima excelencia, comparada con la altura divina, no sería sino una nada abisal. ¿Por qué? Porque sería creada. Dios, en cambio, es increado.

Los perfectos persiguen esta altura del modo siguiente: con un agradecimiento y una benevolencia que rebosa toda medida, elevan su espíritu por encima de todas las cosas, donde Dios se les hace tan inmenso que todo lo que no es Dios les parece pequeño o nada. De ello canta el salmista: «*El hombre llegará a lo profundo de su corazón y Dios será exaltado*»⁷²⁸. Por tanto, quien considera grande y elevado algo que está por debajo de Dios, para él Dios no es ni grande ni elevado. Pero, quien puede experimentar [de algún modo] la altura de Dios, eleva su espíritu de tal manera en el amor, el agradecimiento y el sentimiento de la inmensa dignidad de Dios, que ninguna de las cosas que están por debajo de Dios le sabe bien. Todo lo creado es tan inferior a Dios como una pura nada comparada con el ser perfecto de un ángel, de un espíritu o de cualquier otra cosa que Dios pueda crear.

Esta altura del Ser noble y trascendente, eleva el espíritu del hombre tan por encima de sí mismo, por la virtud del amor, la alabanza y el agradecimiento, que todas las alabanzas del mundo le parecen insuficientes, tanto las propias como las de todas las criaturas y todos los ángeles. Y cuando experimenta todo eso con un deseo pleno de amor, se eleva sobre todo y lo trasciende alabando a Dios.

Así como de un montón de carbón se hace un gran fuego, y [entonces] una llama luminosa, surgiendo del propio carbón, se eleva por encima de él y de todas las cosas por la fuerza de su naturaleza, así el espíritu del hombre debe pasar por encima de los pensamientos, las imaginaciones y las actividades de sus facultades

⁷²⁸ Sal 63,7.11 (Vulgata). En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice: «*El hombre se elevará a lo más alto de su corazón*».

inferiores y superiores, y [asimismo] debe elevarse sobre sus capacidades y sus actividades, las propias y las de todas las criaturas, hasta la altura de la Divinidad trascendente.

Algo semejante ocurrió a una mujer casada que conocí personalmente. Mientras su espíritu se elevaba hacia lo alto, le fue mostrado su propio fondo, que aparecía ante sus ojos en una inefable luminosidad, en una altura inabarcable, carente de límites; en una longitud y anchura infinitas; y en una profundidad abisal. Así se llega a lo que dice el Apóstol: «*A fin de que seáis capaces de comprender con todos los santos, cuál es la longitud, la anchura, la altura y la profundidad*».

[La correcta preparación de nuestro fondo del alma]

6. Quienes llegan hasta aquí sin haberse ejercitado convenientemente en las tres virtudes, antes mencionadas, del abandono, la desnudez interior y el desapego de los dones de Dios, revestidas las tres de una profunda humildad y morando en el claustro del amor, esos caen irremediablemente en el abismo [de la mediocridad espiritual]. Pero los que han llegado a este estado con la práctica de tales virtudes, perseveran estables. Sin embargo, si caen de este estado y se privan de un bien tan grande, eso habrá que achacarlo solo a su espíritu de presunción o de apropiación.

Así [, con la práctica de las tres virtudes antes mencionadas,] nace la gracia [divina en el fondo del alma humana], y esparce su simiente en este fondo, como está escrito: «*Venid a Mí los que me deseáis y saciaos de mis frutos*»⁷²⁹. Ciertamente, [en este camino espiritual] todas las cosas creadas deben ser trascendidas. Si bien esta gracia⁷³⁰ se les muestra a algunos hombres, pero sin nacer en ellos, quien orienta sus prácticas exteriores e interiores hacia el

⁷²⁹ Eclo 24,19.

⁷³⁰ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio, en lugar de «gracia» dice «generación».

verdadero abandono, en él podrá realizarse [el nacimiento de] esta gracia, si ha seguido el camino de manera correcta.

Hijos míos, os confieso que he encontrado algo de este fondo en algunos jóvenes; en cambio, en algunos ancianos se ha secado por completo. ¿Por qué? Porque están demasiado apegados a sus ideas, a sus normas de vida y a sus viejas costumbres, y son proclives a juzgar a los demás con dureza.

Esto sucede porque les falta un fondo de amorosa *dulzura*. La dulzura es interiormente muy útil a este fondo y más eficaz que el abandono, que mira sobre todo al hombre exterior.

Este fondo interior debe necesariamente permanecer escondido en todos aquellos que persisten en obrar en su hombre exterior y sensible, pues este es demasiado rudo y tosco como para poder llegar a este fondo noble y abisal. ¡Cuántos hay que se creen llegados a una elevada perfección y [, sin embargo,] aún no conocen siquiera el grado más bajo de su hombre interior! Estas personas, cuando Dios las atrae hacia su interior y las invita al abandono y a la desnudez interior, rechazan [ese ofrecimiento] con todas sus fuerzas, como si viniera del mismo demonio, y se aferran a sus formas de vida, a sus planes, a su falta de abandono y de desapego. Con razón podríamos compararlos a una plaga infecta. Pues, así como esta destruye los frutos de la tierra, aquellas personas corrompen todos los frutos que están por nacer.

Por muy alto que vueles, si no tienes como compañeras a las tres virtudes hermanas antes mencionadas, no darás ningún fruto. Entretanto, el espíritu maligno explora astutamente el terreno [de tu alma] por si pudiera encontrar algo que le pertenezca. Y donde te descubre inclinado hacia el mundo exterior y apegado a los dones de Dios [y no al propio Dios], allí se hace fuerte y tu ruina está próxima.

[El dominio del hombre interior sobre el hombre exterior]

Pero ¿para qué hablar más sobre este modo de vida tan noble ante aquellos que no quieren renunciar a parloteos inútiles y a la

multiplicidad de obras exteriores, que recitan un sinfín de oraciones vocales y descuidan lo más valioso? Vosotros, hijos míos, en cuanto a las vigiliat que llaman «de los muertos», recitad una *vocalmente*, con una buena disposición, y dos *interiormente*, con un espíritu amoroso y recogido.

7. [Estad] seguros de que el coloquio interior nunca será excesivo. ¡No consintáis que nadie os aparte de la oración interior! Así podréis sujetar todo vuestro hombre interior a Dios.

En cuanto al hombre exterior, sometedlo a todas las criaturas, en lo que es lícito y honesto, con profunda humildad. El hombre exterior, como un esclavo atento a las órdenes de su señor, debe permanecer constante a la escucha de lo que quiere de él el hombre interior, al que satisfará prontamente en todas sus prácticas y obras, sin hacer nada según su propio gusto.

Pero, por desgracia, no actúan así quienes obran únicamente con su hombre exterior, siguiendo un criterio puramente sensible, y arrastran con su ejemplo a otros que gustan de parlotear demasiado.

Pero vosotros, hijos míos, guardad silencio, huid, recogeos, sed pasivos. En verdad, si os revestís de las virtudes, antes mencionadas, del abandono, la desnudez interior y el desapego de los dones de Dios, aunque estuvierais enredados cada día en todos los negocios y ocupaciones del mundo, esa [actividad] no podría causaros daño alguno siempre que vuestro cuerpo fuera lo suficientemente fuerte para resistirlo. En caso contrario, tendríais que dejarlo.

Hijos míos, cuando yo encuentro a una persona dotada con este fondo verdadero, yo le aconsejo como Dios mismo me da a entender, sin importarme que se viertan contra mí cuantas críticas y reproches quieran.

En este sentido, no puedo dejar de alabar a nuestras monjas [dominicas], las cuales, si ven que una de sus hermanas quiere recogerse en este fondo [verdadero], se alegran y le dejan el tiempo que necesite. Y es lo justo, pues este ejercicio es muy superior a toda

práctica exterior y es una ocupación muy santa, inspirada por el Espíritu Santo.

Por todo ello, os exhorto a que perseveréis en este claustro de las [tres] virtudes antedichas, poniéndoos en guardia, cuanto podáis, frente a la «hermanastra», la que se apropia de los dones de Dios, y frente al amor egoísta, al que hay que decapitar de raíz. Este amor dañino busca siempre su propio interés; por eso, cuando asiste a los sermones y recibe el venerable Sacramento [de la Eucaristía, lo hace egoístamente:] para obtener algo que sea exclusivamente suyo [sin pensar en el bien común]. «*El que tenga oídos para oír, que oiga*»⁷³¹.

[El abandono de Cristo en la Cruz]

8. Más adelante, el Apóstol añade: «*Para conocer también la supereminente caridad de la ciencia de Cristo*»⁷³². ¿Cuál es esta ciencia de Cristo sino la que burla la astucia del diablo y lo vence al afrontar una muerte cruel y deshonrosa, como ningún hombre ha experimentado jamás, y liberarnos y redimirnos por ella?

Cristo, cuando [en el momento de su muerte] era el más abandonado de todos los hombres, fue el más grato al Padre, sobre todo al gritar: «*¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*»⁷³³. En verdad, su abandono fue mayor y más doloroso que el que ningún santo haya sufrido jamás. Esta renuncia ya empezó a experimentarla con el sudor de sangre en el Monte de los Olivos⁷³⁴. Sin embargo, en aquel instante gozaba, según sus facultades

⁷³¹ Mt 13,9.

⁷³² Ef 3,19. En latín: *Scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi*. Surio lee *scientiae* como genitivo, aunque la interpretación correcta, a tenor del criterio de la mayoría de los exégetas, es entenderlo como un dativo dependiente de *supereminentem*: «que trasciende (toda) ciencia / conocimiento». San Juan de la Cruz interpreta este versículo de Efesios en el mismo sentido que Surio (cf. *Cántico espiritual* B,36).

⁷³³ Mt 27,46.

⁷³⁴ Cf. Lc 22,44.

superiores, de su Divinidad, como la goza ahora, [Divinidad] que es Él mismo.

Esta es, hijos míos, la ciencia de Cristo, que es superior a todas las ciencias: que el hombre permanezca exterior e interiormente abandonado y privado de todo consuelo y apoyo, y persevere constante en ese estado, como nuestro Señor, que estuvo desprovisto de toda ayuda y consuelo.

Quien se mantiene en ese estado de renuncia, desposeído verdaderamente de todo consuelo, complace más al Padre celestial y le es especialmente grato. En este hombre, Dios todopoderoso reina y gobierna, y en el fondo de tal hombre interior nace una Paz esencial. Esta Paz concedida por Dios no la pueden arrebatarse ni perturbar ni los ángeles, ni los hombres, ni los demonios.

El hombre exterior, sin embargo, debe estar siempre bajo control, sometido y sujeto, puesto bajo sospecha, sin que se le crea fácilmente ni se confíe en él. Debe estar siempre, insisto, sometido con el fin de evitar que se convierta en un obstáculo para el hombre interior, y ello en todas las cosas, pero especialmente en sus deseos sensibles. Pues mientras vivimos en este mundo es difícil que podamos estar sin placer, pero este debe ser moderado con tal discreción que solo se busque el placer en Dios o por causa de Dios.

Entretanto, debemos implorar el auxilio divino. Pues, sin duda alguna, el Señor fortalecerá con su poder a quienes le invocan íntima y sinceramente, los iluminará con su sabiduría y los empapará con su bondad.

El Señor nos conceda seguir fielmente los saludables consejos del Apóstol, para que podamos alcanzar esencialmente la verdad, para alabanza y gloria suya. Amén.

64. SERMÓN PARA LA FIESTA DE SAN MATEO

EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

(V. 55, sobre Mt 9,9)

«*Sígueme. Y, dejándolo todo, lo siguió*» (Mt 9,9)

[Seguir a Cristo desde el interior del fondo del alma]

1. Mateo, este amable apóstol y evangelista, cuya fiesta celebramos hoy, fue un ejemplo para todos los hombres. Según escribe de sí mismo, primero fue un gran pecador, pero después se convirtió en uno de los más grandes amigos de Dios. En efecto, el Señor le habló en su fondo y, entonces, dejándolo todo, siguió a su Señor que lo llamaba.

Esto es lo más importante de todo: seguir al Señor en la verdad. Este seguimiento exige dejar a un lado todo lo que no es Dios y todo apego que el hombre encuentre en su fondo interior, sea el hombre mismo, sea algo suyo. Dios ama los corazones y no da importancia a las cosas exteriores. Solo quiere del hombre interior una devoción viva y un amor que lo busque intensamente, una voluntad resuelta e inclinada hacia todo lo divino y virtuoso.

Quien posee esa devoción tiene en sí más verdad que si él solo pronunciara todas las oraciones vocales del mundo entero, o salmodiara con voz tan elevada que llegara hasta el Cielo. Cualquier otra obra exterior –como ayunos, vigiliias y otras prácticas por el estilo–, aun siendo en sí algo bueno, no agradaría a Dios si, junto con ella, [el hombre] no le entrega también el corazón.

2. El Señor dijo: «*Sígueme*». El hombre sigue al Señor por medio de seis virtudes. Tres de ellas están situadas en las facultades

inferiores [o corpóreas] y tres en las superiores [o incorpóreas⁷³⁵]. En las inferiores están la *humildad*, la *dulzura* y la *paciencia*; las otras tres están muy por encima de todas las facultades, y son la *fe*, la *esperanza* y la *caridad*.

Así pues, dijo el Señor: «*Sígueme*». En un primer modo, seguimos al Señor imitando los nobles ejemplos de su humanidad, consagrándonos interiormente a pensamientos y deseos santos, dando gracias y alabando [a Dios].

Pero también podemos seguirlo por un camino más directo, prescindiendo de toda mediación, sin pensamientos ni deseos, sino con un interior silenciado, abandonado, sosegado, con el espíritu orientado a Dios, esperando a que Él obre en nosotros como Él quiera: en el modo más puro y elevado que le plazca.

3. Ciertamente, hay quienes se complacen sobremanera en las prácticas exteriores y se dedican a ellas con enorme entusiasmo. Pero cuanto más placer y satisfacción experimentan en tales ejercicios, tanto menos agradan a Dios. Ese placer podría llegar a ser tan grande que desagradara profundamente a Dios, quien daría la espalda a tales devociones al comprobar que en ellas esas personas se buscan a sí mismas antes que a Él. Esto sucede porque el hombre realiza sus obras por propia iniciativa, con espíritu de apropiación y presunción, cuando todos los bienes pertenecen únicamente a Dios y, de ellos, ni siquiera un pelo ha de atribuirse al hombre.

Quizá alguien pregunte cómo puede separarse el placer del bien. Escuchad una comparación. En la antigua Ley estaba prohibido que los sacerdotes comieran la grasa de la víctima ofrecida [en sacrificio], pues debían quemarla y ofrecerla a Dios. La grasa del interior de la carne que les era lícito comer, esa la tomaban como alimento⁷³⁶. Para nosotros, esto significa que todo placer que pueda experimentarse en las prácticas y actos [exteriores] de virtud debe ser quemado en el fuego del amor e inmolado de nuevo a Dios, a quien en verdad pertenece, sin espíritu alguno de apropiación,

⁷³⁵ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

⁷³⁶ Cf. Lev 3,9-16.

presunción y reivindicación. Pero el placer connatural a las buenas obras puede experimentarse lícitamente con simplicidad y desapego [en nuestro interior].

[Seguir a Cristo con un total abandono]

4. Consideremos ahora la palabra «sígueme», por la que san Mateo lo dejó todo para seguir al Señor. Cuando el hombre lo ha dejado todo e incluso a sí mismo, con su hombre exterior debe seguir a Dios por encima de todas las cosas, por medio del ejercicio de las virtudes y el amor universal, en un verdadero abandono de sí en todas las circunstancias, tal como se presenten y como Dios determine que le sucedan, sea interior o exteriormente.

Para que lo entendáis mejor, os contaré algo personal, pero que podría decirse de cualquier otra persona. Por la gracia de Dios, he recibido de la Iglesia este estado religioso en que vivo. Asimismo, [he recibido] este hábito mío y la vestimenta con que me cubro, mi sacerdocio y la tarea de enseñar y confesar. Pero si el Sumo Pontífice y la santa Iglesia, de quienes he recibido todo eso, quisieran retirármelo, si en verdad soy una persona abandonada, debería abandonarlo todo de buen grado y no andar preguntando por qué me lo retiran, y tomar, si ello me fuera posible, un hábito gris⁷³⁷. Y si además me ordenaran que nunca más volviera a vivir en el convento entre mis hermanos, debería marcharme; y si me mandaran que dejara el sacerdocio, no escuchara confesiones ni predicara, debería aceptarlo con la mejor disposición de ánimo. Ellos me concedieron esas cosas, así que no hay duda de que pueden quitármelas. Y yo no tendría derecho a preguntar por qué lo hacen. Y no querría yo ser tachado de hereje ni sufrir una sentencia de excomunión.

⁷³⁷ Quizás se refiere Taulero al hábito que, por entonces, en los conventos dominicanos de Alemania usaban los hermanos donados, que no eran religiosos, sino seglares que hacían votos privados y vivían en los conventos realizando trabajos manuales.

Mas si otra persona quisiera arrebatarme esas cosas o alguna de ellas, si soy un hombre verdaderamente abandonado, debería elegir la muerte antes que permitirlo. [Pero, como ya he dicho,] si la santa Iglesia quisiera privarme del uso *exterior* de los sacramentos⁷³⁸, yo debería aceptarlo con abandono. Sin embargo, nadie puede prohibirme la comunión espiritual [o *interior*]. [En efecto,] la Iglesia [solo] nos puede quitar lo que ella nos ha dado. A este respecto, si algo tal sucediera, deberíamos aceptarlo con espíritu de abandono, sin murmuración o queja alguna.

[Seguir a Cristo por la senda estrecha de la perfección espiritual]

5. Lo dicho hasta aquí se refiere al hombre exterior; pero en el hombre interior ha de cumplirse en mayor medida. Pues ¿qué tenemos que no hayamos recibido de Dios?⁷³⁹ Por esa razón, todos los dones que Él nos ha concedido debemos dejarlos en un perfecto abandono, como si nunca los hubiésemos recibido [pues nuestro fondo debe estar ocupado solo por Dios].

Lo que voy a decir ahora no tiene que ver con vosotros, que alimentáis vuestra piedad con santas imágenes y pensamientos, con prácticas devocionales y obras exteriores. Nada os atañe y no penséis que lo digo por vosotros, pues solo me dirijo a ciertas personas especiales que [debido a su alto grado de maduración espiritual] deben seguir caminos «oscuros» y sendas estrechas. Y esto no es para todos.

Estos deben pisar un camino muy distinto del que siguen aquellos de quienes hemos hablado hasta aquí, en cuanto a la forma de poseer las cosas. En efecto, deben hacer unas y evitar otras. Han

⁷³⁸ Parece que Taulero habla del «entredicho» o «interdicto», un castigo por medio del cual la Iglesia, entre otras cosas, prohibía la recepción de los sacramentos a los fieles. De hecho, la ciudad de Estrasburgo fue castigada con un entredicho hacia los años 1324 a 1343 y eso provocó que Taulero y otros dominicos de esa ciudad se trasladaran al norte de Suiza. Taulero regresó a Estrasburgo hacia el año 1347.

⁷³⁹ Cf. 1Cor 4,7.

de retener las cosas en las facultades, pero sin espíritu alguno de apropiación. Por encima de las facultades no deben tener nada, ni siquiera el sentimiento de posesión. La naturaleza del hombre es proclive al deseo de *tener, saber y querer*, que son las obras o actos de las facultades.

Aquí intervienen las seis virtudes de las que hablamos al principio del sermón y que ahora vamos a considerar. De las seis, como entonces dijimos, tres están situadas en las facultades inferiores y tres en las superiores. En las inferiores están la *humildad*, la *dulzura* y la *paciencia*. En las superiores, la *fe*, la *esperanza* y la *caridad*.

Primero, la razón es cegada por la *fe*, privándole de todo conocimiento y toda ciencia, a los que la razón se ve obligada a renunciar. Luego, un santo y humilde temor, una honorable inquietud y una santa *esperanza* arrebatan al hombre toda seguridad y todo sentimiento de posesión. Después de estas, la *caridad* quita a la voluntad todo egoísmo y espíritu de apropiación.

Consideremos ahora las tres virtudes de las facultades inferiores: la humildad, la dulzura y la paciencia, que se corresponden con las otras tres [es decir, la humildad con la fe, la dulzura con la caridad y la paciencia con la esperanza]. La *humildad* se sumerge completamente en un abismo, pierde su nombre, se mantiene en su pura nada y ya nada sabe de la humildad. La *dulzura* ha despojado al amor de la voluntad propia y ahora, en consecuencia, todas las cosas son iguales para ella y nada le es adverso. Por este motivo, no es consciente de tener esta virtud y en todo goza de la misma paz. La virtud [de la dulzura] ha perdido su nombre y ha pasado a ser «esencial»⁷⁴⁰. En ello colabora también la *paciencia*. En efecto, estos hombres, armados con la paciencia, aman y tienen sed de [sufrir] adversidades, cruces y aflicciones. Sin embargo, no son conscientes de tener esta virtud.

⁷⁴⁰ La virtud cumple la función de conducir al alma a Dios. Pero una vez que esta se ha transformado en divina, la virtud participa asimismo de la esencia divina (cf. De Blasio, nota 9, p. 511).

Es posible que, después de todo este abandono, a alguna de estas personas se le escape alguna palabra muy dura. Pero no debe inquietarse por ello, en la certeza de que el Señor lo ha permitido para su bien, es decir, para que esta persona se sumerja aún más profundamente en su nada. Igualmente, puede sentirse movida a la ira. Pero todo esto la conduce a un abandono mayor y más perfecto, y la hace comprender su nada de tal modo, que se juzga indigna de que Dios le inspire algún buen pensamiento. En realidad, todo consiste en esto: en sumergirnos en una nada infinita, abisal.

Estas no son personas de una gran actividad [religiosa] exterior, ni de muchas prácticas [religiosas], ni su devoción descansa en una multiplicidad de imágenes [religiosas]. En cambio, vosotros, que no habéis llegado a este grado [de perfección], debéis ejercitaros con diligencia en estas cosas. Dios perdonará vuestros pecados y os premiará con el Cielo una vez cumplidas las penas del purgatorio. Pero tened claro que, con vuestras prácticas [religiosas], no podéis llegar a ser siquiera siervos de los siervos de tales personas.

[Seguir a Cristo a través de la crisis espiritual]

6. Si estos hombres llegan felizmente a la meta [del abandono], su ser experimenta un gozo más allá de toda medida; pero este estado es muy peligroso, tan peligroso como, a su modo, el de un hombre mundano y disoluto. En efecto, este camino [del abandono] es muy oscuro y tenebroso, tanto, que se le puede aplicar lo que afirma Job: «*Al hombre cuyo camino es escondido, Dios lo envuelve en la oscuridad*»⁷⁴¹. En este vasto y desconocido camino, ellos deben perseverar siempre con espíritu de renuncia a todos los objetos que pueden ofrecérseles interiormente.

Oyen continuamente al Señor diciéndoles: «*Sígueme, trasciende todas las cosas, Yo no soy ninguna de ellas. Continúa, avanza, sígueme*». Alguno de ellos podría decir: «¿Quién eres Tú, Señor, que me ordenas seguirte por un camino tan profundo, vasto

⁷⁴¹ Job 3,23.

y desierto?». El Señor le responderá: «Yo soy hombre y Dios. Incluso mucho más que Dios». [Entonces,] si el hombre, desde su fondo esencial –que ahora ya conoce–, pudiera responderle: «Yo no soy nada y mucho menos que nada», ya estaría casi todo hecho. Pues la Divinidad, que está por encima de todo nombre, no tiene un lugar más propio de actuación que el fondo del más profundo anonadamiento.

Los maestros escriben que, si una cosa ha de tomar una forma nueva, debe antes desprenderse de la vieja. En efecto, afirman que, cuando un niño es concebido en el útero de la madre, primero es materia desnuda y, después, a esta materia se le añade una forma animal, que vive como animal; y que, más tarde, en el tiempo establecido, Dios crea el alma racional y la infunde en esta materia. Dicen que entonces desaparece la forma animal: su cualidad, su cantidad, su color, su actividad. Todas estas cosas se van y solo queda la materia desnuda.

Lo mismo digo yo aquí: si el hombre debe transformarse [en cierto modo] en este Ser que está sobre todo ser, [entonces] han de desaparecer necesariamente todas las formas recibidas alguna vez en sus facultades, como, por ejemplo: la ciencia, el conocimiento, la voluntad, la actividad, la percepción de los objetos y el sentido de propiedad. Cuando san Pablo no veía nada, entonces vio a Dios⁷⁴². Esa es también la razón por la que Elías cubrió su rostro con un manto cuando vino el Señor⁷⁴³. Finalmente, aquí se rompen todas las «rocas»⁷⁴⁴, y todo aquello que pueda servir de apoyo al espíritu tiene que desaparecer por completo. Y cuando todas las formas han desaparecido, en un instante, el hombre es transformado. Así es como se debe avanzar siempre.

Esto es lo que dice el Señor por boca del profeta [Jeremías]: «Me llamarás Padre y no dejarás de ir en pos de Mí»⁷⁴⁵. Esto es lo que has de hacer para seguir [al Señor] cada vez más de cerca:

⁷⁴² Cf. Hch 9,3-8.

⁷⁴³ Cf. 1Re 19,13.

⁷⁴⁴ Cf. 1Re 19,11.

⁷⁴⁵ Jer 3,19.

sumergirte más profundamente en el Abismo desconocido e innombrable [de la Divinidad], perderte a ti mismo por encima de todos los modos, formas, imágenes y facultades, y desnudarte por completo de todo. En este despojamiento total del hombre, queda solamente un Fondo [divino] que subsiste esencialmente en sí mismo, una sola Vida, una sola Esencia.

[El Camino que conduce a la unión con Dios]

Quien llega a este estado, puede afirmar que ha sido privado de amor, de conocimiento, de acción y de espíritu. Y no por alguna propiedad natural, sino por una transformación que el Espíritu increado de Dios obra, en un acto de su bondad gratuita, en el espíritu creado del hombre, en respuesta a ese perderse abisal del espíritu creado y de su abandono absoluto. Entonces puede decirse sin temor a equivocarse que Dios se conoce, se ama y goza de sí en tales hombres. Aquí ya no hay más que una sola Vida, una sola Esencia, un solo obrar, aunque el alma permanece siempre criatura⁷⁴⁶.

Pero si uno mira este camino con una falsa libertad y bajo una falsa luz, este modo [de actuar] sería el más peligroso de todos cuantos pueden seguirse en esta vida.

7. El único camino que conduce a esta meta es la noble vida y pasión de nuestro Señor. Él es el *Camino* por el que se ha de ir, la *Verdad* que ilumina este Camino y la *Vida* a la que llegaremos. Él es también la *Puerta*, y «si uno quiere entrar por otro lado, ese es ladrón y salteador»⁷⁴⁷. Por esta amorosa Puerta se ha de pasar con la dominación y el sometimiento de la naturaleza, por la práctica de las virtudes, como la humildad, la dulzura y la paciencia. Ciertamente, quien no vaya por este Camino se perderá con toda certeza. Dios

⁷⁴⁶ Esta última nota la añade Surio, posiblemente para prevenir del error de panteísmo.

⁷⁴⁷ Jn 10,1; cf. Jn 10,1-16.

camina delante de quienes no siguen este Camino, [incluso] pasa a través de ellos, pero [a pesar de eso] permanecen en su ceguera.

En cuanto a los que siguen esta Senda, nadie⁷⁴⁸ tiene poder sobre ellos, pues Dios es su único dueño. Como dice san Pablo: «*Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la [antigua] Ley*»⁷⁴⁹. Ningún tiempo es para ellos demasiado largo y no saben lo que es el aburrimiento. [Sin embargo,] esta experiencia no está al alcance de los amantes de este mundo, para quienes muy a menudo el tiempo se alarga en exceso. Pero los que han llegado a este estado [de perfección], están por encima del tiempo en la parte superior de su ser. Y en la parte inferior gozan siempre de una paz tan grande y están tan abandonados en toda circunstancia, que ante cualquier cosa que les ocurra mantienen siempre una paz esencial. Todo lo reciben de la mano de su Dios y a Él lo retornan en toda pureza, gozando siempre de una paz íntegra en cualquier modo que Dios disponga las cosas, aunque entretanto el hombre exterior pueda sufrir e incluso agitarse.

Ellos son personas completamente felices y dondequiera que estén son dignos de alabanza. Pero mucho me temo que esta clase de hombres es rarísima.

Hijos míos, roguemos ahora al Señor que nos otorgue esta gracia para que podamos seguirlo de tal modo que alcancemos real y verdaderamente este purísimo bien, para alabanza y gloria suya. Amén.

⁷⁴⁸ En la edición de Hugueny-Théry-Corin en lugar de «nadie» dice «el Papa».

⁷⁴⁹ Gal 5,18.

**65. PRIMER SERMÓN PARA EL DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE
LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LOS CAMINOS A LOS QUE DIOS LLAMA

(V. 53, sobre Ef 4,1-6)⁷⁵⁰

«Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación a la que fuisteis llamados» (Ef 4,1).

[Dios llama a vivir una vocación]

1. Hijos míos, estas palabras del Apóstol que introducen el tema [de este sermón] las hemos tomado de la lectura de la carta de hoy, que dice así:

«Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación a la que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz . Un [único] cuerpo y un [único] Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma [y única] esperanza en vuestra vocación. Un [único] Señor, una [única] fe, un [único] Bautismo, un [único] Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, y por todos, y en todos»⁷⁵¹.

En las primeras palabras de esta lectura, en las que el Apóstol pide que caminemos *«como es digno de la vocación a la que fuimos llamados»*, hay cuatro puntos que destacar. El primero es quién nos llama. El segundo, cuál es el fin de esta llamada, a qué se nos llama, dónde quiere tenernos. El tercero, en qué consiste su llamada y

⁷⁵⁰ Este sermón comienza diciendo: «El Evangelio de este día es sobre el hidrópico curado por el Señor [Lc 14,2-4]».

⁷⁵¹ Ef 4,1-6.

cómo nos llama. El cuarto, cómo debemos responder dignamente a esta llamada.

En cuanto al primer punto, *quien nos llama* es el Padre celestial. Él nos llama con todo lo que es, con todo lo que tiene y con todo lo que puede. Estas son las cosas que nos invitan y atraen: nos invitan y nos llaman hacia Él su bondad, su amor y su ser nobilísimo. En verdad, Dios nos desea tanto como si toda su beatitud y todo su ser dependiera de nosotros. Por eso, todo lo que Dios Padre ha hecho en el Cielo y en la tierra con su bondad y su sabiduría, lo ha creado para invitarnos y llamarnos hacia nuestro Principio y reconducirnos a Él. Todas las cosas creadas no son más que voces que nos llaman e invitan a nuestro Origen.

Un maestro ha dicho: «Todo lo que Dios ha hecho y aún sigue haciendo, lo ha hecho y lo hace para atraer al alma, para que esta escuche su llamada y comprenda que debe amarlo».

El segundo punto es *adónde nos llama*: a su Hijo amado, para que seamos hermanos y coherederos suyos. El Hijo es el primero y el principal entre los hermanos, y heredero natural; nosotros seremos coherederos por la gracia. Para que merezcamos alcanzar esta meta, nos llama a seguir su ejemplo hasta donde lo permite la fragilidad humana. Pues Él es el Camino que debemos seguir, la Verdad que nos guía en nuestro caminar y la Vida que ha de ser nuestra meta y nuestra felicidad eterna⁷⁵².

Así pues, nos llama a seguir su ejemplo, no solo [interiormente] por la meditación, sino también [exteriormente] expresándolo en nuestra vida, es decir, viviendo virtuosamente y sobrellevando la adversidad con paciencia.

El tercer punto es *en qué consiste su llamada y a quiénes llama*. La llamada de Dios es una y, al mismo tiempo, diversa. Interiormente llama a los hombres en el fondo mismo del alma. Allí, en el fondo interior, los llama sin cesar noche y día, con múltiples exhortaciones, unas veces con toques interiores, otras con duras reprimendas.

⁷⁵² Cf. Jn 14,6.

También [llama] exteriormente a través de las circunstancias de la vida, favorables y adversas, que Dios permite que ocurran a los hombres de modos diversos. Todas ellas son voces poderosas con las que Dios llama a los hombres. Ciertamente, si estos siguieran su voz dulce y suave, no sería necesario llamarlos con voces tan duras y ásperas, esto es, a través del sufrimiento y pruebas diversas.

El cuarto punto, *cómo debemos caminar de una forma digna de esta vocación*, nos lo insinúa el propio Apóstol al decir [que lo hagamos] con toda humildad y dulzura, con paciencia, y todo lo demás.

[Los tres grados –o caminos– de maduración espiritual]

2. Veamos ahora quiénes son aquellos a los que el Señor llama. Son de tres clases: *principiantes*, que son llamados al grado más bajo; *avanzados*, al grado intermedio; y *perfectos*, al grado más elevado de perfección. Nadie debe llevar esto a mal, pues Él es el Señor y puede hacerlo todo según su voluntad. Y su voluntad es que os hagáis conformes a la imagen de su Hijo unigénito y que seáis hijos adoptivos suyos.

Examinemos ahora qué debemos hacer para responder a esta llamada.

[El camino de los diez mandamientos]

Tenemos mandamientos y prohibiciones. Entre los primeros, el más importante es, sin lugar a dudas, *amar a Dios sobre todas las cosas*⁷⁵³. Hay muchos que aseguran amar a Dios sobre todas las cosas; sin embargo, no renuncian a ellas y las dejan entrar en su corazón con más amor y afecto que a Dios mismo, y en ellas encuentran mayor deleite y placer que en Dios. Al final, este apego aleja del amor a Dios. Por tanto, esas personas tienen que examinar cómo es su amor a Dios.

⁷⁵³ Cf. Mt 22,37; Dt 5,6-10.

El segundo mandamiento consiste en *amar al prójimo como a nosotros mismos*⁷⁵⁴, deseando para él el mismo bien que queremos para nosotros.

Luego siguen otros⁷⁵⁵, como «*honra a tu padre y a tu madre*», y con ellos a todos los que están por encima de nosotros. «*No tomes el Nombre de Dios en vano. Acuérdate de santificar el sábado*». Estos son los mandamientos que Dios nos ha ordenado, y su cumplimiento es tan necesario que sin ellos no hay esperanza de salvación.

Luego siguen las prohibiciones, que aun siendo muchas pueden resumirse en estas pocas: *no hagas daño a tu prójimo* ni en su cuerpo, ni en sus posesiones, ni en su honor, ni en su buen nombre, ni de palabra, ni de obra, y *no desees nada de lo que le pertenece*. «*No cometerás adulterio*».

Quienes van por este camino como es conveniente y se someten con verdadera fe católica a lo que manda la santa Iglesia, esos están en el grado más bajo en que se puede responder a la llamada de Dios. Quienes cumplen con las exigencias de este grado van, sin duda, por el camino que lleva a [estar junto a] Dios [en su Reino Celestial], después de que en el purgatorio se hayan purificado de las impurezas que hayan contraído en esta vida.

[El camino de los tres consejos evangélicos]

3. Hay un segundo grado [o camino], mucho más elevado y breve que el anterior: el de los *consejos de Dios* [también llamados *consejos evangélicos*⁷⁵⁶]. Todo aquel que los sigue se hace muy superior a los del grado anterior. Estos consejos son las sendas de la virtud: obediencia, castidad y pobreza. Esta vocación es más elevada que la anterior y muy distinta de la que llama al cumplimiento de los mandamientos.

⁷⁵⁴ Cf. Mt 22,39.

⁷⁵⁵ Cf. Dt 5,11-21.

⁷⁵⁶ Se trata de los consejos dados por Jesús al joven en Mt 19,21.

Pero para seguir dignamente los consejos de Dios en esta vocación, la santa Iglesia, por inspiración del Espíritu Santo, ha instituido Congregaciones religiosas y Órdenes monásticas en las que se puedan cumplir los mencionados consejos. Y aunque estas tengan numerosas constituciones y decretos, todas están orientadas al mismo fin. Si un hombre ingresa en alguna de estas Órdenes voluntariamente [haciendo votos públicos] –tras haberlo pensado bien– y después quiere romper el vínculo con el que se ha comprometido, la santa Iglesia toma medidas contra él. Mas si uno no es miembro de una Orden religiosa, pero se consagra a Dios mediante un voto [privado] y después toma esposa, la santa Iglesia no se opone ni lo juzga, sino que deja su caso al juicio de Dios.

4. Pero ahora las instituciones religiosas están en gran parte corrompidas⁷⁵⁷. De hecho, muchos que visten hábito religioso tienen un corazón mundano y, por el contrario, hay seculares que albergan en su pecho un corazón piadoso. De aquellos dice san Agustín: «Maldito el que se pierde en el camino de Dios»⁷⁵⁸. El camino de Dios es aquel en el que Dios nos llama [a los religiosos] a seguir sus consejos.

[El discernimiento vocacional]

Que cada uno se examine y considere si camina seguro por él y si responde adecuadamente a la llamada divina para que, el día en que Dios nos visite, no nos encuentre despojados del vestido nupcial y nos arroje a las tinieblas exteriores⁷⁵⁹. Y debe examinar también, con los ojos del corazón atentos, a cuál de los tres caminos le llama Dios [que son: los diez mandamientos, los tres consejos evangélicos y la imitación de Cristo].

⁷⁵⁷ Muy probablemente, Taulero habla de la grave crisis social y religiosa provocada por la peste negra, que había asolado Europa unos años antes de la predicación de este sermón. Ver nota 178.

⁷⁵⁸ Quizá se refiera al *Comentario al Evangelio de Juan*, cap. XIV: «Qui praeter viam currit, inaniter currit, immo ad laborem currit».

⁷⁵⁹ Cf. Mt 22,12-13.

Pero vosotros no entráis en vuestro interior y no reconocéis cuál es vuestra vocación. Por eso, hoy vivís de un modo, mañana de otro; e imitáis lo que oís o lo que veis, según os entra por los sentidos. Y como no todo os va bien, no seguís mucho tiempo un solo camino. En consecuencia, no obtenéis fruto alguno: porque actuáis a ciegas.

Creedme, hijos míos: no todas las cosas convienen a todos. Lo que para uno es vida [cuando sigue el camino al que Dios le ha llamado], para otro es muerte [cuando sigue un camino al que Dios no le ha llamado].

Por tanto, recogeos en vuestro interior y sacudíos de encima vuestros afanes y preocupaciones. No os descuidéis a vosotros mismos. Sabed que hay muchos en medio del mundo que, con una familia a su cargo, se dedican a la manufactura de calzado. Ellos centran su atención en Dios mientras trabajan para el sustento propio y el de sus hijos. Asimismo, hay muchos que viven en el campo y se procuran el sustento abonando y realizando otras duras labores. Y es posible que estos se porten cien veces mejor que vosotros, porque siguen su vocación con sencillez, mientras vosotros descuidáis la vuestra. Y esto es algo verdaderamente lamentable. Ellos viven en el temor de Dios, en la humildad, en la pobreza y, como ya he dicho, siguen su vocación con sencillez.

Así que ahora tú, religioso ciego y desdichado, mira atentamente a tu interior, observa cuál es la vocación a la que te llama el Padre celestial y síguela sin perderte en el camino de Dios.

[El camino de la imitación de Cristo]

5. El camino más elevado de esta vocación consiste en imitar interior y exteriormente los amorosos ejemplos del Hijo unigénito de Dios, no solo de modo activo, sino también pasivo, con el apoyo de las imágenes o por medio de la contemplación pura sin imágenes. Quien imita estos ejemplos en la forma más pura, libre y desnuda, ese llega a la meta suprema. Cada uno puede saber a qué

distancia se encuentra de esta [meta] comprobando cuán lejos o cuán cerca está de su Modelo [que es el propio Cristo].

Vosotros debéis imitar interiormente este Modelo y buscarlo dentro de vosotros allí donde vive esencial y activamente, en el fondo del alma. De esta introversión se dice en Jeremías: «*Me llamarás Padre, Yo te he engendrado hoy y no dejarás de seguirme*»⁷⁶⁰. Esto significa que debes seguirlo incesantemente. «*No dejarás de seguirme*», dice.

Y Labán dijo al anciano que era siervo del patriarca Abrahán: «*Entra, bendito del Señor. ¿Por qué te quedas fuera?*»⁷⁶¹. Esto puede decirse a cualquier hombre que está atento a su vocación, que ha seguido primero la senda de los mandamientos y después la de los consejos, imitando los nobles ejemplos de Cristo, y que, como dijo el Apóstol, «*ha vivido de forma digna de su vocación [...], con toda humildad, dulzura y paciencia*»⁷⁶². A tal hombre puede decirse: «*Entra, bendito del Señor*».

Estos hombres deben entrar en el interior de su alma, unas veces por medio del deseo y las imágenes, otras por el silencio y la quietud, y «*ser solícitos en conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. [...] Un solo Espíritu, [...] un solo Dios*», en la transformación del espíritu creado por el Espíritu increado. El espíritu creado [del hombre] es tanto más transformado por el Espíritu increado cuanto el hombre más dignamente se ha esforzado en modelar su vida según los venerables ejemplos de Cristo con toda humildad, dulzura y paciencia. Aquí hay una correspondencia mutua: cuanto más se conforma la vida del hombre a la de Cristo, más perfecta es la transformación. Ni más ni menos.

⁷⁶⁰ Jer 3,19.

⁷⁶¹ Gn 24,31.

⁷⁶² Ef 4,1.2.

[La imitación pasiva de Cristo: el camino contemplativo]

6. El «*ser solícitos en conservar la unidad del Espíritu [divino]*» significa un empeño despierto, santo y vivo en la observación interior del espíritu [humano] y en la vigilancia exterior de las virtudes, cada una de acuerdo con sus propias características, según la realidad lo exija. Por ejemplo: debemos ejercitarnos en el servicio y en realizar santas obras de caridad, cuando la necesidad lo pida y cuando nos toque. Pero, de vez en cuando, retirándonos a un lugar apartado, debemos entregarnos a la oración interior y ocupar el espíritu en [la contemplación de] santas imágenes. Y a veces no haremos ninguna de estas cosas, sino solo lo que san Anselmo nos invita a hacer: «Sustráete a la multiplicidad de las obras externas, aquietate de la agitación de los pensamientos y, sentado y sosegado, elévate por encima de ti».

Y cuando hemos hecho un silencio apacible dentro de nosotros, cuando el ruido y la agitación han cesado, entonces, como leemos en Elías, viene el Señor en «*el susurro de una leve brisa*»⁷⁶³ y hace resplandecer su Luz sobre el espíritu. Cuando el espíritu –esto es, el hombre– siente la presencia divina, le sucede lo que en otro tiempo a la reina Ester cuando llegó ante el rey Asuero y lo vio: perdió el conocimiento y cayó desfallecida⁷⁶⁴. Del mismo modo, en presencia del Señor, cara a cara con Él, aunque el alma cubra su rostro con un manto, solo con sentir su presencia ella desfallece y cae en *éxtasis*.

El rey Asuero sostuvo en sus brazos a la reina Ester, que se había desmayado, hasta que volvió en sí. Algo parecido le sucede al hombre: desfallece por completo, pierde todo apoyo, despojado de todo lo propio en todos los modos y en todas las cosas, y se sumerge totalmente en su pura nada, de tal forma que, si el poder de Dios no lo sostuviera en sus amorosos brazos, le parecería ser reducido a la nada. Y en lo que puede comprender, se considera la más pequeña e insignificante de todas las criaturas, racionales e irracionales, y peor

⁷⁶³ 1Re 19,12.

⁷⁶⁴ Cf. Est 5,1.

que el propio Lucifer. No sabe a dónde ir, y, si pudiera reducirse a la nada por amor, lo haría voluntariamente.

Así pues, cuando el rey [que es Dios] ve que la reina [que es el alma] ha desfallecido y se ha desplomado, la sostiene en sus brazos y le da el beso divino del amor. ¿De dónde procede tal elevación del alma? Sin duda, de su abajamiento. Cuanto más humilde es, tanto más es ensalzada. Una cosa se corresponde con la otra y ambas son lo mismo. La elevación de Dios contempla propiamente, y de manera especial, el valle de la humildad.

[Dios ayuda por medio de las tentaciones]

A veces sucede que, una vez el hombre ha adquirido suficiente experiencia en estos gozosos caminos y ha llegado al grado más alto, el diablo lo asalta con la tentación de la soberbia espiritual. Entonces Dios, para que el hombre conozca aún más a fondo su nada, le deja caer en una pequeña falta, quizás un movimiento de ira o la expresión súbita de una palabra dura o áspera. Como consecuencia de ello, se siente humillado ante sí mismo y ante quienes le han visto u oído. De este modo, se sumerge aún más en su nada.

Pero el siervo de Cristo no debe inquietarse por ello, con tal de que penetre más en su nada y se conozca más profundamente a sí mismo. Podrá corregir fácilmente estos defectos y en adelante se hará más cauto y se esforzará por caminar más dignamente «*en la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*».

Cuando el hombre dirige su vida del modo descrito y sigue el ejemplo de Cristo en la medida de sus fuerzas, con toda humildad, dulzura y paciencia, en él nace una Paz «*[de Dios] que sobrepasa todo entendimiento*»⁷⁶⁵. Esa Paz empieza en esta vida y continúa por todos los siglos, y resplandecerá en toda la vida del hombre y en todo su ser.

⁷⁶⁵ Fil 4,7.

Que Dios todopoderoso y glorioso nos conceda el don de esta Paz, para alabanza y gloria suya. Amén.

**66. SEGUNDO SERMÓN PARA EL DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE
LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

EL CAMINO CONTEMPLATIVO

(V. 70, sobre Ef 4,1-6)

«Yo pues, preso en el Señor, os ruego que viváis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Ef 4,1).

1. En la Carta a los Efesios, lectura de este domingo, se leen las palabras que habéis oído y las que les siguen:

«Yo pues, preso en el Señor, os ruego que viváis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y dulzura, soportándoos con paciencia los unos a los otros, en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Un [solo] Cuerpo, y un [solo] Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación»⁷⁶⁶, y lo que sigue.

[Ejercitarse en la humildad, la dulzura y la paciencia]

Todo hombre debería tener siempre ante sus ojos estas dulces palabras, estos saludables consejos del apóstol Pablo. Hiciera lo que hiciese, o estuviera donde estuviese, nunca deberían caerse de su memoria, pues son una ayuda muy efectiva para atender su vocación con toda humildad, dulzura y paciencia. Vosotros, hijos míos, acogiendo estos consejos del Apóstol con los oídos del corazón bien aguzados, soportad mutuamente vuestros defectos en la caridad. Os lo pido por el amor que profesáis a Dios. Y si algo puedo obtener de vosotros con mis ruegos, si en algo puedo seros útil, os pido que os ejercitéis en las virtudes que recuerda el Apóstol y las

⁷⁶⁶ Ef 4,1-4.

observéis con sumo celo. Pues todas las buenas obras que podéis hacer interior o exteriormente, bien sea la recepción misma del Cuerpo del Señor o cualquier otra obra importante, no tienen valor ante Dios ni le son aceptables si no las acompañáis de estas virtudes.

Además, nadie adquiere fácilmente estas virtudes si no es enfrentándose a la *adversidad* y experimentando dificultades. Por eso, si se piensa mucho en la humildad, pero no se presenta la ocasión de ejercitarla, o se piensa mucho en la paciencia sin ponerla a prueba, el solo pensar no sirve de nada, y estas virtudes no adquieren hábitos ni solidez alguna; han sido como echadas dentro [de nosotros], pero carecen de fundamento. Cuando un hombre es objeto de un desprecio o de algún agravio de palabra u obra, debe responder con amorosa dulzura, con ánimo bondadoso y pacífico, y mostrarse amable con quien le ha inferido tales ofensas. Y aunque el otro insista en el desprecio e incluso le escupa, no por eso ha de deponer su amabilidad, en la medida en que pueda.

Así pues, la dulzura y la paciencia se adquieren únicamente a través de la adversidad. Si nadie me contraría, ¿cómo me ejercitaré en estas virtudes? El hombre debería ejercitarse, de modo muy especial, en la dulzura, pues esta virtud concierne más al interior, al fondo del alma y a la ejercitación del espíritu, que la paciencia, que mira más a lo externo y a la actividad del hombre exterior. Por ejemplo: si alguien me tachara de mentiroso y menospreciara mi enseñanza, si me despreciara e injuriara, si envidiara mi suerte y mi felicidad, yo no apreciaría a esa persona ni una pizca más; es más, la amaría menos por eso. ¡Ah, cuán indigno soy de seguir las huellas de mi Dios y Señor, cuya vida y cuya enseñanza sufrieron el desprecio y la acusación de falsedad!

Por tanto, hijos míos, por todos los medios que tengo a mi alcance, insisto en mi ruego: ejercitaos constantemente en estas virtudes y sed celosos guardianes de vuestro espíritu, de manera que no mostréis nunca, a ningún hombre, signo de imperfección alguno, ya sea un movimiento de impaciencia, un gesto amenazador o brusco en las formas, en el rostro o en las palabras, por mal que os

traten a vosotros. Soportad mutuamente vuestras debilidades y defectos con un amor que no admite excepciones⁷⁶⁷.

[Un ejercicio espiritual para lograr la «unidad del Espíritu»]

2. Las palabras del Apóstol, que dicen: «...*solícitos en conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*», se refieren a estas virtudes, que son el verdadero vínculo de la paz. En efecto, como si de un lazo exterior se tratara, estas virtudes atan y unen a los hombres en la paz y la unidad del Espíritu.

Pero ¿cómo se llega a la unidad del Espíritu? El rato que sigue a Maitines, cuando las noches son más largas, es el momento ideal, pues ofrece una oportunidad especial para ejercitarse. Quien aspira a la unidad del Espíritu debe ir a descansar pronto por la tarde, para darle a la naturaleza el sueño que necesita. Luego, una vez acabado el rezo [comunitario] de la [media] noche, que llaman Maitines, dedicará un tiempo a ocuparse de su fondo, recogiendo en lo más íntimo de su corazón, es decir, en su centro, para estimular y encender más su amor a Dios y su devoción. Quien tiene el hábito de realizar esta práctica y la ama, que medite paso a paso la vida de Cristo. Pero si no recibe ningún signo particular de Dios, entonces, sin buscarse a sí mismo [es decir, sin buscar su propia consolación espiritual], que empiece sus buenas prácticas [devocionales] en Nombre de Dios, como son: la meditación de la noble pasión de Cristo, de su santísima muerte, de sus santas llagas o del derramamiento de su preciosa Sangre. Y, al mismo tiempo, que esté constantemente atento a su fondo.

Con este tipo de meditación el hombre estimula su amor a Dios. Y como con un montón de carbones o troncos se hace un gran fuego, cuya llama se eleva poderosa a las alturas, así estas piadosas prácticas [devocionales] inflaman vehementemente el espíritu en amor a Dios. En ese momento, hay que dejar las imágenes y pasar, con un amor ardiente, a través del hombre medio [o racional] hasta

⁷⁶⁷ Cf. Col 3,13.

el hombre más interior [o espiritual]. Este hombre más interior no realiza ninguna actividad, pues lo que hay en él es todo obra de Dios. Él se comporta [pasivamente] como *paciente* y Dios [activamente] como *agente*.

Pero a veces, en este estado de recogimiento, acuden al hombre ciertas imágenes rápidas relacionadas con los ejercicios practicados antes, por ejemplo, de la pasión del Señor, de las propias faltas o de las oraciones que ha de recitar por los vivos o los muertos. Pero el hombre [, sin prestarles atención,] debe pasar a través de ellas y llegar hasta Dios pura, simple y desnudamente.

Una vez que el espíritu [del orante] ha pasado pura y pasivamente a través de todas estas imágenes, entonces la Verdad misma *brilla* sobre el alma como un relámpago⁷⁶⁸ y *atrae* al espíritu hacia ella, pasivamente. Esto sucede muy rápidamente, en un instante, o incluso más rápido que un instante, como el ir y venir de los ángeles a Dios o de Dios, que es un movimiento más rápido que un abrir y cerrar de ojos. Así sucede aquí. Y cuanto más rápidamente, tanto más noblemente.

Y entonces, como en un relámpago, todo debe ser llevado al fondo mismo de la Divinidad y hacerse [en cierto modo] un solo Espíritu con Dios. Pues «*Dios es Espíritu*»⁷⁶⁹ y el espíritu del hombre debe hacerse uno con Él. Los que llegan hasta aquí son «*verdaderos adoradores, que adoran al Padre en espíritu y verdad*»⁷⁷⁰. Aquí nace la paz verdadera y esencial, y son las virtudes antes mencionadas las que conducen al hombre hasta ella.

[Dominar la naturaleza corporal]

3. Cuando el hombre se halla en este estado, una gran pobreza y aridez se apoderan de la naturaleza [corporal], pues aquí ella no tiene nada suyo. Entonces, estupefacta y admirada, dice: «¿Dónde

⁷⁶⁸ Sobre la rapidez de la acción de Dios en el fondo del alma véase la nota 618.

⁷⁶⁹ Jn 4,24.

⁷⁷⁰ Jn 4,23.

están ahora tus genuflexiones? ¿Dónde tus buenas prácticas [exteriores]? ¿Por qué has dejado el rezo de los salmos?». Pues [la naturaleza] desea *tener* algo, *conocer* algo, *querer* algo. Pero antes de que estas tres cosas mueran perfectamente en ella, la tarea es dura, el trabajo es difícil⁷⁷¹. Esto no es cosa de un solo día o de poco tiempo. La naturaleza debe romperse poco a poco en estos ejercicios y la dominación de sus pasiones ha de tornarse en hábito. Es preciso perseverar en ello con una aplicación constante, y [así,] la perseverancia, al fin, volverá agradable y fácil lo que al principio era molesto y difícil. Así leemos sobre los santos en el libro de la Sabiduría: «*Sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes bienes*»⁷⁷².

Cuando la naturaleza toda ella se enfría y es presa de un cierto abatimiento, entonces, según aconseja san Bernardo, debe hablarse a Dios con palabras lo más piadosas, amorosas y dulces que puedan ser imaginadas, palabras como estas:

«Amantísimo y único Amor, ojalá fuera yo digno de ser contado entre tus amigos más queridos, abrazarte con mi alma y darte cien mil besos, estrecharte todo en mi interior y encerrarte tan dentro de mi ser que nunca pueda perderte».

Estas palabras y otras semejantes deben salir desde lo más íntimo de nuestro corazón.

[Los beneficios obtenidos con las prácticas devocionales]

Así pues, amados hijos, volved vuestros corazones a Dios, en cualquier modo que sea –pues algo de Dios es Dios entero–, sobre todo por medio de aquellas prácticas a las que os sentís inclinados con una especial devoción y en las que experimentáis más gracia [divina]. Ciertamente, aplicar el espíritu a la contemplación de las preciosas llagas de Cristo y refugiarse todo en ellas es más precioso y grato a los ojos de Dios que todos los órganos y todos los tañidos de campanas, que el canto elevado y las casullas con bordados.

⁷⁷¹ *Hoc opus, hic labor est* (Eneida, VI, 129).

⁷⁷² Sab 3,5.

Vosotros, amados hijos, si con toda aplicación os volvéis a Dios desde el fondo del corazón, esta tentación que tanto os perturba, la molesta costumbre de extenderos demasiado en [el sacramento de] la Confesión, caerá toda ella y se calmará. Todas vuestras faltas más leves se expiarán y borrarán completamente por medio de ejercicios interiores y vuestro giro interno hacia Dios, junto con el humilde reconocimiento de vuestros defectos. Así, cuando vayáis al confesor, no tendréis nada que decir ni confesar.

Que Dios misericordioso nos conceda seguirlo por la práctica de las virtudes y llegar felizmente a él. Amén.

67. SERMÓN PARA FIESTA DE LOS SANTOS ÁNGELES⁷⁷³

LAS TRES DIMENSIONES DE LA PERSONA Y LOS ESPÍRITUS QUE ACTÚAN EN
ELLAS

(V. 68, sobre Mt 18,10)

«*Sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre, que está en los
Cielos*» (Mt 18,10).

1. Hijos míos, hoy celebramos la fiesta de los santos y venerables ángeles, fiesta que tiene su origen en la aparición del arcángel Miguel en el monte Gargano⁷⁷⁴, como se os ha leído hoy. Por eso, omito la repetición de la lectura.

[Los ángeles colaboran con Dios]

En el Evangelio que habéis oído se dice lo siguiente: «*Sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre, que está en los Cielos*». Ignoro qué palabras elegir para hablar de estos espíritus puros, pues no tienen manos, ni pies, ni imagen, ni forma, ni materia. Y lo que no tiene ninguna de estas cosas, ni los sentidos ni el pensamiento pueden comprenderlo. ¿Cómo hablar entonces de ellos?

Sin duda, se nos oculta qué son. Pero esto no debe sorprendernos, pues no nos conocemos a nosotros mismos, es decir, a nuestro espíritu, por el que somos hombres y del que procede todo lo bueno que tenemos. En consecuencia, ¿cómo podríamos conocer nosotros a estos espíritus superiores, cuya nobleza [espiritual] está

⁷⁷³ En la edición de Surio: *Sermón para la fiesta de san Miguel y de todos los santos ángeles*.

⁷⁷⁴ Según la tradición, el 8 de mayo del 490 el arcángel Miguel se apareció en este monte situado en el sur de la península itálica.

muy por encima de la que el mundo [terrenal], en su totalidad, puede ofrecer?

Pero aquí hablamos de su actividad en nosotros, no de su esencia. Y su actividad es contemplarnos y vernos continuamente en el espejo de la Divinidad, [desde diferentes puntos de vista, a saber:] formal, esencial, actual y distintamente. Tienen, además, una acción especial y distinta en nosotros. Dios, ciertamente, obra en nosotros sin interrupción en un modo mucho más propio y noble, pero ellos cooperan con la acción de Dios en nosotros.

[Voy a explicar esto por medio de la analogía del sol y los astros.] El sol material actúa continuamente emitiendo sus irradiaciones sobre la tierra, y al mismo tiempo las estrellas y los astros cooperan en la acción del sol sobre la tierra y sobre las criaturas terrestres. Las estrellas miran continuamente al sol y el sol, a su vez, a las estrellas. Por eso, su acción es inseparable, de tal modo que, si la más pequeña de las estrellas cayera del cielo –si es que ello fuera posible–, todas las criaturas, es decir, hombres, bestias y todos los animales [y el resto de los seres creados], serían reducidos a la nada.

2. Hay nueve coros u órdenes de ángeles que forman tres jerarquías. Cada jerarquía tiene tres coros y cada coro ejerce una acción particular y tiene una relación especial y distinta con los tres estados del hombre. Pues en cada hombre hay tres hombres: primero, el *hombre exterior*; segundo, el *hombre racional*; y tercero, el *hombre superior*, noble, deiforme, totalmente íntimo y escondido. Pero los tres forman un solo hombre. Y en él los santos ángeles ejercen una acción particular.

[Cada hombre tiene asignados, para su bien, un ángel y un demonio]

Además, cada hombre tiene asignado en el bautismo un ángel [de la guarda] cuya misión es asistirle constantemente, sin abandonarlo jamás, guardándolo en la vigilia y en el sueño, en todos sus caminos y acciones, sean buenos o malos. Verdaderamente, este

es un motivo por el que dar gracias a Dios y amarlo con toda nuestra alma, pues ha querido que esos espíritus –elevados, nobles e incomprensibles– estuviesen tan estrechamente unidos a nosotros, pobres criaturas.

A su vez, todo hombre tiene su demonio particular, que se le opone constantemente y lo ejercita tanto como el ángel bueno. Es más, si los hombres fueran sabios y se aplicaran con interés y diligencia, la acción de los demonios le sería más útil que la de los ángeles buenos, y sus asechanzas les serían de no poco provecho. Pues donde no hay lucha, tampoco hay victoria.

3. Hablemos ahora de las [tres] jerarquías de los espíritus celestiales y sus acciones.

[Los espíritus benignos y malignos que actúan en el hombre exterior]

En la primera jerarquía, el orden o coro más bajo es el de los *ángeles*. Estos sirven al hombre exterior, lo exhortan y previenen, le ayudan, lo orientan hacia la virtud y la gracia, y lo protegen con un cuidado continuo y eficaz. Si no contáramos con su protección, ¿qué grandes e innumerables desgracias no le ocurrirían al hombre cuando aquellos espíritus inmundos [y malignos] se lanzasen contra él buscando su perdición, ya esté despierto o dormido? Estos santos ángeles lo defienden y lo protegen.

El segundo coro es el de los *arcángeles*, a los que se suele representar [revestidos] con ropaje sacerdotal. Su acción propia es servir al santo Sacramento. Son fieles consejeros del hombre, al que ayudan a hacerse digno de la acción de este santo Sacramento del Cuerpo de Cristo.

El tercer coro lo ocupan las *virtudes*. Estos espíritus sirven, exhortan y aconsejan al hombre en su esfuerzo por la adquisición de las virtudes, tanto de las virtudes naturales como de las morales. De Dios le hacen llegar las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad. Quienes obedecen a estos espíritus bienaventurados y tienen un trato frecuente con ellos, se hacen tan virtuosos que les

resulta fácil y agradable el ejercicio de la virtud, como si esta estuviera integrada en su ser y en su naturaleza.

Pero los *demonios* que cayeron de este orden [angélico] se levantan atterradoramente tramando contra el hombre toda clase de engaños, trampas y asechanzas posibles para hacerlo retroceder y desorientarlo, e impedir así que pueda llegar al lugar del que ellos fueron expulsados. Cuesta creer cuánta maldad despliegan sin descanso. Por eso, es conveniente que el hombre permanezca en guardia constante contra los hostigamientos con que lo asedian de forma tan asombrosa, pues estos espíritus buscan [interiormente] su perdición con una estrategia oculta y sutil, muy a menudo sirviéndose de cosas que [exteriormente] presentan una buena apariencia.

Especialmente, se afanan por arrastrar al hombre a la multiplicidad, y si no pueden nada más, le sugieren alguna forma de ostentación de santidad, y después lo convencen de que va por buen camino, de que debe estar más que satisfecho y no rectificar.

Esta peligrosa tentación –pues es verdaderamente peligrosa– se intensifica ahora más que nunca. Como dice san Bernardo: «Hay que subir o bajar; si te quedas quieto, caerás». Y también: «En el camino de Dios no avanzar es retroceder»⁷⁷⁵.

Con este pestilente modo de persuasión [los espíritus malignos] seducen a cuantos tienen un corazón mundano, los cuales suelen decir: «Hacemos obras tan buenas como estos y aquellos. Con eso nos basta. Nos irá mejor que a aquellos. Así que continuaremos con nuestros hábitos y modos de vida, como hicieron quienes nos precedieron».

⁷⁷⁵ BERNARDO DE CLARAVAL, *Segundo sermón para la Purificación de Santa María*. La cita se remonta a Juan Casiano, *Colaciones*, VI, 14 (Rialp, 1998): «Es indudable: cuando nos percatamos de no haber avanzado es que hemos retrocedido. Porque, como he dicho, es imposible al alma permanecer siempre estacionada en el mismo sitio».

Pero cuando lleguen las grandes tribulaciones [de las que nos hablan las Sagradas Escrituras⁷⁷⁶], quienes ahora se consideran a salvo se verán inmersos en una gran desdicha. En efecto, vendrán los espíritus infernales, a los que ellos siguen, y los conducirán a una angustia extraordinaria para, finalmente, arrastrarlos con ellos al infierno sin ninguna oposición.

Estos males y esas caídas comienzan en este tiempo. Pero cuando esas horribles tribulaciones hayan pasado, los ángeles santos se mostrarán muy cercanos a los hombres que se hayan purificado, y conversarán y vivirán con ellos, indicándoles clara y amistosamente qué deben hacer y qué no.

[Los espíritus benignos y malignos que actúan en el hombre racional]

4. Viene después la segunda jerarquía, que dirige activamente su atención al segundo estado del hombre, esto es, al hombre racional. En esta parte de su ser, el hombre es muy superior a todas las criaturas corporales y es, en cierto modo, semejante a los ángeles.

El primer coro de esta jerarquía es el de las *potestades*; el segundo, el de los *principados*; y el tercero, el de las *dominaciones*. Todos ellos actúan en aquellos hombres que ven avanzar en las virtudes, y a estos los hacen, interior y exteriormente, dueños de sí mismos, de sus sentidos y de su actividad sensible en todas las cosas, y también de su hombre interior, de sus intenciones, palabras y obras. Estos hombres llegan a ser admirablemente libres y ejercen un poderoso dominio sobre todos los vicios, como se lee de san Francisco, que tenía tal dominio sobre su hombre exterior que, en cuanto se proponía realizar algún ejercicio [virtuoso], su cuerpo se mostraba entusiasmado, como si dijera al espíritu: «Mira, yo estoy aquí antes que tú». Y así como los príncipes de este mundo son libres y no están sometidos a ningún poder, así esos hombres se

⁷⁷⁶ Cf. Mt 24; Ap 11-12; Dan 12.

hacen tan libres en su espíritu que ejercen un control absoluto sobre los movimientos de su hombre interior y exterior.

Cuando los *espíritus malignos* se dan cuenta de esto, sienten un odio extraordinario, pues no soportan que los hombres ocupen su lugar. Por eso, se enfurecen con toda la fuerza de su maldad y arrojan contra ellos tentaciones tan horribles como nunca ha experimentado el corazón del hombre y como ni siquiera han conocido ni visto jamás los que sirven al mundo y al diablo. Y los atacan con otras astucias solo porque desean ardientemente apartarlos de su camino y hacerles caer.

A veces, [esos espíritus malignos] atacan a estas personas con tanta furia que se sienten como si les fueran a arrancar los sentidos o la vida. Entonces vienen esos nobles y poderosos espíritus, las potestades y los principados, y derrotan a los enemigos infernales. Así los hombres alcanzan la victoria.

Cuando el hombre los vence de este modo, [los espíritus malignos] nunca regresan para tentarlo porque son demasiado soberbios para hacerlo y porque temen a hombres tan poderosos protegidos por esta jerarquía. Luego llegan las dominaciones y actúan en su segundo hombre, es decir, en su hombre racional, y los hacen tan perspicaces, prudentes y sabios que descubren fácilmente todas las astucias de los espíritus malignos, como dice el Apóstol: «*Pues no ignoramos sus maquinaciones*»⁷⁷⁷, de forma que ni el mundo, ni la carne, ni el demonio, ni criatura alguna pueden vencerlos⁷⁷⁸.

[Los espíritus benignos que actúan en el hombre interior y su beneficioso efecto]

5. Después, la tercera jerarquía realiza su obra en el hombre interior y deiforme. Su primer coro es el de los *tronos*, el segundo el de los *querubines* y el tercero el de los *serafines*. Los tronos actúan en el fondo íntimo [del alma], que se convierte en un trono real donde

⁷⁷⁷ 2Cor 2,11.

⁷⁷⁸ Cf. Rom 8,38-39.

Dios gusta habitar y reinar, y donde juzga, premia y cumple todas sus obras dentro del hombre y fuera de él.

Tales hombres llegan a ser tan inquebrantables en su fondo y están tan afianzados en la Paz divina, que ni la adversidad ni la prosperidad, ni la dureza ni la suavidad pueden alterarlos, como dice el Apóstol: «*Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida [...], ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del Amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*»⁷⁷⁹. Es más, ni cien muertes podrían conmoverlos, perturbarlos o privarlos de su estado. Sería como si a un moribundo se le ofrecieran todos los honores y dignidades, o se lo cubriera de injurias: despreciaría por igual lo uno y lo otro, porque su espíritu estaría en otra cosa.

Así ha de pensarse sobre este fondo íntimo –o centro del alma–, que se recoge todo en Dios: su trono es tan firme, estable y sólido que ni el gozo ni el sufrimiento pueden alterarlo ni moverlo de su lugar. Siempre conserva una Paz esencial, que es el lugar de Dios, como dice el profeta real [David]: «*En la Paz está su lugar*»⁷⁸⁰.

Vosotros, hijos míos, conservad esta Paz, cuidadla para que nadie os la arrebatase ni se perturbe el lugar de Dios en vosotros. Guardad silencio, retiraos, perseverad. Permaneced fieles en el dolor y la tristeza, recogeos y examinaos a vosotros mismos, y no abandonéis vuestro recogimiento yendo de aquí para allá. Cesen todo desorden, toda preocupación superflua, toda agitación. Dejad eso a quienes tienen el deber de hacerlo. Permaneced en vosotros, atentos a Dios en el fondo de vuestra alma, donde el Señor tiene su trono, para que ese fondo no sea perturbado y esa Paz disminuida.

Cuando el hombre se ha establecido en esta Paz, vienen los serafines con su esplendor e iluminan el fondo del alma con su Luz de color divino, con un rápido relámpago⁷⁸¹ que irradia todo el fondo y lo atraviesa con una Luz tan fuerte que, si hiciera falta, podría ofrecer suficiente discernimiento a todos los hombres. Esta

⁷⁷⁹ Rom 8,38-39.

⁷⁸⁰ Sal 76,3.

⁷⁸¹ Sobre la rapidez de la acción de Dios en el fondo del alma véase la nota 618.

iluminación dura un abrir y cerrar de ojos. Y cuanto más rápida es, tanto más verdadera, noble, cierta y segura.

Después los ardientes serafines incendian con su Amor [divino⁷⁸² y] llameante el fondo del alma, y esto sucede de repente, como un relámpago. Entonces el amor del hombre se dilata y se hace tan extenso, que contiene en sí todas las cosas. Le parece que podría inflamar a todos los hombres. Esto sucede también en él de repente, rápidamente, y tiene la impresión de que se va a consumir completamente a sí mismo.

Todo esto nace en el fondo íntimo –o centro del alma– del hombre iluminado. Y esa Luz se derrama también sobre los otros dos estados del hombre, el hombre racional y el hombre exterior, de tal forma que se hace tan divino, tan bien ordenado, sosegado, pacífico, virtuoso y tranquilo que es imposible notar en él ningún tipo de desorden ni en las palabras ni en las obras.

Finalmente, estos hombres se consideran a sí mismos una pura nada y no se atribuyen [como algo propio] ninguna de sus experiencias interiores, como si ocurrieran a más de mil millas de distancia. Se mantienen siempre ajenos a todo lo que Dios obra en ellos, o podría obrar, sin espíritu de apropiación, sin atribuirse absolutamente nada de ello. Nada sienten de sí mismos, salvo su conciencia de ser una pura nada. Por eso, se consideran inferiores a todos los hombres.

Ellos son, con toda razón, los Cielos que el Padre inhabita, de los que el Evangelio dice: «*Sus ángeles siempre están contemplando el rostro de mi Padre, que está en los Cielos*»⁷⁸³.

Que nuestro Creador nos ayude a todos a llegar hasta aquí, para alabanza y gloria suya. Amén.

⁷⁸² Dado que los serafines, como el resto de los espíritus benignos, «cooperan con la acción de Dios en nosotros» (n. 1 de este sermón), el Amor que transmiten es el de Dios. Asimismo, la Luz que transmiten es divina.

⁷⁸³ Mt 18,10.

68. PRIMER SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN

LA ELEVACIÓN Y EL ABAJAMIENTO NECESARIOS PARA QUE DIOS MORE EN
NUESTRO FONDO

(V. 69, sobre Lc 19,5)

«Es necesario que hoy me quede en tu casa» (Lc 19,5).

[La necesaria renovación de la naturaleza humana del orante]

1. Hijos míos, hoy celebramos la fiesta de la Dedicación de la catedral de esta ciudad: Colonia⁷⁸⁴. Todos los ritos y ceremonias que la santa Iglesia celebra en fiestas como esta nos remiten y dirigen al hombre interior, en el que debería haber siempre una verdadera dedicación y una verdadera e incesante renovación. A la vez, nos invitan y nos exhortan a prepararnos bien para que Dios todopoderoso pueda celebrar perfectamente en nosotros el banquete nupcial.

La palabra «dedicación» significa *renovación*. Esta renovación exige que la naturaleza [humana] renuncie por completo a sí misma en todos los lazos y apegos que la atan a cualquier cosa creada fuera de Dios, [aunque] sean amigos o parientes. Ha de rechazarse también todo aquello que viene de fuera y proporciona un placer excesivo a la naturaleza, todo aquello en lo que esta se complace, ya sea en los sentidos o en las facultades, en cualquier práctica u obra. A este fin, los ejercicios corporales, como ayunos y vigiliias, ayudan mucho si la naturaleza puede soportarlos.

Ciertamente, hijos míos, no os dais cuenta de cuán oculta y astutamente la naturaleza busca lo que es suyo y experimenta un

⁷⁸⁴ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio se habla de la Dedicación de «este templo».

gran placer cuando creemos estar satisfaciendo una necesidad. Por eso, nuestro hombre racional debe mantener a raya al hombre animal, dominarlo y moderarlo en todo. Para conseguirlo, tiene que aplicarse a ello con enorme diligencia. Al principio, resulta muy molesto y doloroso dominar todo placer desordenado en la comida y la bebida, en la vista y el oído, en el moverse y el estar quieto, en las palabras y las obras. Pero si estos placeres enemigos, malolientes y animales, fuesen dominados en nosotros, en todo su desorden, llegaríamos a convertirnos en el óptimo *aroma de Cristo*, como dice el Apóstol: «Somos el buen aroma de Cristo»⁷⁸⁵.

[La elevación: los tres tipos de personas que logran renovar su naturaleza humana]

2. Cuando estos obstáculos han sido eliminados en el hombre, a este le sucede lo que se dice en el salmo [104]: «*Las nubes te sirven de carro, caminas sobre las alas del viento*»⁷⁸⁶. Cuando el hombre ha dominado sus inclinaciones terrenales, Dios establece en él su morada. La Escritura habla de tres clases de «alas» sobre las que [el Señor] camina. Las primeras son las de *paloma*; las segundas, las de *águila*; las terceras, las del *viento*.

Las *alas de paloma* simbolizan a los hombres puros que han sido agraciados con una santa simplicidad, sin la [amarga] hiel de juicios temerarios, de una insana desconfianza y de maliciosas interpretaciones de todo lo que ven en los demás. Son pacíficos y modestos, tranquilos y pacientes, imitadores de la dulce vida de nuestro Señor Jesucristo. Dios camina sobre las alas de estos hombres, sobre todas sus elevaciones, es decir, sobre su amor, sus deseos, sus nobles intenciones.

En segundo lugar, Dios camina sobre las *plumas del águila*. El águila, como todos sabemos, vuela tan alto que desaparece de la vista. Simboliza al hombre que se eleva interiormente hacia las

⁷⁸⁵ 2Cor 2,15.

⁷⁸⁶ Sal 104,3.

alturas con todas sus facultades⁷⁸⁷ y que, con toda la fuerza de su hombre interior y exterior, vuela tan alto por el conocimiento y el amor, que ninguna fuerza sensible puede alcanzarlo. Así camina Dios sobre las alas de estos hombres.

En tercer lugar, Dios camina sobre las *alas del viento*. El viento es rápido, veloz y ligero, de forma que no puede saberse «*de dónde viene ni adónde va*»⁷⁸⁸. Este viento representa al hombre íntimo, oculto, superior, deiforme, sellado con la Imagen de Dios. Este hombre está por encima de toda inteligencia y de todo lo que la razón pueda alcanzar por sus propias fuerzas. Asimismo, está por encima de todos los sentidos y, en su vuelo, regresa a su Origen, a su Ser no creado, donde se hace [en cierto modo] Luz en la Luz⁷⁸⁹. En esta Luz, en cierto modo, se apagan y se vuelven tinieblas todas las luces naturales e infusas que brillaron alguna vez por debajo de esta Luz, del mismo modo que frente al resplandor del sol refulgente se oscurece el brillo de las estrellas. Y así como la potente luz del sol oscurece el brillo de las estrellas, que nunca ha sido menos intenso que el de esta pasada noche, así la Luz que resplandece en este fondo [del alma] oscurece todas las luces naturales que alguna vez han brillado.

En ese fondo, la fuerza de esta Luz cobra tal intensidad que supera al espíritu, y este, en comparación con ella, parece más bien oscuridad frente a la inmensidad y la excelencia de aquella Luz, incomprendible para el hombre y para todas las criaturas. Pues toda inteligencia creada se comporta frente a esta Luz como los ojos de una golondrina frente al resplandor del sol. Si uno quisiera mirar fijamente al sol con sus débiles ojos, el sol mismo le parecería tinieblas, no solo por la poderosa intensidad de su luz, sino también por la debilidad de la mirada. A este respecto, un rey pagano⁷⁹⁰

⁷⁸⁷ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

⁷⁸⁸ Jn 3,8.

⁷⁸⁹ Sobre la expresión «Luz en la Luz»: ver sermón 21, n. 3 y sermón 69, n. 4.

⁷⁹⁰ Se trata del filósofo neoplatónico Porfirio, cuyo nombre en griego significa «vestido de púrpura», indumentaria típica del rey. Pero la cita pertenece realmente al *Liber viginti quattuor filosoforum*: «Deus est tenebra in anima post

escribe: «Dios es Tiniebla [que permanece en el alma] después de toda luz» y «Él es conocido en la ignorancia de la mente». Para nosotros, que nos llamamos cristianos, es motivo de vergüenza que un pagano, además rey, haya podido comprender esto, mientras nosotros lo ignoramos. ¡Ay!, ¿en qué nos ocupamos nosotros, desdichados?

[Las virtudes que ha de tener quien desea elevarse para ver a Dios.
El ejemplo de santa Hildegarda de Bingen]

3. En esta fiesta de la Dedicación se lee que Zaqueo tenía grandes deseos de ver al Señor, pero no podía debido a que «*era pequeño de estatura*»⁷⁹¹ y por ello «*subió a un árbol sicomoro*»⁷⁹². Del mismo modo, el hombre interior desea ver a Aquel que ha obrado en él estas maravillas y toda aquella tempestad [espiritual], pero es demasiado bajo y pequeño de estatura para ello. ¿Qué hará entonces? Debe «subir al árbol sicomoro», es decir, debe hacer todo lo que antes hemos dicho: dominar los sentidos y la naturaleza, y vivir para el hombre interior, sobre el cual, como habéis oído, camina Dios.

Para los sabios de este mundo, esto es la insensatez más grande que jamás se haya oído; es más, les parece una locura y una mera necesidad. También les parece esto una simple locura a aquellos que tienen tantos libros como se pueden comprar con cien marcos y se entregan con todo afán a su estudio. Pero tened por cierto, hijos míos, que esta es la necesidad que Dios ha elegido. Escucha al Señor, que dice: «*Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las revelaste a los niños*»⁷⁹³.

omnem lucem relictam» (XXI); «Deus est qui sola ignorantia mentis cognoscitur» (XXIII).

⁷⁹¹ Lc 19,3.

⁷⁹² Lc 19,4.

⁷⁹³ Mt 11,25.

La noble santa Hildegarda [de Bingen]⁷⁹⁴ tuvo una revelación bajo visiones maravillosas que pueden leerse en el libro de esta misma santa y verse pintadas en el comedor de nuestras monjas: hay dos pequeñas imágenes, una de las cuales está cubierta por un vestido de color azul celeste y no tiene ojos en la cara; sin embargo, su vestido estaba lleno de ojos por todas partes, significando el *temor de Dios*⁷⁹⁵, pero no tal como vosotros estáis acostumbrados a entenderlo, sino aquel temor que hace al hombre escrupulosamente atento a sí mismo en todos los lugares y circunstancias, en las palabras y en las obras. No tiene ojos ni rostro porque [el hombre que tiene este temor] se olvida de sí mismo, permaneciendo siempre el mismo, sea amado u odiado, alabado o vituperado. Está representado sin manos porque no toma nada para sí, no se aferra a nada, sino que en todo se abandona.

Junto a esta hay otra pequeña imagen [de santa Hildegarda] cubierta con un vestido pálido, con las manos elevadas hacia arriba. Ambas imágenes estaban con los pies desnudos. Esta última no tiene cabeza. Encima, bajo un fondo de oro purísimo, está representada la Divinidad sin rostro, toda de oro puro, y que es símbolo de la Divinidad desconocida [para el entendimiento humano]. Ese oro irradia desde arriba hacia esta imagen [de santa Hildegarda] ocupando el lugar de su cabeza, y así la Divinidad es su cabeza. Esta imagen simboliza la verdadera y desnuda *pobreza de espíritu*, cuya cabeza es propiamente Dios. El vestido de color pálido

⁷⁹⁴ Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179), es la primera y principal autora espiritual alemana medieval. Sus escritos influyeron enormemente en otros autores espirituales alemanes medievales, sobre todo en el grupo de autoras cistercienses del monasterio de Helfta, de la segunda mitad del siglo XIII, y en las autoras clarisas y dominicas del siglo XIV. También fue una importante referencia para el propio Taulero, el cual estudió su pensamiento espiritual en los años en los que él vivió fuera de Estrasburgo, de 1329 a 1346, aproximadamente. Se conservan algunas imágenes de santa Hildegarda, semejantes a las que habla Taulero en este sermón, en las que se representa simbólicamente el pensamiento espiritual de esta autora, la cual fue nombrada Doctora de la Iglesia por el Papa Benedicto XVI en 2012.

⁷⁹⁵ Sobre el concepto de «temor de Dios» que emplea aquí Taulero: ver sermón 26, n. 5.

representa la *simplicidad* en la conducta, que no presume ni se apropia de nada, y el libre y puro *abandono*. La desnudez de los pies expresa la *imitación* desnuda de la vida de nuestro Señor Jesucristo. El vestido de color azul celeste de la primera imagen es símbolo de la *inmutabilidad*, una inmutabilidad que no consiste en ejercitarse hoy y descansar mañana, sino en perseverar constante e inmutablemente hasta el fin. Las manos elevadas significan la *disponibilidad* para cumplir la voluntad de Dios, sea en la acción o en la pasividad.

Este es, hijos míos, el «árbol sicomoro» al que deben subir todos aquellos que han de ver a Dios en el modo más noble en la vida presente y en la futura.

[El abajamiento: el abandono de las inclinaciones naturales]

4. Pero veamos ahora qué dijo el Señor a Zaqueo ya subido al árbol: «Zaqueo, *date prisa, baja*»⁷⁹⁶. Así debes bajar tú [del «sicomoro»], es decir, de todas estas cosas, sin guardarte ni una sola gota [de los beneficios naturales que has obtenido al ver al Señor y que tienes como propios], sino que has de bajar a tu pura nada, a tu no poder nada, a tu no valer nada. «*Porque es necesario que hoy me quede en tu casa*»⁷⁹⁷, le dijo. Así pues, esto es necesario para ti.

Ahora, si el hombre ha subido al árbol y ha percibido cierta irradiación de la Verdad, pero no la posee ni ha llegado a ser propiamente suya, esto se debe a que aún siente cierta inclinación natural, [es decir,] a que la naturaleza [humana] todavía obra junto a la gracia [divina] en él, y [por ello] aún no ha llegado al verdadero abandono. [Pues] todo lo que obra la naturaleza tiene siempre alguna mancha y no es perfectamente puro. A este hombre, Dios le dice que baje, es decir, que se abandone y domine su naturaleza en todo aquello que ella posee como propio. «*Porque –dijo– es necesario*

⁷⁹⁶ Lc 19,5.

⁷⁹⁷ Lc 19,5.

que hoy me quede en tu casa». Este es un «hoy» eterno. Así dice después: «Hoy ha venido la salvación a esta casa»⁷⁹⁸.

Que la bondad y la clemencia de nuestro Creador nos concedan a todos esta salvación, Él que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

⁷⁹⁸ Lc 19,9.

69. SEGUNDO SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN

EL FONDO DEL ALMA ES «CASA DE ORACIÓN»

(V. 78, sobre Mt 21,23)

«*Mi casa será llamada “casa de oración”*» (Mt 21,13).

[La limpieza de nuestro templo interior]

1. Hijos míos, en el Evangelio del que se han tomado las palabras que acabáis de oír, nuestro Señor y Redentor nos enseña qué hay que hacer para que nuestro interior se convierta en casa de oración. Pues, como dice el Apóstol, «*vosotros sois templo santo de Dios*»⁷⁹⁹.

En primer lugar, hay que expulsar de este templo a «mercaderes» y «vendedores», es decir, las imágenes, las fantasías, los placeres que proporcionan las criaturas y la voluntad propia. Hay que lavar el templo con lágrimas para purificarlo. Ciertamente, todos los templos, sea este en el que nos hallamos, los que hay en Roma o en cualquier otra parte, no son santos por el hecho de ser edificios, sino porque Dios habita en ellos. Así, el alma es el amoroso templo de Dios, donde Él mora realmente cuando toda fealdad ha sido eliminada y expulsada de él. Pues ¿cómo va a habitar Dios donde se piensa en Él una sola vez y cuarenta veces en cosas totalmente frívolas?

Ya hemos explicado quiénes son los mercaderes y vendedores, y cuál es su negocio: vivir en su voluntad propia, en los placeres y satisfacciones de las criaturas. Y está fuera de discusión que todo el que desee que Dios habite y obre en él tiene que expulsar de su alma

⁷⁹⁹ 1Cor 3,16.

todo obstáculo y toda fealdad, esto es, todo el amor y la satisfacción cuya mismísima causa no es Dios.

Si uno dijera que diez obstáculos dañan menos que uno solo, como por ejemplo que el trato [excesivamente] familiar, el amor y la amistad de diez personas hacen menos daño que el de una sola, sería tomado por tonto. Hasta un niño puede darse cuenta de ese error y de que es más fácil vencer y expulsar a uno que a diez.

Sin embargo, ha de saberse que diez vicios identificados y reconocidos como tales no son tan peligrosos y perjudiciales como uno solo que no es reconocido y tenido por vicio, y en el que se permanece de manera pertinaz y obstinada. Por tanto, debemos temer humildemente nuestros pecados ocultos. Si el hombre se postra humildemente ante la divina misericordia, reconociéndose y confesándose pecador, puede hallar fácil remedio a su mal. Pero si es pertinaz y no busca más que justificar [su conducta], nunca podrá aplicársele la medicina, como tampoco puede ayudarse fácilmente a quienes consideran que su vida es recta y justa.

En consecuencia, guardaos de esta actitud como del mismo infierno o de la muerte eterna. Si uno preguntara al hombre más santo del mundo si ha llorado [sus pecados] tanto como debiera, respondería, sin duda alguna, que de ninguna manera, sino que aún no había derramado la milésima parte de las lágrimas que debía y que acababa de empezar [a derramar]. Y si así piensan hombres muy santos, tened cuidado de vosotros mismos. Ya que los buenos piensan así de sí mismos, es decir, que no han hecho más que empezar a llorar, quizá alguien se pregunte si es que se ha de llorar siempre. Nuestra respuesta es: sí y no. [En cualquier caso,] nadie debe estar convencido de que ha superado ningún obstáculo⁸⁰⁰, por pequeño que sea.

Luego, cuando el templo del alma ha sido purificado y los mercaderes han sido expulsados de él, es decir, cuando todas las

⁸⁰⁰ En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «alguna práctica». En la edición de De Blasio se indica a pie de página: «alguna devoción», «algún pecado» o «algún defecto».

imágenes de las criaturas y toda la satisfacción que estas proporcionan han sido eliminados, de forma que ya no vuelves a aceptarlos ni a darles acogida en tu interior con plena voluntad y consentimiento, entonces, si esos perversos «mercaderes» irrumpieran otra vez con sus mercancías, se verían obligados a retirarse. Y aunque se demoraran un poco en contra de tu voluntad y sin tu permiso, no te causarían daño alguno. Por mucho que se demoren, tendrán que salir por la misma puerta por la que entraron. Y si encuentran en ti algún rastro de suciedad, aunque lleve allí adherido veinte años, tendrán que llevárselo con ellos y dejar el templo limpio, siempre que su demora en salir sea sin tu consentimiento y permiso. Por ejemplo, si la soberbia, la avaricia, la lujuria o cualquier otra falta están en ti en contra de tu voluntad, no solo no te manchan, sino que incluso te limpian y te purifican. «Pues sabemos –dice el Apóstol– que a los que aman a Dios todas las cosas cooperan para su bien»⁸⁰¹.

[La devoción]

2. Luego dice el Señor: «*Mi casa será llamada “casa de oración”*». Para la oración se requiere *devoción*. ¿Y qué es la devoción? La devoción es como *una consagración [amorosa] a Dios*, como un *atarse interiormente a Él con un impulso de eternidad*. Por tanto, cuando te consagras y te atas así a Dios, tienes devoción, dondequiera que estés o cualesquiera que sean las buenas obras que hagas, de cualquier género que sean.

Para la devoción no es necesario que exultes siempre de alegría o experimentes una gran dulzura. Esas son cosas accidentales [es decir, no esenciales]. La esencia de la devoción reside en esa consagración de sí, en ese unirse o atarse [amorosamente] a Dios. Esta devoción tiene gran poder y eficacia: actúa como los arietes contra un muro; pronto los muros caen y al hombre se le abre la entrada al Reino de Dios, que está dentro de nosotros.

⁸⁰¹ Rom 8,28.

[Las tres condiciones para entrar en el Reino de Dios, en el fondo del alma]

3. San Hilario habla de tres condiciones por las que se llega directamente a este Reino. La primera es una *fe verdadera*; la segunda, un *conocimiento espiritual* de Dios; la tercera, la *oración*.

[La fe viva]

¿Qué es la *fe*? Sin duda, no todos los cristianos son personas de fe. Es más, así como en el cementerio yacen muchos muertos, así dentro de la santa Iglesia hay muchos que parecen estar vivos, pero que en realidad están muertos. ¿Qué es, pues, una *fe viva*? Es un *impulso vivo* que [por gracia divina] brota del interior [del hombre] hacia Dios y hacia todo lo divino. Cuando un hombre ve u oye algo relacionado con la fe, sea sobre la humanidad de Cristo o su Divinidad, sea sobre la gloriosa y venerable Trinidad o sobre cualquier otra cosa, si tiene una fe viva dentro de él, [entonces] comprende, de forma más clara y manifiesta de lo que muchos teólogos podrían probar con sus argumentos, que Dios existe y que está [vivo] en él. [La fe viva], en efecto, vive y reside en aquel Reino íntimo donde esta vida [o impulso vivo] mana de su mismísima fuente [que es la gracia divina].

Pero hay personas, cuyo número desgraciadamente es muy grande, que aspiran a la vida [de la fe viva], pero llega una nubecilla, por pequeña que sea, y la cubre y la oculta con suma facilidad. Es como si el brillo del sol fuera una cosa viva que se mueve, y una nube la interceptara: [entonces] esa cosa viva, sin duda, desaparecería. Del mismo modo, puede ocurrir que alguna nube de pecado cubra completamente y extinga esta vida [de la fe viva] en tales personas, porque en ellas es muy débil.

Pero si una nubecilla de pecado envuelve a aquellos que llevan una vida [interior] auténtica y tienen una fe viva –pues todos somos débiles e inclinados al pecado–, el «brillo del sol», es decir la vida [de la fe viva], atraviesa aquella nube y reaparece rápidamente porque en dichas personas tiene raíces estables. Por eso [la fe viva]

vuelve, atraviesa la nube y se aleja de ella rápidamente. Mientras aquellos otros caen, estos perseveran.

[Pues bien,] la razón de la caída es esta: [estas personas] no entran en su interior y, si lo hacen, lo que encuentran en él es un «perro muerto», e incluso maloliente. Puesto que está muerto: ¡que lo echen fuera! Es decir, encuentran a un hombre [interior] tibio, frío, árido, muerto, a quien le resulta pesado y cargante todo lo que es divino y tiene que ver con Dios. [Estas personas,] si al menos mantuvieran cierto apego a la vida [de la fe viva], por pequeño que fuera dicho apego, se salvarían y, finalmente, si murieran en ese estado, alcanzarían la felicidad del Cielo, aunque más tarde.

Pero puede ocurrir fácilmente que estas personas caigan, puesto que no conocen ningún camino ni modo de entrar en su interior. Viven únicamente [pendientes de] las cosas exteriores y se vuelven estériles, vacías, áridas, completamente extrañas y desconocidas para sí mismas.

Sin embargo, aquellos hombres nobles y vivos permanecen en la vida [de la fe viva], la experimentan interiormente y son instruidos en el conocimiento de la vida interior y de la verdad. Todo lo divino que se les presenta desde fuera, despierta la vida interior y estimula en ellos una propensión, un amor y una complacencia que no hay en los otros. Realmente, viven en el Reino interior y gustan de él. Esto queda completamente escondido y oculto para aquellos que no llegan a él.

[El conocimiento espiritual]

4. La segunda condición es el *conocimiento espiritual* de Dios, un conocimiento que se encuentra en este Reino [interior]. No hace falta esforzarse mucho ni buscarlo lejos. Se encuentra aquí [en el fondo del alma], [y aquí] se descubre y se revela a sí mismo. Esta Luz resplandece aquí. A este Reino se entra por la puerta principal y el camino recto, no por la puerta de atrás. De quienes han llegado

hasta aquí puede decirse con razón: «*El Reino de Dios está dentro de vosotros*»⁸⁰². Ellos encuentran la Verdad que ignoran cuantos no habitan en su casa, es decir, en su interior, y que conocen solo aquellos que moran en ella. Encuentran aquí lo que, según Dionisio [Areopagita], está por encima de la razón, del pensamiento y del intelecto: la Luz en la Luz.

Los grandes teólogos de París leen [intelectualmente] gruesos volúmenes y pasan sus hojas. Y eso está bien. En cambio, las personas de vida interior «leen» [espiritualmente] el libro de la vida, en el que todo está vivo; recorren el Cielo y la tierra, y en ellos «leen» [espiritualmente] las maravillosas obras de Dios. Avanzan hasta el conocimiento distinto de los ángeles y, después, llegan a la más alta y excelente comunicación con la santa y venerable Trinidad, contemplando allí cómo el Padre ha generado eternamente al Hijo, cómo el Verbo eterno es dicho⁸⁰³ eternamente en el Corazón del Padre⁸⁰⁴, cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, cómo la santísima Trinidad se derrama en todos los espíritus bienaventurados, y cómo estos, a su vez, se derraman de nuevo en Ella en una maravillosa beatitud.

A esta beatitud se refiere el Señor cuando dice: «*Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*»⁸⁰⁵. Esta es la verdadera vida en este templo [del fondo del alma], este es el verdadero y noble espectáculo, aquí está el Sumo Pontífice en su propio palacio, aquí, finalmente, se ha alcanzado este Reino. Aquí está Dios presente, y en su presencia desaparecen todo el sufrimiento, todo el dolor, todas las miserias y todas las aflicciones. Esto lo saben solo quienes lo han experimentado.

[En efecto,] todos los maestros ricos en *ciencia* no lo conocen porque no tienen *experiencia* de ello. Pero el hombre que lo ha

⁸⁰² Lc 17,21.

⁸⁰³ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio, en lugar de «es dicho», dice «juega».

⁸⁰⁴ Cf. Prov 8,30.

⁸⁰⁵ Jn 17,3.

experimentado a lo largo de esta vida: en la vida futura estará más cerca de Dios y esa experiencia se hará en él más evidente, Dios será más alabado en él y será siempre el más feliz de todos.

[La oración de recogimiento]

5. La tercera condición que menciona este santo es la *oración*. Pero ¿qué es la oración? En primer lugar, según dicen unos, «la oración es la elevación de la mente a Dios»⁸⁰⁶ [o la elevación del *espíritu* a Dios].

En un sentido más íntimo, la oración es *el recogimiento unitivo del espíritu creado [del hombre] en el Espíritu increado de Dios en virtud de un designio determinado por Dios desde la eternidad*. Quienes oran así «son verdaderos adoradores que adoran al Padre en espíritu y en verdad»⁸⁰⁷, y el Padre desea ser adorado por ellos, como dijo el Señor. Estos reciben todo lo que piden y encuentran todo lo que buscan⁸⁰⁸.

En esta oración se encuentra y se pierde algo. ¿Qué se pierde? El templo [interior], el espíritu y todo aquello de lo que hablamos antes. ¿Adónde van esas cosas? Fluyen a Dios y se hacen un solo espíritu con Él, como dijo el Apóstol: «*Quien se une a Dios es un solo espíritu con Él*»⁸⁰⁹. Qué es esta unión y cómo se hace, es mejor experimentarlo que decirlo. Todo lo expresado al respecto, comparado con la verdad de lo que es, es tan poca cosa como la punta de una aguja en comparación con la inmensa mole del cielo.

Que Dios nos conceda experimentar esta unión y que la santa y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se digne ayudarnos a conseguirlo. Amén.

⁸⁰⁶ Esta definición se encuentra literal en Juan Damasceno, *Exposición de la fe*, III, 24.

⁸⁰⁷ Jn 4,23.

⁸⁰⁸ Cf. Mt 7,7-11.

⁸⁰⁹ 1Cor 6,17.

**70. SERMÓN PARA EL DECIMONOVENO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA
DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

LA RENOVACIÓN DEL ESPÍRITU HUMANO EN EL ESPÍRITU DE DIOS

(V. 56, sobre Ef 4,23)

«Renovaos en el espíritu de vuestra “mente”» (Ef 4,23).

El Evangelio de hoy trata sobre el paralítico curado por el Señor.⁸¹⁰

1. Dice el Apóstol:

«Renovaos en el espíritu de vuestra “mente”⁸¹¹, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad con verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros. Airaos, pero no pequéis. No se ponga el sol sobre vuestro enojo. No deis lugar al diablo. El que robaba, que no robe más, sino que trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad»⁸¹².

Hijos míos, estas son palabras de la carta de hoy, que nos escribe el muy amable y venerable príncipe, el apóstol Pablo, una carta cargada de significado y nobles enseñanzas. Entre estas, debemos prestar especial atención a aquellas con las que nos exhorta

⁸¹⁰ Mt 9,1-8.

⁸¹¹ En este sermón, Taulero da un significado especial a este término, por ello, nosotros lo vamos a entrecomillar siempre, incluso en el propio texto bíblico. Hugueny-Théry-Corin lo traducen como «vouloir foncier», que viene a significar, aproximadamente, «voluntad básica» o «voluntad fundamental», aunque tiene una difícil traducción. El término empleado por san Pablo es «tou noós», cuyo sustantivo es «nous», que significa: «mente», «inteligencia», «entendimiento», «razón». En la Vulgata aparece con el término «mentis».

⁸¹² Ef 4,23-28.

tan dulcemente a renovarnos en el espíritu de nuestra «mente» [o dicho de otro modo, a renovar espiritualmente aquello que el Apóstol llama «mente», y que más adelante veremos]. El propio Apóstol, queriendo enseñarnos cómo se debe hacer esto, es decir, cómo se llega a esta renovación, nos da a entender que debemos hacer unas cosas y huir de otras.

Primero nos propone lo que debemos hacer: «*Renovaos en el espíritu de vuestra "mente", y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*».

Después explica las cosas de las que debemos huir, que son tres, y que hemos de evitar necesariamente si queremos alcanzar esta renovación. En primer lugar, hay que renunciar a toda *mentira*: todos hemos de decir la verdad a nuestro prójimo. En segundo lugar, hay que dominar la *ira*. En tercer lugar, no se debe *robar*. Quien desea renovarse tiene que huir necesariamente de estas tres cosas; si no lo hace, su deseo de renovación será en vano.

[El conocimiento de nuestra verdadera motivación]

2. Pero ¿qué es mentir? Respondemos a ello brevemente: es mentira todo lo que una persona manifiesta exteriormente, con signos o con su aspecto externo, con palabras u obras, sin que lo sienta en su corazón. Hay mentira cuando la boca disiente del corazón y el corazón de la boca, [es decir,] cuando ambos se contradicen.

En este sentido, hay muchos que llevan la espiritualidad y la devoción en sus hábitos y en su apariencia [exterior], pero carecen por completo de verdadera santidad [interior]. Sus corazones son mundanos, entregados a las criaturas y están poseídos por ellas. No hablo aquí de gente del mundo [es decir, de personas seculares], sino de «corazones mundanos», es decir, de aquellas personas que se deleitan, voluntaria y deliberadamente, en las realidades temporales, efímeras y caducas; aquellas personas cuya verdadera motivación no es Dios, sino la búsqueda del placer en aspectos diversos, como el vestido y las joyas. Y cuando se les reprende por

ello, se indignan y se enfurecen, ponen excusas extrañas, incluso falsas, diciendo [, por ejemplo,] que aún son jóvenes y deben distraerse, y que lo hacen para servir a Dios mejor, con un ánimo más dispuesto y voluntario. Pero eso es una burda mentira. ¿Cómo van a servir mejor a Dios dando acogida en su alma a cosas que expulsan a Dios de ella? ¿Cómo un Dios amoroso, valioso y glorioso no te va a renovar mucho mejor que esas criaturas míseras y volubles, que antes arruinan al hombre y lo inducen al error? [En efecto,] esa excusa, como he dicho, es falsa, como se puede comprobar fácilmente.

Hay otros mentirosos, más religiosos que los anteriores. Estos hacen buenos y santos ejercicios, pero en ellos buscan [egoístamente] su propio yo, su interés personal, en lugar de a Dios. Así viven treinta o cuarenta años, incluso más, sin conocerse ni a sí mismos ni su verdadera intención. Pero esta ignorancia no los excusa. Deberían examinar cuidadosamente cuál es su verdadera motivación. Así podrán conocerse más a fondo y descubrir que su verdadera meta es Dios, no ellos mismos, ni su interés, ni el placer, ni su utilidad, ni su recompensa, ni [siquiera] el Reino de los Cielos [en cuanto tal].

Pero para que el hombre conozca su verdadera motivación se necesita un esfuerzo enorme, diligente, constante. Es preciso dedicarse a ello día y noche, estudiarse, ser crítico con uno mismo, explorarse, examinarse y ver cuál es el verdadero estímulo en todas sus acciones. Con todas sus fuerzas, debe dirigir y orientar inmediatamente a Dios todo lo que hace. Al hacer esto ya no miente.

Pero todas las buenas obras que el hombre realiza por una motivación distinta de Dios, en todas ellas se hace reo de la mentira y todas son mentira. Pues todas son buenas [solo] en la medida en que tienen a Dios como fin y meta.

[El dominio de nuestra ira]

3. En segundo lugar, el Apóstol recomienda dominar la ira, pues tiene presente lo que dijo el profeta [David]: «*Airaos y no*

pequéis»⁸¹³. El sentido de este versículo es que, valiéndonos de la facultad irascible, debemos rechazar [interiormente] con energía todo lo que [vemos en otros que] es contrario a Dios y [solo debemos] mostrarlo [exteriormente] en su lugar y en su tiempo [oportunos, esto es:] cuando es posible corregirlo y nos incumbe hacerlo.

Pero, lamentablemente, hay personas que, mientras pretenden corregir los errores y defectos ajenos, ellos mismos caen más gravemente en esos pecados. Son personas que reprenden con cierta amargura y pasión, empleando palabras duras y ásperas, mostrando una expresión amenazadora y gestos inconvenientes, con lo que perturban no solo su propia paz, sino también la de aquellos a los que quieren enmendar. Pero algunos [a estos hombres irascibles] los excusan diciendo que están mal de la cabeza. De acuerdo, pero, de ser así, ¿qué tiene que ver su cabeza enferma con los demás? [Aunque tengan mal la cabeza, eso no les impide] que se perdonen a sí mismos y perdonen a los otros.

Si [lo que ocurre es que] no saben enfadarse [como conviene], que no lo hagan, pues saber enfadarse es un gran arte. Quienes dominan este arte, se enfadan, pero no pecan, como tenemos preceptuado. ¿Qué sentido tiene apagar el incendio de una casa ajena y prender la propia? Que perdonen [y reparen] su propia casa antes que la ajena. De no ser así, mientras quieren curar la pequeña herida de su prójimo, infligirán otras dos o tres más graves.

Luego dice el Apóstol: «*No se ponga el sol sobre vuestra ira*»⁸¹⁴. Lo que este versículo quiere decir es que, si un hombre tiene alguna diferencia o conflicto con el prójimo, debe hacer todo lo posible por reconciliarse con él antes de la puesta del sol físico. Pero el Apóstol se refiere [también] al sol racional, es decir, a la razón. Quien rehúsa observar esta enseñanza de san Pablo y quita la paz a sus prójimos, ese, con toda certeza, pierde a Dios y su gracia, así como todo el

⁸¹³ Sal 4,5 (Vulgata).

⁸¹⁴ Ef 4,26.

mérito que hubiera acumulado hasta entonces. Todo esto desaparece por completo.

[El dominio de nuestra ambición]

4. En tercer lugar, el Apóstol manda que evitemos *robar*. Pero, antes de nada, veamos qué es robar. Una persona roba cuando se apropia de algo material o espiritual que no es suyo. Esto se refiere especialmente a religiosos y eclesiásticos, que muy a menudo usurpan o ambicionan honores, privilegios y cosas semejantes, en las que no buscan a Dios ni usan de ellas como deberían y como Dios exige, sino que, muy al contrario, cometen una intromisión.

Hijos míos, que nadie pretenda algo así. Si uno obtiene algún privilegio, acéptelo «*con temor y temblor*»⁸¹⁵. Pues puede suceder que después se le despoje de él en forma muy poco honrosa y venga otro a ocupar su lugar⁸¹⁶. Yo mismo, durante muchos años, no me atreví a pensar que era hijo de santo Domingo ni a considerarme fraile de la Orden de Predicadores, pues me juzgaba completamente indigno [de ello].

El robar debe considerarse también en relación con las limosnas. Aceptar limosnas es algo verdaderamente peligroso. Ha de tenerse en cuenta la finalidad para la que se las emplea y la causa por que se las recibe, así como si se ha hecho lo suficiente para merecerlas justamente. Yo mismo, aunque el Antiguo y el Nuevo Testamento me permiten recibir limosnas en virtud de mi sacerdocio –«*Pues los que sirven al altar, deben vivir del altar*»⁸¹⁷–, sin embargo, todo mi ser tiembla aún al recibirlas. De hecho, si yo hubiera sabido, cuando vivía en casa de mis padres, lo que ahora sé, habría vivido de los bienes recibidos en herencia antes que de las limosnas. Tan peligroso es hacer un uso indigno de ellas.

⁸¹⁵ Fil 2,12.

⁸¹⁶ Cf. Lc 14,8-10.

⁸¹⁷ 1Cor 9,13.

[¿Qué es el alma humana?]

5. Volvamos a las palabras del Apóstol: «*Renovaos en el espíritu de vuestra "mente"*».

El alma del hombre es llamada de modos diferentes según su actividad y sus diversos aspectos:

Se le llama «alma» en cuanto que da vida al cuerpo, y por esta razón está en cada uno de los miembros suministrándoles movimiento y vida.

A veces se le llama «espíritu», cuando está unida a Dios tan estrechamente que supera toda medida. Y puesto que «*Dios es Espíritu*»⁸¹⁸, también el alma es espíritu. De aquí nace una perpetua inclinación y una mirada constante a su «Fondo originario», [a la Fuente] de la que ha emanado. Y en virtud de su naturaleza espiritual, [el espíritu] se vuelve y tiende hacia su Origen, cuya semejanza tiene. Esta tendencia del espíritu a [unirse a] Dios jamás cesará, ni siquiera en los condenados [al infierno].

También se le llama «espíritu profundo»⁸¹⁹. Ciertamente, este espíritu profundo es una cosa admirable y deliciosa. En él se unen todas las facultades superiores [o incorpóreas⁸²⁰]: memoria, entendimiento y voluntad. Pero, en sí mismo, es superior a ellas y tiene algo más: un objeto interior y esencial que es superior a la actividad de dichas facultades. Mientras el espíritu profundo está en orden y adecuadamente orientado a Dios, todo lo demás está bien. Pero si se aleja de Dios, todo lo demás se aleja también, seas consciente de ello o no.

⁸¹⁸ Jn 4,24.

⁸¹⁹ *Animus*. Hugueny-Théry-Corin lo traducen como «vouloir foncier», aunque, como ya hemos dicho, también traducen así lo que en la edición de Surio nosotros hemos traducido como «mente». De Blasio y Belski traducen como «spirito profundo».

⁸²⁰ Sobre las facultades superiores o incorpóreas: ver nota 13.

Además, al alma se la llama también «mente»⁸²¹. Este es el fondo en el que late escondida la imagen de la Santa Trinidad, cuya nobleza y dignidad son tan grandes que es imposible denominarlas con un nombre cierto y propio. Unas veces se le llama «fondo», otras «centro del alma»⁸²². Así como a Dios no se le puede poner un nombre propio, tampoco podemos ponérselo a este fondo del alma – o «mente»–. Por eso, si a alguien se le permitiera ver cómo Dios inhabita este fondo y existe en él, esa misma visión le haría bienaventurado. La afinidad y la proximidad de este fondo a Dios es tan fuerte e inefable que nadie se atreve a hablar mucho de ello; en realidad, ni siquiera puede.

Por tanto, el Apóstol dice: «*Renovaos en el espíritu de vuestra "mente"*». La «mente», mientras está en orden, tiene esa propensión o repliegue hacia este fondo, donde la Imagen [de Dios⁸²³] reposa [elevada] muy por encima de las facultades. La actividad de esta «mente» supera tanto en grandeza, excelencia o nobleza a la actividad de las facultades como una cuba enorme llena de vino a una sola gota. En esta «mente» es donde debemos renovarnos mediante un constante repliegue hacia este fondo, continuamente orientados hacia él, con un amor activo y la atención fija en Dios, de forma inmediata. No es imposible para esta «mente» mantener esa unión constante con Dios y centrar su atención en Él, aunque las facultades no puedan.

⁸²¹ Solo aquí Hugueny-Théry-Corin ponen literalmente «mens» (es decir, «mente» en latín).

⁸²² Toda esta terminología que emplea aquí Taulero para definir el término «mente», parece hacer referencia a lo que el Maestro Eckhart llama «chispa del alma», es decir, el lugar más íntimo de nuestra alma, donde Dios se hace presente en ella. En el sermón 53, n. 2, Taulero habla detenidamente sobre la «chispa del alma», llamándola también «centro del ser» e «imagen de la santísima Trinidad».

⁸²³ En la edición de De Blasio dice «de la Trinidad». Sobre la presencia de la Imagen de Dios en el fondo del alma ver: sermón 37, n. 5; sermón 53, n. 8; sermón 62, n. 5; sermón 77, n. 2.

[El retorno del espíritu humano a su Origen]

6. Así es como debe renovarse el espíritu de nuestra «mente». Puesto que «*Dios es Espíritu*», el espíritu creado [del hombre] debe unirse a Él, elevarse y abismarse en el Espíritu increado de Dios con una «mente» desnuda y libre. El hombre, en su estado increado, existía eternamente en Dios; ahora debe retornar completamente a Él en estado de criatura.

Los teólogos suelen plantearse la cuestión de si el espíritu perece cuando el hombre se vuelve voluntariamente hacia las realidades percederas y caducas. La mayoría responde que sí. Pero un insigne y destacado doctor afirma que en el mismo instante en que el hombre retorna a Dios con toda su «mente» y con íntegra voluntad, volviendo a unir su espíritu al Espíritu de Dios por encima del tiempo, se recuperan todas aquellas cosas que alguna vez estuvieron perdidas. Y si mil veces al día pudiera hacerlo, otras tantas se realizaría una verdadera renovación. Es más, en esta obra interior se hace la renovación más verdadera y pura que pueda haber. [Así lo expresa el propio Dios por medio del salmista:] «*Hoy te he engendrado*»⁸²⁴.

Cuando el espíritu se abisma todo en su intimidad más propia y se funde en lo más íntimo de Dios, allí es renovado y reformado. El espíritu es tanto más impregnado y transformado por el Espíritu de Dios cuanto más ordenada y puramente ha seguido este camino, y cuanto más perfecta y puramente ha buscado a Dios. Pues Dios se derrama en el espíritu como el sol físico y natural difunde su luz en el aire y transforma todo el aire en su propia luz, de forma que el ojo humano no es capaz de captar la diferencia entre la luz y el aire ni discernir al uno de la otra. Con más razón, será imposible distinguir al espíritu creado del Espíritu increado en esta unión divina y sobrenatural, donde el espíritu es raptado y absorbido en el abismo de su Origen. Creedme, si en esta unión fuera posible ver al espíritu,

⁸²⁴ Sal 2,7; Hb 1,5.

sin duda, podría creerse que es Dios mismo [aunque sabemos bien que no lo es].

[El recogimiento esencial, en el puro abandono]

En esta renovación e introversión, el espíritu se eleva por encima de sí mismo como ningún águila se ha elevado [jamás] en su vuelo ante el sol físico, ni como el fuego, en su movimiento hacia lo alto, buscando el cielo. Aquí el espíritu vuela al encuentro de la divina Tiniebla, de la que Job dice: «*Al hombre, cuyo camino ha sido escondido, Dios lo rodeará de Tiniebla*»⁸²⁵, la Tiniebla de la incognoscibilidad divina, donde Dios está muy por encima de todo lo que podamos atribuirle, sin nombre, sin forma, sin imagen, por encima de todo modo y de todo ser.

Este es, queridos hijos, el recogimiento esencial, al que favorece de manera especial el silencio de la noche y la soledad apacible. Por eso, cuando el hombre ha disfrutado de un buen sueño antes de [el rezo comunitario de] Maitines [que se reza a medianoche], debe sustraerse a todos sus sentidos y facultades sensibles. [En efecto,] una vez acabado el rezo de Maitines, [dicho hombre] debe recogerse en lo más íntimo de su alma con todas sus facultades y abismarse trascendiendo toda forma e imagen, más allá de todos los sentidos. Entonces, al contemplar su pequeñez, el hombre no ha de pensar en acercarse a aquella noble Tiniebla de la que un filósofo pagano⁸²⁶ dice: «Dios es una Tiniebla después de toda luz».

Y ante aquella Tiniebla de la incognoscibilidad divina, el hombre ha de abandonarse simplemente, no preguntar nada, no pedir nada, sino solo centrar su atención en Dios y amarlo. Y [entonces, el hombre], con un amor activo, debe poner en manos de

⁸²⁵ Job 3,23 (Vulgata). Taulero hace una interpretación diferente de este pasaje en el sermón 61, n. 5.

⁸²⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin, en lugar de «un filósofo pagano», dice «un santo». La cita, prácticamente en su literalidad, se encuentra en el *Liber XXIV filosoforum*, XXI: «Deus est tenebra in anima post omnem lucem relictā».

ese Dios desconocido –en su oscura y misteriosa voluntad– todas sus cosas, sus defectos y pecados, todos sus asuntos y proyectos. Fuera de esta voluntad misteriosa de Dios, [el hombre] no debe querer nada, ni buscar nada, ni modo, ni reposo, ni actividad, ni esto o aquello, ni esta o aquella razón. Ha de bastarle abandonarse y ofrecerse a esta voluntad desconocida de la Divinidad.

[La caridad es más importante que la contemplación]

7. Y si este hombre, por disposición divina, tiene que dejar esa obra tan noble y elevada para atender a un enfermo –por ejemplo, preparándole una tisana–, debe hacerlo con gran paz.

[Del mismo modo,] si yo me encontrara disfrutando de esa experiencia [de recogimiento] y me viera obligado a abandonar dicha obra [interior], que es tan elevada, para predicar o para realizar cualquier otra obra exterior, podría ocurrir que Dios, en esa actividad exterior, no solo se me hiciera más presente, sino que también obrara bienes mayores que en ese estado de sublime contemplación.

En consecuencia, estos hombres nobles, cuando se han ejercitado bien en este recogimiento interior, durante la noche y un rato también por la mañana, deben cumplir en paz con sus obligaciones, según Dios lo haya dispuesto para cada uno. Durante sus obligaciones, estarán atentos a Dios, seguros de que Él dispensará mayores beneficios en estas obras externas que en la contemplación.

Así pues, esto es lo que dice el Apóstol: que trabajemos con nuestras manos «*lo que es bueno*»⁸²⁷, para nosotros mismos y para nuestro prójimo, en el modo en que cada uno lo necesite.

8. Estas personas son verdaderamente «*pobres de espíritu*»⁸²⁸ que han renunciado a sí mismas y a su propio interés, y que

⁸²⁷ Ef 4,28.

⁸²⁸ Mt 5,3.

obedecen a Dios pronta y alegremente en cuanto oyen su llamada, sea para la quietud, sea para el trabajo.

Los más jóvenes y principiantes deben entregarse mucho tiempo a Dios y a la vida interior –¡pues les es tan necesario!– hasta que conviertan este ejercicio en hábito o este pase a formar parte de su naturaleza. De no ser así, corren el peligro de exteriorizarse tan frecuentemente que acaben llevando una vida puramente exterior. Si alguno de estos hombres no siente a Dios y, lejos de irle bien las cosas, experimenta una gran aridez, debe sufrir pacientemente esta pobreza. Pues aprovechará mucho más en la paciencia y el abandono que en la actividad y la abundancia. En esos momentos, debe apoyarse simplemente en su santa fe.

Ciertamente, es imposible expresar –es más, ni siquiera es posible pensar o imaginar– cuán grande es el progreso de tales hombres en cada uno de sus pensamientos, palabras y obras, por mínimos que sean y por poca importancia que tengan. Por medio de ellos, adquieren una dignidad [espiritual] inmensa y un enorme provecho. Una larga vida produce en ellos inmensos frutos, pues su renovación y su crecimiento son muy grandes si recorren rectamente el camino que hemos descrito y no se detienen en ninguna de las cosas que habéis oído antes. Ni siquiera ellos mismos son conscientes de su felicidad, sino que viven en gran simplicidad y humildad. Dios les oculta la excelencia de su estado, pues la naturaleza se exalta rápida y fácilmente.

[Los verdaderamente humildes]

[Sin embargo,] si viera a uno *verdaderamente humilde*, Dios no dudaría en revelárselo. Pero, desgraciadamente, ¡hay tan pocos! Pues quien es verdaderamente humilde, cuanto más conoce su honor, tanto más se abisma en [la nada de] su fondo y no se atribuye ningún bien. El progreso de estas personas se realiza especialmente en el sufrimiento, pues Dios las pone a prueba.

Y cuantos conviven con ellas también las ponen a prueba. [En efecto,] si en una comunidad se encuentran una o dos personas

[verdaderamente humildes], todos los demás los golpean, como martillos, con la dureza de sus palabras y acciones. En el pasado, eran paganos y judíos quienes martirizaban a los santos; pero, ahora, gentes que parecen santos y presumen de hacer grandes obras, son quienes los torturan y los hacen mártires. Esto penetra hasta la médula de sus huesos, pues les acusan de vivir en el error, mientras que sus atacantes [se vanaglorian] de su mucha experiencia, de haber oído a destacados predicadores y de tener mucho conocimiento. [Por desgracia,] ante estos ataques, los verdaderamente humildes empiezan a dudar sobre lo que deben hacer o adónde tienen que ir.

Pero tú, quienquiera que seas, ten paciencia, abandónate, busca la soledad, guarda silencio y habla al Señor interiormente, diciéndole: «Dios mío, tú sabes que eres lo único que yo quiero, lo único que yo busco». [Ten en cuenta que] esos [atacantes] pretenden gobernar y dirigirlos a todos por el mismo camino [espiritual]. Pero eso no puede ser, pues cada uno debe vivir según su vocación [es decir, según la voluntad del Espíritu Santo].

Así pues, hijos míos, debemos renovarnos «*en la justicia y santidad de la Verdad*»⁸²⁹, pues toda nuestra justicia y santidad son absolutamente nada, como dice el profeta [Isaías]: «*Toda nuestra justicia es como paño de menstruada*»⁸³⁰. Por tanto, debemos confiar no en nuestra justicia y santidad, sino en la de Dios; no en nuestros modos o palabras ni en nada nuestro, sino en Dios mismo.

Que Dios nos conceda abismarnos profundamente en Él, y perdernos de tal manera, que nos renovemos en la Verdad y seamos encontrados en Él. Amén.

⁸²⁹ Ef 4,24.

⁸³⁰ Is 64,5.

71. SERMÓN PARA LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

LAS BIENAVENTURANZAS

(sobre Mt 5,1-12⁸³¹)

«Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo: “Bienaventurados...”»
(Mt 5,2).

1. Amados hijos, este monte al que subió el Señor es su misma bienaventuranza y esencia, en la que es uno con su Padre. «Y una gran multitud lo seguía»⁸³². Esa multitud es la de los santos, cuya festividad celebramos hoy. Todos ellos han seguido a Dios, cada uno en la vocación a la que Él los llamó. En esto hemos de imitarlos nosotros: debemos reflexionar detenidamente acerca de nuestra propia vocación, descubrir cuál es aquella a la que Dios nos ha llamado y seguirla.

Nosotros debemos honrar fervorosamente a estos grandes santos. Si alguien pregunta cuál es la más alta honra que podemos tributar a los santos, le respondo en pocas palabras: un desapego libre y aligerado de toda carga [que impide seguir el camino de Cristo], y un abismamiento en aquel noble fondo en el que ellos se han perdido [a sí mismos para salvar su vida⁸³³] y [gracias a ello] han encontrado la felicidad suprema [en Dios]. Sumérgete con ellos en este fondo, seguro de que no puedes tributarles mayor honor ni hacerles nada más grato.

⁸³¹ Corresponde al sermón 84 (Helander).

⁸³² Mc 5,24.

⁸³³ Cf. Lc 9,24.

[Los diversos grupos de seguidores de Cristo que ha habido a lo largo de la historia]

2. Veamos ahora cómo esta multitud de santos han seguido a Dios según la forma en que cada uno ha sido llamado.

Primero, los *patriarcas* del Antiguo Testamento lo siguieron con ardientes deseos, creyendo en su venida. Estaban poseídos de Dios por medio de un amor y una esperanza santos, libres y desposeídos –interiormente, pero no exteriormente– de todo lo que no era Dios. Y en su gran amor, hacían partícipe al pueblo elegido de todo lo que tenían para que no sufrieran ninguna penuria aquellos de quienes había de nacer Cristo. No se atribuían ningún derecho respecto de su cuerpo [es decir, respecto de la persona de Cristo⁸³⁴], sino que estaban totalmente ocupados en servir a este nacimiento, cualquiera que fuese la tribu en que [Cristo] hubiera de nacer. Y de aquellos que lo seguían, hoy leemos que fueron marcados doce mil de todas las tribus⁸³⁵, y que eran doce tribus: tan grande era la muchedumbre de los que le seguían. Pero [además] había otra «*gran multitud que nadie podía contar*»⁸³⁶.

La segunda multitud es la de los *apóstoles*, que vinieron después del nacimiento de Cristo, llamados por el Señor a un estado más elevado, a una mayor perfección que los patriarcas. Ellos lo dejaron todo, no solo interiormente, sino también exteriormente en lo que se refiere a sus posesiones, viviendo en verdadera pobreza de cuerpo y espíritu, y ello en el grado más alto que pueda alcanzarse.

Después de estos vinieron los santos *mártires*, que seguían a Cristo en enorme multitud. Ellos no solo renunciaron a todo lo exterior, sino que incluso derramaron su vida por amor a Cristo, sin

⁸³⁴ *Nec aliquod sui corporis sibi ius retinebant*. Como De Blasio –que tiene muy presente la edición de Surio– aclara a pie de página, «no pretendían que el Cristo naciera de la propia estirpe».

⁸³⁵ Cf. Ap 7,5-8.

⁸³⁶ Ap 7,9.

importarles la condición de su muerte y quiénes [la ejecutaban], según la voluntad de Dios.

Tras estos sigue al Señor la muchedumbre de los *confesores* [de la fe cristiana], que siguieron su vocación cada uno en modo diverso. Estos vivieron solo para Dios en el desapego, atentos interiormente solo a la verdad, en un apacible silencio, escuchando en la intimidad de su alma la Palabra del Señor, Verbo eterno. De ellos, unos se retiraron al desierto y a las cuevas, otros entraron en monasterios y en santas Órdenes –que entonces existían– para vivir bajo una regla; otros vivieron en la santa Iglesia predicando, escribiendo, confesando, enseñando y corrigiendo, siempre con una voluntad entregada al beneplácito de Dios, obrando conforme a la voluntad divina, en verdadero abandono de sí mismos y de todo lo que no es Dios.

Después sigue al Señor la amorosa y gozosa multitud de las *vírgenes* puras, inmaculadas en el cuerpo y en el alma. ¡Qué hermosura, qué delicia ser hallado intacto en el cuerpo, como los ángeles! Aquel a quien Dios le conceda ser hallado con este vestido de inigualable belleza, que Él mismo y su venerable Madre llevaron, concebiría un gozo tan grande que no habría nada en esta vida capaz de entristecerlo ni le afectarían la adversidad, ni el dolor, ni la ignominia, mientras pueda conservar este tesoro. Ciertamente, a quien quiera guardarlo en su verdadera nobleza e integridad le esperan la lucha y el sufrimiento, recibir muchas heridas en el corazón, no solo a manos de los sentidos y la malicia de la naturaleza, sino también del mundo y el diablo. Pero ha de saberse que, cuando el hombre está en vela sobre sí mismo, el asalto de las tentaciones se convierte siempre en fuente de una nueva pureza. Este es el premio de la tentación. ¡Ojalá estuviéramos atentos a la recompensa de este nacimiento [de Dios en el fondo del alma, gracias a esta nueva pureza]!

Viene después la multitud de las *personas comunes* que se esfuerzan en progresar, cada una según su estado. Estas se salvan por la fe y las oraciones de los amigos de Dios. Pero [tras su muerte] han de purificarse en el purgatorio antes de ser admitidas en el Reino de Dios. Y así como hoy se celebra la fiesta de los puros,

mañana será la de los impuros, para que se purifiquen. En el purgatorio sufriremos por alguna satisfacción terrenal [desordenada] o por un solo pecado venial una pena mayor que los tormentos de todos los mártires, que hoy celebramos, juntos. Así es, hijos míos: es muy necesario que suframos un castigo tan grande por una pequeña culpa que nos lleva a resistirnos a Dios y a no responder a su llamada, poniendo obstáculos entre nosotros y Él.

3. Estas son las multitudes que siguen a Cristo el Señor hasta el monte de su bienaventuranza. Allí, abriendo su divina boca, pronunció el sermón de las ocho bienaventuranzas. Hablaremos brevemente sobre cada una de ellas⁸³⁷.

[Los pobres de espíritu. Tipos de pobreza]

En primer lugar, dijo: *«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos»*.

Puso primero esta virtud porque es cabeza y principio de toda perfección. En consecuencia, hijos míos, lo miréis como lo miréis, el fondo del hombre debe estar absolutamente desnudo, vacío de toda posesión, libre, ligero, pobre y ajeno a toda preocupación superflua. Solo así Dios podrá realizar su propia obra en él.

Esta pobreza puede entenderse y observarse en cuatro formas:

En primer lugar, hay pobres que los son contra su voluntad. Nadie debe juzgar severamente lo que hacen estos pobres, pues Dios mismo, precisamente por su pobreza, es más indulgente con sus faltas y defectos.

De la segunda clase de pobreza, santo Tomás afirma que los bienes temporales deben ser deseados y usados en la medida en que uno siente que son una ayuda para obtener más rápidamente la libertad y desnudez del espíritu. En efecto, muchos hombres, cuando tienen lo suficiente para vivir, se sienten más puros y libres

⁸³⁷ Cf. Mt 5,3-11.

en su espíritu que si tienen que mendigar su subsistencia puerta a puerta cada día. Quien tiene lo necesario y lo usa con temor es mucho más libre que quien está obligado a buscarlo. Pero si el hombre se diera cuenta de que siente un apego desordenado a esos bienes necesarios y que no le ayudan a la práctica de virtudes como la piedad, la templanza, la humildad y una pureza libre y desnuda, debería dejarlo todo y ser también materialmente pobre con los pobres.

La tercera forma de pobreza se da cuando Dios es tan íntimamente amado por el hombre que nada puede oponerse a este amor; antes bien, todo le hace progresar, como dice el Apóstol: «Sabemos que, para los que aman a Dios, todo coopera para bien»⁸³⁸. Libre y desnudo de todo lo creado y de todo lo que no es puramente Dios, permanece íntegro y pobre, y puede decir con el Apóstol: «Como quienes no tienen nada, pero lo poseen todo»⁸³⁹. Estos hombres podrían poseer un reino sin daño para su hombre interior.

Finalmente, la cuarta forma de pobreza consiste en ser pobre interior y exteriormente por amor: por un amor verdadero y auténtico que alimente el deseo de imitar el noble y amoroso ejemplo del Señor, su purísima y desnuda pobreza, guardándose libre y descargado de toda ocupación, cuidado y apego, tanto exterior como interior, sin otra preocupación que la de dejar que el espíritu fluya sin interrupción libre, pura, desnuda e inmediatamente a su Origen y Principio, que es Dios. En verdad, el hombre no puede salir de ahí sin que su fondo lo advierta y le haga volver a él de inmediato. Esta es, amados hijos, la pobreza más pura.

[En efecto,] la nobleza más alta de la pobreza reside en que el refluir del espíritu a Dios se hace libre, desnudo y sin obstáculos. Y cuanto más libre y puro es ese refluir, tanto más puro y bienaventurado es el hombre, ahora y eternamente.

⁸³⁸ Rom 8,28.

⁸³⁹ 2Cor 6,10.

[Los mansos]

4. La segunda bienaventuranza dice: «*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*».

Aquí entramos en la bienaventuranza con un solo paso. Si por medio de la pobreza quitamos todo obstáculo, por medio de la mansedumbre entramos directamente al mismo fondo [del alma], expulsando de él toda amargura, ira y desagrado, como está escrito: «*Todo es puro para los puros*»⁸⁴⁰, y para el que es manso nada hay amargo. Por tanto, todo es bueno para los buenos porque ellos tienen un fondo bueno y puro.

Amados hijos, en tiempos pasados eran los paganos quienes martirizaban, preparaban y purificaban a los amigos de Dios. Ahora, son los cristianos que aparentan ser santos –y son nuestros vecinos!– quienes los martirizan, y sus heridas llegan hasta el mismo fondo. Pues si te recoges en Dios, dirán que estás mal de la cabeza, que deliras, que sigues una secta rara y que tu vida es una mentira. Pero en ese momento interviene la mansedumbre y te reintroduce en tu fondo más íntimo, enseñándote a aceptarlo todo de la mano de Dios, no de los hombres. Cuando haces esto, tu paz permanece íntegra y la mansedumbre te dice: «¿Quién puede hacerte daño si tienes a Dios por amigo?».

Así es como el manso posee su tierra: permaneciendo en una paz inalterable, ocurra lo que ocurra. Pero si no lo haces, perderás la virtud de la mansedumbre y de la paz, y te llamarán «perro rabioso y ladrador».

[Los que lloran]

5. En tercer lugar, el Señor dice: «*Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados*».

⁸⁴⁰ Tit 1,15.

Pero ¿a quiénes se refiere aquí con «*los que lloran*»? En un sentido, se puede referir a quienes se debaten en la aflicción; pero, según otro, a quienes lloran sus pecados. Los amigos nobles de Dios, que en este sentido son los más felices de todos, borraron sus pecados llorándolos y ya no tienen necesidad de llorarlos más. Sin embargo, no están sin aflicción, pues lloran amargamente las faltas y defectos de sus semejantes.

Así, leemos de santo Domingo que, al ver a su compañero llorando amargamente, le preguntó por qué lloraba. Cuando este le contestó que lloraba sus pecados, el santo le respondió: «Tus pecados, hijo mío, ya han sido borrados por las lágrimas. Mas te pido que llores los de aquellos que rehúsan llorar los propios».

Así, así es como los verdaderos amigos de Dios lloran siempre la ceguera, los pecados y las miserias del mundo. Y si Dios decide manifestar sobre nosotros, pecadores, su juicio y su ira, como ya ha sucedido antes, con duros castigos como el fuego, las inundaciones, densas tinieblas, vientos, tempestades y hambrunas, estos amigos de Dios conjuran con sus lágrimas la ira de Dios y todas estas calamidades orando noche y día. Y Dios, al escucharlos, aplaza su ira, esperando que nos corriamos. Pero si no lo hacemos, creedme, hijos míos, tened por cierto que habremos de soportar castigos mucho más graves y perniciosos.

Las nubes ya se ciernen amenazantes sobre nosotros. Las retienen los amigos de Dios con sus lágrimas. Pero si no nos corregimos, pronto nos golpearán contundentemente. La miseria y la calamidad serán tan grandes que los hombres creerán que ha llegado el Juicio final. Quienes ahora gozan de gran paz, entonces sufrirán grandes angustias; la Palabra de Dios será pervertida y el culto de Dios será muy escaso; habrá una enorme confusión y no será posible saber cuándo acabarán estos males. Sin embargo, Dios, en su inmensa piedad, encontrará un refugio donde cobijar a los suyos.

[Los que tienen hambre y sed de justicia]

6. En cuarto lugar, se dice: «*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados*».

Actualmente, amados hijos, esta es una virtud que tienen muy pocos. Efectivamente, son rarísimos aquellos que orientan toda su hambre y todo su deseo únicamente a la búsqueda y el disfrute de la justicia. [El hombre verdaderamente justo] no se mueve a impulsos del amor o del odio, no busca favorecer a sus amigos ni satisfacer su propio interés; no le mueve el propio honor, ignora por igual la alabanza como la injuria y no hace juicios temerarios con la intención de favorecer o perjudicar. Las personas que son así, inmunes a todos esos defectos, merecen, en mi opinión, ser alabados, porque han alcanzado, sin duda, un grado muy elevado. A estos nada les sabe bien, nada les gusta, nada les deleita salvo la justicia. Se les puede considerar, con toda razón, bienaventurados.

[Los misericordiosos]

7. En quinto lugar, se dice: «*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*».

Dice el profeta [David]: «*La misericordia del Señor está en todas sus obras*»⁸⁴¹. En consecuencia, quien es verdaderamente misericordioso es también verdaderamente «divino», pues la misericordia nace del amor [a los otros]. Por eso, los verdaderos amigos de Dios son profundamente misericordiosos y acogen más fácilmente a pecadores y afligidos que otros que no tienen caridad.

Y puesto que la misericordia, como he dicho, nace del amor que nos debemos unos a otros, si no la ejercitamos, Dios será especialmente severo con esta falta en el día del Juicio final. En efecto, a quienes no hayan practicado esta virtud con los pobres y desgraciados, [Dios] les negará su misericordia eterna, como Él

⁸⁴¹ Sal 145,9.

mismo afirma abiertamente en el Evangelio⁸⁴². Dios, ignorada toda otra perfección, rechazará en los impíos las obras de misericordia que hayan dejado de hacer.

Esta misericordia consiste no solo en dar al que no tiene, sino también en compadecerte de tus prójimos y ayudarles en los padecimientos que los golpean o puedan golpearlos. En verdad, quien no practica una caridad y una compasión auténticas, y no proyecta una mirada compasiva sobre la aflicción y los defectos de los demás, tiene motivos justificados para temer que Dios le niegue su misericordia. Pues Dios dice: «*Con la medida con que midáis se os medirá*»⁸⁴³. Por eso, nadie debe juzgar temerariamente ni condenar a su prójimo si él mismo no quiere ser alcanzado por una sentencia de condena eterna.

[Los pacíficos]

8. En sexto lugar, se dice: «*Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios*».

Quienes gozan de una Paz [divina⁸⁴⁴ y] verdadera son hombres muy amorosos y nadie puede arrebatársela esta Paz suya ni en el tiempo ni en la eternidad, porque han rendido completamente su voluntad al beneplácito de Dios, en la prosperidad y en la adversidad, en la alegría y en la tristeza, en el tiempo y en la eternidad. Su vida y su actividad están completamente en Dios y, por tanto, no viven ni obran al modo humano, sino divino y sobrenatural. Además, están bautizados en el poder del Padre, en la sabiduría del Hijo y en el dulce amor del Espíritu Santo, y están tan impregnados de ellos que nadie puede quitarles la Paz.

Estas [tres] nobles Personas de la Divinidad los han penetrado tan profundamente, que, si fuera necesario, [los pacíficos] podrían gobernar un país con su Paz y satisfacer a todos los que viven en él.

⁸⁴² Cf. Mt 25,35-46.

⁸⁴³ Mt 7,2.

⁸⁴⁴ Así lo dice Taulero algo más abajo.

Pues la eterna Sabiduría, que fluye por ellos, los ha inundado con su Luz y su Amor, y, de ser posible, saldrían de sí mismos y se derramarían y desbordarían, interior y exteriormente, por amor a su prójimo. Dondequiera se les examine, no se encuentra en ellos más que Paz y Amor.

Son pacíficos de corazón porque están tan poseídos de aquella «Paz [de Dios] que supera todo entendimiento»⁸⁴⁵, que nadie puede quitársela. Con razón se les llama «hijos de Dios», pues lo que Este tiene por naturaleza, a ellos se les confiere por gracia. En verdad, nacen en Dios y del Corazón de Dios, pues esa Paz no puede nacer en otro lugar, ni en las propias iniciativas ni en cosa alguna exterior.

Pero puede ocurrir que los que viven en esta Paz experimenten en su hombre exterior muchas perturbaciones que les llegan a través de los sentidos y de modos diversos.

[Los de corazón limpio]

9. En séptimo lugar, se dice: «*Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios*».

Pero ¿qué es un «corazón limpio»? Un corazón limpio es un corazón puro, libre y separado de todo lo creado; un corazón que, cada vez que desea abismarse en Dios, encuentra su fondo vacío, desnudo y desembarazado [de todo]. Así, los puros «*verán – verdaderamente – a Dios*».

Esta pureza de corazón se ensucia cuando el hombre entrega voluntariamente su corazón a la satisfacción que le proporcionan las criaturas, tan efímeras, y lo hace reposar en ellas. Y cuanto más reposa el hombre en aquello que no es Dios, tanto más se separa de Él. Así, la visión de Dios se oscurece tanto en él, que apenas puede verlo.

⁸⁴⁵ Fil 4,7.

La pureza exterior de la carne y la castidad son de gran ayuda para esta pureza del corazón, como dice el Apóstol: «*La virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y en espíritu*»⁸⁴⁶, cosa que no pueden hacer las que están casadas. Pero así como la pureza corporal se pierde al descuidar la integridad exterior del cuerpo, así la integridad del espíritu noble y deiforme se viola mezclándose voluntariamente con lo que no es su Imagen ni su Origen. De este modo, [el espíritu] acumula muchos obstáculos entre Dios y él, y de tal manera se oscurece y se envuelve en tinieblas, que en su fondo no puede ver a Dios, que es su Origen, cuando ha sido creado [precisamente] para esto: para refluir continuamente a su Origen, del que ha fluido, y allí contemplar a su Dios con los ojos de su espíritu y de su mente.

Finalmente, la virginidad es muy recomendable porque tiene un acceso constante y libre a Dios. Por eso, la esposa de Cristo debe vivir de tal manera, que en nada desee complacer a nadie salvo a Dios, si es que quiere ser llamada o ser [verdaderamente] «su esposa».

[Los que padecen persecución a causa de la justicia]

10. La octava bienaventuranza es la de «*quienes padecen persecución a causa de la justicia*».

Creedme, amados hijos: nadie puede expresar en palabras ni comprender por medio de los sentidos cuán inefables son los bienes ocultos en la aflicción. Por eso, Dios todopoderoso, que ha elegido a sus amigos para participar íntimamente de su propia felicidad, cuando ve que ellos no viven en forma digna de esta, se sirve de graves y fuertes aflicciones para ayudarlos a conseguirla, quieran o no, como a empujones.

Ciertamente, la fidelidad de nuestro Dios es inmensa e inefable. Esto es motivo de gran alegría para el hombre, que debería

⁸⁴⁶ 1Cor 7,34.

estar muy agradecido a Dios por sus padecimientos. Es más, se juzgaría indigno de este beneficio y concebiría una gran esperanza por el hecho de que Dios lo haga digno de este gran honor: hacerse semejante a Él imitándolo en su pasión.

Según san Bernardo, es incomparablemente más digna una pequeña aflicción soportada pacientemente que realizar grandes y numerosas obras. Y santo Tomás afirma: «No hay sufrimiento tan pequeño que padezca el hombre, interior o exteriormente, que no tenga alguna semejanza con la muy noble pasión de nuestro Señor Jesucristo»⁸⁴⁷. Es muy posible para el hombre merecer, en cualquier padecimiento suyo, una perfecta participación en la pasión del Señor.

Aunque el sufrimiento del que acabamos de hablar es más útil, fructífero y digno de lo que pueda pensarse, hay otro sufrimiento aún más noble y digno: *sufrir interiormente a Dios* [es decir, sufrir pasivamente la acción purificadora y transformadora de Dios en nuestro fondo]. Cuanto Dios es superior a toda criatura, tanto supera este sufrimiento –por el que padecemos a Dios– a toda obra humana. Por eso, debemos amar a Dios con todas nuestras fuerzas, porque ha determinado nuestra salvación eterna en padecerlo. Pero esta será obra de Dios, no nuestra; nosotros aquí lo recibiremos. Pues está en la naturaleza del hombre el poder sufrir más que hacer, recibir más que dar.

Todo don [divino] prepara, suscita y dilata en el hombre el deseo de recibir cien veces más dones, con tal de que se vacíe y permanezca en quietud interior, esperando la obra de Dios en él, ofreciendo a Dios un lugar dentro de él y padeciéndolo interiormente. Así, Dios podría llevar a cabo su obra divina en el hombre.

⁸⁴⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de teología*, Suppl., 18,3, a 3: *Ad tertium dicendum quod etiam passio Christi obligat nos ad poenam aliquam, per quam ei conformemur* («La pasión de Cristo nos obliga a alguna pena por medio de la cual nos conformemos a él»).

Por tanto, Dios es pura acción y el espíritu creado es, en sí mismo, pura pasividad. Si el hombre permanece en su nobleza, guardándose puro y desnudo bajo la mano de Dios, permitiéndole cumplir su obra en él y limitándose a no obstaculizar el trabajo de Dios, se haría verdaderamente feliz y bienaventurado.

Que la bondad de nuestro Dios nos conceda la gracia de padecerlo dentro de nosotros y experimentar su obra en nuestro interior, para alabanza y gloria suya. Amén.

72. SERMÓN PARA EL DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS⁸⁴⁸

EL DISCERNIMIENTO DEL INTERIOR DEL FONDO DEL ALMA

(V. 77, sobre Jn 12,26)

«El que quiera servirme, que me siga, y donde esté Yo, allí estará también mi servidor» (Jn 12,26).

1. Estas palabras [del pasaje del Evangelio] que acabáis de oír, amados hijos, están tan cargadas de noble sentido que podría escribirse un libro sobre cada una de ellas. Pero aquí vamos a comentar las últimas, que han sido tomadas como tema de este sermón: *«El que quiera servirme, que me siga, y donde esté Yo, allí estará también mi servidor»*.

En estas palabras se indica claramente quiénes son los verdaderos servidores de Dios, quienes sirven al Señor en la verdad, esto es, aquellos que siguen al Señor.

«¿Cómo lo siguen?» –dices–: adondequiera que Él los atraiga y comoquiera que lo haga. Pues Dios no atrae a sus servidores a un solo camino, ni a una sola obra, ni de un solo modo.

Entonces, ¿hacia dónde los atrae? Hacia donde Él mismo está, esto es, hacia todas las obras, caminos y modos. En ellos, siempre que sean buenos, está Dios, sin duda.

[Los falsos servidores de Dios]

Por ello, no son propiamente servidores de Cristo quienes no saben servirlo si no es siguiendo los modos y las prácticas que ellos

⁸⁴⁸ En la edición de Surio: *Sermón para la fiesta de san Lorenzo mártir*.

mismos han elegido, sea en la oración comunitaria o en la oración privada, según su propio entender o su costumbre. Pues cuando Dios los priva de ellos con la intención de atraerlos por otro camino, retroceden y vuelven con los sentidos a lo que hacen habitualmente. Al actuar así, no se comportan como verdaderos servidores de Dios, pues se apartan de Él cuando debían servirlo en todos los lugares, en todas las obras y en todos los modos, puesto que Dios está presente en todos ellos.

Además, como en todas las cosas no sirven puramente a Dios, que es omnipresente, no le prestan atención interior en lo más íntimo [de su alma], se dispersan en la multiplicidad y viven [volcados] hacia fuera. Así pierden la paz en todo lo que hacen, en sus modos de vida, en los lugares, entre los hombres y en cualquier circunstancia.

2. ¿Cuál es la causa de esta perturbación, de esta dispersión? Una causa es esta: no tienen a Dios, por así decir, «esencializado» en su fondo, sino que tienen a un Dios ficticio, producto de su imaginación, hecho a su medida. Como no tienen a Dios enraizado o esencializado, en cuanto se ven privados de sus prácticas habituales pierden también la presencia de Dios. Así, no se comportan como verdaderos servidores que siguen a Dios.

Otra causa es que el hombre se deja arrastrar por las impresiones de sus sentidos y se apega tenazmente a ellas. Pero quien no quiere dispersarse en la multiplicidad tiene que dejar correr todas las cosas sensibles y pasar por en medio de ellas como si las atravesara, como quien no les hace caso, sin permitir que entren en su corazón más profundamente de lo que la necesidad presente lo pide. Y no debe perder el tiempo hablando, discutiendo o ajustando cuentas con ellas, sino que debe actuar como si no le importaran, como si no tuvieran valor alguno. Si se presentan, déjelas marcharse de nuevo y dígase a sí mismo: «Yo solo busco, deseo y sigo a mi Dios. Respecto de las cosas que salen a mi encuentro, les deseo lo mejor y que lleguen a buen puerto, pero que sigan su curso». ¿Qué mayor infierno o qué peor demonio puede haber que no amar a Aquel a quien todas las cosas buscan y persiguen?

[El discernimiento del interior del fondo del alma]

3. Así pues, el hombre [con todas sus fuerzas⁸⁴⁹] debe *tender hacia Dios*⁸⁵⁰ a través de todos los acontecimientos, a través de cualesquiera maquinaciones de los demonios, y no permitir, en modo alguno, que la prosperidad o la adversidad lo detengan. Antes bien, como ya he dicho, deje que todas las cosas pasen, y no juzgue lo que no le incumbe, sino que, mostrándose indiferente y sin pararse a discutir con ellas, siga a Dios juiciosamente. [Ten en cuenta que] la *sensualidad* no es [la única cualidad que tiene] el hombre; en consecuencia, [haciendo uso de sus otras cualidades,] este puede hacer todas sus obras sin dispersión, gozar de la presencia de Dios en la multiplicidad y permanecer unificado.

A ese estado se llega solo cuando el espíritu no se apega tenazmente a las cosas externas, cuando se deja llevar pura y desnudamente a Dios, sin andar de aquí para allá; cuando no busca [egoístamente] su propia satisfacción, ni su conveniencia, ni lo que le agrada o le desagrade, sino únicamente a Dios. Y si algo penetra en su corazón contra su voluntad, en cuanto lo advierta, debe elevarse con la razón por encima de ello y dirigir su nave con el timón del *discernimiento*, pues no ha encaminado su obra por un camino tan errado [que no pueda ser corregido]. [En efecto,] si el siervo de Dios persevera en esta actitud, la multiplicidad no le dispersará ni en sus obras ni en su conducta. En este sentido no tiene que preocuparse, por numerosas que sean las cosas que le ocurran. Pues, aunque no perciba a Dios en su *razón* de una manera tan clara, en su *espíritu*, sin embargo, lo sentirá muy cercano e íntimo.

4. Por tanto, por mucho que los defectos o las criaturas se insinúen o se deslicen en el fondo del alma, ni las obras ni las circunstancias podrán perturbar la paz de este fondo. Y si lo perturban, entonces tenga por cierto, se trate de uno mismo o de

⁸⁴⁹ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

⁸⁵⁰ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio dice: «penetrar en Dios».

cualquiera que se encuentre en esta situación, que tiene su fondo descuidado, que sus obras no han sido bien hechas y que sus acciones no han buscado puramente a Dios. Y si el hombre descubre que el inquilino de su alma no es única y solamente Dios, entonces debe recuperar su presencia a toda costa, huyendo de todo aquello que pueda impedirle o expulsarla de él, sea lo que sea, se llame como se llame. De no ser así, será como si tuviera una flecha clavada en el cuerpo, que no puede ser extraída sin dolor. Si por miedo al dolor deja a la flecha estar, el sufrimiento será mucho más intenso por la supuración de la herida y la carne se corromperá poco a poco porque el cuerpo no es el lugar propio de una flecha.

Si dentro de este fondo hay algo que no es puramente Dios o cuya causa verdadera no es Dios, eso está ocupando un lugar que no le es propio. Por tanto, si el hombre se niega a soportar, como remedio, el primer dolor, sea cual fuere, vendrá después un dolor tan grande que escapa a toda humana comprensión.

[Los verdaderos servidores de Dios]

5. Hijos míos, sabed que el hombre debe dirigir su espíritu libre, puro y desnudo a Dios, orientarlo a Dios solo y a ninguna otra cosa, y no buscar su propio interés. En todas sus obras y prácticas, debe tener un espíritu resuelto y devoto, como si dijese: «¡Dios mío, ojalá pudiera hacer lo que te es grato en cualquier lugar y ante no importa quién, como Tú quieras que sea!». Pero, si se le da la opción, siempre preferirá la quietud y la huida de toda multiplicidad, y recogerse en su interior con todas sus facultades⁸⁵¹. Servirá a su Dios en todas las cosas, interior y exteriormente, no según su voluntad propia, sino según la voluntad de Dios.

Adondequiera que vaya, haga lo que haga, si no tiene a Dios en su interior, se mueve en un terreno muy peligroso, como dice la Escritura: «¡Ay del que está solo! Si cae, no tiene quien lo levante»⁸⁵². En

⁸⁵¹ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

⁸⁵² Ecle, 4,10.

sentido recto, se llama «solo» a quien no tiene a Dios como cooperador en su alma, [ayudándole] en todo lo que hace y en todo lo que deja de hacer. Cuando el hombre tiene a Dios como muralla y refuerza con soldados la fortaleza [de su alma], los enemigos, por mucho que la ataquen, no podrán tomarla.

Cuando el hombre atrae así a Dios, cuando afianza interiormente su presencia y la conserva, se contenta incluso con las cosas más pequeñas. De este modo, todo se convierte para él en un camino hacia Dios, y eso le basta.

[El valor espiritual de la tentación y la adversidad]

En la tentación y en la adversidad, en cualquier lugar y ante cualesquiera personas, haga lo que haga, si posee a Dios interiormente, el hombre aprovecha más y progresa más rápidamente en la virtud que en la alegría y la prosperidad.

Es cierto que en la adversidad y en la tentación la naturaleza se siente mucho más incómoda y se necesita de un esfuerzo y recogimiento espiritual más intensos que en la prosperidad, donde todo sucede sin contrariedad. Sin embargo, en la prosperidad el hombre no puede experimentar si es verdadero siervo de Dios o no. Sí, en cambio, en la tentación y en la adversidad, que son mucho más provechosas para el hombre, pues ellas le ofrecen la ocasión de conocer cómo es su fidelidad a Dios.

[La confianza en Dios]

6. Si acaeciera que el hombre incurriese en alguna culpa, no debe perder el tiempo dándole vueltas en su interior, sino que, atribuyéndola a su pequeñez y a su nada, ha de volver rápidamente a Dios; y cuanto antes lo haga, tanto mejor, pues así toda mancha se diluye y se borra más fácilmente. Pues si se detiene demasiado tiempo [analizando] sus defectos y se empeña en investigar escrupulosamente cómo ha llegado a contraerlos y si debió actuar de otra manera, entonces se verá atrapado en ellos. Por eso, no discuta

[con ellos], no los juzgue, no les preste atención; continúe directamente a Dios.

Si ha caído en alguna *desemejanza* [respecto a Dios], ¿dónde la dejará mejor que en manos de Dios? ¿Cómo puede el hombre alejarse más de la muerte que huyendo hacia la verdadera Vida esencial? ¿Cómo puede calentarse mejor que acercándose al fuego? El hombre debe dejar confiadamente todos sus afanes en [manos de] Dios, que hará lo más conveniente para él en toda circunstancia. Con una confianza absoluta, si recibe todas las cosas de manos de Dios como lo mejor para él, conservará siempre una paz plena.

Pero quienes no quieren confiar en Dios y abandonarse a Él, sino que prefieren andar ocupados en sus quehaceres y afanes, a estos Dios les deja caer, muy a menudo, en una gran pobreza y miseria para que así se den cuenta de hasta dónde pueden llegar con sus propias fuerzas y su propia aplicación. Pero si el hombre se abandona enteramente a Dios en todas sus cosas, con plena confianza, Dios le proveerá mejor y en mayor abundancia, interior y exteriormente, de lo que podrían [hacerlo] todas las criaturas. Pues Dios «*está lleno de gracia y de verdad*»⁸⁵³. Por eso, todo lo que se busca en Él con confianza, se encuentra sin duda. Pero esta confianza debe nacer de una verdadera fidelidad, de manera que el hombre busque a Dios y la voluntad de Dios. Esta es la mejor confianza. Así como el amor a Dios [, por grande que sea,] no puede [llegar a] ser [considerado] excesivo, tampoco puede ser excesiva la confianza en Él, si esta procede de la fidelidad.

[El recogimiento]

7. Hijos míos, este modo de vida por el que el hombre encuentra confianza, paz y gozo en toda circunstancia, obra y lugar, solo lo aprendemos y lo encontramos interiormente, en el recogimiento del espíritu en el fondo [del alma]. Este recogimiento del espíritu requiere [dedicarse pasivamente al] *ocio santo*, [con] un

⁸⁵³ Jn 1,14.

alma desprendida de todo, [en] un lugar y un tiempo [propicios para poder hacerlo].

De este fondo del hombre interior crece este «árbol» con todas sus hojas y todos sus frutos. En este recogimiento desprendido y libre en el fondo [del alma], se abren al hombre y se le muestran caminos y modos que conducen a Dios, y se comprenden también los caminos y los modos por los que Dios llega [al hombre]. Y cuanto más libre y desprendido de todo se recoja el hombre, tanto más verdadera y claramente conoce estos caminos.

Todo el que no encuentra esta gracia en sí mismo o en otro, debe saber que no se ha mantenido en este camino, es decir, que no le ha dedicado el lugar, el tiempo y la pasividad [necesarios], ni ha buscado esa gracia interiormente. Tales personas, bajo una apariencia de vida religiosa, pasan todos los días de su vida apegados a prácticas devocionales de su propia elección y, tras envejecer en ellas, no saben en qué situación se encuentran. Y cuando [en su interior] no sienten la presencia de Dios, no se preocupan demasiado, pues piensan que eso es abandono. Pero se equivocan, pues eso es negligencia indolente e irresponsable. Entretanto, en su interior se deslizan otras cosas, ya sea ellos mismos o algo de su interés, y ocupan en ellos el lugar de Dios. Tan imposible es que el hombre viva sin alma como que deje de acoger interiormente algo a lo que amar, lo sepa o no.

El hombre persiste así en su ceguera, presumiendo del estado religioso en que se encuentra o de las obras que hace, pero descuidando completamente su fondo. Con todo, considera que va por el camino recto. Pero cuando llega al final, se hunde en la profundidad de la muerte eterna por no haber entrado por la Puerta que es Cristo, quien dice de sí mismo: «*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*»⁸⁵⁴. Quien no va por este Camino, se perderá.

⁸⁵⁴ Jn 14,6.

[El examen de conciencia]

8. Es verdaderamente lamentable y vergonzoso que un hombre sepa otras muchas cosas y no se conozca a sí mismo. Ciertamente, nadie debe tener dudas sobre su destino eterno o su bienaventuranza, sino que [en conciencia] ha de tener la certeza y ha de experimentar verdaderamente cuán íntimo le es Dios y cómo reacciona él a esta presencia. Si uno no tiene este verdadero conocimiento, pregunte a hombres sabios y prudentes [es decir, a buenos teólogos o a buenos maestros espirituales] para saber con certeza y evite así conjeturar. Quien descuida esto ahora, nunca lo alcanzará después. Ni todos los santos ni todas las criaturas juntas podrán obtener para él, incluso con lágrimas de sangre, ni el peso de un solo pelo.

«Las que estaban preparadas entraron con el esposo a las bodas»⁸⁵⁵. Pero a las que querían prepararse y finalmente llegaron tarde, [el esposo] les aseguró que no las conocía: «En verdad os digo: no os conozco»⁸⁵⁶. ¿Pero cómo puede ser que no las conociese? No las conocía del modo en que conocía a sus amigos más cercanos e íntimos. En este sentido, no las reconocía y no las consideraba del grupo de sus amigos. Por eso, por mucho que llamaban, no pudieron entrar.

San Agustín dice: «Nada hay más cierto que la muerte, pero nada más incierto que su hora y su modo»⁸⁵⁷. En consecuencia, nada hay tan necesario como estar siempre preparados. A este respecto, debemos conocer bien cuál es nuestro estado, no solo suponerlo. Por eso existimos en el tiempo [y en las circunstancias del mundo terreno], no solo para realizar [buenas] obras, sino [fundamentalmente] para adquirir una [buena] esencia, para que, así, las obras nazcan de esta como los frutos del árbol.

⁸⁵⁵ Mt 25,10.

⁸⁵⁶ Mt 25,12.

⁸⁵⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *De contritione cordis*, I,1.

En consecuencia, nuestro ejercicio en la vida ha de ser este: hacernos más *esenciales* [vaciando nuestro corazón de todo aquello que no es esencial para el Reino de Dios] y [así] avanzar cada vez más hacia la *perfección*. Quienes se han abierto paso a través de toda clase de circunstancias y han sabido elevarse por encima del tiempo [terreno]; quienes se han propuesto como único objetivo en la vida llegar a la unión con Dios y han regulado su conducta según su voluntad y beneplácito, a estos no los dispersan ni les inducen a la multiplicidad las cosas temporales ni las que proceden del tiempo. Como su espíritu está fijo en Dios, lo hacen todo con mayor sosiego, ordenados y centrados, apenas se enredan en las cosas del mundo y estas no constituyen para ellos ningún obstáculo.

Es señal de [ser] un hombre bueno el hecho de que toda su actividad sea tal como él querría que fuese cuando su cuerpo sea entregado a la tierra y sepultado, para que su alma se hunda sin demora en el Abismo de la Divinidad. Esta es la causa por la que existimos en el tiempo; si descuidamos este bien ahora, lo habremos perdido para siempre.

[Recordemos el pasaje de la dracma, cuando unos fariseos y unos herodianos le preguntan a Jesús:

«"Dinos, pues, qué te parece, ¿es lícito pagar tributo al César o no?". Mas Jesús, conociendo su malicia, dijo: "Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda del tributo". Ellos le presentaron una dracma⁸⁵⁸. Y les dice: "¿De quién es esta imagen y la inscripción?". Le dicen: "Del César". Entonces les dice: "Pues lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios"»⁸⁵⁹

9. [En efecto,] la dracma [que simboliza el fondo del alma⁸⁶⁰] será dada sin objeción a aquel, sea Dios o una criatura, cuya imagen aparezca grabada sobre ella. Por eso, el hombre debe observar en su fondo todos los días, insistentemente, qué inscripción lleva grabada,

⁸⁵⁸ La Biblia de Jerusalén y otras ediciones de la Biblia en lugar de «dracma» dicen «denario».

⁸⁵⁹ Mt 22,17-21.

⁸⁶⁰ Sobre la simbología de la dracma: ver el sermón 37, n. 2.

es decir, qué busca, qué ama, qué desea y qué es, sobre todo, lo que le produce consuelo, lo que más le atrae, lo que le alegra de modo especial.

Debe examinar qué suele haber frecuentemente en su alma, cuánto ama a Dios y las cosas divinas, ya sea los amigos de Dios, el culto divino o cualquier otra cosa relacionada con Dios; en qué medida tiene su espíritu vuelto hacia Dios, qué es lo que mueve su voluntad, hacia dónde tiene orientadas su vida y su conducta, sus palabras y sus obras; qué siente de sí mismo: qué es lo que más le complace y le proporciona mayor placer, interior y exterior, si es su propio interés, su comodidad, su provecho, sus amigos, sus bienes o su tranquilidad más que Dios o las cosas de Dios. Todo esto, examinado a la luz de un claro discernimiento, proporciona el conocimiento [espiritual], no la especulación [racional], de a quién pertenece [la dracma] y cuál es su inscripción, es decir, a quién pertenece el fondo y la intención que hay en el fondo del alma.

Tened por cierto, hijos míos, que si en el fondo del hombre hay algo que no es Dios o que no tiene a Dios como verdadera causa, sea el hombre mismo o cualquier otra cosa, por pequeña o insignificante que sea, todo el tiempo en que esa cosa permanece en el fondo del hombre, este no puede experimentar profundamente a Dios, aunque derrame tantas lágrimas como agua contiene el mar entero. Se verá privado de Dios en tanto no se haya purificado.

¡Ay!, ¿en qué andan los hombres ocupados? No prestan atención a su laberíntica naturaleza ni la examinan cuidadosamente, una naturaleza tan ocultamente poseída por las criaturas y por sí misma, que busca su interés en todo –en Dios lo mismo que en las criaturas–, replegada siempre sobre sí misma.

El hombre debe buscar los bienes que Dios le ofrece, pues, como dice el Apóstol: «*el tiempo es breve*»⁸⁶¹ y una pizca de Dios, por mínima que sea, vale más que todo lo que está por debajo de Dios. Cuanto más tenemos de Dios, tanto más cerca de Él estamos.

⁸⁶¹ 1Cor 7,29.

Dios todopoderoso nos conceda poder servirle y obedecerle para que, algún día, podamos llegar hasta Él, para alabanza y gloria suya. Amén.

73. PRIMER SERMÓN DEL TRIDUO EN HONOR DE SANTA CÓRDULA⁸⁶²

LA UNIÓN DEL ALMA CON EL ESPOSO

(V. 81, sobre Mt 22,2)

«El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo» (Mt 22,2)⁸⁶³.

[La confianza en Dios]

1. Hoy celebramos la fiesta de la noble virgen y mártir Córdoba. Ella, abandonada a su propia suerte y a su debilidad, descendió al grado más bajo del temor humano, más abajo que todas sus compañeras, hasta el punto de emprender la huida. Pero aquí hemos de destacar que, por esto mismo, llegó al grado más alto, muy por encima de todas las demás. Pues todo aquel derramamiento de sangre, todos los golpes de mazas y porras, todas las heridas que santa Úrsula sufrió junto con sus bienaventuradas compañeras, atravesaron el corazón y la imaginación de esta santa virgen. Por eso, mientras las demás recibían una sola muerte, ella padeció innumerables. En efecto, ella, tras presenciar la muerte de todas sus compañeras, salió de su escondite y se ofreció toda ella a las manos de sus crueles carniceros y a la muerte de espada.

Así pues, aquí hemos de advertir la inmensa y asombrosa fidelidad de Dios y los caminos ocultos por los que atrae al hombre y lo conduce de modo admirable a la suprema perfección por sendas desconocidas y modos misteriosos. ¡Cuántas veces Dios abandona al

⁸⁶² En la edición de Surio: *Primer sermón para el vigésimo domingo después de la fiesta de la santísima Trinidad*.

⁸⁶³ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: Mt 22,4: «Mirad, he preparado mi banquete».

hombre a sus propias fuerzas en medio de situaciones angustiosas, de tentaciones peligrosas, a merced de su propia debilidad!

Si el hombre quisiera seguir a Dios en este camino y escucharlo, si no descuidara poner en ello todo su interés y diligencia, sin duda Dios se valdría de esas adversidades y arduas luchas, y de su debilidad, para elevarlo más de mil pasos. Si el hombre está atento a la ayuda de la gracia divina y confía en Dios, sin desesperar jamás de su gracia ni caer en una falsa libertad, nunca habrá una tentación tan implacable, tan incómoda ni tan grande que sea para él un obstáculo insalvable.

[Es incognoscible la experiencia de la unión con Dios]

2. Pero volvamos ahora al Evangelio de hoy, donde se dice: «*El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo*» e invitó a muchos. Este «rey» es el Padre celestial; el «esposo», cuyas bodas se celebran y que es hijo del rey, es nuestro Señor Jesucristo; la «esposa» somos nosotros, es decir, mi alma y la tuya. Todos hemos sido invitados a estas «bodas». Ya «*están preparadas todas las cosas*»⁸⁶⁴ que conciernen a la unión de Dios con el alma amante, su esposa. Y Dios la colma de un Amor inefable, estrecho, íntimo, secreto, profundo, incomprensible para la inteligencia [humana].

Los teólogos más insignes y esclarecidos de París, con toda su erudición, sutileza y penetración, serían incapaces de *comprender* [racionalmente] esta unión de Dios con el alma. Si quisieran decir algo al respecto, enmudecerían. Cuanto mayor fuera su empeño en explicarla, tanto menos podrían hacerlo y mucho menos la comprenderían. Y no solo la inteligencia natural es incapaz de expresarla; tampoco una inteligencia agraciada con todos los dones y carismas, ni los ángeles ni todos los santos pueden hacerlo. Solo un hombre simple, que se ha abandonado a Dios en su profunda humildad, *experimenta* algo de esta unión en su fondo interior y, sin

⁸⁶⁴ Mt 22,4.

embargo, no puede comprenderlo ni expresarlo en palabras, puesto que es una experiencia que sobrepasa a todo entendimiento creado.

[La preparación del alma para su unión con Dios]

3. Esta «esposa» debe prepararse como suele hacerlo la esposa terrenal. Debe lavarse, ceñirse un vestido nuevo, engalanarse con toda clase de adornos y deshacerse de los vestidos viejos, por buenos que sean. Entended bien en qué consiste ese «lavarse»: es una limpieza y una purificación de todos los vicios, pecados y defectos. Ese «desvestirse», según el tosco sentido del *hombre viejo*, se refiere a la renuncia a todos los vicios, a los malos hábitos y costumbres. Los «vestidos nuevos» son las nuevas virtudes, la vida celestial y divina, el *hombre nuevo* que ha sido creado según Dios⁸⁶⁵.

Pero en un sentido más elevado, puede interpretarse de otro modo. Si a la esposa terrestre se le quitan sus vestidos, aunque buenos, por ser viejos, cabe preguntarse si esta esposa divina debe ser despojada de sus viejos vestidos, es decir, de sus virtudes y hábitos inferiores, precisamente por ser viejos, y ser revestida de otros en un sentido más elevado. Y si se afirma que ella debe ser desposeída de sus virtudes y elevarse por encima de ellas, ¿puede defenderse que esta afirmación es conforme a la verdad en el sentido de que *las virtudes deben ser trascendidas*? En un sentido sí, pero en otro no.

Nadie puede ni debe estar tan por encima de las virtudes que no esté obligado a amarlas, practicarlas y poseerlas. Es cierto que, mientras el espíritu está en *éxtasis* [fuera del mundo terreno⁸⁶⁶], el hombre no lleva a cabo ningún acto de virtud, sea de la misericordia, la paciencia o cualquier otra. Pero, tan pronto como abandona ese estado, retomará el ejercicio de todas las virtudes, según lo exija el momento.

⁸⁶⁵ *Secundum Deum*. En la edición de Hugueny-Théry-Corin dice «modelado según Cristo».

⁸⁶⁶ Sobre el concepto de *éxtasis*: ver nota 76.

Pero, en otro sentido, puede entenderse que debemos ser *despojados de las virtudes*. Hay quienes desean que Dios les conceda tal o cual gracia. Querrían ser tan pobres que cada noche tuvieran que dormir en un lugar distinto. Incluso desearían tener conocimiento de toda verdad, obtener de Dios un gran fervor y celo espiritual, experimentar muchas cosas, tener un trato íntimo con Dios y gozar de las mismas gracias que este o aquel. Sin embargo, deben ser desposeídos de todas estas cosas, por buenas que parezcan –y aun siéndolo realmente– y deben abandonarse a la gratísima voluntad de Dios, sea cual sea, con verdadera renuncia a sí mismos.

Pues, por buenas que sean esas cosas [a las que renuncia], hay en el hombre una oculta corrupción que aniquila, echa a perder y envenena en él todos los bienes, como hace un plato sucio con una comida exquisita o una cuba podrida con un vino excelente. Dios, que es infinitamente fiel, lo sabe, y permite que a los hombres les sucedan cosas que ni quieren ni buscan, para que aprendan a abandonarse y a vencer de este modo sus malas inclinaciones. Y, muy a menudo, este desnudarse les es mucho más útil que ser revestidos de grandes y elevados dones.

[La pasividad mística]

4. Hijos míos, si el hombre prestase atención a su fondo, a lo que se oculta dentro de él y a su corrupción; si se abandonara a sí mismo y siguiera a Dios en el modo y por el camino por el que Él quiera atraerlo y llamarlo; si recibiera todo lo que le sucede interior y exteriormente como enviado por la mano de Dios y, con los brazos abiertos, acogiera sus ocultos juicios y decretos con profundo agradecimiento, entonces, sin duda, vencería todos los obstáculos más rápidamente. Y aunque estas cosas le parezcan absurdas y ajenas a la virtud, por medio de ellas será revestido mejor que por las prácticas y ejercicios externos con los que pensaba que llegaría a hacer grandes cosas.

Algunos dicen [en su oración privada]: «Señor, desearíamos ser dueños de nosotros mismos, gozar de la paz del corazón y estar

como tal o cual persona». Yo les respondo: así no, hijos, no debéis querer eso. Tenéis que cambiar vuestro modo de pensar. Es preciso que [interiormente] os desnudéis y seáis conducidos al conocimiento de vuestra propia nada, para que podáis percibir lo que hay oculto en vosotros. Manteneos en vuestro recogimiento interior.

[El examen de conciencia]

En una ocasión, yo mismo pregunté a cierta persona de vida elevada y notable santidad cuál era su objeto supremo [de meditación]. Él me respondió: «Mis pecados. Es por ellos por los que vengo a mi Dios». Y tenía toda la razón.

Por tanto, tú, quienquiera que seas, si en verdad deseas progresar, deja que Dios y las criaturas te muestren tus pecados y te hagan tomar conciencia de tus defectos.

Júzgate a ti mismo y, así, no serás juzgado por Dios. El Apóstol es testigo de ello⁸⁶⁷. Debes juzgarte y condenarte a ti mismo, no con fingida humildad, que es hermana de la soberbia, sino sinceramente, sin justificación ni excusa alguna, y desde el fondo [del alma]; no impetuosamente, como si quisieras romperte la cabeza, sino con una aceptación tranquila y confiada, con humilde temor de Dios, mostrándole tu fondo poseído [por las criaturas] con una oración atenta, que brote del espíritu. Busca en Dios remedio, pídele ayuda. Si vas por otro camino, perderás el tiempo.

[El discernimiento vocacional]

5. No te impongas un modo de vida como el de este o el de aquel. Gran ceguera es esta. Los caminos que conducen a Dios son tan distintos como diferentes son los hombres entre sí. Lo que a uno le da la vida, es muerte para otro. Lo normal es que la gracia [divina] actúe en los hombres teniendo en cuenta la diversidad de

⁸⁶⁷ Cf. 1Cor 2,15.

temperamentos y de naturaleza. Por eso, como acabo de decir, no te fijas en el modo de vida de otros. Antes bien, observa sus virtudes: su humildad, su dulzura y otras virtudes semejantes.

En cuanto a la manera de comportarte, sigue la que exija tu vocación. Esto es lo primero que tienes que discernir: cuál es tu vocación, [es decir,] qué quiere Dios de ti, y conforme a esto, sigue una norma de vida. Si en este punto actúas con diligencia, se te hará tan evidente que llegarás a conocerla como la palma de tu mano.

[Dejar que sea Dios quien nos guíe y transforme]

6. Pero hoy, por desgracia, los hombres no lo hacen. Prestar atención a su interior les resulta una carga insufrible y no buscan dentro, confiados en Dios, sino que prefieren mirar hacia fuera, en total inclinación al mundo exterior. Por esta razón, ni encuentran a Dios ni alcanzan un conocimiento verdadero de sí mismos. Y después de veinte o treinta años de vida religiosa, están tan cerca de la verdadera perfección como lo estaban el primer día de su conversión, atascados siempre en el mismo barro. ¿Quién no ve que esta es una situación lamentable?

Deberían [recogerse interiormente y] prestar atención a las raíces de sus defectos y extirparlas, en lugar de destruir su naturaleza [con duros ejercicios ascéticos]. Si no lo hacen, a menudo pierden en una hora lo que habían conseguido en un año con mucho esfuerzo. Y ello es debido quizás a palabras y obras que proceden de esas raíces [de sus defectos] que están fijadas en el fondo [del alma].

Hijos míos, tened por cierto que, mientras múltiples propósitos y prácticas [ascéticas] os ocupen y os posean *según vuestra voluntad* y os revistáis de todo ello, el Esposo nunca podrá vestiros *como Él quiere*. Yo mismo, si hubiese querido seguirlos todos, hace tiempo que estaría muerto.

En todas las cosas, amad y buscad a Dios, vuestro Creador, su gloria y beneplácito, no vuestro interés, placer, provecho o utilidad. Entregaos a las mazmorras de la divina Oscuridad y al Abismo del oculto *no saber*. Abandonaos completamente a este Abismo,

cualquiera que sea el modo en que Él os quiera conducir. Si lo hacéis, Él os revestirá deliciosamente de sí mismo, en un modo tan inefable que ni el ojo ha visto ni el oído ha percibido algo semejante⁸⁶⁸.

Que nuestro Señor Jesucristo, castísimo Esposo del alma, bendito por los siglos, nos lo conceda. Amén.

⁸⁶⁸ Cf. 1Cor 2,9.

74. SEGUNDO SERMÓN DEL TRIDUO EN HONOR DE SANTA CÓRDULA

«ACCIÓN», «CONTEMPLACIÓN» Y «QUIETUD»

(V. 74, sobre Mt 22,4)

«*He aquí, tengo preparado mi banquete*» (Mt 22,4)

[Desnudar y vestir nuestra alma]

1. Ayer, como sabéis, leíamos en el Evangelio de este domingo las palabras de un rey que había preparado las bodas de su hijo: «*He aquí, tengo preparado mi banquete [...]; venid a las bodas*». Ya hablamos sobre estas bodas celebradas por este mismo rey; ahora es mi deseo exponer cómo la esposa, para hacerse más grata a su esposo y poder complacerlo, debe ser despojada de sus viejos vestidos. Ciertamente, la esposa tiene que ser vestida íntegramente con ropas nuevas y ser adornada como conviene. Por esta causa, Dios da y quita, permite y oculta todas las cosas para desnudar a la esposa y vestirla de nuevo de forma más excelente, espléndida y elegante con los vestidos propios de la esposa de Dios.

Esta «esposa», como antes he comenzado a decir, es el alma del hombre religioso, al que Dios todopoderoso, Rey de la gloria, desea unirse a toda hora y a cada instante, en todo momento, si el hombre quiere. Por esta razón, es para nosotros mucho más necesario ser desnudados y despojados que ser vestidos. Pues, si estuviésemos desnudos y preparados, Dios bondadosísimo nos vestiría maravillosamente, con una elegancia jamás vista. Ahora, como Él dijo, «*todo está dispuesto*»⁸⁶⁹.

⁸⁶⁹ Mt 22,4.

[Los vicios escondidos en el fondo del alma]

Ayer, si hacéis memoria, usé de cierta expresión que quizá no todos entendisteis, al decir que *las raíces de los vicios deben ser arrancadas y aniquiladas*. Esto ha de entenderse como sigue. Cuando limpiamos un campo o un jardín de malas hierbas, sabemos que muchas veces las raíces de la cizaña permanecen [ocultas] en las entrañas de la tierra, de manera que no se ven. Entretanto, el terreno es cuidadosamente escardado y sembrado. Pero, cuando deberían brotar buenas semillas, la cizaña, cuyas raíces permanecían ocultas bajo tierra, crece y ahoga el trigo y otras buenas hierbas.

A esto llamo «raíces»: a los defectos y los vicios que yacen escondidos en el fondo y que aún no han sido dominados. Algunos de estos se «escardan», por así decir, por medio de la Confesión [sacramental de los pecados] y la [posterior] penitencia, y se «labran» con buenos ejercicios [ya sean ascéticos, devocionales, caritativos o contemplativos]. Sin embargo, la tendencia al mal, las malas inclinaciones, como la soberbia, la lujuria, la ira, la envidia e incluso el odio y otras semejantes, quedan en el fondo y brotan después. Y cuando en el hombre debería germinar y crecer una vida divina, bienaventurada, virtuosa y laudable, aparece este pésimo germen de raíces nocivas que ahoga y destruye sus frutos y una vida devota y buena.

Por eso, Dios todopoderoso persigue y acosa estos vicios en el hombre permitiendo que este experimente la prosperidad y la adversidad, la riqueza y la pobreza, para que así descubra y arranque estas perniciosas raíces. Pues, mientras permanezcan interiormente ocultos y el hombre no piense en ellos ni sospeche de su presencia, esos vicios suelen hacer irrupción.

Contamos con ejemplos de ello en muchos eremitas de ambos sexos y en grandes hombres que habían vivido treinta o cuarenta años en el desierto realizando grandes ejercicios y obras, pero que, mientras tanto, habían descuidado las corruptas raíces de los vicios y no las habían extirpado, de forma que, al fin, acabaron por caer y perderse.

[Cómo arrancar esos vicios]

Por tanto, hijos míos, os ruego muy seriamente que estéis *atentos* a vosotros mismos y que os observéis con todo cuidado interior y exteriormente. Pues cuando el fondo está ocupado por los vicios antedichos, aunque al hombre le parezca que disfruta de una paz duradera y que esas malas tendencias están adormecidas, se manifestarán con toda seguridad tarde o temprano.

Por eso, es necesario *rastrearlas y perseguirlas* constantemente, con un esfuerzo infatigable, ya sea la soberbia, la lujuria, el odio, la ira o el amor desordenado a las criaturas.

Una vez que hayan sido detectadas, hay que *eliminarlas* con firme decisión y apartar inmediatamente el espíritu de ellas. Para ello, el hombre ha de juzgarse severamente a sí mismo y pedir ayuda a Dios con profunda humildad y oraciones íntimas y fervorosas, pues solo Dios con su gracia puede destruirlas. Entretanto, es preciso que persevere unido a Dios, que lo llame con continuas súplicas y procure, por todos los medios, no abandonar esa íntima unión rompiendo el silencio o entregándose a la actividad. No debe cometer el error de algunos que, si no experimentan de inmediato el fruto de la oración, la abandonan.

Debemos estar siempre *en guardia* frente a esas malas inclinaciones, con temor y con una vigilancia muy estricta de nosotros mismos. Así, cuando [suframos algún problema o dificultad en nuestra vida, y entonces] llegue la terrible tempestad [espiritual] que aguardamos siempre temerosos; cuando la confusión y la perturbación se presenten, y las desgracias y las calamidades lo ocupen todo [en nuestro interior], Dios encontrará un refugio donde esconder y proteger a los suyos. Sin embargo, [permaneciendo] fuera [de dicho refugio, quedando a merced] de estos males, es seguro que muchos, cuando se vean en aquella extrema angustia en que el alma tenga que abandonar su habitáculo [en el que habitaba junto a Dios], se verán envueltos en desgracias y calamidades por no haber prestado atención a las malas inclinaciones y a los pecados que anidan en ellos, pues entonces su

[malicioso] fondo quedará completamente al descubierto y este será juzgado sin compasión ninguna.

Por todo ello, hijos míos, *«humillaos bajo [la poderosa mano de] Dios»*⁸⁷⁰ y contemplad pacientemente vuestras malas raíces, considerando como vuestro purgatorio las tentaciones que soportáis por ello. En vuestro ser íntimo, teneos por lo que verdaderamente sois [es decir, nada].

Ciertamente, no hay mancha tan leve ni imagen tan pequeña – deo aparte los pecados graves y manifiestos– que, si le dais acogida en vuestro interior voluntaria y deliberadamente, obstaculizando con ello la noble acción de Dios en vuestra alma, no debáis purificar en el purgatorio con penas mayores que las que padecieron todos los mártires juntos por amor a Dios. Por tanto, en lugar de tener que purificar vuestras faltas en el purgatorio por treinta o cuarenta años, ¿no sería preferible extirpar aquí vuestros pecados y defectos en el modo descrito, o sufrir humildemente durante un poco de tiempo y así haceros merecedores de una gran recompensa, del gozo, de la bienaventuranza y la gloria eternas?

[Desechar las preocupaciones para escuchar la llamada de Dios]

2. Veamos ahora qué dice el Evangelio:

*«He aquí, tengo preparado mi banquete; he matado mis terneros y animales engordados, y todo está dispuesto; venid a las bodas”. Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a sus tierras y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los maltrataron y los mataron»*⁸⁷¹.

Finalmente, concluye: *«Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos»*⁸⁷².

⁸⁷⁰ 1Pe 5,6.

⁸⁷¹ Mt 22,4-6.

⁸⁷² Mt 22,14.

Actualmente, hay también una masa enorme de personas de esta clase, que llenan el mundo entero con estos afanes, y no solo entre los seculares, sino también entre religiosos y eclesiásticos. ¡Con cuántos quehaceres y ocupaciones se distrae constantemente el mundo, para acabar ahogado por ellos! Si se piensa bien, la cabeza da vueltas. Tanta es la diversidad y multiplicidad de todas las cosas: vestidos, manjares, edificios, de los cuales podría bastar la décima parte. Sin embargo, el tiempo calamitoso e inestable que nos ha tocado vivir⁸⁷³ debería ser solo un paso hacia la vida eterna, y el uso de los bienes temporales, debería ser tan sobrio que bastara para conservar la vida. Sería mejor morir de hambre en mitad del camino que soportar todas estas preocupaciones.

Hijos míos, tened cuidado de vuestra salvación. Dios os ha llamado de este mundo engañoso y corrompido para que le sirváis a Él solo. Él nos exige que apartemos celosamente nuestro espíritu de cualquier vana ocupación, de toda multiplicidad y de cuanto no nos sea realmente necesario, y nos recojamos en nuestro ser íntimo para reflexionar y meditar en él nuestra vocación, es decir, cómo y para qué hemos sido llamados por Dios.

Pues Dios llama a unos a la *contemplación* interior [realizando algún ejercicio espiritual como, por ejemplo, la meditación de un texto bíblico]; a otros los llama a la *acción* [exterior, realizando alguna actividad caritativa]; y a otros [más elevados] Dios los llama a una gozosa *quietud* interior [en total pasividad], a un sosegado silencio, a unirse a la Tiniebla divina en la unidad del Espíritu. A estos últimos, Dios a veces los llama a la actividad [exterior, para hacer alguna obra de caridad o algún trabajo para su familia o su comunidad] y otras veces los llama a la contemplación [interior, para realizar algún ejercicio espiritual].

Pero la mayoría [de las personas] no siempre presta atención interior a la llamada de Dios, de ahí que, cuando el Señor los quiere

⁸⁷³ Muy probablemente, Taulero habla de la grave crisis social y religiosa provocada por la peste negra, que había asolado Europa unos años antes de la predicación de este sermón. Ver nota 178.

en la actividad exterior, ellos se recogen [en su interior], y cuando es su voluntad que se recojan, entonces ellos se lanzan a la actividad exterior. Así, nada aprovechan.

Ciertamente, si permaneciéramos en actitud de recogimiento, atentos únicamente a Dios y a su voluntad, sin considerar ninguna otra cosa, Dios nos mostraría nuestra vocación de una forma más clara que la luz. Pero es necesario permanecer firmes en tal actitud.

[Ejercitar la caridad y la contemplación con desapego, para alcanzar la «quietud»]

3. Si el hombre que ha sido llamado por Dios al silencio interior y a [unirse a] la divina Tiniebla quisiera por ello estar siempre exento de hacer obras de caridad –como desgraciadamente ocurre en estos tiempos, en que son muy pocos los que se dignan a realizar tales obras–, se alejaría mucho de la verdad, sin duda alguna. Por tanto, cuando la situación lo exige y a él le incumbe, el hombre debe ocuparse en actos de caridad con un espíritu de renuncia a sí mismo, no por el placer y la satisfacción que proporciona el hacerlos –vicio en el que cae la mayoría–, sino por puro amor, en el desapego y con la intención de volver cuanto antes a la pasividad. Pues a aquel que realiza su actividad en el desapego todo lo que hace le parece estar sujeto a la [dispersante y mundana] multiplicidad [que se opone a la unidad y la simplicidad⁸⁷⁴]. Y nadie conoce mejor la multiplicidad que aquel que permanece siempre en el desapego.

Se debe evitar, asimismo, toda multiplicidad, incluso la de una compañía buena y honesta, es decir, la de hombres que se reúnen simplemente por gusto y suelen hablar de otros y de las acciones de otros [diciendo cosas como]: «Este es de tal manera y aquel, de tal otra»; o bien: «Esto debería ser así y aquello, de este modo». Así suelen ser estas conversaciones, completamente frívolas y vanas. Tú, en cuanto oigas estas cosas, si no puedes retirarte, aparta al menos

⁸⁷⁴ Sobre la «multiplicidad»: ver sermón 21, n. 4 y sermón 28, n. 6.

tu corazón de la conversación con todas tus fuerzas y con firme decisión. De otro modo, estimularás tu imaginación y caerás en la multiplicidad.

4. Una vez que el hombre del que hablábamos se ha ejercitado con discernimiento y orden en las obras de caridad, debe volver de nuevo a la quietud interior y a la pasividad. Si no entra de inmediato en la pasividad, podrá dedicarse a alguna obra interior [es decir, a algún ejercicio espiritual, como, por ejemplo]: contemplar la inmensa bondad de Dios, que se muestra de forma tan admirable en sus diversas efusiones en el hombre y, de manera especial, en las obras de su santa y noble humanidad, en su dolorosa pasión, en su amarga muerte y, por último, en las obras de sus santos. De este modo, el hombre fluye y se funde todo en Dios con gran deseo, amor y gratitud. Pero esta obra interior, aunque es buena y estimula el deseo y el fervor, es tan diferente de la quietud y el silencio interior como lo externo de lo interno.

A menudo, los hombres se equivocan en esta obra interior tanto como en la exterior, al dar acogida en su alma a formas e imágenes. Y, en efecto, esas obras interiores mencionadas son formas e imágenes. Cuando el hombre se entrega a alguna obra interior como las descritas y le va bien en ellas, si se *apega* a tales ejercicios con placer y disfrute, no podrá alcanzar en ellos la verdadera pobreza de espíritu. La razón es que el hombre interior o espiritual se apega a la dulzura de la gracia divina como el oso a la miel, y en ella detiene su paso [hacia Dios]. Sin embargo, esas prácticas espirituales deberían ser solo un camino hacia el Bien puro y noble que es Dios. Pues no hay que apegarse a ninguna gracia, a ningún don de Dios. En Dios no ha de buscarse otra cosa que su gloria y beneplácito, no sea que nos ocurra lo que al siervo al que su señor le había entregado toda su tierra y lo había puesto al cuidado de todos sus bienes. Pero, al descubrir que aquel siervo se había apropiado injustamente de todos sus bienes y los había empleado en su propio beneficio, se los reclamó y envió al siervo infiel a la «cruz» [es decir, fue duramente castigado].⁸⁷⁵

⁸⁷⁵ Cf. Lc 12,39-48.

De estas dos obras, la interior y la exterior, si se hacen con orden, nace un bien nobilísimo: la quietud interior del alma, por medio de la cual se llega al silencio de todas las formas e imágenes, a la divina Tiniebla, donde descansamos y gozamos con Dios. Sobre este noble Fondo [divino] hay muchas cosas escritas en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Así, Moisés ascendió a la tiniebla⁸⁷⁶. Y en los libros de los Reyes se lee del profeta Elías que aquel viento tempestuoso, en el que no estaba el Señor, cesó, pero luego el Señor llegó en el susurro de una suave brisa⁸⁷⁷. Asimismo, en el libro de la Sabiduría encontramos escrito: «*Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu Palabra poderosa, Señor, llegó lanzándose desde el Cielo, desde el trono real*»⁸⁷⁸.

[La lucha contra las tentaciones que impiden la «quietud»]

Por este motivo, todas las prácticas del hombre, su modo de vida y sus obras, deben servir constantemente a este noble silencio; ya que han de reforzarlo, no perturbarlo. Pues, a este respecto, hay quienes cometen un grave error: se dejan caer en ese silencio con una mera quietud natural, y a ella se apegan placenteramente. Tenemos que estar en guardia frente a esta actitud y mantenernos en un temor humilde e íntimo, de manera que, con la ayuda de una humildad sumisa, aprendamos a estimarnos en poco, a considerarnos siempre como sospechosos, como lo éramos antes de llegar a este silencio, y a refugiarnos en Dios, suplicándole que nos conceda su fuerza y su auxilio.

Pero esta angustia, esta enorme opresión, este vehemente deseo de simplicidad y desnudez interior que tiene el hombre, si procede adecuadamente, son su purgatorio, y por medio de ellos se purifica y está cada vez más preparado. Sin embargo, si por la multiplicidad externa de sus ejercicios, el hombre no puede recogerse ni tan fácil ni tan rápidamente como quisiera, no se

⁸⁷⁶ Cf. Ex 24,15-18.

⁸⁷⁷ Cf. 1Re 19,11-12.

⁸⁷⁸ Sab 18,14-15.

inquieta por ello, con tal de que sus obras nazcan de un *amor verdadero* a Dios⁸⁷⁹. En efecto, Dios mismo suple y lleva a término lo que el hombre no puede por estar impedido, y rápidamente [Dios] lo repara todo, pues no necesita de mucho tiempo para realizar sus obras.

Así pues, recógete tan rápido como un relámpago⁸⁸⁰ en tu ser más íntimo, con todo tu espíritu, en el Fondo verdadero de Dios. Y cuando el Bien innominable se muestra en el alma, con Él se muestran también todas aquellas cosas que pueden ser nombradas⁸⁸¹ en este mismo Bien, es decir, en Dios. Pues en aquel que es innominable, es decir, en Dios, están contenidas todas las cosas que pueden ser nombradas.

Pero si el hombre no puede llegar a esa desnudez y desapego del espíritu tan rápidamente, vaya entonces por el camino del trabajo interior –del que ya hemos hablado– breve y ordenadamente [por medio de algunos ejercicios espirituales]. Pues, quizás, esta vía será para él más útil, aunque la primera sería mucho más noble. En verdad, si el hombre buscara únicamente a Dios y no su propio interés, ni en el espíritu ni en la naturaleza, Dios no permitiría, en modo alguno, que se perdiera, con independencia del camino que siguiese.

Las almas buenas, cuando oyen esto, quieren comenzar de inmediato, pues comenzar siempre es su ser y su vida. [Sin embargo,] quienes lo miden todo según su razón, interpretan estas cosas a su manera y las poseen en la sutileza de su intelecto. Y así, cuando llegue la hora de la muerte, encontrarán su fondo hueco y sin Dios, y entonces nadie podrá explicar ni lamentar lo suficiente cuánta angustia, cuántas desgracias y miserias habrán de padecer. Si no han errado en la fe y están sin pecado mortal, compartirán aún

⁸⁷⁹En la edición de Surio en lugar de «a Dios» dice «y divino». En los dos últimos párrafos de este sermón, Taulero explica que el «amor verdadero» es el que va dirigido a Dios.

⁸⁸⁰ Sobre la rapidez de la acción de Dios en el fondo del alma véase la nota 618.

⁸⁸¹ Es decir, que tienen un nombre.

penas en el purgatorio con los grandes pecadores. De no ser así, arderán sin duda en las eternas llamas del infierno.

[El amor verdadero y la intención pura]

5. Ahora, amados hijos, ved cómo ha preparado el Señor sus bodas. «*He sacrificado terneros y reses cebadas*». Por «terneros» podemos entender las obras externas [de la *acción*] del hombre; por «reses cebadas», las obras interiores de la *contemplación*; por «bodas» del Señor, la *quietud* interior en la que estamos actuando y gozando como Dios goza de sí mismo activamente. Este Rey eterno y todopoderoso entra a cada hora y contempla sus bodas.

El Evangelio, algunos versículos después, añade:

*«Entró el rey para ver a sus convidados y vio allí a un hombre sin vestido de boda, y le dice: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestido de boda?”. Él enmudeció. Entonces dijo el rey a sus criados: “Atadle las manos y los pies y echadlo a las tinieblas exteriores: allí habrá llanto y crujir de dientes”»*⁸⁸².

Por «vestido de bodas», que según está escrito le faltaba a este invitado, entendemos el *amor verdadero* a Dios, y la *intención pura* [de buscar] a Dios, que excluye el amor a sí mismo y a lo que es ajeno a Dios, para que el hombre no busque nada excepto a Dios.

Ahora es posible encontrar personas que se atribuyen esas cualidades porque su intelecto las ha comprendido, bien por haberlas oído, bien por haberlas estudiado. Las tienen solo en su intelecto, no realmente, es decir, las *conocen*, pero no tienen *experiencia* de ellas. Tienen el conocimiento [del amor verdadero y la intención pura], pero no su esencia, pues no se han preocupado de experimentarla. Por tanto, conocen estas cosas, pero en su fondo no buscan a Dios por Dios mismo, con intención pura y amor [verdadero].

⁸⁸² Mt 22,11-13.

A estos, Dios les dice: «Amigos, ¿cómo habéis entrado aquí sin el vestido del amor verdadero?». Pues, efectivamente, no tienen ni un ápice de amor verdadero, pues se apoyan en los dones de Dios más que en Dios mismo. Es lícito usar todos los dones de Dios, pero no gozar de ellos, pues solo Dios ha de ser nuestro gozo. Así pues, dice el rey: «*Atadles las manos y los pies*», es decir, todas sus facultades y potencias, y «*enviadlos a las tinieblas exteriores: allí habrá llanto y crujir de dientes*».

En consecuencia, amados míos, amad y buscad a vuestro Dios pura y verdaderamente para no ser arrojados a las tinieblas que no tendrán fin, sino que seáis conducidos por Él a su Luz verdadera, para alabanza y gloria suya. Amén.

**75. TERCER SERMÓN DEL TRIDUO EN HONOR DE SANTA CÓRDULA
(VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD)**

LA LUCHA CONTRA LAS TENTACIONES

(V. 75, sobre Ef 6,10)

«Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza» (Ef 6,10)

1. Dice el Apóstol en la carta de hoy:

«Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Revestíos de la armadura de Dios para que podáis estar firmes frente a las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra la sangre y la carne, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra seres espirituales de maldad que están en las alturas. Por lo cual, recibid la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, tras haber vencido todo, os mantengáis firmes»⁸⁸³.

[El alma que es esposa de Dios ha de ponerse humildemente en sus manos]

Si hacéis memoria, hijos míos, hace poco os decía que la esposa de Dios debe despojarse y desnudarse de todo para ser vestida de nuevo de una forma más verdadera y perfecta. Pero la esposa, al ver que el Esposo le pide y le exige tanto, y que le ordena hacer o dejar cosas tan grandes, cree que es incapaz de llevarlas a cabo. Esto provoca en ella una profunda tristeza y cae en cierta desesperanza natural al considerar que ella no es capaz de cumplir con lo que le pide el Esposo.

⁸⁸³ Ef 6,10-13.

Al alma así afectada, el apóstol Pablo, elegido de Dios, le da un consejo muy sabio, diciendo lo que ya antes habéis oído: «*Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza*». Dice: «Fortalécete, oh alma, esposa de Dios, *en el Señor*». De esta forma, lo que no puedas hacer por tus solas fuerzas, podrás sobradamente hacerlo por el Señor y con el Señor. Por tanto, abístrate simplemente en Él, confíale todo tu hacer y todo tu no hacer, abandónate a Él, y lo podrás todo, sin duda. Busca, oh alma, tu fuerza y auxilio en Él –que es Señor de todas las cosas– «*y en el poder de su fuerza*», pues todo lo puede cuando Él quiere. Busca en Él, en lo más íntimo de tu ser, desde tu fondo y con firmeza: saca todo tu poder y toda tu fuerza de Él, y solo del «*poder de su fuerza*».

Dios, a veces, oculta su fuerza omnipotente por un tiempo y disimula y soporta la maldad de los hombres. Por eso, buena parte de ellos se ensoberbece como si quisieran ellos mismos ser Dios, y en esto tanto religiosos como seglares⁸⁸⁴ emplean todo su vigor. No se someten a la autoridad de nadie, sino que actúan a su antojo. Es más, les gusta mandar sobre los demás porque se consideran superiores a ellos. No se dignan reconocer a ninguna autoridad superior. Pero tened por cierto que Dios no va a callar para siempre ni va a ocultar para siempre su poder.

[La utilidad de las tentaciones]

2. San Pablo dice después: «*Revestíos de la armadura de Dios*». El Apóstol dice esto para prevenir al alma, hacerla cauta y estimularla para la lucha, y al mismo tiempo le muestra con qué armas ha de luchar. Estas son armas gloriosas y nobles, preparadas y entregadas a ella por el Esposo. Es de una gran dignidad y excelencia que el hombre pueda luchar con las armas de Dios. ¿Cuáles son esas armas? El Señor mismo te responde: «*Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*»⁸⁸⁵.

⁸⁸⁴ En la edición de Hugueny-Théry-Corin se añade: «Y los primeros incluso más que los segundos».

⁸⁸⁵ Mt 11,29.

Entre todas las cosas, no hay ninguna tan necesaria al alma como aprender a luchar, pues en la tentación se conoce a sí misma tal como es. A todos los eremitas de vida elevada que se perdieron [interiormente viviendo] en la soledad solo les faltó esta ciencia del combate. Por eso, después de haber vivido durante cuarenta o cincuenta años, o incluso más, practicando grandes virtudes, al llegar la tentación, fueron reducidos a la nada y se perdieron. ¡Y eso que poseían ejercicios y virtudes admirables! Pero en las tentaciones se le descubre a cada uno cómo es su fondo.

Creedme, hijos míos: tanta es la utilidad de las tentaciones que, si el hombre reacciona bien ante ellas y las observa atentamente, le son más provechosas y necesarias que las virtudes. Pues el hombre, para llevar una vida buena y feliz, necesita de las tentaciones tanto como de la gracia. En efecto, la virtud se inicia en la tentación y en ella se perfecciona; por eso, es preciso que la virtud sea golpeada y puesta a prueba en el crisol de las tentaciones para que se convierta en *hábito* [es decir, en un modo de proceder instintivo, que se realiza sin mucho esfuerzo, pues se ha asumido como propio]. En todos los modos de vida a los que el hombre es llamado interior o exteriormente, es necesario que se experimente la tentación. De ahí que un maestro haya dicho: «Como la carne se pudre si no se la cubre de sal, eso mismo le ocurre al hombre sin la tentación».

Ciertamente, Dios todopoderoso puede darse en las tentaciones tanto como en las virtudes y en los santos sacramentos. En la tentación se dan a conocer las manchas y las raíces de los vicios, y, una vez conocidas, se debilitan y se arrancan. Entonces nacen la humildad y el temor de Dios, que se hace de nuevo presente al hombre y le invita a refugiarse en Él, a pedir su ayuda y cargar sobre Él toda la lucha.

[Las tentaciones se vencen con humildad y mansedumbre]

3. Ahora, hijos míos, revestíos de esta noble armadura de Dios y, fortalecidos por ella, obtendréis una victoria segura sobre todas las tentaciones. Sed, insisto, mansos y humildes, no solo ante Dios,

sino también ante todas las criaturas. A quien se ha revestido de estas armas, ni los demonios, ni los hombres, ni lucha alguna podrán vencerlo, aunque todas las criaturas conspiren contra él.

Por el contrario, quien está desprovisto de ellas, no podrá alcanzar triunfo ninguno. La ira se opone a la mansedumbre y nace del espíritu de propiedad y del amor egoísta. La soberbia es lo más opuesto a la humildad y es hija de la autocomplacencia y de la voluntad propia, que es totalmente contraria a la humildad. El hombre verdaderamente humilde no tiene voluntad propia, ni un sentir propio, ni cabeza propia, sino que es *pobre de espíritu*. Dios es su cabeza, su sostén y su propiedad.

Amados hijos, «*sed humildes bajo la poderosa mano de Dios y Él os exaltará*»⁸⁸⁶. Permitid ser juzgados por Dios y por todas las criaturas; sed también jueces de vosotros mismos. Humillaos y recibid cualquier adversidad de buen grado y con ánimo abandonado, negaos constantemente a vosotros mismos sea cual fuere la situación en que os encontréis y refugiaos en Dios con plena confianza. Si hicieréis así, todas las tentaciones quedarán reducidas a la nada.

¿Cómo van a estar protegidos por las armas de la mansedumbre aquellos que a una palabra un poco áspera responden con diez más duras aún y prorrumpen en juicios temerarios? Estos, en cuanto reciben un leve pinchazo, no se contienen. La mala raíz, al ser tocada, se muestra de inmediato y se lanza al encuentro de la maldad del otro. Se enfrentan entre sí como dos perros rabiosos, ladrándose y mordiéndose el uno al otro. No son esas las armas de la mansedumbre, pues para mí las personas que se comportan así son como gruñones rabiosos. Mejor les sería, si fuesen objeto de una ofensa, considerarse hombres indignos. Pues de la *práctica* [de la humillación] nace la *virtud* [de la humildad] y esta [, cuando perdura en nosotros] se transforma en *hábito*.

Cuando se te trate con dureza, vuélvete a tu fondo y en él despréciate y considérate una nada, incluso más que aquel que te

⁸⁸⁶ 1Pe 5,6.

desprecia. Al mismo tiempo, aplaca la amargura y la indignación del otro con tu mansedumbre, vendar sus heridas y, así, resultarás ileso. Estas faltas, como todas las faltas, deben vencerse con la oración interior –[, es decir,] con la oración del espíritu– y con la perseverancia en la Verdad.

Hablando de esto, Pedro Diácono se quejaba ante san Gregorio de lo fatigoso y terrible que era permanecer en lucha constante contra las asechanzas del enemigo, estando casi de continuo como en estado de guerra. San Gregorio le respondió: «No será fatigoso si confiamos nuestra protección no a nosotros, sino a la gracia divina». Hagamos nosotros lo mismo, en la medida de nuestras fuerzas, y estemos en guardia bajo la protección de Dios.

En verdad, no será fatigoso si esperamos la victoria no de nosotros, sino de Dios; si nos defendemos de las flechas del enemigo con el escudo de la humildad y la mansedumbre, si no respondemos a quienes nos afligen o nos ofenden, sino que, retirándonos a nuestro fondo, recibimos los dardos del enemigo protegidos por la coraza de la paciencia y el amor; y si, de manera semejante, encajamos los golpes del enemigo al amparo de una fe viva.

[La lucha contra las tentaciones, no contra el cuerpo]

4. Así pues, amados hijos, estas son las armas con las que debéis fortificaros y resistir frente a las asechanzas del diablo. Como dice el Apóstol, «*nuestra lucha no es contra la carne y la sangre*»⁸⁸⁷. Tendrían que reflexionar sobre esto las personas que, sin discernimiento alguno, [con duros ejercicios ascéticos] castigan y torturan su pobre carne, mientras descuidan las malas semillas y las raíces de sus defectos, ocultas en su fondo.

Tú, quienquiera que seas, dime: ¿qué mal te ha hecho tu pobre carne? ¿Qué pecado ha cometido?

⁸⁸⁷ Ef 6,12.

Esos [torturadores de su cuerpo] se empeñan en atravesar un muro con su propia cabeza. ¡Cuánto mejor sería para ellos luchar contra sus defectos [espirituales] y sofocarlos en lugar de declarar la guerra a su carne! ¡Más les valdría inmolar un macho cabrío [es decir, las tentaciones del maligno] y dejar vivo a su hijo [es decir, a su cuerpo]!⁸⁸⁸.

Pero si quieres saber qué es aquello contra lo que debemos mantener una lucha constante, el Apóstol nos lo explica: «*Nuestra lucha no es contra la sangre y la carne, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra seres espirituales de maldad que están en las alturas*»⁸⁸⁹; es decir, contra los demonios y también contra los príncipes [o gobernantes⁸⁹⁰] de este mundo. Estos, que deberían ser los mejores, por desgracia, son «caballos» que cabalgan los espíritus malignos, que provocan guerras y discordias, que, henchidos de soberbia, afligen a los hombres y ejercen su poder despóticamente con toda clase de maldad, como es fácil ver en todo el mundo.

«*Contra los gobernadores de este mundo de tinieblas*». Es lamentable comprobar la situación actual tanto de religiosos como de laicos, perdidos en tinieblas indescriptibles. Judíos y paganos, siguiendo sus ritos y costumbres, se comportan con mucha mayor rectitud, guiados por la sola luz natural, que nosotros, los cristianos. Ellos viven en medio de tinieblas y en ceguera espiritual, pero nosotros contamos con innumerables recursos: la santa fe, el Evangelio, la vida de Cristo y la de los santos. Sin embargo, rodeados como estamos de tanta luz, somos prisioneros de una densísima ceguera, imbuidos de todo género de vanidad y de las formas e imágenes de las criaturas. Por eso, siempre estamos atrapados en el mismo barro y no amamos ni buscamos únicamente al Señor. Solo nos falta ser juzgados junto con los ciegos [espirituales] y los infieles [al Evangelio].

⁸⁸⁸ Cf. Gn 22,13.

⁸⁸⁹ Ef 6,12.

⁸⁹⁰ Debemos destacar que Taulero hace aquí un pequeño paréntesis para hablar de cómo los mandatarios políticos se dejan guiar (como dóciles «caballos») por las tentaciones, actuando en contra del bienestar de su pueblo.

[El recogimiento de los perfectos y su lucha contra las tentaciones]

Pero hay otros que [habiendo alcanzado la *perfección espiritual*] han abandonado por completo las tinieblas de esta mísera ceguera y, dándose la espalda a sí mismos y a todas las cosas, se han vuelto hacia la verdadera Luz. Estos, con un íntimo silencio de todas sus facultades, se abisman y se funden en su Origen, que es Dios, y se arrojan a la Tiniebla de la divina Soledad, que supera toda inteligencia, donde se sumergen hasta tal punto que, absorbidos [pasivamente] por completo [en el Abismo de la Divinidad], pierden toda distinción. En esta divina Unidad, pierden la conciencia de sí mismos y de todas las cosas, no conociendo nada salvo a Dios uno y simple, en quien se han abismado. Mientras permanecen en este estado, todo les va bien, nada les inquieta, no experimentan obstáculo alguno. Pero cuando salen de él, su razón es incapaz de comprender esta experiencia porque supera toda su capacidad.

Entonces vienen «*los seres espirituales de maldad que están en las alturas*», es decir, los demonios astutos, que superan a los otros espíritus malignos en sagacidad y malicia, y cuando por ciertos indicios deducen que esos hombres divinos están destinados a ocupar su lugar en la Patria Celestial, se encienden en un odio extraordinario contra ellos y les atacan sin descanso. Y entre otras artimañas que emplean contra ellos, intentan persuadirlos –por medio de malignas inspiraciones– de que ellos mismos son Dios. Y si asienten a este susurro –¡ojalá no sea así!–, caerán, con toda seguridad, en una gravísima ruina.

5. En estas circunstancias, hay que abrazar el escudo de la *fe* y resistir firmemente a los dardos diabólicos⁸⁹¹, reconociendo fielmente que Dios es uno y que no puede haber muchos dioses. Con este solidísimo escudo de la fe se protegerán de las ardientes flechas del maligno.

⁸⁹¹ Cf. Ef 6,16.

Luego, con «*el yelmo de la salvación*»⁸⁹², «*vestidos con la coraza de la justicia*»⁸⁹³, entretejida con todas las virtudes, «*con los pies calzados [...] y empuñando la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios*»⁸⁹⁴, se defenderán y lucharán con bravura, y se esforzarán por escapar ilesos de todos los dardos del enemigo, de las astutas maquinaciones de los demonios y de toda su maldad, resistiendo con coraje.

«*Para que podáis resistir en el día malo*»⁸⁹⁵ y permanecer perfectos en todas las cosas. Estos son los días malos que esperamos sobrecogidos de temor, cuando las columnas del mundo se tambaleen y reine gran confusión. Quienes hayan resistido bien estarán seguros, pues se encontrarán inmersos y absortos en el Abismo de la Divinidad; cuantos ahora luchan del modo descrito y alcanzan la victoria sobre las tentaciones, estarán libres de sí mismos y de todo temor.

Por ello, *cada día* se recogen en este Abismo [de la Divinidad] y arrastran allí consigo a todos los suyos y a cuantos les han sido especialmente confiados, los cuales no deben temer que [estas almas privilegiadas] se olviden de ellos. En modo alguno se olvidan, sino que todos, en un momento, entran con ellos [en ese Abismo], sin [representación de] formas ni imágenes; es más, [allí entra] toda la cristiandad a la vez. Y [a continuación] de ese Abismo vuelven a sus obras de caridad [en su vida cotidiana]. Y, después, de nuevo se recogen en lo más íntimo de sí mismos para fundirse y refluir en el amoroso e infinito Abismo de la Divinidad. Todo lo que reciben ahí lo devuelven de nuevo a Dios, sin apropiarse de nada, sino dejándolo a Aquel que es su verdadero Dueño.

[Pues bien,] ellos son las mismísimas columnas que sustentan la cristiandad. Si no los tuviéramos, nos encontraríamos en una situación nefasta.

⁸⁹² Ef 6,17.

⁸⁹³ Ef 6,14.

⁸⁹⁴ Ef 6,15.17.

⁸⁹⁵ Ef 6,13.

Hijos míos, abrazad valientemente «*el escudo de la fe*», defendeos y luchad con «*la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios*».

Y si caéis y sois derrotados [por las tentaciones], ceñíos de nuevo para la lucha y volved a [suplicar la ayuda de] la gracia [divina]. Y [si es necesario, haced esto] no solo setenta veces siete, sino hasta mil veces, incluso más de lo que pueda decirse, *perseverando* en la verdad, hasta el día eterno de la salvación.

Que Dios nuestro Señor nos lo conceda, Él que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

76. SERMÓN PARA EL VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

LA MADURACIÓN AFECTIVA

(V. 76, sobre Fil 1,9)

*«Hermanos, os ruego que vuestro amor siga creciendo más y más»
(Fil 1,9).*

1. El Apóstol, en su Carta a los Filipenses, les dice entre otras cosas:

«Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable Amor de Jesucristo⁸⁹⁶. Y esto pido en oración, que vuestro amor siga creciendo más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que escojáis lo mejor y seáis sinceros e irreprehensibles para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios»⁸⁹⁷.

Y un poco antes había dicho:

«Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre con gozo en todas mis oraciones por todos vosotros»⁸⁹⁸.

[Crecer en amor]

Aquí, hijos míos, debemos considerar con cuánta insistencia y seriedad este bienaventurado Apóstol afirma que Dios es testigo de

⁸⁹⁶ La Biblia de Jerusalén dice «en el corazón de Cristo Jesús» en lugar de «con el entrañable Amor de Jesucristo».

⁸⁹⁷ Fil 1,8-11.

⁸⁹⁸ Fil 1,3-4.

cómo lleva a todos los suyos en el recuerdo y en el corazón. En verdad, aunque no tuviéramos otro estímulo, este debería bastar para movernos y encendernos extraordinariamente en amor a Dios: el hecho de que los amigos de Dios deseen tan encarecidamente, desde el mismo fondo de su corazón, que vivamos en una forma digna de Dios. Y nosotros deberíamos satisfacer su deseo, aunque ninguna otra cosa nos invitara a ello. Así pues, [san Pablo] dijo: «Os ruego⁸⁹⁹ que vuestro amor siga creciendo más y más»; es decir, que progreséis de un amor menor a otro mayor, y que ese amor mayor pase a ser un amor perfecto, que abunde en vosotros.

El amor es lo más noble, lo más elevado y lo más delicioso de que pueda hablarse. Nada más útil que esta enseñanza. Dios no exige [de nosotros] una inteligencia aguda, ni pensamientos profundos, ni grandes ejercicios de devoción, aunque nunca deben rechazarse las buenas prácticas bien fundamentadas en el amor. Pues, en efecto, Dios solo pide amor, que, en palabras de Pablo, «es el vínculo de la perfección»⁹⁰⁰. Un intelecto sutil y penetrante lo tienen también judíos y paganos. Las grandes obras son comunes a justos e injustos. Solo la caridad distingue a los falsos y fingidos de los buenos, pues «Dios es Amor, y quien permanece en el Amor, permanece en Dios, y Dios en él»⁹⁰¹. Aprended, por tanto, [la ciencia del] verdadero amor por encima de todas las demás.

Puesto que Dios «nos amó primero»⁹⁰² con Amor inefable, nosotros, como dice [san] Agustín, debemos corresponderle con el nuestro. Así, nuestro amor no disminuirá ni decrecerá, sino que aumentará y se engrandecerá. El amor merece amor, y cuanto más amamos, más capaces nos hacemos de un amor mayor y tanto más amor podemos dar.

⁸⁹⁹ La Biblia de Jerusalén dice «Y lo que pido en mi oración es...» en lugar de «Os ruego...».

⁹⁰⁰ Col 3,14.

⁹⁰¹ 1Jn 4,16.

⁹⁰² 1Jn 4,19.

[El conocimiento ayuda al amor]

2. Dos son las obras del amor: una interior, otra exterior. Esta se dirige al prójimo; aquella, directamente a Dios. Para realizar bien esta obra, se requiere *conocimiento*. En efecto, así dice el Apóstol: «*Que vuestro amor siga creciendo más y más en toda ciencia y conocimiento*», que es como si dijera: no quiero que os contentéis con el bien, sino que aspiréis a lo mejor y abundéis en el amor.

La *ciencia* es el tercer don del Espíritu Santo y precede al amor como una sierva a su señora. Mostramos que nuestra caridad es auténtica e inspirada en Dios por el amor fraterno que tenemos a nuestro prójimo. Pues, si no amamos al prójimo, en vano decimos que amamos a Dios, como está escrito: «*Quien no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve?*»⁹⁰³. Toda la Ley y los Profetas dependen de estos dos mandamientos: «*Ama a Dios sobre todas las cosas y [...] al prójimo como a ti mismo*»⁹⁰⁴. En consecuencia, debemos hacer nuestras las alegrías y las aflicciones de nuestro prójimo, y tener con él «*un solo corazón y una sola alma*»⁹⁰⁵, como leemos en los Hechos de los Apóstoles sobre los discípulos y los creyentes, para quienes «*todas las cosas eran comunes*»⁹⁰⁶.

Si uno no puede mostrar [este amor] exteriormente porque carece de medios para ello, téngalo al menos [interiormente] en su fondo, no de una forma superficial, sino auténtica. Es decir, procure tratar a los demás con amor, benevolencia, agrado y una voluntad dispuesta. Y si no puede hacer ninguna otra cosa, exprese al menos [ese amor] con alguna palabra bondadosa y amable que brote de un fondo bueno y sincero.

⁹⁰³ 1Jn 4,20.

⁹⁰⁴ Mt 22,37.39.

⁹⁰⁵ Hch 4,32.

⁹⁰⁶ Hch 4,32.

[Pecar «por hábito» y pecar «por accidente»]

3. La caridad debe ejercitarse también con los hombres perversos. Sus pecados y defectos han de ser soportados con amorosa paciencia, procurando no juzgarlos con dureza. Por el contrario, debemos sobrellevar con misericordia cualquier mal que nos hagan, pues su conducta, muchas veces, no procede de un hábito pecaminoso, sino de la debilidad, de la imprevisión o incluso, como afirma san Gregorio, de cierta permisión divina para que nos hagamos humildes y lleguemos al conocimiento de nosotros mismos.

Pero es posible saber si [las culpas] proceden de un *hábito* pecaminoso o se producen de forma *accidental*. En efecto, quienes pecan por accidente, en cuanto toman conciencia de su pecado, se reprenden duramente y reconocen su culpa. En cambio, quienes pecan por hábito, persisten obstinadamente en su maldad y justifican su pecado como si hubieran actuado bien, y no se abandonan [en Dios] en modo alguno.

Todas estas faltas, pues, hemos de soportarlas y tolerarlas en ellos, y serán una buena ocasión para probarnos. Pues si las juzgamos con dureza e impetuosidad, como es costumbre en algunos, que expresan su opinión sobre los pecados del prójimo con tanto ímpetu que da la impresión de que quieren atravesar un muro con la cabeza, esto es indicio de que en ellos se ha secado su amor a Dios, o ciertamente se está secando.

Por todo esto, os ruego, hijos míos, que seáis cautos con vuestros prójimos y no lancéis contra ellos juicios temerarios cubriéndolos la cabeza con un manto. Antes bien, volved los ojos hacia vuestro corazón y juzgaos a vosotros mismos, examinando vuestros deseos y acciones.

Pero aquí se comete un grave error: casi nadie tolera al otro desde su fondo, por amor, ni soporta con ecuanimidad sus debilidades. Pensemos que quizás tenga mal la cabeza, o sea irreflexivo, o sea víctima de otros pecados o miserias.

[El amor interior –a Dios– genera el amor exterior –al prójimo–]

La caridad fraterna [o exterior] debe estar presente en todo lo que hacemos, cuanto sea posible a cada uno. Y debe crecer y aumentar, pues solo a partir de ella sabrás cómo es tu caridad interior, que está orientada a Dios, nuestro Origen.

Aquí necesitamos mucho *conocimiento* para actuar adecuadamente en ambas obras, la interior y la exterior. Esto es lo que dice el Apóstol: «*Os ruego que vuestro amor abunde más y más*», pues la primera caridad [la interior] está embarazada y de ella nace la segunda [la exterior], si su ejercicio está presidido por el conocimiento.

[El examen de conciencia]

4. Muchas veces el hombre quiere amar a Dios, pero, al contemplarse a sí mismo, se ve desprovisto de amor y de gracia [divina]. Sabe que debería amar y buscar a Dios desde su fondo, pero no encuentra en él este sentimiento, por lo que empieza a juzgarse interiormente con enorme dureza y a dar grandes gritos contra sí mismo. Al mismo tiempo, teme verse condenado al infierno o penando en un terrible purgatorio, y todos los escrúpulos que permanecían aletargados [en su alma] afloran de nuevo en [su conciencia]. Y esto está bien, pues el hombre debe juzgarse y condenarse a sí mismo.

Pero ¿qué hacemos nosotros, pobres gusanos, que reptamos aún sobre la tierra y la ceniza? Si experimentamos algo semejante, debemos golpear el Corazón de Dios con nuestras súplicas, [diciéndole:] «¡Oh Dios misericordioso, ten piedad de mí, redímeme, ven en mi ayuda, para que vuele al Cielo sin pasar por el purgatorio!»

Esto último [es decir, quedar redimido por Dios de todos los pecados], ciertamente, les sucede a unos pocos santos; y es algo bueno, no puedo negarlo. Pero todo el que tiene verdadera caridad, [aun a sabiendas de que él también podría ser redimido] se juzga a

sí mismo, carga con sus defectos y se abandona en la gratísima voluntad de Dios por medio de una amorosa inmersión en Él y mediante la renuncia a la voluntad propia. Pues [, en efecto,] el verdadero amor a la Divinidad le lleva al hombre a renunciar a su interés y a su voluntad propia.

Por esto, es tarea del hombre juzgarse a sí mismo y echarse a los pies de su Señor rogándole que lo juzgue en la caridad, que la justicia divina se cumpla en él y en todas las criaturas y que prevalezca en él la voluntad de Dios según su amoroso beneplácito, tal y como Él lo ha querido eternamente y lo ha dispuesto en su eterna voluntad, ya sea en el purgatorio o incluso en el infierno, según le parezca bien a Él, dejando en sus manos qué debe sufrir, cómo, cuándo, cuánto y durante cuánto tiempo, gritando solamente: «¡Hágase tu voluntad!»⁹⁰⁷, y dejando completamente a su arbitrio si debe ser grande o pequeño [su castigo], [o si debe estar] cerca o lejos [de Él].

[El absoluto abandono a la voluntad de Dios]

En todas estas cosas, el hombre debe siempre abandonarse al beneplácito divino y alegrarse de que la justicia de Dios se cumpla en su pequeñez y también en hombres más perfectos y dignos, en su excelencia y en su cercanía [a Dios]. Y cuando ama en tales hombres su excelencia y su cercanía a Dios, hace que la gracia y los dones de estos sean también suyos. Esta es, amados hijos, la verdadera caridad.

Y si en el momento de la muerte Dios le concediera la gracia de una conversión perfecta, en un completo abandono al divino beneplácito, y muriera así en esta luz, volaría inmediatamente al Cielo, aunque él solo hubiera cometido todos los pecados del mundo entero. Pero este abandono tan absoluto solo Dios puede concederlo. Y como no hay muerte más segura ni más feliz que la que se produce en este estado del alma, tampoco hay ninguna vida

⁹⁰⁷ Mt 6,10; 26,42.

más noble ni más útil que vivir siempre de esta manera. No hay duda alguna: quien vive así, experimenta un progreso admirable y constante.

[Soportar el sufrimiento que provocan las tentaciones]

5. El amor lleva a sumergirse en el Amado. Aquí hay dos obstáculos: uno es el *pecado*; el otro, fuertes y horribles *tentaciones* que fatigan al hombre de varios modos.

Esto ha de entenderse así: la tentación, en cuanto tal, es decir, en tanto que *puerta de entrada* del pecado, no debe ser elegida ni debemos quererla; en cambio, el *sufrimiento* –o la pena– que experimentamos al resistirla y vencerla, debemos elegirlo como voluntad de Dios. Y así, a impulsos del amor, hemos de poner nuestra cerviz bajo el enorme peso [de la tentación] con tal disposición de ánimo que, si nuestro Creador quisiera que soportáramos tal presión hasta el último día del Juicio [final], deseáramos hacerlo por amor, para alabanza y gloria suya. Y si todo el mérito que pudiéramos obtener de ello, ya fuera nuestra purificación o nuestra beatitud eterna, quisiera el Altísimo que lo recibiera un pagano, un judío o alguien del otro lado del mar, a quien nunca hemos visto, deberíamos aceptarlo como voluntad de Dios, desde el fondo de nuestro corazón, como si lo recibiéramos nosotros mismos.

[La caridad se opone a desear egoístamente las consolaciones divinas]

Hay otro obstáculo para el amor. Deseamos experimentar al Amado, conocerlo, y disfrutar y gozar de Él. Si todas estas cosas y cualesquiera otras que pedimos a Dios, Él nos las concediera, pero, una vez poseídas, Dios quisiera quitárnoslas de repente y entregar ese bien tan deseado y tan amado a nuestro peor enemigo, deberíamos aceptarlo con amor, desde el fondo de nuestro corazón, y alegrarnos por ello.

Yo mismo he oído decir a un gran amigo de Dios, persona de una admirable santidad, que se sentía obligado a querer y desear ardientemente la bienaventuranza y el Reino de los Cielos para su prójimo, incluso más que para sí mismo. Esto es a lo que yo llamo «caridad».

[Primer grado de la caridad. Evitar los ambientes y las personas mundanos]

La caridad presenta otros muchos obstáculos para quien está encendido en amor a Dios. Unas veces querría gozar de la paz divina; otras, desearía ser tan pobre como muchos huérfanos y niños. Pero tú, si piensas así, te lo ruego: no busques tú mismo tu sitio; deja que sea el amor el que te sitúe. Tú olvida lo que es tuyo, sal de ti por medio de un amoroso abandono de ti mismo, en la humildad y en el más absoluto desapego.

Así es como debe abundar vuestra caridad «*en toda ciencia y conocimiento*», de forma que no os baste tenerla de un modo bueno, sino que aspiréis a tenerla del mejor de los modos.

Y con razón se dice «*en toda ciencia*». Porque el maligno mezcla por todas partes la cizaña con las rosas, de manera que las espinas ahogan las rosas o al menos las desgarran y traspasan. Por eso, es necesario huir [de ciertas personas y de ciertos ambientes], y es preciso asumir cierta singularidad o desemejanza [respecto del mundo que nos rodea], ya vivas en un monasterio o fuera de él. Y no se puede llamar «secta» a esa singularidad, es decir, al hecho de que los amigos de Dios tengan un modo de vida distinto del de los amigos de este mundo.

Este amor, que Pablo desea que sobreabunde en nosotros, se encuentra, en el modo en que hasta aquí hemos descrito, en las facultades inferiores [o corpóreas⁹⁰⁸]. En ellas, la naturaleza saborea frecuentes y dulces bocados, y bebe un vino de Chipre excelente y

⁹⁰⁸ Sobre las facultades inferiores o corpóreas: ver nota 14.

de gran dulzura. Así les sucedía a los discípulos mientras gozaban de la presencia corporal del Salvador. Pero ¿qué les dijo el Señor? «*Os conviene que me vaya*»⁹⁰⁹, para que no siempre disfrutéis de mi presencia física». En efecto, para que los discípulos recibieran al Señor de un modo más elevado y noble, era conveniente que no lo tuvieran siempre físicamente, [sino] que se les privara de Él.

[Segundo grado de la caridad. El «camino apofático» del abandono y la transformación interior]

6. Hay aún otra caridad mucho más elevada que esta, tanto como el cielo es más elevado que la tierra. Esta caridad la alcanzaron después los apóstoles. Quien llega a esta caridad, ha llegado a buen puerto. En este amor hay negación, no afirmación. No consiste en tener, como los discípulos tenían antes [de la Ascensión del Señor], sino en la privación y en una purísima pobreza.

En efecto, hay en este amor una cierta *ignorancia* que está por encima de todo *conocimiento*, y es muy superior a la razón. [Se trata de una ignorancia] sobreesencial, que trasciende toda ciencia⁹¹⁰. Un dolor asombroso se apodera aquí de la naturaleza, de manera que esta vacila y titubea, como un niño al que han apartado de los pechos maternos.

Esta misma naturaleza, que según santo Tomás tiene innumerables recovecos, es aquí completamente abandonada, porque este amor está muy por encima de su capacidad y actividad. Aquí, [la naturaleza] llega a tal grado de desnudez y despojamiento, que no puede tener el más mínimo conocimiento de estas cosas, ni siquiera un pensamiento, un deseo o una intención. Ella no puede siquiera ofrecer a Dios esta desoladora pobreza, sino que se limita a permanecer en su ignorancia. En este amor se siente empujada a renunciar a sí misma y a morir a todo lo que tuvo en el amor

⁹⁰⁹ Jn 16,7.

⁹¹⁰ *Cunctam scientiam transcendens*: literalmente, «toda ciencia trascendiendo». Es inevitable acordarse aquí del conocido estribillo de una de las poesías de san Juan de la Cruz (IX).

anterior, porque aquí Dios se ama a sí mismo y es el objeto de sí mismo.

En resumen, aquí solo hay abandono y transformación en la oculta Oscuridad divina, de la que habla tanto Dionisio Areopagita [al describir el *camino apofático*, es decir, el camino de la negación de todo lo que no es Dios].

Ahora, la pobre naturaleza es llevada por otro camino, el del despojamiento y la desnudez, interior y exterior, de todo apoyo y consuelo. Se le priva, por disposición divina, hasta de los propios sacramentos. Antes, cuando aún no había llegado a este grado [de caridad], yo mismo le hubiera dado gustoso el Cuerpo del Señor, incluso cada día. Pero ahora, ni siquiera lo intentaría. Ahora debe ir por otro camino que está por encima de ella, una senda donde el espíritu [del hombre] descansa en el Espíritu de Dios, en un Silencio y en una Paz ocultos, en la Esencia divina, donde «*la Luz brilla en las tinieblas*»⁹¹¹. Aquí solo se encuentra la Esencia simple de la Divinidad en sí misma, ninguna otra cosa. Aquí toda multiplicidad es reducida a la unidad.

Este es el día de Cristo⁹¹² del que habla el Apóstol, donde el Señor es recibido con todo el fruto de su pasión y de su muerte, en su día luminoso y verdadero, en su mismísima pureza. No digo que su pasión y su muerte puedan hacerse en Él más puras, sino que eso sucede en nosotros cuando las tomamos aquí más pura y noblemente, no sensiblemente ni por medio de imágenes, como se presentan a través de los sentidos y en la imaginación, sino íntima, noble, divina y secretamente; no como en el anterior modo de la caridad.

Tenemos el ejemplo del Señor, que antes de su muerte permitió que María Magdalena abrazara, lavara, secara y ungiera

⁹¹¹ Jn 1,5. Taulero hace una interpretación diferente de este pasaje en el sermón 79, n. 6.

⁹¹² Quizás Taulero alude a 2Tes 2,2, donde san Pablo hace referencia a la Segunda Venida del Señor, es decir la *Parusía*.

sus pies y su cabeza⁹¹³; pero tras su resurrección no se dejó tocar por ella. Es más, cuando lo quería tocar, la detuvo diciendo: «*No me toques, pues aún no he subido [...] a mi Padre y a vuestro Padre*»⁹¹⁴.

Por tanto, en el primer modo, en el grado más bajo de la caridad, [el Señor] accede a ser abrazado, lavado, secado y ungido imaginativamente. En el segundo grado, en cambio, no permite hacerlo en modo imaginativo, sino solo en el modo en que Él está ahora en su Padre, al que ha ascendido con todo su Ser. Allí es posible encontrarlo en el «día verdadero». Allí es posible ver al Hijo disfrutando con el Amor que reenvía al Padre y cómo ambos, por este Amor mutuo, exhalan el Espíritu Santo. Este es el «día verdadero». Aquí nace la verdadera caridad en su naturaleza y nobleza auténticas.

Y todo esto, como a menudo dice san Gregorio, «por nuestro Señor Jesucristo». En cierta ocasión, un eminente doctor y padre de nuestra Orden escribió al Capítulo general estas palabras: «La Luz de Cristo brilla en nuestro interior mucho más clara y refulgente que todos los soles que jamás brillaron en el cielo. Brilla no de fuera adentro, sino de dentro afuera».

Hijos míos, en este Amor y en esta Luz es posible progresar y crecer sin medida, no solo cada día, sino incluso cada hora y cada instante. Por eso, el hombre debe cuidar de sí mismo con toda diligencia, vigilar estrechísimamente su vida interior y progresar en ella seriamente. Esto es lo que los verdaderos amigos de Dios desean de corazón que hagamos y aquello por lo que Pablo pide: que nuestra caridad crezca siempre más y más.

Que Dios nuestro Señor, bendito por los siglos, que es la Caridad misma, se digne concedernos esta gracia. Amén.

⁹¹³ Cf. Lc 7,36-50; Jn 12,1-8.

⁹¹⁴ Jn 20,17.

77. SERMÓN PARA LA FIESTA DE UN CONFESOR⁹¹⁵

ESPERAR AL SEÑOR CON OJOS VIGILANTES

(V. 48, sobre Lc 12,35-40 y Mt 24,42)

«*Vigilad, porque no sabéis a qué hora vendrá el Hijo de Dios*»
(Lc 12,40).⁹¹⁶

[La atenta vigilancia frente a las tentaciones]

1. Amados hijos, no le falta razón a nuestro Señor para exhortarnos con tanta urgencia a estar vigilantes. Nuestro adversario, el diablo⁹¹⁷, trama cuantos engaños y astucias puede, y emplea toda su fuerza en rodearnos de eternas miserias y perdición. Por eso, nos explora y observa con suma diligencia por ver si en algún momento descuidamos nuestra devoción o si dejamos abierta alguna ventana de nuestros sentidos exteriores y no vigilamos con atención. Y cuando se da cuenta de que hemos bajado la guardia, entra furtivamente y roba todo el bien que habíamos conseguido.

Custodiad, os lo ruego, vuestras «ventanas». Vigilad para que no saquee, como ladrón, vuestra «casa». Insisto: vigilad con todas vuestras facultades⁹¹⁸, con el espíritu recogido, sin descanso. En cuanto entra en el hombre la soberbia, la autocomplacencia, la presunción o la voluntad propia, el enemigo se presenta de inmediato y rompe la bolsa repleta de buenas obras.

⁹¹⁵ En la edición de Surio: *Sermón en la fiesta de san Agustín obispo*.

⁹¹⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin. En la edición de Surio en lugar de Lc 12,40 dice Mt 14,42: «*Vigilad, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor*».

⁹¹⁷ Cf. 1Pe 5,8.

⁹¹⁸ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

¡Cuántos ha habido en otro tiempo –y los habrá, sin duda– que en este mundo realizaron obras importantes, se ejercitaron en grandes prácticas [ascéticas y devocionales] y gozaron de renombre e incluso de una gran [fama de] santidad! Sin embargo, su autocomplacencia se lo arrebató todo, pues consideraron todo eso un gran premio. Por el contrario, ha habido otros, hombres sencillos y pobres, que pasaban inadvertidos a los demás, pues no realizaban grandes obras [exteriores] y no aparentaban ni una pizca de santidad, pero a causa de su profunda humildad estarán tan por encima de los anteriores, que apenas podrán alcanzarlos con la mirada.

En consecuencia, velad con la mente muy atenta y los ojos bien abiertos. Veréis sin duda la verdad desnuda, distinta e indistintamente; [velad] en los pensamientos, en las palabras, en las obras, en lo que hacéis o dejáis de hacer, en los actos de virtud y, en fin, en el paciente sufrimiento ante la adversidad. Velad sobre vosotros con toda atención interior y exterior.

Ciertamente, amados hijos, no sabéis en qué peligro vivimos por la debilidad de nuestra naturaleza, por la gravedad de nuestras culpas, por nuestros horribles defectos, por el desprecio de la cantidad ingente de bienes que podemos alcanzar de Dios incesantemente; y también porque los clarividentes ojos de la Divinidad, ante los cuales aparecemos tan impuros, examinan y penetran con tal claridad nuestro fondo, expuesto frente por frente a la mirada divina, que queda patente su radical impureza, puesto que carece de sinceridad y verdad. ¡Cuánto debería avergonzarnos este hecho y cuán severamente seremos juzgados algún día!

Como está escrito: «*Si el justo se salva con dificultad, ¿dónde acabarán el impío y el pecador?*»⁹¹⁹. Y san Agustín dice: «¡Ay de la laudable vida de los hombres si, quitada la misericordia, la examinas con atención!»⁹²⁰. Por ello, si supierais en qué peligro se hallan aquellos que se complacen en algo que no es Dios, vuestros

⁹¹⁹ 1Pe 4,18.

⁹²⁰ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, IX,13,34.

sentidos humanos no podrían soportarlo. A este respecto dice Job: «¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada y no me dejarás ir para que trague mi saliva? He pecado. ¿En qué te afecta, Guardián de los hombres? ¿Por qué me pones frente a Ti?»⁹²¹.

[El dominio de los sentidos, las obras de caridad y la unión con Dios]

2. Pero volvamos al Evangelio, donde se dice:

*«Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas en vuestras manos; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su Señor regrese de las bodas, para que, cuando llegue y llame, le abran enseguida. Bienaventurados aquellos siervos a los que su Señor, cuando llegue, los halle velando»*⁹²².

Ya hemos hablado [suficiente] sobre [la necesidad de] estar en vela. Llamo ahora vuestra atención sobre tres puntos.

El primero es que «los lomos deben estar ceñidos». Esto significa que los lomos han de estar sujetos y controlados como lo está un caballo por el freno para evitar que se precipite en un foso, o como lo están los [hombres que en la batalla han sido] vencidos, que pueden ser llevados a cualquier sitio contra su voluntad [como esclavos]. Los «lomos» son los placeres de los sentidos, que deben estar siempre refrenados y controlados, jamás abandonados a su propia libertad.

El segundo punto es la necesidad de llevar en nuestras manos «lámparas encendidas», que son las obras de caridad. Por eso, amados hijos, esforzaos decididamente para que las obras de una verdadera y ardiente caridad, interior o exterior, cuando se presente la oportunidad de realizarlas, jamás se caigan de vuestras manos; realizadlas con toda devoción, según cada uno pueda, especialmente las que hacéis unos por otros.

⁹²¹ Job 7,19-20.

⁹²² Lc 12,35-37.

El tercer punto es este:

«Y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su Señor regrese de las bodas, para que, cuando llegue y llame, le abran en seguida. Bienaventurados –¡muy bienaventurados!– aquellos siervos a los cuales su Señor, cuando llegue, los halle velando»; «ciertamente, os digo que los pondrá a cargo de todos sus bienes»⁹²³, «se ceñirá y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles»⁹²⁴.

Las bodas de las que el Señor vuelve, se celebran en lo más íntimo del alma, en su mismo fondo, donde reposa la noble Imagen de Dios [y a lo que el Maestro Eckhart llama «chispa del alma»⁹²⁵].

¡Cuán estrecho es el vínculo del alma con Dios y de Dios con el alma, qué maravillas obra Dios en ella, qué placer y gozo encuentra Dios ahí! Eso es algo que los sentidos no pueden percibir ni la inteligencia comprender⁹²⁶, y por eso el hombre no sabe nada y aún no experimenta nada [de ello]. Dios celebra este gozo y estas bodas en aquellos que han apartado su corazón y su afecto del mundo y de las criaturas para orientarlo a Él, con una voluntad decidida y constante de vivir solo para Él.

Pero Dios no tiene ningún trato con quienes se complacen voluntaria y conscientemente en las criaturas, anteponiéndolas a Él.

[Dios permite experimentar un anticipo de la bienaventuranza celestial]

3. *«Y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a su Señor».* A los que aguardan [a su Señor], debéis saber que el espíritu maligno les acecha constantemente. Cuando ve que el Señor tarda y aplaza su llegada, les induce a algún placer interior o exterior para que se enreden en él y se paralice su progreso.

⁹²³ Mt 24,47.

⁹²⁴ Lc 12,37.

⁹²⁵ Sobre la «chispa del alma» ver: sermón 53, n. 2 y sermón 70, n. 5.

⁹²⁶ Cf. Fil 4,7.

Pero tú, hijo mío, quienquiera que seas, te lo ruego: desprecia ese placer diabólico. Persevera en una constante vela sobre ti mismo. Pues «bienaventurados aquellos siervos a los cuales su Señor, cuando llegue, los halle velando». ¿Por qué no están en vela quienes no saben «cuándo vendrá su Señor, si a la tarde, a medianoche, al canto del gallo o por la mañana»⁹²⁷; si en la primera, «en la segunda o en la tercera vigilia»⁹²⁸?

A los [siervos] que esperan y están en vela, el Señor «vendrá a servirles»⁹²⁹, es decir, los hará percibir cierto pregusto del gozo de las nupcias celestiales [que se experimentan tras la resurrección]. Así los confortará para que la espera no les sea más costosa de lo suficiente. Aquí [el Señor] les concede experimentar la dulzura de su Amor, para que su caridad se fortalezca y su espera llegue a [buen] término.

4. San Gregorio, hablando de esta espera y comentando este versículo del salterio: «He aquí que me alejé huyendo y permanecí en la soledad»⁹³⁰, afirma que después de que el hombre exterior ha esperado pacientemente, debe alejarse de todo y permanecer en la soledad.

Pero esta soledad no consiste solo en el abandono de la multiplicidad exterior, sino también de la interior, es decir, de las facultades internas, que son las potencias representativas y sus imágenes, las fantasías y los pensamientos. El hombre debe apartarse de toda forma e imagen, y así permanecer en la soledad. Y una vez ha soportado y superado toda molestia y penalidad hasta el extremo, entonces el Señor al que ha estado esperando viene en un repentino destello⁹³¹, y en ese mismo destello lo arrebató, lo eleva sobre todas las cosas y lo recompensa por su larga espera.

⁹²⁷ Mc 13,35.

⁹²⁸ Lc 12,38.

⁹²⁹ Lc 12,37.

⁹³⁰ Sal 55,8.

⁹³¹ Sobre la rapidez de la acción de Dios en el fondo del alma véase la nota 618.

[El hostigamiento de las tentaciones y el temor al juicio de Dios]

Pero después, para que no se envanezca por lo que le ha sido dado experimentar, el Señor lo baja de nuevo a la tierra y le hace sentir su enorme fragilidad. Esto es lo que dice Jeremías: «*Me sentaba solo porque me llenaste de amenazas*»⁹³². ¿Qué significa esto, hijos míos? Escuchad. Cuando el hombre alcanza esta íntima quietud y llega a su fondo interior, el Señor lo llena de amenazas y de terror, como si lo intimidara con ambos puños.

Uno de los «puños» es la oscuridad, las tinieblas y un camino profundo y desolado, que lo acosan interiormente, de tal forma que nada sabe, nada tiene. Además de eso, el mal cae sobre él con violentísimas tentaciones de soberbia y lujuria, dudas contra la fe y otros muchos y diversos ataques. Cuando el hombre creía que había superado ya todas esas cosas, se lanzan de nuevo contra él y lo acosan. Por esto se siente amenazado y presa del terror.

El otro «puño» son los horribles juicios de Dios, que se le presentan en su interior. Por la consideración de estos, cree que no merece otro destino que los abismos del infierno.

Estos «puños» oprimen admirablemente al hombre. Dios, con estas amenazas, no busca sino derribar y destruir el pestilente fondo de la soberbia. Estos «puños», si se consideran adecuadamente, destruyen toda mala inclinación en el alma con mayor contundencia que todos los ejercicios exteriores que puedan realizarse en muchos años.

Así, cuando el hombre se ha retirado totalmente a la soledad [apartándose de lo mundano], como el profeta, y se establece en ella, y una vez se ha sosegado en él todo el ímpetu y el tumulto de pensamientos, formas e imágenes, entonces Dios y su santo ángel le inspiran de repente, en un abrir y cerrar de ojos, la caridad operante, y lo exhortan a orar por determinada intención que le sugieren, ya sea por la Iglesia, por los vivos o por los muertos. Estas

⁹³² Jer 15,17.

inspiraciones le vienen a la mente como un destello. Entonces Dios hace como si dijera al que se dispone a orar de inmediato: «No tienes necesidad de decirme nada. Sé qué quieres y qué deseas». Así da cumplimiento a su deseo. Hijos míos, esta es la oración que se hace «*en espíritu [y verdad]*», la oración de los «*verdaderos adoradores*»⁹³³.

Entretanto llega el diablo y explora con toda diligencia por si aquí puede encontrar algo que le pertenece. Por eso, golpea al hombre, le insinúa algunos pensamientos molestos y se los pone delante. Pero el hombre los desprecia y deja que pasen. Cuando el diablo ve que ha fracasado en su intención, se ve obligado a retirarse confundido y vacío. Pero tales vejaciones y asaltos preparan admirablemente al hombre.

[Los falsos y los verdaderos hombres espirituales]

5. En ciertos lugares hay personas que se entregan a un falso ocio y se abstienen de todo obrar interior y exterior, apartando de sí incluso los buenos pensamientos. Como dicen que han alcanzado la paz, renuncian al ejercicio de la virtud, afirmando que ellos ya la han trascendido. Esos tienen sentado a su lado a un diablo que aleja y aparta de ellos todos los pensamientos y prácticas que puedan romper esa falsa paz, para mantenerlos retenidos en ella y llevárselos después con él a la agitación eterna, es decir, al mismísimo infierno.

6. Los justos no siguen ese camino. Muy al contrario, se ejercitan interior y exteriormente, y conservan la paciencia en todos los caminos por los que el Señor los conduce, en las tentaciones y en las tinieblas. Y no osan atribuirse como un logro propio el haber alcanzado la paz. No viven en la perturbación, sino que caminan por la senda estrecha, entre la paz y la inquietud, entre la esperanza y el temor, entre la seguridad y la duda. Y aunque entretanto brillen en

⁹³³ Jn 4,23.

ellos la verdadera paz, la seguridad y la libertad de espíritu, las sumergen de inmediato en el fondo del alma, sin apegarse a ellas.

Quienes van a recorrer estos caminos estrechos, han de procurar, ante todo, seguir las huellas del Salvador con una voluntad inquebrantable. Cuanto más firmes y fuertes se mantengan [en el seguimiento de esas huellas], tanto más puros se harán. Aquí los «puños» cesan en su amenaza y se transforman en manos bondadosas y llenas de amor. Finalmente, el Señor los estrecha tiernamente con sus paternales brazos y los eleva por encima de todas las cosas. Entonces todo lo creado desaparece para ellos y sienten hastío de todo lo que no es puramente Dios.

Ahora, el Señor les muestra los caminos difíciles y oscuros, las sendas estrechas por las que anduvieron; ahora, nadie puede hacerles daño; ahora, son restablecidos de la miseria y la renuncia que antes padecieron.

Amados hijos, [estos caminos] son, ciertamente, desconocidos para aquellos «espíritus libres»⁹³⁴, que se glorían de su falsa libertad, y para cuantos se entregan a un ocio falso y se atribuyen una falsa paz. También son desconocidos para quienes se apegan a sus propias prácticas y han vivido ocupados en ellas cuarenta años o más, realizando grandes obras contaminadas por la suciedad de las pasiones interiores y los vicios. Todos estos no han querido mantenerse en esa senda estrecha.

7. [Por desgracia,] en una gran comunidad [religiosa], apenas encontrarás a uno o dos que quieran seguir este camino. Aunque todos los demás [hermanos de la comunidad] deberían cooperar con estos, ejercitándolos y preparándolos para esta obra, en cuanto cometen la más leve falta, son duramente increpados por ellos.

Pero tú, hijo mío, quienquiera que seas, si estás sufriendo este trato [cuando cometes una leve falta], sopórtalo con ánimo bondadoso y paciente. Si recibes una respuesta dura o una palabra

⁹³⁴ Probablemente, Taulero se refiere a los hermanos y hermanas del Libre Espíritu, que eran falsos maestros espirituales: ver nota 460.

brusca, refúgiate en ti mismo de inmediato, reconoce tu culpa y duelele por ello. Guarda silencio y recibe de manos de Dios tu propia caída como permitida por Él para que te conozcas a ti mismo. Pues si hubieras demostrado una gran paciencia [no cometiendo ninguna falta], correrías el riesgo de que la soberbia se insinuara a tu espíritu. Así pues, sé humilde y continúa por el camino empezado. Hasta tus mismas caídas te prepararán. Todas las cosas cooperarán para tu bien, tanto las rectas como las torcidas, si guardas una atención diligente y perseveras en una actitud de vigilancia constante.

Todo el que espera al Señor con los ojos vigilantes, como san Agustín, cuya fiesta celebramos hoy, a ese el Señor le servirá y le concederá un gozo plenísimo, como hizo con el santo obispo Agustín.

Que el Señor se digne otorgarnos este don, Él que es bendito por los siglos. Amén.

78. SERMÓN EN LA FIESTA DE SANTA BÁRBARA, VIRGEN Y MÁRTIR⁹³⁵

DOMINAR EL CUERPO PARA GOZAR DE PAZ JUNTO A DIOS

(V. 80, sobre Cant 2,10)

«*Mi amado me ha dicho: levántate, apresúrate, amiga mía, y ven*»
(Cant 2,10).

1. Dice la esposa en el Cantar de los Cantares: «*Mi amado me ha dicho: levántate, apresúrate, amiga mía, y ven*». Amados hijos, quien desea ser amigo especial de Dios y saber si su alma es su esposa amada, debe preguntarse si posee las cualidades siguientes. Si comprueba que las tiene, no deberá dudar de que su alma es esposa amada de Dios.

La primera es si goza de tanta paz con Dios que ninguna criatura puede perturbarla interiormente, pues, como dice el profeta [David], «*en la paz ha establecido su morada*»⁹³⁶. Una esposa amada de Dios debe ser tan perfecta que esté siempre dispuesta a renunciar a todas las cosas: se marche quien se marche, se quede quien se quede, que la paz que goza junto a Dios⁹³⁷ permanezca siempre interiormente íntegra y firme, y pueda renunciar serenamente a todas las cosas en Dios y por Dios.

[Paciencia, oración y dominio]

Pero cabe preguntarse con quiénes debe tener paz. Con tres adversarios: el mundo, el diablo y la propia carne.

⁹³⁵ En la edición de Surio: *Sermón en la fiesta de santa Bárbara, virgen y mártir*.

⁹³⁶ Sal 76,3.

⁹³⁷ Tanto en la edición de Surio como en la de Hugueny-Théry-Corin dice «paz divina» en lugar de «paz que goza junto a Dios».

2. ¿Cómo debe tener paz con el mundo? Quitando toda importancia a lo que el mundo puede hacerle, sea que le quite, sea que le dé. Esto lo hace posible una verdadera y perfecta *paciencia*.

Y con el diablo, ¿cómo debe tener paz? Ciertamente, es difícil tener paz con el diablo, pues acosa constantemente al hombre y está siempre atento a todo lo que hace o deja de hacer para ponerle obstáculos. Para evitar los dardos encendidos de este adversario no hay nada mejor que la *oración* íntima y devota. Esta oración derrota y ahuyenta al enemigo infernal con todas sus maquinaciones y asechanzas. Así pues, cuando el hombre vea los dardos encendidos del adversario volar hacia él con la intención de arrebatarse su paz espiritual, refúgiase firmemente en una oración devota y desprecie todas las trampas del enemigo, en la seguridad de que nada lo importuna más que esto. De este modo se desembarazará más rápidamente de todos los obstáculos.

A este respecto, se cuenta de san Bartolomé que, mientras estaba en oración, un demonio gritó por boca de un hombre que había poseído: «¡Bartolomé, apóstol de Dios, tus oraciones me quemán y me has hecho prisionero con cadenas de fuego!»

3. Finalmente, uno debe estar en paz consigo mismo. ¿Cómo? Sometiendo la carne al espíritu, de manera que este *domine* sobre aquella con tanta autoridad que no experimente ningún obstáculo en todo lo que Dios le pida. Así hizo Bárbara, santísima virgen y mártir de Cristo; así hicieron otros santos, tan dueños de su propio cuerpo que este saltaba de alegría ante cualquier mandato del espíritu y se mostraba muy dispuesto, como si dijera: «Quiero estar aquí antes que tú».

[El dominio del cuerpo]

El hombre necesita cumplir cuatro condiciones para llegar a ser dueño pleno de su cuerpo.

La primera es sustraerle comida, bebida, sueño y comodidades. Si ve que el cuerpo se vuelve insolente, debe sujetarlo con la brida de duras disciplinas.

La segunda es renunciar a la sed del mundo, a todas las cosas mundanas y a todos los cuidados del mundo, dejando, como Cristo enseñó, «*que los muertos entierren a sus muertos*»⁹³⁸, para seguir a Dios. Si los amigos mueren, si vienen o se van, o si el honor y las riquezas le sonríen, y el hombre sufre o se alegra por estas cosas, sepa que aún no ha llegado a ese espíritu de renuncia.

Un santo dijo: «Serás juzgado por aquello con lo que te alegras o te entristeces. Si te alegras con el mundo, con el mundo serás juzgado»⁹³⁹. Y el Apóstol dijo: «*Consideraos muertos al mundo*»⁹⁴⁰,⁹⁴¹. Y lo dijo muy bien, pues el que está muerto no da importancia ninguna a las alabanzas o a los insultos, a que se le quite o se le dé algo.

Para uno que está muerto o en trance de estarlo, todo el oro, todas las piedras preciosas, todo honor y gozo, todas las amistades y todos los consuelos de este mundo no valen nada. Ni siquiera compraría esas cosas, en caso de que pudiera adquirir algo de tan poco valor [espiritual].

Debe hacer como aquel eremita, habitante del desierto, al que un hermano carnal fue a ver para decirle que estaba en un grave apuro, pues un carro cargado de mercancías muy valiosas se le había hundido en el barro. Le rogaba encarecidamente que saliera de la celda y le ayudara a sacar el carro, y mientras decía esto lloraba y se lamentaba amargamente, insistiendo en sus ruegos. El monje le dijo: «¿Por qué me molestas por eso? ¿Por qué no se lo pides a tu [otro] hermano, que aún vive en el mundo, para que él te ayude?» Aquel le respondió: «Porque murió hace ya un año». Y el monje le dijo: «Yo también estoy muerto desde hace veinte años», y así lo despidió, liberando su espíritu de este asunto⁹⁴².

⁹³⁸ Mt 8,22.

⁹³⁹ Cf. Juan CASIANO, *Colaciones*, XXIV, X.

⁹⁴⁰ La Biblia de Jerusalén y otras ediciones de la Biblia en lugar de «mundo» dicen «pecado».

⁹⁴¹ Rom 6,11.

⁹⁴² Cf. Juan CASIANO, *Colaciones*, XXIV, IX.

[Renuncia a todo lo mundano]

La tercera condición [para dominar el cuerpo y gozar de paz junto a Dios] es tener el espíritu elevado a Dios, gozando constantemente de su presencia [interior]. Ciertamente, quien desea tener al Autor de las criaturas, ha de renunciar por completo a todas las criaturas. De otra forma es imposible. En efecto, cuanto más libre y desnuda está el alma, y cuanto menos tiene de las criaturas, tanto más tiene de Dios. Esto no puede fallar.

Según [san] Agustín, muy avaro es aquel a quien Dios no le basta⁹⁴³. ¿Qué puedes desear que no encuentres en Él? Piénsalo: todo lo que puede desearse, eso lo encontrarás mil veces en Él. ¿Quieres amor? ¿Quieres fidelidad? ¿Quieres verdad? ¿Quieres su presencia constante? Todo esto está en Dios por encima de toda medida. ¿Deseas belleza? Él es el más bello. ¿Deseas riquezas? Él es el más rico. ¿Quieres poder? Nadie hay más poderoso. Todo lo que el corazón humano puede desear, se encuentra multiplicado por mil en Él. Todas las cosas se encuentran en aquel simplicísimo y óptimo Bien, que es Dios.

Expulsa de tu alma a todas las criaturas temporales, escupe todos sus consuelos, y diles: «Alejaos de mí. No sois vosotras a quien busco, a quien deseo, a quien amo». Ya se te ofrezcan honores, riquezas, placeres o amistades, responde a todos con una sola voz: «Marchaos, huid, cesad, desistid. No os quiero; es más, os desprecio».

4. Pues ¿cuál es la causa de que Dios nos sea tan ajeno y extraño, y de que perdamos tan a menudo el sentimiento de su amorosa presencia? Sin duda, esta: nuestro espíritu aún no está desnudo y vacío, sino entregado a las criaturas, ocupado y coloreado por ellas.

La *contemplación*, según san Bernardo, es *la unión del espíritu con Dios en el olvido de lo temporal*.

⁹⁴³ Cf. *Sermón 105,4*.

Y san Agustín dijo: «Quien está libre de pensamientos terrenales, puede dedicarse libremente a las cosas de Dios». Y dijo también [esta oración]:

«Oh buen Jesús, mi alma arde en deseos de tu Amor. Llévala hasta Ti, te lo ruego. Llévala a la Cruz, a la contemplación de la santísima dulzura de tu humanidad, para que pueda resistir a la vanidad del mundo y sus tentaciones. Llévala al Cielo, a escrutar los misterios de los sacramentos divinos, para que progrese en las virtudes espirituales. Llévala a la contemplación de tu divina Majestad, para que yo discierna tu voluntad en todas mis obras [terrenales], y allí quede atrapada y encadenada, para que, si desciendo entretanto al primer o segundo grado, no tarde en volver a elevarme [espiritualmente]. Y si mis ojos contemplan lo terrenal o mis oídos oyen [hablar de ello], que no me sienta yo atraído. Muera yo completamente al mundo y viva solo para Ti».

Hijos míos, si estuviésemos libres y vacíos de las imágenes de las criaturas, gozaríamos sin interrupción de la presencia divina. Pues Dios no podría contenerse en el Cielo o en la tierra sin entrar en nuestros corazones. Por eso, si [hipotéticamente] hubiera jurado no querer acercarse a nosotros, tendría que rectificar sus palabras y se vería [en cierto modo] obligado a entrar en nosotros y llenar completamente nuestras almas, si estas, como ya he dicho, estuvieran vacías. [Pero] mientras las criaturas ocupen y coloreen nuestro interior, hagamos lo que hagamos, estaremos carentes y privados de Dios. Y si le quitamos una pequeña parte de nosotros, sin duda Dios nos quitará una parte inmensa del Bien inmenso que es Él mismo.

Se cuenta que una bella mujer blanca dio a luz a un niño tan negro como un moro. La mujer le contó a [san] Alberto Magno esta gran desgracia deseando saber la razón de tan extraño suceso. Alberto encontró la imagen de un moro que aquella mujer había contemplado y le dijo: «Señora, he encontrado al padre de su hijo». Y queriendo probar esto con un ejemplo evidente, puso una gallina frente a un gavián. Por la contemplación de la imagen de este, todos los pollos de la gallina nacieron con el aspecto de gavián. ¿Y qué

significa esto? Debéis comprender que las imágenes divinas dan a luz un parto divino y que las imágenes de las criaturas engendran, por así decir, un parto creatural.

[El dominio de los sentidos]

La cuarta condición [para dominar el cuerpo y gozar de paz junto a Dios] consiste en tener los sentidos naturales tan sujetos y sometidos que el hombre siempre tenga el dominio sobre ellos. Es decir, debe ver y no ver, que sus ojos o sus oídos jamás se abran a la vanidad, que su boca nunca hable salvo para decir algo útil; que sus manos, pies y demás miembros, y todos sus gestos, estén siempre bajo control, estrechamente guardados y vigilados, de manera que nada entre en él, nada vean sus ojos, nada oigan sus oídos, salvo lo que sea completamente divino.

Dijo [san] Agustín: «Muera y no muera». Debemos morir y no morir, [es decir, debemos] reprimir con fuerza nuestra naturaleza y nuestros sentidos, y someterlos a servidumbre. Si Dios es nuestro Señor, nosotros seremos también señores de nosotros mismos.

Que Dios nos conceda esta gracia, Él, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

79. SERMÓN PARA EL BUEN USO DE LA JORNADA⁹⁴⁴

CONSEJOS PARA LA ORACIÓN PRIVADA

(V. 71, sobre Lc 16,2 y Sal 36,5)

«*Da cuenta de tu administración*» (Lc 16,2)

[La preparación para el Juicio final]

1. Nuestro Salvador y Redentor, como un padre piadoso, nos invita en frecuentes exhortaciones al reconocimiento de nuestros pecados y a la corrección y enmienda de nuestra vida, antes de que comparezcamos ante el temible y estricto Juicio de Dios cuando nuestra alma se separe del cuerpo. Allí tendremos que dar cuenta exactísima de todos nuestros pensamientos, palabras y obras, incluso de todo lo que nos ha sido dado por Él.

Pero nuestro bondadosísimo Creador, en la clemencia que le es propia, nos ha concedido prevenir esto y sanar nuestra enfermedad con una curación íntegra por medio del examen [de conciencia] diario, de la enmienda [de nuestras faltas] y del juicio sobre nosotros mismos. Y si hacemos esto con sinceridad, como dice el Apóstol, el Señor no nos juzgará⁹⁴⁵. San Agustín dijo: «Esté ante ti lo que no quieres que esté ante Dios»⁹⁴⁶. Si echas a la espalda tu pecado [para no verlo], Dios te lo pondrá delante de los ojos, y lo hará cuando la penitencia ya no pueda producir fruto.

⁹⁴⁴ Aunque este sermón aparece en diversos manuscritos, su texto no es muy seguro. En la edición de Surio es más extenso que en las ediciones que nos sirven de referencia y aparece clasificado como *Sermón para el noveno domingo después de la fiesta de la santísima Trinidad*.

⁹⁴⁵ Cf. Rom 2.

⁹⁴⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *In Ioannis Evangelium tractatus*, CXXIV, XII,13 (PL 35,1491).

Así pues, quien desee dar cuenta exacta [de su «administración»] en el momento de su muerte, debe tener presentes estas palabras en su meditación diaria: «*Revela al Señor tu camino, espera en Él y Él hará*»⁹⁴⁷. Estas palabras muestran un camino que conduce a una vida buena y feliz, espiritual y divina, si no faltan quienes tengan voluntad de seguirlo. Este es el camino más corto y más sencillo, y en él será difícil perderse. Es también el fin y la meta de todas las prácticas externas de las que me habéis oído hablar hasta hoy. En él debéis perseverar si queréis alcanzar alguna vez una fe verdadera, viva, fructífera y cristiana, y si aspiráis a experimentar la verdad misma en vuestro interior.

[Las prácticas ascéticas y devocionales]

San Bernardo, Isaac⁹⁴⁸ y otros muchos Santos Padres aseguran que necesitamos ejercitarnos en prácticas como las vigili­as, los ayunos, el silencio y la dominación interior de todos los vicios, del amor a las criaturas y del placer que estas proporcionan. Asimismo, hemos de buscar una amorosa e íntima unión de todas las facultades del alma con Dios, y todo ello en el más humilde de los abandonos, a ejemplo del unigénito Hijo de Dios. Pues así como un buen vino necesita un tonel en buen estado para conservarse [bien], así una naturaleza verdaderamente buena y bien ordenada hace también ejercicios [ascéticos y devocionales] buenos y bien ordenados, y [de ese modo] echa buenos cimientos.

Quizá alguien se pregunte cómo hay que ayunar. A esto respondo: pueden ayunar aquellos a quienes el ayuno no daña o destruye su naturaleza. Estos deben observar al menos los ayunos que llaman «regulares»⁹⁴⁹. Sin embargo, deben seguir esta regla: en el almuerzo tomarán la cantidad suficiente de alimentos que su

⁹⁴⁷ Sal 37,5.

⁹⁴⁸ Probablemente se refiere al obispo y monje Isaac de Nínive –o Isaac el Sirio– que vivió en el siglo VII y escribió valiosos textos ascéticos. Es santo en la Iglesia ortodoxa.

⁹⁴⁹ Se refiere a los ayunos determinados por los estatutos de la Orden.

naturaleza necesite; además, el alimento será todo lo bueno que se quiera, si es necesario y útil para la naturaleza. Esto lo dejo a su elección, con tal de que no se busque en ello el placer de los sentidos.

Por la tarde deben comer poco o nada, en proporción a las fuerzas de cada uno, pues, como san Agustín afirma, Dios nos exige un servicio tan razonable que no haya que recurrir después al médico o al uso de medicinas. Y entonces, aislándose de la compañía de los hombres, buscarán recogerse durante algún tiempo. Este ejercicio es muy beneficioso para el espíritu y para la naturaleza. Pues, en efecto, los médicos afirman que el exceso en la comida, la bebida y el sueño es causa de muerte prematura.

Luego, tras el rezo de Completas, deben descansar el tiempo suficiente para que estén más despiertos después de medianoche [en el rezo de Maitines] y puedan recogerse en Dios más vigorosamente. Y si uno no ha podido dormir antes de medianoche, no se inquiete y aplíquese a lo que iba a hacer después de medianoche, y aprenda así a conservar una paz inviolable en toda circunstancia.

Si viven fuera del monasterio, después de Maitines, o al amanecer, levántense y estimulen su devoción mediante el canto o la lectura; o con [la meditación de] la sagrada pasión del Señor, de sus llagas, o de su Amor, o con cualquier otro recurso que encienda y estimule con fuerza la devoción, para que, de este modo, la sensualidad se enfríe y se someta, y el espíritu y la naturaleza aprendan a conservar la paciencia y a mantenerse en la humildad ante los hombres y ante Dios. Pues la vida entera del hombre debe ser sometida por el dominio ascético, ya que la dominación de la naturaleza y del espíritu es condición necesaria para que [el hombre] pueda renacer en Dios.

[El examen de conciencia]

Si viven en un monasterio, una vez acabado el Oficio de Maitines, deben permanecer en el coro [de la iglesia de su monasterio] el tiempo que dura una Misa o, al menos, tanto tiempo

como puedan sin que su cabeza se embote o sufra perturbación. Entonces, en profundo recogimiento, observen atentamente su corazón y su fondo más interior, examinen sus pecados o defectos, y comprueben cuán desemejantes y alejados están de la perfección, a la que están obligados, y de cuántas cosas tendrán que dar cuenta a Dios un día.

Así, júzguense a sí mismos sin excusa alguna, pero no con un rigor exagerado, no sea que caigan en una profunda desesperación; háganlo, más bien, con una dulce y piadosa energía, para que lleguen a la humildad por la consideración de sus defectos, y fijos los ojos en su propia nada y conscientes de lo que son por sí mismos, digan: «Señor, Dios mío, he aquí lo que soy, una pobre y miserable criatura tuya. Por mí mismo, no tengo otra cosa que innumerables pecados, y por ello soy indigno de tu gracia. Pero te suplico, Señor, te dignes recibirme como un siervo tuyo». Así, con profunda humildad, deben postrarse en su fondo a los pies de Dios y confesarse, íntimamente, reos y siervos suyos.

Para ejercer de jueces de sí mismos, deben armarse de paciencia. De este modo, incluso sin ser conscientes de ello, se desnudan fácilmente de todos sus vicios y defectos.

El hombre no debe emprender este ejercicio con tal ligereza que hoy sea todo fervor, pero mañana se haya enfriado. Por el contrario, [este] ha de ser [un ejercicio] constante y diario, de manera que cada uno realice todas sus obras con amor, humildad y verdadera paciencia, acordándose del juicio a que se ha sometido a sí mismo, con los ojos puestos en la Divinidad y convencido de que todas las obras que no proceden de este fondo [del alma] tienen poca o ninguna utilidad. Con ninguna otra arma se combate mejor al diablo y no hay nada que él tema más que el humilde juicio de sí mismo y una gran confianza en Dios.

[Las tentaciones del maligno]

En efecto, temiendo que se escape de sus manos, el maligno suele sugerir al que realiza este ejercicio [pensamientos como estos]:

«¿Por qué no te tomas un respiro? Lo que pretendes está por encima de tus fuerzas. Quizá no seas apto para esto. Vive como los demás hombres comúnmente buenos, pues ellos también penetran los Cielos». Pero aquí, amados hijos, es más que necesario que aquel a quien son sugeridas estas ideas por el espíritu maligno resista a las tentaciones y diga: «Apártate de mí, malvado. Te conozco, por eso te desprecio». Invoque también al Señor para que se apiade de él empleando las palabras más amorosas que pueda encontrar. Por ejemplo: «Ay de mí, Señor Jesucristo: quiero ser enteramente tuyo».

Pero el hombre debe llevar cuidado, no sea que, por reacción contra las insinuaciones mentirosas del enemigo, se exceda en su celo y su naturaleza termine debilitada o destruida. Por ello, si la edad demasiado avanzada o el dolor de cabeza impiden permanecer en la iglesia, diríjase a la celda o a un lugar donde su naturaleza se sienta lo menos incómoda posible, para descansar delante del lecho o en él. Pues, cuando el deseo es sincero, Dios no asiste menos con su gracia al que está reposando en la cama que al que está orando en la iglesia. Entonces, vuelva su corazón a Dios, pues es más fácil hacerlo en la quietud que en la actividad.

Efectivamente, cuando la naturaleza está inquieta o atormentada, se vuelve embotada y dispersa, y un sueño más pesado y profundo se apodera de ella.

[La Confesión sacramental de los pecados]

2. Así pues, ya esté en su habitación o en la iglesia, el hombre debe meditar este versículo: «*Revela al Señor tu camino, espera en Él y Él hará*».

Recuerdo haberos dicho muy a menudo que, antes de ir a confesar vuestros pecados a un sacerdote, los confeséis primero al Señor. Tal es el significado de este versículo, pues revelar y confesar son lo mismo. De ello depende que se haga una verdadera Confesión [sacramental] al sacerdote. Ningún sacerdote os podrá absolver totalmente a no ser que vuestra Confesión proceda de este fondo. Pues ciertamente, se engañan miserablemente todos cuantos

creen que basta con una Confesión externa, sin un [previo y] profundo examen de conciencia, arrepentimiento, dolor [de los pecados] y propósito firme de no volver a pecar.

«*Revela tu camino al Señor*». ¿Qué significa, hijos míos, que uno tenga que revelar su camino al Señor, cuando todas las cosas le son manifiestas y nada hay que pueda escapar a su conocimiento? Pues bien, este es el sentido de las palabras del profeta [David]: que el hombre debe conocer su camino impuro, pecaminoso y perverso, y revelárselo a sí mismo. ¿Cuál es el primer paso del hombre hacia Dios sino una contemplación pura de las propias culpas y el reconocimiento sincero, profundo y humilde de estas? Este es, repito, el primer paso de todos los amigos de Dios.

Todas esas culpas, cualesquiera que sean, deben ser reveladas interiormente a Dios con un corazón suplicante y arrepentido. Todos los dones que el hombre desea obtener de Dios y todos los obstáculos a su aprovechamiento espiritual, debe revelarlos a Dios como a su único amigo, íntimo y amoroso, y exponerle todas sus ataduras. Debe, asimismo, revelar y descubrir todas sus heridas al Señor, grande, poderoso y misericordioso, para quien nada hay imposible. Pues, así como un enfermo necesita de medicamentos [para curar el cuerpo], así también el hombre necesita de la medicina de Dios [para curar el alma]. En consecuencia, debe revelar [su camino] y esperar en Dios, y Él, sin duda alguna, lo sanará con sus santísimas llagas. Así lo dice el profeta: «*Y Él hará*».

[La confianza en Dios]

Si dos personas presentan a Dios sus oraciones, una pidiendo algo que parece imposible de alcanzar, pero con una confianza plena de que va a ser atendido por el Señor, y la otra pidiendo una cosa de poco valor, pero sin esa confianza total, os aseguro que aquel que ha pedido algo casi imposible, por el mérito de su confianza, será atendido mucho más rápidamente que el otro, que ha pedido con poca fe. Como la Verdad misma asegura, «*todo es posible para el que*

crea»⁹⁵⁰. Por tanto, el hombre debe creer, es decir, esperar y confiar verdaderamente en su Dios, «y Él hará». Dios y el profeta [David] no pueden mentir. Así como el amor a Dios nunca es excesivo, así tampoco es excesiva su confianza en Él.

Por tanto, cuando uno tenga algún lamento que exponer, en lugar de expresarlo ante mí o ante cualquier otro amigo de confianza, revélelo solo a Dios, no a los hombres. El Señor llevaría mal que acudiéramos a los hombres en busca de consuelo, puesto que Él quiere, puede y desea consolarnos como nadie es capaz de hacerlo. Deja todo en manos del Señor, «y Él hará». Es más, Dios actuará cien mil veces mejor de lo que el hombre puede desear, puesto que está infinitamente más dispuesto a dar que el hombre a recibir.

Por decirlo brevemente: si deseas borrar rápidamente tus muchos pecados y merecer del Padre celestial una gracia abundante, aprende a confiar en Él con verdadero amor, pero sin llevar entretanto una mala vida. Pues las virtudes se adquieren por la confianza, pero se pierden por los vicios.

Además, si uno, queriendo recogerse en lo más íntimo de su ser, no experimenta nada especial de Dios, retome entonces sus prácticas habituales, especialmente aquellas que despiertan en él una mayor gracia y devoción: sea [la meditación sobre] la vida de Cristo, su pasión, sus santas llagas, o sea la oración por otros. Se trate de estos ejercicios o de cualesquiera otros, hay que llevarlos a cabo sin espíritu de apropiación, sin apegarse a ellos, de manera que, si el Señor quiere atraer al hombre hacia su interior, este pueda seguirlo inmediatamente sin resistencia. Cuando sucede esto, es decir, cuando Dios atrae al hombre a una mayor intimidad [con Él], este deberá abstenerse de examinar con los sentidos qué o de qué calidad es lo que está experimentando. Por el contrario, debe abandonarse y confiarse del todo a Dios, en simplicidad, con una renuncia profunda a sí mismo.

⁹⁵⁰ Mc 9,23.

3. Esto es lo único que debe procurar con toda solicitud: impedir que entre en él la tristeza del alma, [es decir,] la *melancolía*, porque esta enfermedad [espiritual] impide, con toda seguridad, todo bien.

Por lo demás, si [Dios] le quita todo lo que le ha dado y lo deja en una vasta, pobre, miserable y desolada oscuridad, el hombre no debe inquietarse por ello. Solo espere en el Señor, «y Él hará». Tenga paciencia y no abandone su recogimiento. Pues ahora «*el príncipe de este mundo es echado fuera*»⁹⁵¹.

Y si siente que el Señor le llama a la intimidad interior, déjelo todo y sígalo en simplicidad. Insisto: deje a un lado todas las imágenes, incluso las iluminaciones divinas, y no se aferre por medio de los sentidos a nada de lo que se le da. Y si no tiene fuerzas para ello, esté tranquilo, ponga todas las cosas sobre los hombros de Dios «y Él hará».

[El encuentro con Dios al comenzar la jornada]

Hacia el amanecer [tras el Oficio de Laudes, durante el posterior ejercicio de recogimiento que se realiza en el coro de la iglesia] llega el sueño, reparador de las fuerzas de la naturaleza. En él la razón se purifica y se ordena, y el cerebro se fortalece. El hombre mismo se tranquiliza y se apacigua para todo el día, gracias al ejercicio interior por el que se ha unido a Dios, en quien, finalmente, todas sus obras pasan a estar ordenadas. Y cuando sus obras están bien ordenadas, conforme al modo de vida que se ha propuesto seguir, y el hombre ha echado raíces en las virtudes y se ha como «armado» de ellas, entonces, cuando llega el momento de actuar, todas sus obras se vuelven divinas y virtuosas.

Aunque es posible que, durante esta introversión, [el hombre] dormite un poco contra su voluntad, no debe inquietarse por ello, pues a menudo resulta más útil una introversión soñolienta que

⁹⁵¹ Jn 12,31.

muchos ejercicios sensibles. Por tanto, [si da alguna cabezada,] empiece de nuevo, espáblese una y otra vez con una o dos genuflexiones, diciendo [como en el prefacio de la Misa]: «¡Levantemos el corazón!». Y tenga por cierto que cuantas más veces se vuelve a Dios tanto mayor será su deseo de Él.

Así pues, animado por esta fe y esta esperanza, [el hombre] debe dirigir hacia Dios su fondo interior, cantando con el profeta real [David]: «*Mi rostro te ha buscado; buscaré tu rostro, Señor, no apartes de mí tu rostro*»⁹⁵². Vuelve así tu rostro y tu fondo desnudo hacia el rostro de Dios. Pues cuando el fondo sin nombre se muestra y se ofrece interiormente a Dios, después de ello, o al mismo tiempo, se le muestra y ofrece todo lo que en el hombre puede ser nombrado y responde a lo que es *en Dios*. A su vez, en ese fondo se muestra también al hombre lo que no tiene nombre y es desconocido *en Dios*, y junto con esto todo lo que *en Dios* se expresa con algún nombre. Todas estas cosas, insisto, se le manifiestan al hombre en el fondo íntimo del alma.

[El silencio en la oración y en el trato con otras personas]

En este sentido, es de gran ayuda que el hombre exterior esté en reposo, sentado y en silencio, sin que nada de fuera inquiete su cuerpo. Por eso dice un maestro: «Siéntate, guarda silencio y elévate sobre ti». Y el Filósofo afirma que el alma, sentada y en silencio, se hace sabia. Realmente, la quietud exterior del cuerpo favorece enormemente a la obra interior. Pues cuanto más unidos y recogidos están los sentidos, las facultades y la naturaleza, tanto más eficaz es la obra interior. En fin, hijos míos, por esta quietud y silencio internos, Dios, a su tiempo, os dará la vida eterna y Él se os dará también a sí mismo.

4. Otro versículo del salmo dice: «*Exhibirá tu justicia como la luz*»⁹⁵³. Y esta es nuestra justicia: conocernos a nosotros mismos.

⁹⁵² Sal 27,8-9.

⁹⁵³ Sal 37,6.

Como dijo san Bernardo, el conocimiento supremo y óptimo, después del conocimiento de Dios, es conocernos a nosotros mismos en la verdad.

«*Exhibirá tu justicia como la luz*». Cultiváis dignamente vuestra justicia en la observancia de los estatutos de vuestra Orden, pero especialmente del silencio. Por eso, yo mismo os exhorto cuanto puedo a que observéis el silencio en los lugares y tiempos que os han sido prescritos, apartados de todos, sin tener contacto con aquellos que no buscan ni aman lo mismo que vosotros; sean quienes fueren, grandes o pequeños, no tengáis largas conversaciones con ellos ni los juzguéis nunca, sino confiadlos a Dios, acordándoos de las palabras de David: «*No te impacientes*»⁹⁵⁴.

Así, hijos míos, si deseáis conservar una paz íntegra en vuestro corazón, no concibáis animadversión alguna contra ellos, no os inquietéis. Cuando os hablen, respondedles breve y amablemente, con un sí o un no. Si se lo toman a mal, no os preocupéis, sino sobrellevadlo con alegría por amor a Dios. Pues es preferible gozar de la eterna amistad del Dios eterno, excluyendo del corazón a todos los que, en lugar de llevaros a Dios, os alejan de Él, [os animan] a disfrutar del favor, el amor y la paz de todas las criaturas, y os quitan la paz de Dios y su dulce presencia, a no ser que quieran escuchar sinceramente vuestros consejos y volverse a Dios.

Yo mismo me he encontrado con muchos como esos, poseedores de sí mismos, que, aunque ofrecían gran apariencia de santidad, estaban tan atrapados en sus propias ideas que por mucho que he intentado reconducirlos a su vida interior, fueron incapaces de soportarlo. Así que, tal como venían a mí, así se marchaban.

¿Con qué conciencia se atreven estos a tomar el venerable Cuerpo del Señor? Deberían pensarlo. En mi opinión, sería preferible que no lo tomaran, pues se harían «*reos*»⁹⁵⁵ *del Cuerpo y la*

⁹⁵⁴ Sal 37,1.

⁹⁵⁵ En la Biblia de Jerusalén y en otras ediciones de la Biblia «reos» está en singular.

Sangre del Señor»⁹⁵⁶. San Bernardo afirma que no debería comer a Cristo aquel que no sería comido por Él: «Como a Cristo y soy comido por Él»⁹⁵⁷.

Hijos míos, con estas palabras os ruego con toda mi alma, porque miro por vosotros en la fe del Señor, que no os abráis demasiado al exterior y no ofrezcáis fácil acceso a vosotros a personas cuyo fondo no conozcáis bien. En la medida de lo posible, huid de la compañía de todos por Dios, si no queréis sembrar de obstáculos vuestro camino hacia Él y ser inducidos al error. Permaneced siempre dentro, en vuestro hombre interior. Todo lo que habéis aprendido por vuestras lecturas y por el oído, si diera fruto en vosotros, ello solo podría bastar. No os dejéis impresionar por quienes abundan en discursos grandilocuentes, pero no quieren llevar una vida elevada.

Sed diligentes moradores de vuestro hombre interior, seguros de que a Dios le resulta insípido todo lo que no procede de este fondo interior. Las oraciones vocales no tienen valor para Él si no nacen del fondo [del alma] o, al menos, de una intención pura procedente del espíritu y la verdad.

[El conocimiento de sí mismo]

5. Y sigue: «Y tu juicio [será] como el mediodía»⁹⁵⁸. Aquí cabe preguntarse qué juicio es ese que, según el profeta [David], debe ser iluminado. Sin duda, se trata del juicio con el que uno se juzga a sí mismo, como dijo el Apóstol: «Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados [como Dios nos habría juzgado]»⁹⁵⁹.

Quien considera bien cuán elevado, noble y puro ha sido el hombre antes de ser creado, y, por el contrario, en qué gran semejanza y vileza ha caído después de su creación, tiene

⁹⁵⁶ 1Cor 11,27.

⁹⁵⁷ Cf. BERNARDO DE CLARAVAL, *In cantica canticorum sermones*, 71, III, 5.

⁹⁵⁸ Sal 37,6.

⁹⁵⁹ 1Cor 11,31.

motivos, si no me equivoco, para compadecerse de sí mismo y juzgarse; es más, podría ser llevado a un conocimiento tan puro de su pequeñez que, si ello fuera posible, volvería voluntariamente a la nada.

De ese conocimiento de sus defectos nace un juicio y una aflicción incomprensibles. Pues nadie puede soportar que se le pongan delante sus propios defectos, tales como son en sí mismos, sin que esto le dañe sus sentidos, a no ser que se trate de un hombre puro y elevado que [sea capaz de] discernir su propia miseria.

Por tanto, puesto el hombre en esta grave tesitura, su juicio se hace como el mediodía. El sol, cuando irradia con toda su fuerza en verano, si las nubes del cielo no templasen su calor, quemaría con su excesivo ardor las hierbas, las plantas y todo lo que nace de la tierra. Así actúa Dios misericordioso: si con su bondad –que hace brillar en el alma– no suavizara aquel horrible y duro juicio, y aquella aniquilación, [el hombre] no podría soportarlo.

Eso fue lo que ocurrió a cierta persona: encendida interiormente por un vehemente e inmenso ardor, se vio arrebatada hacia cierto resplandor y creía que ardería por completo, e incluso que sería reducida a la nada. Pero la clemencia de Dios atemperó en ella este desmesurado ardor.

[La sumisión a Dios]

6. Luego sigue: «*Sométete al Señor e invócalo*»⁹⁶⁰. Este tipo de oración consiste en cierta sumisión que se hace con la mirada interior –objetiva e intelectiva– del espíritu, del modo siguiente: el hombre tiene que situarse con todos sus defectos y pecados, con su propia nada, ante la puerta de la inmensa majestad de Dios, donde Dios mismo se derrama con su infinita misericordia. Allí debe ofrecerle humildemente todas las virtudes y todos los bienes que tiene en el presente, y colocarse con ellos ante la puerta donde Dios

⁹⁶⁰ Sal 37,7.

eterno fluye con su Bondad y dulce Amor, que se derrama generosamente en todos los hombres que lo acogen. Aquí la voluntad está cautiva y sometida a Dios, de tal modo que acepta toda la oscuridad, miseria, desolación y pobreza que Dios tenga a bien enviarle, dispuesta a soportarlas hasta el día del Juicio final, si a Dios le parece bien que así sea. Y no debe pedir a Dios ni desear otra cosa salvo esto.

Cuánta luz, cuánto gozo y qué júbilo nace en quienes, armados de humildad, han conservado la paciencia hasta el final en este ejercicio. ¿Quién podrá expresarlo en palabras, ya que superan a toda inteligencia humana?

Entonces, la verdadera Caridad se manifiesta con su enorme poder, como dijo san Juan [hablando de la Palabra]: «*Lo que ha sido hecho [...], en ella era Vida, y la Vida era la Luz de los hombres*»⁹⁶¹. Esa Luz y esta Vida que –según su ejemplar eterno– fue el hombre en Dios [antes de la creación], [ahora] brillan y centellean en tal hombre. Y Dios no puede contenerse en la donación generosa de tanta gracia, puesto que así lo ha determinado eternamente.

«*Y la Luz brilla en la Tiniebla*»⁹⁶². Esta Tiniebla es aquella oscuridad de Dios de la que nos habla Dionisio [Areopagita] y en la que, según leemos, penetró Moisés⁹⁶³. Entonces nace el mediodía, es decir, el ardentísimo amor a Dios. Aquí nacen la verdadera sabiduría y el verdadero discernimiento. [Por ello,] cada uno debe esforzarse en observar y seguir [la Luz] con toda atención, pues vendrá un tiempo en que los hombres desearán ser instruidos por maestros y no podrán conseguirlo. Por eso, dichosos serán entonces quienes tengan verdadero discernimiento en su interior.

Quienes no se han cuidado ahora de alcanzar aquella Luz [que brilla en la Tiniebla], entonces estarán privados de ella, quizás para siempre [aunque eso depende de Dios, que es infinitamente

⁹⁶¹ Jn 1,3-4.

⁹⁶² Jn 1,5. Taulero hace una interpretación diferente de este pasaje en el sermón 10, n. 4 y en el sermón 76, n. 6.

⁹⁶³ cf. Ex 20,21.

misericordioso]. Por consiguiente, es necesario mantener el ojo de la razón continuamente dirigido a este fondo, donde Dios es adorado «*en espíritu y en verdad*»⁹⁶⁴, donde el hombre es masticado, triturado, deglutido, asimilado y digerido por Dios, incorporado y unido a Él, como la comida tomada por uno se hace una sola cosa con él.

Todo el que ama este fondo y desea seguirlo en la medida de sus fuerzas, podrá acercarse al venerable Sacramento del Cuerpo de Cristo cada vez que quiera, pues podrá alcanzar un enorme provecho y aumento en la pureza y en la verdad por la sagrada Comunión. Siempre que uno sienta que se encuentra en este ejercicio y en este camino, puede acercarse [a este Sacramento]. Pero cuando lo pospone, debe abstenerse de la sagrada Comunión, pues la delicadeza del Amor divino es tan grande que no admite a su lado nada desemejante o distinto [de él].

[El ofrecimiento a Dios]

Finalmente, hijos míos, la sumisión y la oración [interior] de un hombre humilde deben proceder de la intimidad del espíritu y de la razón, que se parecen tanto a las lecturas y las oraciones exteriores como correr a estar sentado.

En consecuencia, [el hombre] debe orientar todo su esfuerzo y todas sus prácticas hacia el interior, a este fondo, y no insistir solo en las prácticas exteriores de los sentidos, a no ser que antes se haya recogido interiormente. Una vez hecho esto, lleve a cabo sus obras y ejercicios, ya sean estos sobre algún tema elevado o sobre la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Pero, sobre todo, aprended a ofrecer a las santísimas llagas de Cristo, signos evidentes de su inmenso Amor a nosotros, con especial devoción.

Primero, ofreced a la llaga del pie izquierdo vuestra *facultad concupiscible*; más aún, sepultadla en ella. Segundo, ofreced la *facultad irascible* a la llaga del pie derecho. Tercero, vuestra *voluntad*

⁹⁶⁴ Cf. Jn 4,23.

propia, a la llaga de la mano izquierda. Cuarto, toda la multiplicidad de nuestras *facultades sensitivas*, a la santísima cabeza del Señor, coronada y herida por las espinas. Quinto, después de todo esto, sumergiréis vuestra *razón* en la llaga de la mano derecha, para que el sempiterno Hijo de Dios, Dios y Señor nuestro, os instruya y os dirija, y gobierne vuestro hombre interior con su divino poder. Entonces, con vuestra *facultad afectiva* –o *amativa*–, os refugiaréis con mucha devoción en el divino, abierto y amoroso Corazón de nuestro Señor, con el deseo de que se digne a uniros perfectamente con Él, a alejar vuestro amor y vuestra intención de todo lo que no es pura y esencialmente Dios, y a atraeros y absorberos totalmente –con vuestras facultades externas e internas⁹⁶⁵– dentro de Él, por medio de sus santísimas llagas y su amarga pasión. Y cuidaréis de hacer todas estas cosas con gran fervor y deseo interior. Ni la edad ni la enfermedad excusan a nadie de este ejercicio. Todos pueden hacerlo, si quieren, con el auxilio de la gracia de Cristo.

Por todo ello, hijos míos, os ruego insistentemente que, mientras «es de día», aprendáis a recorrer y a trillar este camino, antes de que se cierre y se sustraiga a vuestro conocimiento. Creedme: esto, si fue alguna vez necesario a los hombres, ahora lo es más que nunca.

Dios todopoderoso nos conceda, en este tiempo efímero e incierto, seguir este camino y estos ejercicios para que, por ellos, podamos llegar a la verdaderamente amorosa y gozosa unión con Dios.

Amados míos, os lo ruego: recogeos con frecuencia para que la Palabra de Dios, que acabáis de escuchar, obre dentro de vosotros vuestra salvación, para alabanza y gloria de nuestro bondadoso y eterno Creador, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

⁹⁶⁵ Sobre las facultades –o potencias– superiores e inferiores ver notas 13 y 14.

80. EXHORTACIÓN PARA LA CONFESIÓN INTERIOR DE LOS PECADOS⁹⁶⁶

LA IMPORTANCIA DEL EXAMEN DE CONCIENCIA

(V. 58)

Hijos míos, os exhorto, os ruego, os aconsejo que, antes de acercaros a confesar [sacramentalmente] con el sacerdote, aprendáis a confesar a Dios, desnuda e íntimamente [mediante un buen examen de conciencia], todos vuestros defectos y pecados, que os sinceréis con Él desde el fondo de vuestro corazón, y frente a Él os acuséis interiormente y ponderéis vuestros defectos con dolor y arrepentimiento de corazón.

No os acostumbréis a confesar [sacramentalmente] de un modo minucioso y detallado vuestras faltas menores, y a expresar vuestras culpas comunes demasiado escrupulosamente. Si le exponéis al confesor detalles insignificantes e irrelevantes para la Confesión, como suele ocurrir, le hacéis perder un tiempo precioso y provocáis su desagrado y contrariedad. Una Confesión extensa y desordenada [sin verdadero arrepentimiento] no borra las faltas, y, como ya he dicho muchas veces, ni los confesores, ni siquiera el Papa mismo, tienen autoridad sobre los pecados que no queréis corregir.

Por eso, haced un profundo *examen de conciencia* sobre vuestro estado. Porque la exposición verbal, extensa y desordenada [de los pecados], sin [una previa] confesión interior, produce escaso fruto en [el perdón de] los pecados que no son mortales y es indicio de que el hombre descuida o no pone mucho interés en la confesión interior. Si [, por el contrario,] se hiciera esta como conviene, esos pecados cotidianos se borrarían interiormente, de manera que, cuando llegara el momento de la Confesión, la memoria apenas podría recordar alguno, o quizás absolutamente ninguno, de forma

⁹⁶⁶ En la edición de Hugueny-Théry-Corin: *Exhortación para la confesión*.

precisa. [Por eso,] para evitar esto [es decir, para no hacer una mala exposición de los pecados en la Confesión] sería un remedio fácil exponer antes su causa ante Dios en la forma indicada [esto es, por medio de un buen examen de conciencia]. Todo lo dicho se refiere a los pecados veniales. De los mortales, que Dios os libre.

Este examen interior es importantísimo para el hombre, pues tiene dentro muchas pieles recubriendo su fondo, las cuales le han crecido una encima de otra. Esas pieles ocultan el fondo del alma, que permanece desconocido para el hombre. Por eso, este no conoce la verdad, aunque él mismo lo ignore. En efecto, conoce muchas cosas, pero no a sí mismo. Algunos tienen treinta o cuarenta pieles, gruesas y duras como las pieles de los bueyes, que se pegan superponiéndose unas a otras hasta el fondo, como las capas de una cebolla. Estas capas, contra lo que pensáis, no pueden quitarse solo con la Confesión [sin un buen examen de conciencia previo].

Pero ¿qué son esas «pieles»? Son todo aquello en lo que te posees, te buscas y te amas a ti mismo o tu propio interés, aquello cuya verdadera causa y fin no es Dios. Todo eso son *ídolos*, como, por ejemplo, las imágenes de las cosas, el placer propio, la voluntad propia, los deleites de los sentidos y de la naturaleza, que el hombre posee –como Raquel [poseía] los ídolos de su padre, sobre los que estaba sentada⁹⁶⁷–. A estos hay que sumar la presunción, la falta de abandono, la negligencia y la dejadez de todo lo divino. Esos ídolos son los creadores de todas esas pieles.

Todas estas cosas no pueden decirse en la Confesión, pero el hombre [por medio del examen de conciencia] las examinará atentamente en su interior, las reconocerá humildemente ante Dios y se postrará de todo corazón a sus pies. Cuando hace esto, cuando se reconoce culpable ante Dios, entonces su remedio es fácil, siempre que, con el auxilio de la gracia [divina], quiera apartarse de ellas en la medida de sus fuerzas.

⁹⁶⁷ Cf. Gn 31,34.

81. BREVE FÓRMULA PARA LA CONFESIÓN DE LOS PECADOS

PAUTAS PARA REALIZAR UN EXAMEN DE CONCIENCIA

(V. 59)

Con las siguientes palabras puede hacerse una confesión general de las culpas cotidianas:

Confieso que he pecado con pensamientos vanos e inútiles, incluso durante el rezo [comunitario] de [el Oficio de] las Horas y de mis oraciones personales. Tendría que haber sido más cauto, porque me ha sucedido por descuido mío.

Confieso que he pecado también con palabras inútiles e infructuosas, rompiendo mi silencio en lugares y tiempos prohibidos.

He pecado asimismo con palabras ociosas, excesivas, duras, frívolas, descuidadas, dudosas, imperfectas y nada pacíficas.

Confieso, además, que he pecado con mis obras, descuidando la atención que debí prestarme a mí mismo, a mi comunidad, a la oración comunitaria y a los estatutos.

Confieso que no amo ni alabo a mi Dios y que no soy dócil a sus inspiraciones y consejos; que no he dado buen ejemplo a mis hermanos [de comunidad], como debí hacerlo.

Finalmente, confieso que no he observado la castidad, la pobreza, la obediencia y todo lo que prometí a Dios y a la Orden.

En esto y en todo lo demás, reconozco mi culpa.

Así podrá pedir la remisión de sus pecados, pensando o diciendo:

«Señor y Dios mío, si me fuera posible, buscaría hacerme digno del perdón incluso pasando por la lluvia, la nieve, el

hielo y el frío. Pero ahora, dulce y amado Padre, como no puedo hacerlo, me presento ante Ti con el deseo de alcanzarlo, pidiendo y suplicando que me concedas la generosa limosna del perdón y [la participación en] todos los santos ejercicios que se hacen en este templo y en cualquier otro lugar, y me otorgues la remisión de todos mis pecados por tus llagas, que manan de amor por mí y de las que brota toda gracia».

Si uno deseara estas cosas con verdadera fe y confianza, recibiría tanto que podría enriquecer al mundo entero.

Dios todopoderoso nos conceda la gracia de conocerlo así y de que examinemos nuestro fondo con toda atención. Amén.

82. LECCIÓN SOBRE LA CONTEMPLACIÓN⁹⁶⁸

PAUTAS PARA RECOGERSE EN EL FONDO DEL ALMA

(V. 60, sobre Dt 6,4)

«*Escucha, Israel*» (Dt 6,4)

Moisés dijo: «*Escucha, Israel, tu Dios es uno*»⁹⁶⁹. Dios es uno solo y es un Dios simple. Aunque esto es verdad, podemos, sin embargo, sacar gran provecho de los nombres particulares, propios y distintos que se le atribuyen [a Dios], así como de su Esencia. A ellos debemos comparar nuestra nada.

Recuerdo haber dicho en otras ocasiones que, así como al principio debemos centrar nuestra meditación en las realidades temporales de Cristo, como su nacimiento, obras, enseñanza y toda su vida, ahora debemos elevar nuestro espíritu a las realidades superiores e introducirnos, por encima del tiempo [terrenal], en el ser y el modo eternos.

En los atributos de Dios el hombre puede ver reflejado su espíritu de un modo activo [y eficaz⁹⁷⁰].

Así, ve que Dios es *Esencia* pura, Esencia de toda esencia y, sin embargo, no es ninguna de las cosas creadas. Por tanto, todo lo que es, todo lo que tiene ser, todo lo que es esencia y es bien, tiene en sí a Dios. Por eso dice [san] Agustín:

⁹⁶⁸ En la edición de Surio, este sermón aparece clasificado como un escrito exhortatorio, no perteneciente al corpus de sermones y está situado justo antes de algunas enseñanzas notables de Eckhart y de las *Institutiones*.

⁹⁶⁹ Dt 6,4.

⁹⁷⁰ En la edición de Hugueny-Théry-Corin.

«Si ves un ángel bueno, un hombre bueno y un Cielo bueno, quita el ángel, el hombre y el Cielo, y lo que queda es la Esencia del bien, es decir, Dios. Pues Él es todo en todas las cosas, aunque está muy por encima de ellas. Todas las criaturas tienen bondad, tienen amor; pero no son la bondad ni el amor, etc.».

[En efecto,] solo Dios es la Esencia de la bondad, del amor y de todo lo que puede llamarse ser. Ahora, el hombre se compara a esta Esencia y en ella sumerge su nada absoluta con todas sus facultades, de un modo activo, sensible y contemplativo. Esta nada [humana], sumergida en el Ser de Dios, es inflamada, renovada y, por así decir, esencializada en la Esencia divina, que es la única esencia, vida y acción de todos los seres creados.

Luego, contemple el hombre el atributo de la simple *Unidad* de esta Esencia. Pues Dios está en el límite último de la Unidad, donde toda multiplicidad es unificada y reducida a la simplicidad en esta Esencia absolutamente una. Para Dios, su Esencia es su actividad, su conocimiento, su recompensa, su juicio, su justicia y su misericordia. Pero todas estas cosas son una sola en Él. Frente a esta Unidad, el hombre pone su incomprensible multiplicidad, con el fin de que esta, [introducida] en la simple Esencia de Dios, se haga simple y se unifique.

Entonces comprobará cuán inefablemente *oculto* es Dios, como dice Isaías: «*Verdaderamente Tú eres un Dios escondido*»⁹⁷¹. De una forma misteriosa, Dios está mucho más presente en todas las cosas de lo que están ellas en sí mismas. En el fondo del alma Dios permanece oculto a todos los sentidos, y completamente desconocido. Hasta ese fondo debe penetrar el hombre con todas sus facultades, [y debe ir] más allá de todo pensamiento, [y debe situarse] por encima de su inclinación a exteriorizarse, la cual es tan distante y extraña al alma y a toda intimidad de vida interior, como lo es un animal que no vive más que para los sentidos. Al mismo tiempo, el fondo del alma ha de abismarse en Dios y ocultarse en su

⁹⁷¹ Is 45,15.

templo [interior], lejos de toda criatura y de cuanto es raro, extraño o desemejante a esta esencia. Y hágase todo esto no tanto por medio de la imaginación y el pensamiento, sino de un modo esencial y actual, con todas las facultades y con todo deseo, por encima de los sentidos.

Después de esto, el hombre podrá contemplar la *Soledad* de Dios en su tranquila y silenciosa Unidad, en la cual ninguna palabra ha sido pronunciada y ninguna obra ha sido hecha en el Ser de modo esencial. Allí hay un absoluto Silencio; allí todo es Secreto; allí hay una inefable Soledad, un indescriptible Desierto. Allí no hay nada salvo Dios en su pureza. Allí jamás entra nada extraño, ninguna imagen o modo de criatura. De esta Soledad habla el Señor cuando dice por boca del profeta Oseas: «*La conduciré al Desierto y le hablaré al corazón*»⁹⁷². Esta Soledad es la tranquila, silenciosa y solitaria Divinidad. A ella llegan cuantos sean capaces de recibir, ahora y en la eternidad, la inspiración de Dios. A esta desierta, silenciosa y libre Divinidad, el hombre debe dirigir su fondo desahabitado y vacío de Dios y de todo bien, cubierto de cizaña y lleno de bestias feroces, que son sus sentidos y facultades.

Después, contemplará la divina *Tiniebla*, que por su excesivo brillo es oscura para todo intelecto humano y angélico, como una débil luz se oscurece frente a la irradiación del astro solar. Pues toda inteligencia creada, por naturaleza, se comporta frente a esta claridad como los ojos de la golondrina frente al sol radiante. Por eso, el hombre, como criatura que es, no puede evitar ser arrojado a su ignorancia y ceguera. Ahora, frente a esta Tiniebla divina, ponga el hombre sus tinieblas abisales, carentes de toda Luz verdadera, y que el abismo de sus tinieblas –el de la carencia de toda Luz– invoque al Abismo de la Tiniebla divina, solo conocida por Dios e ignorada por todas las criaturas.

Este Abismo desconocido e innombrable es su *felicidad*.

⁹⁷² Os 2,16.

El alma *ama* más esta Tiniebla y se siente más atraída por ella que por cualquier otra cosa que, en la eternidad bienaventurada, pueda conocer en la Esencia divina. [Amén.]

83. SERMÓN PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

EL VERDADERO ABANDONO

(V. 79⁹⁷³, sobre Jn 1,19-20)

*«Los judíos enviaron desde Jerusalén a sacerdotes y levitas ante Juan a preguntarle: “¿Quién eres tú?”. Él confesó y no negó; confesó: “Yo no soy el Mesías”» (Jn 1,19-20)*⁹⁷⁴.

1. Hijos míos, acabáis de oír cómo los fariseos enviaron mensajeros a Juan para preguntarle: «¿quién eres tú?»⁹⁷⁵, y cómo «él confesó y no negó», diciendo: «yo no soy»⁹⁷⁶ y lo que sigue.

[Cinco tipos de personas que buscan saber]

En la actualidad no es difícil encontrar «fariseos» como estos, que andan todo el día ocupados en este tipo de cuestiones:

Unos indagan sobre *asuntos triviales*, como qué hace este o aquel, y van por todas partes a la caza de noticias frescas entre reyes, príncipes y señores, o entre seglares y eclesiásticos. En todo esto encuentran un placer especial. ¡Qué vergüenza que entre los propios religiosos algunos se dediquen a estas cosas en lugar de sentir rubor por implicarse en asuntos tan inútiles y mundanos! ¿Qué les importan a ellos las cosas del mundo?

⁹⁷³ Corresponde al sermón 82 (Bihlmeyer).

⁹⁷⁴ En la edición de Surio aparece solo el versículo 19. Nosotros hemos añadido el 20 porque el sermón trata sobre él. En la edición de Hugueny-Théry-Corin ponen ambos versículos.

⁹⁷⁵ Jn 1,19.

⁹⁷⁶ Jn 1,20. Podemos ver cómo Taulero, con el fin de hablar sobre el *abandono* en este sermón, elimina el final de esta frase: «yo no soy *el Mesías*», cambiando así sustancialmente la respuesta de Juan.

Otros preguntan por curiosidad, deseando saber mucho y comprender *cuestiones elevadas* por el simple capricho de poder hablar de ellas. Esta actitud nada les aprovecha y, además, les impide avanzar hacia objetivos más nobles.

Los terceros preguntan para *tentar a otros y averiguar qué piensan*. Estos, como los fariseos, se acercan con adulaciones y dicen: «*Maestro, sabemos que eres veraz*»⁹⁷⁷. Y si encuentran en sus interlocutores su misma manera de hacer y pensar, todo va bien; pero de no ser así, los desprecian. Cuando abordan a los demás, los someten a un interrogatorio interminable con el fin de justificar sus prácticas erróneas. Es imposible hacerles entrar en razón, les digas lo que les digas.

El cuarto grupo lo integran personas que plantean preguntas loables y buscan ardientemente, con el corazón y el alma, la gratísima y amorosa *voluntad de Dios*. Estos, coman o beban, escriban o lean, hilen o tejan, caminen o estén en reposo, todo lo hacen con el deseo de conocer la gratísima voluntad de nuestro amado Dios.

2. Finalmente, hay una quinta categoría de personas que *nada preguntan*. Estos tocan la cima de la perfección y no sienten necesidad de preguntar. Pero ¿dónde los hallaremos? Ellos no se asombran por nada, pues, según [san] Agustín⁹⁷⁸ y Aristóteles⁹⁷⁹, del asombro proceden las preguntas; por el contrario, nada les asombra –como ya se ha dicho–, sino que, por encima de toda capacidad de asombro, son iluminados por la Verdad misma.

[El camino del «no ser»: el abandono]

3. Pero volvamos al Evangelio, queridísimos hijos. Los fariseos y los herodianos, como acabáis de oír, preguntaron a Juan quién era. ¿Y qué les respondió aquel príncipe del Cielo, aquel lucero de la mañana, aquel arcángel? «*yo no soy*», les dijo. Según el evangelista,

⁹⁷⁷ Mt 22,16.

⁹⁷⁸ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De ordine*, PL 32 981.

⁹⁷⁹ Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 2, 982b.

«confesó y no negó [*;* *confesó*]: *yo no soy*». Este «*yo no soy*» que dio el Bautista por respuesta nadie quiere pronunciarlo; al contrario, todos huyen o reniegan de él.

¡Cuán pocos son los que quieren renunciar a ser o parecer algo, ya sea en el espíritu o en la naturaleza!

Quien fuera capaz de pronunciar sinceramente esas tres palabras con el divino Juan, ése habría encontrado sin duda el camino más corto [hacia la Verdad] que pueda hallarse en esta vida. Para lograr esto no es excusa ni la vejez, ni la enfermedad, ni la pobreza, ni la riqueza.

¡Qué tesoro inestimable yace oculto en este «no ser»! Mas, ¡ay!, nadie quiere emprender este camino, nadie renuncia a «ser algo» en este mundo. Es más, todos somos y queremos –y hemos querido– siempre «ser algo». En esta trampa caen casi todos los hombres, pues apenas hay quien quiera negarse a sí mismo. Por este motivo, les resulta mucho más fácil realizar diez obras exteriores que abandonarse perfectamente a la voluntad de Dios. Este es el origen de todas nuestras luchas y fatigas, y de que los mundanos acumulen riquezas y amigos, aunque para ello tengan que exponer el cuerpo y el alma a mil peligros. Y todo por «ser algo», por ser grandes y sobresalir en honores, riquezas y poder. ¡Cuántos religiosos y hombres de Iglesia se rigen por este objetivo! Con respecto a esto, examínese cada uno a sí mismo. ¡Ay!, todos los conventos y eremitorios abundan en este execrable mal de «ser algo» o de querer aparentarlo.

4. En el Cielo, el propio Lucifer, henchido de soberbia, quiso «ser algo»; pero este mismo deseo le precipitó al más profundo abismo, al fondo de una nada peor que toda nada⁹⁸⁰. Por este deseo de «ser algo», nuestros primeros padres, Adán y Eva, fueron expulsados del Paraíso; y todos nosotros, sus descendientes, heredamos sus miserias, fatigas y sudores. Esta, y no otra, es la causa de todas nuestras desgracias, de que estemos privados de

⁹⁸⁰ Cf. Is 14,12 ss.

Dios, de gracia, de amor y de toda virtud; de que no tengamos paz ni dentro ni fuera de nosotros; y de que muy a menudo no estemos bien con Dios ni con los hombres. Todos estos males, insisto, tienen una sola raíz: el deseo de «ser algo».

En cambio, la voluntad de «ser nada» procura, favorece y conserva una paz verdadera, íntegra, inalterable y perpetua en cualquier forma de vida, en todo lugar y con todos los hombres. En esta vida no hay nada más dichoso, seguro y noble. Pero, ¡ay!, cómo despreciamos todos este «ser nada», ricos y pobres, muchachos y muchachas, viejos y jóvenes.

5. Leemos en el Evangelio de Lucas que un fariseo rico invitó a Cristo a comer en su casa⁹⁸¹. Alimentar a Cristo y a todos sus discípulos era, qué duda cabe, una obra buena, aunque con ellos había otras muchas personas. Este fariseo tenía una intención piadosa. ¿Qué le faltaba entonces? Aquel noble «*yo no soy*». ¿Y cómo lo probamos? Escuchad:

Mientras comían, llegó una pecadora que, echándose a los pies del Salvador, confesaba desde lo más profundo de su ser: «*yo no soy*». Por esta confesión, ella ha sido elevada sobre todos los cielos y sobre muchos coros de ángeles, según yo creo. Prostrada en tierra a los pies de Jesús, desde el fondo más íntimo de su corazón decía: «*yo no soy*». Y precisamente de ahí, es decir, de ese fondo, surgió el eterno y perdurable: «*Yo soy [el que soy]*»⁹⁸² [que Dios expresó a Moisés desde la zarza ardiente]. Y [entonces] nuestro Señor le concedió [a aquella humilde mujer] todo lo que deseaba.

[En cambio,] el anfitrión, el fariseo que hacía aquella buena obra, permanecía sentado, ofreciendo comida y bebida a todos sus invitados; pero despreciando el gesto de la mujer y no entendiendo cómo el Señor mostraba un cariño tan grande a una pecadora. ¡Ay!, le dominaba ese detestable «*yo soy*» en lugar del amable «*yo no soy*». En su soberbia, se juzgaba digno de que el Señor le prestara

⁹⁸¹ Cf. Lc 7,36-50.

⁹⁸² Ex 3,14.

atención, escuchara sus palabras y hablara con él, no con aquella pecadora.

Hijos míos, ¡cuántos fariseos como este abundan no solo entre el clero, sino también entre el pueblo! De este género de personas está el mundo entero no ya lleno, sino desbordado. Gente de hábito negro, blanco, rojo, gris o azul, creen que, por sus riquezas o por su poder, por su sabiduría y erudición, por su inteligencia o sus limosnas, hasta por su hábito (pues en él resumen su santidad) y otras cosas semejantes, todos deberían prestarles una atención deferente, hablar con ellos, escuchar sus palabras y hacer todo lo que ellos pidan. Así discurren interiormente: «¿Acaso no merezco que hagan esto por mí? ¿No he hecho yo por estas gentes esto y lo otro? ¿Acaso no soy yo tal y tal?». Y llevarían muy mal que no se les valorara más que a otros en quienes no reconociesen esas cualidades mencionadas. Sobre los que no son como ellos, piensan esto: «¿Quiénes son esos? ¿De dónde vienen? ¿Cómo se atreven a pensar que deberíamos hacer tal o cual cosa?». Así desprecian ellos a los demás.

Así es aquel fariseo [de la parábola del templo⁹⁸³] que, por considerarse superior al publicano, quedó sin justificar, pues creía ser grande. En cambio, el publicano, que decía «*yo no soy*» y nada creía ser, bajando los ojos, decía: «*Señor, sé benigno conmigo: pecador*»⁹⁸⁴, «pues yo no soy nada, menos que nada». Según el Evangelio, éste se marchó a su casa justificado. Así lo ha dicho también Dios mismo: mírese cada uno a sí mismo y no juzgue a su prójimo, quienquiera que sea este, cualquiera que sea su conducta⁹⁸⁵.

[Es preciso ejercitar el abandono]

6. Aquella bienaventurada pecadora, al entrar en casa del fariseo, hizo tres cosas.

⁹⁸³ Cf. Lc 18,9-14.

⁹⁸⁴ Lc 18,13.

⁹⁸⁵ Cf. Lc 6,37; 1Cor 10,12.

La primera: se volvió a Dios con la misma fuerza con que [antes] se había apartado de Él. Sus ojos, entregados a las vanidades del mundo, estaban ahora bañados en lágrimas; con sus cabellos secó los pies del Señor para expiar los placeres que con ellos había procurado al mundo; sometió su cuerpo, antes adicto a la sensualidad, besando los pies de su Señor y con otras penitencias; y empleó sus bienes en unguentos para el cuerpo de Jesús.

La segunda: se abandonó inmediata y enteramente a su Salvador.

La tercera: su corazón estaba lleno de dolor y arrepentimiento.

[El falso abandono]

7. Hijos míos, en mi opinión, un abandono no ejercitado en las diferentes situaciones de la vida carece de valor, salvo que demuestre con la verdad de los hechos su renuncia a una naturaleza falsa, dotada de innumerables recovecos y artificios que la alimentan y la sostienen.

Si el hombre no extirpara radicalmente esas trampas que le tiende la naturaleza, parecería un demonio con apariencia de ángel⁹⁸⁶. Es seguro que tales personas construyen con sus palabras un edificio tan [poco] sólido como lo sería una brizna de paja echada sobre el Rin a modo de puente para quien quisiera cruzar este ancho río por ella. Tan [poco] sólido y seguro es su abandono. ¡Pura apariencia!

Este género de hombres viene y dice: «Señor, háganos de la suprema verdad y de la perfección». ¡Ay, cómo me remueven el estómago esas palabras! También Pilato preguntó al Señor qué era la verdad, y Jesús calló⁹⁸⁷. En realidad, no existen palabras para

⁹⁸⁶ Cf. 2Cor 11,14. Probablemente, Taulero se refiere a los hermanos y hermanas del Libre Espíritu, que eran falsos maestros espirituales: ver nota 460.

⁹⁸⁷ Cf. Jn 18,38.

responder a esa pregunta. Dios mismo es la Verdad. La verdad, la pureza y la simplicidad son una y la misma cosa.

Esta gente, cuando se les reprende con un poco de dureza por sus palabras o por sus obras, repentinamente se revuelven y ladran y muerden como perros por considerar indigno que se les trate de esa manera. En tales ocasiones, al mostrar abiertamente, de palabra y obra, lo que hay en el fondo de su alma, se pone de manifiesto qué tipo de abandono es el suyo.

Hijos, que nadie se engañe. A mí no me hacéis daño si me engañáis: vosotros mismos sois los engañados; el daño es para vosotros, no para mí. No me cabe duda alguna de que hay, incluso en la vida religiosa, muchísimas personas que hacen gala de una especial santidad, que han pasado casi todos sus días dedicados al cultivo de la vida espiritual y que llevan la cabeza inclinada sobre los hombros; sin embargo, saldrán de este mundo sin que haya brillado sobre ellos ni un solo instante la luz del auténtico abandono. Una persona inteligente puede compadecerse o incluso reírse sorprendida por el modo en que estos desdichados se embaucan a sí mismos.

[El verdadero abandono]

Tened por cierto esto: nadie debe creerse un hombre abandonado mientras queden una sola gota de sangre en su carne o una pizca de médula en sus huesos que no hayan sido consumidas por amor al verdadero abandono [en Dios]. Más aún, hasta que uno no haya conquistado la última partícula del verdadero abandono, no podrá disfrutar de la visión de Dios ni experimentar la beatitud suprema en esta vida temporal o en la vida eterna.

8. El grano de trigo, para que dé fruto, debe morir primero⁹⁸⁸. Y si muere, dará mucho fruto. En consecuencia, hijos míos, es preciso morir, extinguirse, aniquilarse, para poder decir: «yo no soy».

⁹⁸⁸ Cf. Jn 12,24.

Aquí no se llega únicamente con deseos, promesas y plegarias; es necesario conquistar este «*yo no soy*» con el sacrificio de las obras, pues lo que nada cuesta nada puede valer. Si el abandono pudiera obtenerse solo con los deseos y las plegarias, sin gasto, fatiga ni esfuerzo, no valdría nada. Pero esto no puede ser así.

Como dijo san Agustín: «Quien te ha creado sin ti, no te salvará sin ti»⁹⁸⁹. Que nadie crea que Dios nos elevará a cosa tan sublime por medio de un milagro. Dios, es cierto, podría hacer brotar sobre la tierra las rosas más bellas, incluso en el frío invierno; pero no lo hace. Él quiere que germinen y crezcan en el momento oportuno, en el mes de mayo, por la acción de las heladas, del rocío y de frecuentes tempestades [del invierno], ordenando todos estos factores a esa meta.

Es realmente lamentable que muchos religiosos vivan treinta, cuarenta o más años en una tibieza perpetua y en una queja continua, y que después de tantos años apenas se conozcan a sí mismos. ¡Cuánto mejor sería que se dedicaran un solo año a morir a sí mismos, a extinguirse a sí mismos y a cortar los lazos que les tienen aprisionados! ¡Ay!, cuando irrumpa la muerte y vean tanto tiempo de su vida tirado miserablemente por la borda, ¡qué daño irreparable sentirán al darse cuenta de que van a perder para siempre bienes que tenían al alcance de la mano! No hay palabras en este mundo para expresar la gravedad de esta desgracia.

Todo cultivador de la vida espiritual debe vivir en constante atención y con un deseo infatigable de progresar en la virtud, sin que pase un solo día en que no haya adelantado tanto que apenas pueda recordar su estado anterior.

Es lamentable que los locos amantes de este mundo desplieguen mayor celo en conquistar los bienes caducos y temporales, que [el que despliegan] los hombres elegidos [vocacionalmente] por Dios en alcanzar el sumo Bien, que es Dios mismo.

⁹⁸⁹ Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones de Scripturis*, PL 38 923.

Todo [hombre] espiritual debería estar tan desposeído de voluntad propia que nada hubiera en ella salvo aquel «yo no soy».

Hay muchas personas que, en su inestabilidad, se plantean distintos modos de vida: ya sea vivir solo a pan y agua, ya sea ir en peregrinación; hoy se proponen una cosa, mañana otra. Pero yo propongo un camino más corto y más sencillo: entra en el fondo de tu alma y examina cuál es tu mayor obstáculo, qué es lo que te aprisiona. Una vez averiguado, agarra ese «lazo» o esa «piedra» [que te retiene interiormente], y arrójala a las profundidades del río Rin.

[En cambio,] ve [exteriormente] a donde quieras, recorre la tierra entera: de nada te servirá.

[Ciertamente,] el «cuchillo» [que nos libera interiormente], es decir, la dominación de la voluntad propia, de los afectos y deseos, [es tan duro que] separa la carne de los huesos. [Pero, cuidado,] no se trata de machacar el cuerpo [exteriormente] y no hacer nada por extirpar los vicios [interiormente], como hacen muchos. Para estos no hay esperanza de progreso [interior].

Amados hijos, entrad en vosotros mismos y examinad atentamente cuán lejos estáis del ejemplar perfecto: Jesucristo, cuyo abandono fue tan profundo, que la suma del abandono de todos los hombres que han existido, existen y existirán, en comparación con el suyo, es una pura nada.

9. Volviendo a lo dicho anteriormente, la mujer pecadora se abandonó plenamente a Cristo [aceptando lo que ello suponía: abandonarse también a los otros hombres que participaban del banquete y que la menospreciaban]. Nosotros debemos entender esto del modo siguiente: abandonarse por amor a Dios es confiarse a Él por completo. Muchos se abandonan a Dios, pero no quieren abandonarse a los hombres; aceptan ser afligidos y oprimidos por Dios, no por los hombres. ¡Flagrante error! Debemos abandonarnos a Dios como a Él le parezca. Si nuestro prójimo nos induce a considerar la vileza de nuestra nada, aceptemos de buen grado y hasta con agradecimiento que se nos llame verdaderamente lo que somos: unos «yo no soy».

Dios todopoderoso nos conceda llegar a esa nada a fin de que, por medio de ella, nos abismemos y seamos absorbidos en la Esencia divina. Amén.



Estos son los 84 sermones que se conservan de fray Juan Taulero (ca. 1300-1361). Apoyándose en su propia experiencia, en sus conocimientos teológicos y en sus conversaciones con personas espirituales, estos sermones los predicó a monjas dominicas con el fin de ayudarlas a abandonarse interiormente para así experimentar el nacimiento de Dios en el fondo del alma, es decir, para alcanzar la unión con Dios, la perfección espiritual. Tomados en conjunto, forman un excepcional manual práctico de teología y vida espiritual, y, asimismo, dan a conocer los fundamentos de la *mística renana*, difundida por el Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327). Nosotros hemos procurado hacer una traducción sencilla y comprensible, y hemos introducido epígrafes que van indicando el tema del que trata Taulero. Además, a sabiendas de que forman un libro muy extenso, hemos maquetado los sermones de tal forma que sea fácil imprimirlos por separado. Son, sin duda, una magnífica ayuda para toda persona que desee mejorar su relación con Dios.